MUGERES

DE LA

BIBLIA

Obra dedicada al

ECMO É ILUSTRISIMO

Sr. D. NICOLAS LUIS DE LEZO. y Garro, Pro. Obpo.

Tomo 2º

BARCELONA.

LLORENS HERMANOS
EDITORES.

Sala inv. Lit. Estrella, Rambla 28. Alº Busquet lito.

MUGERES
DE LA BIBLIA.

OBRA REFUNDIDA

por

D. Joaquin Roca y Cornet,

Y ADORNADA

CON PRECIOSÍSIMAS LÁMINAS
QUE REPRESENTAN LAS MUGERES MAS CÉLEBRES ASÍ DEL ANTIGUO COMO DEL NUEVO TESTAMENTO,
ABIERTAS AL ACERO POR LOS ARTISTAS MAS ACREDITADOS
DE PARÍS Y DE LÓNDRES.

TOMO SEGUNDO.

MADRID, LIBRERÍA DE LA PUBLICIDAD. — BARCELONA, LIBRERÍA ESPAÑOLA, CALLE ANCHA.

LLORENS HERMANOS, EDITORES.

1850.

ADVERTENCIA. La esplicacion de las notas se halla al final de cada biografía.

Barcelona,
IMPRENTA DE LUIS TASSO, CALLE DE BASEA,
núm. 36.

19



G. Staal F. Holl

LA PYTONISA DE ENDOR.

> Carmenque magicum volvit, et rapido minax
> Decantat ore quidquid aut placat leves
> Aut cogit umbras.
>
> (*Senec. Œdip.*)

OFRECEN nuestros libros santos tantas y tan variadas escenas, que aquella en que vamos á entrar en nada se parece á las que la han precedido, ni en fondo ni en coloridos. ¿Os habeis detenido alguna vez en un Museo delante de un cuadro de una energía terrible, de un color fuerte y sombrío, en el cual la figura de un viejo se levanta suave y poderosa á las evocaciones de una maga desgreñada? El viejo envuelto con su manto acaba de salir de la tierra: en su semblante se descubre una magestad imperturbable que los cuidados de este mundo rara vez dejan asomar en la fisonomía de los vivientes: su mirada extensa y llena de inteligencia parece como empapada de los

luminosos secretos de la tumba y del cielo. Contempla la maga con una sorpresa mezclada de pavor el súbito efecto de sus principiados encantamientos, pues ella no ha concluido su tarea. Está en pié junto á un inflamado trípode, y sus miembros se hallan en una contraccion violenta. Con un ramo de verbena en su izquierda agita la llama y con su derecha la alimenta y la atiza, arrojando en ella nuevas substancias. Un gefe guerrero cae en tierra, y fija en el viejo una vista curiosa y azorada, como si presintiese algun anuncio fatal. Dos oficiales le aguardan, mostrando una inquietud menos personal y menos viva: la misteriosa sombra es para ellos invisible, no ven mas que á la maga ocupada en las negras prácticas de su arte, rodeada de lúgubres fantasmas, de espectros informes, de aves de rapiña, de huesos humanos y de vámpiros.

Esta muger es la pytonisa de Endor: este anciano augusto es el profeta Samuel, que desde las regiones de la muerte, viene á hacer á Saül una suprema y triste revelacion. El pintor que, escogiendo esta escena ya de sí tan imponente, supo darle mayor realce aun por medio del vigor y aspereza del diseño y por la fuerza y viveza del colorido, se llama Salvador Rosa, genio grandioso y de carácter selvático, que tanto en el mundo moral como en la naturaleza física, escoge los accidentes prodigiosos, los aspectos desolados y terribles, representándolos con fácilidad y delicadeza y al mismo tiempo con enérgica originalidad.

Sabido es que la divinacion ó las artes divinatorias ocupaban un lugar muy considerable en la religion y en la confianza de los paganos. Habian éstos poblado el universo de inteligencias para hacerlas presidir al desarrollo y á la marcha armoniosa de los seres, y por un gracioso giro de imaginacion, habian animado los diversos fenómenos de la naturaleza: y dando despues una realidad substancial á estas quimeras, su razon engañada se habia hecho dioses de todas las fuerzas ciegas que influyen mas ó menos en la vida humana; y de ahí viene sin duda, que los sucesos mas insignificantes parecian una voz de la Divinidad, ó una señal de su presencia. El ruido del trueno, el vuelo y el canto de los pájaros, el murmullo de los bosques agitados por el viento, el es-.

tado de las entrañas de una víctima, la aparicion de algun astro inesperado, palabras pronunciadas al acaso y sin designio, pasaban por la expresion de las disposiciones del cielo; y como en ellas se creia ver la censura, ó la aprobacion de lo pasado, y los indicios ciertos de lo presente, creíase ver tambien la manifestacion del porvenir. El presentimiento y la ciencia de las cosas futuras llegaban tambien al hombre por otros muchos medios: los sueños no carecian de significado: habia palabras reveladoras en los labios del moribundo; y sujetas las sombras de los muertos á las evocaciones de la magia, venian á tener con los vivos un estraño coloquio, y á dejarles vislumbrar los rayos de una ciencia, por decirlo así, ultramundana.

Entusiasmo y credulidad en sus comienzos, la divinacion no tardó á elevarse á la altura de un arte que se reducia ya á principios. Desde entonces hubo ya intérpretes titulados á quienes la multitud, ávida de prodigios, daba la investidura de su confianza y de su veneracion. En su orígen estos adivinos habitaban en lugares retirados, en grutas sombrías, ó en tenebrosas cavernas; bien fuese que de las excavaciones de la tierra en tales puntos saliesen exalaciones que sumiesen en la embriaguez y en el delirio, ó bien que la profundidad y obscuridad de los antros fuesen indispensables para cubrir el fraude, y dar á los sonidos de la voz humana algo de sepulcral y de formidable. Pero, andando el tiempo, sobre estos mismos selváticos peñascos, en lugar de una rústica cabaña la supersticion erigió templos magníficos á donde los reyes y los pueblos acudian con respeto á interrogar el oráculo y á ofrecer los mas ricos presentes. Cerca de Delfos, en la falda de una colina y sobre un suelo sulcado y entreabierto, un pastor observó que sus ovejas brincaban de una manera extraordinaria. Él mismo al acercarse allí sentíase agitado de movimientos convulsivos, y poseido de vértigos, y salíanle de la boca palabras llenas de entusiasmo. El ruido que metió esta maravilla se divulgó por de pronto entre las comarcas vecinas, y luego despues mas allá de las fronteras de la Grecia. Creyóse generalmente que la caverna emanaba vapores proféticos, y acudióse de todas partes para buscar allí la noticia del porvenir, y trayendo al mismo tiempo grandes tesoros. Desapareció el pastor con su cabaña formada de ramas de laurel, y levantóse un monumento espléndido.

á fijar sus irresoluciones y á conjurar el peligro que amenaza. Abandonados de los hombres, vendidos por las circunstancias, desconfiando en sí propios, fórmanse una prudencia nueva, y piden á las fuerzas ocultas de la naturaleza lo que ya no esperan ni del curso ordinario de las cosas ni de los prodigios de su propio valor.

Tenia Saül turbado el corazon por la fortuna brillante de David, y le sabia providencialmente destinado al trono. La inocencia y la futura grandeza de este rival se levantaban ante sus ojos como una vision importuna. David, desterrado entonces y fugitivo, podia creerse aun muy distante del dia en que triunfara su causa. Pero de repente se desvanecieron las dificultades imprevistas por una de aquellas vicisitudes de que tantos ejemplos ofrecen las cosas humanas. Los Filisteos sin cesar en guerra con Israël, se pusieron en movimiento: sus tropas reunidas vinieron á tomar posicion en Sunam, cubriendo toda la línea desde Afec á Jezrahel. Saül por su parte se apoderó de las alturas de Gelboé, que eran vecinas, y se extendió por el otro lado, frente á frente del enemigo, quedando separados los dos campos por el valle de Jezrahel. Al ver el ejército de los Filisteos, Saül pareció olvidarse enteramente de haber manejado la espada con alguna gloria, y empezó á temblar con aquel miedo invencible que el cielo envia aun á las almas mas robustas, como el presentimiento de una próxima é inevitable catástrofe. Estaban observándose mutuamente tres dias habia. Saül consultó á Dios. ¿Era esto una pusilánime curiosidad? Mas lo que Dios exije de la criatura inteligente es obrar con valor en lo presente, y no arrojar sobre el porvenir una ociosa mirada. ¿Era con el designio de conocer y seguir sinceramente las órdenes de lo alto? Pero hay amenudo en la vida de los hombres y de los pueblos un momento supremo en que toda su fortuna se dobla bajo el peso de las faltas pasadas: verdad es que á mas se les quita la libertad; pero ella entonces no halla en que ejercer su actividad sino bajo ingratas condiciones: en tales casos, el mundo asiste al espectáculo de una asombrosa caida. Porque lo que Dios abandona nadie puede salvarlo; y los destinos que precipita con su potente mano nadie es bastante á detenerlos.

Cerrado estaba el cielo: ninguna voz habia descendido para res-

ponder á Saül. En su desaliento pues dijo á sus criados: «Buscadme una muger que tenga el espíritu de Pyton: iré á consultar el espíritu por su medio, y sabré lo que me ha de venir.» A pesar de sus severas órdenes contra los adivinos, habia perdonado la vida á las mugeres, limitándose á prohibir el ejercicio de su arte. Respondiéronle sus domésticos: «En Endor hay una muger que tiene espíritu pytónico.» Este lugar no distaba mucho del campamento. Al llegar á la cima del Thabor y mirando hácia el mediodía, se descubre á la izquierda de Naïm Endor y las alturas del Gelboë casi en un mismo radio. Saül, llevando consigo á dos hombres, se dirigió hácia el pueblo de Endor, despues de haber dejado sus vestiduras reales y tomado el trage de un particular, sin duda á fin de que la maga tuviera menos reparo de entregarse al ejercicio de prácticas prohibidas por la ley y reprimidas por el monarca.

Llegó por fin el disfrazado rey en casa de la muger: nada podia descubrirle pues era de noche, y le dijo á la nigromántica: «Adivíname, por el espíritu de Pyton, y hazme aparecer al que yo te dijere.» Pero respondió ella: «Sabes bien cuanto ha hecho Saül para extirpar de todo el país los magos y adivinos: ¿porque pues vienes á armarme un lazo para hacerme perder la vida?» Mas su interlocutor la animó, jurándole por el Señor que no le vendria por ello mal alguno. Queria él á todo precio salir de su tenebrosa incertidumbre, como si la revelacion prematura de los goces y de los dolores que aguardan al hombre le permitiesen retardar á su sabor ó precipitar el curso de los mismos. Y además, el anticipar los sucesos no es conjurarlos ni vencerlos; y el mejor medio para prepararse provechosamente á lo que será es poner con valor la mano á lo que es, y á los que en lo presente no hacen mas que deseos, el porvenir no traerá sino remordimientos.

La maga contando ya sobre la impunidad prometida, preguntó á quien debia ella evocar. Acordóse Saül de Samuel, su protector y su consejero de otro tiempo: creyó con razon que la tumba no estaba sin eco, y que de una vida á la otra los amigos podian comunicarse y responderse. La inmortalidad es un dogma de todas las religiones, porque es el derecho y la necesidad de todas las almas; y la creencia de los pue-

blos sobre este punto ha encontrado en la nigromancia misma una sombría pero enérgica expresion. Pues hay verdades que la ignorancia del espíritu desfigura un momento, pero que el respeto del corazon protege sin cesar, y que á pesar de todo, arrojan en el horizonte de la conciencia humana una especie de luz indestructible como el resplandor del dia que las nubes atenuan, pero que no pueden sofocar.

Dijo el rey á la pytonisa: «Evoca á Samuel.» Era una preocupacion comun en los antiguos que al poder de las evocaciones mágicas las almas de los muertos dejaban el lugar de su reposo, pero difícilmente y con dolor, y que era preciso calmarlos y obligarlos juntamente por el poder de los encantamientos. Los paganos sobre todo recorrian á prácticas estrañas ó crueles. Palabras prodigiosas, hierbas tristes y fúnebres, horribles bebidas, ritos ó ceremonias inauditas, derramamiento de sangre, huesos de cadáveres, todo esto era necesario algunas veces para dispertar las almas dormidas en la muerte y arrancarles una respuesta. Los mismos errores hicieron que penetrasen entre los Hebreos á corta diferencia las mismas ceremonias. La pytonisa confiaba sin duda en los secretos de su ciencia; y de otra parte la densa obscuridad de la noche y el espanto de Saül no podian dejar de ser muy favorables á la eficacia de sus prestigios. Arroja de repente un grande grito al ver la figura de Samuel. «Porque me has engañado? Tu eres Saül.» —«No temas, respondió el príncipe, ¿que es lo que has visto?» — «He visto como un dios que se levantaba de la tierra, dijo la muger, queriendo significar con estas palabras un personage de aspecto magestuoso y terrible.» — «¿Y qué figura tiene? replicó Saül.» La pytonisa respondió: «La de un varon anciano cubierto con un manto.» Saül no dudó de que el ilustre profeta habia por el momento salido de entre los muertos, y se inclinó hasta tocar el rostro con la tierra para honrarle.

Entretanto se lamentaba el espectro de que se le hubiese turbado en su reposo. «¿Porque me has inquietado, haciéndome levantar de mi sepulcro por medio de evocaciones?» Escusóse Saül, y respondió: «Me veo en los mayores apuros: los Filisteos me han declarado la guerra y Dios se ha retirado de mí, y no ha querido responderme ni por sue-

ños ni por medio de profetas : á tí pues he llamado para que me digas lo que debo hacer.» Entonces respondió la voz: «¿A que viene el consultar conmigo, cuando el Señor te ha desamparado, y se ha pasado á tu rival? Porque el Señor te tratará en efecto como te predije yo de su parte: arrancará de tus manos el reino para transferirlo á David tu yerno, por cuanto no obedeciste á la voz del Señor, ni quisiste hacer lo que la indignacion de su ira exigia contra los de Amalec. Por esto te envia Dios lo que estás ahora sufriendo. Y hasta abandonará á Israël como á tí mismo á la espada de los Filisteos. Mañana tú y tus hijos estareis conmigo en la mansion de la muerte, y el campo de Israël quedará tambien entregado al furor de los enemigos.» Nadie podia hacerse ilusion acerca el porvenir de Saül: bien sabia él cuan justas eran las inculpaciones que le hacia su antiguo amigo; y sin duda que al consultar á Samuel esperaba mas bien oir funestas amenazas que prevenir un castigo merecido. Porque un príncipe maldecido públicamente de Dios en una república teocrática, aun cuando no se hubiese visto abandonado por la mitad de sus vasallos, y poseido del miedo en el momento de batirse contra un enemigo fuerte y decidido, estaba en vísperas de una ruina inevitable. En efecto, el dominio supremo, la accion inmediata de Dios se dejaba sentir en los destinos sociales del pueblo hebreo, é imprimia una direccion en toda su conducta, y hasta puede decirse que tal era el carácter propio y distintivo de su constitucion política. Desde que el poder insultaba con descaro á las leyes, hombres investidos de una mision transitoria y alguna vez permanente venian á levantar contra él el pendon de una oposicion sagrada; y si bien sus consejos no eran siempre seguidos, nunca resultaron vanos sus oráculos. Así cuando Saül desconoció las órdenes precisas de Dios, cayeron sobre su cabeza palabras de reprobacion, y se le dió en la persona de David un rival y un sucesor: y desde aquel momento ya podia asegurarse que desapareceria cuanto ántes en alguna formidable crisis; como un arbol á quien derribará el viento de mañana, porque hoy ha sido herido por un rayo.

Sea como fuere, prevista ó nó la respuesta del profeta, lo cierto es que produjo en Saül un prodigioso efecto. Sobrecogido por la mas viva

emocion, pálido y despavorido, faltáronle las fuerzas porque no habia tomado alimento en todo aquel dia: cayó pues en tierra casi sin sentido. La pytonisa acudió donde él estaba, y le dijo: «Ya ves que tu esclava te ha obedecido, exponiendo mi vida y dando crédito á tus palabras: ahora pues, escucha tambien la voz de tu sierva, y permite que te ponga delante un bocado de pan, para que comiendo recobres las fuerzas y puedas regresar á tu destino.» — «No, yo no comeré,» contestó Saül en su profundo abatimiento. Sin embargo á vivas instancias de sus dos servidores y de la muger, levantóse del suelo, y sentándose sobre una cama ó tarima, aguardó el desayuno que se le preparaba. Tenia la maga en su casa un cordero cebado, y fué corriendo y le mató, y tomando harina la amasó y coció unos panes sin levadura, y lo presentó todo delante de Saül y de sus criados. El rey pues y sus compañeros tomaron algun alimento ántes de volver al ejército. Partieron luego y anduvieron toda aquella noche.

¿Debemos pensar que Saül fué víctima de los artificios de otro y de su propia credulidad, ó bien que Samuel se le apareció realmente? lo que motiva la duda en esta parte es que los intérpretes de la Escritura andan divididos en opinion: y que la Iglesia no ha fijado dogmáticamente el espíritu de los fieles sobre el verdadero sentido del relato bíblico.

Por una parte nadie dirá que el escritor sagrado sea muy explícito ni que su texto ofrezca una dificultad que debe necesariamente tener su desenlace en un prodigio. Así, cuando dice, de paso, que la pytonisa vió á Samuel, ¿lo hace para conformarse con el lenguaje y opinion comunmente admitidos, ó bien para expresar una realidad, y dar el mismo la medida de su propia conviccion? Quizás se propusiera tan solo dar cuenta de las apariencias, y no pronunciar su fallo sobre el hecho en sí mismo. En este último caso, la imaginacion ó la astucia de la adivina hubiera corrido con todos los gastos de la escena, á la cual hubiera dado todo el valor la simplicidad del rey; y de otra parte no es difícil comprender como Saül en su desgracia hubiera podido ser engañado por una nigromántica. Todo el mundo está en el concepto de que las cosas visibles están ligadas con las invisibles por un lazo oculto y permanente. Por mas que el hombre halle un placer en nutrir en sí mismo un sentimiento de orgullosa independencia, todo le advierte sin embargo que se halla dirigido y

gobernado por una fuerza superior, y ved ahí porque su alma se halla naturalmente abierta á la idea de lo maravilloso. El infortunio mas que todo despierta y desenvuelve en él este instinto poderoso, á manera de un náufrago que asiéndose de los mas frágiles restos del naufragio tiene la esperanza de encontrar allí la salud. Y, cosa admirable! los espíritus fuertes, los siglos cultos y sabios no se hallan tan distantes como se cree de las vanas supersticiones y de las prácticas ridículas y pueriles; porque en general, hay mas propension de ser crédulo con la mentira cuando mas se ha llegado á ser incrédulo con la verdad. No hay aun dos siglos que la astrología tenia en muchas naciones civilizadas de Europa numerosos partidarios, aun entre las clases superiores é ilustradas.

Por otra parte, nada impide, segun otros escritores, que se tome al pié de la letra el texto de la Escritura. Siguiendo su parecer, los ángeles malos que al caer del cielo perdieron la felicidad, sin perder empero sus naturales formas, presentaron á los ojos de la maga un fantasma puramente ilusorio, vana apariencia destinada á mantener los ánimos en un pernicioso error; ó quizás tambien, prescindiendo de toda mágica operacion, Dios, por uno de los consejos de su providencia, hubiera enviado al endurecido Saül el alma de Samuel revestida de una forma sensible para dar al desgraciado príncipe su último aviso, así como de un modo parecido se sirve de los sucesos ordinarios para recordarnos su poder y su justicia. Bien que no por esto debamos admitir, que el país de la luz, morada de los justos, se inmute ó altere por los encantamientos de la magia, ó bien, obedezca á la curiosidad de espíritus supersticiosos, ni que el globo terrestre cese nunca de ser gobernado por leyes sabias que tienden á prevenir y á reparar el desórden, lejos de autorizar el error y consagrar el mal, doblegándose á los descarríos de la libertad. Sea hombre sea espíritu maligno, lo que escapa de la regla no por esto la destruye; la sabiduría divina resplandece en rayos de llama por sobre las imperfecciones de la criatura, cuyos depravados esfuerzos no pueden conseguir otra cosa sino manifestar á todas luces que la Providencia ha trazado con mano indestructible el plan de sus designios, cuyas líneas no alcanzan á traspasar las locuras ni los crímenes de sus criaturas.

Cuando una tormenta, arrastrando sobre la superficie de la tierra, nos priva del resplandor del dia, y derriba y arroja á gran distancia las obras de nuestras manos, en la profundidad de los cielos el sol continua brillando bajo su manto de luz, y las estrellas siguen pacíficamente sus armoniosas revoluciones.

Saül y sus compañeros habian tomado en Endor un alimento precipitado. Volvieron pues con presteza á unirse con su ejército, y pudieron llegar aun antes del dia. Sea resignacion ó desespero, el príncipe volvió á encontrar en aquel momento supremo un resto de su antigua energía: morir con sus hijos al frente de sus tropas era la única senda de gloria que se abria delante de él desde aquel instante: en ella pues entró decididamente á fin de preservar así de una postrer infamia el lustre de su nombre. Hay bienes en efecto, que valen mas que nuestra vida, y que por esto Dios ha colocado bajo la guarda inexpugnable de la libertad humana, la cual puede siempre cubrirlos con su propia inviolabilidad y sustraerlos de este modo á los insultos de la fortuna: como aquellas substancias formidables que se echan en unos receptáculos de cobre, para hacerlos servir á los juegos de la geurra ó á los prodigios de la industria, pero, que, no consintiendo trabas sino hasta una medida dada, rompen y dispersan todo lo que intenta comprimirlos ciegamente.

No tardaron en tener su cumplimiento las palabras de la pytonisa. Sabida es ya la sangrienta catástrofe de que fué víctima casi todo el ejército de Israël que huyó delante de los Filisteos á los que tantas veces habia vencido. Vimos ya la firmeza de Saül en sufrir sobre su persona todo el peso del combate, y que resistiéndose su escudero en obedecerle para darle la muerte, él mismo se arrojó sobre su propia espada, asaz valiente para morir, pero demasiado débil para sostener hasta el fin la prueba de su infortunio inmenso. Vimos tambien la crueldad de los vencedores en colgar del templo de sus falsos dioses los restos ensangrentados de Saül y de sus hijos, y la bravura respetuosa de los hijos de Jabes en arrancarlos con peligro de su vida de las manos de los incircuncisos para tributarles los supremos honores. Vimos asimismo el castigo que dió David al Amalecita que vino á noticiarle la muerte

del rey y de sus hijos y que alegaba por mérito el haber dado á Saül el último golpe para ayudarle á morir mas pronto. Habia entonces como hay ahora adoradores de todos los soles que se levantan; hombres á quienes el mas imprevisto suceso halla siempre de rodillas delante del afortunado, y que solo tiemblan de no humillarse aun lo bastante á su presencia: almas mezquinas y abyectas dispuestas siempre á hollar al desgraciado para abrirse una senda entre sus ruinas, y prestar vasallaje al nuevo ídolo: las revoluciones en sus vaivenes casi continuos, en sus conmociones inmensas arrojan de esos hombres á sus orillas, como el mar escupe los cadáveres: estos son los primeros en todo, en ensalzar y en deprimir, en hacer pedazos hoy del ídolo que ayer adoraban. Llámanse hombres de circunstancias, y abundan y aumentan en número á medida que el helado egoismo reemplaza el entusiasmo del honor, y el ciego y versatil espíritu de partido al cordial y sincero amor de la patria. El jóven Amalecita aspiraba á sacar un partido de una desgracia que si bien abria á David el camino del trono, lloraba éste con toda la fuerza de su corazon como la muerte de su rey y una grande calamidad pública. Gloriábase aquél de haber cometido un sacrilegio, como de un acto meritorio. Pero halló su merecido, cuando David, señalándole la muerte como premio de su accion, le dijo: «Tu boca ha dado testimonio contra tí cuando has dicho: He muerto al Ungido del Señor.» Porque entre los Judíos los reyes escogidos por Dios y consagrados por los profetas, ó por los sacerdotes, estaban revestidos de un carácter doblemente augusto y respetado.

Vimos por último el canto fúnebre con que expresó David su dolor públicamenta en la muerte de Saül y de Jonatás: canto notable por aquella concision enérgica y sublime con que el alma de un héroe celebra la muerte de otro héroe; dolor magestuoso y profundo, mezcla magnífica de recuerdos y de ternuras, y en el cual se percibe aquel resplandor sombrío que brilla por entre los vapores del sepulcro en donde duerme el fuerte, semejante al colorido que supo dar el autor del Osian á los cantos de guerra y de muerte de los héroes tenebrosos del Morven.

Todo Israël repitió este himno, expresion del público sentimiento, y elogio legítimo de Saül. Este príncipe tuvo en efecto eminentes calidades:

mostróse hasta el fin de su vida intrépido y liberal. Pero en cambio su muerte quedó en la historia religiosa del mundo como una leccion dada á todos los poderes que, tránsfugos de la justicia y por ella abandonados, reclaman en vano su salud de recursos miserables y estériles. El derecho es inmortal y sagrado, y tarde ó temprano encuentra un vengador; la fuerza es transitoria y ciega, y no es raro que aquel que es su árbitro invisible la vuelva súbitamente contra lo que ella estaba encargada de defender. ¿Que hay en la supersticion, la cual de sí es mentira y debilidad, para prevenir ó detener los golpes descargados por una mano que es verdad y poder? Al contrario, un castigo reservado coge algunas veces á los que se empeñaron abiertamente en escapar de las manos de Dios, ó en suprimir su intervencion en el mundo: y entonces su caida toma un carácter imprevisto y proporciones solemnes que aparecen como una traza profunda del paso de la Providencia en medio de los acontecimientos humanos.

Para conclusion de las tétricas escenas de Endor nos ha parecido muy al caso trasladar aquí la escena III del acto IV del *Saül* de la Señora de Avellaneda, que en tan bellos como valientes rasgos las describe. En esta reproduccion deseamos que la distinguida escritora no vea mas que el aprecio que su bien acabada produccion nos merece. A mas de que nadie sabrá pintar mejor á una muger que una muger misma.

ESCENA III.

SAUL. LA PYTONISA DE ENDOR. ABNER, *que luego se retira, y al final la sombra de* SAMUEL.

PYTONISA.

(Se oye su voz antes de salir en la escena.)
¿Por qué arrancarme á mi pesar ¡oh insanos!
de mi triste mansion?.... ¡Dejad que huya!
Yo no conozco el mundo de los hombres:
De vuestro sol la lumbre me importuna,

y pronto debe aparecer triunfante.
¡Dejadme ir! mi lúgubre espelunca
es el imperio de la eterna noche;
mas en ella se enciende, sin que luzca
para profanos ojos, luz de ciencia,
sol misterioso que jamás se anubla.

ABNER.

Pronto á tu asilo volverás, mas debes
pruebas dar de la ciencia en que se funda
tu justo orgullo. (*Vase, señalándole á Saül*).

SAUL.

Llega: yo te aguardo:
¿sabes quien soy, muger?

PYTONISA.

El que con ruda
violencia aquí me arrastra, solo dijo
que eres guerrero de modesta alcurnia:
mas sé tu nombre.

SAUL.

¡Dilo! de tu ciencia
esa señal me da.

PYTONISA.

Si de ella dudas,
¿por qué ¡Saül! á tu presencia vengo?
Tú, que en un tiempo con insana furia
á mis tristes hermanos perseguias,
¿por qué me llamas hoy?

SAUL.

No he sido nunca
el enemigo de la ciencia: cuando
los magos perseguí con saña injusta,
era instrumento de envidiosa raza
que gobernaba mi razon ilusa.
Los sacerdotes y Samuel, lanzando
contra vosotros pérfida calumnia,
estendieron la voz de que el infierno
vuestro acento dictaba.

PYTONISA.

Solo es una
la gran cadena de los seres: toca
un estremo á la nada, y la otra punta
en el cielo se pierde. ¿Quién las llave
tiene del porvenir, ó quién usurpa
derechos del que guarda en lo infinit
el foco eterno de sapiencia suma?
Toda voz es de Dios, si verdad habla
¿Qué voz pudiera semejar la suya?
Cuando esa voz esplica los arcanos
á par el cielo y el infierno escuchan;
que ella en la inmensa creacion resuena
y de la cumbre hasta al abismo cruza.

SAUL.

Poco me inquieta ya que el cielo sea,
ó el infierno quien oiga mi consulta.
Haya un poder contrario á mi enemigo,
y á él se liga Saül,

PYTONISA.

¿Mas qué te impulsa,
mísero rey, á conducir mi mano
con loco empeño á la funesta urna
donde el destino sus secretos guarda?
A esa fatal curiosidad renuncia:
¡Yo te lo ruego!

SAUL.

(*Impaciente*). Sí apariencia solo
no es tu vasto saber, ¿cómo te escusas
de ostentarlo ante mí?

PYTONISA.

¡Rey desdichado!
¡no está mi alma de piedad desnuda!

SAUL.

Penetro tu intencion: amedrentarme
presumes con imágenes confusas
de fingido terror, y escapar piensas
sin que patente sea tu impostura.
¡Mas no lo has de lograr! confiesa al punto
tu ignorancia, muger, si no pronuncias
lo que saber pretendo.

PYTONISA.

¡Tú lo quieres!
¡Y bien, rey de Israël! ¿qué me preguntas?

SAUL.

El odioso rival que hallar anhelo,
¿en qué confin recóndito se oculta?

PYTONISA

Cerca de tí respira.

SAUL

¿De mí cerca
puede hallarse David?....

PYTONISA.

Sus huellas busca
en la tierra que pisas.

SAUL.

¿No me engañas?....

PYTONISA.

No te engaño, Saül.

SAUL

¡Oh! ya columbra
mi mente la verdad. Del Filisteo
se hace amigo el traidor: ¡le presta ayuda,
y se introduce como vil espía
de su pueblo en el campo!

PYTONISA.

¡Tú lo juzgas,
que no yo, rey!

SAUL.

¡Allí, donde se encuentra
ansiaba hallarle mi furor! ¡Ocupa
un puesto digno de su escelsa gloria!
¡Oh! ¡que al incircunciso se reuna!

que con él venga á disputarme el cetro;
ya mi impaciencia á su pereza acusa!

PYTONISA.

¡Sí! ¡le verás por tu desgracia tarde!

SAUL.

¡Aun en los bordes de la tumba oscura
conmigo le hundiré!

PYTONISA.

¡Qué horrible suerte!
¡El negro espanto mi garganta anuda!...
Un helado sudor cubre mis miembros....
¡oh, qué cuadro fatal!.... ¡mi vista ofusca
denso vapor de sangre!.... ¡Deja, deja
que á lo mas hondo de mis antros huya!

SAUL.

¡No! ¡que esplicarme sin misterios debes
cuanto ese horror artificioso anuncia!

PYTONISA.

¡No lo intentes jamás, padre infelice!

SAUL.

¡Pitonisa de Endor! sobrado abusas
de mi paciencia ya: tiembla si escede
á mi bondad la pertinacia tuya.
¡Descorre el velo de mi suerte! ¡quiero
penetrar hasta el fondo!

PYTONISA.

¿No retumban

allá en tu corazon las roncas voces
que pronunció su boca moribunda?

SAUL.

¡Samuel! (*Estremeciéndose*).

PYTONISA.

¡Cayó, cuando la pura sangre
de los hijos de Aron, que humea inulta,
manchó tu frente regia: allí se ostenta!

(*Saul lleva maquinalmente su mano á la frente, y la deja caer sobre su pecho.*

Sí, tu mano, la toca; mas convulsa
cae, y en tu pecho criminal se ensaña,
cual si intentara desclavar la aguda
flecha del punzador remordimiento.
¡Es ya tarde, Saül! la enorme suma
se completó de tus delitos. Llega
el momento cruel: ¡fuerza es que sufras
la horrible espiacion!

SAUL.

¡Oh! si no quieres
que de tu acento mi furor deduzca
que eres órgano vil de mi enemigo,
pruébame tu verdad!

PYTONISA.

¿Quieres que acuda
á atestiguarla un muerto?....

SAUL.

¡Quiero, maga,
que de mi tolerancia no hagas burla!

¡De cuanto has dicho la verdad me prueba,
ó castigo tendrá tu infame astucia!

PYTONISA.

¡Tiembla, infeliz, si accedo á tu demanda!

SAUL.

¡Tiembla por tí, ¡muger! si lo rehusas!

PYTONISA

¡Lo quieres!

SAUL.

¡Te lo mando!

PYTONISA

¡Desdichado!
¿Ves esa roca estéril, negra, ruda,
como tu corazon? En sus escombros
tú y el renuevo de tu estirpe augusta
muy pronto envueltos yacereis.

SAUL.

¡La prueba!

PYTONISA.

(*Le lleva con violencia al sitio que le ha designado. La roca se estremece y cae á pedazos, dejando ver la sombra de Samuel, al principio confusa y progresivamente mas distinta.*)
Ven á buscarla ¡rey!.... de qué te asustas?

SAUL.

Estos escombros que á mis plantas ruedan
anhelan sepultarme.... ¡se acumulan!
¡Suelta, hija del infierno!.... ¿qué pretendes?

PYTONISA

Probarte mi verdad, pues de ella dudas.
¡Alza los ojos, rey!

SAUL.

(Cayendo de rodillas.) ¡Samuel!

PYTONISA

¡Su sombra
se alza á prestarme testimonio: escucha!
(Desaparece por entre las peñas.)

SAUL.

¡Samuel! ¡Samuel! ¡oh sombra despiadada!

SOMBRA

¡Rey de Israël, hollando estás la tumba
de tu estirpe infeliz: te están llamando
las víctimas de Nobe con voz muda,
y á encontrarlas irás apenas se alce
el nuevo sol que en el oriente apunta!
(La sombra vuelve á velarse y desaparece. Saul arroja un hondo gemido y queda sin sentido.)

Notas.

(1) Algunos autores, dice el eruditísimo P. Feijóo (*Teatro crítico* tom. II. Discurso sobre las profecías supuestas) se arrojaron á decir que nunca hablaba el demonio en los ídolos, sí solo los mismos sacerdotes idólatras, los cuales con varias estratagemas persuadian al pueblo que lo que respondian ellos era voz de las estátuas. Cítase de esta opinion á Eusebio, Alejandrino, Ciceron y Aristóteles. Y aunque no admito esta opinion con tanta generalidad, es lo mas verosímil que por la mayor parte sucedia así. En el Museo Kircheriano se lee, que los sacerdotes Egipcios y Griegos, con un género de tubas ó trompetas parlantes, al modo de aquello que inventó en el siglo XVII el ingenioso Padre Kircher, escondidos tras del ídolo en parte algo distante, encaminaban con arte la voz, de suerte que al pueblo le parecia salir de la boca del simulacro, ayudando mucho al engaño el horrendo sonido que crece á la voz dirigida por la estrechez del tubo; pues quien ignora el artificio, no concibe que pueda ser voz humana.

« Pero aunque el uso del tubo era mas acomodado y útil para este efecto, sin él podian ejecutar el mismo engaño, articulando, escondidos detrás de los ídolos, las respuestas por algun conducto que tuviese salida en la boca de la estátua. De esto hallamos un ejemplo en los idólatras modernos....... En el oráculo de Delfos, el mas famoso de la antigüedad, es muy verosímil que se usaba del mismo dolo, en consideracion del sitio en donde se daban las respuestas. El trípode ó mesa de tres piés, donde se sentaba la profetiza estaba colocado sobre un agujero ó abertura de la tierra, por donde, cuando habia de responder, humeaban densas exhalaciones, que conturbándole el celebro, le ponian al parecer furiosa, y la obligaban á violentas contorsiones, las cuales, cesando despues el humo, tambien cesaban; y entónces, como intérprete de la

deidad, satisfacia á las consultas. La astucia que se lee en Daniel de los sacerdotes de Belo, que tenian ocultas entradas al templo (al parecer por conductos subterráneos, aunque la Escritura no lo dice espresamente) para comer los manjares que se presentaban al ídolo, persuadiendo al pueblo que el ídolo los comia; hace pensar á algunos autores que en Delfos se practicaba semejante engaño; y que la abertura de tierra se comunicaba á alguna caverna, á donde los sacerdotes se encaminaban por oculta senda subterránea, para desde ella dar sahumerios á la profetiza, y aun dictarle las respuestas. El trípode estaba rodeado todo de laureles, con cuyo beneficio, y el del humo que salia de la caverna, se robaba de la vista de los circunstantes la profetiza, cuya afectada ocultacion cuanto facilitaba el engaño, tanto le hacia mas creible.

«Al principio solo ejercian aquel ministerio tiernas doncellas consagradas á Diana, hasta que un tal Echecrates, natural de Tesalia, que fué á visitar el templo de Delfos por devocion á Apolo, y despues repitió muchas visitas por devocion á la profetiza, logró enamorarla y robarla. Desde entónces se estableció que no se sentase en el trípode muger alguna de menos edad que cincuenta años: en lo cual no solo se atendió en evitar en adelante otro sacrílego robo, mas tambien en no exponer en la facilidad de una doncella la revelacion del secreto engaño del oráculo.....

«Para que las predicciones de los oráculos se verificasen en la forma que las interpretaban despues de ver el éxito, no era menester que las dictase la perspicacia diabólica, bastaba la sagacidad humana. O eran las respuestas ambiguas y obscuras de modo que pudiesen aplicarse á diferentes y aun á opuestos sucesos; ó si se daban con mas determinacion, no correspondiendo despues el suceso, se le buscaba á la profecía alguna esplicacion metafórica. En verdad que tales vaticinios no eran menester mas demonios que sacerdotes embusteros.......

«Si cuando el mundo estaba mas advertido, un impostor solo pudo engañar á todo el mundo, ¿cuánto mas posible fué que sucediese esto en la rudeza de los tiempos anteriores, y que fuese conspiracion de ministros embusteros la que se juzgaba respiracion de las deidades? Ni aun en aquellos tiempos parece que los hombres de mas luz prestaban mucha reverencia á los oráculos. Eurípides afirmaba que el mejor oráculo de todos era aquel que entre infinitas mentiras decia alguna verdad. Decia Demóstenes que la profetiza de Delfos *philippizaba*: queriendo decir, que sobornada por Filipo, rey de Macedonia, daba las respuestas que importaban á la política ambiciosa de aquel príncipe. Ciceron largamente hizo irrision de todos los oráculos del Gentilismo, y dice, que enmudecieron los oráculos desde que los hombres dejaron de ser simples.

«No solo los sabios, mas tambien algunos príncipes parece que consultaban los oráculos, mas por política que por religion. El ver que siempre ó cuasi siempre recibian respuestas favorables, hace creer que las dictaba la adulacion, el miedo ó la codicia de los ministros del templo. Habia Agesilao consultado sobre un negocio grave á Júpiter Olímpico, y recibido favorable respuesta. Ins-

táronle los suyos á que consultase tambien á Apolo Délfico, y él hizo la consulta de un modo graciosísimo: preguntóle á Apolo si era del mismo parecer que su padre Júpiter? ¿Qué otra cosa era esto que hacer burla de una y otra deidad, de uno y otro oráculo?

«Alejandro, negándose la profetiza Délfica á consultar la deidad con el motivo de ser aquellos dias nefastos, ó infelices, con violencia la hizo ir al trípode. Cierto es que si venerara el oráculo, ni maltratara á su animado órgano, ni despreciara la observancia del rito.

«No por esto pretendo que algunas veces no hablase el demonio en sus templos y estatuas: esto fuera oponerme á muchos Padres que lo afirman. Fuera de que, en varias partes de la Escritura se habla de hombres y mugeres que tenian espíritu Python que es lo mismo que espíritu diabólico, divinatorio; y si el demonio podia inspirar á particulares individuos, podria tambien, permitiéndoselo Dios, ejercer el mismo influjo en los ministros de sus templos. Lo que juzgo es, que aunque una ú otra vez sucediese así, lo mas frecuente era ser artificio de los mismos ministros para asegurarse la veneracion de los pueblos.

«Fuera de la falsedad de los oráculos, abundaron bastantemente los Gentiles en fábulas de aquellos, que por inspiracion se decian profetas. Los mas célebres fueron: entre los Griegos, Orfeo y Melampodes: entre los Romanos, Marcio: entre los Egipcios, el Trismegisto: entre los Persas, Zoroastro: entre los Hiperboreos, Abaris: entre los Getas, Zamolxis. Celio Rhodiginio halló en antiguos escritores, que á los Argonautas acompañaron en su expedicion tres profetas, Mopso, Ydmon y Amfiarno. El primero de estos quedó con tanta opinion de cierto en sus predicciones, que era modo vulgar de ponderar la veracidad de alguno el decir que era mas cierto que Mopso. Andaban tan baratos los profetas entre los gentiles, que entre los hijos de Priamo se contaban dos: Heleno y la infeliz Casandra, que recibió el don de profecía con la pension de no ser creida jamás. Y Pausanias refiere de la familia de los Clitides en Grecia, en la cual era hereditario el don de profecía. ¿Que diremos á esto sino que entre los Gentiles habia muchos embusteros, y aun familias, en quienes el embuste era hereditario?

«No es absolutamente imposible que Dios comunique el don de profecía á un infiel. San Agustin, San Cirilo de Alejandría y Teodoreto afirman que Balaam, hombre pagano y maldito, fué inspirado en sus predicciones por Dios aunque otros sienten que por el demonio.»

(2) En cuanto á los libros de las Sibylas, dice el autor ya citado, número, nombre, patria y tiempo en que florecieron estas mugeres hay tanta disension entre los autores, que apenas se hallan dos concordes. Ciceron, Plinio, Plutarco y Diodoro Sículo no hablan sino de una Sibyla. Mariano Capela dice que hubo dos, Solino tres, Eliano cuatro, y Varron hasta diez. De la legitimidad de sus vaticinios no hay tampoco mucha certeza. La historia romana cuenta, que habiendo llegado á Roma la Sibyla Cumea en tiempo de Tarquino el Soberbio le presentó nueve libros, pidiendo por ellos trescientos escudos: burlándose el Príncipe por parecerle excesivo el precio, quemó la Sibyla

los, tres y por los seis restantes pidió la misma cantidad. Despreciando Tarquino de nuevo tan extravagante demanda, quemó otros tres, insistiendo en que por los tres que quedaban le diese los trescientos escudos, y amenazando de darles al fuego, como los demás, en caso de ofrecerle menor precio. En fin concibiendo el príncipe en tan estraña resolucion algun alto misterio, dió los trescientos escudos por los tres libros que como cosa sagrada, colocó debajo la custodia de dos Patricios en el Capitolio: y eran consultados por los Romanos cuando se veia en alguna grande afliccion la República; hasta que, abrasándose el Capitolio en tiempo de Syla, ochenta y tres años antes del Nacimiento de Cristo, tuvieron los tres libros la misma desgracia que los otros seis.

Deseosos los Romanos de reparar en lo posible esta pérdida, enviaron sujetos que por la Grecia y por el Asia recogiesen los versos de las Sibylas que pudiesen hallar. Señaladamente fueron diputados para este fin Octacilio Craso y Lucio Valerio Flaco á Attamo rey de Pérgamo, y juntaron hasta mil versos, atribuidos á las Sibylas, que les dieron varios particulares. De estos versos, dicen se extrageron aquellos fracmentos que por contener claros vaticinios y muy circunstanciados de la venida del Hijo de Dios y de nuestra Redencion, apreciaron algunos Padres de la Iglesia, para hacer argumento con ellos contra los Gentiles.

Isaach Vossio pretende que los versos Sibylinos traidos á Roma por Octacilio Craso fueron compuestos por algun Judío que extrajo aquellos vaticinios de la Sagrada Escritura. Otros le contradicen, porque en la Escritura no se hallan predicciones tan claras y formales de nuestra prediccion como las de los versos Sibylinos, y casi creen que estos fueron supuestos por algun cristiano en el segundo siglo. Pero es mucho arrojo de la crítica pensar, que á la gran sabiduría de los Padres, mas vecinos á aquel tiempo, se escondiese este engaño. Bien podrian conciliarse estas dos opiniones diciendo, que de hecho los versos traidos á Roma contenian el vaticinio de nuestra Redencion y de la venida del Mesías con aquella generalidad que se halla en los Profetas Sagrados: y despues algun cristiano los alteró dándoles mas clara espresion. No es prudencia tomar partido en materia tan obscura. Lo que podemos decir es que las contradicciones de los Autores sobre el número, tiempo y otras circunstancias de las Sibylas, no dejan duda de que en su historia se han mezclado muchas fábulas: especialmente cuando de la Sibyla Délfica, que algunos llaman Artemisa, se dice que fué muy anterior á la guerra de Troya. ¿De dónde se sacó esta noticia? En los libros sagrados no la hay: y de los historiadores profanos ninguno se avanza á tanta antigüedad, esceptuando los fabulosos: que por eso los criticos á todo el tiempo anterior á la guerra de Troya ya llaman el pais de las fábulas.

Adviértese que San Ambrosio no hizo de las Sibylas el mismo concepto que San Agustin, San Gerónimo y algunos otros Padres que hablaron de ellas, pues las niega toda celeste inspiracion, y solo les concede espíritu fanático, mundano y engañoso (en la Carta 1.ª á los Corintios, cap. 2.°)»

Despues de haber oido el respeta-

21



ble voto del P. Feijóo, veamos lo que dice acerca este mismo punto el eruditísimo Ceiller en su *Historia general de los Autores sagrados y eclesiásticos*. Lib. III. cap. V.

« Los paganos llamaban Sibylas á ciertas mugeres célebres en su religion por los oráculos que daban, y nada mas propio que este nombre que á la letra significa *llena de Dios* ó *consejo de los dioses* para mostrarnos la alta idea que se habian formado de aquellos personages, pero no todos la tenian tan ventajosa. Aristóteles, y despues de él Amiano Marcelino atribuyeron á una viva y acalorada fantasía ausiliada de un natural visionario y melancólico los pretendidos oráculos de las Sibylas, y Ciceron parece haberlas considerado, alomenos las que llevan el nombre de la Sibyla de Cumas, como documentos forjados á capricho, y producciones de una política refinada, que aspirando á la autoridad soberana, habia encontrado en los oráculos obscuros y equívocos un medio siempre eficaz de sujetar al pueblo só pretexto de sumision á las órdenes de los dioses.

Los Cristianos en esta parte tampoco están de acuerdo. Algunos ha habido, que canonizando las Sibylas, han pretendido presentarlas como Profetizas del verdadero Dios, obligándonos en cierto modo á aumentar el canon de las divinas Escrituras con ocho libros que encierran los oráculos atribuidos á las Sibylas. Lactancio empero, á quien siguen gran número de célebres críticos, no ha titubeado en adelantar la proposicion de que el espíritu que inspiraba á las Sibylas, cuando daban sus oráculos era un espíritu malo.

Ni menor es la variedad que se encuentra en los antiguos con respecto al número de las Sibylas, y al tiempo en que vivieron, por manera que es muy difícil decidirse acerca estos dos puntos. Las dos que reconoce Marciano Capela son la Erofila y la Troyana, la cual dice ser la misma que la Frigia y la Simaca, que siendo de Eritreo, fue llamada la Sibyla de Cumas del nombre del lugar en donde habia dado sus oráculos. Las cuatro que cuenta Elieno son, la Eritrea, la Eurifila, ó la de Samos, la Egipcia y la Sarda, llegando á contar otras hasta diez, y esta division que Lactancio atribuye á Varron es la mas comunmente admitida.

La primera, segun Varron, es la Sibyla de Persia, de la cual habla Nicanor historiador de Alejandro el Grande. Creyó Suidas que era hija de Noē, fundado segun parece en los oráculos qne llevan los nombres de esta Sibyla, y en los que se dice ella misma hija de este Patriarca, y nos asegura que estaba con él en el arca en tiempo del diluvio. Lactancio nombra en segundo lugar la Sibyla de Libia, ya conocida del tiempo de Euripides, es decir, en la octuagésima olimpiada, en la cual florecia este historiador. La tercera es la de Delfos, llamada por algunos Artemisa, como hemos ya indicado, de la cual habla Erisipo, y Clemente de Alejandría la hace hija de una cierta Lamia de Sidon, y dice que vivia setenta años antes de la guerra de Troya: y no ha faltado quien haya creido que Homero habia insertado muchos de sus versos en su Iliada. La Sibyla de Cumas es la cuarta. Nevio y Pison nos hablan de ella. Han creido algunos que era hija del historiador Berosio, que ha-

bia nacido en Babilonia y que habiendo despues venido á Cumas, ciudad de la Campania, habia pronunciado allí sus oráculos. San Justino mártir, por quien sabemos estas circunstancias, añade que se le enseñaron varias cuevas cortadas en la misma roca, las cuales, segun tradicion del país, habian servido de morada á la Sibyla de Cumas. Es notable en esta Sibyla que no daba los oráculos como las otras, es decir, de viva voz, sino que las escribia sobre hojas de palmera, que colocaba á la entrada de su gruta. Y si el viento llegaba á mezclar estas hojas, y á romper de consiguiente el hilo de las predicciones que allí estaban escritas, nunca las escribia segunda vez, por manera que los que venian á consultarla se veian precisados á volverse, sin haber sabido nada. Hase hablado de la Sibyla de Cumas, ó de Italia, en el tercer libro de la Eneida de Virgilio, y en el libro XIV de las *Transformaciones* de Ovidio.

La quinta Sibyla es la Eritrea, natural tambien de Babilonia como la precedente, y ella misma nos lo asegura; añadiendo que seria despues mas conocida con el nombre de Eritrea, porque, segun parece, pasó allá para dictar oráculos. El mismo Eusebio le pone su nacimiento sobre los principios de la ciudad de Roma: otros dicen que vivia en tiempo de la guerra de Troya, y que predijo á los griegos la destruccion de esta ciudad. Despues de la Eritrea pone Lactancio la Sibyla de Samos, llamada así de la isla de este nombre, bien sea que fuese natural de la misma, ó que diese allí sus oráculos. Dice Erathostenes que en los antiguos anales de los Samianos se hace mencion de esta Sibyla. Segun Elieno vivia en tiempo de Numa Pompilio Rey de los Romanos, sobre la sexta Olimpiada.

La mas célebre de todas las Sibylas, y que Lactancio, siguiendo á Varron, cuenta por la séptima, es la Cumana, llamada Amaltea, algunas veces Demofila y Herofila: y es la que presentó los libros á Tarquino, como queda esplicado. Aulio Gelio y Dionisio Alicarnasio, que hacen mencion de ella, no la indican por su nombre sino que la llaman una vieja desconocida y estrangera.

La Sibyla del Helesponto es contada por la octava: era Troyana de origen, y nacida en Marpesa cerca la ciudad de Gergithi, y segun Heraclides, florecia en tiempo de Cyro y de Solon. La ciudad de Gergithi la veneraba hasta el punto de poner su sello en las monedas, teniendo por símbolo una esfinge, y la concedió el ser sepultada en el templo de Apolo. Nada se sabe de la nona Sibyla llamada Frigia, sino que daba sus oráculos en Aneyra en la Frigia, de donde tiene este nombre.

La ciudad de Tívoli en la campiña de Roma fué cuna de la décima Sibyla llamada Tibustina: allí fué adorada despues como una divinidad, y es fama que se halló en el rio Taverona, sobre el cual está fundada aquella ciudad, una estatua que representaba esta Sibyla con un libro en la mano, que el Senado mandó traer y encerrar en el Capitolio.

Ved ahí todo lo que nos han conservado los antiguos concerniente á las Sibylas, por todo lo cual parece que hubo en efecto entre los paganos mugeres que pasaban por inspiradas por alguna divinidad, á quienes se consultaba como oráculos. Tampoco puede dudarse que dejaron gran nú-

mero de escritos: pero trátase ahora de saber si estos escritos subsisten aun hoy dia, y si los ocho libros que se nos dan bajo sus nombres son los mismos que los libros sibylinos de que hablan Tito Livio y los antiguos autores célebres entre los paganos.

Todo induce á creer que estos libros son apócrifos. Los tres primeros se suponen escritos por una Sibyla que desde el diluvio universal estaba casada con uno de los hijos de Noë y que durante el diluvio estuvo con él en el arca. Se le hace referir todo lo que pasó desde la creacion del mundo, y predecir el nacimiento de Moysés, la servidumbre de los Israelitas en Egipto, y su libertad por medio de este legislador. Si todos estos hechos hubiesen sido escritos antes de Moysés, ¿no hubiera éste hecho mencion de ellos en el libro del Génesis, y no se hubiera servido de la autoridad de estas predicciones para hacer valer su mision acerca de los Israelitas? Además es un hecho admitido por casi todos los antiguos Padres de la Iglesia que no tenemos los escritos de autor alguno que haya escrito antes de Moysés, y no han exceptuado las Sibylas: prueba evidente, ó de que no conocian los escritos de esta nuera de Noë, ó que los miraban como supuestos. Aun hay mas: era comun creencia en la antigüedad que las Sibylas habian permanecido siempre vírgenes, y que habian recibido el don de profecía en premio de su virginidad. Lo cual no conviene ni á la Sibyla casada con un hijo de Noë, ni á la que pasa por haber escrito el séptimo libro de las Sibylas, pues que ella misma refiere los incestos y los adulterios de que está manchada.

Mille mihi lecti, connubia nulla fuerunt.
[illegible]
Dedi filium.

(Sibyl. apud Galbœum. lib. 7.)

Por fin, en este libro se hace mencion de los combates de los antiguos atletas, en donde aquellos que habian conseguido victoria entraban en su patria sobre un carro tirado por caballos blancos, no por la puerta sino por una brecha que se abria á propósito en la muralla, lo cual segun Plinio, no empezó á estar en uso hasta el reinado de Trajano, muchos siglos posterior á aquel en que se supone que vivió la Sibyla.

La claridad y el arreglo de los oráculos atribuidos á las Sibylas es tambien otra prueba de su suposicion. Aquellas de que hablan los antiguos, exceptuando los acrósticos citados por Ciceron y por Varron, y que no podian ser obra sino de mucho arte y estudio, estaban sin órden, oscuros, entrecortados, y mostraban en todo la agitacion de espíritu y, por decirlo así, el furor de que aquellas mugeres se hallaban animadas cuando pronunciaban los oráculos. Los libros sibylinos que nos han quedado, están al contrario compuestos con toda reflexion y calma, en todo rebozan trabajo y artificio; obsérvase muy bien en ellos el órden de materias, y las predicciones se anuncian en términos tan claros y esplícitos, que no tanto parecen predecir lo futuro como referir lo pasado. Isaías, de quien dice San Gerónimo haber sido mas bien Evangelista que Profeta, por la mucha claridad de sus profecías, no habla del misterio de la Encarnacion en términos tan precisos, ni marca tan exactamente las circunstancias, como se hace en el sexto libro. Este profeta habia dicho en general que una Vírgen concebiria y daria á luz

un hijo. Pero la Sibyla quiere parecer mas instruida que Isaías, pues nombra á esta Vírgen por su nombre y la llama *María*, dá al Angel nuncio del misterio el nombre de Gabriel, señala las circunstancias del diálogo entre el Angel y la Santa Vírgen, y sin olvidar la turbacion que le causaron las palabras del celeste mensagero; dá al hijo de María el nombre de Dios, de Verbo, de Cristo, y reconoce que la calidad de Madre no causó la menor lesion á su virginidad. Añade que luego despues del nacimiento de Jesucristo en el pesebre de Belen, una nueva estrella invitó á los magos á que viniesen á adorarle. En fin, ella se dá á sí misma el nombre de cristiana: y como si hubiese tenido á la vista los libros del Evangelio cuando escribia, refiere en términos clarísimos el misterio de la multiplicacion de los cinco panes y dos peces; señala el número de las personas que con ellos quedaron saciadas, los cestos llenos de lo sobrante, los bofetones que se dieron á Jesus en su pasion; todo se halla señalado de un modo claro, lo cual prueba tanto que son supuestos, como que son diferentes de los oráculos que citan los paganos bajo el nombre de Sibylas; por cuanto en estos no se trataba ni del culto del verdadero Dios, ni de la vida y muerte de Jesucristo, sino tan solo del saqueo de ciudades, de irrupcion de bárbaros, de destruccion de imperios. Y lejos de favorecer en algun punto el culto del verdadero Dios, no tendian á otra cosa que á establecer el de falsas divinidades: por ejemplo, está mandado en dichos oráculos, segun Tito Livio, el hacer ofrendas al dios Marte, celebrar juegos en honor de Júpiter, consagrar templos á Venus, aplacar á Ceres con sacrificios; que para arrojar los enemigos de Italia, se debia llevar de Pesinunto á Roma la madre de los dioses, que cada cinco años debia mandarse un ayuno en honor de Ceres, y otras supersticiones semejantes que no se encuentran ciertamente en los versos de las Sibylas citadas por los PP. de la Iglesia.

Y lo que marca tambien la diferencia es que los oráculos de las Sibylas respetados por los cristianos se hallaban en manos de todo el mundo, segun observa S. Justino; cuando los ejemplares de los otros eran rarísimos, y tan venerados entre los paganos, que para ser consultados se necesitaba un decreto del Senado, en las necesidades urgentes de la república, segun refiere Aulo Gelio. Y aun este privilegio se concedia á muy pocas personas, es decir á los decemviros, á quienes estaba confiado el gobierno del Estado; privilegio del cual no podrian ellos abusar sin exponerse á un castigo semejante al de Attilio, castigado con la muerte de los parricidas, por haber dado á su amigo una copia de los versos de la Sibyla. Verdad es que despues de la quema del Capitolio en tiempo de Sila, y mucho tiempo despues bajo el reinado de Augusto, los Romanos tomaron de la Grecia, del Asia, del África y de la Italia todos los versos sibylinos que encontrar pudieron, para reemplazar los que habian perdido en aquel incendio; pero tambien es verdad que entre el número considerable que encontraron allá, habia mas de dos mil de falsos y de supuestos que se mandaron quemar, conservándose tan solo los que se creyeron ser verdaderos, y habiéndolos Augusto hecho encerrar en dos cajitas de oro, los colocó en el templo de Apolo, ba-

jo la guardia de los sacerdotes á quienes mandó que copiasen los ejemplares mas usados, para que ellos solos los leyesen, como refiere Dion. No vemos tampoco que los sucesores de Augusto fuesen mas laxos en este punto, ni que hayan concedido á nadie el sacar copias de aquellos oráculos. Y hasta hubiera sido peligroso el servirse de los que hubiesen podido escapar de las pesquisas de los Romanos; pues que, segun el testimonio de S. Justino martir, estaba prohibido el verlos bajo pena de muerte.

Parece pues fuera de toda duda que los libros de las Sibylas, tan ponderados en los primeros siglos de la Iglesia, son obra de algun cristiano que por un celo poco discreto creyó serle permitido fingir y suponer estos oráculos á la Sibyla, á fin de encontrar entre los paganos predicciones que les fuesen favorables, como las hallaban entre los Judíos. Los paganos no tardaron en advertir la impostura, pues al objetárseles la autoridad de las pretendidas Sibylas para convencerlos de la verdad de la religion cristiana, respondieron, segun nos dice Orígenes y Lactancio, que estos versos eran una hechura de los cristianos, los cuales no solo habian fabricado de nuevos, sino que habian introducido en los antiguos y verdaderos *muchas cosas llenas de impiedad.* Y hasta parece que el mismo San Agustin no estaba lejos de creer que los cristianos habian supuesto las profecías que se hallan en los escritos de las Sibylas que hacen relacion á Jesucristo, pues sobre esto no hace la menor inculpacion á Fausto el Maniqueo, que dudaba de su autenticidad.

Además, cuando se atienda á que desde el principio de la Iglesia el demonio se ha esforzado en sentar la mentira en la cátedra misma de la verdad, como parece por un gran número de falsos Evangelios y de falsos actos publicados desde entonces bajo el nombre de los Apóstoles, no causará tanta sorpresa que se hayan tambien supuesto falsos escritos á las Sibylas, especialmente habiendo tantas apariencias de que este engaño fué obra mas bien de un herege que de un católico, segun refiere Tillamont en su *Historia de los Emperadores.* Ni tampoco es de estrañar que los santos que vivieron en aquellos primeros siglos tomasen de buena fé los escritos supuestos por verdaderos; pues no atribuirian á los otros, no habiendo razon para ello, una mentira ó una impostura de que se conocian ellos incapaces. Es indudable además que en aquellos tiempos no habia tanta aplicacion como ahora en hacer el debido discernimiento de las obras que circulaban en la Iglesia, y que los santos admitian sencillamente lo que encontraban favorable á la verdad, y se servian de ello para combatir al paganismo, á causa del respeto que tenian los paganos á las Sibylas, si bien que no lo alegaban como una verdad fundamental de la Religion, sino como una adicion á las pruebas que ellos sacaban de las verdaderas profecías de los Judíos, verificadas por Jesucristo y por la Iglesia.

Prescindiendo de varias otras observaciones históricas que pudiéramos reproducir en confirmacion de la poca fe que se merecen los versos Sibylinos, tales como los poseemos en la actualidad, diremos tan solo que si estos versos fuesen tales como han llegado hasta noso-

tros fuerza seria reconocer que el don de profecía fue concedido á las naciones infieles con mucho mayor resplandor y claridad que al pueblo de Dios, pues que ningun profeta ha hablado tan claramente de Jesucristo, como la Sibyla de Eritrea, en los versos citados por el Emperador Constantino. Y sin embargo es cierto que los Judíos fueron preferidos á las demás naciones, y que su grande ventaja sobre los demás pueblos consistia principalmente en que les fueron confiados los oráculos de Dios. Sin duda que se han hecho de tiempo en tiempo otros cambios en los libros Sibylinos; pero puede decirse que por la mayor parte de lo que contienen son los mismos que los que habia en los primeros siglos, y que los Padres han citado bajo el nombre de Sibyla, pues hallamos lo mismo que ellos refieren en sus escritos. Añadirémos que los ocho libros que tenemos bajo el nombre de las Sibylas no son enteramente supuestos, pero que su autor ha intercalado muchos fracmentos que los autores paganos atribuian á las Sibylas; de los cuales se hallan vestigios en Ovidio, en Orfeo, en Herodoto, y en Virgilio; y de este modo el autor del engaño pudo mas facilmente hacer creer que todas las predicciones por él supuestas venian en efecto de las Sibylas, y que Dios habia querido darse á conocer á los Gentiles por su medio, como se habia dado á conocer á los Judíos por los Profetas.

En los siglos posteriores al de Constantino el Grande las Sibylas perdieron ya mucho de su autoridad, y rara vez se las citó despues en las disputas de Religion, sobre todo entre los Cristianos San Agustin confieza esplícitamente en el libro 18, cap. 47. de la *Ciudad de Dios*, que *puede pensarse que los Cristianos* los han inventado: y la mayor parte de los paganos tampoco daban mucha mayor fé á los oráculos que se les citaban bajo el nombre de Sibylas. Sabido es que los oráculos de la Pytia y de las Sibylas cuando la famosa batalla de Cheronea parecieron muy sospechosas á Demóstenes, y que los Griegos miraron aquellas predicciones como inventadas á placer, y forjadas segun la pasion ó el interés de los que las producian; y para persuadirlos mejor, les hacia recordar á los Tebanos de su Epaminondas, y á los Atenienses de su Péricles, haciéndoles presente que estos grandes hombres, tomando estos oráculos ó estas profecías por coloridos ó por pretextos para encubrir el temor ó la cobardía, se servian siempre de su razon para ejecutar lo que mas les convenia. Y la manera con que Ciceron habla de los oráculos sibylinos que se producian en las turbulencias de la República, manifiesta bien á las claras la poca fé que les daba, y que los tenia por documentos supuestos.

No diremos por esto que en los versos Sibylinos dejasen de anunciarse algunas verdades generales, restos de la tradicion primitiva de los pueblos, como por ejemplo la regeneracion del mundo, la venida de un reparador, la caida del hombre, los premios y castigos de la otra vida, un juicio final etc. pero siempre nos parecerá destituido de razon y de fundamento histórico el que las mugeres inspiradas del paganismo, en caso de haberlas habido, tuviesen mas conocimiento que los verdaderos profetas del pueblo de Dios de los misterios augustos que debian pasar en el

mundo, pues nos los revelan entre sombras, y con aquella santa oscuridad con que el Señor hace entrever al hombre los secretos de lo futuro.

Hemos querido de propósito estendernos algun tanto en dilucidar esta cuestion acerca de las Sibylas, sin apartarnos un ápice del sentido de los autores católicos, paraque ni se abuse de la credulidad, ni una crítica maliciosa pueda inculparnos unos recursos de que por cierto no necesita la Religion para defender sus augustos dogmas.

BETHSABÉ.

Caro infirma.
(*Matth. XXXVI. 41.*)

En el dia de su caida original vió la humanidad crecer y elevarse entre las ruínas de su perdida inocencia un sentimiento nuevo que tiene por nombre arrepentimiento, sentimiento dulce y triste como esas flores melancólicas plantadas sobre los sepulcros en señal de luto y de esperanza. Salido de una mirada del cielo y de la agitacion de una conciencia atacada por los remordimientos, el arrepentimiento fué enviado á la tierra para devorar en el dolor los frutos de reprobacion que deja tras de sí la libertad humana. Redentor de las almas, por decirlo así, ahoga con sus lágrimas los delitos de lo pasado, las coloca con su resuscitada juventud en las condiciones

de una nueva vida: al paso que las comprime, despierta en el fondo de ellas mismas todo su poder de reaccion, las provoca á luchas generosas y las corona en fin con aquella gloria superior que lleva consigo la santidad reconquistada. Porque siendo falible y remediable la libertad humana, convenia que Dios pusiese en el arrepentimiento un atractivo de hermosura y todo el prestigio del heroismo, á fin de llamar otra vez hácia la virtud con toda eficacia á los que no hubiese podido retener en ella el encanto de una conservada inocencia.

Así es como toda la tierra honra con el tributo de piedad y de una admiracion simpática á todos aquellos privilegiados esfuerzos de las almas grandes, que arrancando de sí con denuedo errores queridos y contraidas habitudes, han sepultado sus ruidosas faltas en las asperezas de una penitencia aun mas memorable. El cielo mismo reboza de júbilo al espectáculo de esas revoluciones de la conciencia, que sacando al hombre de las honduras del mal para volverle al origen de todo bien, hacen salir de un ánimo envilecido y disecado por el orgullo, el tesoro de palabras humildes y bienhechoras; de un corazon desviado y estinto por un falso amor, los milagros del mas puro y espontaneo sacrificio; y de una libertad gastada y de un alma envilecida, la virtud con todas sus luchas, sus victorias y sus resplandores. Como si en la inocencia inviolablemente conservada hubiese mas de cielo y menos de hombre, parece que en la inocencia recuperada por el arrepentimiento se muestran mas los esfuerzos, los sudores, las lágrimas, la sangre de la criatura, y provocan en mas alto grado el respeto de los hombres y la amistad de Dios: porque es una ley del mundo, que tanto para el cielo como para la tierra todo lo que sufre es sagrado: el dolor tiene en sí algo de augusto, y su destino es señalar con una gloria inmarcesible lo mismo que él abate y huella, al pasar, con injuriosa planta.

De todos los nombres inscritos en los fastos del arrepentimiento ninguno ha quedado mas grande y mas popular que el de David. David era de aquella casta de almas vehementes y borrascosas, en las cuales dejó el Criador una profunda marca del poder de amar; y que seducidas por un momento por la fascinacion de las cosas sensibles, las apuran con rapidez en su energía devoradora, y no sienten despues su vanidad

sino para volver hácia Dios con una inexplicable ternura. Sucesivamente humilde pastor, guerrero intrépido y esforzado, amigo generoso, gefe de proscritos, rey coronado de gloria y dócilmente obedecido, pasando de las pruebas del infortunio á sentarse en el trono, nada le faltaba de lo que constituye las grandezas y las felicidades de la tierra. Entónces fué cuando cayó, arrastrado por el placer y por el orgullo. Á la voz severa de un profeta reconoció sus faltas y se sometió al trabajo doloroso de la penitencia. Un pan como de ceniza, lágrimas mezcladas con un vino amargo, vinieron á ser su alimento y su bebida: cubrió de luto su vida solitaria; alcanzóle de nuevo la adversidad; sus entrañas paternales fueron desgarradas por golpes redoblados. Á sus expiaciones exteriores, juntó la humildad de una confesion hecha á todos los siglos: sacó del fondo de su corazon abierto por el arrepentimiento acentos tan patéticos y tan verdaderos, que han quedado en la memoria de los pueblos como la lengua universal del dolor y la plegaria de la humanidad pecadora: parécenos oir en ellos el gemido de todas las generaciones juntas.

Seis años habia que reinaba David sobre todas las tribus de Israël. Sabias medidas habian ya señalado su gobierno, y su nombre brillaba ya con la auréola de sus pasadas hazañas. Él organizó la fuerza pública entre los Hebreos, dividiendo todos los guerreros en doce cuerpos, formados cada uno de veinte y cuatro mil hombres, estando por su turno sobre las armas cada cuerpo durante un mes, para prestar el ordinario servicio á Jerusalen, y en caso de urgencia, marchar contra el enemigo esperando que pudiese reunirse todo el pueblo. Tranquilo en lo interior en donde estaban en órden perfecto la religion, la policía y la administracion, sabia en lo exterior imponer el temor y el respeto de sus armas por la prontitud y la severidad de las represiones que se juzgaban necesarias. Habiendo los Amonitas ultrajado á sus embajadores, les batió en la primera campaña, á pesar del apoyo que les prestaban los reyes de Syria, y en el año siguiente envió á Joab, el mejor de sus generales, para poner sitio á su capital llamada entónces Rabbath y despues Filadelfia, sobre el torrente de Jaboc, al oriente del Jordan.

Durante esta segunda expedicion, David se habia quedado en Jerusa-

len. Un dia paseándose por la galería de su palacio, divisó una muger de una rara hermosura que estaba en el baño en una casa vecina. Sintióse al momento herido hasta lo mas fondo el alma, y no tomó contra su mal ningun género de defensa. Quiso saber luego quién era aquella muger, y se le dijo que era Bethsabé, esposa de Urias, por sobrenombre el Hetéo, é hija de Eliam, el mismo bravo guerrero, segun se dice, que tenia por padre á Aquitofel, uno de los mas célebres oficiales de palacio. Bethsabé no era libre, y su familia de otra parte era de elevada gerarquia y se trataba con ostentacion. Urias á la sazon en el sitio de Rabbath se exponia á la muerte en servicio del príncipe: ved ahí para David otros tantos motivos, á cual mas grave, para sofocar en su orígen un deseo culpable. Pero la pasion raciocina poco, sobre todo cuando se siente apoyada por la fuerza: entonces obra como si el poder constituyese derecho. David, obcecado, envió á buscar á Bethsabé. La débil muger quedó deslumbrada sin duda por un lenguage que venia de esfera tan superior á la suya, y su virtud sucumbió.

Allá en los vastos campos de Judea
El sol abrasador del mediodía
Como un globo de fuego ardientes rayos
Derrama al mundo y á dormir convida.
El viento calla: los vivientes todos
Yacen tendidos á la sombra amiga,
Y el gran monarca de Israël en tanto
Recorre sus inmensas galerías.
Tiende sus ojos ávidos: su pecho
Satisfecho de gloria y de conquistas
Siente un vacío: en vano el Filisteo
Rindió á sus plantas la cerviz altiva,
Y vencedor de Adarezer, tributo
Ha de rendirle el fiero Moabita:
En vano nuevos lauros le presenta
De los hijos de Ammon la audacia impía
Delante de sus huestes formidables,

Y el polvo muerde la orgullosa Syria.
En vano el orbe su poder acata:
Su corazon en soledad palpita:
Siéntase laso en el sofá dorado:
La púrpura de Tyro le fastidia.
Del Ofir los corales menosprecia
Y de Arabia la ardiente pedrería......
De su felicidad el peso sufre:
Tanta gloria sin goces le fatiga:
Su misma diadema le importuna
Sin unos pies á que poder rendirla ....
El ocio de la paz y los regalos
Su pecho muelle y lánguido afeminan,
Aquel pecho tan fuerte ora desmaya;
Aquel alma tan firme ora vacila.
Deja el pesado manto y rica borla;
Cubierto vá de túnica sencilla:
Corre á la parte dó el Cedron esconde
Entre olivos sus aguas cristalinas.
Desde allí ayer la vió..... ¡la encantadora!
De placer oprimido y de delicia,
Mientras ella desnuda y descuidada
En la pila de mármol estendida,
Descubria sin velo tantas gracias
Por las que el corazon del rey palpita.
Clavada tiene la terrible flecha:
Un deseo tan solo le domina:
Yace en el polvo el harpa abandonada
Que á su dueño tornaba la alegría,
Y á cuyo son dulcísimo al Eterno
Cual incienso los cánticos subian.
La oracion le importuna: del Dios fuerte
Las descuidadas aras no visita:
La llama criminal prendió en su pecho

Y solo un nombre sin cesar suspira.
« Que venga á mi presencia ahora mismo
La hija de Eliam. » Queda cumplida
La regia voluntad, y en un momento.
Años de gloria y de valor olvida.....
. . . . (1)

Desde entonces no pensó ya el rey en otra cosa que en disimular su falta, y en prevenir las consecuencias legales que debia tener con respeto á Bethsabé, pues que las leyes protectoras de la pureza de las familias eran muy severas entre los Judios. Hizo pues venir del ejército á Urias Hetéo, con el pretexto de informarse del estado de las tropas y del sitio de Rabbath, pero en realidad para encubrir su crímen. Despues de haber oido la relacion que le hizo aquel bravo militar del estado de la guerra, David le despidió, invitándole á que tomase algun descanso en la paz y en las dulzuras del hogar doméstico : y hasta, en muestra de amistad, le mandó platos de su propia mesa. Pero el fiel Urias se mantuvo en la puerta del palacio con los demás oficiales del rey, y no fué á su casa. No tardó en saberlo David, y le preguntó el motivo con el mayor agrado: respondió el esforzado guerrero que se avergonzaria de entregarse al regalo y procurarse la molicie de los festines, cuando Joab su general, y todo el ejército de Israël dormian en el duro suelo, despues de las fatigas del combate, y cuando el arca santa, que se habia llevado á la expedicion estaba debajo tiendas de campaña. « Por la vida y por la salud de mi rey, dijo, juro que no haré una tal cosa. » « Entonces, replicó David, quédate tambien aquí hoy, que mañana te despacharé. » Ganar un dia era tal vez salvarlo todo ; alomenos asi lo creyó David. Quedóse pues Urias en Jerusalen aquel dia y el siguiente. Convidóle el monarca á comer y beber en su mesa y procuró á vivas instancias que se excediese en la bebida, esperando que por la embriaguez, y puesto aquel severo militar bajo el imperio de los sentidos, le haria infiel á la estricta disciplina que se habia impuesto. Mas este, aun que no sospechase ningun misterio, y obrase sin premeditacion, burló por el hecho todos los ardides imaginados para su persona, y se

mantuvo inflexible en su designio á pesar del regio convite, y pasó la segunda noche como la primera entre las guardias del príncipe, y sin ir á su casa.

La pasion que arrastraba á David le habia hecho caer hasta el último extremo: hasta entonces no era mas que la víctima de una debilidad vergonzosa y particularmente culpable en un rey, pero en fin, de una debilidad que demasiado se explica por la condicion actual de la frágil humanidad. Mas en adelante vá á ceder al orgullo, y á descender á cálculos trágicos para salvar su nombre de un oprobio que justamente le amenaza: va á echar el homicidio como un velo de precaucion para ocultar su primer crímen, y á estinguir una vida inocente que podria reflejar sobre él una luz acusadora. Este orgullo viene nada menos que á romper todo lo que le sirve de obstáculo, y sus caminos son de sangre. Resolvióse pues David á un partido extremo: escribió á Joab una carta concebida en estos términos: « En el primer ataque pon á Urias á la frente de donde esté lo mas recio y peligroso del combate y que se le desampare luego paraque sea herido y muera. » ¿Quién pudiera en ese tan odioso rasgo, reconocer á David, el héroe vencedor de Goliath, al noble y valeroso hermano de armas de Jonathás, al proscrito de Hebron perdonando generosamente la vida á Saül su perseguidor? Mas tal es el genio de las pasiones: semejantes á furias que forman al rededor del hombre una danza infernal, desde que, uniéndose á una de ellas, ha entrado en su torbellino, le arrebatan con una rapidez de vértigo y le precipitan en sus devorantes abismos, desde donde se lo pasan la una á la otra como un triste y vano juguete.

Así que, primero injusto, despues cruel, y al fin cobardemente pérfido, el rey confió su carta al mismo á quien ésta condenaba tan infelizmente á la muerte. Urias por su parte, embelesado sin duda de las mentidas bondades de su señor, partió con el funesto mensage, y lo puso fielmente en manos de Joab. Por desgracia tan duro y tan altanero algunas veces con David, era cortesano demasiado ambicioso para retroceder delante del sacrificio de una vida humana. Su edad, su valor experimentado, sus talentos militares, sus prestados servicios, lazos de próximo parentesco, todo le daba sobre el príncipe un ascendiente que

él no hubiera querido comprometer ahorrándose un crímen. Ocupado desde algunos meses en el sitio de Rabbath, conocia bien los puntos en donde la resistencia se mostraba mas intrépida. Atrajo pues al enemigo fuera de los muros, expuso al esforzado Urias á los golpes mas peligrosos, y condujo la accion de modo que le dejase perecer con algunos soldados. Al momento despachó para el rey un correo con estas instrucciones: «Luego que hubieres acabado de referir al rey cuanto ha pasado en el ejército, si ves que él se irrita y dice: ¿porqué os fuisteis á pelear tan cerca del muro? ¿No sabeis que de lo alto de la muralla se arroja con furor una lluvia de dardos? ¿Quién mató á Abimelec, hijo de Jerobaal? ¿No fué una muger la que en Tebes desde la muralla arrojó sobre él el pedazo de una piedra de molino y le mató? ¿Cómo pues tuvisteis la temeridad de acercaros tanto al muro? Tú entonces le dirás: Tambien quedó tendido entre los muertos tu siervo Urias Hetéo.» Joab pues envió á David esta lisonja sanguinaria, y la vida de muchos guerreros se juzgó digna de sosegar el capricho adúltero de un rey y de nutrir el favor de un cortesano.

El mensagero vino al encuentro de David, y le dijo: «Los sitiados han obtenido una corta ventaja sobre nosotros; hicieron una salida sobre nuestro campamento, mas echándonos sobre ellos, los rechazamos vigorosamente hasta las puertas de la ciudad. Pero los ballesteros desde lo alto del muro arrojaron sus tiros sobre tus siervos, de que murieron algunos soldados y entre ellos tambien Urias Hetéo tu siervo.» David sostuvo en esa trama el papel que se habia propuesto, é hizo trasladar á su general palabras de aparente consuelo: «Dirasle á Joab que no desmaye por este contratiempo, porque la guerra tiene sus vicisitudes, y el cuchillo tan presto alcanza al uno como al otro. Reanima pues á tus guerreros y excita su ardor para tomar y destruir la ciudad.» Al saber la muerte de Urias, Bethsabé se entregó á las prácticas habituales del luto, y ó forzadas ó sinceras sus lágrimas se vieron correr públicamente. Pero la pasion de David no admitia freno y corria como un corcel desbocado.

Apenas transcurridos los dias que se consagraban ordinariamente al dolor, mandó á llamar Bethsabé á su palacio, para hacerla otra de

sus mugeres, pues las tenia de primero y segundo órden ; y algun tiempo despues le nació un hijo, fruto deplorable del crímen que motivó la muerte de Urias. Este es el castigo que la Providencia reservaba á David, para rasgar la densa niebla de los sentidos que habia puesto entre él y la virtud, para herir su alma con el cuchillo del dolor, y hacerle entrar por esta herida los rayos de la hollada verdad y de la justicia desconocida.

Dios puso pues en los labios del profeta Nathan palabras de reprehension y de misericordia, tal como salen del fondo de la conciencia culpable, cuando el ultraje de la ley y la traicion al deber se levantan en ella como fantasmas inquietas y aterradoras y arrancan allí aquel gemido vengador que se llama remordimiento. Nathan fué á encontrar á David, y le dijo: « Habia en una ciudad dos hombres, el uno rico y el otro pobre. El rico tenia un número considerable de bueyes y de ovejas: el pobre no poseia absolutamente nada, á excepcion de una ovejita que habia comprado y criado, y que habia crecido en su casa entre sus hijos, comiendo de su pan y bebiendo de su vaso y durmiendo en su seno, y la queria como si fuese una hija suya. Mas habiendo llegado un huesped á casa del rico, no quiso éste tocar á sus ovejas ni á sus bueyes para dar el convite al forastero que le habia llegado; sino que quitó la ovejita al pobre hombre, y aderezóle para dar de comer al huésped que tenia en casa.» Á estas palabras David, altamente indignado contra aquel rico, dijo á Nathan: « Vive Dios que hombre que tal hizo es reo de muerte. Pagará cuatro veces la oveja el que cometió tal atentado, sin tener consideracion al pobre. » — « Este hombre eres tú, replicó Nathan con una concision fulminante. Vé ahí lo que dice el señor Dios de Israël: Yo te ungí Rey de Israël y te saqué libre de las manos de Saül: te dí la casa de tu señor y puse á tu arbitrio sus mugeres: te hize dueño tambien de la casa de Israël y de Judá: y si esto es poco, te añadiré tambien cosas mayores. ¿Cómo pues has despreciado mi palabra y cometido el mal delante de mis ojos? Tú has hecho perecer á manos del enemigo á Urias Hetéo, y le has tomado su muger para hacerla tuya, matándole á él con la espada de los hijos de Ammon. Así pues la espada de la muerte estará siempre sobre tu casa, porque me has despre-

ciado y has tomado por tuya la muger de Urias Heteo. Y aun añade el Señor: Yo voy á afligirte por desastres salidos de tu propia casa: y te quitaré tus mugeres delante de tus ojos, y dárselas hé á otro, el cual dormirá con ellas á la luz de este sol. Y ya que tú has cometido el mal ocultamente, yo cumpliré lo que te digo á vista de todo Israël y á la luz del dia.» Así habló el profeta, con el doble título de su conciencia y de su mision, y con aquella autoridad que arma naturalmente al defensor del derecho y de la ley, cubriéndole con toda la majestad de un principio incontrarestable. Así ha hablado y debe hablar siempre la religion, que es la voz de Dios, delante de los grandes de la tierra, y delante de los pueblos. Si unos y otros la hubiesen escuchado, torrentes de sangre y de calamidades se hubieran ahorrado al género humano. Los intérpretes de la Divinidad deben hablar con respeto, pero sin rebozo, deben anunciar la verdad con dulzura, pero sin lisonja. La palabra de Dios pudo ser olvidada, despreciada, perseguida, pero siempre subsistirá y se la encontrará como un germen de vida y de verdad aun en medio de los escombros de las pasiones humanas.

El rey se sintió conmovido y desgarrado por el filo de esta palabra firme y penetrante. El orgullo bárbaro que habia un momento encubierto su corazon, le abandonó de repente, y este corazon, dilatándose sin trabas, quedó derritido en raudales de arrepentimiento, tal como vemos á los duros metales, ablandarse y fluir bajo la accion de un calor fuertemente reconcentrado. Entonces su alma se desgarró con la cuchilla del dolor, y arrojó aquel grito salvador que basta para reparar las ruínas de un mundo, y que pone á la fragil humanidad en equilibrio con el cielo: «Pecado he contra el Señor.» Este clamor poderoso es el que rompe sobre la cabeza del hombre culpable la urna de las misericordias divinas, y hace manar de ellas torrentes de perdon, de gracia y de inocencia. Así pues añadió el profeta: «Tambien el Señor que vé tu contricion te remite tu pecado: no morirás. Pero como tú has sido causa de que los enemigos del Señor hayan blasfemado contra él, el hijo que ha nacido de tu delito, morirá irremisiblemente.» Porque al borrar las manchas que desfiguran nuestra alma, Dios le impone el dolor como una garantia contra lo pasado y una precaucion

para el porvenir. El dolor, en efecto, llena un deber expiatorio en el universo caido: apodérase vivamente de la voluntad humana y condensa su energía: es mejor consejero que la prosperidad, y mientras que el hombre dichoso olvida los años eternos para reconcentrarse únicamente en una vida poblada de los goces de un dia, el hombre amaestrado por los sufrimientos, refiere todos sus deseos al cielo prometido, y se vuelve hácia la mano de Dios para besarla y bendecirla.

No fueron vanas empero las amenazas del profeta. El hijo de Bethsabé cayó peligrosamente enfermo, y no tardó en no dejar la menor esperanza. David derramó delante de Dios su tristeza y sus súplicas; rehusó todo alimento: se retiró en su palacio, dando tales muestras de dolor, que enternecidos sus domésticos probaron todos los medios para consolarle. Al cabo de siete dias murió el niño; y los criados de David temian darle la fatal noticia, porque decian: «Si cuando aun vivia el infante le hablábamos y no queria escucharnos, ¿que hará ahora que ha muerto el niño?» Y aquí empezaron para David las angustias, los sollozos y una prolongada penitencia. Oigamos los acentos de su harpa dolorida, y escuchemos por algunos instantes aquel pofundo gemido de amargura y de pesar que ha quedado para todas las generaciones como el lúgubre clamor del hombre arrepentido.

Piedad, piedad Dios mio
De esta alma delincuente:
Derrama en mí clemente
Tu inmensa compasion.
Y borrando el impío
Baldon de mis maldades,
Por tus altas bondades
Perdon, Señor, perdon.
De mi crímen nefando
Lava el lunar obscuro,
Y limpio quede y puro
Mi pecho ante tu faz;
Que pávido escuchando

Siempre estoy mi delito
Alzar contra mí el grito
Sin descansar jamás.
  Yo contra tí he pecado
Y á tu misma presencia,
Para que tu clemencia
Brillase, ó Dios de amor,
  Y por justo acatado
En tus palabras seas,
Y vengado te veas
Del labio detractor.
  Mira que concebido
Fuí de iniquidad lleno,
Y en el materno seno
Llevé la iniquidad;
  Mas tú compadecido
Me mostraste bondoso
El tesoro precioso
De tu oculta verdad.
  Báñeme tu sagrado
Hisopo cual rocío,
Y quedaré Dios mio
Puro y bello ante tí,
  Si á dejarme lavado
Tu clemencia te mueve,
Mas albor que en la nieve
Verás Señor en mí,
  La plácida alegría
Darás á mis oidos,
Y harás en mis sentidos
El júbilo nacer:
  Sobre la tierra fria
Mis huesos humillados
A tu voz animados

Saltarán de placer.
Aparta tu semblante
De mis iniquidades,
Borra de mis maldades
El último señal:
Un corazon amante
En mí de nuevo cria
Cual antes te ofrecia
Recto puro y leal.
No de tu faz divina
Me arrojes indignado,
Ni alejes de mi lado
Tu Espíritu, Señor.
A mí dulce te inclina,
Y vuélveme al momento
La salud, el contento
Y tu divino amor.
Al pertinaz y ciego
Le mostraré tus sendas,
Rotas al fin sus vendas
Veréle á tí volar,
Mas líbrame, te ruego,
Dios de salud y vida,
De la sangre vertida
Que tiemblo al recordar
Mi lengua balbuciente
Tu justicia ensalzando,
Tu ira do quier clamando
Mi Dios y bienhechor:
Con tu dedo potente
Abre mi labio, y cante
Festivo é incesante
Himnos en tu loor.
Si agradable en el ara

Sacrificio te fuera,
O tu deidad quisiera
Algun hostia aceptar,
Ya te los inmolara
En mis dias infaustos,
Mas ¿cuales holocaustos
Te pueden agradar?
El don de tí mas digno
Es un alma angustiada
Que busca en tu morada
Consuelo á su dolor:
Un pecho ó Dios benigno
Humilde y suspirante
¡Ah! no de tu delante
Echarás con furor.
Vuelve el rostro amoroso
A tu hija afligida,
Sobre Sion querida
Derrama tu bondad:
Para qué jubiloso
Vea en mi triste apuro
Edificado el muro
De la santa ciudad.
Entonces aplacado,
Mi justo sacrificio
Te dignarás propicio
Con otros aceptar;
Y el pueblo prosternado
Con himnos repetidos
Becerros escogidos
Pondrá sobre tu altar.

No me arguyas, Señor, tan enojado,
Ni en ira corrijas
Y furor implacable mi pecado.
Enclavadas y fijas
Tus saetas al pecho dolorido
Con rigor inhumano
Penetran, y me siento ya rendido
Del peso de tu mano.
Ya en mi cuerpo no caben las heridas
Que repite tu enojo:
Desfallecen las fuerzas abatidas,
El temerario arrojo
De mi desobediencia contemplando.
Me ahoga mi torpeza
Como un mar, cuyas aguas rebosando
Ya sobre mi cabeza
No puedo superar. De mis maldades
El peso me arruina.
Se abrió la cicatriz: las necedades
Que el ánima mezquina
Encubria, llagada y asquerosa
Mira ahora y afea.
Mientras en esta carga fatigosa
Agobiado me vea,
Miserable será. La pena mia
Sin término se aumenta,
Y acabándome va de dia en dia
Lo que mas me atormenta
Es el fuego voraz en que se enciende
La carne corrompida
Enfermiza y mortal, que al alma prende.
Triste así y abatida
Gime en su humillacion, y reventando
Alguna vez la pena,

Grito furioso cual leon bramando
Que en la selva resuena.
  Tu conoces el fin de mi deseo,
Señor, y mi lamento
Oyendo estás. Rendido ya me veo,
Sin fuerzas, sin aliento,
Flaca la vista, el corazon turbado:
Del deudo, del amigo
Perseguido; de aquel abandonado
Que viviera conmigo,
Y ya de mí se aleja. Los contrarios
Que mi muerte desean,
Unos á viva fuerza sanguinarios
Me asaltan y rodean;
Otros me forjan con astucia y dolo
Calumnias y maldades.
Yo así, Señor desamparado y solo,
A tantas necedades
Cual si oidos y lengua no tuviera,
Sordo y mudo me hago;
Y cual si responderles no supiera
A nada satisfago,
Porque solo en tí vive mi esperanza
O Dios y Señor mio:
De tí solo con dulce confianza
Las quejas que te envio
Atendidas serán. Lo que te ruego
Es que de mi caida
Mi enemigo no goze, porque luego
Que observo si torcida
Pongo un poco la planta en la escabrosa
Senda, ya se gloría
De rendido me ver. Ya en la penosa
Triste condicion mia

Pronto estoy al castigo, y mi pecado
De vista nunca pierdo;
Su malicia conozco, y traspasado
De pena la recuerdo.
Mas el fiero enemigo prevalece
Sobre mí desvalido,
Y vive y triunfa; y ya sin cuento crece
El bando fementido
De contrarios inicuos, y de ingratos
Que el furor en veneno
Convierten, y censuran mis conatos,
Si aspiro á lo que es bueno.
No me abandones tú, Señor Dios mio,
No de mí te separes:
Mi Dios, mi Salvador, en tí confio,
Que viendo mis pesares,
Me prestarás con generosa mano
Ausilio soberano.

David consoló como pudo á Bethsabé su esposa por la muerte del hijo que le habia dado á luz. Sin duda que la religion pondria en sus labios algunas palabras de consuelo porque en aquel triste acontecimiento verian ambos esposos un justo castigo de una doble iniquidad y el cumplimiento de las divinas venganzas. Un hijo concebido en el crímen, y para el cual se habia derramado sangre inocente y generosa, no permitió Dios que fuese el embeleso de sus padres, ni que sus caricias siempre crecientes le hiciesen olvidar el delito que le habia dado el ser. Bajar debia desde la cuna al sepulcro: pero en cambio Bethsabé dió despues á David un sucesor ilustre de su trono, destinado á levantar á Dios el templo mas precioso del universo, y á llenar el mundo con la fama de su sabiduría.

Verdad es que algunos rayos de gloria brillaron todavía entre la densa noche que se amasaron en adelante al rededor de la vida de David. Sosteníase la fortuna de sus armas: Joab habia reducido á Rabbath á

los últimos apuros; y como hábil cortesano, reservaba á su rey el honor de dar el último golpe y determinar la victoria. Estando para dar el asalto á la ciudad regia, remitió correos á David, diciendo: «He combatido á Rabbath, y está para ser tomada la ciudad de las aguas. Junta pues ahora el resto del ejército, y ven á batir la ciudad y tomarla, á fin de que, conquistándola yo, no se me atribuya á mí el honor de la victoria.» Juntó pues David todas las tropas, y marchó contra Rabbath, y la tomó por asalto. Puso sobre su cabeza en señal de dominacion la corona del rey que era de un valor inmenso, toda adornada de magnífica y riquísima pedrería. El destrozo y el botin fueron inmensos, segun el genio de las antiguas guerras, en que el ardor de los combatientes solo se apagaba en la sangre de los hombres y en la destruccion de las cosas. De otra parte, el nuevo hijo que tuvo de Bethsabé, en lugar de aquel, cuyo nacimiento y muerte le habia costado tantas lágrimas, le absorbió toda la ternura de sus contristadas afficciones. Oyó con el mayor gozo como el profeta Nathan pronunciaba sobre este hijo bendito palabras de gloria, manifestando que era el objeto dichoso de la predileccion del cielo. Pues, por medio del mismo Profeta le puso el nombre de Salomon, ó sea amado del Señor, ó amable á los ojos de Dios. Pues realmente fué este príncipe el que mas elevó el país de los Hebreos á su mas alto período de grandeza y de prosperidad; el que tuvo por espacio de cuarenta años todo el Oriente atento y admirado del esplendor de su reinado pacífico, y que excitó de tal manera la admiracion de sus contemporáneos, que pudo dejarse arrastrar á errores deplorables sin que desapareciese en sus faltas su renombre de sabiduría pues el mundo entero le llama todavía el sabio Salomon.

Mas las alegrías de David fueron turbadas por acerbos pesares. Abrióse en el hogar doméstico un manantial de desgracias, como lo habia anunciado el Profeta: todo parecia allí volverse contra él. Ammon, el mayor de sus hijos, locamente descarriado por la pasion, insultó la sangre paternal en Thamar su hermana consanguínea y hermana uterina de Absalon, pues ambos eran hijos de David Moacha. El príncipe se dejó dominar tanto de esta pasion insensata, que enfermó, y por consejo de su primo Jonadab, hijo de Semaa, hermano de David, se

aprovechó de su misma enfermedad para hacerse servir de Thamar, y venciendo su timidez virginal, le hizo sufrir el mayor oprobio. Y tomándole de repente una aversion mayor que el amor que antes le tenia la hizo salir de su aposento, y cerró tras ella la puerta. Entonces la infeliz, con su trage de doncella hija del rey, esparciendo ceniza sobre su cabeza y rasgando su ropa talar, se fué dando gritos dolorosos y cubriéndose con ambas manos la cabeza. Adivinó Absalon el motivo de su amargo desconsuelo, y procuró consolarla diciéndole: «Calla por ahora hermana mia, que al fin es hermano tuyo, no te desesperes por esta desgracia.» Como si dijera: el honor de la Real familia está interesado en que quede oculta esta infamia. Thamar pues se quedó en casa de su hermano Absalon: pero se consumia interiormente de tristeza y de dolor. La naturaleza de este atentado conmovió viva y profundamente á David, y recordándole la idea de su propio crímen, le hizo sentir la equidad de los divinos castigos que hieren y descargan sobre nuestra alma por los mismos puntos que hemos escogido para lisonjearla y corromperla. Aun le esperaba un golpe mas doloroso y cruel. Absalon, hermano uterino de Thamar, al verla inconsolable y sumida en mortales angustias, trató de vengarla de un modo terrible. Atrevido y violento, pero disimulado, alimentó por espacio de dos años una indignacion secreta, no dejando escapar la menor queja que pudiese hacer traicion á la llaga cruel que en su pecho nutria, ni dar el menor indicio de sus designios. Convidó un dia á todos sus hermanos á un gran festin en una casa de campo no lejos de Jerusalen, con motivo del esquileo de sus ovejas de Baalhasor. Hasta hubiera deseado que el rey hubiese asistido con sus hijos, para hacerle espiar sin duda, contristándole con una trágica escena, la impunidad concedida al incesto de Ammon. A pesar de las mas vivas instancias, David rehusó asistir personalmente y tomar parte en el convite que se le proponia. Y aun por de pronto manifestó alguna repugnancia en permitir esta reunion de todos sus hijos, como si hubiese temido algun fatal acontecimiento, pero al fin consintió cediendo á reiteradas instancias. El banquete dispuesto era espléndido, como festin real, pero Absalon habia dado esta órden á sus criados: «Estad alerta, y cuando Ammon

estuviere turbado por el vino, y os diera yo la señal, heridle entonces y matadle: no teneis que temer, pues yo soy el que os lo mando. Corage pues, y portaos como hombres de valor.» El festin fué magnífico y abundante: cuando la alegría estaba mas viva y animada, al señal convenido, los domésticos se precipitaron sobre el desgraciado Ammon, que cayó cosido de heridas. Azorados sus hermanos se apresuraron á huir de aquel lugar funesto, y volvieron á Jerusalen. Estando todavía en el camino, llegó á oidos de David el rumor de que Absalon habia asesinado á todos los hijos del rey sin quedar siquiera uno solo. Herido el corazon de David y desgarrado por tantos golpes mortales juntos, levantóse y rasgó sus vestidos y los rasgaron asimismo todos los circunstantes. Pero su sobrino Jonadab se apresuró á decirle que solo habia perecido Ammon porque Absalon habia jurado perderle desde el dia en que violó á Thamar hermana suya. Con todo inmensa fué la tristeza de David: derramó amargas lágrimas sobre este nuevo desastre, y llenó toda la regia morada de señales de pesadumbre y de luto. Absalon, no creyéndose seguro, huyó á refugiarse en la casa de su abuelo materno que dominaba sobre una parte de la Syria. Este abuelo era Tholomai, hijo de Ammiud, rey de Gessar.

La afrenta de Thamar, la muerte de Ammon, las consecuencias lamentables que podian seguir á tales preludios, todo saturaba de acerba pesadumbre el alma de David. Con todo, al cabo de tres años, calmóse su indignacion, y sintió en sí mismo que la ternura paternal se levantaba como una voz poderosa en favor del desterrado. Joab, siempre hábil en penetrar el corazon de su señor, conoció que llegado era ya el tiempo de servir á Absalon, el cual pudiera algun dia empuñar el cetro. Para alcanzar su objeto se valió de una muger astuta, y le trazó el papel que debia desempeñar en aquel negocio. Esta muger, en trage de luto, y con todas las trazas de una madre y de una viuda desesperada, vino á arrojarse á los piés de David, exclamando: «O Rey, sálvame.» «¿Que es lo que tienes? preguntó el monarca.» — «¡Ay de mi! respondió la viuda, perdí mi marido, y dos hijos que me quedaron, salieron á reñir en el campo donde nadie habia que pudiese despartirlos, y el uno cayó muerto á los golpes del otro. Y ahora toda la parentela conjurada contra

tu sierva, dice: entréganos al fratricida para hacerle morir en venganza de la sangre que derramó de su hermano, y acabemos con este heredero. Así pretenden extinguir la única centella que me habia quedado, para que desaparezca toda traza de mi marido sobre la tierra.» — «Vete á tu casa, y yo daré providencia en favor tuyo.» Insistió la viuda por varias veces, manifestando cuanto temia el extremado furor de sus parientes; pero otras tantas David le prometió su proteccion, y hasta confirmó su palabra con juramento, diciéndole por último: «Vive Dios que no caerá en tierra ni un cabello de tu hijo.» Entonces repuso la muger: «¿Cómo pues has pensado negar á todo un pueblo la gracia que me concedes, y como el rey persiste en la funesta resolucion de no llamar á su hijo desterrado? Todos nos vamos muriendo y deslizando como el agua derramada por tierra, la cual no vuelve á parecer. No quiere Dios que una sola alma perezca; antes bien se inclina á revocar sus decretos paraque el condenado ó abatido no se pierda enteramente.» Sospechó David y se convenció despues que Joab era el autor de este inocente ardid; pero como su corazon de padre gustaba de la moral de aquel apólogo, se dejó prender voluntariamente en el lazo, y dijo á Joab: «Concedo la gracia que me pides: mi corazon perdona: anda pues y haz volver á mi hijo Absalon.»

Joab, despues de haber dado al rey las mas vivas gracias, postrado en tierra, fué á encontrar á Absalon en su retiro de Gessar y le condujo sin tardanza á Jerusalen. Pero el proscrito no debia acercarse al palacio, en donde no queria recibirle su padre. Mas él era de aquellos caracteres llenos de una inquieta independencia que sufren mas por lo que se les prohibe de lo que disfrutan por lo que se les concede. Ademas, vivia tal vez bajo el dominio de miras ambiciosas, á las que obedeció despues con una tenacidad tan criminal como desgraciada. Sea como fuere, irritóse por su larga desgracia, y trató de ponerle término. Mandó llamar á Joab con el designio de hacerle intervenir acerca del rey, pero Joab no compareció, temiendo sin duda que aquel paso no fuese mal interpretado y no comprometiese el favor de que gozaba, y á dos invitaciones urgentes opuso dos respuestas evasivas. Entónces el fogoso Absalon hizo incendiar las mieses de Joab, á fin de arrancarle de su calculado

silencio. En efecto, sorprendido de tan caprichosa violencia Joab, vino á quejarse con el culpable, pero se vió obligado á ceder á las resueltas exijencias del jóven príncipe, y disimular sus fogosos transportes por haber resistido á sus súplicas. « Mandé llamarte, le dijo Absalon, rogándote que vinieras paraque dijeses de mi parte al rey: ¿Á que fin he vuelto de Gessur? para esto mejor me era permanecer allí. Alcánzame pues la gracia de que pueda ver la cara del rey, el cual, si aun se acuerda de mi delito, que me quite la vida.» Joab entónces dió cuenta al rey de todo lo que habia pasado, y negoció la reconciliacion definitiva de su estraño amigo. Absalon pues fué presentado á David, y arrojándose á sus pies le adoró en señal de respeto, las entrañas del padre se conmovieron y abrazó á su hijo con ternura, pues ninguna voz habla con mas energía y elocuencia que la voz de la sangre: al través de las faltas de un hijo, los padres perciben no sé que dulce y misteriosa imágen que les impone, y que hace huir el enojo de sus labios para traer á ellos el perdon.

Á penas la falta de Absalon quedó cubierta con una generosa clemencia, cuando este mal aconsejado príncipe se aprovechó de todas las ventajas que habia conseguido para abrirse rápidamente el camino del trono. Para hacer servir á su ambicion poseia calidades seductoras: una afluencia embelesante, maneras abiertas y afectuosas y sobre todo una belleza incomparable. Ninguno le igualaba en gallardía y gracia personal; conservaba con el mayor cuidado su magnífica cabellera (1) y, segun la expresion de los libros santos, desde la planta del pié hasta la coronilla de la cabeza no habia en él el menor defecto. Con tan perfecto exterior, sus veinte y cinco años esparcian por su derredor un prestigio y un atractivo irresistibles; pues de la belleza, cuando va acompañada de la juventud, se desprende una especie de virtud mágica que impone el respeto é inclina á una afectuosa obediencia. Todas estas ventajas no podian menos que convertirse en poderosos instrumentos de desórden, si Absalon se dejaba llevar de la apasionada impetuosidad de su carácter. Y esto fué lo que sucedió puntualmente.

Sin duda que con la idea de sus borrascosos precedentes, temia no alcanzar la corona que le parecia naturalmente devuelta por la muerte

de sus hermanos mayores: y tal vez tardaba á su ardiente impaciencia el tomar y ejercer el mando. Conspiró pues para la caida de su padre: procuróse partidarios, afectó parecer rodeado de caballeros y de guardias, se lamentó de la injuria del poder y de los sufrimientos del pueblo, prometiendo corregir los abusos si llegaba un dia á reinar. Desde el tiempo de Absalon esta ha sido siempre la senda trillada de los ambiciosos para escalar el poder. Lamentarse de los abusos presentes, de los padecimientos del pueblo, prometer ventajas para el porvenir, y engalanar con sueños de felicidad las mas lisonjeras esperanzas, tal ha sido el lenguaje de los que odian el poder en los otros anhelando revestirse de él á sí mismos. Todas las mañanas se le veia en las puertas de la ciudad en donde se administraba la justicia; y allí se informaba con afectada solicitud del negocio que á cada uno conducia á ver el rey. «¿De donde eres?» preguntaba á cada uno.—«De tal tribu de Israël es tu servidor.»—«Tus pretensiones me parecen razonables y justas: la lástima es que el rey á nadie ha delegado para oirte. Oh! quien me constituyese juez de este país, para que viniesen á mí todos los que tienen negocios, é yo les hiciése justicia!» tendia despues la mano á su interlocutor, y le daba un abrazo con la mayor familiaridad. De este modo lograba que los corazones de todos, desasiéndose de David, se le atrajesen á él. Porque el pueblo, casi siempre enemigo de los que le gobiernan, es siempre amigo de los que le adulan; nada vé de lo presente sino los sufrimientos que padece, y de lo que ha de venir no atiende sino á las felicidades que se le prometen, abusando de su fuerza y dejándose engañar sacrifica lo que es á lo que quiere ser; y dejando la tierra firme de realidades tolerables, se embarca, sobre la fé de los ambiciosos, en esperanzas imposibles.

So pretexto de cumplir con un deber religioso, ó sea, ciertos votos que habia hecho en Gessur, si el Señor le restituia á Jerusalen, pasó Absalon á la ciudad de Hebron en donde David habia dado comienzo á su tan turbulento reinado, y se habia mantenido muchos años contra Saül. El rebelde llevó consigo solamente doscientos hombres, que no se hallaban en el complot, sino que le habian seguido con la mayor sencillez sin saber nada de sus designios. Mas envió emisarios á todas las tribus de

Israël, que preparasen las vias á su advenimiento, y que debian en el dia convenido hacerle reconocer universalmente por rey. Hizo venir asimismo á Aquitofet, consejero de David de su ciudad de Gilo, abuelo de Bethsabé, y de quien se dice no haber nunca perdonado á David el ultraje cometido contra su nieta. Era hombre resuelto, y que valia él solo por una asamblea de sabios. Al tiempo pues en que se estaban inmolando las víctimas, formábase una recia conjuracion como una terrible tormenta se forma con rapidez en la region de las tempestades, é iba creciendo á cada instante el número de los que acudian de tropel al partido de Absalon. En medio de aquella fiesta religiosa que habia atraido una multitud innumerable, los conjurados proclamaron por rey á Absalon, y el pueblo como suele suceder con todo lo que es nuevo acogió este cambio con entusiasmo. De todas partes llegaban correos, anunciando á David la defeccion de Israël. David empero, á quien la conciencia de sus faltas, y la sinceridad de su arrepentimiento tenian humildemente postrado bajo la mano de Dios, se acordó de las amenazas de Nathan, y conoció que la celeste venganza pesaba sobre él en aquellos momentos. Y además, no ignorando el carácter violento y arrebatador de Absalon, no quiso precipitar el país en los horrores de una guerra civil, y excitar la cólera salvaje de un parricida por medio de una resistencia cuyos resultados era imposible calcular entónces, pues solo mas tarde y acosado de un peligro mucho mayor fué cuando tomó otra resolucion. Salió pues de Jerusalen á pié, seguido de sus fieles servidores y de seiscientos valientes que eran ya desde muchos años sus compañeros de armas. Pasó el torrente de Cedron, y ganó la montaña de las Olivas, llenos los ojos de lágrimas, los piés desnudos, cubierta la cabeza en señal de luto, y todos los que con él huian caminaban igualmente con la cabeza velada y derramando lágrimas. Este mismo camino tomó mas tarde otro príncipe, hijo de David, segun la carta, cuando cercano á dar su vida por la salud del mundo, iba á sufrir en el Getsemaní aquella amarga agonía en la cual viendo pasar por delante de sus ojos los crímenes y las desgracias de todos los siglos, quedó penetrado por tan penetrantes angustias que un sudor de sangre cubrió todos sus miembros. Y aun en el dia este camino se abre donde quiera á los piés del hombre, otro monarca de dolor, que desde la cuna al sepulcro

atraviesa el largo torrente de tribulaciones buscando la paz, y arranca de su alma grande y despedazada aquellos gritos de angustia y aquellos lamentables sollozos que hacen llorar á la historia.

David entretanto en medio de su desconsolada posicion, no dejó de encontrar muestras de fidelidad en muchos de los suyos, muestras que dadas en la desgracia y con una espontaneidad generosa, llenan de consuelo el corazon del perseguido. Hasta el extrangero Ethai quiso seguirle á todo trance. Acompañóle tambien el sumo sacerdote y todos los levitas que llevaban el Arca del testamento como para poner la fuga del angustiado monarca bajo la proteccion del cielo. Pero dijo el rey á Sadoc, el sumo sacerdote: «Vuelve á llevar á la ciudad el Arca de Dios, que si yo hallare gracia en los ojos del Señor, él me volverá aquí, y me dejará ver otra vez su Arca y su tabernáculo. Pero si no fuere agradable á sus ojos, estoy á lo que disponga: haga de mí lo que fuere de su mayor agrado... Yo voy á ocultarme en los campos del desierto, hasta tanto que me envieis otras noticias del estado de las cosas» El pueblo enternecido seguia sollozando á su triste señor, cubierta la cabeza en señal de dolor. En esas grandes catástrofes que hacen bambolear ó caer el sólio de los reyes, la fidelidad pura parece reconcentrar mas su energía, y no pudiendo contenerse en los límites ordinarios, estalla con todos los señales de un afecto filial. Entónces se conocen las almas íntegras y magnánimas, y el infortunado monarca, huyendo tal vez como un proscrito, tal vez se halla rodeado de mas amigos que el usurpador rodeado con el vano oropel y con la versatil muchedumbre de sus interesados adoradores. Lo que mas afectó á David fué el saber que el hábil Aquitofel era otro de los conjurados. Entónces se volvió de repente á aquel cuyo consejo deshace los consejos temerarios de los hombres, y exclamó: «O señor! desconcierta, te ruego los consejos de Aquitofel.» Y no fué vana la súplica por cierto, pues Cusaï el Araquita fué otro de los que se presentaron al afligido monarca con el vestido rasgado y la cabeza cubierta de polvo, y el rey apeló á su astucia paraque volviendo á la ciudad y fingiéndose sectario del rebelde, desbaratase con su astucia los planes del viejo y rebelado ministro.

En efecto, Absalon que habia avanzado rápidamente sobre Jerusalen.

entró sin resistencia en la ciudad al mismo tiempo que Cusai, que habia tomado sobre sí con el mayor gusto el cargo de desconcertar los proyectos de Aquitofel. David en su destierro encontró mezclada la fidelidad con la perfidia, como todos los desgraciados, y mientras que Siba le presenta dos animales cargados de comestibles para alivio del rey y de los que le seguian, un pariente de Saül llamado Semei le carga de imprecaciones y le apedrea. «Anda, le dice, anda, hombre sanguinario, hijo de Belial: ahora te ha dado el Señor el pago de toda la sangre derramada de la casa de Saül: ya que tú le usurpaste el reino, el Señor le ha pasado á manos de tu hijo Absalon, y las desgracias mira como te oprimen por haber sido un sanguinario.» El bravo Abisaï no podia contenerse al ver la audacia del insolente Semei, y corria á hacerle enmudecer para siempre. Pero David, reconociendo en aquel hombre descarado un instrumento de la justicia del cielo, contuvo al arrebatado jóven, y le dijo: «Déjale maldecir, ya que el Señor así lo ha dispuesto, y ¿quién osará pedirle razon de sus designios? y cuando un hijo mio, nacido de mis entrañas anda tras de quitarme la vida, ¿que mucho me trate así ahora un hijo de Jemini? Tal vez el Señor se apiadará de mí, y me volverá bienes por las maldiciones que ahora recibo.» David, prosiguió pues su camino acompañado de los suyos, mientras Semei continuaba insultándolo y levantando polvo, hasta que llegaron fatigados todos en Bahurim, en donde tomaron algun descanso.

Oigamos ahora por un momento los acentos del rey perseguido, lamentándose de la rebeldía de su hijo y de la traicion de Aquitofel.

Escúchame, Dios mio,
Oye la fervorosa
Oracion y clamores con que enciende
Mi pecho el aire frio:
Merezcan tu amorosa
Benignidad; escúchame y atiende:
Sin término se extiende
Mi triste pensamiento:
Tráeme conturbado

La fuerza del malvado
De sus tropas el grito turbulento,
Los males que me achacan,
Sus iras contra mí, que no se aplacan.
   Apenas en el pecho
El corazon palpita
Del horror de la muerte fatigado:
Vacilante y deshecho
El ánimo se agita
De tristísimas sombras rodeado.
Y digo: en tal estado
¿Quién las alas me diera
Con que su vuelo toma
La cándida paloma,
Y con ellas distante de aquí huyera,
Y al desierto volara,
Donde libre y seguro descansara?
   Y allí al que en miedo tanto
Y tempestad tan dura
Puede solo librarme, esperaria.
Tú, Señor, entre tanto
La ruina apresura
De los malos, confunde su osadía.
¡Ay triste ciudad mia,
De la maligna y ciega
Discordia apoderada!
Dia y noche cercada
De maldades, el muro les entrega,
Y abre puerta al engaño,
A la injusticia, usura, robo y daño.
   Si enemigo entendiese
Ser quien me maldijera,
Con mas facilidad lo tolerara:
Si odioso me creyese

Para el que tal hiciera,
Huyera acaso de él, y me apartara:
Mas ¿tú, que con tan rara
Concordia me seguias,
Mi caudillo valiente,
Mi íntimo confidente
Que conmigo á la mesa el pan comias,
Y en el templo conmigo
Fuiste el mas allegado, el mas amigo?
La muerte los sorprenda,
La tierra los devore
Vivos, con las maldades inquinada
De su infame vivienda;
Mientras yo fiel adore
Al Señor, y le clame, y mi cuitada
Alma sea salvada.
Sus glorias en oscura
Noche y en claro dia
Cantaré, y la voz mia
Oir se dignará, que en paz segura
Le plugo defenderme
De millares que vengan á ofenderme.
Oirá mi voz y luego
Humillará su altivo
Orgullo el que antes de los siglos era.
Obstinados en ciego
Furor, ni aun al Dios vivo
Temen, por mas que estienda su severa
Mano, y herirlos quiera.
Rompieron su alianza,
Y huyendo dispersados,
De su ira acosados,
Los persigue en la fuga y los alcanza:
Cobardes, alevosos,

Lenguas blandas y pechos venenosos.
Pero deja, alma mia,
Deja á Dios el cuidado
De tu prosperidad ó desventura,
Y firme en él confia,
Que te dará colmado
Sustento bien cumplido, y paz segura.
No para siempre dura
El riesgo en que se mira
Alguna vez el justo,
Ni el pavoroso susto.
Y al fin, arroje, ó Dios, tu justa ira
Al impío de este suelo
Al abismo que cubre eterno duelo.
En fin, de su carrera
El hombre sanguinario,
Alevoso y falsario,
No llega á la mitad, sin que antes muera;
Mas yo de tí confio
Ser mas feliz, ó Dios y Señor mio.

Luego de haber llegado en Jerusalen Absalon y sus conjurados, se celebró consejo entre los gefes de la conjuracion. Aquitofel pertenecia á esta escuela política para la cual el buen éxito de una empresa lleva en sí misma su justificacion; esto es, que el fin justifica los medios; escuela muy particularmente hábil y fecunda en recursos, porque no retrocede delante de los crímenes y prescinde enteramente del órden moral fijandose únicamente en el órden de la conveniencia. Política funesta, que desterrando del manejo de los negocios públicos toda idea de virtud y de decoro, prepara en la region elevada de los hombres de estado los principios disolventes del mas refinado egoismo, que comunicándose despues á las masas, produce las convulsiones, los sacudimientos y los trastornos. Pretendia pues Aquitofel que habia dos partidos que tomar para afirmar la revolucion operada: por de pronto comprometer gravemente á Absalon

á los ojos de su padre, á fin de que no quedase á los partidarios del primero ninguna esperanza de reconciliacion, y en seguida marchar inmediatamente contra el rey desconcertado ya, dispersar su ejército mal ordenado, y hacer llegar el golpe hasta su misma persona. Este dictámen prevaleció en cuanto al primer punto, por un cálculo de detestable política: Absalon abusó públicamente de las mugeres de David, pues no podia llegar á mas imperdonable ultraje: al modo que en las discordias civiles vemos á los que dan impulso á la revuelta como se afanan en interponer entre los dos partidos algun atentado imperdonable como un muro de separacion. Y esta era al mismo tiempo la pena de talion que anunció á David el profeta Nathan: « Tu pecaste en secreto; yo empero dejaré que te insulten á la faz de los cielos. » Los excesos de la libertad humana se hacen de este modo los instrumentos de la justicia divina; porque el mal lucha contra el plan de la Providencia sin por esto vencerle: y cuando se cree el árbitro, solo porque ha logrado trastornar de él algunas líneas, entónces es cabalmente el momento en que la obra inmortal deja traslucir y ostenta asombrosamente al través de aquellas hendiduras impotentes hechas por la débil mano del hombre, la riqueza infinita de todos sus aspectos, y la belleza de sus proporciones antes no conocidas.

Si se hubiese adoptado la segunda medida propuesta por Aquitofel, David y su partido sucumbian sin remedio. Pero Cusaï, íntimo amigo del rey, y que para servirle habia aparentado abrazar la causa de los rebeldes, dió el consejo de reunir fuerzas imponentes antes de apresurar la postrera necesidad de vencer ó morir, ya sea para David, tan feliz en los combates, ya sea para los valientes que se habian unido á su suerte: pues, segun su dictámen, un solo revés, muy posible en aquellas circunstancias, hubiera perdido para siempre la causa, débil todavía, de Absalon. Prevaleció pues este parecer; y David, secretamente advertido de que se le dejaba tiempo, pasó el Jordan para escapar de una sorpresa del enemigo.

Es digna de recordarse la manera con que los dos opuestos consejeros emitieron su dictamen en el consejo. « Me escojeré diez mil hombres, habia dicho Aquitofel, y partiré esta noche á perseguir á David, y

echándome sobre él mientras estarán todos rendidos de fatiga y desmayados, le derrotaré; y luego de puesta en fuga toda la gente que consigo tiene, quedará el rey sin amparo, y acabaré con él. Y con esto conduciré otra vez á toda aquella gente, como se hace volver á un hombre solo; por cuanto tú no buscas sino una sola persona; y muerta esta, todo el pueblo quedará en paz.» La prudencia humana no podia concebir mas acertado consejo: la consumacion del crímen no podia tener mas acertado defensor. Tanto Absalon como los Ancianos todos de Israël no pudieron dejar de aprobar la propuesta del tan hábil como malvado consejero. Pero Dios, que por medios no conocidos suele burlar las torcidas miras de la prudencia humana, inspiró al mismo Absalon la idea de oir antes de decidirse, el parecer de Cusaï de Araqui, que gozaba de no menos crédito en Israël por su sensatez y perspicacia. Puesto el recien llamado consejero en medio de la asamblea, luchar debia contra un dictámen que habia merecido la general aprobacion, y que en su interior no podia dejar de reconocer por el mas acertado para asegurar la ruina del perseguido monarca. Pero para salvarle debia oponerse al dictámen de Aquitofel, y para desconcertarle debia apelar á una elocuencia especiosa y deslumbradora que arrastrase tras de sí é hiciese mudar los ánimos de la asamblea. La arenga pues de Cusaï, es mas animada, sus imágenes mas vivas, la espresion mas enérgica. «Por esta vez, dijo, no me parece el mejor el consejo de Aquitofel.» Esta salvedad era muy oportuna, por no parecer que chocaba directamente con su diestro competidor. «No ignoras, añadió dirigiéndose á Absalon, que tu padre y la gente que le sigue son hombres de valor é intrepidez. A este valor reunen ahora la fuerza terrible de la desesperacion, al modo de una osa embravecida en un bosque cuando le han robado sus cachorros. Tu padre sobre todo es aguerrido, y no se detendrá con su gente. A estas horas se hallará tal vez escondido en la profundidad de alguna cueva ú en otro lugar oculto que habrá escogido: y si al primer choque cayere alguno de los nuestros, se publicará por todas partes, que el ejército que sigue el partido de Absalon ha sido derrotado; y con esta voz los mas valientes de los tuyos, cuyo pecho es como de leon, desmayarán de temor, pues sabe todo Israël que tu padre

es un varon esforzado, y que son hombres de valor los que le siguen.» Con este preámbulo logró debilitar la impresion que habia causado en los ánimos el consejo de Aquitofel, presentando muy dudoso el resultado del primer choque con gentes de valor y desesperadas, y entró despues á ofrecer su dictámen como mas prudente y menos arriesgado: «Por lo espuesto, me parece mejor este consejo: Reúnase contigo todo el pueblo de Israël desde Dan hasta Bersabé, muchedumbre inumerable como las arenas del mar, y tú te pondrás en medio de todos. Y nos echaremos sobre David, donde quiera que le hallemos y le cubriremos y abrumaremos como el rocío que suele cubrir la tierra, no dejando con vida ni uno siquiera de los que le siguen. Y en caso de buscar un asilo en alguna ciudad, la ceñirá todo Israël con maromas y la arrastrará hasta el torrente, de manera que no quedará de ella una pequeña piedra.» Con esta hipérbole que tan al vivo pinta el orgullo militar, y tan propia es del lenguage de los orientales, concluyó el hábil consejero su discurso, que logró sorprender el ánimo de Absalon y el de todos los Ancianos. Viendo el viejo ministro de Israël que el consejo de Cusaï prevalecia sobre el suyo, furioso, abochornado, y previendo sin duda una inminente ruina, puso fin á sus dias de un modo horrible. Partió para su patria, y se suicidó ahorcándose, y fué sepultado en el sepulcro de su padre. Absalon, reunió entretanto numerosas tropas y salió en persecucion de su padre mas allá del Jordan, seguido de todo Israël. Llegó David á los campamentos, y recibió desde luego una hospitalidad generosa y abundancia de socorros para él y su gente. Halláronse los dos ejércitos frente á frente, y era ya inevitable una batalla. Pasó David revista de sus tropas, y dió á Joab el mando del tercio de su ejército; queriendo partir con los suyos el peligro del combate; pero éstos no lo consintieron. «De ningun modo debes venir con nosotros, le dijeron, pues aun cuando los enemigos nos pusiesen en fuga, no seria mucho su triunfo, ni aunque pereciera la mitad de nosotros podrán quedar muy satisfechos; porque tú solo vales como diez mil. Así, mejor es que te quedes en la ciudad para poder socorrernos.» — «Haré lo que mejor os pareciere,» respondió el Monarca. Púsose pues en la puerta

de la ciudad ó fortaleza de Mahanaim, y mientras que el ejército iba desfilando en cuerpos de á ciento y de á mil hombres para colocarse en órden de batalla, recomendó á los caudillos: «Conservadme á mi hijo Absalon!» Y todo el ejército le oyó repetir con emocion el nombre de su hijo. Aquel corazon paternal se estremecia con solo la idea de la muerte de su hijo, y la victoria le hacia temblar mas que la derrota, si debia comprarse con la pérdida de Absalon, de aquel hijo rebelde y obcecado que agrupaba allí contra la vida de su padre todas las fuerzas de Israël.

Dióse pues la batalla en los bosques de Efraïm, y el ejército de Israël fué derrotado por las tropas de David. Absalon sucumbió: la mortandad fué espantosa: veinte mil hombres quedaron tendidos en el campo, y los restantes se desparramaron por todo aquel país, y fueron aun muchos mas los que perecieron huyendo por el bosque que los que murieron al filo de la espada. El mismo Absalon, arrastrado por los fugitivos y montado en un mulo, se encontró con la gente de David, y atravesando la selva con precipitada huida, metiéndose el mulo debajo de una poblada encina, se le enredó en sus ramas su larga cabellera, y pasando adelante el mulo, quedó lastimosamente colgado, haciendo vanos esfuerzos para desprenderse. Un soldado del ejército vencedor que le vió en situacion tan desesperada, informó de ello á Joab, el cual le dijo: «¿Si así le viste, como no le traspasaste á cuchilladas, y te habria yo dado diez siclos de plata y un tahalí?» El soldado hizo presente á su general las estrechas órdenes y la recomendacion de David: «Aun cuando pusieras en mis manos mil monedas de plata, no estenderia yo mi mano contra el hijo del rey, pues todos nosotros hemos oido de boca de éste aquellas palabras: «Conservadme á mi hijo Absalon.» — «No será pues como tú dices, replicó Joab, yo mismo lo he de traspasar á tu presencia.» Cogió pues tres dardos, y clavólos en el pecho de Absalon, y como palpitase todavía, colgado de la encina, acudieron corriendo diez jóvenes escuderos de Joab, y le acabaron de dar la muerte. Al punto Joab hizo tocar la trompeta, y contuvo al ejército paraque no persiguiese mas á Israël que iba huyendo, pues queria perdonar á la muchedumbre.

Entretanto el rey, sentado entre las dos puertas de la ciudad, aguardaba con toda la ansiedad del amor paternal el resultado de esta fatal jornada. Y el centinela apostado encima de la puerta sobre la muralla, anunció la llegada de un correo. «Si viene un hombre solo, dijo el rey, serán buenas nuevas las que trae.» Y al momento se divisó un segundo correo que tambien venia solo. «Buenas son las nuevas,» añadió el rey. De tan lejos como pudo gritó el mensajero: Victoria! Y postrado profundamente delante del rey, exclamó: «Bendito el Señor Dios tuyo, que ha entregado en tus manos á los que se habian sublevado contra el rey mi señor!» Preguntó el rey: «¿Está vivo mi hijo Absalon?» Respondióle el mensajero: «Cuando Joab tu siervo me envió á tí, ó rey, he visto levantarse un gran tumulto: no sé otra cosa.» Llegó el segundo mensajero llamado Cusí y dijo: «Albricias, rey señor mio: el Señor ha fallado hoy á tu favor, contra el poder de todos cuantos se rebelaron contra tí.» — «¿Y mi hijo ha sobrevivido?» La respuesta fue siniestra á la par que decisiva y respetuosa: «Tengan la suerte de ese jóven los enemigos del rey mi señor, y cuantos se levantaren contra él para dañarle.» El desgraciado padre, dando dolorosos gritos y derramando amargo llanto, subió á encerrarse en el aposento que estaba sobre las puertas de la ciudad, en donde redobló sus profundos gemidos con nuevas lágrimas, sin dar tregua alguna á su dolor. «Hijo mio Absalon, exclamaba, Absalon, hijo mio! ¡Quién me diera, Absalon hijo mio, comprar tu vida con la mia! Oh hijo mio Absalon!» Y repetia estas palabras para alimentar su dolor, á la manera que se vuelve á meter el hierro dentro de una llaga para enconarla mas. Es propio de las grandes afecciones de desconsuelo el buscar un alimento en sus mismas heridas: esos sacudimientos inmensos de la sensibilidad parecen evocar incesantemente lo que les fué querido como una sombra amiga para eternizar el sentimiento de su pérdida, teniéndola siempre presente en el corazon; pues rehusan todo otro género de consuelo, y viven y se alimentan de su desesperacion, única cosa que les queda del objeto perdido.

El desdichado Absalon, traspasado con tres dardos; y acabado de matar por los escuderos de Joab en medio de sus postreras palpitacio–

nes, fué enterrado en el centro del bosque y en un hoyo profundo que se cubrió con un monton de piedras, como para lapidar al parricida. Durante su vida Absalon se habia hecho construir una especie de columna fúnebre en el valle de Josafat que separa Jerusalen del Monte de los Olivos. En este lugar se advierte todavía un monumento que sin duda habrá reemplazado al antiguo, y que se llama asimismo el sepulcro de Absalon. Está cortado en roca viva, pero no se desprende de ella lo bastante que permita dar la vuelta al rededor. Presenta por cada lado cuatro columnas de órden dórico levantadas en sus tres cuartos en el grueso del sepulcro elevado en pirámide y terminado por un ornato que se asemeja bastante á un birrete frigio. Distínguese este monumento con algunos otros de todas aquellas piedras tumularias que los cultos cristiano, judío y mahometano llevan al valle de Josafat. En aquel lugar duermen, colocadas en estrechas filas, cenizas que parecen haber querido encontrarse de antemano en el puesto aplazado de la resureccion general y del último juicio; porque, segun la tradicion religiosa, en aquel lugar cubierto de un santo horror como de un manto lúgubre, será donde de los cuatro vientos del cielo vendrán y se reunirán las legiones de los muertos convocados por la trompeta de los ángeles, y se tendrán los postreros debates del género humano.

En la afliccion inmensa que oprimia el alma de David durante la criminal rebelion de su hijo, y en los azarosos momentos de persecucion y de angustia en que se halló durante aquel amargo período, no podia dejar de desahogarse y buscar consuelo á la presencia del Señor por medio de aquellos sublimes cánticos que salidos del fondo del corazon exhalaban sus labios al compas de la melodía del dolor. Varios son los salmos que se le atribuyen durante la persecucion de su hijo (3). Nosotros escogeremos el 108, que en sentido literal es una imprecacion contra Aquitofel y demás partidarios de Absalon, y en sentido figurado es una imprecacion contra el discípulo traidor y los perseguidores de Jesucristo, siendo en uno y otro sentido una profecía enérgica en forma de imprecacion.

Esta vez hemos preferido la paráfrasis en prosa, en obsequio de

la variedad; paráfrasis que, á excepcion del metro, conserva en toda su belleza y energía las formas poéticas.

Testificad, Dios mio, mi inocencia, porque un perverso, un impostor, abriendo sus dolosos labios se ha desbocado contra mí.

Me han infamado y hecho odioso con las sangrientas calumnias que han sembrado contra mí por todas partes, persiguiéndome sin causa.

Me han desacreditado los que debian amarme: y yo, Señor, os he rogado por ellos.

Me han vuelto mal por bien, correspondiendo á mi amor sincero con odio implacable.

Caiga en poder de los malos el pérfido traidor que me ha entregado, y el diablo esté á su diestra para acelerar su perdicion.

Cuando parezca en juicio, sea condenado: y si se atreve á hablar en su defensa, téngasele por un nuevo delito.

Acórtensele sus dias, y deje á otro el puesto que ocupa.

Muera con el dolor de dejar viuda á su esposa y huérfanos sus hijos.

Anden éstos errantes y vagabundos: véanse reducidos á la mendiguez, y arrojados de su casa y sus hogares.

Consuman los usureros toda su hacienda: saqueen y roben los extraños todo el fruto de sus trabajos y fatigas.

Abandónele en vida todo el mundo, y despues de su muerte no hallen sus hijos quien se compadezca de ellos.

Arrebáteles la muerte, antes que pase á la segunda generacion el nombre de sus padres.

Manténgase irritada la ira divina contra un hijo tan perverso, con el recuerdo contínuo de las iniquidades de sus padres, y con la imágen viva de los pecados de su madre.

Estén presentes siempre á los ojos del Señor sus iniquidades, y perezca su memoria, juntamente con aquel hijo ingrato y cruel, que ninguna compasion tiene de mis males.

Antes bien me persigue, y pretende quitarme la vida, viéndome privado de todo socorro y oprimido de dolor.

Quiso merecer con su delito la maldicion del Señor, y caerá sobre él: renunció las bendiciones del cielo, y será privado de ellas.

El mismo se ha vestido de la maldicion de Dios, que ha entrado en él como el agua se infiltra en la tierra, y ha penetrado en sus huesos como el aceite penetra por todas partes.

Llévela siempre sobre sí como vestido que le cubra, y como faja que le rodea y le ciñe.

Sea este el premio que dé la justicia divina á los que me calumnian, y anhelan quitarme la vida formando malignos discursos contra mí.

Mientras maquinan mi perdicion, vos, Señor Dios mio, favorecedme con la gloria de vuestro nombre, con vuestra benigna misericordia.

Mirad que estoy desamparado y desvalido, mi corazon entristecido y sobresaltado, y así venid á librarme.

Mi subsistencia es como la sombra de la tarde, como la langosta que no puede resistir al menor golpe.

Tan enflaquecidas están mis rodillas del ayuno que apenas puedo sostenerme: he cuidado tan poco de mi cuerpo, que de puro flaco y vacilante estoy desfigurado.

Estoy hecho la irrision de mis enemigos, que viendo los males que padezco, me escarnecen con meneos de cabeza.

Señor Dios mio, amparadme, seguid los impulsos de vuestra misericordia, y sacadme de este miserable estado.

Reconozcan mis perseguidores en mi libertad el poder de vuestro brazo, y sepan, Señor, que vos sois el autor de ella.

Mientras ellos me maldicen, vos me colmareis de bendiciones, y confundiendo á estos rebeldes, consolareis á vuestro siervo.

Sean mis calumniadores como revestidos de infamia: sean cubiertos de confusion como de un manto pesado que los oprima.

Pero yo, agradecido al Señor, le bendeciré millares de veces, y cantaré sus alabanzas en medio de un gran concurso.

Porque cuando me abandonaba todo el mundo, él me asistió para ponerme en salvo de mis perseguidores (4).»

Ved ahí, despues de los suspiros de la opresion y del dolor el himno del triunfo y de la accion de gracias. El corazon del monarca de Israël es grande en el infortunio y grande en la prosperidad, porque

siempre se dirije á Dios, y su harpa es tan celeste cuando acompaña sus gemidos como cuando hace mas dulces sus santas alegrías.

« Siempre así lo he creido,
Y siempre así lo he dicho y confesado :
Nunca tan abatido
Me ví jamás ; y dije arrebatado :
Todo hombre es engañoso ;
Casi fuera de mí con la alegría
De verme en tal reposo
Ya seguro. Al Señor en este dia,
Que tanto bien me ha hecho,
¿ Que le podrá ofrecer en sacrificio
Mi fiel y grato pecho?
Del cáliz libaré, donde propicio
La salud me prepara,
Invocando su nombre soberano.
Los votos que formara
En la tribulacion, hechos en vano
No serán ; y cumplidos
Su pueblo los verá ; pues de tal precio
Es de sus escogidos
Para el Señor la muerte. Ya me precio,
Señor, de ser tu esclavo
Que tu esclava en su seno ha concebido.
Tú rompistes el clavo
De la cadena en que gemí con fiera
Injusta servidumbre :
A tí ofrezco la hostia de alabanza
Ante la muchedumbre
De su pueblo al Señor, mi confianza
En su nombre poniendo,
Presentaré en sus atrios mis ofrendas
Los votos le cumpliendo

Que otro tiempo le hice: porque entiendas,
Jerusalen gloriosa,
Cuanto debo á su mano generosa.

Del uno al otro polo,
O gentes y naciones,
O pueblos y regiones,
Al señor alabad.
Pues su misericordia,
Con nosotros hoy sella,
Ostentando con ella
Eterna su verdad.

CORO DE DAVID

Gloria al Señor del cielo,
Gloria por sus bondades,
Y porque sus piedades
Interminables son.

UNO DE ESTE CORO.

Cante Israël ahora
Himnos á sus bondades,
Cante que sus piedades
Interminables son.

OTRO DE ESTE CORO.

Publique en este dia
Que duran sus piedades
Por eternas edades
La casa de Aaron.

TODO EL CORO.

Sus siervos hoy devotos
Digan que en las edades

Futuras sus piedades
Interminables son.

DAVID.

Halléme rodeado
De afliccion, de dolor y de agonía:
Llamé desconsolado
Al Señor, que veía
La fiera pena mia;
Y oido el triste ruego,
De la tribulacion me sacó luego,
Y púsome en anchura
Con alegre reposo y paz segura.
El Señor me ayuda,
Ya no temeré
Males de los hombres
Que en nada los hé.

CORO.

El Señor me ayuda,
Ya despreciaré
A mis enemigos
Que en nada los hé.

DAVID.

En el Señor quiero
Mas bien esperar,
Que en el hombre flaco
Que puede faltar.

CORO.

En el Señor quiero
Mas bien esperar,
Que en príncipe humano

Que puede faltar.

DAVID.

Mil gentes me cercaron,
Al Señor invoqué:
Valime de su nombre,
Y los escarmenté.

CORO.

El cerco me estrecharon
Al Señor invoqué
Valime de su nombre
Y los escarmenté.

DAVID.

De enjambre numeroso
Cercado me miré,
Cual zarza por el fuego
Rodeado me hallé.

CORO.

Viéndome tan estrecho
Al Señor invoqué:
Valime de su nombre
Y los escarmenté.

DAVID.

Con impulso terrible me embistieron,
Titubear me hicieron,
Y casi ya caido,
La mano del Señor me tuvo asido,
Porque no me rindiese.
El Señor fué mi fuerza en aquel dia,
Paraque allí venciese:

El Señor fué mi honor y gloria mia:
Él me salvó. ¿Mas que suave acento
Dentro del Tabernáculo resuena?
Voz de júbilo llena
Es del coro de justos, que contento,
Con alegría santa
Aplaude el triunfo, y la victoria canta.

CORO DE SACERDOTES.

La diestra del Excelso
Mostróme su poder;
Exaltóme su diestra:
Ayudóme á vencer.
Ella me dió la vida,
Yo ya no moriré:
Sus altas maravillas,
Alegre cantaré.
Corrigióme severo,
Probar quiso mi fé:
Mas salvóme la vida,
Y ya no moriré.

DAVID.

Abridme ya las puertas
De santificacion; que reverente
Por ellas quiero entrar, y confesando
Al Dios omnipotente y alabando
Su nombre, darle gracias. Siempre abiertas
Estad, ó puertas del Señor Dios mio,
Franqueando la entrada al justo y pío.

DAVID YA EN EL TEMPLO

A tí Señor, deseo
A tí solo alabar,

Pues solo tú mi llanto
Quisiste consolar.
   Con olas y borrascas
Luchaba en alta mar:
Viniste á socorrerme:
Quisísteme salvar.
   La piedra que los hombres
Quisieron desechar,
Sostiene el edificio:
La piedra es angular.

EL SACERDOTE.

   Prodigio es del Señor, en que admirados
Su poder adoremos. Este dia
Que nos da su bondad, regocijados
Celebremos con fiesta y alegría.
Y tú, gran Dios, ven ya, ¿qué te detiene?
Salvo y próspero al fin por tí se vea
Tu siervo; y el que viene
En nombre del Señor, bendito sea,
Y benditos vosotros. En el templo
Donde el Señor reside,
La bendicion os damos á su ejemplo:
Pues Dios es el Señor que nos preside,
Y ya su luz divina
Con clara bendicion nos ilumina.
   Levantad hasta el cielo los ramos,
Pavellones frondosos formad,
Donde alegres del Dios que adoramos
Celebremos la gran majestad.
   Con la palma y el mirto los ramos
Con el sauce y el cedro enlazad,
Y al altar del Señor que adoramos
Sin recelo con ellos llegad.

DAVID.

Yo, Señor, el primero
Seré que te dé cuenta, confesando
Que tú eres el Señor y dueño mio,
Dios apacible y blando.
Tu eres mi verdadero
Unico Dios, en tí solo confío:
Ensalzaré tu gloria,
Y grata mi memoria
Siempre confesará de tus piedades,
Que entre las tempestades
Oiste mi lamento,
Y me sacaste á paz y á salvamento.

CORO.

Gloria al Señor del cielo,
Gloria por sus bondades,
Y porque sus piedades
Interminables son.
Publique en este dia
Que duran sus piedades
Por eternas edades
La casa de Aaron.

La muerte de Absalon no ahogó por cierto todos los gérmenes de disension ni en el pueblo ni en la familia reinante. De una parte la escision que se habia producido en tiempo de Saül entre la tribu de Judá y las tribus restantes y que acababa de abrir tantas puertas á una tentativa de revuelta, habia dejado en todos los ánimos semillas de recíproca enemistad, y un pequeño incidente podia determinar una nueva conflagracion. No tardó pues en verse de ello un ejemplo asaz alarmante. Todo Judá y una parte solamente de Israël se hallaban reunidos al rededor de David despues de la victoria, y qui-

sieron volverle á Jerusalen. Pero los demas guerreros de Israël llegaron á su encuentro y se quejaron vivamente de que no se les hubiese esperado. «¿ Porqué nuestros hermanos los de Judá se han precipitado tanto en hacer pasar el Jordan al Rey y á los de su comitiva ?» Y respondieron los de Judá: « Porque el Rey nos pertenece mas de cerca. Mas ¿porque os habeis de enojar por esto? ¿ Por ventura hemos comido á expensas del Rey, ó recibido de él algunos regalos ?» Replicaron los de Israël á los de Judá: « Diez veces mas somos que vosotros para con el Rey, y David nos pertenece mas que á vosotros. ¿ Porqué se nos habia de hacer este agravio ?» La queja pues fué animada y ardiente. Un hebreo llamado Seba de la tribu de Benjamin, tocó la trompeta de la insurreccion. «Nada tenemos que hacer con David, exclamó, no hay que esperar cosa alguna del hijo de Isaï; vuélvete Israël á tu casa.» Y determinó á todo Israël á retirarse á sus hogares para prepararse en ellos á la venganza. Joab empero cortó muy presto el principio del incendio, dando la muerte al gefe de la rebelion, cuya cabeza le fué arrojada desde los muros de Abela, por los mismos á quienes él acaudillaba. Ved ahí el pago que suelen dar muchas veces los revoltosos á los mismos que promovieron la revuelta ó á los gefes que los acaudillan.

De otra parte una nueva insurreccion y ambiciosas intrigas vinieron á agitar aun los últimos años del Rey. Si bien el trono hereditario era admitido ó como principio racional ó como precepto positivo de Dios que habia fijado el supremo poder en la casa de David; pero el órden de succesion no estaba regulado ni por precedente alguno ni por una ley formal. En tal estado Adonias, á quien la mayoría de edad parecia dar cierto derecho por la muerte de Absalon, probó ceñirse desde luego la corona, ó porque se cansase de esperar esta porcion de la herencia paterna, ó porque temiese verla pasar á otro. Joab, dispuesto siempre á toda empresa que pudiese aumentar su crédito, y el gran sacerdote Abiathar, de bullicioso carácter, tenian la mano en esta intriga. Reuniéronse los conjurados fuera de la ciudad, como queriendo celebrar una fiesta, para cuya reunion no fueron invitados los empleados de palacio, cuyas disposiciones no dejaban de inspirar alguna

inquietud. El profeta Nathan, que era del número de las personas excluidas, tomó la resolucion de atajar el desórden en su cuna: y á este fin invitó á Bethsabé á que hiciese valer los derechos de su hijo Salomon, recordando á David sus mas solemnes promesas. « Yo llegaré mientras el rey os dará audiencia, añadió, y apoyaré vuestras razones para con el rey. » Realmente Bethsabé emprendió al rey, y le recordó sus palabras y sus juramentos: « Vos deciais en otro tiempo, Salomon hijo tuyo reinará despues de mí, y él se sentará sobre mi trono. Y ved ahí que Adonias usurpa, sin vos saberlo, la dignidad real.... No obstante, todo Israël tiene fijos en vos los ojos, y aguarda que le manifesteis quien deba sucederos en el trono. Y si no lo haceis, tanto mi hijo como yo seremos tratados como criminales cuando el rey mi señor vaya á descansar con sus padres. » Llegó Natham en aquel momento, y añadió á las blandas súplicas de Bethsabé la grave autoridad de su palabra: « ¿No me habeis dado á conocer á mí, vuestro servidor, quien debia, despues del rey mi señor, sentarse en el trono? »

Renovó entonces David sus juramentos en favor de Salomon, y dijo á Bethsabé: « Vive Dios que ha librado mi alma de todo peligro, que así como te juré por el Señor Dios de Israël, diciendo: tu hijo Salomon reinará despues de mí, y él se sentará sobre mi trono en mi lugar, asi lo ejecutaré hoy. » En efecto inmediatamente mandó dar á su palabra y á los títulos de Salomon un carácter solemne y sagrado; y para prevenir las luchas que amenazaban ensangrentar la transicion de un reinado al otro, mandó que se confiriese la uncion real á su sucesor y que sin retardo se proclamase su advenimiento, y con la mayor publicidad. Esta órden fué cumplida pronta y puntualmente. La ciudad se llenó de movimiento. El jóven príncipe rodeado de los grandes de la corte, montado en la caballería de su padre, fué conducido hasta la fuente de Gihon, y vuelto despues á palacio, sentóse sobre el trono de David, y le felicitaron con el pueblo el profeta Nathan, el sumo sacerdote Sadoc, Bananias y demás personajes, llenando los aires de alegres vivas, aclamaciones y al son de festivos instrumentos. El ruido de esta agitacion extraordinaria llegó hasta los oidos de los conjurados, que deliberaban todavía acabando su fes-

lia. Adonias en particular reconoció que toda su salvacion dependia de la clemencia del nuevo monarca. Fuése pues corriendo al pié del altar, á fin de atraer sobre su cabeza aquellas garantías de inviolabilidad que la mayor parte de los pueblos antiguos habian confiado á la clemencia sagrada de la religion, nó para el crímen, sino para dar al encono obcecado el tiempo de la reflexion, y para suavizar la imprescindible severidad de la ley haciendo mediar el pensamiento del cielo entre la justicia irritada y su víctima que tiembla. «Júreme hoy mismo el rey Salomon, decia, que no hará morir al filo de la espada á su siervo.» A lo que respondió Salomon: «Si fuere hombre de bien, no caerá en tierra ni uno siquiera de sus cabellos, pero si se portare mal, morirá.» Envió en seguida quien le sacase del altar á que se habia refugiado; y presentándose Adonias al rey Salomon, le hizo una profunda reverencia y le dijo Salomon: «Vete á tu casa.» Así fué apaciguada esta segunda conmocion ántes que pudiese turbar el país y provocar la efusion de sangre; y puso fin tambien al reinado efectivo de David, añadiendo un anillo de mas á aquella dura y prolongada cadena de aflicciones que tuvo que arrastrar en todo el curso de su laboriosa vida.

Sin embargo, en medio de estas pruebas que penetraban hasta el fondo del alma al hombre privado, supo David hacer prosperar la causa pública con aquella inteligente solicitud y vastedad de miras que inmortalizaron su reinado. El ejército, los réditos, la administracion general, el culto, recibieron y guardaron por largo tiempo el impulso que habia sabido darles su hábil y esperimentada mano. Si el genio de un príncipe ha de medirse, no por la extension del territorio que está bajo el dominio de su cetro, sino por el partido que sabe sacar de las circunstancias, David en nada fué inferior á la mayor parte de los mas célebres potentados, y los Hebreos pudieron con muchísima razon, conservar su memoria como guerrero y como político con aquella respetuosa admiracion que tan bien sienta á la superioridad. Cambió el sistema de ataque y de defensa que se habia adoptado en tiempo de los Jueces, y hasta la época de Saül: en lugar de operar por tribus, obraba por masas, reuniendo las fuerzas del

pais en un cuerpo compacto á fin de descargar siempre golpes decisivos. Así la victoria fué constantemente fiel á sus armas. Desde Josué la nacion luchaba sin cesar para extenderse hasta los límites previstos por su legislador, y para sentarse en ellos bajo la sombra de una posesion pacífica y no disputada. David acabó rápidamente este trabajo, extendió el hogar de la patria y realizó el plan de la conquista estrechando á los filisteos contra el Mediterráneo, y llevando sus armas victoriosas al corazon de la Syria, y hasta las riberas del Eufrates. Con igual prudencia y sagacidad se portó con los pueblos enemigos: arruinó el poder de los que podian inquietarle: hizo alianza con los que podian serle útiles, y tomó con respeto á todos una posicion que imponia el respeto. En una palabra, elevó la fortuna de Israël y le aseguró una considerable preponderancia sobre los Estados vecinos, cuya recelosa envidia le habia tenido hasta entónces en una actitud temerosa y humillante. Tantos peligros arrostrados y vencidos, su pueblo triunfante y próspero, la proteccion del cielo asegurada á todas sus empresas, todo este conjunto de satisfacciones llenaron el alma de David de sentimientos inefables de gratitud que se derramaron de su pecho en raudales de encantadora poesía. ¿Qué boca humana se abrió jamás para hablar un lenguage mas sublime que este canto lírico del anciano rey?

« Jehová es el peñasco y la torre de mi refugio: es mi libertador. Dios es mi ayuda y yo esperé en él: mi escudo y la garantía de mi salud: mi asilo, y yo estaré en seguridad: mi defensor y me protegerá contra la injusticia. Invocaré al Señor con alabanza, y él me defenderá de mis enemigos.

Cercado me han los horrores de la muerte: los torrentes de iniquidad me han rodeado de pavor. La muerte ha arrojado sus lazos en torno de mí, y me ha tenido debajo de su guadaña. En el seno de mi tribulacion invoqué al Señor, lanzé clamores á mi Dios, y desde su tabernáculo ha escuchado mi voz, y mi clamor ha llegado á sus oidos.

La tierra se conmovió en sus cimientos y tembló, los fundamentos de las montañas se agitaron y bambolearon bajo la ira de Jehová.

Arrojaron humo por sus narices y por su boca llama devoradora, y él dejó tras sí carbones encendidos. Bajó el pavellon de los cielos para descender, y una niebla sombría envolvia sus plantas. Llevado en alas de los Querubines tomó su vuelo y marchó sobre los vientos. Colocó en torno de sí la obscuridad como una tienda, velándose en las aguas que caian de las nubes. Con el resplandor de su presencia encendióse un fuego voráz.

Desde el cielo Jehová hizo sonar su voz de trueno: la voz del Altísimo resonó. Lanzó sus flechas y dispersó al enemigo y con su rayo le devoró. Y los abismos de la mar aparecieron, y los fundamentos de la tierra quedaron desnudos bajo tus amenazas, ó Jehová, y bajo el soplo tormentoso de tu furor.

Inclinóse desde lo alto y me tomó en sus brazos, y me retiró de las ondas salidas de madre: arrancóme de las garras de enemigos poderosos y de los que me aborrecian cuando su fuerza iba á triunfar de la mia. . . . .

Las vias del Señor son rectas y puras: su palabra está acrisolada en el fuego. Él es el escudo para aquel que en él confia. ¿Quién es Dios fuera de Jehová? Y ¿quien es el potente fuera de nuestro Dios? Él ha ceñido de fuera mis riñones, y ha aplanado y rectificado la senda que debo seguir. Ha dado á mis piés la velocidad del ciervo, y me ha colocado en alturas inaccesibles. Ha dispuesto mis manos para el combate, y hecho de mis brazos un arco de acero. . . . . .

Yo te alabaré en medio de los pueblos, Señor, y yo cantaré un himno en tu nombre; á tí, que has tan gloriosamente salvado al príncipe elegido por tí, y usado de misericordia para con David tu ungido y con su estirpe por todos los siglos.

«A tí, mi Dios y rey, mi poesía
Celebrará, y eterno hará tu nombre:
Bendiciones humildes cada dia
Te ofreceré con inmortal renombre.
Con tu magnificencia y tu alabanza
Nada es igual: inmensa es tu grandeza.

De una generacion en otra alcanza,
De tus obras la loa y de tu alteza
El decoro y grandeza de tu gloria
Dirán y contarán tus maravillas;
Fiel tu poder alabará la historia
Y la fuerza terrible con que brillas.
Grato sabor les dejará la hartura
De tu bondad, con tu justicia ufanos;
Hechiza la piedad y la blandura
Del Señor con los míseros humanos.
Igualmente con todos es suave:
Obras no se ven de él que no lo indiquen.
Juntas te alaben todas, y con grave
Y dulce union tus santos lo publiquen.
La gloria ensalzarán de tu reinado
De tu poder y tu magnificencia:
Llamarán á los hombres, y en dechado
Les propondrán su gloria y opulencia.
Mas durable que el tiempo el señorío
Es de tu reino, y las edades pasa.
No engaña en sus promesas: santo y pío
El Señor en sus obras es sin tasa.
Ocurre á sostener al que tropieza
El Señor, y levanta al que ha caido.
Puesto en tí ha sus ojos, su grandeza
Dá oportuno alimento al desvalido.
Cuantos por tí respiran, de tus manos
Reciben abundantes bendiciones.
Recto es en sus designios soberanos:
Santo el Señor en todas sus acciones.
Siempre propicio está al humilde ruego,
Como le rueguen con verdad sincera:
Temerosos le sirvan: verán luego
Como su voluntad les cumple entera.

Unan sus votos y serán oidos,
Y los libertará de dura muerte.
Vela el Señor sobre sus escogidos:
Abandona los males á su suerte.
Yo lo alabaré siempre , y todo hombre
Alaba sin cesar su santo nombre.

Alaba ánima mia
Al Señor; mientras viva y tenga aliento.
Con acorde armonía
Al son de mi instrumento,
Alabar á mi Dios es mi contento.
No pongas tu esperanza
De príncipes terrenos en humano
Favor que nada alcanza:
Ni rey ni soberano
Podrá darte salud, ni está en su mano.
El alma se separa
Vuelve el cuerpo á la tierra de que era,
Y en aquel dia para
En sueño y en quimera
Aquella pretencion tan altanera.
¡ Oh varon venturoso
El que al Dios de Jacob su ausilio fía,
Y con dulce reposo
Y con fé humilde y pía
De su Dios y Señor no se desvía!
Del que cielos y tierra
Hizo con sabia y poderosa mano,
Y de cuanto en sí encierra
Inmenso el Oceano,
Árbitro es y dueño soberano.
Del que es eternamente
Fiel y veraz, y al mísero que gime

Su mano prepotente
La suya lo redime,
Y pan dá al pobre á quien el hambre oprime.
  Del que rompe en oscura
Prision los grillos; del que al ciego llama,
Y rayos de luz pura
En sus ojos derrama;
Y levanta al caido, y al justo ama:
  Protege al peregrino,
Al pupilo recoge: á la viuda
Dispensa su divino
Patrocinio y ayuda,
Y el plan del pecador trastorna y muda.
  Este tu Dios eterno
Es, Sion, cuyo reino permanente
Con próvido gobierno,
Con ley omnipotente
Tu gloria estenderá de gente en gente.

ALELUYA.

  Al Señor nuevo canto conviene
Cantar, que resuene
Hoy con tonos y música nueva;
De sus santos la Iglesia lo alabe;
Ningun otro sabe;
Fuera de ella ninguno se atreva.
  Con su dueño y autor soberano
Alégrese ufano
Israël, y haga mil regocijos
A su Rey y Señor poderoso
Sion venturoso:
Con placer lo festejen sus hijos.
  Den aplauso á su nombre: sonoro.
Repítalo el coro.

Al salterio y al tímpano unida
En acorde y armónica clave
La flauta suave
Acompañe la voz repetida.
  Pues tambien el Señor se complace
Y grato se hace
Con su pueblo, y en él se recrea;
Y por manso y humilde lo estima
Y en alto sublima,
Y le dá la salud que desea.
  Rebozando gloriosa alegría
Los santos un dia
Vivirán en eterna bonanza,
Descansados en paz y serenos
De males ajenos;
Y placer será todo y holganza.
  La grandeza cantar ya los veo
Con dulce gorgeo,
De su Dios en garganta canora;
Y en sus manos aceros templados
De filos doblados,
Esperando que llegue su hora.
  Para hacer, en llegando, la fiera
Venganza postrera
En naciones rebeldes y duras:
Para dar el condigno castigo
Al odio enemigo
De los pueblos, y echar en oscuras,
  En estrechas prisiones los reyes
Que hicieron sus leyes;
Y á su boca y altiva nobleza,
Dos á dos en horribles esposas
Las manos briosas,
Con el hierro abatir su fiereza.

Aquel dia será ejecutada
La ya decretada
Rigorosa sentencia, por ellos;
Que tal gloria da Dios á sus santos,
Victoria de tantos
Enemigos, y triunfos tan bellos.

Aplausos inmortales
Dad al Señor, que reina en alto asiento
De luces eternales.
Sus loores resuene el firmamento,
Donde su fortaleza
Muestra, y su irresistible poderío.
Alabad la firmeza
De sus obras, y el alto señorío.
La inmensa muchedumbre
Cantad de su grandeza sin medida,
De la celeste cumbre
Al abismo sin término estendido,
La trompa ronca y grave
Retumba ya; respóndale sonora
La cítara suave
Con el dulce salterio, y cada hora
Su alabanza resuene.
Al tímpano la flauta travesera
Y el órgano conviene
Y el laud añadir: de esta manera
Sus dotes soberanos
Ensalzad. En suave sinfonía
Acordes las campanas,
Las campanas con música alegría
Lo aplaudan, y festiva
Gloria le dé cuanto respire y viva.

Dando á los Hebreos la fuerza y la seguridad, preparó David el esplendor del reinado que debia seguirle. Habia ya por sí mismo acumulado grandes riquezas con el designio de edificar en Jerusalen un templo digno de su piedad, y, en cuanto fuese posible, digno del Eterno. Apenas es concebible para nosotros el cúmulo de oro y de plata y de hierro y de bronce y de maderas preciosas y de mármoles raros que poseia aquel monarca. Las combinaciones sociales de los antiguos pueblos, sobre todo en Oriente, llevaban todos los tesoros, así como todos los poderes, en manos de los gefes del Estado: la historia ha ponderado su opulencia inaudita, la celebridad de su fausto ha pasado en todas las lenguas bajo la forma de proverbio. Además, las leyes de la antigua guerra despojaban al vencido de todos sus derechos y de todos sus bienes: su libertad, su vida misma quedaban al arbitrio del vencedor. David encontró pues un prodigioso botin en las regiones por donde paseó sus armas gloriosas, en la Idumea, en la Fenicia, en la Syria, en el país de los Amonitas y de los Moabitas. Y aun cuando sufriese alguna reduccion la enorme cifra de las riquezas atribuidas á David, suponiendo posible algun error en la apreciacion comparativa de nuestras monedas con las hebreas, queda todavía muy cierto que el monumento famoso cuya construccion absorvió todos estos tesoros no tenia igual en su magnificencia. Pero David no tuvo la gloria de levantarle por sí mismo, y debió legar este pacífico cuidado á un príncipe menos guerrero. «Hijo mio, dijo á Salomon, yo pensaba levantar un templo en honor de Jehová mi Dios, pero éste me ha hecho dirigir estas palabras: Tú has derramado mucha sangre y dado muchos combates: á causa pues de toda esta sangre derramada delante de mí, no erigirás un templo.» Pues que Dios ha cuidado siempre mucho de hacer respetar la existencia del hombre, porque esta existencia es grande. Solo al Eterno pertenece el medir nuestros dias; pero como es indispensable en último resultado que la fuerza venga en apoyo del derecho, quiso alomenos prevenir en cuanto posible fuese los arranques de la venganza y los excesos de la represion. Por esto ha rodeado la vida humana de una especie de aureola de proteccion, por manera que guarda un caracter augusto aun bajo la cuchilla de la justicia, y que la

muerte dada á un hombre, por legítima que sea su causa, tiene casi cierta apariencia de profanacion. Y si una santa amnistía se levanta de los campos de batalla y refleja en rayos de gloria sobre el pecho de los valientes es por la razon de que estos espusieron generosamente su vida, no porque han quitado la de sus semejantes.

David procuró conservar con la prudencia lo que habia conquistado por la espada, haciendo infiltrar el espíritu de las instituciones nacionales en reglamentos aplicados á todos los ramos del servicio público. Despues de haber consolidado lo mas eficazmente que pudo la administracion de justicia, empleó su principal solicitud en aumentar la pompa de las fiestas religiosas. Poeta y músico á un tiempo, habia compuesto por sí mismo los himnos que resonaban en las ceremonias solemnes, é inventado algunos de los instrumentos músicos cuyo melodioso juego acompañaba la voz de los coros.

Tal es el orígen de la mayor parte de las poesías reunidas y conocidas en la Iglesia bajo el nombre de Salmos de David. El dolor, la súplica, la alegría, la victoria, las acciones de gracias se exhalan en ellos con acentos íntimos, patéticos, elevados y embelesantes. Reinan alli por su turno la desolada tristura de la elegía, el entusiasmo de la oda, la grave y penetrante dulzura del himno y del cántico. ¿Qué poeta mejor que David supo arrobar el pensamiento y descender hasta el fondo del corazon para hacer vibrar sus inmortales fibras? ¿Quién á mayor altura llegó? ¿Quién tocó con mas delicado pulso? ¿Qué emociones secretas, que misterios de sentimiento no se encuentran en todos sus conciertos, en todas sus notas, en todas sus voces? Grecia y Roma se conmovieron al ruido de las canciones armoniosas que referian batallas, ó tan solo juegos y placeres: pero el profeta de Sion traspasó los límites de las groseras y caducas realidades, y hace hablar una voz que llama y arrebata al alma á horizontes infinitos. Ora arrojando su mirada sobre los siglos ya agotados, ora volviéndola hácia los siglos futuros, preguntó á aquel libro sin fondo que se llama el corazon del hombre, y al otro libro radiante de gloria que bajo el nombre de naturaleza publica tan grandes maravillas. Depositario de los secretos del cielo y de la tierra, los repite con todo el poder de un lenguage que

cautiva la atencion de los pueblos. Pontífice universal, puso sobre su harpa el homenage de todas las criaturas, desde la gota de rocío que bendice á Dios sin saberlo, hasta los ángeles que vuelan bajo los piés del Eterno como las ruedas de un rápido carro. El nos ha pintado al sol vestido de gloria, al mar balanceándose bajo el dedo de su Autor, los cielos estendiéndose como un pavellon de azur, las estrellas sembradas á lo lejos como una arena resplandeciente. Bardo de su nacion, cantó los trabajos de sus progenitores, el origen de la grandeza de Israël, el Sinaï iluminándose con la faz de Jehová, el Jordan huyendo de espanto hácia su cuna atónita, la Judea sonriendo á su cielo, ornada de su verdor y de sus flores y saltando de júbilo al aspecto de su fecundidad. Poeta de la humanidad entera, ha sabido sondear en los mas ocultos pliegues en los cuales suele retirarse el corazon en sus dias de angustia: ha mostrado el profundo manantial de donde manan todas las lágrimas y todas las esperanzas: sus hondos gemidos despiertan en las almas penetradas del sentimiento de la eternidad aquella grave tristeza que se observa en el semblante de los proscritos, cuando, desde el seno de la tierra extraña, arrojan por encima de la frontera que le está prohibido traspasar una mirada indefinible hácia los lejanos horizontes en donde se oculta el suelo natal. Hay tanto sentimiento y amor en los acentos del cantor desterrado, cuando habla de la Jerusalen de las alturas, y es tan dulce al salir de sus labios el nombre de la celeste patria, que el hombre apesar de hallarse distraido en sus fútiles devaneos, se detiene, y presta atento oido para escuchar y gustar la melodía de este cántico maravilloso.

Los postreros dias de David se acercaban ya. Recogió entónces en su pensamiento las vicisitudes de su larga vida, y los beneficios que el cielo habia en ella derramado, y despues, trasportado por los afectos del mas vivo reconocimiento, pronunció aquel himno qne puede considerarse como el testamento de su piedad.

Ved ahí los últimos acentos proféticos de David, hijo de Isaï, el varon escogido por Jehová, á quien fué dada palabra de ungido del Dios de Jacob, el dulce cantor de Israël.

«El espíritu del Señor habló por mí: su palabra ha estado sobre mis labios.

El Dios de Israël es quien me ha hablado: el fuerte de Israël es quien me habla: el dominador de los hombres: el justo dominador de los que temen á Dios.

El que teme á Dios será como la luz de la aurora cuando al nacer el dia aparece el sol en un cielo sin nubes, y como yerba que brota de la tierra humedecida por la lluvia.

No era digna por cierto mi casa á los ojos de Dios de que el Señor hiciese conmigo una alianza eterna, firme é inmutable. Porque él me ha salvado de todos mis peligros, ha cumplido todos mis deseos, y todo ha florecido para mí.

Pero el inicuo transgresor de la ley será arrancado como las espinas que nadie toca con las manos, sino que se arma de hierro ó se toma una asta de lanza, y se mete fuego en ellas para reducir á ceniza sus últimos restos. »

En seguida David dió á conocer su última voluntad á Salomon. Despues de haberle exhortado á seguir fielmente la ley de Dios tal como la habia dejado escrita Moysés, le recomendó que hiciese dar la muerte á Joab y á Semeï. Joab habia hecho perecer á Absalon en desprecio de las recomendaciones y mandatos de un padre y muerto con sus propias manos fuera del combate y de un modo pérfido dos capitanes, en los cuales temia su ambicion tener otros tantos rivales. Semeï habia vomitado insolentes injurias contra David el dia en que huía perseguido por su hijo rebelde. El viejo Rey se resolvió sin duda á prescribir estos castigos tardíos pero no inmerecidos, por aquella consideracion que suele llamarse razon de Estado, y para asegurar á su sucesor, jóven é inexperto todavía, un reino pacífico y sin intrigas. Sea de esto lo que fuere, murió poco tiempo despues á la edad de sesenta años, despues de haber reinado cuarenta años sobre Israël, esto es, siete en Hebron y treinta y tres en Jerusalen. Ciertamente pueden citarse guerreros mas ilustres que David, príncipes mas versados en la ciencia del gobierno, filósofos que han tratado mas metódicamente las cuestiones de moral, poetas, en fin, de un gusto mas depurado: pero no hay un solo monarca que se haya mostrado tan grande bajo todos estos aspectos reunidos, y cuyo juicio, imaginacion,

corazon y brazo á la vez hayan desplegado tanto poder. Sobre todo, ningun hombre ha borrado sus faltas por un arrepentimiento mas elocuente y mas fecundo. ¿Quién podrá contar todos los corazones que, desviados un momento como él, fueron despues ganados por la penitencia? ¡Como resuenan sus acentos en el alma, excitando á la vez el temor, el dolor, la esperanza y el amor? El raudal de sus lágrimas, engrosado por las que él ha arrancado suavemente de los ojos de los pecadores, se ha convertido ya en un caudaloso rio que corre sin cesar por el valle en donde pasa nuestra vida terrestre, para desarraigar de él el crímen y la desesperacion, hacer germinar el arrepentimiento y reverdecer la inocencia.

Apenas Salomon estuvo sentado en el trono, cuando vino á turbarle la ambicion de su hermano Adonias. La última revuelta habia sido reprimida con prontitud, pero sin perder sus hombres. Ademas, Adonias era hijo mayor, y ya antes una parte de la nacion se habia declarado en favor suyo. Créese que Joab le incitó secretamente á una nueva tentativa, y por de pronto á pedir por esposa á Abisag de Sanam, una de las viudas de David (5). Entre los Hebreos y en los paises del antiguo Oriente, el rey difunto lo dejaba todo á su sucesor; y sus mugeres, en particular, no podian ya ser dadas á otro que á un rey. Así pues, la demanda de Adonias era una especie de pretension al trono, y una violacion de la fé que habia jurado al jóven monarca al recibir su perdon. Recorrió Adonias á la intervencion de Bethsabé para obtener la mano de Abisag: pero Salomon, sorprendido del proyecto de su hermano, y midiendo desde luego las consecuencias probables de acceder á aquella demanda, respondió á Bethsabé: « Vos pedís Abisag de Sunam para Adonias? Pedid tambien para él la corona, pues él es mayor que yo, y tiene ya en su partido al gran Sacerdote Abiathar y á Joab hijo de Sarvia. Tráteme Dios con todo el rigor de su justicia, añadió, si no es una verdad que Adonias acaba de pronunciar su sentencia! Porque juro por el Señor, que me ha establecido y colocado sobre el solio de mi padre David, y que ha fundado mi casa, como lo tenia prometido, que ha de morir Adonias. » Y le hizo matar aquel mismo dia por un capitan de

sus guardias. El proceder de su hermano le pareció que ocultaba miras de ambicion, y se creyó puesto en una de aquellas circunstancias en que el hombre de Estado tiene mas necesidad de obrar que de deliberar. Con todo, es difícil el no acusar de precipitada y cruel una sentencia dada sin forma de proceso y con tan pronto rigor ejecutada: por lo menos nuestras ideas modernas lo repugnan irresistiblemente. No porque nuestra historia nacional y la historia contemporánea no presente hechos análogos, sino que es inseparable de ellos un horror general y significativo, como represalias de la conciencia pública. En todo caso, la frecuencia de semejantes actos no bastaria en modo alguno á legitimarlos, y hay un derecho para vituperarlos, bajo cualquier título que se los pretenda excusar.

Salomon, despues de haber así cortado la cabeza á la rebelion, descargó su severidad sobre los dos sujetos que mas habian favorecido los proyectos de Adonias, y cuya turbulencia podia suscitarle nuevos obstáculos. En cuanto al sumo sacerdote Abiathar, le apeó de su dignidad, quitándole para siempre las funciones de su ministerio, con lo cual se cumplió la palabra pronunciada por el Señor en Silo contra la casa de Heli. «Retírate á la posesion que tienes en Anatoth, le dijo el Rey. Tú á la verdad mereces la muerte: pero yo no te quito hoy la vida, por cuanto llevaste el Arca del Señor Dios delante de mi padre David, y le acompañaste en todos sus trabajos.» Se contentó pues con desterrarle. Llegó esto á oidos de Joab, partidario que habia sido de Adonias, y se refugió al Tabernáculo, asiéndose con la puerta del altar. Pero no le valió este asilo. Salomon envió á Banaias hijo de Joyada paraque le diese la muerte; y resistiéndose Joab á salir del Tabernáculo, el Rey le hizo pagar allí mismo con la vida la sangre inocente que habia derramado, cuando atravesó con su propia espada á dos varones justos y mejores que él, Abner hijo de Ner, general del ejército de Israël, y Amasa hijo de Jether, general del ejército de Judá. Estos rigores, que anunciaban en el nuevo poder una firme voluntad de defenderse, calmaron los restos de ambiciosos proyectos que podian haber quedado, y dieron al país el beneficio de un reposo que de largo tiempo no habia disfrutado.

Por lo demás, desde el momento en que Salomon pudo regir por su propia mano las riendas del Estado, desplegó una sabiduría tal, que su trono se vió desde luego rodeado y sostenido por la admiracion y el respeto universal. Tan pacífico por la naturaleza de su caracter y de las circunstancias, como habia sido belicoso su padre, igualó á David, sin hacerle olvidar; se aprovechó de las victorias conseguidas antes de él para desplegar su reinado con todo el esplendor de la magnificencia. Estrechó lazos de amistad con los reyes vecinos, y empleó la actividad de su pueblo en el comercio y en la industria. Conoció que la Judea, por pocos esfuerzos que hiciese, no en vano reclamaria para sí las ventajas de Tyro y de Sidon, reinas soberbias de los mares; pues se extendia sobre un espacio de cuarenta leguas á lo largo del litoral del Mediterráneo: sus buques podian visitar el Egipto, aquella nodriza fecunda del antiguo mundo, las costas del Asia menor, y las islas del Archipiélago griego. Por la parte de tierra, encontraba á sus puertas la Fenicia, las ciudades sentadas en el curso del Eufrates, la Arabia fértil en productos estimados, y el mar Rojo que abria el camino de las Indias. Salomon se alió por medio de tratados con diferentes países: por el norte edificó á Palmira, ó Tadmor, que era como un depósito ó escala desde Jerusalen á Babilonia, y al mediodía la factoría de Esiongaber le abria y proporcionaba las riquezas del Asia Oriental. Su enlace con la hija del Rey de Egipto, sus alianzas políticas y mercantiles con el Rey de Tyro, al paso que daban á su nombre brillo y celebridad, aseguraban á sus empresas un poderoso concurso, y un éxito tan completo como inevitable.

Fiel al querer de Dios, y movido por sus propios sentimientos de piedad, erigió Salomon el célebre templo de Jerusalen. Tenia entónces una alma recta, un corazon puro y una maravillosa inocencia de costumbres. Al principio de su reinado, Dios se le apareció una noche entre sueños, como en una vision profética. «Pide lo que quieras que te conceda, dijo la voz. — Yo soy como un niño que no sabe el modo de conducirse, en medio del numeroso pueblo que tú escogiste. Dá pues á tu siervo un corazon dócil para que sepa hacer justicia, y discrecion y sabiduría para discernir lo bueno de lo malo; porque sino,

¿ quién será capaz de gobernar á esta muchedumbre que es tu pueblo ? » Agradó al Señor esta oracion, por haberle pedido semejante gracia , y respondió la voz : « Por cuanto no has pedido para tí larga vida , ni riquezas , ni la gloria , ni la muerte de tus enemigos , sino únicamente sabiduría para discernir lo justo , yo he otorgado tu súplica y te he dado un corazon sabio y de tanta inteligencia que no le ha habido semejante ántes de tí ni le habrá despues. Y hasta te daré lo que no has pedido , riquezas y gloria ; por manera que no habrá habido en todos los tiempos pasados rey alguno que te iguale. Y si siguieres mis caminos y observares mis preceptos y mis leyes , conforme lo hizo tu padre , te concederé larga vida. » En efecto, por largo tiempo obedeció Salomon á nobles y generosos instintos. Habia empleado en la construccion del templo siete años de trabajos continuos , mas de ciento cincuenta mil operarios de toda clase , y sumas incalculables. En la solemne dedicacion de esta obra maestra de la opulencia y del arte hizo brillar los señales de la mas verdadera y sublime religiosidad : pronunció una tierna y enérgica oracion con la que pintó con los mas bellos y profundos rasgos la magestad de Dios , la nada del hombre y el gobierno de la Providencia (6). Era tan sabio en las cosas humanas como en las divinas : su genio ardiente y positivo iba sin rodeos á las mas vitales cuestiones , las discutia con admirable precision , y daba solucion con toda exactitud , despues de un examen inteligente y con toda la fuerza y perspicacia del pensamiento. Aun cuando sus libros no fuesen fruto de la inspiracion de lo alto , y no llevasen ante todo el sello de la Divinidad , revelarian un hombre maravillosamente superior á los grandes hombres del paganismo; porque , ¿ cuál de estos sabios puede compararsele por la elevacion y pureza de doctrinas ? Y aun en el Cristianismo , ¿ qué escrito de filosofía moral presenta con tanta concision y en tan cortas páginas un conjunto mas admirable de ideas saludables y fecundas que no se halle en los escritos de Salomon ?

Tal fué el hijo de Bethsabé en los dias de su verdadera gloria. El brillo de una juventud embelesante , el atractivo seductor del poder , el ascendiente del genio , todo revelaba los encantos de su persona , añadiendo nuevo precio al mérito de su virtud. Su nombre , lleno de pres-

tigio, atraia á todo el Oriente, como un astro colocado en el centro de algun mundo dá la ley á todo un pueblo de estrellas. Aun cuando, hácia el fin de su vida, se dejó vencer por aquellos mismos hechizos del placer, cuya impostura y vanidad habian tan bien en otro tiempo publicado sus labios, destilando puros raudales de sabiduría; el poderoso monarca llevó consigo en su caida cierto carácter ó resto de grandeza, como una ruina magnífica que hace llorar pero no detestar su memoria; pues faltas hay que se parecen á infortunios, y dispiertan en el alma aquella especie de piedad que solo pertenece á la desgracia.

Sunt lacrimæ rerum et mentem mortalia tangunt.

Notas.

(1) No podemos continuar aquí mas que este corto fracmento de una composicion poética á que en los fuegos de nuestra primera juventud dimos el nombre de *David y Bethsabé.*

(2) Cuando Absalon se cortaba el cabello, que por incomodarle la cabellera hacia una vez al año, pesaban los cabellos de su cabeza, ó se apreciaban en doscientos siclos del peso comun.

(3) Segun los Sagrados espositores é intérpretes, pueden aplicarse á la época en que David fué perseguido por su hijo Absalon los salmos 3, 30, 37, 54, 61, 62, 70, 83, 87, 108, 114, 115 y 142.

(4) En los cuatro primeros versículos de este salmo, ruega David á Dios que vuelva por su inocencia, y manifiesta su buen corazon para con sus enemigos. Despues hasta el 19 hablando como profeta, usa de una terrible imprecacion, esto es, imprecatoriamente profetiza sucesos futuros: pues debe hacerse distincion entre una imprecacion carnal, nacida de venganza, la que nunca se vió en el santo Rey, y una maldicion é imprecacion profética, nacida de un interior impulso del Espíritu de Dios. Además, muchas palabras que en griego y en latin están en optativo y sujuntivo, en el hebreo están en futuro, á modo de profecía ó imprecacion profética, *stabit*, *fiat*, *fiant*, *accipiet*, etc. Por lo que San Agustin es de sentir que cuanto dice aquí David no es un deseo de que suceda, sino un profético conocimiento de que ha de suceder con semejantes calumniadores é infamadores: *non ánimo optantis ea, sed prophetantis, non ut fiant sed ut fient.* Estas imprecaciones eran particularmente contra Doeg, Aquitofel y sus compañeros. Sabia David que era figura de Jesucristo: reflexionaba los trabajos y aflicciones que le causaban aquellos pérfidos enemigos, y en ellos contemplaba y profetizaba los que debia padecer el divino

Redentor en la pasion por sus enemigos los Judíos, y sobretodo por el traidor Judas, á quien S. Pedro aplica el versículo 8, y de quien habla Cristo aludiendo á este salmo. (Joan. XVII. 12). Y para que no se forme con estas imprecaciones una idea contraria al verdadero espíritu de David, príncipe clementísimo, que manifiesta bastante conformidad con la moral evangélica, es menester advertir como observa muy oportunamente el erudito Mattei que, siendo el gobierno del pueblo de Israël teocrático, todas las guerras podian llamarse de religion: el monarca hebreo estaba sujeto á las leyes, que eran divinas todas, aun respeto á las cosas temporales y acciones civiles: en todos los negocios de importancia se consultaba á Dios, y cuando se determinaba la guerra contra algunos enemigos del rey y su pueblo, eran mirados igualmente como enemigos de Dios, y dignos del odio del profeta, que tanto amaba la divina ley. Y siéndole lícito destruirlos, tambien lo era desear su destruccion, profetizarla y pedirla á su Divina Magestad. Todos entenderán que esto es así, en cuanto á los filisteos y otros pueblos con quienes tuvo guerra David. Contra su hijo Absalon, empero, nunca usó de tales execraciones. Y las que le atribuyen muchos como proferidas contra Saül, deben entenderse generalmente de todo el ejército; como cuando solemos decir: el enemigo, el contrario etc.: y aun el explicarse así el santo profeta era en calidad de príncipe y cabeza del pueblo Hebreo; pero como particular nunca profirió palabra, ni hizo accion alguna que fuese efecto de ira, ó espíritu de venganza: pues pudiendo haber quitado la vida á Saül, que cruelmente le aborrecia, no lo hizo en dos ocasiones muy á propósito que se le presentaron, y en lugar de alegrarse de su muerte y de la de Jonathás las lloró amargamente. Por lo demás, el santo Rey, segun acreditan el salmo 7, y otros muchos, era un varon cortado á medida del corazon de Dios.

(5) El Rey David era ya viejo y de edad muy avanzada; y por mas que le cubrian con ropa, no podia entrar en calor. Los muchos y grandes afanes en un reinado de cuarenta años, lleno de guerras exteriores, de rebeliones domésticas y de tantas otras aflicciones y enfermedades, como él mismo describe en los Salmos, habian abatido y enervado su cuerpo antes robusto y fuerte, y le habian privado de casi todo su calor natural. Por lo cual, le dijeron sus domésticos: Buscaremos para el Rey nuestro señor una vírgen jovencita que siendo esposa suya viva con el rey y le abrigue, y duerma á su lado paraque le comunique algun calor. Buscaron pues por todas las tierras de Israël una jovencita hermosa y hallaron á Abisag de Sunam, ciudad de la tribu de Isacar, y trajéronsela al rey. Esta doncella era de estremada hermosura, y dormia con el Rey, y le servia, pero el Rey la dejó virgen, y por esto es mirado por algunos como figura de la Iglesia.

(6) Al salir los sacerdotes del santuario, una niebla misteriosa llenó la casa del Señor. Entonces exclamó Salomon: «El Señor tiene dicho que habia de morar en una niebla, pero yo no he tenido reposo

ó Dios, hasta ver concluida una casa para habitacion tuya y para trono tuyo firmísimo y perpétuo. Y volviéndose el Rey desde su trono hácia todo el pueblo de Israël, le deseó y pidió para él toda especie de felicidades, pues todo Israël se hallaba allí reunido. ¡Qué tierna y magnífica escena ver al poderoso monarca postrado ante el altar del Señor, y levantando las manos hácia el cielo, rendirle el primer homenaje de adoracion y de reconocimiento y pedirle todo género de bendiciones para su pueblo! «O Señor Dios de Israël, exclamó entre otras cosas, nadie hay semejante á tí en el cielo ni en la tierra.... Tú cumpliste á tu siervo David mi padre la palabra que le prometiste..... confirma pues tambien aquella tu promesa: No faltará jamás en tu linaje quien se sienta ante mí sobre el trono de Israël, con tal que tus hijos anden delante de mí como tú has ido en mi presencia.... Es creible que Dios haya de habitar sobre la tierra? Si los altísimos cielos no pueden abarcar tu inmensidad, ¿cuánto ménos esta casa que yo he fabricado?.... Pero de ella dijiste: Mi nombre será allí invocado. No deseches pues mi plegaria.



LA REINA DE SABÁ.

> Todo el oro respeto de la sabiduria no es mas que una menuda arena, y á su vista la plata será tenida por lodo. La amé mas que la salud y la hermosura; y propuse tenerla por luz y norte, porque su resplandor es inextinguible.
>
> (*Sabiduría* VII).

Al Sur de la Syria, entre el mar Rojo, el Océano Indio y el golfo Pérsico se extienden llanuras arenosas, cadenas de montañas y largos desiertos: aquello es la Arabia. La parte meridional de este vasto país, circuido por las aguas, es menos estéril y mas poblado que lo demás, y toma el nombre de Arabia feliz á causa de la riqueza de sus productos. En otro tiempo tenia minas de oro y de plata, y segun el testimonio de Plinio, hallábase en ella mucha pedrería, y en este país toda la antigüedad colocó el fenix, ave maravillosa á la cual habia aquella investido del privilegio de la resurrec-

cion. Allá es donde nacen aun en el dia el incienso, el bálsamo y los demás perfumes: el aire está impregnado de olores suaves que el viento se encarga de esparcir sobre sus alas á lejanos mares, en donde el navegante respira la Arabia, por decirlo así, mucho tiempo ántes de llegar á sus orillas.

Entre todas las tribus de la Arabia feliz era célebre la tribu de los Sabeos, cuyas riquezas han ponderado los escritores griegos y romanos. Tenia por capital á Sabá, que se hacia remontar hasta los tiempos vecinos al diluvio, y que habia tomado su nombre de uno de los nietos del patriarca Heber. Segun algunos geógrafos, la actual ciudad de Zebid seria la antigua Sabá, que ocupaba, segun otros el area en donde se halla hoy dia Mareb. Este país, segun dice el poeta Claudiano, era primitivamente gobernado por mugeres.

Hácia el año 3000 del mundo, los Sabeos obedecian á una princesa que Josefo ha confundido con la Nitocris de Herodoto, y que las tradiciones árabes llaman Balkis, pero esta muger solo es conocida en la historia con el nombre de la Reina de Sabá y por el viaje que hizo á Jerusalen para honrar á Salomon. Queria ver ella por sus propios ojos las obras poderosas y escuchar las sabias respuestas del monarca israelita, que llenaba entónces todo el Oriente con la fama y el resplandor de su magnífico reinado. Porque el genio y la virtud son el sello de los hombres providenciales, y Dios les ha marcado con él á fin de asegurarles el respeto, la confianza y el amor, para que se les pidan palabras de luz y se inspiren los demás por los dechados de su valor, á la manera que las plantas aguardan una mirada del sol ó algunas gotas de rocío para desplegarse y para florecer. Efectivamente el mundo intelectual y el mundo moral, así como el mundo físico, se sostienen y brillan por la constante armonía de los elementos mas fuertes y de los elementos mas débiles que encierran; y ha de decirse, para alentar á todos y para el honor de todos, que muchas veces hay tanta grandeza de alma en reconocer la gloria, como mérito hay en conquistarla y en hacérsela perdonar.

No pocos intérpretes de la Escritura han pensado tambien que, movida por avisos interiores, la Reina de Sabá vino á buscar en Judea

un tesoro mucho mejor que las piedras preciosas y los perfumes de la Arabia, es decir, el conocimiento del verdadero Dios y del culto que se le debe; pues aun en aquella época en la cual el cielo no habia hablado todavía á la tierra sino en el Eden y en las alturas del Sinaï, y en que por consiguiente las creencias asiladas en Israël solo se hallaban en los pueblos en estado de ruina, ó como un polvo de recuerdos; ningun hombre, como sucede ahora, se hallaba invenciblemente condenado al error: siempre fué posible á las almas sínceras y á los corazones puros el ir á sentarse en el banquete de la verdad religiosa. La palabra divina resonó sin fin en el mundo: todo oido pudo escucharla, toda libertad debe inclinarse, recibirla y obedecerla. Y sin duda la Reina de Sabá pasó á Jerusalen llamada por aquella sabiduría sobrenatural, mas aun que atraida por una curiosidad de otra parte laudable; siendo de este modo la figura de aquellas almas, que no pudiendo resignarse al envilecimiento de una vida del todo exterior y sensual, se informan fielmente de lo que deben á Dios y á los hombres, y emprenden hácia la verdad y la virtud una peregrinacion generosa.

Por lo demás, glorioso y sabio entónces Salomon, tenia realmente un derecho á la admiracion de sus contemporáneos. Sabido es que su reinado fué para los Israelitas una época incomparable de prosperidad y de gloria. En lo interior, la agricultura honrada, los tributos exigidos de los pueblos vencidos, los impuestos señalados á las tierras de los ciudadanos, los derechos que gravitaban sobre los géneros estrangeros, los trabajos obrados por los criados y los esclavos, tales eran los fecundos recursos de los tesoros de Salomon. Del adelantamiento de las artes puede juzgarse por la construccion del templo que fué acabado en siete años; por todo lo que la Escritura y las tradiciones refieren de aquel célebre monumento, y por la pompa y el fausto inaudito que brillaba en el culto religioso. Las solas víctimas que Salomon degolló y sacrificó al Señor como hostias pacíficas en la dedicacion del templo fueron veinte y dos mil bueyes y ciento veinte mil ovejas. Por aquí podrá venirse en conocimiento de la asombrosa profusion con que fué celebrada aquella solemnidad. La cantidad de riquezas acumuladas en manos de los reyes del pueblo Hebreo parecerian verdaderamente

increibles, si en épocas contemporáneas, la historia, y hasta las tradiciones fabulosas que de ella derivan, no confirmasen igualmente la existencia de tesoros inmensos en las manos de ciertos reyes. Midas, Creso, Cyro, Semiramis, Sardanápalo, Artaxerxes, Ptolomeo, Alejandro, pueden en efecto ayudarnos á conocer los tesoros de David y de Salomon.

David, segun las Escrituras y los comentadores, dejó cerca de doce mil millones de nuestra moneda para la construccion del templo edificado por Salomon, que es á corta diferencia la renta anual de Inglaterra. Estas prodigiosas riquezas eran el producto acumulado de sus conquistas, y de los tributos alzados sobre los pueblos conquistados, ahorros de cuarenta años de reinado y tal vez de sus gobiernos predecesores.

Las inmensas cantidades de oro y de plata sacados del Nuevo Mundo pueden hacer concebir hasta un cierto punto los cálculos hechos, segun la Biblia, sobre los tesoros dejados por David. Los escritores eclesiásticos han hecho notar, que en cuarenta años de reinado por medio de numerosas conquistas y por una sabia economía pudo aquel príncipe en tan vastos estados, en un país tan rico y tan poblado, despues de tantas victorias y ricos despojos, amontonar cien mil talentos de oro y un millon de talentos de plata, ó sea doce mil cuatrocientos ochenta y un millones veinte mil quinientas sesenta y dos libras, suma á la cual se evaluan los dones hechos por David y por los príncipes y grandes de la corte para la construccion del famoso templo de Jerusalen. En nuestros dias hemos visto un gefe de piratas el dey de Argel tener en su tesoro cerca de cien millones en oro y plata. Los tesoros acumulados en el serrallo de Constantinopla deben ser incalculables.

En tiempo de Salomon, dice la Escritura, no se hacia ya caso de la plata, tal era su abundancia: este metal era tan comun entónces en Jerusalen como las mismas piedras. Las rentas de Salomon parece que subian anualmente á la suma de cerca doscientos millones de reales, sin contar las ventas de las tierras y de los portazgos, los derechos que se percibian de los mercaderes y traficantes del país, y

con independencia en fin de los tributos que daban los reyes de Arabia y los gobernadores de las provincias. Todo induce pues á creer que durante el reinado célebre de aquel gran monarca, la riqueza y la civilizacion industrial del pueblo Hebreo habian llegado al mas alto período que puede desear un pueblo guiado por leyes sabias y religiosas. Aquel monarca, en vez de teorías complicadas sobre la division del trabajo, sobre la produccion y distribucion de la riqueza, recomendaba el ahorro, la economía, y una laboriosa actividad como principio eficaz de bienestar, y la virtud, la piedad, y la caridad como remedios á los deseos inquietos y á las pasiones violentas del corazon humano. Todo hombre en Israël y en Judá vivia sin temor bajo su parra ó su higuera, desde Dan hasta Bersabé, que eran los límites extremos de la Palestina.

La gloria de Salomon reflejaba en lo exterior, y sometia á lo lejos delante de él á los pueblos y á los príncipes. Todos eran sus súbditos ó sus amigos desde el Eufrates al Mediterráneo, y desde las fronteras septentrionales de la Syria á la Idumea y al Egipto: todos le enviaban presentes, ó le pedian consejos. Los mas hábiles operarios de Tyro estaban á su servicio: sus naves iban á buscar á lejanas regiones el oro, el marfil, los animales raros y las maderas olorosas. Memfis le daba por esposa la hija de sus reyes. Él edificó, ó alomenos volvió á levantar á Palmira, porque es muy difícil asegurar quién fué su fundador. Al contemplar los escombros de Tadmor que yacen en el desierto como la osamenta de una ciudad gigantesca, puede muy bien ponerse en duda que Salomon hubiese tenido el tiempo, y que sus contemporáneos hubiesen tenido la fuerza necesaria para ejecutar trabajos que la ciencia moderna, con toda la perfeccion de su mecánica, no podria volver á empezar, tal como los atribuye á las razas primitivas, á hombres de cuyas proporciones físicas estamos distantes, y cuyos secretos se han perdido para nosotros. Pero es cierto por otra parte que la reputacion de Salomon ha quedado hasta ahora prodigiosa entre los orientales, y que estos han dado su nombre de Soliman á esos monarcas poderosos que suponen ellos en sus leyendas haber poseido el imperio de toda la tierra. Así, bajo su ce-

to, la estimacion y el respeto de fuera igualaban á la paz y á la prosperidad de dentro: la sabiduría y la gloria que es su compañera inseparable sostenian su trono con sus fuerzas, y le cubrian con su resplendor.

Esta gloria pues es la que vino á visitar la reina de Sabá, y á esta sabiduría vino á proponer sus problemas. Entró en Jerusalen con rico tren y con una escolta magnífica, llevando camellos cargados de oro, de perfumes y de piedras preciosas. Luego de presentada al rey, le manifestó sus dudas é hizo sus preguntas; porque los antiguos, y sobre todo los orientales, gustaban de ejercitarse en descifrar toda especie de enigmas sobre puntos de religion, de moral y de política, y la sabiduría de cada uno se manifestaba en la sutileza y profundidad de sus respuestas. Salomon instruyó á la reina en todas las materias que le propuso, no dejando cuestion alguna sin respuesta, ni duda sin solucion; pues tan grande por las bellas calidades de su alma como por el poder de su cetro, manejaba la sabiduría con magnificencia, como dicen las Sagradas Letras. Escribió parábolas y cánticos en número considerable, cuya mayor parte no ha llegado hasta nosotros. Disertó sobre todos los árboles, desde el cedro que levanta en el Líbano hasta las nubes su altísima copa, hasta el humilde hisopo que brota en la pared, y sobre los animales de la tierra, las aves, los reptiles y los peces. Midió con su profunda mirada y pintó con inimitable verdad el caracter de la vida humana, sus rápidas alegrías y sus largos dolores, los vicios que la manchan y las virtudes que la honran. Órgano de la eterna sabiduria, trazó reglas de moral, preceptos de virtudes políticas y religiosas que convienen tanto á las sociedades como á sus miembros, á los reyes y á los súbditos, á la vejez y á la juventud, á todas las condiciones, en todas las circunstancias. Sus sentencias, sus probervios, sus máximas que parecen una brillante aurora del Sol del Evangelio, han quedado como un código inmortal, de donde el orador cristiano saca la semilla de aquella doctrina sublime que vino á desarrollar el Salvador del mundo con toda la maestría de un Dios y con el ejemplo de su adorable persona. A Salomon cupo la gloria de simbolizar en sus dulcísimos cantares la union íntima entre el alma justa y su esposo divino, aquel prodigio

que la nueva ley de amor habia de traer sobre la tierra, y al propio tiempo segun el comun sentir de los Santos Padres, la alianza perpetua é indisoluble de Dios con la Iglesia. Hé aquí una corta muestra de este epitalámio divino, que bajo una tierna sencillez de ardorosos afectos en dos corazones que se aman, encierra misterios sublimes del mundo espiritual, cuya belleza aparecia ya sin velo á los ojos proféticos del sabio coronado.

SULAMITIS.

¡ Oh, si ya que mi rey me ha introducido
En su regia mansion, el deseado
Ósculo de sus labios confirmáran
Nuestra perpetua union! Apetecido
Mas que el vino es tu amor, mas regalado
Que el esquisito bálsamo. Con clara
Reputacion tu nombre glorioso,
Cual licor oloroso
Corre y por todas partes se derrama.
Por eso te aman tanto las doncellas:
Tráeme á mí con ellas,
Y en pos de tí tras del olor y fama
De tus altas virtudes correremos,
Y alegres gozaremos
De tu amable presencia;
Y de tu amor divino
Siempre repetiremos la escelencia,
Mas suave que el vino;
Que al que á tí no te ame
Ni justo puede ser, ni tal se llame.
Morena soy, es cierto, pero hermosa,
O hijas de Salem, como son bellas
Las tiendas de Cedár, los pabellones
De Salomon. Con vista desdeñosa
No motejando mi color doncellas,
Me mireis; porque en duras estaciones

Así mi tez el sol ha demudado.
Hánseme conjurado
De mi madre los hijos, y han querido
Que de guarda de viñas estuviera,
Y mi viña primera
Guardar como querria no he podido.
Mas dime tú á quien ama el alma mia,
¿A dónde al mediodía
Vas á tomar reposo?
¿A dónde tu ganado
Guiarás á gozar de pasto umbroso?
Porqué mal de mi grado,
Buscando tus amores,
No ande perdida en pos de otros pastores.

SALOMON.

Si lo ignoras, ó tú la mas hermosa
De las mugeres, sal y sigue luego
De los rebaños por la usada huella;
Y junto á la cabaña dó reposa
Vigilante pastor, allí sosiego
Seguro encontrarás para la bella
Manada de tus tiernos cabritillos,
Y pastos muy sencillos.
Con mi preciada yegua egipciana
Tengo yo comparada, amiga mia,
Tu gracia y gallardía,
Segun eres de airosa y de galana.
No añadirán belleza á tus mejillas
Dijes ni tortolillas.
Desnudo así tu cuello,
Mas que el abrillantado
Collar parece reluciente y bello.
Mas hacerte he mandado

Para mayor decoro
Gusanillos de plata en hilos de oro.

. . . .

¡Ay que hermosa, que hermosa, amiga mia
Eres tú! Son tus ojos de paloma,
Aunque mas los encubran los cabellos,
Que como delicada celosía
Pones delante tú; porque así asoma
Y centellea mas la luz en ellos.
Pues en negro luciente y en belleza
Tu poblada cabeza
Al rebaño de cabras, me parece
Que unidas van, asemejarse, cuando
Por Galaad trepando,
A lo lejos negrea y resplandece.
De tus dientes el brillo y la blancura
Semeja la hermosura
De una bella manada
De cándidas ovejas,
Que del baño muy junta y apiñada
Cortadas las guedejas,
Sube, con doble cria
Todas, sin haber solo una vacía.
Una cinta teñida de escarlata
Me parecen tus labios. ¡Que suave
Y que dulce es tu hablar! El grato y bello
Color de tus mejillas me arrebata
Y así parecen con modestia grave
De granada dos cascos, que él cabello
Encubre de la vista, cuidadoso.
Tu cuello es mas hermoso
Que de David la torre celebrada,
Que fabricó con fuertes baluartes,
Y está por todas partes

De armaduras sin cuento rodeada,
Y millares de escudos de guerreros.
Dos chotillos ligeros
Que de una madre nacen,
Tus dos apareados
Pechos parecen, que entre lirios pacen.
De mirra á los collados
Y de incienso me iria,
Mientras crece la sombra y mengua el dia.
Toda tú, amiga mia, eres hermosa,
No hay en tí mancha alguna.
Ven del Líbano pronto, ven te ruego,
Ven del Líbano ya, mi dulce esposa,
Á coronarte; y mira la fortuna
Con que reina y señora serás luego
De Amaná, Hermon, Sanir, á dó se anida
El leon, é intimida
El leopardo con su vista fiera,
Y á tí respetarán. Tú me has herido
El pecho, tú has sabido
Con una de tu hermosa cabellera
Trenza no mas, con uno de tus ojos
A tan dulces enojos
Rendirlo. Ay! tus amores,
Hermana, esposa mia,
Que suavidad de vino! que sabores
De nectar y ambrosía!
Y en el olor que exhalan
Tus ungüentos, ¿ que aromas les igualan ?
Panal que se derrama delicado
Son, esposa, tus labios: en tu lengua
La leche tienen y la miel su asiento.
De tu ropa el olor al celebrado
Incienso comparar seria mengua

Huerto cerrado, en plantas opulento,
Huerto cerrado, hermana mia, esposa,
Fuente dulce y sabrosa,
Y sellada eres tú, cuya corriente,
Cerca el granado y el feraz manzano,
El ciprés, el lozano
Nardo, el zafran, el nardo floreciente,
La casia, el cinamomo, y cuanto cria
De rica especería
Y preciosos ungüentos,
De aloe y mirra pura
El Líbano en altísimos asientos.
Fuente tersa y segura
De huertos, raudal vivo
Que del Líbano corre siempre activo.
  Huye á otras partes, aquilon furioso.
Y tú, ven, amoroso
Austro, ven sin estruendo,
Y en rosas y claveles
Tus alas aromáticas batiendo,
Orea, como sueles,
Mi huerto y de sus flores
Blando y templado esparce los olores.
. . . .

SULAMITIS.

  Mal yo al sueño rendida
Mi corazon en vela y sin sosiego,
La voz oiga sonar, con que me llama
El que tanto me ama:
« Abreme hermana, amiga,
« Paloma inmaculada,
« Y templa de esta noche la fatiga;
« Pues tengo ya empapada

« Con gotas de rocío
« Mi cabeza , y estoy espuesto al frio. »
De mi túnica ya me he despojado ,
Decia yo. ¿Cómo vestirme ahora ?
¿ Cómo y porque otra vez empolvaria
Mis piés , despues de habérmelos lavado?
Pero en esto mi amante , en tal deshora
Con su mano la puerta abrir queria
Por defuera ; y mi pecho enardecido ,
No bien hube sentido
De su mano el tocar , que de repente
Con ánimo resuelto me levanto ,
De abrir al que amo tanto.
De la mirra mas pura y escelente ,
Que por entre mis dedos goteára ,
Las manos me llenara :
Tal es , ni mas ni menos , mi querido
Este , de Salem hijas , mi constante
Amigo.

COMPAÑERAS.

¿Ese tu amante
A donde estar pudiera ?
Dí tú , de las mugeres
La mas bella; ¿por dónde se partiera
Ese que tanto quieres ?
Todas contigo iremos
Y todas á la par lo buscaremos.
. . . . (1)

La sabiduría y prematura discrecion del jóven monarca de Israël se hizo ya admirar desde el principio de su reinado. Nadie ignora aquel rasgo de rara prudencia con que inauguró su administracion de justicia en aquel célebre juicio que han consignado juntamente la his-

toria y la tradicion. Dos mugeres se presentaron en su tribunal, reclamando una y otra un mismo infante, del cual se decian madres. El jóven rey mandó traer un cuchillo y ordenó que fuese dividido en dos partes el objeto de la disputa, á fin de que cada una de las dos contendientes pudiese llevar consigo una mitad. Conmovida y llena de horror la verdadera madre consintió en desistir de su demanda, con tal que se dejase en vida á su hijo, mientras que por el contrario, la otra muger queria que se llevase á ejecucion la sentencia. Dijo entónces Salomon: «No se mate el niño: dadlo á la primera muger, pues ella es su madre.» Y todo Israël, al oir este acto de tan inteligente justicia, quedó penetrado de temor y de respeto.

Así en las conversaciones que tuvo la reina con Salomon, la ilustre extrangera no sabia como admirar la extension de talento y la exquisita sagacidad que desplegaba aquel príncipe. Dotado sin duda de un genio grande y feliz, que encontraba aun en la luz sobrenatural un principio de elevacion y de desarrollo, habia hecho florecer en él todos aquellos dones por una reflexiva experiencia y por la virtud, que constituyen la cultura del alma. Ningun lunar habia aun mancillado su gloria: la sabiduría rebosaba de sus labios como un rio caudaloso, y brillaba en su conducta como un diamante engastado en oro: y de todas cuantas riquezas prodigaba su generosa hospitalidad, las mas preciosas eran sus palabras y sus ejemplos.

Visitó la Reina los palacios y el templo que Salomon habia hecho construir. Acababa de llenarse en Jerusalen el valle de Mello con el fin de juntar la ciudad baja con el monte de Sion, y sobre este nuevo terreno se levantaban dos mansiones reales de rica y elegante arquitectura: los grandes cedros del Líbano, cortados en columnas adornaban las galerías interiores, y los techos eran de madera de cedro. El oro esparcido profusamente para los ornatos de las paredes, una multitud de oficiales magníficamente vestidos, un servicio ejecutado con tanto órden como suntuosidad, todo aumentaba la esplendidez de aquellas moradas regias. Pero todas estas maravillas se veian aun superadas por la grandeza imponente y las riquezas del templo construido por Salomon. Muchos millares de operarios habian trabajo en

él por espacio de siete años: las tablas interiores de las paredes estaban cubiertas de madera de cedro y ornadas de ricas esculturas, trabajo primoroso del arte. Cubrian todas estas molduras láminas de oro que tomaban su forma, y hasta el pavimento del templo habia desaparecido bajo las planchas de oro! de oro eran tambien los vasos destinados á las ceremonias del culto, así como las fuentes, las copas y los incensarios, que eran en número prodigioso. Ya hemos dicho los miles de millones que se consagraron á la construccion y al ornato de aquel soberbio edificio. Los historiadores latinos han hablado ya de la infinita opulencia del templo que fué incendiado y abrasado por Tito, por lo cual los Judíos que lo habian visto edificar, al regreso de la cautividad de Babilonia, derramaban amargas lágrimas acordándose de las grandezas del antiguo templo para siempre desvanecidas.

Todos estos monumentos de la actividad, de la sabiduría y del poder de Salomon dejaban á la reina en una muda admiracion, y como fuera de sí misma. Porque su reino carecia sin duda de hombres capaces de ejecutar semejantes obras, aunque estuviesen provistos con abundancia de todos los materiales necesarios. A la verdad, no tenemos dato alguno cierto y preciso acerca el estado de las artes en la Arabia en aquellos remotos siglos. Con todo, la vida pastoral y las habitudes nómadas de sus habitantes hacen presumir con razon que ni aun pensaban entónces en merecer la reputacion que mas tarde adquirieron con la rica y preciosa arquitectura de la Alhambra y de la catedral de Córdoba. Y lo que confirma mas esta opinion es que el país no presenta ninguna de aquellas ilustres ruinas que se encuentran á las orillas del Nilo y en los campos de la Syria, y que debemos referir, como las de Memfis, de Balbech y de Palmira, á contemporáneos de Salomon, y aun quizás á generaciones anteriores.

Admirada y transportada la reina de Sabá, dijo á Salomon: « Lo que desde mi país oí contar de vuestras virtudes y de vuestra sabiduría, es una verdad: no he dado crédito á los que me lo contaban, hasta tanto que yo misma he venido, y he visto por mis propios ojos y he conocido que ni aun la mitad me habian dicho de lo que es realmente. ¡Felices los que están con vos! dichosos los que os sirven, que

gozan siempre de vuestra presencia, beben sin cesar de la sabiduría que mana de vuestra boca! » Y es en efecto un gozo y una felicidad para el hombre el escuchar las lecciones de la sabiduría, así como es un honor y un deber suyo el aprovecharse de ellas. El conocimiento exacto y la justa apreciacion de las cosas elevan y ennoblecen el espíritu, depuran y fortifican el corazon: el alma humana se dilata toda y salta de gozo á la vista de la verdad, así como el ojo se recrea en un rayo de luz, como el cuerpo se refocila y vivifica cuando respira y se mueve en las puras ondas de una admósfera suave.

El placer de una íntima conviccion inspira valor y se manifiesta en actos generosos, en tanto que las convicciones falsas, mezquinas ó vacilantes solo pueden producir la debilidad y el oprobio. Porque, si la voluntad se desvia y sucumbe, aun cuando se le recuerda sin cesar el pensamiento de sus deberes, para guiarla y sostenerla en sus caminos: ¿será posible que resista cuando el sentimiento del placer no se verá combatido ni amortiguado en ella por ninguna reclamacion de la inteligencia, ni por fuerza alguna de doctrina? Y así, ¿cuánta no es la gloria de un sabio que mantiene ó conduce á la multitud de sus hermanos en las vias de la verdad y de la virtud por medio de buenos consejos y de saludables documentos? Entonces puede llamarse con toda justicia el consolador del afligido, el ojo del ciego, el sosten del flaco. Transformado en luz y en amor, cae su palabra como una lluvia de fuego que penetra las almas y disipa las tinieblas que estas se habian creado, y reanima el cadáver de un corazon pervertido. Mas fuerte que los conquistadores, cuyos vestigios serán al fin borrados de la faz de la tierra, dobla al pasar bajo su ardiente poder voluntades libres que se le someten, y les imprime, convirtiéndolas al bien, una marca de su victoria que la eternidad respetará. No, nada hay mas grande en el universo que la bella palabra de la sabiduría: pero por la misma razon nada hay mas criminal y desastroso que la palabra de la impostura y de la mentira, esa palabra que derramada por tantos oráculos del error hace fluir donde quiera el veneno de la duda en los entendimientos y de la corrupcion en los corazones; esa palabra de muerte, que se multiplica por mil órganos distintos para lle-

var en el fondo de las infelices almas la nada y la desesperacion!

Y añadió la reina: « Bendito sea vuestro Señor Dios, que os ha amado, y puesto sobre el trono de Israël! porque él ama tambien á este pueblo, y os ha constituido su rey para que le governeis con equidad y obreis en él la justicia. » Y no hay duda que la eleccion de los que han de gobernar las sociedades es de las mas graves consecuencias. Colocados en las fuentes de la vida pública, pueden alterarla, ó hacerla correr límpida y pura: las leyes emanan de su autoridad: sus costumbres ejercen un dominio sobre las costumbres nacionales: su equidad prepara y asegura la paz y el triunfo de los intereses generales y particulares, así como su injusticia atrae y provoca las quejas y las revueltas con todas las calamidades que son consiguientes. Y por esta razon cuanto mas es el encumbramiento y el poder, mayor deberia ser la sabiduría y el propio desprendimiento.

Se cree que la Reina de Sabá permaneció algunos meses en Jerusalen. Antes de partir, empero, ofreció á Salomon, en retribucion de la hospitalidad que habia recibido, una considerable cantidad de oro, perfumes y piedras preciosas. Por otra parte la flota israelita que volvia de Ofir al mismo tiempo, trajo maderas raras y odoríferas y pedrería. Además, el comercio con los pueblos extrangeros habia procurado al rey ricas estofas, caballos de gallardo talle, y una multitud de objetos exquisitos y curiosos. Pudo pues mostrarse magnífico á su vez; y en efecto á mas de lo que él creyó que la princesa árabe admitiria con gusto, le dió todo cuanto ella manifestó deseos de poseer. Así que, Salomon hizo presentes superiores á los que habia recibido, pues aunque los pechos nobles no miran como una carga el reconocimiento, con todo, sienten mas placer en dar que en recibir.

En estas relaciones de mútua benevolencia que unia á sus soberanos, tanto los Judíos como los Árabes hubieran podido ver una muestra de su parentesco, y un nuevo lazo que estrechaba mas la amistad entre ambos pueblos. Porque casi todos los Árabes vienen de Abraham por Agar y Céthura, esposas de segundo órden, así como los Judíos descienden de aquel patriarca por Sara, madre de Isaac. Y no deja de

ser tan admirable como cierto que los destinos de los dos pueblos se han ido desarrollando y se mantienen aun bajo condiciones análogas, y que ningun otro pueblo presenta: parece que una señal distintiva é indeleble haya diferenciado toda la posteridad de Abraham de los demás pueblos de la tierra. No hay sociedad política que pueda consignar su genealogía de un modo tan preciso ni hacer remontar su origen á mas alta ilustre antigüedad que los Judíos y los Árabes. Egipcios, Griegos, Romanos, todas estas gloriosas razas se han mezclado y confundido con razas bárbaras, venidas de los cuatro vientos del cielo, y todas juntas obedecen en el dia á leyes que aquellos no han hecho, á costumbres nuevas, á un nuevo espíritu de civilizacion. Pero los Árabes, y sobre todo los Judíos son ahora lo que eran tres ó cuatro mil años hace: los unos dispersos sobre toda la superficie del mundo y los otros, fijos bajo su cielo sin nubes y sobre su suelo sin agua, permanecen fieles á las leyes, á las costumbres, al espíritu de sus abuelos. Hijo del creyente Abraham el Judío aguarda aun el Mesías; los preceptos del Sinaï forman su código; lee la Biblia sentado á las orillas de todos los rios del universo, como la leia en otro tiempo sentado á las riberas del Eufrates, y á cada versículo que anuncia el porvenir, vuelve como entónces, hácia Sion miradas tristes pero no sin esperanza. Hijo del patriarca y pastor Abraham el Árabe se hace un vestido de lana de sus ovejas, y una tienda de piel de sus cabras; vive de dátiles, de sandías, y de leche de camello; su vida recuerda en esta parte la infancia del mundo y la rudeza de las primitivas costumbres; y hasta su religion, en lo que tiene de verdadero, no es mas que un resto de la Biblia desfigurado por una mezcla de idolatría ismaelita.

Posteriormente á la visita de la Reina de Sabá, Salomon, infiel á su gloria, cayó en la corrupcion de la idolatría. Su corazon se ablandó por la molicie en el seno de la abundancia, este escollo tristemente famoso por el naufragio de tantas virtudes ilustres: su espíritu, juguete de la contradiccion, hizo traicion á las máximas de sabiduría que habia profesado, como un hijo de familia que sepultase el esplendor de su nombre debajo la oscuridad de goces viles y abominables. ¡Triste y ejemplar monumento de la imperfeccion de las cria-

turas, y de su natural inconstancia! El bien en nuestras almas es poco mas que un fuego ligero al cual todo amenaza sofocar y si se logra salvarlo de los soplos enemigos, es á fuerza de atencion y de valor. Aun hay mas: una vez se ha dejado extinguir, ¿quién podrá, ó mas bien, quien querrá volver á darle vida? Ved al mas sabio de los reyes, al mas poderoso entre los sabios, al hombre que desde la altura de una felicidad tal vez única sobre la tierra, casi no podia tener deseos porque podia satisfacerlos todos. Ved á esa inteligencia coronada con toda la gloria del pensamiento, oráculo admirado de las demas inteligencias, á quien Dios dió tambien un cetro para gobernar á los espíritus, mas bello que el de oro con que regia á sus pueblos; ved al hombre que habia pesado en la alta balanza de su juicio la nada de las cosas humanas, y sabia hollar el polvo de sus placeres, al amigo de Dios, al escogido entre todos los hombres de su tiempo, al hijo de David, al mimado del cielo y de la tierra, como dejó volcar su corazon y oscurecer su pensamiento con el ciego amor de mugeres extrañas, especie de nube de insectos que llegaron á enturbiar el sol brillante de su inteligencia. No fué pues la pasion por una muger, esa pasion desastrosa á que se hallan expuestas tambien las almas grandes, la que derribó la encumbrada virtud del monarca sabio, como habia derribado la de su padre. David vaciló un momento, y cayó porque se olvidó de Dios: una belleza sola usurpó aquel noble alvedrío á su Criador: precipitóle á nuevos abismos, pero luego que la voz del profeta pudo decirle de parte de Dios: tú has robado una oveja, de que no necesitabas, ved al hombre reconocido y humillado, confuso y lleno de lágrimas, buscar en el mar inmenso de la misericordia divina un punto de esperanza y de salvacion. Pero el hijo de Bethsabé no cede á la impresion de una muger sola, sino que le vemos hundir, sin saber cómo, en un abismo repugnante de sensualidad y de deleites: entregado á una escandalosa poligamia, atado á la vez con las cadenas de todas las pasiones, despéñase con asombrosa rapidez en la carrera del crímen, y dominado por una molicie sin límites, se ve luego de entregado su corazon á las criaturas, tan lejos de Dios, que le desconoce enteramente: y aque-

llas manos mismas que tan generosamente derramaron los tesoros del Oriente para levantar á Dios el templo mas rico que ha tenido sobre la tierra, arrojan ahora sobre aras inmundas el vil incienso á dioses agenos, arrastrado allí el monarca vergonzosamente por las diosas cien veces mas infames de su corazon. Llegó á tener, dicen las sagradas letras, setecientas mugeres en calidad de reinas, y trescientas mugeres secundarias. ¡Que mucho que pervirtieran su alma y la empaparan de corrupcion! ¡Qué mucho que ciego por las moabitas y ammonitas, idumeas, sidonias y heteas, diese culto á Astarthe, diosa de los Sidonios, y á Moloc ídolo de los ammonitas, y erigiese un templo á Camos, ídolo de Moab, y otro á Moloc! Mezclado con aquella turba desenfrenada é idólatra, triste juguete de sus caprichos y de sus crímenes, arrastrado por el fango de su asquerosa miseria, depuesta, perdida, hollada su dignidad primera, de rey de la inteligencia y del poder convertido en esclavo vil de los sentidos, apenas basta el recuerdo de lo que fué para distinguirle del mas abyecto de los hombres. En vano le habla por dos veces el Dios de Israël, en vano le increpa por su detestable apostasía. Dios sin embargo se muestra grande en su clemencia, y parece que solo le deja por castigo su propia obcecacion. ¿Pero puede darse castigo mas terrible que cuando abandona Dios á su réproba criatura? Dijo pues el Señor á Salomon: «Ya que así te has burlado de mis preceptos, rasgaré y dividiré tu reino: y lo daré á un siervo tuyo: Mas no lo haré durante tu vida, por amor de David tu padre, sino cuando esté en poder de tu hijo, al cual no dejaré sino una tribu por amor de David mi siervo, y de Jerusalen mi ciudad escogida.» Dejó pues Dios gobernar á Salomon en los cuarenta años de su reinado sobre todo Israël; pero ya en vida suya empezó á suscitarle enemigos que despues de su muerte habian de despedazar el reino de su hijo. Abad Idumeo, de sangre real, que habitaba en Edom y que, escapado del degüello mandado por Joab, casó con una hermana de la reina Tafnes, esposa de Faraon: Razon, hijo de Eliada que llegó á ser rey de Damasco: Jeroboam, hijo de Nabath, efrateo, de Sareda, criado de Salomon, y á quien éste habia dado la superintendencia de los tributos de toda la casa de Josef, eran otros tantos rivales, que iban

creciendo en poder, é influencia, y prepararon ya en los últimos años de Salomon la division que debia sufrir el reino despues de su fallecimiento, y la separacion de las diez tribus que debia verificarse luego de sentado Roboam en el trono de Israël. ¿Cómo pues á esta doble intimacion de Dios no se rindió el corazon del obstinado monarca? (2) ¿Cómo no purificó, cual David, con los raudales de sus ojos y con el dolor de sus entrañas los culpables extravíos y la cruda ingratitud de su escandalosa caida? Lo cierto es que los últimos sentimientos de Salomon han quedado en problema: no tenemos el consuelo de saber si este astro eclipsado volvió á recobrar su resplandor antes de hundirse en el ocaso de la tumba: ignórase si selló sus errores y extravíos con la impenitencia y la desesperacion, ó bien buscó su perdon en la inmensidad de la clemencia divina.

Nada nos dice la historia de lo que fué de la reina de Sabá despues de su viaje á Jerusalen. Todo induce á creer que siguió ella las lecciones de sabiduría con mayor constancia que el real preceptor de quien las habia tomado; porque ha sido celebrada por los Padres de la Iglesia como una santa muger y una escogida de Dios, como habiendo corregido el paganismo de su orígen por la sinceridad de su fé: y, lo que sobrepuja á todo elogio humano, su nombre fué pronunciado con honor por la Sabiduría encarnada, la cual se dignó proponerla al mundo como un ejemplo de lo que se debe y una prueba de lo que se puede, cuando se trata de conocer la verdad y de practicar la virtud. «La reina del mediodía se levantará á juicio contra los hombres de esta nacion y los condenará, dice el Señor, porque ella vino de las extremidades del mundo para oir la sabiduría de Salomon.» Esta princesa de Oriente viene á ser en cierto modo la precursora de aquellos santos Árabes, los cuales inspirados por Dios que les hablaba por medio de un astro, vinieron desde lejos á deponer sus tesoros y sus coronas á los piés del mejor Salomon, de aquel Niño Dios, que encerraba en su humilde cuna toda la sabiduría del Padre, y toda la virtud de los cielos.

El bello asunto de la Reina de Sabá viniendo con toda su magnificencia á visitar á Salomon, ha ejercitado el genio y el pincel de los

mas hábiles maestros. Rafael le ha pintado en una de las salas del Vaticano, y aun hizo de ello otra composicion conocida únicamente por el célebre grabado de Marco Antonio. La belleza de la distribucion, la elegancia de las figuras, el carácter magnífico de las testas hacen á estas dos obras dignas de la reputacion de su autor. Además, casi todas las escuelas han contribuido en este asunto con su contingente de gloria: puede citarse tambien de la escuela italiana el cuadro de Dominiquino, de la escuela alemana el de Holbein, de la escuela flamenca el de Gerardo de Lairesse, de la escuela francesa el admirable cuadro de Eustaquio Lesueur, que se halla en Inglaterra.

Notas.

(1) El *Cantar de los cantares*, llamado así por los Hebreos para espresar su exelencia, dice el Illmo. Torres Amat en su advertencia á la traduccion de este libro, se atribuye á Salomon, cuyo nombre lleva en el testo hebreo y en la antigua version griega. La Escritura dice que Salomon compuso muchos cantares, así como lo dice tambien de David, y el nombre de Salomon se encuentra en muchos pasages del libro de los *Cánticos ó Cantares*, de que tratamos. La Iglesia en el oficio eclesiástico le cita en número plural *Cantica Canticorum*, tal vez para denotar que es un conjunto de siete cantares, que á manera de diálagos poéticos se cantaban en los siete dias de las bodas. Cada uno de estos cantares incluye su accion ó suceso propio, aunque todos forman un mismo epitalamio en la letra, unos mismos misterios en el sentido espiritual.

Al examinar algunos con la sola luz natural el sentido literal ó gramatical de este libro, le han creido puramente profano, y hecho únicamente por Salomon para celebrar sus amores con la hija del rey Faraon, la mas querida de sus esposas. Tal fué el sentir del herege Teodoro de Mopsuesta en el siglo IV, que han abrazado los anabaptistas y algunos impíos de los últimos siglos.

«El sabio y piadoso Sr. Obispo Bossuet, y otros expositores dicen que este libro es un *epitalamio*, esto es, un poema que se hizo para ser cantado en los siete dias que duraba entre los judíos la celebracion de las bodas, como vemos en la Escritura que duraron las de Jacob, de Sanson, de Tobías, etc. En estos siete dias los novios estaban acompañados de dia y de noche, de cierto número de jóvenes de su sexo y edad, que se les destinaban para su obsequio, y se llamaban amigos del *esposo*; de que se hace mencion repetidas veces en las Escrituras. Durante estos dias los recien desposados no se veian sino raras veces, y con mucha ceremo-

nia. Y estas vistas de Salomon con su esposa en los siete primeros dias, ó siete noches de las bodas, bajo diferentes formas ó representaciones, hacen el objeto histórico de estos ocho capítulos ó cantares; cuya distribucion en siete diálogos ó entrevistas de los esposos explica el citado señor Bossuet.

Algunos protestantes, y sobre todo un famoso incrédulo del siglo pasado, han traducido tan maliciosamente este libro, como si hubiesen querido alarmar á todo lector honesto y piadoso, llamando siempre su atencion á aquellas expresiones que á primera vista pueden parecer á algun lector vicioso algo licenciosas ó indecentes; sin hacerle observar que no lo parecian en aquellos remotos tiempos, y en pueblos de tan diversas costumbres como son aun ahora mismo los del Oriente. Pero un crítico muy hábil en las lenguas orientales, el sabio Micaelis en sus *notas sobre Lowth*, prueba casi con evidencia, que el objeto del Cántico de Salomon no es el pintar el amor licencioso de dos personas libres, ni aun el de dos jóvenes esposos en el tiempo de sus bodas, sino el casto amor de dos esposos unidos ya de mucho tiempo con el vínculo del matrimonio. A la verdad no parece conforme esta última idea con nuestras costumbres; pero es muy análoga á las de los orientales, entre los cuales las mugeres de distincion, casi siempre encerradas, no ven todas las veces que ellas quieren á sus maridos, ni tienen comunicacion alguna con los demás hombres; y por otra parte están sujetas á todas las pasiones que inspiran el ardoroso clima, el mismo encierro ó reclusion en que viven, y la poligamia, que es comun en aquellos paises.

Observa dicho crítico que esta falta de sociedad ó trato social entre los dos sexos, es causa de que los hombres acostumbren á expresarse con mas libertad en las conversaciones que tienen ya entre ellos, ya con sus mismas esposas; y que las esposas no crean que ofende el pudor la viveza de sus expresiones amorosas para con sus maridos: libertad de hablar, ó licencia, que no hace allí mas impresion que la casi total desnudez de los dos sexos, tan comun en aquellos climas ardientes. Y de todo esto infiere cuan injustamente (aun mirado esto sin la luz de la fé) han querido algunos presentar como escandalosas ciertas expresiones de este libro, y otras semejantes del profeta Ezequiel, y de varios libros sagrados; y se vé tambien la temeridad ó indiscrecion de algunos traductores de la Escritura en conservar ciertas metáforas ó modismos y locuciones de los Hebreos en las modernas lenguas de los pueblos, cuyas costumbres y usos son tan diferentes de las de los antiguos Orientales. Entre éstos ha habido siempre poetas, que han tratado las sublimes materias de la religion ó la teología afectiva ó mística bajo el velo de la alegoría, y en un estilo que pareceria el de un grosero libertinage en otras naciones ó climas.

Los doctores de los Judíos y los Santos Padres de la Iglesia han mirado, pues, con mucha razon este libro de los *Cantares* como un poema alegórico, y no como una obra profana. Los primeros, bajo la imagen de una perfecta union conyugal, han visto la alianza de Dios con

la Sinagoga. Ezequiel y otros profetas representaron esta union del mismo modo; y este es el sentido que ha seguido la paráfrasis caldaica. Los Padres de la Iglesia han descubierto con mayor fundamento la alianza perpetua é indisoluble de Dios con la Iglesia; la cual en muchos pasages del Nuevo Testamento se llama esposa de Jesucristo: y este mismo Señor nos representó el establecimiento de ella bajo la figura de unas bodas. Solamente entendidos los *Cantares* de Salomon en este sentido, usa la Iglesia de ellos en el oficio divino, y aun esto con todas las precauciones necesarias; y de aquí es que sus ministros y los fieles cristianos, acostumbrados á no ver en este libro sagrado sino un sentido espiritual y alegórico, están bien libres de toda idea profana, contraria á la pureza y á la piedad.

Son muy débiles las objeciones que se han hecho contra la divinidad de este libro. Dícese que no se halla citado en el Nuevo Testamento, ni se halla en él el nombre de Dios. Pero otros libros hay del Viejo Testamento que tampoco se hallan citados en el Nuevo; y si el nombre de Dios no se lee expresamente, es porque todo su objeto es el mismo Dios. Por lo mismo que no debe leerse este libro con ideas profanas tampoco deben reprenderse aquellos que se forman una leccion de piedad en cada capítulo de este libro. No nos le ha dado Dios para aumentar conocimientos de mera curiosidad, sino para exitarnos á la virtud. Así es como San Pablo nos dice que hemos de mirar las sagradas Escrituras. *Toda escritura divinamente inspirada* (nos dice) *es propia para enseñar, para convencer, para corregir, para dirigir en la justicia ó virtud, para que el hombre de Dios sea perfecto, y esté apercibido para toda obra buena.* (II, Timoth. III. v. 16.). De poco nos serviria el Cántico de Salomon, si nos ciñésemos al sentido que parece mas literal. Debemos pues tener siempre presente que la mística y espiritual union de Jesucristo con su Iglesia, y con las almas que están unidas con él, no como quiera, sino con los mas estrechos lazos de una viva, perfecta y encendida caridad, son el objeto de este divino Cantar; y por esto cuanto las almas están mas íntimamente unidas con su Dios, y de consiguiente mas separadas de todo lo carnal y terreno, tanto mas gustan y se aprovechan de la lectura de este libro, hallando en él dulzuras y como lecciones inefables.

Pero en cuanto el sentido literal, es siempre muy difícil su inteligencia. Porque primeramente, como observa el Maestro Fr. Luís de Leon en su prólogo á este libro, se halla muy grande dificultad en todas aquellas escrituras, «donde se explican algunas grandes pasiones ó «afectos, mayormente de amor, que «al parecer van las razones cortadas «y desconcertadas; aunque á la verdad, entendido una vez el hilo de «la pasion que mueven, responden «maravillosamente á los afectos que «esplican, los cuales nacen unos «de otros por natural concierto. Y la «causa de parecer así cortadas es «que en el ánimo enseñoreado de «alguna vehemente pasion, no al«canza la lengua al corazon, ni se «puede decir tanto como se siente; «y aun eso que se puede, no se di«ce todo, sino por partes y cortada-

« mente: una vez el principio de la « razon, otra el fin sin el principio: « que así como el que ama siente « mucho lo que dice, así le parece « que en apuntándolo él está por los « demas entendido; y la pasion con « su fuerza, y con increible preste- « za le arrebata la lengua y corazon « de un afecto á otro. Y de aquí na- « ce que son sus razones cortadas « entre sí porque responden al mo- « vimiento que hace la pasion en el « ánimo del que las dice, la cual, « quien no siente, no vé, juzga mal « de ella; como juzgaria por cosa de « desvarío y de mal seso los meneos « de los que bailan el que viéndolos « de léjos no percibiese el sonido del « instrumento á quien siguen, lo cual « es mucho de advertir en este libro, « y en todos los semejantes. »

« Lo segundo que pone obscuri- « dad (prosigue el citado Maestro « Leon) es ser la lengua hebrea, en « que se escribió, de su propiedad « y condicion lengua de pocas pala- « bras y de cortas razones, y esas « llenas de diversidad de sentidos; y « juntamente con esto, por ser el « estilo y juicio de las cosas en aquel « tiempo y en aquella gente, tan « diferente de lo que se practica ahora. « De donde nace parecernos nuevas « y extrañas y fuera de todo buen « primor las comparaciones de que « usa este libro, cuando el esposo ó « la esposa quieren mas loar la belle- « za del otro: como cuando se com- « para el cuello á una torre y los « dientes á un rebaño de ovejas, y « así otras semejantes: como á la ver- « dad cada lengua y cada gente tenga « sus propiedades de hablar, donde « la costumbre usada y recibida hace « que sea primor y gentileza lo que « en otra lengua y otras gentes pare- « ceria y seria muy tosco. Y así es de « creer que todo esto, que ahora por su « novedad y por ser ageno de nuestro « uso nos desagrada, era todo el bien « hablar y toda la cortesía de aquel « tiempo y entre aquella gente. Por- « que claro es que Salomon era no « solamente muy sabio, sino rey, é « hijo de rey; y que cuando no al- « canzara por letras y por doctrina, « por crianza sola y por el trato solo « de su corte y casa supiera hablar su « lengua mejor y mas cortesanamen- « te que otro ninguno. » Hasta aquí el sabio Maestro Leon: con cuyas oportunas advertencias y el espíritu de sólida é ilustrada piedad con que debe leerse este divino libro, podrán sacar mucho fruto de su lectura las almas que, abrasadas en amor divino, se acerquen á beber las aguas puras de esta cristalina fuente, á la que no pueden ni deben aplicar sus impuros labios los que, sumidos en el cieno de sus pasiones, no piensan ni siguen otra cosa que la inmundicia de las obras de la carne.

(2) La primera aparicion de Dios que tuvo el rey fué en Gabaon al principio de su reinado, y la segunda en Jerusalen, luego que acabó la fábrica del templo y la de su palacio. En esta segunda aparicion le habia Dios prohibido con terribles amenazas adorar las divinidades extrangeras. Y mucho tiempo antes habia dicho Dios á los hijos de Israël: « No tomareis las mugeres de las otras naciones ni ellas tomarán las vuestras, porque de seguro trastornarian vuestro corazon paraque adoreis sus dioses. " De este modo la razon, la autoridad divina, la consideracion de tantos beneficios recibidos y prometidos, el temor de las amenazas de Dios, el ejemplo de David su padre,

todo conspiraba á hacer á este príncipe atento y fiel á la observancia de este primer mandamiento: *Adorar á Dios, y no adorar á otro que á él.* Pero nada bastó para que dejase de abandonarse á una pasion tan multiplicada como infame, que contaminó su corazon para apostatar de su Dios contra las luces de su conciencia, y adorar los dobles ídolos de sus mugeres y de los dioses de ellas. Primero se hizo idólatra de las extrangeras, antes de adorar á los númenes que éstas adoraban. Ved ahí pues como la idolatría del placer es la que abre la puerta á las demás idolatrías. Así sucedió en el tiempo de Salomon, y así sucede en el nuestro; y lo mismo entonces que ahora, no basta que la verdad se presente al espíritu con todas sus luces, si el corazon no se rinde dócil y humilde á la accion de la gracia divina que solo se insinua en las almas rectas y sencillas, y que aun de las inteligencias mas encumbradas exige siempre la humildad y el rendimiento del corazon.





JEZABEL.

. . . . El Señor se levanta
Y amenaza con voz atronadora,
La amenaza es de muerte,
Y en un sueño sombrío
Vuestra audacia convierte.

(J. B. *Rousseau* Odas).

Despues de la muerte de Salomon, hácia el año del mundo 3030, las doce tribus, hasta entonces reunidas en una sola república, y despues en una sola monarquía, se partieron en dos estados, algunas veces juntas por las circunstancias, pero habitualmente divididas en intereses y en religion. El reino de Judá, que solo comprendia la tribu de este nombre y la de Benjamin, quedó por lo comun fiel á la antigua creencia, y sus príncipes habitaban en Jerusalen. El reino de Israël se formó de las diez tribus restantes y tuvo por capital á Siquem y despues á Samaria: en él estuvo casi siempre en vigor el culto de los

falsos dioses, establecido y mantenido por la política, que suele sacrificar á los intereses, no siempre bien entendidos, los intereses mas importantes y sagrados de los pueblos, y hasta la misma religion. La política partia ya en aquellos tiempos y suele partir casi siempre de un principio, de que no hay para los pueblos otra felicidad que la de los goces materiales garantidos por la preponderancia sobre los demas pueblos y por la mayor suma posible de riquezas. Prescinde enteramente de intereses de otro órden; y muchas veces, aun cuando no se engaña completamente en sus proyectos, prefiere que el individuo haya podido amasar un poco mas de barro, que el hacerle feliz con la paz interior y con la seguridad de mas bellas y mas duraderas esperanzas. Durante un medio siglo algunos soldados de fortuna no hicieron mas que pasar sobre el trono. Amri, uno de ellos, logró sentarse en él con mayor solidez, y al morir dejó la corona á su hijo Acab.

Acab fué impío y cruel: arrastró al pueblo al altar de los falsos dioses con sus discursos, sus ejemplos y sus leyes. Puso el colmo á sus crímenes y á sus desgracias, tomando por esposa á Jezabel, hija de Ethbaal, rey de Tyro y de Sidon. Tyro y Sidon, metrópolis á colonias numerosas, reinas del antiguo comercio, muelles por la dulzura de un feliz clima, y por el encanto de las riquezas, no conocian mas religion que la del placer. Y hasta á causa de su voluptuosa idolatría pronunciaran contra ella los profetas maldiciones que se cumplen aun en el dia, Sour y Saïda yacen como dos cadáveres: algunos árabes reunen por la tarde rebaños de cabras al rededor de las casas arruinadas; algunos pescadores, con la ayuda de sus hijos, conducen hácia la orilla una pobre barca: ved ahí los sucesores de aquellos mercaderes ilustres, cuyo pavellon corria por todos los mares, desde la Propontide á la embocadura del Betis, y desde Peluso hasta las costas de la Gran-Bretaña (1).

Durante aquel tiempo Jezabel irritada, hizo buscar y dar la muerte á los verdaderos profetas, en odio de Elias y de la religion judía. Los profetas eran como los monges de aquella época: separados del mundo y distinguidos del pueblo por su modo de vestir y por su sis-

tema de vida, ocupábanse en el estudio, en la oracion y en trabajos manuales. Por el peso de sus virtudes equilibraban en la balanza de la justicia celeste las iniquidades de la nacion, pudiendo así conjurar las desgracias públicas: por medio de sus ejemplos y de sus discursos eran los representantes y los sostenedores de la religion, cuyos preceptos apoyaban, haciendo frente á la impiedad y á los desarreglos de los príncipes y de los pueblos. Ni era menester tanto para hacerles odiosos á la impura é idólatra Jezabel. Algunos pudieron sustraerse á su furor, protegidos por las circunstancias ó por hombres temerosos de Dios; pero muchos de ellos perecieron. El número de las víctimas no se sabe, pues la Escritura no entra en pormenores sobre aquella horrorosa matanza. Y es sabido que este asunto trágico inspiró una hermosa composicion á Martin de Vos, célebre pintor de la escuela flamenca en el siglo décimo sexto.

Tras la sequedad habia venido la carestía en el reino de Samaria: la yerba moria en el fondo de los valles y en torno de las fuentes agotadas y secas: la sed y el hambre atormentaban á los hombres y á los animales. Acab habia enviado á todas partes en busca de Elías para pedirle que enviase lluvias á la tierra agostada, y para matarle si se negaba á ello. Entónces dijo Dios á Elías: « Anda y preséntate á Acab, porque quiero enviar lluvias á la tierra. » Partió pues Elías á presentarse al rey, pues el hambre que tres años habia estaba afligiendo á todo el reino de Samaria, habia llegado ya á un extremo. Encontróle Abdias, intendente de la casa del rey, el cual de órden suya recorria la comarca para descubrir los recursos que esta podia aun ofrecer á sus desgraciados habitantes. Abdias era un hombre piadoso: habia librado á cien profetas de la atroz venganza de Jezabel, ocultándolos en cavernas en donde procuró que no les faltase el alimento: pero como conocia la crueldad de su señor, no se atrevió á informarle de la llegada del fugitivo, por mas que éste se lo prescribiese expresamente. Pero obedeció al fin á causa de la veneracion que tenia al profeta.

Salió pues Acab al encuentro de Elías, y luego de verle le dijo: « ¿Eres tú el que traes alborotado á Israël?» A lo que respondió Elías:

«Ninguna turbacion he causado á Israël, sino tú y la casa de tu padre, que habeis dejado al Señor para seguir á Baal.» Pidió despues al rey que reuniese en el monte Carmelo la nacion y los profetas de los falsos dioses, prometiendo sin duda que bajo esta condicion haria cesar la sequedad. Reuniéronse en efecto sobre una de las vertientes del Carmelo, que se hizo célebre por haber allí habitado Elías. Una cadena de montañas se extiende como un espeso manto de verdor entre el Jordan y el Mediterráneo, cuyo fondo atraviesan enormes peñascos y matizan pardas honduras: cortan esta línea inmensa variadas perspectivas, y le imprimen graciosas ondulaciones. Escogió Elías para su retiro esta parte del Carmelo que le termina por el Occidente, y se levanta como un pico sobre el nivel del mar. Amenos bosquecillos, valles frondosos y risueños, aguas puras y abundantes, la exquisita suavidad de los frutos, la blandura del aire y los encantadores aspectos de la naturaleza hacen de estos lugares una de las mas agardables situaciones de la Palestina.

Elías arrostró severamente á sus hermanos allí reunidos sus infidelidades hácia Dios: propuso despues que así ellos como los sacerdotes de Baal se sujetasen á una prueba decisiva á fin de que pudiese verse de qué parte se hallaba la religion verdadera. Por una y por otra parte debia inmolarse un buey y ponerle sobre un monton de leña, invocando despues los ministros de Baal el nombre de su ídolo, y Elías el nombre del Señor de Israël; y seria reconocido por verdadero Dios aquel que responderia á la invocacion de su nombre, haciendo descender fuego del cielo sobre la víctima. Y todo el pueblo aplaudió á una voz este proyecto. Los falsos profetas inmolan un buey, invocan desde la mañana hasta el mediodía el nombre de Baal, y se entregan á danzas insensatas saltando al rededor del altar. Pero el mudo Baal no respondia. Chanceándose Elías, se les acerca diciendo: «Gritad mas recio, porque ese dios quizás está conversando con alguno, ó en alguna posada, ó de viaje; tal vez está durmiendo, y así es menester dispertarle.» Gritaban pues ellos á grandes voces, y segun su rito extravagante, se hacian incisiones con cuchillos y lancetas, hasta cubrirse de sangre. Pero Baal se mostraba sordo á to-

dos los clamores. Entónces Elías, rodeado de todo el pueblo, erigió un altar, inmoló la víctima y la puso sobre la leña, é hizo llenar cuatro cántaros de agua, y verterla por tres veces por la reguera hecha á propósito en torno del altar, de suerte que quedó todo empapado de agua. Y siendo ya tiempo de ofrecer el holocausto, postróse el profeta delante del Señor y la atónita muchedumbre estaba atenta á sus palabras. ¡Que grande se presenta aquí Elías! ¿qué son todos los reyes de la tierra con su miserable poder, al lado de este escogido de Dios que invoca el poder del cielo para aterrar con un prodigio la impostura de los unos é ignorante oscilacion de los otros? «O Señor Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, exclama el profeta, muestra hoy que eres el Dios de Israël, y que yo soy tu servidor, y que obro todo esto por tu mandato. Escúchame, ó Señor, atiende á mi ruego para que sepa este pueblo que tú eres el Señor Dios, y que tú has convertido de nuevo sus corazones.» La fé verdadera pone por decirlo así en manos del hombre el poder de Dios. Si los santos dejó Dios que dominaran los elementos, fué porque tuvieron fé. El cielo y la tierra obedecen por órden de Dios á la voz del hombre de fé, que puede trasladar los montes de una parte á otra, en expresion del Apostol. Apenas Elías acaba de proferir estas palabras de fe, desciende fuego del cielo, y devora el holocausto, la leña, y las piedras que sostenian el ara y hasta el polvo, consumiendo el agua que habia en la reguera. A tal prodigio asombrado el pueblo, humilló su rostro hasta tocar con la tierra, y reconoció al Señor. De esta manera es como Dios prueba á todas las generaciones humanas la verdad de la religion. No las llama á discutir el fondo de las doctrinas, trabajo estéril, para el cual se hallan desiguales las fuerzas del espíritu y del cuerpo: llámalas sí á comprobar hechos, trabajo de observacion y para el cual basta el buen sentido comun. Si la religion no es para todos los hombres no es para ninguno; pero si la religion pertenece á todo el mundo, preciso es que todo el mundo pueda llegar á ella: ved ahí porque Dios ha trazado para conducir á ella un camino sencillo, tan fácil de ver como de seguir, el camino de los hechos. Pues es singularmente notable que las verdades que se imponen á la fé se presentan no como especulaciones

metafísicas y á título de teorías, sino sucesos sensibles y á título de hechos. Dios las ha dicho, se han escuchado de su boca y se repiten todos los dias. Los que las recibieron para anunciarlas al universo llevan por señales infalibles el sello de su mision divina: bajo sus manos la naturaleza doblaba la inflexibilidad de sus leyes: el mar huia delante de ellos, los astros obedecian sus mandatos: la muerte poco segura de su presa la restituia á voluntad de ellos mismos.

Cuando así hubo probado la divinidad de su mision, y de consiguiente la verdad de las doctrinas de las cuales era el apóstol, hizo prender á los falsos profetas como culpables delante de Dios y de la nacion, á quienes habian sido traidores, apoyando la idolatría. Fueron conducidos hasta las orillas del Cison, que pasa al pié del Carmelo antes de precipitarse al mar, y allí se les quitó la vida. No tuvo Acab el atrevimiento de defenderles, sin duda porque el pueblo estaba animado contra ellos, por haber sido testigo de su impostura. En seguida Elías predijo al rey una próxima lluvia, como que estuviese oyendo el ruido de su venida; y en efecto, poco tiempo despues, levantóse una nubecilla por la parte de occidente, se extendió, cubrió los cielos, y cayó una grande lluvia. Acab, á instancias del profeta, pudo llegar á Jezrahel, casa de recreo situada en un ameno valle, y cerca de doce leguas distante del punto en donde se habia tenido la entrevista.

No tardó en saber Jezabel por boca misma de su esposo los prodigios obrados por Elías y el castigo que se habia dado á los ministros de Baal. Los poderosos no sufren con paciencia que se haga descender á su conciencia la luz de la justicia y de la verdad, cuando la aborrecen. Momentos hay en que su orgullo entumecido, se levanta y se derrama, por decirlo así, en olas de venganza contra aquellos que osan recordar los derechos hollados de la verdad, y combatir por ella. Sobre todo, jamás se resiste impunemente á una muger que, siguiendo á ciegas los impulsos de su extraviada sensibilidad, detesta la virtud con todas las fuerzas que habia recibido para amarla. La reina, pues, envió á decir al taumaturgo estas palabras: «Trátenme los dioses con todo su rigor, si mañana á estas horas no te hiciere pagar con tu vida la que quitaste á cada uno de aquellos profetas.» Oido esto entró

Elías en temor, pues sabia lo que puede temerse del humor vengativo y de la fiereza herida de una muger tan propensa á vengarse como era Jezabel. En su aturdimiento, pues, huyó irresoluto y turbado el mismo á quien se habia visto tan lleno de seguridad y de valor delante de Acab. Porque siempre por alguna parte ha de traslucirse nuestra flaqueza original, aun en los grandes hombres y en los mismos santos; bien sea que les haga vacilar el peso de su ilustre destino, bien sea que Dios les abandone alguna vez á sus propias imperfecciones para darles un preservativo contra el orgullo, como aquellos magnánimos Romanos que ponian insultadores de oficio al lado del triunfador para recordarle que era hombre.

Llegó Elías hasta la extremidad meridional de la Palestina, y despues de sesenta leguas de camino, se halló en los desiertos de la Arabia Petrea. Prosiguió todo un dia su jornada por el desierto; pero rendido al fin de fatiga, se sentó bajo de un enebro, y penetrado de dolor llegó á desear la muerte. «Bástame Señor, de vivir, exclamó, llevaos mi alma, pues no soy yo mejor que mis padres.» Aquel fatigoso viaje, la maldad consumada de Acab y de Jezabel, la llama de la religion ya moribunda en todo el reino, la opresion de los justos y la prosperidad de los malos, todo hacia al profeta la existencia amarga é insoportable. Y tendiéndose en el suelo, quedó dormido á la sombra del enebro; cuando hé aquí que el angel del Señor le tocó y le dijo: «Levántate y come.» Y miró atrás Elías, y vió á su cabezera un pan cocido al rescoldo y un vaso de agua. Tomó pues un poco de alimento y volvió á dormirse. Mas el angel del Señor volvió segunda vez á tocarle, y le dijo: «Levántate y come, porque te queda que andar un largo camino.» Levantándose pues el profeta, comió y bebió otra vez, y confortado por el celeste alimento el viajero, al cabo de cuarenta dias y cuarenta noches llegó al monte Horeb, vecino del Sinaï, region llena de maravillosos recuerdos, en la cual Dios, descendido en forma de llama en una zarza ardiente, se dignó conversar con su siervo Moysés; lugar en donde llevado por el rayo, hizo retemblar bajo su carro de fuego la cima de la montaña y vino á promulgar su ley á los oidos de toda una nacion. ¿No hay en esta hui-

da del profeta una imagen de la vida, país triste y bello, como aquellas soledades severas y magníficas que el cielo de Oriente abrasa y tiñe con el ardor y la riqueza de sus fuegos? El hombre camina por ella, sostenido por un alimento celeste, hasta que toca á la eternidad, verdadero Sinaï en que habla Dios á sus elegidos, inundados en un abismo de luz, de amor y de felicidad.

Cerca de Horeb, tuvo Elías una vision. Aparecióse le Dios, y dirigiéndole la palabra le dijo: «Que haces ahí?» A lo que respondió Elías: «Me abraso de celo por tí, ó Señor Dios de los ejércitos, porque los hijos de Israël han abandonado tu alianza, han destruido tus altares, han pasado á cuchillo tus profetas: he quedado yo solo, y me buscan para quitarme la vida.» Mandóle el Señor que saliese fuera y que se pusiese sobre el monte en su presencia. Pasó un viento impetuoso capaz de hacer vacilar los montes y quebrantar las peñas: sucedió á esto un temblor de tierra: por fin estalló la llama ruidosa, como para manifestar sin duda que el Señor puede á su arbitrio abatir, romper y fulminar sobre los malvados el justo rayo de sus venganzas: mas ninguna voz salió del seno de estos turbados elementos. Tras la impetuosa llama sopló un viento suave y apacible, y bajo este símbolo se ocultaba la fuerza de Dios que es paciente y misericordioso. Y dijo una voz: «Anda y vuélvete por el mismo camino del desierto hácia Damasco; y llegado allí ungirás á Hazaël por rey de Syria: y á Jehú, hijo de Namsi, le ungirás rey de Israël, y ungirás tambien á Eliseo, hijo de Safath, natural de Abelmeula, por profeta sucesor tuyo. Y sucederá que el que escapare de la espada de Hazaël, será muerto por Jehú, y el que se librase de la espada de Jehú, le hará morir Eliseo. Mas yo me reservaré en Israël siete mil varones que nunca doblaron su rodilla ante Baal ni le han adorado.» Obedeció Elías; desde luego fué á encontrar á Eliseo, y le halló arando la tierra con doce yuntas de bueyes, y al llegar á él le echó su manto encima, en señal de su vocacion profética. Eliseo dejó al instante los bueyes, pidió permiso á Elías para dar el ósculo de despedida á sus padres; distribuyó entre la gente la carne de los bueyes cocida con la madera del arado, y siguió al profeta y se puso á sus órdenes.

Por aquel mismo tiempo Jezabel cometia por un cobarde y cruel abuso de poder una de aquellas iniquidades que provocan sobre la cabeza de los culpables prontas y formidables venganzas. Un habitante de Jezrahel, llamado Naboth, tenia una viña cerca del palacio de Acab. El rey que deseaba tenerla, dijo á su posesor: «Dame tu viña para hacerme un jardin, porqué está contigua á mi palacio, y en cambio de ella te daré otra viña mejor, ó si te tiene mas cuenta, su justo precio en dinero.» Moisés habia prohibido á los Israelitas el enagenar su patrimonio, menos en caso de necesidad extrema, y aun así por un tiempo limitado. Naboth no se hallaba en este apuro, y temia con razon que no le seria permitido invocar algun dia el beneficio de las leyes para volver á entrar en el goce de su tierra; pues si Acab violaba abiertamente los derechos de Dios, mal querria respetar los derechos de un hombre. Por esto el fiel Naboth contextó: «Dios me libre de cederte la herencia de mis padres.» No debiera suponerse aversion ni menosprecio en el que dá una negativa, cuando hay indiscrecion en el que la provoca y la sufre. Pero al modo de algunos hombres que por el privilegio del poder se creen dispensados de dar la razon de su conducta, queria Acab que la fuerza le hiciese veces de justicia. Indignado pues y furioso por la franca respuesta de Naboth, volvió á su palacio, echóse sobre su cama, volvió el rostro hácia la pared, y no quiso tomar el menor alimento.

Entró á verle Jezabel y le dijo: «¿Qué es esto? ¿qué motivo tienes para afligirte así, y porqué rehusas el comer?» Manifestóle Acab la causa de su pena y de su indignacion; y la reina entonces con una horrible mezcla de ironía y de resolucion, le dijo: «Vaya que es grande tu autoridad, y que bien gobiernas el pueblo de Israël. Levántate, come y sosiégate, que yo te daré la viña de Naboth de Jezrahel.» Al momento escribió una carta en nombre de Acab, la selló con el sello real, y la remitió á los Ancianos y magnates de la ciudad convecinos de Naboth. La substancia de la carta era esta: «Publicad un ayuno, y haced sentar á Naboth entre los principales del pueblo: y sobornad á dos hombres perdidos, hijos de Belial, que levanten contra él un falso testimonio, diciendo: Ha blasfemado contra Dios

y contra el rey. Sáquenle fuera, y muera apedreado.» Ordinariamente un ayuno solia preceder á las asambleas de religion ó á aquellas en que debian tratarse negocios importantes. Así la hipócrita Jezabel tiene la osadía de hacer servir á sus negros designios lo mas augusto de la tierra, que es la religion; y abrumar al inocente Naboth bajo el peso de las mas graves acusaciones que pueden infamar la memoria de un hombre, las acusaciones de regicidio y de sacrilegio.

La reina halló súbditos tan cobardes y viles como ella era disimulada y cruel. Promulgóse un ayuno, celebróse una asamblea en que Naboth estaba sentado entre los ancianos del pueblo. Dos hombres se presentaron para deponer contra él diciendo: «Naboth ha blasfemado contra Dios y contra el Rey.» Y fué condenado, arrastrado fuera de la ciudad y apedreado. Diéronse prisa para informar á Jezabel de que estaban cumplidos sus deseos, y entónces dijo ella al rey: «Vé á tomar posesion de la viña de Naboth de Jezrahel, que no quiso complacerte ni dártela por dinero contante; pues que Naboth no existe ya.» Los príncipes en aquel país adquirian por derecho de confiscacion los bienes que habian pertenecido á los criminales de lesa magestad. Acab pues con la mas cruel sangre fria se puso en camino, y se dirigia á tomar posesion de la viña del desgraciado Naboth.

Pero en aquel mismo momento dijo el Señor á Elías: «Marcha y sal al encuentro de Acab rey de Israël que está en Samaria, pues va á la viña de Naboth para emposesionarse de ella. Pero tú háblale en estos términos: Esto dice el Señor: *Cometiste un homicidio, y tras esto vas á usurpar la viña del muerto.* Y añadirás despues: Mas dice el Señor: *En este lugar mismo en que los perros lamieron la sangre de Naboth, en el mismo lamerán tambien la tuya.*» Fué Elías al encuentro del rey, y pronunció las mismas palabras salidas de la boca de Dios. Y le dijo Acab: «Por ventura me tienes por enemigo tuyo?» «Sí, respondió el profeta, porque te has prostituido á hacer la maldad delante del Señor. Yo haré llover sobre tí desastres, y extirparé tu posteridad, y no dejaré de la casa de Acab alma viviente, desde el primero hasta el último. Yo asolaré tu casa como la de Jeroboam hijo de Nabath, la de Baasa hijo de Ahia, porque tú no has hecho mas que pro-

vocarme la ira, y hecho pecar á Israël. Y asimismo ha pronunciado el Señor contra Jezabel esta sentencia: los perros se comerán á Jezabel en el campo de Jezrahël Si muriere Acab en la ciudad, se lo comerán los perros: si muriere en el campo, le devorarán las aves del cielo. Y no hubo jamás otro tan perverso como Acab, que se vendió para obrar la maldad instigado por su muger Jezabel, y se hizo abominable en tanto grado, que se iba tras los ídolos fabricados por los amorreos, á los cuales habia el Señor destruido al llegar los hijos de Israël. » Estas palabras terribles, pronunciadas con la firmeza de un ministro del Señor y de un ejecutor de sus mandatos, parecieron doblar algun tanto el orgullo de Acab, el cual rasgó sus vestiduras, se cubrió de un cilicio, practicó algun ayuno, durmió envuelto con el saco, é hizo algunas demostraciones exteriores de penitencia, pues no hay mucho fundamento para creer que fuese síncero su arrepentimiento. Con todo Dios recompensó hasta los señales de esta penitencia pasagera é imperfecta, y suavizó la severidad de sus amenazas, prometiendo que las calamidades anunciadas no descargarian sobre la casa de Acab hasta el reinado de su hijo Ochozias.

Acab empero no debia tardar en morir. Probó volver á apoderarse de Ramoth-Galaad, ciudad de sus estados ocupada ya desde mucho tiempo por los reyes de Syria, y reclamó para esta expedicion el concurso de Josafat, rey de Judá. Pero sabiendo despues que el principal esfuerzo de los enemigos debia dirigirse contra su persona (2), hizo vestir á Josafat con el trage de rey, y se disfrazó él mismo ántes de la batalla. En efecto los gefes del ejército sirio tenian órden de atacar á Acab, pues el rey de Syria habia mandado á los treinta y dos comandantes de sus carros de guerra diciendo: No peleeis contra ninguno, sino solo contra el rey de Israël. Josafat pues, investido con los signos de su dignidad, llamaba contra sí solo todos los golpes; pero sin embargo, pudo escapar del peligro, pues conocieron los capitanes enemigos, por las voces que daba, que no era el rey de Israël. Pero el verdadero rey que se creia menos expuesto, sucumbió: una flecha escapada de las filas enemigas y disparada al aire vino á herirle en el pecho. Y dijo el rey á su cochero: «Toma la vuelta

y sácame del combate, porque estoy gravemente herido.» Dejó pues la lucha, pero no se apartó del teatro de la guerra: permaneció en su carroza vuelta la cara á los sirios á fin de animar á sus tropas con su presencia. Corria la sangre de su herida hasta el fondo del carro, y espiró aquella misma tarde. Y ántes de ponerse el sol, un rey de armas tocó la trompeta por todo el ejército, avisando que cada cual se volviese á su ciudad y á su país. Muerto pues el rey, fué conducido á Samaria su capital, donde fué sepultado. Lavaron su carroza y las riendas ensangrentadas de sus caballos en la piscina de Samaria, y los perros lamieron su sangre, segun la palabra profética.

La venganza divina se habia ya sentado sobre la casa de Acab, y permaneció en ella para apoderarse de todos sus miembros y devorarlos sucesivamente. Ochozias, hijo y sucesor de Acab, imitó las impiedades de su padre y de su madre: adoraba á Baal, y hacia participar á los pueblos de sus funestas supersticiones. No tardó en arrebatarle del número de los vivientes un poder superior al suyo: murió de resultas de una caida, no habiendo reinado sobre Israël sino dos años. Joram, que le sucedió, no fué tan malvado como podia esperarse de un hijo de Acab y de Jezabel: duró mas largo tiempo que su predecesor, pero acabó de una manera aun mas trágica: la voz de la sangre de Naboth no estaba ahogada todavía.

Despues del reinado de Ochozias á quien el santo profeta intimó que no se levantaria de su lecho, por haber ido á consultar á Beelzebub, dios de Accaron, en vez de consultar al Dios de Israël, Elías fué milagrosamente arrebatado del mundo en un carro de fuego, al lado de su discípulo el profeta Eliseo, que no quiso abandonarle en su viaje á las orillas del Jordan. Mientras los dos iban siguiendo su camino, apareció un carro de fuego, con caballos tambien de fuego, y separó de repente el uno del otro, y Elías subió al cielo en un torbellino. Absorto estaba Eliseo mirándolo y esclamó: «Padre, ó padre mio!» Y no le volvió á ver mas. Entónces rasgó sus vestidos, en muestra de profundo dolor: recogió el manto que le habia caido á Elías, dividió á un lado y á otro las aguas del Jordan para pasar, con admiracion de los profetas que habian venido de Jericó y estaban en la

orilla opuesta. En vano se empeñaron estos en buscar el arrebatado profeta.

Elías pues fue uno de aquellos grandes personages cuya figura colosal se nos presenta ya al través de las generaciones del antiguo mundo, del mundo de las sombras y de los arcanos, y cuyos rayos esplendentes, extendiéndose mas acá de la plenitud de los tiempos, les forman una doble corona que participa de la religion de las esperanzas y de la religion del cumplimiento.

Tal es Elías. ¿Quien será capaz de seguir en sus raptos continuos á ese hombre profeta, que como una vision misteriosa del Apocalipsis, tan presto cierra ó abre las nubes del cielo para que no despidan agua sobre la tierra, ó la inunden á raudales, como manda al sepulcro que restituya sus víctimas; tan presto hace temblar á un tirano y á sus ídolos y á sus satélites y á sus magos, como manda bajar fuego del cielo para dar testimonio delante del inmundo Baal del poder de Dios viviente? ¿Quién seguirá el vuelo de esa águila que se remonta por las regiones de lo futuro, y con su aleteo hace estremecer la tierra? Acab y Jezabel son casi nada á su presencia. Dios habla por su voz de trueno, y todo el orgullo de una muger coronada es á su presencia como si no fuese. En el desierto es alimentado por un ángel, mientras un rey le persigue de muerte. Sobre el monte de Horeb la tierra tiembla debajo de sus plantas: Levántase un viento impetuoso que trastorna los montes y quiebra las peñas. Pregunta Elías: ¿Vá aquí mi Señor? Y le dicen: No va aquí el Señor. Sigue al viento un terremoto. El Señor no estaba en el terremoto. Tras el terremoto viene un gran fuego: el Señor no estaba tampoco en el fuego. Viene en pos un silvo y vientecillo suave. Y sale Elías cubriendo de respeto el rostro con su manto, á la puerta de la cueva: Aquí está el Señor. ¡Ay de Israël que has derribado sus altares y muerto sus profetas! Elías unge á dos reyes; echa su manto sobre Eliseo, dotado tambien del espíritu de Dios, é intima con voz formidable á dos monarcas sacrílegos, que sus cuerpos serán pasto de los perros.

Mas ya resuena sobre el Carmelo el coro de los profetas, cuyas liras acompañan los himnos al Señor en medio de un pueblo embruteci-

do. Los santos solitarios entregados á la virtud y á la oracion son los precursores de la Orden ilustre que han de formar despues los hijos de María. Un carro de llamas y un caballo tambien de llamas aparecen como raudo torbellino, y el hombre de Dios, el grande profeta que despues al lado de Moysés ha de verse sentado sobre el Tabor entre los rayos de gloria del Hombre-Dios, sube al carro centellante y desaparece por los aires inflamados, como un glorioso metéoro.

No dicen los libros sagrados á donde fué transportado el Profeta; pero afirman algunos Santos que fué trasladado al Paraiso terrenal, para que con Enoch vuelva en la agonía del mundo á predicar penitencia sobre la corrompida tierra, y á preparar el último y mas terrible de los dias, ofreciendo á Dios el sacrificio de su vida, como así lo vió el Apóstol profeta en los arcanos de su revelacion. Elías, pues, el asombro de los antiguos tiempos, es venerado en la nueva ley entre los héroes del cristianismo, como otro de los justos mas poderosos en la Presencia de Dios. Invocado por el pueblo de Israël y por el pueblo de Jesucristo, á quien acompañó en su transformacion gloriosa, hablando con él del gran misterio que habia de regenerar al mundo, aparece como otro de los protectores de la Iglesia militante, y defensor de los hijos fieles de la Cruz. Si transportado milagrosamente á regiones desconocidas, está reservado para preceder al triunfo del Salvador en el dia de las venganzas, su nombre se hallará unido á las tres grandes épocas de la humanidad: época de espectacion y de promesas, época de cumplimiento y de amor, época de justicia y de vindicta en que los locos pensamientos de los hombres desaparecerán como un vil humo ante la llama de la eternidad.

Joram pues, otro de los sucesores de Acab, recibió una herida en el sitio de Ramoth-Galaad, en donde con las armas en la mano sostuvo sus derechos contra las pretensiones de los reyes de Syria. Para cuidarse mejor su herida y curarse mas presto, volvió á Jezrahel, y dejó el mando del ejército á Jehú, hijo de Namsi. Discípulo y heredero de Elías, que no estaba ya en la tierra, Eliseo, quedó encargado de proseguir la obra comenzada por su maestro, y de participar á Jehú que Dios le investia con la púrpura real, por la desgracia de la fami-

lia de Acab. Envióle pues á Ramoth-Galaad un jóven profeta, que derramó el aceite sagrado sobre su cabeza, diciendo: «Esto dice el Señor: yo te he ungido rey de mi pueblo de Israël; y exterminarás la casa de Acab tu señor; y yo tomaré venganza de la sangre de mis siervos los profetas, y de la sangre de todos los siervos del Señor, derramada por Jezabel. Yo exterminaré toda la familia de Acab, y mataré á todos sus descendientes desde el primero hasta el último..... Y á Jezabel la comerán los perros en el campo de Jezrahel, sin que haya quien la dé sepultura.» Y dicho esto, abrió la puerta y desapareció. Así es como distribuye Dios los papeles que cada cual ha de representar en la escena del mundo: sus previsiones supremas, y la manifestacion que de ellas hace alguna vez, no ponen la menor traba á nuestra libertad, así como no siempre aprueba su voluntad lo que su sabiduría mide y descubre de antemano por su soberana presciencia, y porque todos los tiempos están presentes á sus divinos ojos. El que obra el bien obedece á Dios, y se sirve legítimamente de la fuerza que de él ha recibido. Quien hace el mal, resiste á las órdenes de Dios, pero tampoco escapa de su poder: todos se agitan en su mano poderosa y bajo su penetrante mirada que discierne exactamente la parte de virtud y la parte de crímen que hay en sus óbras.

Mas desde el momento en que los demás oficiales del rey supieron el destino que habia tocado á Jehú, se levantaron á toda prisa, y tomando sus mantos los extendieron debajo de los piés de Jehú en señal de honor y de veneracion, y á son de trompeta lo aclamaron diciendo: «Jehú es nuestro rey.» El venturoso soldado admitió la dignidad que se le ofrecia, y tan lleno de actividad como de ambicion, corrió á Jezrahel para prevenir toda resistencia y asegurarse el trono. El atalaya que estaba sobre la torre de Jezrahel vió la llegada de un cuerpo de tropa y la anunció. Y dijo Joram á uno de los circunstantes: «Toma un carro y despacha á alguno que les salga al encuentro. Y viendo que no volvia el mensajero, fué despachado un segundo carro, que tampoco volvia. Y creyendo el centinela reconocer á Jehú; el rey, pensando en el ejército que habia dejado en Ramoth, mandó uncir los caballos á su carro para ir al encuentro del general y aclarar mas presto sus du-

das y calmar sus inquietudes. Ochozias, rey de Judá, habia venido á visitar á Joram en su enfermedad, y se hallaba á la sazon en Jezrahel. Partieron pues los dos, y encontraron á Jehú en el campo de Naboth, á poca distancia de la casa Real. La justicia divina tiene tambien sus consejos; á sus ojos la naturaleza material participa tambien de las profanaciones y delitos del hombre que es su rey, y el crímen debe expiarse en el teatro mismo en que fué cometido.

Así que Joram descubrió el general, le dijo: «¿ Tenemos paz Jehú ?» Y el respondió el general: «¿ Qué paz puede haber, cuando tu madre Jezabel se abandona todavía á sus infamias y maleficios ?» Al punto Joram volvió las riendas y echó á huir, diciendo al rey de Judá: «Somos vendidos, Ochozias.» Y al mismo tiempo Jehú flechó su arco, y alcanzó á Joram por las espaldas, la saeta le traspasó el corazon, y cayó muerto en su carro. «Cógele, dijo entónces Jehú á uno de sus oficiales, y arrójale al campo de Naboth jezraelita; porque me acuerdo que cuando tú y yo, sentados en un carro de guerra, íbamos siguiendo á Acab, padre de este, pronunció el Señor contra él la terrible sentencia: En este mismo campo derramaré tu sangre para vengar la sangre de Naboth y la sangre de tus hijos que te ví derramar ayer. Cógele pues, y arrójale al campo, conforme á la palabra del Señor.» Lo cual viendo Ochozias rey de Judá, echó á correr por el camino del huerto; pero Jehú mandó asimismo gente en su persecucion, con órden de matarle en su mismo carro, sin duda porque era hijo de Athalia, hija de Jezabel. Y en efecto fué alcanzado y herido en la cuesta de Gaber junto á Jeblaam, y siguió huyendo hasta Mageddo, donde murió. Y pusiéronle los criados dentro de su carro de guerra y lleváronle á Jerusalen, y le sepultaron en la ciudad de David en el sepulcro de sus padres. Así pues la celeste venganza envolvia en el rigor de los castigos merecidos por Acab y Jezabel á todos cuantos estaban unidos con los lazos de la sangre con aquellos funestos progenitores. Existe una especie de vínculo solidario entre todos los miembros de cada familia, que Dios ha establecido tal vez, á fin de retenerlos todos en la virtud por el dulce y fuerte atractivo de las afecciones domésticas.

Jehú pasó á Jezrahel. No tardó Jezabel en saber su llegada. Pintóse desde luego los ojos con uno de aquellos licores mordentes que dilatan las pupilas, y se adornó la cabeza con ricos atavíos. ¿Era esto vanidad natural á su sexo, ó deseo de parecer con todo el esplendor de su trage de reina, ó bien esperaba inspirar á Jehú sentimientos de respeto ó alguna otra pasion? Púsose pues á la ventana, y desde allí viendo á su antiguo súbdito que entraba como rey en la ciudad, no pudo dominar su emocion y exclamó: «¿Es posible que pueda estar en paz el que ha muerto á su señor?» Jehú levantó los ojos y preguntó quien era aquella muger. Y dió órden en seguida á los que estaban á su lado que la arrojasen por la ventana. Y se apoderaron de la desgraciada reina y la echaron á la calle. Quedó la pared salpicada con su sangre, y holláronla con sus piés los caballos. Con todo, pasados algunos momentos de esta lamentable ejecucion, conmovióse algun tanto el corazon de Jehú, y por un impulso de conmiseracion dijo á los suyos: «Id á ver aquella desdichada y dadle sepultura, porque al fin es hija de un rey.» Fueron pues al lugar en que la habian dejado, y no encontraron mas que el cráneo, los piés y las extremidades de las manos. Y volviendo á Jehú con la noticia, dijo éste: «Ved ahí cumplida la palabra que habia ponunciado el Señor por Elías Thesbita, cuando dijo: En el campo de Jezrahel comerán los perros las carnes de Jezabel y estará el cuerpo ó los restos de Jezabel en el campo de Jezrahel, como está el estiercol sobre la haz de la tierra, de suerte que los pasageros exclamarán: ¡Y es esta aquella Jezabel!» Así murió aquella criminal princesa; hija, esposa, madre de reyes: el esplendor de su origen y de sus destinos no sirvió sino para hacer mas terrible su caida, así como habia hecho sus faltas mas graves y estrepitosas. Así como la justicia de Dios tiene su lentitud misericordiosa, en la cual debemos poner nuestra esperanza; tiene tambien su inflexible severidad, que hemos de temer; porque cuando dispierta, despues de largo tiempo de esperar inútilmente, descarga unos golpes que conmueven el mundo, y llenan de estupor. Esta es una ley constante de la economía providencial, que sufre y aguarda para perdonar ó para castigar con mas fuerza; ley inmutable, hija á un tiempo de la miseri-

cordia y de la justicia, que alcanza así á los príncipes como á los pueblos, así al individuo como á la sociedad.

Despues de la muerte de una reina y de dos reyes, no creyó Jehú que estuviese terminada su mision; pidió la muerte de todos los hijos varones que pertenecian á la familia de Acab, y les hizo inmolar por aquellos mismos que tenian á su cuidado aquellas existencias ilustres, para que quedasen comprometidos á seguir su política é interesados en su futura prosperidad. Los grandes de la corte, los que habian logrado de favor en el reinado de los dos últimos príncipes, los aliados del rey de Judá, todos pagaron con su cabeza sus relaciones con la familia maldita. Todos los profetas y sacerdotes de Baal fueron pasados á cuchillo á la vez en el templo de su ídolo, en donde se les habia reunido só pretexto de ofrecer un sacrificio. Mezcla de buenas y de malas calidades Jehú, parece haber ejecutado las amenazas del Señor con una crueldad que atenua algun tanto el valor de su celo; y aunque proscribió á Baal, se abstuvo de conducir á sus súbditos al culto del verdadero Dios. Por lo demás, por mucho que sea el horror de que nos sentimos penetrados á la vista de tantos arroyos de sangre, como él hizo derramar, no debemos precipitarnos en desdorar su memoria con amargas increpaciones. Era entonces el reinado de la fuerza, y era necesario aplicar las leyes con mayor dureza: hoy tenemos el reinado del espíritu cristiano, y pueden aquellas aplicarse con mayor blandura. De otra parte, en el gobierno teocrático de los Israëlitas, Dios por la boca de algun profeta denunciaba á los impíos y á los perversos á la vindicta del poder público, como hubiera podido hacerlos perecer el mismo sin estrépito por la via de los accidentes físicos, esto es, por la combinacion oculta de las leyes de la naturaleza. En fin, ¿que podrá alegarse contra esta represion de los crímenes por un orden divino, cuando las sociedades modernas, que no tienen mas poder que el que de Dios han recibido, se permiten condenar á muerte y ejecutar por sí mismas los grandes criminales?

Al ver á la odiosa Jezabel y á su familia sepultados bajo tantas ruinas, ¿quién no sentirá conmovido su corazon? ¿Quién no entrará en co-

nocimiento de la utilidad, hasta material y social, de la piedad y de la justicia? No abrais pues jamás vuestros labios contra Dios, ni levanteis el edificio de vuestra fortuna por las espoliaciones y por la rapiña. Porque algun dia el soplo aterrador de una tempestad ahogará la blasfemia sobre vuestros labios, y desplomará la obra de vuestros cálculos trágicos: ni vuestro poder os salvará de la mano vengadora de Dios, ni vuestra memoria escapará de la execracion de los siglos.

Notas.

(1) Tiro situada á la extremidad oriental del mar Mediterráneo y al norte de la Palestina, fué por largo tiempo la ciudad mas comerciante del mundo. Varios autores gentiles hacen mencion de su opulencia y extensivo tráfico: y los capítulos 26, 27 y 28 de Ezequiel contienen una elocuente descripcion de lo mismo, presentando el contraste de los inmensos ramos y objetos de comercio en que se empleaba y de la magnificencia y riqueza á que entónces habia llegado, con las mudanzas y humillaciones á que estaba destinada, hasta quedar reducido su suelo á «un tendedero de redes de pescar.»

Si apelamos al testimonio de Volney, no solo nos dice que Tiro fué «el teatro de un inmenso comercio y navegacion, la cuna de las artes y de las ciencias y la ciudad cuyos habitantes fueron tal vez los mas industriosos y activos que se han conocido en el mundo,» sino que cita ademas como un respetable fracmento de la historia antigua la magnífica descripcion que hace Ezequiel de su grandeza y poderío y el claro anuncio de su futura desolacion, reconociendo expresamente que «las vicisitudes de los tiempos ó mas bien la barbarie de los griegos del Bajo Imperio y de los mahometanos, han dado cumplimiento á esta profecía.» Esta barbarie y este cumplimiento de profecía no comenzaron hasta despues de 1200 años de haberse descrito su destino en aquel *fracmento antiguo*. Pero ni el discurso del tiempo ni las vicisitudes esconden nada á los ojos de Dios.

La destruccion de la antigua Tiro, situada en el continente de Fenicia, por Nabucodonosor rey de Babilonia, la dispersion de sus habitantes, y su huida por mar á otras regiones, la subsiguiente restauracion, despues de la caida de la monarquía de Babilonia, de su comercio y riqueza en aquella parte de la ciudad ó la Nueva Tiro, edificada

en una isla distante media milla de la costa, el sitio y destruccion de esta por Alejandro el grande, el echar las piedras las maderas y el polvo, las ruinas y escombros de la nueva ciudad continental, en medio del mar, el traer de ella hasta el polvo, como lo hizo aquel conquistador, segun lo refieren los historiadores de su vida, para formar una calzada desde la playa hasta la isla, y sitiar la ciudad nueva, el ahogar el poder marítimo de esta, apoderándose de ella y aniquilando su comercio, el incendiar la ciudad, el pasar á cuchillo á muchos de sus habitantes, y el vender á otros como esclavos; todo esto forma el conjunto de los hechos principales relativos á la caida y destruccion de Tiro, y cada uno de por sí es aisladamente el cumplimiento de aquella profecía. La destruccion de la ciudad antigua por Nabuco y los Caldeos se verificó el año 573 antes de Cristo: la nueva ciudad insular empezó á florecer 70 años despues, y su sitio y toma tuvo lugar 330 años antes de la era cristiana. Las profecías que anunciaron estas dos distintas destrucciones de Tiro se refieren á entrambas: algunas expresiones solo pueden aplicarse á la antigua ciudad, y otras solo á la nueva: mas todo lo que en ellas se expresa ha sido portentosamente cumplido.

Ammon es aun un establo de camellos: las ciudades de Aroer en Moab son albergues para el ganado: las habitaciones desoladas de Edom subsisten: Ninive es un monton de tierra cubierto de yerba: Babilonia un cúmulo de montones de escombros. Mas de Tiro, la ciudad antigua continental, hasta el polvo se quitó y fué raido. «Ha sido buscado y no se ha hallado.» Despues que las ruinas de la antigua Tiro fueron echadas al agua, faltando materiales por haber sido demolida la primera calzada, se arrancó la tierra ó el mismo piso, como refiere Quinto Curcio historiador romano, y el polvo de la antigua Tiro sirvió para que por medio del mar pasase á pié enjuto el enemigo hasta la nueva ciudad. Este paso ó calzada todavía subsiste.

Era tal sin embargo la celebridad de Tiro y su posicion para el comercio tan ventajosa, que no tardó mucho en ser restablecida en la misma isla y despues floreció por largo tiempo. En la era cristiana se construyó en ella un magnífico templo y muchas iglesias. Sus mercancías y sus ganancias, segun la profecía, eran santidad para el Señor. Mas las iglesias cristianas de oriente degeneraron como las de occidente: prevaleció la idolatría: se llenó la medida de la iniquidad. Los Sarracenos, y despues los Turcos (primera y segunda calamidad), inundaron muchos fértiles países: y aunque Tiro continuó siendo una ciudad comerciante de importancia hasta el período de los últimos seiscientos años; al fin en el siglo anterior, ha quedado reducida á lo que desde el principio anunció la profecía, á ser como una piedra lisa y un tendedero de redes para pescar. (Ezequiel XXVI. 5.) «Toda la poblacion de Tiro, dice Volney, consta solo de cincuenta ó sesenta pobres familias, que viven obscuramente del producto de su corto terreno y algo de pesca.» «El puerto de Tyro, segun lo vió y describe el Dr. Shaw, además de ser pequeño, está tan

obstruido con la arena y escombros, que los mismos botes de pescar que de cuando en cuando llegan á este en otro tiempo célebre emporio y enjugan sus redes sobre sus rocas y ruinas, entran en él con mucha dificultad. » Bruce escribe el sitio donde estuvo Tiro, como « una roca donde los pescadores tienden y ponen á secar sus redes.» El « mercado de las naciones » es una aldea de pescadores: los muros de Tiro con sus torres han venido abajo; y los pescadores tienden sus redes donde «los príncipes del mar» vivian en sus casas de placer, y desde donde « los reyes de la tierra se enriquecian con la multitud de sus riquezas y mercancías. »

Al presente ya no exporta Tiro á las naciones mercancías algunas: mas en vez de esto les envia una voz que se oye mucho mas allá de donde llegó con su comercio mas duradera y útil que toda su fina lencería, bordados, sillas de marfil, paños preciosos, ébano, esmeraldas, púrpura, ágatas, especería, frutos, vinos y toda la inmensa muchedumbre de sus géneros. (Ezeq. XXVII). Y al paso que desde todos los puntos de la tierra puede ser oida esta voz, emitida por el Señor; con mas especialidad deben prestarle atencion los sucesores de los Tirios en el comercio; no sea que llenándose de orgullo y corrompidos como ellos esperimenten igual castigo. Y ahora que han cesado ya sus cantares, y han enmudecido sus arpas; ahora que los príncipes del mar han sido derribados de sus sillas; su mismo destino que les fué anunciado de antemano y ha quedado cumplido es un aviso terrible y explícito á todos los que, como ellos, pueden ir extraviados, para que sigan la sabiduría que enseñaron los pescadores de Galilea, mucho mas sublime que aquella grande sabiduría y comercio, por cuyo medio aumentaron su riqueza y se llenó de orgullo su corazon; pero que no pudo salvarlos en el dia de su ruina. »

(2) Es digna de notarse la burla que hacia el impío y cobarde Acab de los profetas de Dios; pues al paso que temblaba delante del Señor, tenia la vileza de desconocerle y despreciarle en sus ministros. Juntó pues este rey de Israël sus falsos profetas en número de cerca de cuatrocientos, y les dijo: « ¿Debo emprender la guerra de Ramoth de Galaad ó estarme quieto? » Emprendela respondieron ellos; que el Señor entregará la plaza en poder del rey.» Mas Josafat dijo: « ¿No hay aquí algun profeta del Señor á fin de consultar por su medio? » Respondió el rey de Israël: « Uno ha quedado, por cuyo medio podemos consultar al Señor, mas yo le aborrezco porque nunca me profetiza sino desgracias. Éste es Miqueas hijo de Jemla. Llamaron pues á Miqueas, estando los dos reyes de Israël y de Judá sentados cada uno en su trono, vestidos de trage real en la plaza junto á Samaria, y todos profetizando delante de los dos, y augurando al rey con términos exagerados un éxito feliz de la campaña contra Ramoth de Galaad. Entretanto el mensajero que habia ido á llamar á Miqueas le previno diciendo: « Mira que todos los profetas están acordes en anunciar prósperos sucesos al rey: sea pues tu lenguage semejante al suyo y anuncia buenas nuevas. » Respondió Miqueas: « Vive el Señor que

no hablaré otra cosa que lo que el Señor me dijere.» Llegó pues delante del rey, el cual le preguntó: «Miqueas, ¿debemos ir á hacer la guerra contra Ramoth de Galaad, ó estarnos quietos?» Y como el profeta le respondiese irónicamente como hacian los demás: «Anda y vé en hora buena; que el Señor la entregará en manos del Rey,» replicó este: «Te conjuro en nombre del Señor que no me digas sino la verdad.» Entónces dijo él: «Yo ví á todo Israël dispersado por los montes, como ovejas sin pastor: y dijo el Señor: Estos no tienen caudillo: vuelva cada uno á su casa.» Al oir esto el Rey de Israël dijo á Josafat: «¿No te dije ya que éste nunca me profetiza cosas buenas sino desgracias?» Pero Miqueas ratificándose, añadió: «Por tanto, oye la palabra del Señor: He visto al Señor sentado sobre su solio, y á toda la milicia celestial que estaba á su rededor á la derecha y á la izquierda. Y dijo el Señor: ¿Quién engañará á Acab, rey de Israël, para que vaya y perezca en Ramoth de Galaad? Y entre varios pareceres, salió del abismo el espíritu del mal, y se presentó al Señor, diciendo: Yo le engañaré si me lo permites. Preguntóle el Señor: De que manera? Y él respondió: Saldré y seré un espíritu mentiroso en la boca de todos sus profetas. Y dijo el Señor: Le engañarás y lograrás tu intento. Y le permitió ir. Ve ahí pues, añadió Miqueas, como el Señor ha dejado entrar el espíritu de mentira en la boca de todos los profetas que están aquí, mientras que el mismo Señor tiene decretados contra tí desastres.» Acercóse entónces Sedecias hijo de Canaana y dió un bofeton á Miqueas, diciendo: «Con que á mí me ha desamparado el espíritu del Señor, y te ha hablado á tí?» Respondió Miqueas: «Tú lo verás en aquel dia, cuando irás huyendo de escondrijo en escondrijo para ocultarte y salvarte.» Entonces el rey hizo prender á Miqueas y alimentarle con pan de dolor y agua de afliccion hasta que él volviese victorioso. A lo que dijo Miqueas: «Si tú vuelves victorioso, el Señor no habló por mi boca.» Y añadió: «¡Pueblos todos estad alerta y sedme testigos!» El impío Acab creyó poder burlar la palabra de Dios por medio del disfraz que quiso tomar despojándose de sus vestiduras, para salir á campaña. Pero la palabra de Dios no se burla por los manejos de los hombres, y el desdichado murió de una flecha y cayó sobre su carro.

El impío monarca creyó que haciendo prender al profeta y amenazándole con castigos, lograria que Dios mudase sus decretos. Pero el profeta, tan seguro en su inspiracion como tranquilo en su conciencia, contestó con firmeza á las inculpaciones del rey, y á su osadía en contradecir los designios del Señor y su voluntad soberana. Fia al suceso la justificacion de los que prenunciaba, y pone en seguida por testigos á todos los pueblos de la tierra. Esta firmeza de hablar deberia haber aterrado al rey y héchole desistir de su proyecto en emprender la guerra: pero añadiendo á la obstinacion la falsedad y la perfidia, manifestó en apariencia, como notan los intérpretes, que queria honrar á Josafat, haciendo que él solo se presentase con las insignias reales, para que pareciese que no habia otro rey en el ejército; pero en realidad era por

temor de los sirios, pues sabia que no buscarian á otro que á él, ó mas bien, para evitar por este medio el peligro de muerte que le amenazaba, y que le habia anunciado el profeta Miqueas. Pero el Señor trastornó sus planes de perfidia y de egoismo; y libertando á Josafat de las flechas enemigas, dispuso que él fuese su víctima.



LA SUNAMITA.

Mulier benefaciens.
(Eccles. XLII. 14)

In operibus bonis testimonium habens
. . . . hospitio recepit.
(1. ad Timoth. V. 10.)

ELÍAS y Eliseo acababan de salir de la aldea de Galgala, situada entre el Jordan y Jericó, é iban caminando por aquellos campos. Elías, advertido interiormente que habia llegado ya su hora de dejar la tierra, quiso separarse de su discípulo: «Quédate aquí, le dijo, porque el Señor me envia hasta Bethel.» A lo que respondió Eliseo: «Te juro por el Señor y por tu vida que no te dejaré.» Llegaron pues juntos á Bethel, pequeña villa de la tribu de Benjamin, en donde habia un colegio de profetas, los cuales fueron á encontrar todos á Eliseo, y le dijeron: «¿No sabes tú que el Señor se te llevará hoy á tu amo?» «Ya lo sé, callad,»

les respondió. Manifestó Elías el deseo de volver solo á Jericó, queriendo sustraer de la vista de los otros el prodigio que en él iba á obrarse; pero el fiel discípulo tampoco consintió en esta separacion. Llegados á Jericó, le dijo el maestro: « Quédate aquí, porque Dios me envia hasta el Jordan, y Eliseo le hizo la misma respuesta que le habia dado la primera vez: « Te juro por el Señor y por tu vida que no me apartaré de tí. » Continuaron pues su ruta, seguidos á lo lejos de los hijos de los profetas, en número de cincuenta.

Al llegar Elías á las orillas del Jordan, tomó su capa y la plegó para golpear con ella las olas, que se abrieron al instante, como á la voz de otro Moysés, y le dejaron paso libre. Cuando los dos viajeros hubieron pasado el Jordan, dejando á la otra parte la turba de los profetas que de lejos les estaban observando, Elías se dirigió á su compañero, y le dijo: « Pide lo que quieres que yo haga por tí, antes que sea de tí separado. » « Pido, dijo Eliseo, que sea duplicado en mí tu espíritu. » « Difícil es lo que pides, contestó el profeta; no obstante, si tú me vieres al tiempo que sea arrebatado de tu lado, obtendrás lo que has pedido, mas si no me vieres no lo tendrás. » Pedia nada menos Eliseo que como primer discípulo de Elías recibiese porcion doble de los dones de profecía y de milagros que aquel habia obtenido. Prosiguieron pues su camino y su conversacion, y aconteció el prodigio de que hemos hablado ya, cuando un carro de fuego con sus caballos de fuego vino á arrebatar á Elías como un luminoso torbellino. Despues de haber exclamado Eliseo: « Padre, padre mio! vos sois el carro de Israël y su guia !» y cuando todo hubo desaparecido por los aires, Eliseo rasgó sus vestidos en señal de luto, y se abandonó á toda la amargura de sus dolorosos recuerdos. Recogió despues el manto ó capa que se le habia caido á Elías en el momento de su arrebato hácia los cielos, y volviéndose se paró en las riberas del rio Jordan. Y con el manto de su maestro hirió las aguas del rio, que por esta vez no se dividieron. Y exclamó con una fé lastimera: « ¿Dónde está ahora el Dios de Elías?» Hirió nuevamente las aguas, y se dividieron á un lado y á otro, y pasó Eliseo. La turba de los profetas que habian venido de Jericó y aguardaban todavía desde la orilla opuesta en aquel mismo lugar en que debieron renunciar el se-

guir mas á sus dos ilustres gefes; al ver que la mano del discípulo volvia á empezar las maravillas obradas por el maestro, exclamaron: «El espíritu de Elías ha reposado sobre Eliseo», y saliéndole al encuentro, le hicieron postrados en tierra una profunda reverencia, dándole todas las señales del mayor respeto, como á su nuevo guia y director.

Muy presto diversos prodigios vinieron á acreditar la mision de Eliseo: su nombre se engrandeció rápidamente en los dos reinos de Israël y de Judá, y se le honró como al heredero del espíritu de Elías y al intérprete de la voluntad del cielo. Los vecinos de Jericó le hicieron presente que siendo tan bella la situacion de su ciudad, las aguas eran malas é insalubres, y la tierra estéril. «Traedme, dijo el profeta, una vasija nueva; y echad sal en ella.» Y habiéndosela traido, se fué al manantial de las aguas, echó en él la sal, y dijo con voz solemne: «Esto dice el Señor: Yo he hecho saludables estas aguas, y nunca mas serán causa de muerte ni de esterilidad.» Y desde entónces quedaron saludables las aguas como son en el dia, conforme á la palabra pronunciada por Eliseo. Una turba de muchachos insultaron por el camino de Bethel la calvicie de su cabeza respetable. Volviéndose Eliseo hácia ellos, acompañó su severa mirada con la maldicion en nombre del Señor; y al instante dos osos salidos de la selva vecina corrieron hácia ellos para devorarlos. Los reyes le pedian consejo; los pobres no le imploraban en vano. En los desiertos de Idumea, cuando los dos reyes de Israël y de Judá, despues de la muerte de Acab, marchaban á castigar al príncipe de Moab que habia roto su alianza con Israël, hallándose sin agua para el ejército y bagajes, acudieron á Eliseo, el cual al son del harpa y con la melodía del canto, fué sintiendo sobre sí el espíritu del Señor; y mandando hacer excavaciones en la madre de un torrente, no solo hizo venir las aguas corriendo por el camino de Edom, sino que predijo la destruccion de Moab y el triunfo de los fuertes de Israël.

Vino á clamar un dia á Eliseo la viuda de un profeta, diciendo: «Mi marido murió, y bien sabes que tu siervo era temeroso de Dios: pero ahora viene su acreedor, para llevarse mis dos hijos, y hacerlos esclavos suyos.» — «Qué quieres que haga por tí?, contextó Eliseo. Dime, que tienes en tu casa?» Y ella respondió: «No tiene otra cosa esta tu

sierva en su casa, que un poco de aceite para ungirme.» A lo cual dijo Eliseo: «Anda y pide prestadas á todos tus vecinos vasijas vacías en abundancia: entra despues en tu casa, y tú y tus hijos echad de aquel aceite en todas estas vasijas, y cuando estuvieren llenas las pondreis aparte.» Obedeció la muger con sencillez y puntualidad, el aceite manaba inagotable, y no cesó de multiplicarse hasta que no hubo ya mas vasijas que llenar. «Ahora pues, dijo el profeta á la viuda que vino á darle cuenta de aquel prodigio, vende el aceite, paga á tu acreedor, y de lo restante sustentaos tú y tus hijos.»

Guia inspirado de los profetas, Elías visitaba frecuentemente sus colegios esparcidos en diversos puntos del país: habia en Jericó, la ciudad de las palmeras, en Galgala, sobre las alturas que dominan el Jordan en la parte superior del mar Muerto, en Bethel, pueblo de graciosa posicion, echado como un nido de águila entre las montañas que atraviesan la Palestina desde el norte al mediodía. Pero sobre todo en las grutas suspendidas á los lados del Carmelo es donde los profetas se habian retirado como en otros tantos alcázares, donde inaccesibles á los asaltos de la vida exterior, encontraban aquel aislamiento santo y aquella serenidad de vida que aproximan el hombre al cielo, y hacen gozar de la familiaridad de Dios. Vénse aun en el dia las cavernas que fueron habitadas por aquellos hombres, antiguos precursores de los solitarios cristianos: sobre la mayor parte de ellos se han edificado conventos: un santon ó monge turco vigila la entrada de los unos, mientras los otros están guardados por el pavellon de alguna potencia católica de Europa. Están arrojados como un lienzo de verdor obscuro en el seno de una vegetacion robusta y severa, bajo un cielo profundo y puro, en faz alguna vez del mar inmenso que por la parte de occidente viene á estrellar sus olas espumantes á los piés del Carmelo. Estos retiros, verdaderas moradas del alma, refugio de las graves meditaciones, atestiguan el vivo é inmortal sentimiento que despega al hombre de las groseras realidades y le lleva hácia un bien infinito, cualquiera que sea la admósfera del siglo en que vive, y sea cual fuere la creencia que le presta sus alas para remontarse. Diríase que él se ahoga en el estrecho círculo de la vida presente y en medio

de las obras de sus manos, y que no se siente en su elemento sino en medio de los grandiosos espectáculos de la naturaleza y de los vastos horizontes, símbolos de aquellos espacios ilimitados hácia donde empuja sus poderosos deseos que vienen á ser la region en que su alma respira: los límites de lo criado, parece que retroceden indefinidamente delante de este gigante inmortal (1).

Recorriendo la Palestina, encontraba Eliseo por el camino de Samaria al Carmelo la poblacion de Sunam, en una deliciosa llanura, no lejos de las alturas de Gelboé. Allí habia muchas veces recibido la hospitalidad de un hombre de consideracion cuya muger era conocida por sus religiosos sentimientos. Esta muger acogia al profeta con el mayor respeto, y le cuidaba con la mayor solicitud y delicadeza. Dijo pues un dia á su marido: «Observo que el hombre de Dios que pasa con frecuencia por nuestra casa, es un varon de elevada santidad.» Y como esta señora tenia ya ciertas habitudes de recogimiento y de silencio, y además vivia de una manera muy sencilla y tenia pocas necesidades, añadió: «Dispongamos pues para él un reducido aposento, y pongamos en él una cama, una mesa, una silla y un candelero para que se recoja allí cuando á nuestra casa viniere.» Y realmente habiendo llegado cierto dia, se alojó en aquel aposento para descansar. Sumamente complacido con estas atenciones, y mas aun por el espíritu de fé que en ellas se descubria, quiso Eliseo manifestar á sus huéspedes todo su reconocimiento. Dijo pues á Giezi su criado: «Habla á la Sunamita en estos términos: Tú nos has hecho señalados servicios y nos has asistido con mucho esmero, ¿que quieres pues que yo haga por tí? tienes algun negocio? ó quieres que hable en favor tuyo al rey ó á su general?» La Sunamita, desinteresada en su celo, respondió en tono de agradecimiento: «Yo habito en paz en medio de mi pueblo.» Giezi trasladó á su amo estas palabras. «¿Que quieres pues que haga por ella? dijo Eliseo.» «No hay que preguntárselo, replicó el servidor, supuesto que no tiene hijos, y que su marido es ya viejo.» Ya se tiene noticia de que los Hebreos miraban la esterilidad como un castigo del cielo, y un oprobio que gravitaba sobre el hogar doméstico: á sus ojos la imagen de la fe-

licidad era un padre cuya vida se decoraba con el embeleso de numerosos hijos que le sonriesen: la vejez parecia lamentable y maldita cuando no tenia el adorno y el sostén de una posteridad, como un árbol á quien el rayo habia despojado de su copa y no se apoyaba sino en disecadas raíces.

Dijo pues el profeta á Giezi: «ház que venga la Sunamita.» Y ella se presentó en actitud de respeto, y se detuvo en pié á la puerta del aposento que habitaba el varon de Dios, el cual le dijo: «Dentro de un año, en este mismo dia, dándote Dios vida, llevarás un hijo en tus entrañas.» A lo que respondió ella: «No quieras, señor mio, no quieras te ruego, varon de Dios, engañar á tu sierva con una alegre ilusion.» Pero Dios que adormece ó dispierta á su voluntad las fuerzas de la naturaleza, y que saca de los yelos del invierno el rico manto de flores con que se viste la primavera, supo verificar la palabra que habia puesto en la boca de su profeta. En el tiempo predicho la Sunamita tuvo un hijo, dulce objeto de largos deseos, preciosa recompensa de sus sentimientos de fé y de caridad.

Despues de algunos años en que el niño iba creciendo, fué á encontrar á su padre que estaba ocupado en el campo de los segadores. Herido seguramente por los ardientes rayos del sol, dijo al llegar á su padre: «La cabeza! me duele la cabeza!» Y dijo el padre á un criado: «Tómale y llévale á su madre.» El mal hizo rápidos y terribles progresos, sin que pudiese cortar sus alas la mas afectuosa ternura. Hácia el mediodia el niño espiró sobre las rodillas de su madre. Tan dura prueba no logró abatir á la fiel hija de Sunam. Subió al aposento del profeta, y puso al niño yerto sobre la cama del varon de Dios; cerró la puerta y llamó á su marido á quien dijo: «Despacha conmigo, te ruego, uno de tus criados y una borrica, para ir yo corriendo al varon de Dios y volver luego.» Y le dijo el marido: «¿Porque quieres ir á visitarle? no estamos hoy ni en el primer dia del mes, ni en dia de sábado.» Porque en tales dias y en las fiestas establecidas por la ley, se reunia el pueblo al rededor de los profetas, para saber de su boca la voluntad de Jehová. Parece de una parte que la Sunamita asistia habitualmente á estas asambleas ó

reuniones religiosas, y de otra que no dió parte á su marido ni de la muerte del niño ni del objeto de su viaje, sino que dijo simplemente: « Voy á partir. »

De Sunam á la gruta de Eliseo en el Carmelo habia seis ó siete horas de camino. La Sunamita, despues de haber hecho aparejar la borrica, dijo á su criado: « Arrea y llévame con celeridad; no me hagas detener en el camino, y haz lo que yo te diga. » Los viajeros marcharon con rapidez, y al ganar la pendiente de la montaña, Eliseo, que la vió venir desde léjos hácia él, dijo á Giezi su criado: « Mira aquella es la Sunamita: sal á su encuentro y dile: ¿Lo pasais bien tú, tu marido y tu hijo? » La Sunamita continuó su viaje hasta llegar al monte y á la presencia del varon de Dios: al momento se arrojó á sus piés con muestras del mas profundo dolor y desespero. Giezi queria hacerla retirar, pero le dijo su amo: « Déjala porque su alma está llena de amargura: el Señor me lo ha ocultado, y no me ha revelado la causa. » « O maestro mio, exclamó la desolada muger, ¿por ventura te pedí yo un hijo? ¿No te dije que no me engañaras con una falsa alegría? »

Eliseo escuchó sus quejas y la compadeció. Llamó en seguida á su criado y le dijo: « Pon haldas en cinta, y toma mi báculo y marcha prontamente: si encontrares alguno no te pares á saludarle, y si alguno te saludare no te detengas á responderle, y pondrás mi báculo sobre el rostro del niño. » Pero toda la esperanza de la madre estaba en la presencia y en la palabra de Eliseo: díjole pues con resolucion: « Júrote por el Señor y por tu vida, que no partiré sin tí. » No pudo resistir el profeta á tanto dolor y á tanta fé, y acompañó á la Sunamita. Giezi entre tanto, cumpliendo con las órdenes de su amo, habia tomado la delantera, y puesto el misterioso báculo sobre la faz del cadáver. Pero admirado de que éste no volviese á la vida, fuése en busca del profeta, y le dijo: « El niño no ha resucitado. » Y en efecto Eliseo á su llegada, encontró al niño muerto y tendido sobre su lecho. Cerróse pues dentro del cuarto con el niño, y se puso en oracion: subió despues sobre la cama, y acomodóse como pudo á las pequeñas proporciones de los miembros yertos del niño, poniendo boca sobre boca, ojos sobre ojos y manos sobre manos, y encorvado así sobre el niño, la carne de éste entró en calor. Tras

esto, levantándose, dió dos vueltas por el aposento, y subió otra vez y recostóse sobre el niño, el cual, ya animado del todo, abrió los ojos y dió algunos ligeros suspiros. Y llamando por fin á Giezi, le dijo: «Avisa á la Sunamita.» La madre, volviendo á encontrar á su hijo arrancado á la muerte, se arrojó á los piés de Eliseo postrándose hasta el suelo, para demostrarle su reconocimiento y su afectuosa veneracion. Penetren si pueden el gozo inefable de esta madre las que han visto espirar su hijo en sus brazos, si algun poder sobrenatural les hubiese restituido con vida el tierno objeto de sus cariños. Como ninguno de nosotros habrá presenciado como la muerte restituye su víctima, no podemos tener idea del gozo de una resurreccion, acto supremo del poder de Dios sobre las leyes de la naturaleza, que raras veces ha visto el mundo, que se reservó para sí la misma Omnipotencia en la persona del Hombre Dios, y que algunas veces ha concedido á sus mas ilustres y distinguidos servidores.

Otras maravillas señalaron asimismo el poder del profeta; pues Dios queria rodearle de esplendor para oponerle como un alcazar inexpugnable, ya fuese al error y á la perversidad que descendian del trono sobre la nacion, ya fuese á los enemigos exteriores que venian á traer á Israël los horrores de la guerra y de la idolatría. Porque no se hallaban aun olvidadas las tradiciones de Acab y de Jezabel; y además los príncipes de Damasco inquietaban incesantemente el reino de Samaria. El gobierno de Salomon habia puesto en la vida del pueblo hebreo aquel límite supremo de grandeza y de espléndida pujanza á donde, si llegan por un momento las sociedades, es para decaer en seguida con acelerada rapidez, como si la gloria y la prosperidad no fuesen jamás sino cosas facticias, arrojadas sobre el fondo de la vida humana que no es otra cosa sino trabajo y dolor. Avocóse sobre Palestina la avidez de las naciones por las riquezas inmensas cuya fuente habia abierto el gran monarca. El Egipto fomentó la separacion y las rivalidades que debilitaron gradualmente los dos reinos de Israël y de Judá; rivalidades de que sacó partido un soldado feliz para engrandecer y consolidar su poder en Syria, y legar á sus sucesores un cetro formidable. Estos reyes tenian por capital á Damasco; y poseian fuer-

zas tan considerables en tiempo de Eliseo, que sus ataques eran para su patria uno de los mayores peligros. Así que, un dia en que el profeta fué visitado por Hazaël, general sirio, se conmovió de tal manera, y se turbó tanto su semblante y cayeron tantas lágrimas de sus ojos, que preguntó el extrangero: «¿Porque llora así mi señor?» «Porque sé, contextó el profeta, los males que has de hacer á los hijos de Israël: tú entregarás á las llamas sus ciudades y plazas fuertes; tú pasarás á cuchillo sus jóvenes; tú estrellarás contra el suelo sus niños, y abrirás las entrañas de sus mugeres en cinta.»

A las calamidades de la guerra se juntaron los sufrimientos del hambre. Una cosecha desgraciada produjo la carestía. Eliseo dijo á la Sunamita: «Parte con tu familia, busca otra region en que puedas vivir, porque el Señor ha hecho venir el hambre y ella ha llegado á la tierra por siete años. La Sunamita siguió este consejo, y fué á morar en el país de los Filisteos. Mientras iba haciéndose mas cruel el azote, Ben-Adad, que pasó sobre el trono de Damasco antes del sanguinario Hazaël, vino á sitiar á Samaria. Tan terrible fué luego el hambre dentro de la ciudad, que los objetos mas viles que podian servir de alimento tenian el mas alto precio. Una muger fué á encontrar al rey de Israël pidiendo socorro. «Que quieres, dijo el Rey, ¿acaso puedo yo salvarte?» Y le respondió la muger: «Una vecina me dijo: Dá tu hijo paraque hoy le comamos, que mañana comeremos el mio. Cocimos pues mi hijo, y nos le comimos. Al dia siguiente le dije yo: Dá tu hijo para que nos le comamos, mas ella lo ha escondido.» Tanta miseria y barbarie puso al Rey en una profunda consternacion; rasgó desesperado sus vestidos, é imputando estas horribles desgracias á Eliseo que las habia predicho: «Juro por el Señor, exclamó, que hoy mismo ha de caer la cabeza de Eliseo.» Pero en aquel mismo dia los Sirios, azorados por un terror pánico, levantaron el sitio, y abandonaron su campo lleno de víveres. Algunos leprosos que habian salido de la ciudad para ir á pedir á la espada enemiga una muerte mas pronta y menos horrible que la del hambre, encontraron el campo desierto y ricamente provisto, y corrieron á participar á sus compatricios tan inesperada fortuna. Los extremados apuros desaparecieron

pues con el enemigo, y estaciones mas felices trajeron la abundancia.

La Sunamita volvió á su pais, cuando la calamidad habia desaparecido. Y como encontrase su casa y sus posesiones ocupadas por poderosos usurpadores, acudió al Rey para pedir justicia á fin de que le fuesen restituidas. En aquel momento el Rey se informaba por medio de Giezi de todas las maravillas obradas por Eliseo; y mientras le estaba contando como habia resucitado á un muerto, compareció la muger á cuyo hijo habia resucitado, reclamando ante el Rey su casa y sus heredades. Y dijo Giezi: « Ved ahí la muger, y este es su hijo á quien resucitó Eliseo. » La Sunamita hizo por sí misma la relacion de todo lo que le habia sucedido. Y reconociendo el Rey la justicia de su demanda, dijo á uno de sus oficiales: « Haz que se le restituya todo lo que le pertenece, y todos los réditos de sus heredades, desde el dia que salió de su tierra hasta el presente. »

Eliseo se habia retirado á Damasco, y desde allí vió el doloroso cumplimiento de sus profecías. Envió á uno de sus discípulos para derramar la uncion real sobre la cabeza de Jehú, capitan célebre por su valor y por sus talentos militares, y darle la mision de exterminar la familia de Acab. Jehú, fiel á esta vocacion terrible, avanzó con las tropas ganadas ya á su partido contra el Rey su señor, el cual, como vimos ya, no tuvo tiempo para ponerse en defensa, y pereció miserablemente. Inmoló asimismo con la mayor facilidad á la fiera y temida Jezabel, cuya sangre corrió debajo los piés de los caballos, y cuyo cadáver desapareció devorado por famélicos perros. Hizo tambien caer bajo el golpe de la cuchilla á Ochozias rey de Judá, hijo de la ambiciosa Athalía. En fin, escribió á los ancianos del pueblo y á los oficiales de la casa de Acab en Samaria estas palabras: « Al momento de recibir esta carta, vosotros que teneis en vuestro poder á los hijos de vuestro antiguo dueño, y carros, y caballos, y plazas fuertes, y armas, escoged entre los hijos de vuestro difunto Rey el mas esforzado y el que mas os agrade; colocadle en el trono de su padre, y combatid por él. » Pero todos estos personages se dijeron unos á otros no sin estupor: « Dos príncipes no han podido prevalecer contra él, ¿como podremos resistirle nosotros?» Y acordaron enviarle una entera sumision. Entonces Jehú les mandó una segunda carta:

« Si estais por mi parte, y aceptais mis órdenes, cortad las cabezas de los hijos del Rey, y mañana á esta hora misma venid á traérmelas en Jezrahel. » Vinieron en efecto, llevando en cestones las cabezas ensangrentadas de los desgraciados príncipes. Jehú dijo á los mensageros encargados de presentarle tan horrible presente, que si él hubiese dado órdenes injustas, no debieran haberlas cumplido y que ejecutándolas daban testimonio de su justicia. « Ved pues, dijo con aquella aterradora seguridad de aquellos hombres que se sienten los instrumentos de la venganza del cielo, ved ahora si ha caido en tierra una sola palabra de las que habló el Señor contra la casa de Acab, y si ha ejecutado el Señor lo que predijo por medio de Elias su servidor. » Así pues fueron sucumbiendo al soplo de la cólera de Dios todos los apoyos de una familia poderosa, como hojas que arranca el uracan y arroja delante de sí.

Mientras que Jehú trabajaba en afirmar su poder, cimentado con sangre, Hazaël, que habia subido al trono de Damasco, haciendo morir á su señor, vino á someter á su imperio las provincias que el reino de Israël poseia á la otra parte del Jordan, las tribus de Gad y de Ruben y la media tribu de Manases. Entonces fue cuando desplegó todas las crueldades, cuya vista anticipada habia arrancado lágrimas de patriotismo á Eliseo. Destruyó las plazas fuertes, y paseó por las campiñas el incendio y la devastacion. Despues de los guerreros, los viejos y los niños perecieron al filo de la espada; las mugeres en cinta fueron degolladas sin piedad, por temor de que en lo sucesivo no se levantase de entre las cenizas de los vencidos un ejército de vengadores. Por esto, un siglo despues, el profeta Amós pedia justicia de aquellas atrocidades pintando con su vehemente elocuencia el verdor de las montañas marchitado por la invasion, los campos llorosos y empobrecidos, y las mugeres de Israël aplastadas bajo el hierro desgarrador de les carros de guerra.

De otra parte el reino de Judá hallábase en una situacion deplorable. Athalia hacia triunfar allí la impiedad, primero como esposa y como madre de reyes, despues á título de reina, cuando hubo inmolado sus nietos para ejercer un poder absoluto y omnímodo. En medio pues de tantas desgracias y escándalos, el profeta Eliseo veia acercarse la hora de su

muerte. Estaba de regreso á Samaria en donde cayó enfermo de peligro. Joas, nieto de Jehú, que empuñaba entonces el cetro de Israël, fué á dar el último adios al anciano ilustre y venerable y al acercársele le dijo con las lágrimas en los ojos: « Padre mio! O padre mio! Vos que sois el carro y el conductor de Israël! » — « Tráeme un arco y flechas » dijo Eliseo; y cuando las hubo tomado, « Príncipe, dijo, pon la mano sobre este arco. » Y habiendo despues puesto sus manos entre las de Joas, añadió: «Abre la ventana que mira al Oriente: arroja una flecha.» Y continuó en tono de inspiracion: « Esta es la flecha de salud de Jehová, el señal de su proteccion contra la Syria.... » Y murió profetizando los próximos triunfos de su pais. Los sucesos no desmintieron su palabra: las armas siríacas fueron humilladas repetidas veces. Además su ceniza pareció guardar algun resto de aquella maravillosa energía que habia tantas veces desplegado durante su vida. Unos hombres que iban á dar sepultura á un muerto, sorprendidos por una horda de ladrones, huyeron despues de haber arrojado precipitadamente el cadáver sobre el sepulcro de Eliseo que estaba allí contiguo. Al contacto de aquellos huesos santificados, el cadáver entró en movimiento, el muerto se reanimó, dando así Dios un nuevo y evidente testimonio de la virtud y del alto ministerio del grande profeta.

No se extinguió con la muerte de Eliseo la antorcha de la profecía, pues brilló sucesivamente y por el espacio de dos siglos en una porcion de hombres eminentes, cuyos escritos han llegado hasta nosotros, y que han llenado de una luz suave é inmortal las regiones de este cielo intelectual en donde viven y respiran las almas. Por su medio, antes de la venida de Jesucristo, la verdad se mantuvo en el mundo el cual les debe el no haber enteramente perdido entónces el conocimiento de su orígen y de su fin. En su inmutable palabra se apoya la verdad del Cristianismo; ellos fueron nuestros progenitores en la fé; y dándoles nosotros la mano por sobre la cabeza de los siglos, tocamos con ellos en la cuna de la humanidad, así como ellos tocarán con nosotros y con nuestros descendientes á aquel dia que se llama la Eternidad: dinastía sagrada de espíritus, que sale de Dios por la creacion, y que vuelve á él por una libre adhesion á la verdad religiosa.

Notas.

(1) A propósito de institutos monásticos, trasladaremos aquí algunas de las cláusulas que en julio de 1842, con tanta imparcialidad como independencia escribíamos en las últimas páginas de nuestra Revista filosófica *La Religion*.

«Los que se figuran que ciertos titulados reformadores siguen el vuelo de la época, se engañan groseramente. Verdad es que el espíritu del siglo es el de reformar, y no hay duda que cada generacion se cree reformar los abusos de las que la precedieron. Hállase en el órden de la providencia esa continua alteracion de las cosas humanas, esa instabilidad nunca interrumpida; por eso vemos hundir á nuestros ojos las mas arraigadas instituciones, así como desplomarse con estruendo los mas bien cimentados edificios. Dios lo permite así, porque todas las obras alzadas por la mano del hombre, aun aquellas cuyo objeto es mas santo y mas augusto, vienen á corroerse con el tiempo, ó por la flojedad de la indolencia, ó por la carcoma de las pasiones. La religion es la única que queda en pié en medio de todas las ruinas de los imperios, porque nacida en la eternidad y ántes de los tiempos, está destinada, como obra de la mano de Dios, á sobrevivir á los siglos.

Con todo, nótese que aun en lo humano, las obras que mas participan del espíritu de esta grande obra de Dios, son las que gozan de mayor duracion, las que resisten con mas firmeza los embates del tiempo, y las que mas se acercan en cierto modo á la inmortalidad de la religion, de quien son hijas mas ó menos perfectas. Por manera que la perpetuidad de las instituciones humanas, á pesar de accidentales alteraciones, está en proporcion de su mas ó menos inmediata emanacion de la obra de Dios. Como aquellas se funden en la verdadera práctica de las virtudes cristianas, no morirán jamás substancialmente; porque el espíritu de caridad que las produjo na-

ció con la religion, y vivirá con ella hasta la fin del mundo, en el cual, como dejarán ya de existir la fé y la esperanza, entrará á incorporarse en la gloria de la inmortalidad.

De ahí es que en vano lucharán todos los esfuerzos de una necia tenacidad para desterrar del mundo el espíritu religioso, porque la asistencia de Dios jamás faltará á su Iglesia, y tanta necedad es el pretender proscribir las virtudes cristianas que nacen de la exacta observancia de los preceptos evangélicos, como aquellas otras que dimanando de la observancia de los consejos, presentan al hombre un término indefinido de perfeccion y de santidad. ¿Qué poder humano será capaz para limitar el vuelo del alma, y romper la intimidad de la comunicacion de Dios con sus criaturas? Eh! los que proclamais la libertad indefinida del hombre, ¿creeis acaso que la esfera de esta libertad es en todas las almas tan limitada como en la vuestra, circunscrita al corto espacio sensible que os rodea, y al momento de la vida que respirais? Muy mezquina idea teneis de esa alma que no cabe en los espacios conocidos, y cuyos ojos buscan mas allá de los astros las regiones y los tesoros infinitos del que únicamente puede llenar su corazon. ¿Y con qué derecho negais un asilo al alma sublime, que fatigada de vuestros miserables placeres, busca un lugar de silencio donde suspirar por la nueva patria que anhela y para la cual se siente criada? ¿Como teneis la crueldad de negar á ese corazon de fuego un lugar donde pueda saciar inocentemente su necesidad de amar á Dios, y donde su voz, no contaminada por el mundo, pueda subir al trono supremo para reconciliar al cielo con la tierra y detener quizás la mano del Eterno levantada contra vosotros?

Merced al Hacedor supremo que los vuelos del corazon no están sujetos al brutal imperio de vuestra opresora suspicacia, y que las relaciones del alma con Dios no están al alcance de vuestras miserables tentativas. A pesar vuestro y para la gloria de Dios y felicidad del mundo habrá siempre almas que profesarán la abnegacion y la penitencia, almas consagradas á la virginidad y al retiro, á la mortificacion y á la plegaria, ángeles en carne humana á quienes Dios llamará para hablarles en la soledad, y que formarán un claustro de su corazon. Verdad es que no os deberán á vosotros ni siquiera la tolerancia que dais á la blasfemia, á la disolucion y á la rapiña, cuanto menos género alguno de proteccion; tan solo serán deudoras á vuestra cruel intolerancia de verse expuestas á los escollos de un siglo tempestuoso, y á vuestros sarcasmos y risas mofadoras; pero la fuerza de los escogidos de Dios es muy superior al poder humano, y en medio de la disolucion brutal á que quisierais ver abandonado el mundo, existirán estas almas de eleccion asiladas en la soledad de sí mismas, cubiertas bajo las alas de su inocencia y suspirando secretamente por aquella patria que llena de dulzura las angustias de su persecucion, y de la cual no les podeis privar vosotros.

Este siglo conocedor, á pesar de todas sus inconstancias, ha llegado á penetrar estas verdades y ha empezado á respetarlas. En las naciones que nos preceden en la carrera

de la civilizacion, se va ya verificando lenta pero sensiblemente una reaccion religiosa; la feroz intolerancia de la irreligion es ya mirada como una tiranía, y como una preocupacion que debió morir con el siglo que la produjo. Aquellas instituciones que só protesto de progreso de la humanidad destruyó una brutalidad salvage, vuelven á ser reconocidas y juzgadas sino por el espíritu de piedad alomenos por un instinto de sensatez y de filosofía reparadora: la Religion, la Iglesia, sus gefes, sus leyes, sus ministros, sus establecimientos, todo lo que se habia condenado sin apelacion por una delirante antipatía, vuelve á ser llamado al tribunal de la razon, y las altas inteligencias en quienes reside de hecho la magistratura suprema para decidir las grandes cuestiones humanitarias, no se avergüenzan ya de hacer justicia á la verdad, y reparar en parte con sus nobles esfuerzos los destrozos de lo pasado. El poder de los gobiernos se ve como fluctuante entre las exigencias del verdadero progreso filosófico y los bramidos de las pasiones desencadenadas que luchan con furor contra la restauracion moral que va ya estendiendo sus crepúsculos por la Europa, tanto mas tolerante, tanto mas civilizada cuanto mas cristiana.



ATHALIA.



ATHALIA.

O trono! trono! antes morir mil veces
Que abandonarte. Vale mas que un rayo
De un golpe me derribe de sus gradas
. . . .
Sobre mi caiga el indignado cielo
Con tal que satisfaga mi venganza

(Corneille. Rodoguna, acto V.)

En esta muger se personifican á la vez la impiedad perseguidora, la venganza, la ambicion y la crueldad. Hija de Acab y de Jezabel, diríase que teme no ser tan perversa como los que le dieron el ser, y parece que los vicios de éstos hayan pasado en su alma por una secreta y misteriosa influencia, aun mas que por la autoridad del ejemplo. De piedad, de afeccion de familia, de maternal ternura no busqueis la mas débil chispa de sentimiento en aquella alma feroz. Desafía el poder del cielo, desprecia la voz de la sangre, despoja y deja caer arruinado el templo del verdadero Dios; y á aquellos de sus deudos y allegados que habia perdonado la espada ene-

miga, ella los inmola para subir al trono en lugar suyo. No guardo ninguna de las dulces virtudes de la muger, y tomó del hombre sus mas odiosos defectos.

Corria el año del mundo 3120. Un siglo habia que la nacion de los Hebreos estaba dividida en dos reinos, el de Judá, que comprendia las tribus de Judá y de Benjamin, y el de Israël, formado de las diez restantes tribus. Los reyes de Judá descendian de David, y se conservaba en ellos el órden de sucesion al trono, y, salvas algunas momentáneas excepciones, el culto del verdadero Dios. Jerusalen, la ciudad santa, y el templo de Salomon formaban parte de este reino. Los reyes de Israël al contrario, habian alterado la fé antigua, erigiendo altares sobre las montañas, á la manera de los paganos, y prohibiendo á sus súbditos el ir al templo de Jerusalen, no obstante de ser el único lugar en donde era permitido entónces el ofrecer sacrificios. Algunas veces ciertas disensiones producian la guerra entre los dos reinos; pero muy á menudo se prestaban un mútuo socorro contra los pueblos vecinos, y las familias reinantes se unian por medio de enlaces. Así es como Athalia, hija de Acab y de Jezabel, que estaban al frente de las tribus disidentes, habia enlazado con Joram rey de Judá, hijo del piadoso Josafat.

En vez de imitar á su padre, cuya virtud, grata al Señor, habia sido coronada de prosperidad y de gloria, Joram entró en las vias corrompidas de los reyes de Israël, entregándose á las impiedades que le aconsejaba su muger. Porque, así como las virtudes de la muger, atraen y amoldan al bien, así sus vicios arrastran y precipitan al mal por el funesto imperio que sobre el hombre ejercen. Su ejemplo y su palabra crean ó destruyen, con la inocencia y la dicha de la sociedad doméstica, una parte de la grandeza y de la prosperidad de las naciones: es como una imágen de aquel que fué el mas bello de los ángeles, en tanto que permaneció fiel á la luz, y que pasó á ser horrible y espantoso luego que la hubo desconocido y abandonado. Athalia y Joram no tardaron en ser dignos el uno del otro: ella supo muy bien despertar y desarrollar en el corazon de su esposo la ambicion, la sed de sangre, despues el desprecio de las cosas divinas; pues es muy natural en efecto que la religion, por el mero hecho de consagrar los derechos y de regular el empleo

de la fuerza, se haga particularmente odiosa á los que no reconocen otra inspiracion que sus propios caprichos, y no buscan en el poder sino un medio de vivir sin freno.

Joram era el mayor de muchos hermanos que habian recibido su parte correspondiente de grandes cantidades de oro y de plata y otras riquezas, y ciudades fuertes en el reino de Judá. Él pues les hizo perecer á todos, así como á otros muchos príncipes de Israël, creyendo de este modo asegurarse un reinado pacífico, y una autoridad independiente y sin oposicion ni rivalidad. Dios que habia prometido no extinguir el linaje de David, no quitó la corona de la familia del malvado príncipe, sino que le castigó por sí mismo de un modo terrible y ruidoso, para que, así como la misericordia seguia su curso, la justicia conservase sus derechos. Varias desgracias cayeron sobre la cabeza de Joram: los Idumeos rebelados contra él, rehusaron dar el tributo que pagaban á Judá un siglo habia, y quisieron darse un rey. Lobna, ciudad considerable de las fronteras de la Idumea, logró substraerse tambien de su cetro. Púsose Joram en campaña y atacó á su enemigo, que fué batido pero no domado, y que se mantuvo en la independencia.

Á la crueldad, Joram empujado por Athalia, juntó las prevaricaciones sacrílegas de la impiedad. Levantó altares á Baal, dios de Tyro y de Sidon, y arrastró sus pueblos á la apostasía. Un dia recibió una carta severa de parte de un inspirado profeta. El varon de Dios hablaba con toda la fuerza con que arma la verdad á sus defensores contra la opresion y la tiranía: recordábale los ilustres ejemplos de David, de Josafat y de otros reyes piadosos, y le manifestaba el modo indigno con que Joram habia preferido seguir las culpables huellas de los reyes de Israël. Echábale en rostro la idolatría, esa fornicacion del espíritu, y evocando las sombras y el recuerdo de los jóvenes príncipes degollados por su atroz ambicion, le amenazaba á él y á su pueblo y á sus hijos y á sus mugeres con la venganza del Todopoderoso, porque existe entre los miembros de una misma familia, y los individuos de una misma nacion una especie de responsabilidad recíproca que deberia manifestar á todos que la virtud es de necesidad á la vez doméstica y social. No tardó en verificarse la palabra del profeta: los Filisteos y los Árabes,

desde las orillas del mar Rojo hicieron incursiones en las tierras de Judá, y despues de enormes estragos y desolacion llevaron consigo los hijos y las mugeres del Rey, pudiendo solo escapar Ochozias, el mas jóven de sus hijos. El mismo Joram fué atacado de una enfermedad incurable, que le devoraba las entrañas: duróle dos años la languidez de la dolencia, y murió lastimosamente consumido por largos y atroces sufrimientos. No fué quemado su cuerpo en medio del olor de los perfumes, como se acostumbraba hacer con los buenos reyes; pues cuanto en los últimos tiempos de su vida se habia llegado á hacer insoportable á sí mismo, á causa de su horrible llaga, tanto era odioso á la nacion á causa de sus crímenes, y de las calamidades de su reinado. Así en Judea como en Egipto, el pueblo juzgaba á los monarcas despues de su muerte, y honraba su cadáver con la regia sepultura, ó le excluia de ella, segun lo que el difunto habia practicado ó desconocido la justicia. El anatema de la multitud cayó sobre Joram, como un castigo de sus iniquidades y para servir de ejemplar á sus sucesores, execracion solemne, cuya responsabilidad é infamia redundaba por mitad sobre la detestable Athalia.

Ochozias era el único de los hijos de Joram que habia aun sobrevivido, habiendo sido los demás víctimas de la cuchilla de los Árabes. Los habitantes de Jerusalen le reconocieron por Rey; pero imitó los criminales ejemplos de su padre, porque dejaba dirigirse, como él, por los consejos de Athalia. Cortos empero fueron sus dias, pues Dios le detuvo en el curso de sus impiedades. Habia hecho alianza con su tio, el rey de Israël, para resistir á los ataques de los Sirios. El rey de Israël gravemente herido en una batalla, tuvo que retirarse á una ciudad de su reino para curarse. Ochozias fué á visitarle; y como estos dos herederos de la raza condenada de Acab estaban reunidos, perecieron en una comun ruína, que Dios les habia preparado. Jehú, suscitado de lo alto para vengar la sangre de los profetas y castigar los príncipes prevaricadores, vino á sorprender á los dos parientes: atravesó con una flecha al rey de Israël, que expiró allí mismo, y á Ochozias que habia tomado la fuga, le alcanzó Jehú, y le hizo dar la muerte sin tardanza. Sus súbditos le dieron honorífica sepultura por respeto á la memoria de

Josafat, el rey grande y piadoso. Así íbanse cumpliendo las amenazas del Señor sobre la casa de Acab.

Y Athalia, en vez de aprovecharse para hacerse mejor, de todas las revoluciones multiplicadas y sangrientas, que eran una voz de la Providencia, se afirmó en la crueldad. Habia ella gobernado como esposa y madre de rey; pero su brusca ambicion se fatigaba de un poder repartido, y rompió de un solo golpe todas las trabas que podian oponérsele todavía. Ochozias al morir, habia dejado muchos hijos, que eran para en adelante la última esperanza de Judá, y los postreros restos de la sangre real de David. Su abuela empero, los hizo degollar con una atrocidad inexorable, y creyó por fin cumplidos sus proyectos y acabadas sus venganzas. Pero Dios gobierna nuestros furores como los del Océano, los deja alzarse y hundirse, y los burla, ó bien sustrayendo de un modo invisible el objeto de sus persecuciones y amenazas, ó bien cubriéndole con la égida magestuosa de algun grande y estupendo prodigio.

Ochozías tenia una hermana llamada Josabeth, hija tambien de Joram, pero de otra madre que no era Athalia. Esta princesa habia enlazado con el pontífice Joïada, segun la costumbre de largo tiempo introducida de enlazar por medio de matrimonios el sacerdocio y el imperio. Josabeth, pues, habiendo llegado en el acto de ser degollados los príncipes sus sobrinos, halló medio de sustraer al cuchillo de los verdugos al pequeño Joas, niño de pecho todavía, y le confió, junto con su nodriza, al gran Sacerdote su marido. El régio infante quedó por espacio de seis años oculto en uno de los aposentos ó habitaciones del templo: y así fué sustraido tambien á la corruptora influencia de las lecciones y ejemplos de su abuela; y á la presencia del Señor y con el estudio de los libros santos, pudo formarse su corazon á la virtud, el mejor consejero de los reyes. Feliz, si esta planta delicada, protegida hoy contra la tormenta devastadora por manos estrañas, echa raíces profundas en el suelo de la Religion, y sabe mas tarde defender por sí misma contra las tempestades el honor de su gloriosa frondosidad y la suavidad exquisita de sus perfumes!

Athalia habia subido al trono por el crímen, y se mantenia en él.

por la fuerza y la intriga. Entre los Israelitas las mugeres estaban generalmente excluidas del gobierno de las cosas públicas. Dios habia ordenado que escogiesen entre sus hermanos al que debian reconocer por Rey. De otra parte Athalia no era ni de la tribu de Judá ni de la raza de David, de la cual sin embargo no debia salir el cetro antes de una época fijada por los profetas. Por fin la idolatría que ella osaba introducir y proteger en la ciudad santa, creaba un título formidable contra la legitimidad de la odiosa princesa. Con todo gobernó ella seis años, y no parece que en este intervalo alimentase la menor inquietud sobre el porvenir. Joas era un jóven levita que no podia inspirar temor alguno, y Joïada no parecia meditar grandes designios, ni encerrar en su pensamiento los destinos del reino. Pero es precisamente uno de los caracteres de la celeste venganza el estallar súbitamente y por puntos imprevistos, á fin de que sepan los hombres que no se la puede prevenir sino con el arrepentimiento, y que no se la evita por los cálculos de la prudencia humana.

La dignidad de pontífice daba á Joïada una autoridad soberana en las cosas de la religion, y por consiguiente en los reglamentos políticos y judiciales de un gobierno teocrático. Él era el gefe de los sacerdotes y de los levitas, que en todas épocas habian pasado por los mas bravos guerreros de la nacion, y que, celosos por la ley, estaban adictos á la casa de David, así como al culto legítimo del Señor. Juez del pueblo, era su derecho y deber el defender la inocencia oprimida, sostener los intereses de Judá y de la sangre real, y el derribar á Athalia de un trono al cual ni su sexo ni su nacimiento le permitian subir, y que manchaba con el horror de sus crímenes. Ademas Joïada reunia cualidades eminentes que le recomendaban al respeto y admiracion de todos; sabiduría y prevision, valor y generosidad, ardiente amor del bien público, y sólida piedad hácia Dios. Tal era el hombre que resolvió poner un término á la tiranía bajo la cual gemia la Judea.

Joas estaba ya en el año séptimo de su edad, y Athalia gobernaba seis años hacia. El gran Sacerdote hizo comprometer á su partido cinco oficiales que cada uno tenia á sus órdenes cien soldados, haciéndoles prometer bajo juramento el guardar un inviolable secreto: envió-

les despues por todo el pais para dar órden á los levitas y á los gefes de las primeras familias de pasar á Jerusalen en un dia determinado. Este negocio fué conducido con tanta destreza y felicidad, que ningun rumor llegó á los oidos de la suspicaz Athalia; y no seria estraño que la discrecion de los conjurados encontrase un apoyo en el odio general que habian suscitado los crímenes de Athalia, y en el respeto y amor de los pueblos por Joïada y por la estirpe de David. La ejecucion debia tener lugar un dia de sábado, porque los levitas y los sacerdotes entraban en servicio todos los sábados y relevaban los oficiales de la semana precedente, y de este modo se hallaria reunida en el templo una considerable multitud. Athalia, de otra parte, acostumbrada á ver semejante concurso, no podia por esto entrar en la menor sospecha ni recelo el mas remoto. Todo pues marchaba á medida del deseo.

El gran Sacerdote, mostrando Joas á la fiel multitud, dijo: «Ved ahí al hijo del Rey; él reinará como Dios lo ha prometido á la posteridad de David.» Despues repartió los sacerdotes y levitas en diversos cuerpos que debian guardar al palacio, proteger la persona del jóven príncipe, y defender las avenidas del templo. Lo restante del pueblo permanecia en el atrio de la casa del Señor. Dióse la órden de hacer morir á cuantos turbasen las filas de la milicia sagrada. Espadas, lanzas, puñales, todo cuanto era necesario para el ataque y la defensa, todo se halló en el templo, pues habia en él una especie de arsenal en donde se conservaban las armas tomadas al enemigo por David y sus sucesores. Sale entónces Joas de su recinto y se adelanta rodeado de sus guardias. Pónenle la diadema en la cabeza y el libro de la ley en la mano: es proclamado Rey: el gran Sacerdote derrama sobre su frente el aceite sagrado, y toda la inmensa muchedumbre, batiendo las palmas en señal de júbilo, clama á una voz: ¡Viva el Rey! No era comun que los reyes de Judá fuesen investidos del poder por medio de la ceremonia de la consagracion, y solo se practicaba esta cuando habia algunas dificultades en cuanto á su eleccion, ó cuando les era disputada la sucesion al trono: así Salomon recibió la uncion santa á causa de las pretensiones de Adonias, y Joas la recibió á causa de la usurpacion de Athalia.

Entretanto al oir el rumor del tumulto y los gritos del pueblo, Athalia corre al templo. Desde el umbral divisa ya al jóven príncipe en un trono, y los oficiales y tropas á su alrededor, y toda la multitud ébria de gozo. Oye el sonido de las trompetas y de los varios instrumentos, y la voz de los que cantaban las alabanzas del jóven monarca. Rasgando entónces sus vestidos, exclama: « Traicion! traicion! » Pero Joïada se adelanta hácia los centuriones y gefes del ejército; é insistiendo para que la princesa no fuese muerta en el lugar santo, dice: « Sacadla fuera del recinto del templo, y que perezca al filo de la espada, y perezca igualmente por la espada cualquiera que la siguiere. » Prendiéronla pues, la llevaron fuera del templo, y le dieron la muerte junto á su palacio.

Así murió Athalia, víctima de una pasion desenfrenada, ejemplo memorable del juicio severo que aguarda á la tiranía y á la impiedad. No todos los crímenes son tan desgraciados ni tan prontamente castigados; pero todos merecen un castigo, y este castigo les alcanzará un dia. ¿Cómo pues los hombres antes son atraidos en las vias de la injusticia por la dudosa esperanza de una impunidad momentánea, que desviados de ellas por el temor de una pena inevitable? Es porque en nuestro corazon nada sobrepuja al ansia febril de mandar, y al orgullo de despreciar los peligros. Rey destronado, el hombre, pasa todo el destierro de esta vida entre sueños de gloria: apetece la autoridad que no tiene, y defiende con todo el ardor de su celo la autoridad que posee: y cuando asalta á toda autoridad que con él rivaliza, es menos para destruirla que para dislocarla en su provecho propio. Revestidle de las insignias del poder y de los títulos fastuosos que se dan á la superioridad: á un señal de sus cejas, á un movimiento de su dedo, corred á escuchar la palabra que cae de sus labios, y partid para ejecutar sus órdenes: al instante su corazon se dilata, su espíritu satisfecho parece que se ensancha y se engrandece: un rayo de orgullo brilla sobre su frente: dá saltos como un niño á quien levantais con vuestras manos, y que al ver que domina sobre vuestra cabeza, triunfa por su ilusoria elevacion, ó por su fantástica grandeza. Para conquistar honores osa arrastrarlo todo, sufrirlo todo: la fatiga del dia, el insomnio de noche, los

peligros y la muerte. Así cuando el mar, entumecido por los vientos de la tempestad, corre y brama como un caballo desbocado y furibundo, el marino no teme fiar su débil barquilla al furor de las ondas: sube y baja con ellas, las desprecia y las domina: sonrie á la tormenta, y arrastrado sobre la cumbre encrespada del Océano, prosigue fieramente su azaroso curso al través de los escollos y de los abismos. Tal es la ambicion noble y útil, como todos los sentimientos puestos en nuestro corazon por la mano de Dios; multiplica las fuerzas del hombre, y crea maravillas en su arrebatada carrera. Es entónces un reflejo de aquella santa emulacion con que el Criador gobierna á sus obras: así que, el Cristianismo no la proscribe, sino que la dirige. El poder será siempre una cosa bella; descendido á la tierra en el orígen del mundo, no saldrá de él sino despues de haber sellado la tumba de la última sociedad y de la última familia; pero ¡ay de aquellos que no le arrebatan sino por medio de crímenes, y que solo lo ejercen con capricho y con dureza! El derecho de mandar, sino lleva consigo la superioridad de la inteligencia, impone siempre el deber del sacrificio.

Despues de la muerte de Athalia, Joïada coronó su obra de restauracion política, dándole una sancion religiosa: hizo jurar al Rey y al pueblo una mutua alianza en el Señor, prometiendo el Rey obedecer á Dios y á las leyes del Estado, y prometiendo el pueblo obedecer á su gefe en conformidad con las leyes del reino y las prescripciones divinas. En la sencillez de su redaccion esta carta ó estatuto es el mas sabio y el mas discretamente libre que pueda imaginarse. Colocando tanto sobre los que mandan como sobre los que obedecen el nivel comun de la voluntad de Dios, regula y sanciona los derechos y los deberes; tempera el ejercicio de la autoridad y honra la práctica de la obediencia. Cuando la autoridad se vé menospreciada, recorre á la tiranía: cuando la obediencia se mira deshonrada, se acoge á la revuelta. Por esto el medio mas eficaz de prevenir los excesos del despotismo y las sublevaciones de la anarquía es el recordar al poder que tiene un juez, y á la subordinacion que tiene un remunerador. Reyes y súbditos, pongamos todos nuestros actos bajo el poderoso abrigo del nombre de

Dios, á fin de que los superiores perdonen á los subalternos que conserven una cierta dignidad en su voluntario abatimiento, y que si se despojan de una porcion de sí mismos, sea con el fin de reclamar para lo que les queda alguna garantía contra opresiones posibles; para que á su vez los inferiores perdonen á sus gefes el reclamar una grande plenitud de libertad y de accion, el no consentir que la autoridad quede desarmada. El que gobierna y el que es gobernado son dos personas, y tal vez no seria tan trascendental el abajarlas ó abatirlas; pero el poder y la obediencia son dos principios, y no deben jamás enervarse ni envilecerse; al contrario, conviene ennoblecerlos y consagrarlos por fieles y mutuos respetos. Tal es la doctrina de la religion: tal es tambien la doctrina de la bella y sana política.

Precipitóse el pueblo en el templo de Baal en donde Athalia habia reunido considerables tesoros, é introducido ó mas bien llevado el culto de las deidades fenicias. Los altares fueron derribados, hechas pedazos las estatuas, y Mathan muerto á los piés de los falsos dioses de quienes era sacerdote. El poco respeto de los últimos príncipes por la religion, habia dejado decaer las ceremonias cuya significacion y pompa no podia dejar de importunar su sacrílega apostasia. Joïada restableció la antigua disciplina, puso para la guarda del templo oficiales sometidos á los sacerdotes y á los levitas, y dió la órden de ofrecer los holocaustos y de entonar cánticos, como estaba escrito en la ley de Moysés, y como lo habia regulado David, el modelo de los reyes.

Despues el gran Sacerdote, acompañado de los centuriones, de las legiones y de todo el pueblo, condujo al jóven rey al palacio de sus abuelos, y le hizo tomar posesion del trono. La multitud se entregó al regocijo, y toda la ciudad volvió á entrar en el reposo despues de haber inmolado á la muger audaz que habia por tan largo tiempo convertido en tinieblas el antiguo esplendor de Judá. Jerusalen dejó sus vestidos de luto, y vió con admiracion que la felicidad de los malvados se disipa como un sueño, y que Dios es tan fiel en sus amenazas como en sus promesas.

Tenia Joas siete años cuando fué elevado al trono, y le ocupó cuarenta años. En el primer período de este largo reinado hizo recordar los

bellos tiempos de David y de Josafat porque siguió los experimentados y piadosos consejos del gran Sacerdote, su bienhechor y su amigo: nada es tan duro y tan fuerte al mismo tiempo como la prosperidad del jóven unida á la grave razon del viejo. Con todo Joas no fue contado irreprehensible: á pesar del celo que desplegó en destruir la idolatría, no condenó los lugares elevados en donde el pueblo se obstinaba en ofrecer incienso ilegítimo en honor de Jehová. El crímen no estaba en el culto, que se ofrecia al verdadero Dios, sino en el desprecio de la ley que prescribia positivamente el practicar la adoracion solamente en Jerusalen. Joas creyó del caso valerse de la política de contemporizar con el ánimo de la multitud, sin advertir que la debilidad dista mucho de la condescendencia, y que, si bien importa mucho el ser bondadoso y conciliador en la aplicacion de las teorías, jamás por otra parte se debe transigir en el terreno de los principios. Por lo demás es tal vez el mayor secreto para el gobierno de las naciones el saber calmar las ciegas exijencias de la fuerza sin prescindir de las inflexibles prescripciones del derecho; y hemos oido como el bramido de las revoluciones ha contextado á muchos que proponian la solucion de este difícil problema.

Sabia el jóven rey por las Escrituras que Dios hace consumir las naciones impías, y que tiene los tronos en su mano, y que así la religion es un elemento indispensable de vida y de prosperidad social. Ordenó pues la reparacion y embellecimiento del templo despojado por Athalia y por largo tiempo abandonado por el descuido á la intemperie de las estaciones. Aplaudieron los Israelitas la piedad del príncipe, y ofrecieron con gusto sumas considerables de dinero para adornar la casa del Señor. Tal se manifestó Joas: era una flor con todo el brillo y esmalte de abrirse á la luz del dia: no le habia contaminado soplo alguno dañino, y su perfumada frescura era la gloria y el encanto de los valles embalsamados con su fragancia.

Entretanto el pontífice Joïada, ya muy avanzado en años, ilustre por los servicios hechos á la patria, bajó al sepulcro. Su real pupilo se mantuvo por algun tiempo en las mejores disposiciones, como un vaso que exhala aun el olor de los perfumes que en otro tiempo contenia.

Pero no fué bastante fuerte para resistir á las lisonjas que se le daban como muestras de respeto y de honor; y por una ilusion á que se hallan tan propensos los que pueden impunemente osarlo todo, creyó que todo le era permitido. Sucumbió pues su fortaleza, y ni treinta años de habitudes virtuosas, ni el recuerdo de ejemplos respetables y de lecciones gravísimas, ni el espectáculo de castigos providenciales le salvaron de los asaltos del orgullo. Harto fiel á la sangre de Acab, delineó en su persona toda la impiedad de Athalia, y Jerusalen presenció con doloroso estupor el templo del verdadero Dios abandonado y cubierto de luto; las insignias de un culto sacrílego enarboladas sobre las cumbres elevadas, y toda una impía multitud adorando ídolos mudos y abominables. En vano hablaron los profetas: ningun caso se hizo de sus exhortaciones ni de sus amenazas. El gran Sacerdote Zacarías, hijo de Joïada, se presentó al pueblo para echarle en cara su ingratitud; pero el pueblo amotinado le hizo perecer bajo una lluvia de piedras. ¡Y era Joab, quien habia dado la órden bárbara de inmolar así al hijo de su bienechor! ¿Cómo los que han sido traidores con Dios serán fieles al hombre? ¿Y el corazon de los apóstatas puede guardar el culto del reconocimiento y de la amistad?

No obstante, el noble Sacerdote, antes de espirar, apeló de la sentencia de su cobarde verdugo á la justicia de Dios: «Véalo el Señor, exclamó, y haga justicia.» En efecto el Señor vió el crímen, y le castigó con una pronta venganza. Al año siguiente permitió que los Syrios invadiesen el territorio de Judá, y hasta llegaron á amenazar la ciudad santa; y Joas se vió obligado á despojar el templo y ofrecer sus riquezas á los enemigos para hacerles decidir á retirarse. Pero volvieron despues; Joas salió contra ellos al frente de un ejército numeroso, y no pudo vencerlos á pesar de la inferioridad de su número, porque Dios es el que siembra el pavor ó el aliento en el seno de estas muchedumbres reunidas, y él es quien hace á su sabor caer las armas de la mano á los mas esforzados. La intervencion de la Providencia en las batallas, esos juegos sangrientos del libre genio que sirve á la fuerza ciega, es una de las leyes mas morales y mas bellas. Por esto ya en los primeros tiempos del mundo la promulgó Dios por su propia boca,

como todas las verdades necesarias al hombre, y la hizo repetir á menudo por sus profetas en medio del pueblo depositario de las verdaderas creencias. Y hoy, que el Evangelio la ha dado á conocer á todo el mundo, continua Dios en aplicarla, sin prevenirnos de ello con especialidad; y las grandes derrotas y las ilustres victorias son con mas frecuencia de lo que se cree el mas solemne cumplimiento de esta órden providencial. Ocúltase bajo el velo de sucesos ordinarios el brazo del Omnipotente; y allí donde el espíritu pagano no vé mas que la suerte de un capitan afortunado, ó bien la ingratitud de las circustancias, ó las oscilaciones de un genio gastado por el trabajo; el espíritu religioso reconoce y adora la accion de la justicia que parecia desde largo tiempo adormecida. Indudablemente que no debemos llamar á todos los reveses un acto de condenacion, ni á todos los éxitos felices una recompensa; con todo, podemos merecer alguna vez nuestros triunfos, y no somos siempre inocentes en nuestros contratiempos.

Los Syrios vencedores humillaron á Joas con la última ignominia, y le dejaron agoviado de malos tratamientos y en los mas extremados apuros. Además los mismos de su casa se armaron contra él para vengar la muerte del Sacerdote Zacarías, y le hicieron perecer en su palacio de Mello, bellísima morada erigida en otro tiempo por Salomon en el valle que separa la ciudad baja de la montaña de Sion. Fué enterrado en la ciudad de David, pero nó en el sepulcro de los reyes, quedando así condenado, como su abuelo y su padre, con la reprobacion del pueblo. ¿No parece como que el espíritu de la implacable Athalia hubiese venido á turbar y á corromper los últimos dias de aquella existencia, tan bella y tan pura en sus principios, y envolver en una red de desgracias hereditarias todos los miembros de su familia, como los ángeles malditos que no aspiran sino á arrastrar á los demás en su ruina?

Nadie ignora que esta reina impía y sanguinaria, este débil niño salvado de la proscripcion del degüello en que habian perecido sus hermanos, ese sacerdote que prepara en silencio y traza la senda al castigo del crímen y al triunfo de la inocencia y del buen derecho, todos estos caracteres, este episodio de la historia Judía, fueron por un prodigio del genio, el asunto de la mas perfecta composicion dramática de que

se gloria una de las mas ricas literaturas. Pasma á la verdad la extension y el brillo que supo dar Racine á este hecho sencillo y de estéril apariencia, que la Biblia ha reunido en un cuadro corto á la verdad pero lleno de vigor y de energía. No se hallan en esta pieza la mayor parte de las circunstancias que se encuentran en las tragedias ordinarias, y sin embargo el lector ó el espectador queda seducido y como fascinado. Ni una sola palabra desmiente los hechos, ni los caracteres conocidos de los personages, ni las costumbres del tiempo y del país, y la parte de creacion que es propia del poeta entra precisamente en el plan que le impone la historia. La accion marcha naturalmente y sin esfuerzo, arrastrando tras sí la curiosidad embelesada del que lee. Un lenguaje puro, siempre elevado, á menudo sublime que nadie aspirará á exceder y difícilmente á alcanzar, manifiesta el pensamiento al través de las formas magníficas que le cubren sin velarlo, y que solo le envuelven para hacerle mas bello, y parece que la palabra humana, atendida la índole del idioma y la época en que está escrita la composicion, no puede derramar en el oido mas bien combinada armonía ni unos acentos mas agradables. Admirable por el genio que revela, esta obra es grande por la moralidad que de ella emana con tanta evidencia como natural esplendidez. El pesar sombrío, los pavores y remordimientos turban los dias y las noches de la cruel princesa: su espíritu en otro tiempo tan audaz y temerario, tan pronto en concebir como en ejecutar los crímenes, ese espíritu, vacila, y la irresolucion entra ya en sus consejos. Para escapar del poder y del furor de Athalia, el niño Joas no tiene mas que su inocencia y su ingenuidad: el gran Sacerdote Joïada no cuenta en otra cosa que con la calma apacible y con la magnanimidad de su virtud. Pero Dios que protege á sus servidores, vindica los derechos del real huérfano: el crímen no gozará ya de una impunidad escandalosa, y las desgracias del oprimido se convertirán en un triunfo de gloria. Esta es una leccion buena para ser repetida á los pueblos; que Dios no aguarda siempre la eternidad para satisfacerse del silencio temporal con que acoge muchas veces los actos de nuestra vida. Comparad si os place estos cuadros magníficos, en que la historia presta su verdad á las creaciones del genio para con-

signar de un modo grato y sorprendente las grandes lecciones de virtud, con esos dramas inmorales con que un talento tristemente fecundo ó evoca las asquerosas sombras de lo pasado para dar atractivo al crímen, ó forja por sí mismo situaciones tan falsas é impostoras como el crímen mismo: en que la virtud se presenta ya ridícula ya desgraciada delante de un pueblo ya vicioso y corrompido; en que se desfiguran aquellos personages que han hecho mas honor á la dignidad humana, y en que el corazon sale vacío de toda idea de justicia y de virtud, detestando por decirlo así como miserables debilidades el espíritu de abnegacion y de sacrificio, sin reconocer otro dios que el placer, ni otra senda que el egoismo. Cuadros detestables en que el individuo aprende á no estimar la vida sino por sus goces á cualquiera costa comprados, y las masas á no respetar nada de sagrado ni de adorable, y á mirar con ceño y hasta con horror á todo cuanto se levanta sobre su nivel, aun cuando sean las mas preciosas existencias, y las almas mas bienhechoras de la humanidad.

A pesar de sus calidades superiores, la *Athalia* de Racine no logró en su aparicion el favor del público: veinte años duró la ingratitud, y el ilustre poeta bajó al sepulcro antes que se le hiciere justicia. Pero este juicio de los contemporáneos no fué ratificado por la posteridad; la cual, admirando en *Athalia* la originalidad de la composicion, la destreza de las combinaciones, un todo perfecto y belleza en todos sus contornos, la calificó de obra maestra, y del mas precioso título que tenia Racine á la inmortalidad.

He aquí una corta muestra de esta produccion admirable. El espíritu divino se apoderó del sumo Sacerdote de los hebreos en el templo de Jerusalen, cuando vá á coronar á Joas. Ved ahí mezclados con su voz algunos acentos proféticos.

JOIADA.

¡Que Jerusalen nueva
De lo escondido del desierto sale
Llena de luz y de esplendor, que lleva
Una inmortal señal sobre la frente!

Cantad, cantad, ó pueblos de la tierra!
Jerusalen renace
Mas atractiva, hermosa y excelente.
¿De donde le ha venido copia tanta
De hijos en sus entrañas no engendrados?
Jerusalen, levanta ya, levanta
La eminente cabeza, y de tu gloria
Mirarás esos reyes admirados.
A los reyes verás de las naciones
Besar el polvo que tocó su planta,
En tu presencia humildes y postrados.
Los pueblos, las naciones á porfia
A gozar corren de tu luz sin tasa.
¡Dichoso el que con santo fervor sienta
Que por Sion el alma se le abrasa!
Vierte, cielo, el rocío
Que en tu seno se encierra;
Y al Salvador prodúzcanos la tierra.

JOSABET.

Ay Joïada! ¿de donde ha de venirnos
Tan insigne favor, cuando los reyes
De quien nacer el Salvador habia. . . .

JOÏADA.

Prepara la diadema, con que ornaba
David su sacra sien, esposa mia.
Y vosotros seguidme, para armaros,
Al oculto lugar donde se guarda
De la profana vista aquella copia
Formidable de lanzas y de espadas
Teñidas en la sangre filistea,
Que el vencedor David, de edad y triunfos
Cargado, consagradas

Dejó el Dios que le habia protegido.
¿Cuando en uso mas noble se han podido
Emplear? Venid pues á recibirlas,
Que por mi mano quiero repartirlas.
. . . .

JOAS.

Padre! señor. . . .

JOÏADA.

¿Que dices hijo mio?

JOAS.

Que extraordinaria prevencion es esta?

JOÏADA.

Justo será que yo te lo declare.
Y que el primero quedes enterado
De los altos designios que prepara
Nuestro Dios sobre tí y sobre su pueblo.
. . . .
Ya sabrás tú con que piedad insigne,
Burlando Dios las iras de una madre
Furiosa, cuando ya su acero estaba
Sobre tu pecho, te escogió benigno
Y te salvó de en medio del destrozo.
Con el ardor que entónces procuraba
Perder en tí al postrero de sus nietos,
Maquina su crueldad porque perezcas
Ahora, y te persigue todavía.
Mas ya logró la diligencia mia
Antes de declararte,
En tus banderas alistar un pueblo
Dispuesto á obedecerte y á vengarte.

Entrad pues ó caudillos generosos
De las tribus sagradas
Con el mas alto ministerio honradas.
Rey, aquellos serán tus vengadores
Contra tus enemigos. O levitas!
Mirad al Rey que os tengo prometido!
Vedle! él es el legítimo heredero
De los monarcas de Judá, y de todos
Los hijos de Ochozias el postrero,
Que ya sabeis era Joas su nombre.
Jerusalen, todo Judá llorando
Cual vosotros llorasteis, el destino
De este tierno clavel, tempranamente
A la hoz entregado, en la matanza
De los demás hermanos comprendido
Le creyó. Como ellos
Del pérfido puñal tambien fué herido:
Mas Dios, que torcer supo el mortal golpe,
Conservó en su inocente
Corazon el vigor casi extinguido,
Y permitió que Josabet, burlando
Los vigilantes ojos de los fieros
Verdugos, le trajese en su regazo
Bañado de su sangre; y no teniendo
Mas cómplice que yo en aqueste robo,
Al niño y su nutriz ocultar pudo
En este templo.

JOAS.

¿A donde padre mio,
De dar satisfaccion hallaré modo
A tanto amor y beneficios?

JOIADA

Guarda
Tu gratitud para otro tiempo. Aqueste
Es vuestro Rey, vuestra única esperanza.
Hasta aquí mi desvelo ha procurado
Conservárosle indemne. Mas ahora,
O del gran Dios ministros, á vosotros
Os toca concluir lo comenzado.
Al punto que la hija sanguinaria
De Jezabel entienda que su nieto
Joas de la luz goza todavía,
Procurará abismarle en los horrores
De un vil sepulcro. Ya sin conocerle,
Su perdicion solicitado habia:
Impedid pues vosotros sus furores:
Justo es que tenga fin la vergonzosa
Esclavitud de los Judíos; justo
Que queden vuestros príncipes vengados,
Que vuestra ley resusciteis; que pronto
Hagais reconocer á las dos tribus
Su legítimo rey de David hijo.
Grande es sin duda, y peligrosa empresa
Acometer sobre su mismo trono
A una reina orgullosa, que vé bajo
De sus banderas un gentío inmenso
De estrangeros osados y de infieles
Hebreos, mas mi fuerza
Es del Gran Dios, cuyo interés me guia.
Considerad que en este infante solo
Todo Israël y su esplendor reside.
. . . .
Y en nuestros corazones dispertando
La viva fé y el celo adormecido,

Busquemos la enemiga aun en su alcázar.
¿Y habrá algun corazon tan sumergido
En cobarde letargo, infame sueño,
Que al vernos avanzar con tan sagrado
Aparato no siga nuestro ejemplo?
Mirando á un Rey, á quien el Señor mismo
Ha educado en su templo?
Al sucesor de Aaron, de Sacerdotes
Seguido, y al combate conduciendo
Los hijos de Leví, y en esas manos
Las armas de David, reverenciadas
De las naciones todas,
Y á Jehová por su diestra consagradas?
Derramará el Señor en vuestra ayuda
Su terror sobre vuestros enemigos.
Sin pavor os bañad en la infiel sangre:
En los Tirios herid, y en los Hebreos.
¿No descendeis vosotros
De los Levitas célebres, que cuando
El volubre Israël dió en el desierto
Al dios del Nilo culto criminoso,
Santamente homicidas
De sus propios parientes, consagraron
En sangre de los pérfidos sus diestras?
. . . . Mas ya advierto
Que os inflama el deseo de seguirme.
Jurad primero pues sobre el abierto
Augusto libro al Rey, que con inmensa
Piedad el sacro cielo os restituye:
Jurad de combatir en su defensa
Hasta morir por él. Jurais?

TODOS

Juramos

Oygamos los últimos acentos de la despechada Athalia, cuando circuida de Levitas armados, dentro el templo de Jerusalen, se vé obligada á reconocer á Joas por rey de Judá, y pide ella misma la muerte que tan merecida tiene por sus crímenes.

Sí, Dios de los Judíos: tu venciste
Sí: Joas es, busco engañarme en vano:
El punto reconozco
Donde le mandé herir; y de Ochozias
Advierto el ademan y gentileza.
Todo, todo me ofrece ay! una sangre
Que detesto. David, David triunfa
Y Acab solo es destruido. Inexorable
Dios! si: tu mano sola lo ha llevado
Tú los remordimientos en mi pecho
Has exitado, y ciega de ilusiones
Mi brazo vengador has detenido.
Y, temblé ¡ilusa! de incendiar el templo.
Que reine pues, que reine aqueste niño
Cuidado y obra tuya, y como seña
De su reciente imperio, haga que el hierro
Penetre mis entrañas.
Yo moriré; mas oye
Lo que al morir su madre le desea.
Que, deseo? es mi gloria, es mi esperanza:
Que indócil á tu yugo, fatigado
De tu ley, y de Acab fiel á la sangre
Que de mi recibiera, de su abuelo
Y de su padre las pisadas siga:
Veráse de David el detestable
Sucesor abolir tu loa y culto,
Tus aras profanar, y... y quedaremos
Sí: yo, y Acab, y Jezabel vengados.

La historia de Athalia ha llamado bastante la atencion, despues de haber sido trazada por Racine; contribuyendo tal vez no poco la esplendidez de los adornos de que aquel genio supo revestirla (1). « No hablemos de la Athalia, dice Chateaubriand, porque nadie puede ser comparado con Racine en esta pieza: es la obra mas perfecta del genio inspirado por la Religion. » Y el crítico Voltaire la llama la obra maestra del teatro francés.

En cuanto al arte, no sabemos que ni la pintura de la edad media ni la del renacimiento hayan pensado en reproducir este asunto: y los modernos pintores que lo han tratado, mas bien han recibido inspiraciones de la tragedia del ilustre escritor que del texto mismo de la Biblia. Los cuadros de Bernardo Picard, de Marillier y de algunos otros no están destituidos de mérito; pero el mejor que poseen los franceses se debe á la habil mano de Antonio Coypel, pintor del rey y amigo de Racine. Este artista escogió el momento en que el gran Sacerdote, despues de haber mostrado Joas á Athalia, la hace prender por los soldados, y conducir fuera del templo. Esta composicion es muy bella y está llena de movimiento: pero quizás pudiera tildársela de demasiado teatral.

Notas.

(1) Resueltos á hacer mencion de las composiciones de cualquier género, en que se traten asuntos bíblicos alusivos á los hechos que describimos en nuestros cuadros, recordaremos un drama lírico de principios de este siglo con el título de *Joas elevado al trono de Israël.* La llaneza del estilo en que se halla escrito no corresponde por cierto á la magnificencia del asunto, con todo cierto sabor bíblico difundido en todo el drama no deja de darle algun interés. Transcribiremos el final del pequeño drama, débil y lejana imitacion de la gran tragedia.

CORO.

Reyne alegre, alegre ascienda
á ocupar el Real Dosel;
con su espada nos defienda
nos guarde con su broquel.

ATHALIA.

¿Que es lo que ven mis ojos? Colocado
en el Solio Joas? ¿Como librado
de mi furor se vió?

JOIADA.

Dios solamente
le pudo preservar: de un inocente
tuvo el Cielo piedad, movióle el llanto,
del timido Israël.

MATHAN.

¡Que horror! ¡que espanto
me causa su existencia! ¿de esta suerte
conjurado os habeis? No puedo verte,
contemplarte no puedo, Niño ingrato
con tanta magestad. ¿Cómo dilato
mi muerte? Enfurecida
termine con mi vida
mi angustia y mi dolor.

JOAS.

De que se afane
tiene justo motivo.

JOIADA.

No profane
la sangre este lugar.

ATHALIA.

En otra parte
voy á morir rabiando

JOADA.

A morir parte.

ATHALIA.

Moriré desesperada
maldiciendo yo mis dioses,
pues de mis penas atroces
no les mueve hoy el rigor.

JOADA.

Lejos de aquesta morada
vé á morir fiera Athalia.
y acabe tu tirania
con sempiterno dolor.

JOAS.

Su pesar la ha trastornado.
su tormento la enagena,
me da lástima su pena
su destino es muy atroz.

MATHAN.

¿De que sirve el adorarte
Baal ingrato? Dios injusto
si este llanto, este disgusto,
no te mueve, eres feroz.
Al mirar este castigo
¡quien no admira! quien ignora
que es Dios solo, el Dios que adora
firme el Pueblo del Señor.

ATHALIA.

Moriré desesperada.

JOADA.

Fuera de aquesta morada.

JOAS.

Su dolor la ha trastornado.

MATHAN.

¿De que sirve el adorarte?
Rabie, muera en otra parte,
triste objeto de dolor.

CORO.

Viva etc.

ISMAEL.

Apenas ¡Oh Señor! de esta morada
frenética arrojada
la reyna se salió; cuando envestida
de una mano leal, perdió la vida.

JOADA.

Justo fué su castigo.

JOAS.

Muere asi, quien de Dios muere enemigo.



SARA, MUGER DE TOBÍAS.

Tedio me causa ya el vivir.

(Job. X.)

ERA Tobías de la ciudad de Neftalí[1], en la alta Galilea, al pié del Líbano y no lejos del orígen del Jordan. En tiempo de Salmanasar Rey de Asyria fué llevado cautivo á Ninive con las tribus que formaban el reino de Israël. Estas grandes calamidades, castigo de los errores de toda una nacion, descargaban así sobre el inocente como sobre el culpable; pues que en el seno de la patria y de la felicidad nunca imitó Tobías á sus compatriotas, los cuales corrian á tropel á los altares de los ídolos, é iba todos los años á Jerusalen para presentar sus ofrendas al templo del Señor. Descubríase en él una madurez precoz que le impedia, aun en sus

tiernos años de correr riesgo alguno en sus acciones, y nadie observaba la ley con mas fidelidad. Adulto ya, casó con una muger de su misma tribu que se llamaba Ana, de la cual tuvo un hijo á quien puso su propio nombre, y le educó en el amor del Señor y en el temor del pecado. Entre los rigores del destierro y del infortunio, nunca dejó la senda de la verdad: abstúvose de manjares prohibidos y tuvo siempre presentes los divinos preceptos. Así permitió Dios que el vencedor le mirase con ojos propicios, dejándole una lata libertad y honrándole con su confianza, de la cual se aprovechó Tobías únicamente en beneficio de sus hermanos á los cuales daba saludables avisos y socorros afectuosos y multiplicados. Entre otras de sus buenas acciones en Rages, ciudad de la Media, prestó un dia diez talentos de plata á un hombre muy indigente que tenia por nombre Gabelo.

Salmanasar habia muerto, y Sennaquerib su hijo se mostró cruel hácia los cautivos, acabando de exasperarle la completa destruccion de su ejército junto á los muros de Jerusalen. Hizo dar la muerte á muchos Judíos; y era expedida tambien la órden para matar á Tobías, conocido en Ninive por los cuidados que prodigaba á sus desgraciados compatricios. Tobías, despojado de todo, huyó con su hijo y su muger, y como era generalmente amado á causa de sus bellas calidades, y de su bondadoso corazon, encontró medio para ocultarse y sustraerse á la muerte que le amenazaba. Pero esta prueba no fué duradera. Pereció Sennaquerib á manos de sus hijos conjurados, y bajo el reinado de Assaraddon, el nuevo rey, Tobías volvió á entrar en su casa y en el goce de sus bienes. Tomó otra vez sus antiguos hábitos de beneficencia apesar de los peligros que habia que temer. Y en una fiesta religiosa y solemne entre los Judíos, hizo preparar un gran convite y habló así á su hijo: « Vé y tráeme aquí algunos de nuestra tribu temerosos de Dios, y necesitados, y comerán con nosotros. » Obedeció el jóven, y á la vuelta le dió noticia que el cadáver de un israelita estaba tendido en la calle sin sepulcro. El padre mas solícito de cumplir con los deberes de la caridad, que de probar un bocado, corrió á donde se hallaba el cadáver, y le ocultó en su casa para enterrarlo secretamente despues de puesto el sol. Sentóse luego á la mesa; pero lloraba y temblaba por-

que le vinieron á la memoria aquellas palabras del Señor: «Vuestros dias festivos se convertirán en desolacion y en luto.» Y lo que practicó en esta ocasion lo hacia con frecuencia á pesar de la prohibicion del rey y de las increpaciones de sus parientes.

Pero una nueva y dura afliccion vino á añadirse á todas las demás. Fatigado un dia por los socorros que prestaba á sus hermanos, se echó junto á una pared y quedóse dormido. Casualmente un poco de estiercol de un nido de golondrinas cayó sobre sus ojos y le cegó. Envió Dios esta tribulaciom á Tobías á fin de que la paciencia, así como la caridad de su servidor, fuesen un ejemplo para la posteridad, como lo fué el pacientísimo Job, el hombre de los dolores y de los sufrimientos. Firme por esto en sus convicciones, no se dejó abatir por su infortunio, ni acobardar por los dichos ni ultrajes de los otros, pues tambien tuvo que sufrir como Job, los reproches de sus amigos y de su familia. «Donde está, le decian, el fruto de tu esperanza con la cual repartias limosnas y enterrabas los muertos?» Tobías les respondia con mansedumbre: «No hableis así, puesto que nosotros somos los hijos de los santos, y esperamos aquella vida que Dios ha de dar á los que le guardan una fidelidad inviolable.» Ni aun su propia muger se abstenia de arrostrarle sus buenas obras con indiscrecion y dureza. Todos los dias iba á trabajar fuera de casa, y traia el sustento que podia ganar con el trabajo de sus manos. Sucedió un dia que, recibiendo ella un cabrito de leche, le trajo á su casa. Así que oyó Tobías el balido, dijo: «Mirad que no sea acaso hurtado: restituidle á sus dueños, porque no nos es lícito el comer ni aun tocar cosa robada.» Ana se puso entónces irritada y le respondió. «Bien claro se ve ahora cuan vana era tu esperanza, y de que han servido tus limosnas.» Y con tal aspereza le trataba muy á menudo; pues los genios vivos y débiles se exasperan con los largos padecimientos. Echase de ver que Tobías se hallaba á la sazon reducido á la pobreza, y de ello toma pretexto la muger para atribuir aquel infortunio á las abundantes limosnas que hacia antes su esposo; pero, como advierten algunos expositores, la limosna no empobrece cuando se practica con discrecion; y mas bien la pobreza de Tobías podia provenir del tiempo en que Sennaquerib tuvo confiscados sus bienes.

Tobías empero, por todas partes agoviado, se puso á rogar á Dios con lágrimas y suspiros. « Justo eres Señor, y justos son todos vuestros juicios, y todas vuestras sendas no son sino misericordia, verdad y justicia. Acordaos ahora de mí, ó Señor, y no temeis venganza de mis pecados, no os acordeis de mis faltas y de las de mis padres. Porque violamos nuestros preceptos, hemos sido abandonados al saqueo y á la muerte, y hemos venido á ser la fábula y el escarnio de todas las naciones testigos de nuestra dispersion..... Haced, Señor, ahora de mí lo que fuere de vuestro agrado: mandad que sea recibido en paz mi espíritu, porque mejor me es ya morir que vivir. » Un desaliento sumo se habia apoderado del corazon de Tobías: la existencia le parecia una carga insoportable.

Y al mismo tiempo una súplica casi semejante partia de otra alma profundamente afligida; pues este mundo no es mas que el vasto imperio del dolor: pocos ejemplos se encuentran de una alegría inalterable; y si aplicando el oido hácia la tierra, escuchamos en los gritos que de ella se levantan, vendrá á resonar tristemente en nuestro corazon angustiado y desecho un concierto universal de lamentos y de llantos. Habia pues en Rages, ciudad de la Media, una jóven judía llamada Sara, cuyo padre tenia por nombre Raguel. Habia tenido siete esposos sucesivamente, y todos habian muerto en la misma noche de su enlace, ahogados por el demonio Asmodeo, el cual tiene bajo de su imperio á los hombres que se abandonan sin freno á sus groseros instintos. Pues así como el hombre gobierna las criaturas inferiores, é imprime á la materia el sello de su inteligencia y de su libertad, del mismo modo recibe una impulsion del mundo superior, y su cuerpo y su alma sienten la secreta influencia de los ángeles, puros espíritus, de los cuales unos habitan en las regiones de la luz y aman el bien en que gozan, mientras que otros habitan las tinieblas y aman el mal en que se complacen con una alegría feroz y desesperada.

Cierto dia la infortunada Sara increpaba por alguna falta á una de las criadas de su padre: y respondióle esta con la mayor insolencia y dureza: « Nunca jamás veamos entre nosotros sobre la tierra hijo ni hija nacido de tí, homicida de tus maridos! ¿Quieres tú acaso matarme

tambien á mí, como ya has hecho con siete maridos? » Sara mostróse extremamente sentida de tan injuriosas palabras: retiróse á su aposento, en el cual pasó tres dias y tres noches sin comer y sin beber á fin de mover á Dios con esta penitencia. Perseveraba en la oracion, conjurando así las maldiciones pronunciadas contra ella, y esforzándose en desviar de sí el oprobio que pesaba sobre aquellos matrimonios. Y al tercer dia, por fin, concluyó su oracion con estas palabras: « Bendito sea tu nombre, ó Dios de nuestros padres, que despues de tu enojo, pasas á la misericordia, y perdonas sus faltas á los que te invocan en el tiempo de la tribulacion! A tí, Señor, vuelvo mi rostro, hácia tí levanto mis ojos fatigados. Ruégote, Señor, con toda la fuerza de mi corazon, que ó bien me libres de este lazo de mi oprobio, ó alomenos me saques de este mundo....... Bien sabes, Señor, que nunca me he mezclado con las locas alegrías del mundo, ni me comuniqué con gente liviana. Y si consentí en tomar marido fue por tu santo temor, y no por afecto sensual. Así que, ó yo fuí indigna de los esposos que se me dieron, ó ellos quizá no fueron dignos de mí, porque tú tal vez me tienes reservada para otro esposo: pues no está en poder del hombre el penetrar tus designios. Mas el que te adora sabe bien que despues de las pruebas de esta vida será coronado, y si estuviere en tribulacion será librado, y despues del azote de tu castigo, alcanzará misericordia. Porque no te complaces tú en nuestros males, puesto que despues de la tempestad envias luego la bonanza, y tras las lágrimas y suspiros infundes el júbilo y el placer. O Dios de Israël! bendito sea para siempre tu santo nombre.»

El supremo Dios escuchó desde las alturas de su gloria los ruegos de Tobías y de Sara, y fueron atendidos. El angel Rafael, cuyo nombre significa *medio celestial*, revestido de una forma humana, vino á curar á los dos afligidos. Pues aunque Dios pueda obrarlo todo en todas las criaturas por la sola eficacia de su querer omnipotente, y derramar desde luego sobre ellas los dones de su munificencia divina; con todo, gobierna los seres y los mantiene el uno por el otro en las relaciones de una sabia y perfecta gerarquía: los mas elevados protegen á los inferiores, y estos ayudan y dirigen á los mas humildes; porque

el poder supone y reclama la proteccion y el sacrificio en favor de otro, y no se manda sino para servir. Ved ahí porque aquel que preside debe temperar el brillo y la fuerza de su superioridad á fin de hacerse accesible y útil á aquellos que rige. Y el objeto final de esta ley es el reunir todas las naturalezas racionales hácia un centro de amor mutuo por la necesidad de un comercio recíproco y de una saludable concordia, pues el orden y la armonia vienen del amor y vuelven á conducir á él. Así es como Rafael fué enviado á Tobías y á Sara, y tomó la forma de hombre para socorrer criaturas humanas.

Tobías, que habia invocado á la muerte, creyó que Dios iba efectivamente á llamarle á sí: y por esto llamó á su hijo, y espresándole su última voluntad, dijo: « Escucha, hijo mio, las palabras de mi boca, y siéntalas como por cimiento en tu corazon. Luego que Dios haya recibido mi alma, dá sepultura á mi cuerpo. Honrarás á tu madre todos los dias de tu vida, porque debes tener presente lo que padeció y á cuantos peligros se expuso llevándote en su seno: y cuando haya terminado la carrera de su vida, la enterrarás junto á mí. Acuérdate de Dios todos los dias: guárdate de consentir jamás en pecado, y de quebrantar los mandamientos del Señor. Haz limosna de lo que tengas, y no vuelvas las espaldas á ningun pobre, y así conseguirás que tampoco el Señor aparte de tí su rostro. Seas pues caritativo en cuanto puedas; si tienes mucho dá con abundancia, si tienes poco, dá poco, pero de buena gana. Pues con esto te atesoras una gran recompensa, por cuanto la limosna libra de todo pecado y de la muerte eterna, y no dejará caer el alma en las tinieblas del infierno. » Despues de haber recomendado tambien á su hijo el amor de la pureza, de la justicia y de la sabiduría, añadió: « Te prevengo tambien, hijo mio, que, siendo aun tu niño, presté diez talentos de plata á Gabelo de Rages, ciudad de los Medos, y tengo su recibo en mi poder. Procura pues buscar modo como vayas allá recobrando dicha cantidad y devolviéndole su recibo. » Y como esta era al parecer toda la fortuna que dejaba Tobías, añadió: « No por esto te aflijas, hijo mio: verdad es que somos pobres, y pasamos la vida estrechamente, pero tendremos muchos bienes si temiéremos á Dios, y huyéremos de todo pecado, obrando sola-

mente el bien.» Tales fueron las instrucciones de este anciano, recogido en un grave pensamiento de religion, y penetrado de un sentimiento de tierna solicitud hácia los que dejaba sobre la tierra; monumento de sencillez, de dignidad y de fé, estas palabras merecen ser recordadas por todos los padres, y servirles de inspiracion en el momento supremo en que dejan para siempre á los objetos mas caros á su corazon.

El jóven Tobías respondió á su padre: «Cumpliré padre mio, todo cuanto me habeis mandado.» Manifestó sin embargo algunos temores sobre la posibilidad de encontrar á Gabelo, y de hacer solo el viaje de Rages. «Busca, replicó el padre, algun hombre fiel que vaya contigo pagándole su salario, para que cobres esta cantidad mientras yo vivo todavía.» Salió pues Tobías de casa, encontró un jóven de gallarda presencia que estaba como en trage y ademan de viajar. No pudiendo sospechar Tobías que fuese un ángel del Señor, le saludó y le dijo: «De donde eres, buen mancebo?» A lo que respondió el desconocido: «Soy uno de los hijos de Israël» – «Sabes tú, prosigió Tobías el camino que conduce al país de los Medos?» – «Sí por cierto respondió, y muchas veces he corrido aquellos caminos, y héme hospedado en casa de Gabelo nuestro hermano, que habita en Rages, ciudad de los Medos, situada en las montañas de Ecbatana.» Fué Tobías á ponerlo todo en noticia de su padre, el cual, admirado de un tal encuentro, mandó al estrangero, rogándole que entrase en su casa. Al entrar en ella, saludó al anciano, deseándole larga alegría, mas respondió Tobías: «¿Que alegría puede haber para mí, que me siento en la obscuridad, y que no puedo ver la luz del cielo?» Y replicó el jóven: «Buen ánimo que no tardará Dios en curarte.» Despues le prometió conducir á Rages á su hijo Tobías, y volver acompañado con él. El anciano le preguntó de qué tribu y de qué familia era; y contextó el desconocido: «¿Quieres tu indagar de que linage sea el servidor que ha de acompañar á tu hijo; ó te basta informarte de su persona? Mas para no ponerte en cuidado, sepas que yo soy Azarias, hijo del grande Ananias.» El angel habria tomado sin duda la figura de Azarias, y este nombre, que significa *socorro de Dios*, expresaba per-

fectamente la mision del enviado celeste. Hechos ya los preparativos, y habiéndose dado todos el adios de despedida, los dos viajeros se pusieron en camino, siguiendo sus pasos el perro como guarda fiel de sus personas.

Apenas hubieron partido, cuando Ana se puso á llorar, diciendo: «Tú nos has enviado lejos el báculo de nuestra vejez. ¡Ojalá nunca hubiese habido en el mundo tal dinero, que ha sido la causa de enviarle! En medio de nuestra pobreza, podíamos tenernos por ricos al ver á nuestro hijo.» — «No llores, respondió el anciano, nuestro hijo llegará sano y salvo á nosotros, y tus ojos le verán, porque yo creo que el buen ángel de Dios le acompaña, y cuida de todo lo perteneciente á él, á fin de que vuelva con gozo á nuestra casa (1).» Estas palabras calmaron el llanto de la madre, que cesó de llorar y de lamentarse.

Entretanto los viajeros llegaron á las márgenes del Tigris, en donde pasaron la primera noche. Salió el jóven Tobías á lavarse los piés al rio; y he aquí que saltó un enorme pescado, y le acometió. Despavorido el jóven dió un grito, y reclamando el ausilio de su conductor exclamó: «Señor! que me embiste!» Y le dijo este tranquilizándole: «Agárrate de las agallas, y tírale hácia tí.» Así lo ejecutó el mozo: sacóle arrastrando fuera del agua, y el enorme pescado empezó á palpitar á sus piés. Ordenóle en seguida que guarde el corazon, la hiel y el hígado del animal, añadiendo que aquellas vísceras eran necesarias para útiles medicinas. Así lo hizo Tobías, sirviéndoles el pez para el alimento que necesitaban hasta llegar á Rages, y preguntando el jóven á su guia: «Hermano mio Azarias, ¿para que serán buenas esas entrañas de pez que me has mandado guardar?» Contestóle que para ahuyentar todo género de demonios y para curar la ceguera. La mañana siguiente continuaron su camino, que duró algunos dias; y al entrar en Ecbatana, dijo Tobías á su compañero: «¿Donde quieres que nos alojemos?» Y respondió este: «Aquí hay un hombre llamado Raguel, pariente tuyo y de tu tribu, el cual tiene una hija única llamada Sara. A tí toca toda su hacienda, y tú debes tomarla por muger. Pídela pues á su padre, y él te la dará por esposa.» «Tengo

entendido, replicó Tobías, que se ha desposado sucesivamente con siete maridos, y que han fallecido todos, y segun parece, un demonio los ha ido matando. Temo pues que á mí me suceda lo mismo, y siendo como soy hijo único de mis padres, no llene de amargura su vejez y no los precipite al sepulcro.» Entónces Rafael le dió á conocer quiénes fuesen aquellos hombres sobre los cuales tenia potestad el demonio; que aquella desgracia solo alcanzaba á hombres groseros, que sin pensar en Dios solo se entregaban á sus brutales instintos, y que se podia muy bien evitar por medio de la oracion y por la pureza de las intenciones, llevando en el matrimonio el fin de conseguir en los hijos la bendicion propia del linage de Abrahan. Porque las calamidades son siempre la compensacion de alguna falta, y se les puede conjurar por medio de la santidad de la vida. Y en efecto es dado al hombre el remontarse por la virtud á la altura de donde descendió por el crímen, volviendo de este modo á tomar y ejercer sobre las fuerzas enemigas que le combaten una parte de su antiguo imperio, y por consecuencia volver al seno de la turbada naturaleza alguna imágen de la paz y de la armonía primitivas (2).

Rafael y Tobías entraron pues en casa de Raguel, el cual les recibió con alegría aun antes de conocerlos. Y así que puso sus ojos en Tobías, dijo á Ana su muger: «Cuan parecido es este jóven á mi primo hermano Tobías!» Y dirigiéndose despues á sus huéspedes, les preguntó: «¿De dónde sois ó jóvenes hermanos nuestros?» «Somos, le respondieron, de la tribu de Neftalí, de los cautivos de Ninive.» «Conoceis, repuso Raguel, á Tobías mi primo hermano?» «Le conocemos» respondieron ellos. Y como Raguel dijese de él muchas alabanzas, díjole el ángel: «Ese Tobías de que hablas es el padre de este jóven.» Entonces Raguel le echó los brazos, besóle con lágrimas de gozo, y sollozando sobre su cuello, dijo: «Bendito seas tú, hijo mio, que eres hijo de un hombre de bien, de muy elevada virtud.» Y su muger y Sara su hija, conmovidas de ternura, prorrumpieron tambien en llanto. ¡Son tan dulces las afecciones de familia, y hay tanto lugar para las tiernas emociones en el corazon de los desterrados!

Despues de algunos momentos de conversacion, Raguel hizo matar

un carnero, y preparar un convite para los viajeros. Y como les instase á sentarse á su mesa, le dijo Tobías: «No comeré ni beberé hoy aquí si primero no me otorgas mi peticion, prometiendo darme á Sara tu hija.» A estas palabras conturbado Raguel, y estremecido al pensar en la muerte de los siete maridos, temia para su pariente un fin tan trágico, y en su perplexidad, guardaba silencio. Pero el ángel calmó su sobresalto acerca los destinos de Tobías. «No temas dársela, dijo, porque á éste que teme á Dios es á quien debe darse tu hija por muger, y por esta misma razon ningun otro ha merecido tenerla.» Consintiendo pues Raguel en cumplir los deseos de Tobías, exclamó: «No dudo ya que Dios habrá dejado subir hasta él mis oraciones y mis lágrimas, y creo que por esto os ha traido á mi casa, á fin de que mi hija reciba esposo de su parentela, segun la ley de Moysés. Por tanto, está seguro que yo te la daré.» Y tomando la mano derecha de Sara la juntó con la derecha de Tobías, diciendo: «Que el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac y el Dios de Jacob sea con vosotros; que él mismo os una; y se cumpla en vosotros su bendicion.» Formalizaron en seguida la carta matrimonial y celebraron un convite dando gracias y bendiciones al Señor que habia enviado á las dos familias una inesperada felicidad.

Llegada la tarde, introdujo Ana á su hija Sara en el aposento nupcial que tenia ya preparado á invitacion de su esposo, Raguel: pero la recien desposada, trayendo á la memoria sus pasadas desgracias, no pudo contener el llanto, temblando de que el júbilo de aquel dia no fuese seguido la mañana siguiente de una amarga tristeza y de un nuevo luto. Pero su madre se esforzó en calmar su agitacion, diciéndole: «Ten buen ánimo, hija mia: el Señor del cielo te llena de gozo, despues de tantos disgustos como has sufrido.» Concluida la cena el jóven fué conducido al aposento de su esposa. Fiel á las órdenes de su conductor Tobías, en la cámara nupcial puso sobre ascuas y redujo á cenizas el corazon y el hígado del pescado que conservaba. Y el espíritu celeste encadenó al ángel maligno y le arrojó lejos de allí librando de su furor á los dos esposos. Y Tobías consoló á la doncella, exortándola á pasar tres noches en oracion para conjurar todo peligro. Y él mismo se puso tambien á rogar, invocando con pureza de corazon al Señor Dios de sus padres, invitando

á que le diesen gloria todas las criaturas, y confiando que, pues habia hecho á Adan del lodo de la tierra y le habia dado á Eva por esposa, bendijese su union, siendo como era autor y árbitro de todas las criaturas y gobernando á su voluntad la natural energía de ellas, ya dejándolas en libertad, ó ya reteniéndolas cautivas. Por su parte decia Sara: «Tened misericordia de nosotros, Señor; tened misericordia de nosotros, y haced que uno y otro lleguemos en salud hasta la vejez.» Raguel, sin embargo, estaba en grande sobresalto, y ántes del canto de los gallos habia mandado ya preparar sepultura para el esposo de su hija. Inquieto y en la mas amarga incertidumbre dijo á su muger: «Envia á una de tus criadas para ver si ha muerto nuestro hijo, y para que podamos enterrarle ántes de amanecer.» Y en efecto envió ella una de sus criadas, la cual volvió con la noticia de que estaban los dos esposos sanos y salvos, y entregados á un tranquilo sueño. Y en su piadoso reconocimiento los dos esposos padres, exclamaron: «Alabanzas te sean dadas, ó Señor Dios de Israël, porque no ha sucedido lo que temíamos; sino que nos has derramado con larga mano tu misericordia, y has arrojado lejos de nosotros al enemigo que nos perseguia, compadeciéndote de estos dos hijos, única esperanza de sus padres. Haz, Señor, que te bendigan ellos siempre mas y mas, y te ofrezcan un justo tributo de alabanza consagrándote su buena salud, paraque sepan todos los pueblos que no hay otro Dios que tú en el universo.» Y realmente, por una disposicion de Dios, Asmodeo no habia podido ejercer sobre Tobías su funesto poder, vencido y encadenado por Rafael. Los ángeles buenos dominan á los malignos espíritus por una autoridad que tan presto despliegan al momento y de una manera invisible, tan presto la ejercen mediante objetos corporales y sensibles. Y en aquella sazon el humo que se exhalaba del corazon y del hígado del pescado puestos sobre carbones encendidos era un símbolo de que las perversas influencias de Asmodeo quedaban disipadas y destruidas.

No cabiendo Raguel en sí mismo de júbilo, mandó preparar un convite al cual llamó para acompañarle á sus vecinos y amigos, haciendo prometer á Tobías que se quedaria con ellos dos semanas. Dióle en seguida la mitad de todos sus bienes, y declaró con solemne

escritura que despues de su muerte pasase á su yerno la otra mitad.

Tobías no olvidaba el fin primitivo de su viaje, que era el ver á Gabelo, y despues de haber rendido á su fiel compañero mil acciones de gracias, llegando á decirle, y con razon: « Aun cuando me diese yo á tí por esclavo, no pagaria tus buenos oficios; » le suplicó que fuese á Rages á encontrar á Gabelo, recordarle su deuda, y traerlo despues consigo á las bodas: « Porque tú ya sabes, añadió, que mi padre está contando los dias uno por uno, y si tardo un dia mas, le tendré en continua afliccion y zozobra. Ves tambien como me obliga Raguel á permanecer algo mas en su casa, y yo no puedo faltar á mis promesas. » Azarías pues tomó cuatro criados y dos camellos, y se dirigió á Rages, en la Media, y encontrando á Gabelo cobró de él todo el dinero, devolviéndole la obligacion. Le hizo sabedor de todo cuanto habia sucedido al jóven Tobías, y le acompañó á las bodas. Grande fué el gozo de Gabelo al llegar á la casa de Raguel; encontraron á Tobías sentado á la mesa, el cual levantándose al momento, se besaron mútuamente, y lloró Gabelo de alegría, al estrechar en sus brazos al hijo de su bienhechor, deshaciéndose en alabanzas á Dios y en vivos y sínceros deseos para la felicidad del hijo de su jóven amigo. ¡Qué cuadro tan tierno é interesante el de esta familia dichosa bajo las alas de Dios, mezclando siempre en sus santas alegrías el nombre del Señor que presidia sus festines y derramaba un puro gozo en sus corazones! Así es como se puede ser feliz sobre la tierra; si no con complemento de felicidad, alomenos con aquella paz interior de que disfruta el que posee á Dios, para quien hasta las penas tienen tambien sus goces, y en sus inocentes placeres goza sin mezcla de amargura, porque su corazon *es una fiesta continua.*

Pero mientras en Ecbatana deslizábanse los dias prefijados en fiestas y regocijos, estos mismos dias pasaban en Ninive largos y tristes para los padres de Tobías que estaban con la mayor inquietud y zozobra por la tardanza de su hijo. «¿Cuál será, decia el afligido padre, la causa de esta tardanza, ó porqué se habrá detenido allí? Si habrá muerto Gabelo, y no hay quien le vuelva el dinero? » Entregóse pues á una profunda tristeza, y Ana su muger cayó en el desaliento. Mezcla-

ban pues sus lágrimas en la amargura de su alma, y su inconsolable madre prorrumpia en estas sentidas quejas: « ¡Ay de mi! ¡ay hijo mio! ¿para qué te hemos enviado á lejanas tierras, luz de nuestros ojos, báculo de nuestra vejez, consuelo de nuestra vida, esperanza de nuestra prosperidad? Ah! teniéndolo todo junto en tí solo, no debíamos alejarte de nosotros. » Tobías empero le decia: « Calla, no te inquietes, que nuestro hijo lo pasa bien: es muy fiel el varon con quien le enviamos. » Pero nada podia calmar las inquietudes de la pobre madre: salia diariamente, mirando á lo lejos y por todos lados, é iba recorriendo todos los caminos por donde podia venir su hijo, esperando descubrirle á cada instante. Así obra la ternura, ingeniosa en atormentarse: recorre con la imaginacion las distancias que la separan del objeto amado; sueña en peligros quiméricos, se asusta, se consuela, y suspende sus alarmas para entregarse á ellas de nuevo. Parece que quiere medir su energía con la grandeza de los temores y de las esperanzas que se dá, ó bien que sus inquietudes y sus esfuerzos pueden apresurar la vuelta de los ausentes, y prevenir los peligros que les amenazan. Y en efecto, aquellos á quienes puede alcanzar la pena ¿porqué no han de tener en cuenta los recuerdos y latidos de corazon de los que les aman? O amor! delicia inexplicable del pecho humano, que te haces desear y sentir mucho mas por lo que obligas á sufrir que por lo que das á gozar!

Como si Raguel hubiese sospechado las zozobras y temores que agitaban á la familia de Ninive, queria informarla por medio de un mensage del buen estado del jóven Tobías, el cual, de este modo, hubiera podido permanecer por mas largo tiempo en Ecbatana. Pero le respondió Tobías: « Yo sé que mi padre y mi madre están ahora contando los dias, y que su espíritu vive oprimido de una contínua tortura. » No pudiendo pues de modo alguno vencer la resistencia de su yerno, entrególe su hija Sara con la mitad de lo que poseia en esclavos, esclavas, ganados, camellos y vacas, y en una gran cantidad de dinero, y le dejó ir de su casa sano y alegre, diciéndole: « El santo ángel del Señor os guie en vuestro viaje, y os proteja, y os conduzca sanos y salvos, y podais hallar en próspero es-

tado á vuestros padres y á todas sus cosas, y puedan mis ojos ver á vuestros hijos ántes de morir! » Dicho esto, Raguel y su muger abrazaron á su hija y la dejaron ir, amonestándola que honrase á sus suegros, amase al marido, cuidase de su familia, gobernase la casa, y se portase de un modo irreprehensible. Ved ahí una familia cristiana: ved ahí un brillante crepúsculo del dia del Evangelio, y las virtudes y puras afecciones con que la ley de amor santificó la familia, practicadas y reinando ya de antemano en estas dos casas de justos, antes que hubiese aparecido sobre la tierra el que es el camino, la verdad y la vida.

Pusiéronse en marcha, y en once dias hicieron ya la mitad, llegando á Caran, y entónces propuso el ángel al jóven Tobías el adelantarse los dos, siguiendo poco á poco detrás la esposa con los criados, animales y ganados. Y habiendo accedido Tobías á esta medida para calmar mas presto la ansiedad de sus padres, añadióle aquel: « Trae contigo la hiel del pez, porque será necesaria. » Y despues le dijo tambien: « Al punto que entrares en tu casa, adora en seguida al Señor Dios tuyo, y despues de haberle dado gracias, acércate á tu padre y bésale, y al momento unge sus ojos con esta hiel de pez que contigo traes, porque has de saber que luego se le abrirán, y verá tu padre la luz del cielo, y se llenará de júbilo con tu vista. » Continuaron pues su ruta. Entretanto Ana iba todos los dias á sentarse cerca del camino en la cumbre de una montaña, desde donde pudiese extender su vista por un vasto horizonte. Buscaban sus ojos al viajero por la direccion de la Media, cuando al fin le divisó desde muy lejos, y le reconoció. Saltando de gozo corrió apresurada á su marido para darle la nueva feliz. « Mira que viene tu hijo! » El perro que habia seguido á su jóven dueño, echó á correr delante, y como si se apresurase á llevar la noticia, meneando su cola, y llenando de vivas caricias á los dos viejos: tal fué su manera de anunciar la alegre llegada. Levántese Tobías, y á pesar de su ceguera, asegurándose del camino con los piés, arriésgase á correr, sin pensar en el peligro de caerse; da despues la mano á un criado, y sale al encuentro de su hijo. Llega éste, abrázanse los dos, y besándose mil veces, y con lágrimas de júbilo no acertaban á hablar, porque las grandes alegrías se parecen

tambien al dolor en la opresion del pecho , y en el llanto de los ojos. Todos juntos adoran á Dios , como si estuviese allí entre ellos y participase del júbilo general. Sentados que fueron y reparados algun tanto de la impresion primera , Tobías se acerca á su padre y le unge los ojos con la hiel , movido por el mas vivo sentimiento de piedad filial. Y despues de media hora de esperar , desprendióse del órgano lesiado una piel blanca semejante á la telilla del huevo , y el anciano recobró la vista. Asombrados todos del prodigio , y añadiéndose un nuevo gozo á su corazon inundado ya de alegría , adoraron otra vez al Señor , y le dieron gracias por el nuevo beneficio todos los que presentes se hallaban que eran amigos y conocidos de los dos ancianos esposos. Y sobre todos el viejo Tobías no se veia satisfecho de alabar al Señor. « Bendígote , repetia mil veces , bendígote , Señor Dios de Israël, porque tú me has castigado y me has curado , y veo ya á mi hijo Tobías. » El reconocimiento á Dios en nuestros prósperos sucesos es una nueva felicidad. Los hombres que en sus prosperidades no ven mas que un golpe del acaso , no son por cierto tan felices , como los que miran y adoran la mano paternal que dispensó el beneficio.

Siete dias tuvieron que transcurrir aun hasta la llegada de Sara, que á causa del numeroso ganado que en dote llevaba , tuvo que andar con mucha lentitud. Ademas la acompañaban los criados y criadas , y llevaba tambien el dinero que habia recibido de su padre, junto con la suma que Gabelo habia devuelto. Renováronse los abrazos , aumentóse el júbilo con la llegada de la nueva esposa de su hijo, y el corazon de aquellos virtuosos padres pasaba de un gozo á otro gozo , como si el cielo detenido sobre su casa lloviese en ella nuevos beneficios. El jóven Tobías se complació en referir los muchos que de Dios habia recibido por medio de aquel varon que le habia servido de guia, sin omitir ninguna de las particularidades del viage , y sobre todo, los afectuosos cuidados que le habia prodigado Azarías.

Entonces el viejo Tobías llamó á parte á su hijo , para saber que recompensa debia ofrecerse al fiel extrangero, y no hallaron medios suficientes para retribuirle como correspondia. « ¿Qué podremos darle , decia el hijo, que sea proporcionado á tantos favores? Él me ha llevado y trai-

do sano y salvo, él mismo en persona cobró el dinero de Gabelo: él me ha proporcionado esposa y ahuyentó de ella el demonio, llenando de consuelo á sus padres: asimismo me libró del pez que iba á tragarme, ha hecho ver á tí la luz del cielo, y hemos sido colmados por él de toda especie de bienes.» Convinieron pues padre é hijo en ofrecerle la mitad de todo su haber. Llamáronle aparte, y comenzaron á rogarle que se dignase aceptar la mitad de todo lo que habian traido. A esta proposicion respondió el ángel, elevando el pensamiento de sus interlocutores hácia Dios, remunerador de las buenas obras. «Bendecid, les dijo, al Dios del cielo, y glorificadle delante de todos los vivientes, porque ha hecho brillar en vosotros su misericordia: porque así como es bueno tener oculto el secreto confiado por el Rey, es muy loable el celebrar y publicar las obras de Dios.» Y despues de haber honrado con elogios la oracion, el ayuno y la limosna, contra los que cometen la iniquidad, les dijo: «Por tanto voy á manifestaros la verdad, y no quiero encubriros por mas tiempo lo que ha estado oculto. Cuando tú orabas con lágrimas, dijo despues dirigiéndose al padre, y enterrabas los muertos dejando tu descanso, y escondias los cadáveres en tu casa durante el dia y les dabas sepultura por la noche, yo presentaba al Señor tus oraciones. Y por lo mismo que te hacias agradable delante de Dios, preciso fué que pasases por la prueba de la tribulacion. Y ahora el Señor me ha enviado para curarte á tí y librar del demonio á Sara, esposa de tu hijo. Porque yo soy el ángel Rafael, uno de los siete espíritus que asistimos delante del Señor.» A estas palabras turbados y temblando Tobías y su hijo, cayeron en tierra sobre su rostro. Pero el angel les dijo: «La paz sea con vosotros: no temais. Por voluntad de Dios he estado entre vosotros, y aun que parecia hacer vida de hombre, me sustentaba de un alimento invisible. Ya es tiempo de que me vuelva al que me envió: vosotros empero bendecid al Señor, y publicad todas sus maravillas.» Y dicho esto, desapareció.

Prodigios tan sorprendentes y consoladores al mismo tiempo no pudieron dejar de conmover profundamente al virtuoso anciano; y como si la vista que acababa de recobrar hubiese sido el símbolo expresivo de

una iluminacion interior, arrojó una extensa mirada sobre los tiempos futuros, y anunció en un cántico sublime el restablecimiento de Jerusalen figura del establecimiento de la Iglesia cristiana.

Grande eres, ó Señor, y tu grandeza
Por la infinita eternidad se mide:
Tu reino durará todos los siglos,
O árbitro de los mundos! ¿Quién resiste
Tu diestra poderosa? Ora tu hieres
Ora das la salud: al hombre triste
Le conduces al fondo de la tumba,
Para que en pos alegre resucite:
Tu inmensidad inunda los espacios:
Nadie de tu poder puede evadirse.
Loa dad al Señor, de Israël hijos,
Ante todas las gentes bendecidle,
Pues os ha derramado sobre el globo
En medio de los pueblos y gentiles
Que no conocen su poder supremo,
Para que vuestros labios lo publiquen,
Refiriendo sus altas maravillas
Y dando á conocer que nada existe
Sino por él, que él solo es el Potente,
El inmenso, el que todo lo dirije.
Si por nuestra maldad su justa mano
Sobre nosotros descargó terrible,
Por su bondad nos salvará, y clemencia.
Considerad, vosotros que lo visteis,
Cuanto hizo por nosotros: dadle gloria,
Dadle gloria sin fin, pero servidle
Con temor y temblor, y con las obras
Sus beneficios ensalzad humildes.....
Yo desde mi angustioso cautiverio
Probaré darle gloria en lo posible,

Porque sobre una raza pecadora
Hizo ostencion de su poder insigne,
Y de su magestad. O pecadores!
O pechos obstinados é infelices!
Convertíos á él, obrad justicia
Delante del Señor, que inestinguible
De su misericordia el raudal puro
Derramará en vosotros. Ay! oidle!
Yo en tanto pondré en él mi regocijo,
Él el placer será de mi alma triste.
Bendecid al Señor todos vosotros;
Sus escogidos sois: alegres brillen
Para vosotros los hermosos dias
Y sin fin alabadle y bendecidle.
Salem! ciudad de Dios, por tus maldades
Dios te castigará, pues no permite
Que quede impune la maldad: con todo
Glorifica al Señor, y le bendice
Por los favores mil que de su mano
Olvidada é ingrata recibiste,
Para que en tí piadoso, su querido
Tabernáculo santo reedifique,
Y todos los cautivos te devuelva
Que ora privados de tu vista gimen;
Y por siglos de siglos ensalzada
En tu augusto esplendor te regocijes,
Y brillarás con luz resplandeciente
Y de la tierra en todos los confines
Adorada serás. A tí lejanas
Las naciones vendrán para rendirte
El homenage de sus ricos dones,
Y en tí al Señor adorarán humildes,
Y tu tierra feliz tendrán por santa
Porque del Dios que tus destinos rige,

Dentro de tí podrán el grande nombre
Sumisos invocar. Rayo terrible
De maldicion caerá sobre de aquellos
Que osaren despreciarte ó maldecirte:
Dios los condenará como blasfemos:
Pero los que tus casas reedifiquen
Serán de Dios benditos. En tus hijos
Te gozarás, Jerusalen felice,
Pues sobre todos, en la fe enlazados,
Cual rocío celeste é invisible
De Dios la bendicion derramaráse.
Serán afortunados y felices
Aquellos que te amaren, ciudad santa,
Y por verte dichosa y apacible
Sienten contento y júbilo. Alma mia!
A nuestro Señor Dios sin fin bendice,
Porque á Salem de sus angustias fieras
En sus piedades ha dejado libre.
Dichoso seré yo, feliz mil veces
Si algun vástago hubiere de mi estirpe
Que ver lograra el esplendor y gloria
Con que Salem ha de brillar: matices
De lucientes záfiros y esmeraldas
Adornarán sus puertas, y rubíes
Y piedras preciosas en sus muros
Engastadas la harán apetecible:
Reflejarán sus blancos enlosados,
Y en todo su recinto mil clarines
Acompañar se oirán los aleluyas
Que sus vecinos cantarán felices.
Loor al Sumo Dios que le ha ensalzado
Sobre todos los pueblos y países,
Y por los siglos de los siglos reine
En ella, y sin cesar le glorifique.

Así es como el ojo del alma, purificado por la virtud, se eleva desde los objetos ordinarios á un órden superior de ideas, y descubre los misterios del porvenir tras el velo de los acontecimientos presentes.

Despues de haber recobrado la vista, vivió aun Tobías largos años, que pasó en el temor del Señor, y en la plácida alegría de una conciencia pura. Cercano á morir, llamó el anciano á su hijo y á los siete nietos que éste le habia dado: predijo el fin de la cautividad, la vuelta de los Judíos á Jerusalen, y la próxima destruccion de Ninive, y añadió: « Todo aquel país de Israël será repoblado, y reedificada de nuevo la casa de Dios, que fué allí entregada á las llamas, y volverán allá todos los que temen á Dios: y las gentes abandonarán sus ídolos, y vendrán á Jerusalen para morar en ella; y allí se regocijarán todos los reyes de la tierra, adorando al Rey de Israël. Ahora empero, hijos mios, escuchad á vuestro padre: servid al Señor con síncero corazon, y procurad hacer lo que le es agradable: encomendad á vuestros hijos que hagan obras de justicia, y den limosna; que tengan presente á Dios, y le bendigan en todo tiempo con síncero corazon y con todo esfuerzo. Escuchad tambien lo que voy á deciros: no querais permanecer aquí, sino que el dia en que hubiereis enterrado á vuestra madre junto á mí en la misma sepultura, disponed ya vuestro viaje para salir de Ninive, pues estoy viendo que la iniquidad de este pueblo le conducirá á su exterminio. » Y en efecto, despues de la muerte de su madre, el jóven Tobías dejó á Ninive, llevando consigo á Sara, sus hijos y sus nietos, y volvióse á Ecbatana en la casa de su suegro. Raguel y su muger vivian todavía gozando de una perfecta salud, y de una dichosa vejez. Tobías les prodigó en lo restante de su vida todos los deberes de la piedad filial, y cerró sus ojos, y entró en toda la herencia de la casa de Raguel, y vió á los hijos de sus hijos hasta la quinta generacion. Él mismo llegó tambien á una vejez honrosa y respetable, pues cumplidos los noventa y nueve años en el temor del Señor, fué á recoger el fruto de las virtudes que habia practicado en la tierra. Sepultáronle pues con la gloria que acompaña la muerte de los justos. Toda su parentela y todos sus descendientes perseveraron en el bien vivir, y en el ejercicio de obras virtuosas y santas, y Sara es-

piró tambien santamente, rodeada de una numerosa posteridad.

Tal es la historia de Sara y de su familia, monumento lleno de encanto y de sencillez exquisita. Toda la narracion respira un embelesante candor que envuelve una frescura de ideas y una nobleza de sentimientos que se hacen admirar aun entre todas las riquezas de este género, tan esparcidas por toda la Biblia. Las graves doctrinas y las lecciones morales despuntan en medio de aquel grato sabor y amenidad del estilo antiguo. Todas las edades y todos los estados verán en ella la práctica y la recompensa de las virtudes que mas pueden serles gratas, quiero decir, la confianza en Dios, la piedad filial, la caridad hácia los hombres abandonados ó que sufren, en fin la inocencia y la pureza de la vida. Florian tradujo en metro francés este interesante episodio de la historia judía: en sus versos se nota una maravillosa facilidad, y derramó en su traduccion algo de la gracia y de la ingenuidad que respira el original.

El jóven Tobías está representado en dos pinturas de las catacumbas: en la una se vé conducido por un ángel; en la otra lleva en la mano un pescado y un cayado de viaje. Rafael pintó al jóven Tobías bajo la figura de un niño con un pez que parece ofrecer á una Vírgen. Existe otra obra de Rafael en la que se vé al ángel guiando al jóven Tobías. Adam Elsheimer, de la escuela alemana, Agustin Carrache, de la escuela lombarda, han tratado el mismo asunto. Muchas circunstancias de la historia de Tobías fueron igualmente tratadas por Martin de Vos, los Sadeler y Curle van Mander. Entre el reducido número de pintores que han representado á Tobías quemando el hígado del pez, y rogando con Sara para arrojar de sí al demonio Asmodeo, debe ponerse en primera línea á Eustaquio Lesueur; su cuadro está lleno de expresion y de sentimiento. Este mismo asunto fué tambien tratado por Pedro Lelú, uno de los compositores mas fecundos del último siglo, pero que debe tal vez á la época en que vivió la especie de obscuridad que encubre todavía su talento superior.

Notas.

(1) En este pasage se puede ver la tradicion que conservaba la Iglesia Judaica sobre los ángeles de nuestra guarda: tradicion confirmada por el Evangelio y apoyada por los santos Padres y Doctores de la Iglesia.

Este libro de Tobías tiene de particular que por no estar escrito en lengua hebrea, sino caldea, que era la del país en donde habitaba aquella religiosa familia, no formaba parte del antiguo *Canon* ó Catálogo de las Escrituras, que tenian los Judíos. Pero generalmente tanto los Judíos como los Cristianos de todos tiempos le han mirado como una historia verdadera y de grande edificacion. San Gerónimo la tradujo del Caldeo, porque le constaba que formaba parte de las Santas Escrituras, y como tal la citaban ya S. Policarpo, discípulo de los Apóstoles, S. Ireneo, Clemente Alejandrino, Orígenes, S. Cipriano, S. Basilio, S. Ambrosio, San Hilario, S. Agustin y otros, y desde el siglo IV la vemos puesta en el catálogo de los libros sagrados por un concilio de Hipona, y por el tercero de Cartago.

(2) Ved ahí las instrucciones que dió el ángel Rafael á Tobías, segun el literal del sagrado texto: «Escucha que yo te enseñaré cuales son aquellos sobre quienes tiene potestad el demonio: y estos son los que abrazan con tal disposicion el matrimonio, que apartan á Dios de sí y de su entendimiento, entregándose á su pasion con el desenfreno de animales brutos é irracionales. Mas tú, cuando la hubieres tomado por esposa, entrando en el aposento, no te llegarás á ella en tres dias, y no te ocuparás sino en hacer oracion en su compañía..... En la segunda noche, serás admitido en la union de los santos patriarcas. En la tercera alcanzarás la bendicion para que nazcan de vosotros hijos sanos.» Ya no le prescribió mas, sino que purificase su deseo para la procreacion, «á fin de conseguir en los hijos la bendicion propia del linage de Abraham.»



JUDITH.

> Momentos hay supremos que la razon no se atreve á prever, y en los cuales el alma, haciéndose superior á sí misma, puede en efecto todo lo que cree poder.
>
> (*Lebrun.*)

LAS circunstancias no hacen al hombre, es una verdad; pero ellas le dan á conocer, exigiendo de él todo lo que puede dar. Semejantes á una nube de tempestad que al contacto de una punta metálica hace estallar en chispas de fuego y en tortuosos y prolongados giros la electricidad que hasta entónces llevaba en su seno sin rayos y sin estrépito, llevamos en nosotros ciertas facultades, cuya completa energía no se despliega ni pone en juego, y que se ejercitan pacíficamente y sin ruido en los deberes que nos imponen la sociedad y la familia. Mas cuando los sucesos que rodean al hombre toman un carácter grandioso y extraordinario, y turba-

do el curso uniforme de sus dias, hieren su sensibilidad con inusitado espectáculo: agítanse sus potencias, su alma se exalta, la suerte misma de sus empresas, le anima, le encumbra; los peligros le hacen un héroe, se levanta grande del seno de la desgracia. Las cosas mismas, los sucesos parecen iluminar su genio y revelarle la plenitud de sus fuerzas; traspasando de improviso las habituales proporciones de su naturaleza, doma, encadena, da direccion á los acontecimientos, ó si sucumbe delante de ellos, sepulta su ciega victoria en el esplendor inmortal de su valor; haciéndose igual á los sucesos que logra someter, y superior á los sucesos que no ha podido desviar.

A la voz de la religion ó de la patria amenazada sobre todo es á lo que el hombre siente sus entrañas estremecerse y abrirse su corazon á generosas inspiraciones. En la guerra, especialmente, en la cual todos los intereses están implicados con la vida, es donde las fuerzas latentes del hombre se despliegan de un modo mas magnífico, y en donde es mas capaz de esos golpes supremos de audacia y de sacrificio que producen los trofeos del triunfo. La muger misma siente tambien este belicoso entusiasmo, que arrancándola de las habitudes de su sexo, arma su debilidad de toda la intrepidez del mas varonil esfuerzo. Tal se mostró Judith, muger verdaderamente fuerte, que puso en fuga un ejército, y libró su ciudad natal de las calamidades de un sitio, y de los horrores de un saqueo. Preparada por el ayuno y por la oracion, y poniendo una firme confianza en Dios que protege las almas rectas, osó afrontar la insolencia de los batallones enemigos. Resuelta y prudente, al mismo tiempo, no flaqueó su corazon en el momento del peligro, y su virtud quedó sin tacha. Así su nombre, que la religion pronuncia con respeto, brilla con el fulgor de una popularidad gloriosa.

Los monarcas Asyrios son citados en la Escritura por su orgullo. Uno de ellos, conocido en la historia bajo el nombre de Saosduschin, que reinaba en Babilonia poco despues de la grande cautividad de los Judíos, quiso someter á su dominio todos los pueblos del Asia, y destruir sus templos y sus altares para hacerse proclamar dios. Cometió la ejecucion de sus designios á Holofernes, general en gefe de sus tropas. Partió este con un ejército formidable: el terror marchaba delante de él.

Consternadas las poblaciones por donde habia de pasar le recibian con coronas y al son de instrumentos como para regocijarse de sus victorias, pero asi como no le detenian las resistencias, las sumisiones le hallaban inflexible: arrastró al través de veinte provincias el incendio y el pillage (1). Los Israëlitas probaron defenderse: apoderáronse de las alturas ó cimas de montañas que dominan los desfiladeros por donde podia ser mas fácilmente tomada Jerusalen, enviaron gente á toda la frontera de Samaria hasta Jericó, cercaron de muros sus aldeas, almacenaron granos, é hicieron todos los preparativos para una tenaz y general resistencia. Toda esta actividad desplegó el sumo sacerdote Eliacim, que estaba al frente del pueblo de Israël. Pero no olvidaron tampoco el recorrer á los ejercicios de la religion que pudiesen aplacar el cielo, y atraer sobre ellos el auxilio de una eficaz proteccion. Todo el pueblo clamó al Señor con fervientes súplicas, se cubrieron con el cilicio, se mortificaron con el ayuno y con las privaciones. El Sumo Sacerdote animaba con su presencia aquellos actos de compuncion y penitencia, no descuidando de otra parte los medios de defensa, y procuraba dar aliento á los ánimos decaidos y esforzar á los valerosos. «Acordaos de Moysés, les decia, el cual no venció con las armas sino con la oracion, á los Amalecitas que confiaban en su fuerza y en su poder y en sus ejércitos y en sus carros y caballos. Lo mismo sucederá con todos los enemigos de Israël, si perseverareis como habeis comenzado.»

Admirado y furioso Holofernes, preguntó cuál era el pueblo que osaba esperarle con las armas en la mano, y el único entre todos los pueblos de la parte de Oriente que habia menospreciado su poder y no le habia salido al encuentro para ofrecerle su amistad. Aquior, gefe de los Ammonitas, que servian ya bajo las órdenes del conquistador, respondió, que los Israëlitas serian facilmente vencidos si habian hecho traicion á su Dios; pero que si le habian permanecido fieles, no se les podria atacar sin ser despues el escarnio de la tierra. Para ello compendió delante del gefe Asyrio la historia del pueblo de Dios, su orígen y engrandecimiento, su partida de Egipto, la sumersion de Faraon y de su ejército en el Mar Rojo, los prodigios del desierto, sus victorias sobre los reyes vecinos, y sus derrotas cuando se apartaron de Dios. Aque

llas palabras empero que hacian depender los sucesos de la guerra de una fuerza enteramente distinta del valor y del genio de Holofernes, hirieron vivamente su natural fiereza; los magnates que le rodearon dieron muestras de viva indignacion contra el que tan ingenuamente les hablaba: « ¿Quién es este, decian, que se atreve á proferir que á nuestro rey y á sus ejércitos pueden hacer frente los hijos de Israël, unos hombres sin armas, y sin valor ni pericia en el arte militar? » El feroz caudillo mientras estaba meditando el modo de castigarlos, para manifestar mejor la confianza que en sus armas tenia, dió órden de conducir á Aquior hácia Betulia, en donde se habian encerrado los Israëlitas, y prometió volverle á encontrar allí un dia, y hacerle espiar la franqueza de su lenguage. « Ya que la has echado de profeta, le dijo, diciéndonos que el pueblo de Israël es defendido por su Dios; para hacerte ver que no hay mas Dios que nuestro rey, tu vas á ser agregado á aquel pueblo, paraque, cuando mi espada les hubiere dado á todos el castigo merecido, caigas traspasado por el cuchillo del Asyrio entre los heridos de Israël, y seas envuelto en la venganza. »

Los Betulianos, en una salida que hicieron, dejáronse caer sobre las tropas de Holofernes, las cuales tomaron la fuga despues de haber atado de piés y manos á un árbol á Aquior. Pero desatándole los hijos de Israël, condujeron aquel infortunado príncipe á Betulia, y puesto en medio del pueblo, fue preguntado porque de aquel modo le habian tratado los Asyrios. Refirió Aquior todo lo que le habia pasado con Holofernes, y el castigo que este le habia dado y el que esperaba darle porque habia hablado sin rebozo. Gran consternacion y luto causaron en Betulia las esperanzas crueles de Holofernes; el llanto era universal, y las oraciones al Señor eran incesantes. Y creció de punto el sobresalto y el terror cuando en la mañana siguiente se vió al general Asyrio venir con todas sus tropas contra la ciudad. Ciento y veinte mil soldados de infantería y veinte y dos mil de caballería componian el ejército sitiador, sin contar los que el caudillo Asyrio habia hecho alistar de entre los cautivos, y toda la juventud que se habia llevado por fuerza de las provincias y ciudades. Toda aquella muchedumbre, dispuesta á entrar en batalla, habia avanzado por la ladera del monte hasta la altura que

domina sobre Dothain, desde el lugar llamado Belma hasta Quelmon situado en frente de Estelon. Cuando los hijos de Israël divisaron aquel inmenso gentío, postráronse en tierra, echando ceniza sobre sus cabezas y rogando á una voz al Dios de Israël que mostrase su misericordia para con su pueblo. Y tomando las armas se apostaron en las alturas que dominaban la entrada á la ciudad, que formaba un estrecho sendero en medio de los montes, vigilando de dia y de noche. Holofernes por su parte, despues de haberse informado de los alrededores, en lugar de combatir, resolvió forzar á los habitantes á rendirse ó á morir de sed: mandó cortar un acueducto por donde recibian éstos las aguas de lo exterior, pues Betulia estaba situada sobre una altura, y á pesar de las disposiciones del sitiador, quedaban á poca distancia de los muros algunos pequeños manantiales de donde los sitiados iban á sacar á escondidas un poco de agua, mas bien para aliviar la sed que para apagarla. Pero presto les fué quitado este último recurso, pues á instigacion de los Ammonitas y de los Moabitas, apostó Holofernes cien hombres de guardia al rededor de cada manantial; los sitiados se sostuvieron aun veinte dias, pero pasados estos, llegaron á agotarse todas las cisternas y depósitos de agua de Bethulia, por manera que no quedó en la ciudad agua bastante para saciar la sed de un solo dia. En tan extremado apuro, todos los sitiados, hombres, mugeres y niños acudieron á tropel á Ozias, que habia organizado y sostenia y alentaba la resistencia: y reducidos á ser víctimas de la sed y de la miseria, pidiéronle á grandes voces el que se rindiesen á discrecion, «porque mas vale vivir cautivos, decian, y bendecir al Señor, que morir y ser el oprobio de todo el mundo, despues de haber visto espirar á nuestros ojos nuestras esposas y nuestros hijos.» Mezclaron sus súplicas con llantos y alaridos, con grandes gritos de misericordia hácia Dios, y no cesaron sus lamentos hasta que se sintieron fatigados de clamar y llorar. Viendo Ozias aquella desconsolada multitud, levantóse bañado en lágrimas y dijo: «Tened buen ánimo, hermanos mios, y esperemos por cinco dias mas la misericordia del Señor que quizás aplacará su enojo y hará brillar la gloria de su nombre. Mas si pasados estos no viene ningun socorro, haremos lo que habeis dicho.»

Estas palabras de Ozias fueron reportadas á Judith, hija de Merari, de la tribu de Simeon. Judith era viuda de tres años y medio. Su marido se llamaba Manasés, que murió de un calor en la cabeza, herido por los rayos del sol mientras iba dando priesa á los que trabajaban en la siega de sus granos; y dejó todas sus riquezas, que eran considerables, sus servidores y sus ganados á Judith, cuya belleza era aun mayor que su opulencia. Muger dotada de un corazon noble y magnánimo, todas sus fieles afecciones quedaron en el sepulcro de aquel que habia una vez sido su objeto; modelo de lealtad conyugal, y de una viudez generosa, que alimentando el alma con los gratos recuerdos de la persona que se amó, sabe vivir de ellos solos, mezclando su constante y tranquilo dolor con las memorias del cielo. Judith, desde que habia quedado viuda, no tenia otras delicias que las de la religion. En lo mas elevado de su casa se habia hecho construir una habitacion separada, en cuyo retiro vivia con su sirvienta: llevaba un grosero cilicio, ó saco de penitencia, señal de su inconsolable dolor, y ayunaba casi todos los dias. Esta conducta, inspirada por piadosos sentimientos, le habia conciliado la estimacion general, y ni una palabra de disfavor habia nunca marchitado el terso brillo de su reputacion, este frágil pero hermoso ornamento de las jóvenes viudas. Tal era Judith en Bethulia.

Luego que supo esta muger magnánima por medio de sus conciudadanos que Ozias habia prometido dentro cinco dias entregar la ciudad, envió á buscar á los Ancianos del pueblo, y les dijo: « ¿Qué demanda es esa, en que ha consentido Ozias de entregar la ciudad á los Asyrios, si dentro de cinco dias no os viene socorro? ¿Y quién sois vosotros para tentar así al Señor? Medio es este, no para atraer su misericordia, sino mas bien para provocar su ira y encender su furor. Vosotros habeis fijado un plazo á las piedades del Señor, y le habeis señalado dia, conforme á vuestro arbitrio. Pero, pues que el Señor es sufrido, arrepintámonos de esta falta, que acabamos de cometer, y bañados en lágrimas, imploremos su misericordia. No son las amenazas de Dios como las de los hombres... y consideremos que los azotes con que el Señor nos castiga, como á sus esclavos, nos han venido para corregirnos y no para perdernos. » Aquella ilustre muger con

aquella superior inteligencia de las cosas que viene de la fé, recordaba muy oportunamente las doctrinas visiblemente marcadas en toda la historia de los Judíos, y que deben presidir á la vida de todos los hombres; esto es, de una parte que las calamidades aparecen en el mundo como la punicion de delitos anteriores, de los cuales ó somos personalmente culpables, ó simplemente cómplices, y que en todo caso son una prueba que se trata de sobrellevar con resignacion y de hacer servir en provecho nuestro; y de otra parte, que no debemos presumir demasiado de la prudencia humana, ni excluir á Dios de nuestros consejos, pues, sea como fuere, él nos ha hecho libres para obedecer con gloria y no para resistir con orgullo; para comprender y ejecutar sus designios, y no para combatirlos ni para substituir á ellos los nuestros propios.

A esto pues respondieron Ozias y los Ancianos del pueblo: «Mucha verdad es todo lo que has dicho, y tus razones no tienen réplica. Ruega pues ahora por nosotros puesto que eres una muger santa y temerosa de Dios.» Y replicó Judith: «Así como conoceis ser de Dios lo que acabo de decir, así sabreis tambien por experiencia si viene de él lo que tengo resuelto ejecutar, y rogadle paraque me ratifique en mi designio. Esta noche estareis vosotros en la puerta de la ciudad, y yo saldré fuera con mi doncella: y orad al Señor á fin de que dentro de los cinco dias que dijisteis, arroje una mirada de clemencia y de proteccion hácia su pueblo de Israël. No quiero que me pregunteis sobre lo que intento hacer; y hasta que venga yo á noticiároslo, que no se haga otra cosa que rogar por mí á nuestro Señor Dios.» «Vete en paz, le dijo Ozias príncipe de Judá, y el Señor sea contigo para vengarnos de nuestros enemigos.» Y se marchó, seguido de los Ancianos del pueblo.

Retirados estos, Judith entró en su retrete, que era su oratorio, y vistiéndose de cilicio, esparció ceniza sobre su cabeza, y postrada delante de Dios, recordando la venganza que su abuelo Simeon habia tomado en otro tiempo del ultraje hecho á Dina, exclamó: «Señor Dios de mi padre Simeon, en cuya mano pusiste la espada para castigar á unos extrangeros, profanadores impuros de la gloria de una vírgen, que entregasteis sus mugeres como un botin de guerra, sus hijas al cautive-

rio, y sus despojos á ser repartidos entre tus servidores que ardieron en celo por tu honor; asiste te suplico, ó Dios mio, á una viuda desolada. Puesto que eres tú el que obraste las antiguas maravillas, y el que tienes resuelto obrar otras despues, y que todo pende de tu voluntad: ya que preparados están tus caminos, y tus juicios tienen su fundamento en tu infalible providencia; vuelve ahora la vista sobre el campamento de los Asyrios, como en otro tiempo te dignaste volver al de los Egipcios, cuando estos corrian armados en pos de tus siervos, confiados en sus carros, en su caballería y en la muchedumbre de sus guerreros, tendiste la vista sobre su campo, y quedaron envueltos en las tinieblas, el abismo detuvo sus pasos, y las aguas los devoraron. Así suceda con estos, Señor, que ponen la confianza en su gran número, que se pavonean en sus carros y sus picas, y en sus escudos y en sus lanzas; y no conocen que eres nuestro Dios, tú, que desde el principio de los tiempos disipas las legiones, y tienes por nombre el Señor. Levanta tu brazo, como ya otra vez hiciste, y con tu poder destruye su poder: caiga al golpe de tu indignacion la fuerza de los que presumen violar tu santuario, y profanar el tabernáculo dedicado á tu santo Nombre, y derribar la magestad de tu altar augusto.»

É indicando despues el ardid de que ella pensaba valerse contra Holofernes, añadió: «Haz, Señor, que la cabeza de ese soberbio caiga cortada con su propio alfange; que al verme quede prendido por sus propios ojos, como en un lazo: hiérele tú con el encanto de mis palabras: infunde en mi corazon constancia para despreciarle, y valor para destruirle. Derribado quede por la mano de una muger, y sea esta la gloria de tu santo nombre. Que no consiste, Señor, tu poder en el número de los escuadrones, ni te places en la fuerza de los caballos, ni han sido nunca de tu agrado los soberbios, y solo has recibido con gusto las súplicas de los que te ruegan con humildad y mansedumbre. O Dios de los cielos, criador de las aguas y Señor de todo lo criado, escucha á esta debil mortal que te invoca, y que lo espera todo de tu misericordia. Acuérdate, Señor, de tu alianza, y pon tú mismo las palabras sobre mis labios: fortifica mi corazon en esta empresa, á fin de que tu Nombre se mantenga siempre inmaculado para tu culto,

y reconozcan todos los pueblos de la tierra que tú eres el verdadero Dios, y que no hay otro fuera de tí. »

El designio de Judith, como ya se desprende de sus mismas palabras, era el de inspirar alguna pasion á Holofernes, y de aprovecharse, para perderle, de la loca confianza que sin duda la concederia: juntábanse en su pensamiento el patriotismo y la religion para aconsejarle el librar á la tierra del yugo opresor de un enemigo cruel: se puede muy bien decir que Dios robustecia este proyecto en el corazon de aquella hembra intrépida; y así este es un caso excepcional que no puede servir de norma para el proceder ordinario de la vida, y por lo comun son muy otras las sendas que conducen á tan glorioso término. Pudo muy bien Judith ver delineada en rasgos de fuego dentro de su conciencia la vocacion especial á la que la llamaba el cielo, y buscar en ideas demasiado humanas y preferir por error medios desgraciados para llenarla. No hay duda que el patriotismo tiene su exaltacion, estratagemas la guerra: pero la moral tiene tambien sus derechos y la religion sus preceptos: es permitido callar secretos, pero está prohibido el engañar por expresos embustes. Llamar á su socorro peligrosos atractivos, y arrostrar en sí y hacer correr á otros los percances de un mal probable, es lo que la razon reprueba y lo que Dios prohibe. Si nos es pues imposible aplaudir en todas sus partes las súplicas de Judith, fuerza es reconocer no obstante las buenas intenciones que la animan, los generosos sentimientos que desplega, y los movimientos de ardiente fe y de varonil corage que brillan en sus invocaciones magníficas. Por lo demás el hombre marcará siempre hasta el bien que obra con el sello de su propia y original imperfeccion: mas Dios hará tambien resplandecer siempre su fuerza y su santidad al través de la flaqueza y de la iniquidad de nuestras obras.

Despues de haber así preparado su alma, Judith se levantó del lugar en que estaba prosternada delante del Señor, bajó á su habitacion, llamó á su doncella, quitóse el cilicio, dejó su lúgubre traje de viuda, lavó su cuerpo y ungióle con preciosos ungüentos, repartió en trenzas el cabello de su cabeza que adornó rica y graciosamente. Atavióse con sus vestidos de gala, calzóse sus sandalias; y púsose los brazaletes, los pen-

dientes, collar y otras sortijas de esplendidez deslumbradora, pues tal era el traje y las joyas que habia llevado en los dias de su antigua felicidad. A este atavio magnífico daba aun mayor realce una belleza sobrenatural que Dios hacia brillar en su rostro; pues Dios, que penetraba en el corazon de su sierva y veia que la virtud sola y no una vana complacencia de satisfacer una pasion regulaba sus acciones, añadió á la gracia natural de su persona una superior hermosura, para que apareciese á los ojos de todos con una brillantez incomparable. Sin duda que Dios favorecia así los designios de la heroina, que queria proteger el templo contra los insultos de sus enemigos y arrancar á sus conciudadanos de la opresion y del peligro de la idolatría ¿No parece de otra parte, que en las grandes pasiones, el alma sale de sí misma, por decirlo así, como una reina que viene á dar órdenes á sus servidores, y aparece sobre la fisonomía, iluminándola con un rayo de su propia magestad?

Entretanto Judith salió acompañada de su doncella. Para no verse obligada á alimentarse de viandas prohibidas durante los dias que pasase en medio de los enemigos, hizo llevar por su criada algunas provisiones de aceite, queso, harina, higos, pan, y una botella de vino. Al llegar á las puertas de la ciudad, halló á Ozias y á los Ancianos del pueblo que la estaban aguardando. Al verla, quedaron deslumbrados por su hermosura, no cansándose de admirar lo noble y bello de su persona. Pero sin preguntarle palabra, la dejaron pasar, diciendo solamente: « El Dios de nuestros padres te dé su gracia, y con su virtud esfuerze los designios de tu corazon, para que Jerusalen se glorie en tí, y sea colocado tu nombre en el número de los santos y justos. » Y todos los que estaban allí presentes apoyaron este patriótico voto, exclamando á una voz: « Así sea! Así sea! »

Judith pues salió fuera de las puertas de la ciudad con la plegaria en los labios, y seguida de su criada. Al despuntar el dia, como ella descendiese de la montaña, las guardias avanzadas de los Asyrios le salieron al encuentro, y deteniéndola, le dijeron: « ¿De donde vienes, y á dónde vas? » Y respondió ella: « Soy una de las hijas de los Hebreos, y he huido de ellos porque preveo que han de ser presa

de vuestras manos, pues os han despreciado, y no han querido entregarse voluntariamente para ser tratados por vosotros con misericordia. Y por esto he pensado y dicho para mí: Iré á presentarme al príncipe Holofernes para descubrirle los secretos de los Hebreos y darle un medio para sorprenderlos sin que perezca un solo hombre de su ejército.» Los soldados contemplaban atónitos aquella jóven transfuga en la cual la gracia de las palabras y de las maneras excedia aun á la belleza y al brillo de los adornos. Y pintándose en sus semblantes el pasmo de que se hallaban poseidos, le dijeron: «Has salvado tu vida con este designio de venir á presentarte á nuestro príncipe y señor, pues ten por cierto que al parecer delante de él, te tratará bien y ganarás su corazon.» Condujéronla pues al pavellon de Holofernes declarándole quien era. Entró ella: el general quedó deslumbrado y vencido, y los oficiales decian: «¿Quién menospreciará el pueblo de los Hebreos, teniendo como tienen mugeres tan bellas? ¿Y no merecen estas que hagamos la guerra contra ellos para adquirirlas?» Holofernes estaba sentado bajo un dosel de púrpura bordado de oro, y decorado con esmeraldas y otras piedras preciosas. Judith arrojó una mirada sobre el gefe Asyrio y se postró hasta la tierra en señal de respeto, mas los criados de Holofernes la levantaron por mandato de su señor.

Sin duda que la audacia de sus resoluciones, los pensamientos terribles que nutria en su corazon, la novedad del espectáculo que á su vista se presentaba, aquella especie de fiebre que en las grandes circunstancias afecta los miembros con agitaciones convulsivas, como si estos fuesen harto débiles para seguir los arranques del alma y sostener el peso del entusiasmo, quizás tambien un resto de pavor de que difícilmente puede librarse una muger en medio de tan trágicas premeditaciones, todo esto junto inspiró á Judith una turbacion, alomenos aparente, pues que Holofernes le dirigió palabras para alentarla antes de preguntarle el motivo de su fuga. «Cobra aliento, y destierra de tu corazon todo temor, pues nunca he tratado mal á nadie que haya querido someterse á nuestro Rey. Y si tu pueblo no me hubiese despreciado no hubiera contra él empuñado mi lanza. Mas dime ahora: ¿Por

que causa los has abandonado á ellos y resuelto venir te entre nosotros?
La artificiosa Judith respodió así: « Atiende á las palabras de tu sierva, porque si siguieres los consejos de tu esclava, el Señor dará cumplimiento á tu empresa.... La prudencia de tu espíritu es celebrada entre todas las naciones, y todo el mundo sabe que tu solo eres el mejor y mas poderoso personaje de su reino, y en todas las provincias no se habla mas que de tu pericia militar. No se ignora lo que habló Aquior, ni menos lo que tú has dispuesto acerca de su persona. Nuestro Dios está tan indignado por nuestras maldades, que ha enviado á decir al pueblo por medio de sus profetas, que le abandona en pena de sus pecados. Y como los hijos de Israël saben que tienen ofendido á su Dios, están temblando de tí. El hambre además los acosa y están ya casi muertos de sed: por lo cual han resuelto matar sus bestias para beberse la sangre, y hacer servir para su uso el trigo, el vino y el aceite, objetos consagrados al Señor, y que, lejos de poder consumirlos, ni aun tocar pueden con las manos. Y siendo tal su proceder, no hay duda que serán abandonados de Dios y que perecerán. Penetrada pues yo, sierva tuya, de esta verdad, huí de ellos, y el Señor me ha mandado darte aviso de todo lo dicho; pues esta tu sierva adora á Dios aun ahora que está en tu poder. Saldré pues fuera á hacer oracion al Señor; el cual me dirá la hora de su venganza y yo te lo vendré á anunciar, por manera que yo misma te conduciré por medio de Jerusalen, y verás en tu presencia á todo el pueblo de Israël como ovejas sin pastor, sin que ni un perro siquiera ladre contra tí, todo esto me ha sido revelado por Dios, el cual me ha enviado para darte de ello conocimiento.»

El éxito confirmó estas palabras en el sentido que les daba Judith en su interior, pero nó en el sentido que naturalmente presentan. Esta arenga merece ser considerada atentamente. Judith reconoce á la presencia del primer esclavo de Nabuco la omnipotencia y supremacia del Dios de Israël, y no hay una sola palabra que desmienta la religiosidad de la que habla. Preciso era temperar esta proclamacion solemne de la divinidad de Jehová, con alguna lisonja al poder y pericia del general Asyrio, y con una verdadera pintura de la apurada situacion de los sitiados. Y aun cuando nos parece algo difícil el eximir esta aren-

ga de todo reproche de ficcion y de mentira, aun cuando no quiera verse en ciertas expresiones sino una pura ironía, y se reconozca en otras una alusion profética; pues tales restricciones mentales exceden, en nuestro concepto, los límites forzosos del recto pensar y respiran la doblez; con todo pueden admirarse las virtudes de Judith sin por esto llamarla impecable; y creemos que su casta viudez, su sentimiento de síncera religion y su patriotismo magnánimo la hacen asaz rica de gloria real, paraque deje de tributársele un justo homenage de espontáneas alabanzas. Lejos estamos por esto de vituperar en nada la memoria de tan noble matrona: creemos únicamente que sus palabras amfilológicas, á pesar de no lesiar en lo mas mínimo la gloria de Dios y de sus soberanos atributos, fueron materialmente una falta, en la comun accepcion de esta palabra, y que por este punto no es imitable. Y por último, que le arrojen la primera piedra los que tengan un corazon mas grande que ella, los que hayan servido mejor á su patria y ofendido menos á Dios!

Complació en extremo á Holofernes y á todos sus oficiales el discurso de Judith, porque Holofernes era débil contra la adulacion, como la mayor parte de los hombres investidos de un poder cualquiera, y porque sus oficiales se conformaban con su pensamiento, como todos aquellos que hacen de la obediencia un negocio y no una virtud. Todos, capitanes y soldados, admiraban la sabiduría de Judith, y se decian el uno al otro: « No hay en el mundo una muger como esta, ni por la hermosura del rostro ni por la discrecion en el hablar. » Y dirigiéndose á ella Holofernes le dijo: « Dios nos ha favorecido enviándote delante de este pueblo paraque lo pongas en nuestras manos. Y tu promesa es de tan buen agüero, que si tu Dios la cumple será tambien mi Dios, y tú serás grande en la casa de Nabucodonosor y tu nombre resonará y será celebrado por toda la tierra. » Puede creerse sin temor de errar que por parte de Holofernes esta promesa de abrazar la religion Judía tenia por objeto el quitar los escrúpulos que pudiera á no tardar oponerle la piedad de Judith.

Entretanto Holofernes dió órden á sus criados de conducir á la transfuga estrangera á la cámara en donde se guardaban sus tesoros, no creyendo, segun la ingenua expresion de un antiguo escritor, poder poner allí una piedra mas preciosa, y quiso tambien que recibiese de

su propia mesa lo que ella apeteciera. Judith dió á conocerle que las leyes religiosas de su país no le permitian usar indistintamente de toda especie de manjares y que ella habia ya traido consigo las provisiones necesarias. « Y cuando lleguen á faltarte las provisiones que has traido, replicó Holofernes, que se ha de hacer? » « Lo juro por tu vida, señor, contextó la Hebrea, que no consumirá tu sierva lo que trae consigo, antes que cumpla Dios por mi medio lo que he pensado. » En seguida los criados del general la acompañaron al alojamiento que habia mandado. Pidió despues permiso de salir fuera por la noche y antes de amanecer, para ir á hacer su oracion fuera del campo. Consintió en ello Holofernes, dando órden á sus ayudas de cámara paraque la dejasen salir y entrar como quisiese, durante tres dias, á adorar á su Dios. Salia pues las noches al valle de Bethulia; y despues de las abluciones religiosas, volvíase á su tienda, purificada; permanecia allí hasta que al anochecer tomaba su alimento, y oraba incesantemente al Señor Dios de Israël que dirigiese sus pasos para lograr la libertad de su pueblo.

En el cuarto dia celebró Holofernes una cena ó convite con sus domésticos. Entónces el déspota, viéndose separado de la Hebrea, mandóle un recado por su eunuco Vagao para invitarla á que viniese á cohabitar con él. Holofernes, ya sea por pasion, ya sea por orgullo, no podia diferir por mas tiempo la austera reserva de Judith; y como los voluptuosos magnates del oriente, no queria tolerar que aquella cautiva voluntaria saliera intacta de sus manos. Nada mas natural que convidarla á su mesa. Judith aceptó con agrado el mensage. « ¿Quién soy yo, contextó al enviado, paraque ose contradecir á mi señor? » Y fingiendo tomar la invitacion por una simple muestra de benevolencia, añadió con mucha gracia: «Haré todo cuanto sea de su agrado, pues lo que él guste será para mí lo mejor en todos los dias de mi vida. » Levantóse, pues; adornóse con todas sus galas, y así ataviada fué á presentarse delante de él. Al verla, el corazon de Holofernes quedó profundamente conmovido, y la pasion impura mal contenida chispeaba por sus ojos. Y le dijo: «Come ahora y bebe alegremente, porque me has caido en gracia. » Y respondió ella: « Beberé, señor, porque recibe mi alma en este dia mayor gloria que en todos los demás de mi vida.» En

efecto tomó en seguida de lo que su doncella habia dispuesto y comió y bebió en su presencia. Y Holofernes se tuvo por tan feliz, y tanto rebosó de contento, que bebió vino sin medida, mas de lo que nunca en su vida habia bebido.

Venida la noche, retiráronse los convidados que presto quedaron sumidos en el sueño de la embriaguez. Vagao cerró la puerta de la cámara, y Judith quedó sola en el gabinete. Holofernes estaba tendido en la cama, durmiendo profundamente á causa de su embriaguez extraordinaria. Judith habia dado órden á su doncella que estuviese fuera de observacion á la puerta de la cámara. Y púsose Judith en pié delante de la cama, rogando con lágrimas y en silencio, moviendo apenas los labios: « Dame valor, Señor Dios de Israël, pon tu mirada propicia sobre la obra de mis manos, para que sea por tí ensalzada, segun prometiste, tu ciudad de Jerusalen, y ejecute yo lo que me he propuesto hacer con tu asistencia. » Despues de estas palabras, acércase al pilar que estaba á la cabecera de la cama, y desata el alfange que de él colgaba, le saca de su vaina, y tomando á Holofernes por los cabellos. « Señor Dios, dice sostenedme en este momento. » Y le dá dos golpes en la cerviz, separa la cabeza del cuerpo, y desprendiendo de los pilares el cortinage, vuelca al suelo el cadáver hecho un tronco. Sale poco despues, entrega la cabeza de Holofernes á su criada, mandándole que la esconda en el saco en donde habian llevado las provisiones. Y saliéronse á fuera las dos segun costumbre, como para ir á la oracion, y atravesado el campamento, y dada la vuelta al valle, llegan á las puertas de Bethulia.

Judith desde lejos gritó á los centinelas de la muralla: «Abrid las puertas, porque Dios está con nosotros, y ha obrado un prodigio en Israël.» Á la voz de Judith llaman los centinelas á los Ancianos del pueblo. Y vinieron corriendo á ella todos, pues ya desesperaban de su vuelta. Y encendieron antorchas, y la rodearon á tropel, y subiendo la heroina en un sitio mas elevado, mandó guardar silencio, y habló así: «Alabad al Señor Dios nuestro que no ha desamparado á los que confiaban en él. Y por medio de esta su esclava ha hecho ostension de su misericordia prometida á la casa de Israël; y esta noche ha muerto por

mi mano al enemigo de su pueblo.» Y mostrando despues á la asamblea el trofeo de su victoria, añadió: «Mirad la cabeza de Holofernes general del ejército de los Asyrios, y ved una de las cortinas de su lecho sobre el cual yacia sumido en la embriaguez, y donde Dios Señor nuestro le ha degollado por mano de una muger. El Dios viviente me es testigo, que su ángel me ha guardado en mi salida y permanencia en el campo y vuelta; ni ha permitido el Señor que su sierva fuese violada, y me ha restituido á vosotros sin mancha, feliz por su triunfo, por mi salud y por haberos dado libertad. Alabad pues al Señor por su bondad y porque su misericordia se extiende á todos los siglos.» Así es como este pueblo religioso lo referia todo á la Providencia, persuadido que ella tiene en sus manos los sucesos de la guerra, que á menudo fija segun el espíritu de nuestras plegarias el destino de las falanges enemigas, y dá algunas veces á los mas flacos un valor que equivale á ejércitos enteros.

Todos los habitantes de Bethulia reconocieron el dedo de Dios en la muerte de Holofernes, y dijeron á Judith: «El Señor ha derramado sobre tí sus bendiciones comunicándote su poder; pues por medio de tí ha aniquilado nuestros enemigos.» Y Ozías gefe del pueblo de Israël, añadió: «Bendita eres del Altísimo entre todas las mugeres de la tierra. Bendito sea el Señor, criador del cielo y de la tierra, que dirigió tu mano para cortar la cabeza al caudillo de nuestros enemigos. Hoy ha hecho tan célebre tu nombre, que tus alabanzas no cesarán jamás de publicarse por las generaciones venideras que conservaron la memoria de los prodigios del Señor, pues no has temido exponer la vida por tu pueblo, al ver sus angustias y tribulaciones, sino que has corrido á prevenir su ruina, delante de Dios.» Y todo el pueblo á una voz confirmó y aplaudió tan merecidos elogios.

Llamado despues Aquior, compareció, y díjole Judith: «El Dios de Israël de quien tú reconociste el poder para castigar á sus enemigos acaba de derribar esta noche por mi mano al gefe de todos los infieles. Y paraque conozcas la verdad de lo que te digo, ahí tienes la cabeza de Holofernes que en la insolencia de su orgullo despreciaba al Dios de Israël, y te amenazaba de muerte diciendo: «*Cuando habré hecho can-*

tivo al pueblo hebreo, te haré atravesar con la espada.» Al ver la cabeza de Holofernes, Aquior quedó despavorido, cayó sobre su rostro en tierra, y perdió los sentidos. Pero recobrado luego, volvió en sí, se arrojó á los piés de Judith, y como si la adorase, exclamó: «Bendita eres tú de tu Dios en todos los tabernáculos de Jacob; y el Dios de Israël será glorificado en tí por todos los pueblos hasta donde llegare tu nombre.» É ilustrado por este prodigio, abandonó las supersticiones paganas, creyó en Dios, y quedó incorporado á la nacion.

Y continuando Judith su mision libertadora, dijo al pueblo: «Hermanos mios, escuchad lo que voy á deciros. Colgad esta cabeza en lo alto de nuestros muros, y así que asome el sol sobre el horizonte, tome cada uno sus armas, y salid con grande estrépito, no en ademan de esperar al enemigo, sino de acometerle. Al momento irán las avanzadas á dispertar á su general para el combate. Y cuando los gefes, pasando á la tienda de Holofernes, hallarán á este sin cabeza y revolcado en su propia sangre, quedarán helados de pavor. Cuando pues los viereis huir, corred audazmente á su alcance, porque el Señor los hollará bajo vuestras plantas.» En efecto, al despuntar el dia, se colgó sobre los muros la cabeza de Holofernes: cogió cada cual sus armas, y salieron fuera con grande tumulto y gritería. A tal espectáculo, corrieron los centinelas asyrios á la tienda de Holofernes, los que estaban allí de guardia y sus servidores, acercándose á la puerta de la cámara, hacian ruido para dispertarle, procurando adrede interrumpirle el sueño, á fin de que sin ser llamado se dispertase con el ruido, pues nadie osaba llamar á la puerta ni entrar en la cámara del caudillo de los Asyrios. Pero habiéndose reunido allí los capitanes y tribunos, y todos los oficiales generales del ejército del Rey de los Asyrios, dijeron á los ayudas de cámara de Holofernes: «Entrad y dispertadle, pues han salido aquellos ratones de sus ahujeros, y se atreven á provocarnos al combate.» Entra pues uno de sus criados, Vagao se para delante de la cortina, dá algunas palmadas, pues se figuraba que Holofernes estaba durmiendo con la Hebrea. Aplica el oido, y no percibiendo el mas leve movimiento, se arrima mas á la cortina, y alzándola un poco, vé el cadáver de Holofernes sin cabeza, y bañado en su propia sangre. A

tan inesperado espectáculo arroja un grande grito, prorrumpe en llanto, rasga sus vestiduras, corre á la tienda de Judith, y no hallando á la transfuga, sale de allí y esclama: «Una sola muger Hebrea ha llenado de confusion y de afrenta la casa de Nabuco; pues ved aquí á Holofernes tendido en tierra que ya no es mas que un tronco sin cabeza.» A estas terribles palabras los gefes todos del ejército de los Asyrios rasgaron sus vestiduras; el pavor heló la sangre de sus venas, temblaban de agitacion y de espanto, y extendióse un terrible clamoreo por todo el campamento.

Cuando supo todo el ejército que Holofernes habia sido decapitado, la consternacion fué general. Indecisos, sin consejo, sin valor, solo al espanto obedecian, no pensando sino en buscar su salvacion en la fuga. Silenciosos, cabizbajos, abandonándolo todo, sin consultar siquiera con el que tenian al lado, dábanse prisa á escapar de las manos de los Hebreos, cuya victoriosa gritería escuchaban ya de cerca, echando á correr en desórden por los campos y collados. Los Betulianos descendian en turba innumerable, sonando sus trompetas y dando espantosos gritos: pero marchaban unidos y en buen órden; y como las tropas Asyrias huian desparramadas y sin concierto, precipitadamente, hicieron de ellos una horrible carnicería. Despues de haberlos rechazado á gran distancia, volvieron á Bethulia, conduciendo consigo rebaños numerosos y llevando riquezas inmensas, y por su parte, los que habian quedado en la ciudad bajaron al campamento para saquearlo, y el botin fué prodigioso. Ozias entretanto hizo saber á todas las ciudades y provincias la completa derrota de los enemigos; y de todas partes salió armada la juventud mas escogida, persiguiendo á los fugitivos, cuya mayor parte fué pasada al filo de la espada. Así se contuvo esta inundacion ante la audacia de una simple muger. Dios opone á las ondas poderosas del mar un grano de arena en donde viene á estrellarse y á morir su furor: envia en los aires llenos de tempestades un viento ligero que dispersa las nubes y restituye á los cielos la serenidad y bonanza.

A todas estas nuevas, el gran sacerdote Joacim pasó de Jerusalen á Bethulia con todos los Ancianos del pueblo para ver á Judith. La heroina salió á su encuentro, para ofrecerle sus respetos; pero todos á una

voz la bendijeron diciendo: «Tú eres la gloria de Jerusalen, tú la alegría de Israël: tú eres el honor de nuestro pueblo, porque te has portado con varonil esfuerzo, y has tenido un corazon magnánimo: tu amor á la pureza no te ha dejado conocer mas que un esposo: por esto la mano de Dios te ha fortificado, y serás bendita para siempre.» Y todos los hombres y mugeres, jóvenes y doncellas saltaban de alegría al son de arpas y de músicos instrumentos; pues así como nada iguala en horror y en ferocidad al tumulto de un gran pueblo amotinado para el mal; no hay espectáculo mas grato y consolador que la voz de un gran pueblo penetrado de júbilo y rebosando de contento por el triunfo de la justicia y de la virtud. Entonces la inspirada Judith esplayó su júbilo por este himno de victoria.

Con música armonía
Del címbalo y del tímpano sonoro,
Modulando los tonos en suave
Y dulce melodía,
Nuevos himnos resuene nuestro coro;
Y templando el agudo con el grave,
A Jehováh cantemos
Y su nombre dulcísimo invoquemos,
Loando su exelencia:
A Jehováh, que ejércitos deshace.
Su nombre es Jehováh, nombre divino
De eterna y pura esencia.
Al que en fijar su campo se complace
En medio de su pueblo, y en él vino
A salvar nuestras vidas de las manos
De enemigos feroces y tiranos.
De la montaña umbría
Del Aquilon llegó el Asirio fiero,
En numerosas huestes confiado.
Con su caballería
Ocupaba los valles; y primero

Habia mil torrentes agotado
Su inmensa muchedumbre,
Que pudiese bajar de la alta cumbre.
Arrasar esperaba
Mi término feraz á sangre y fuego:
Mi tierna juventud á dura muerte
Soberbio condenaba
Con espada cruel; y cual si luego
Lo tuviese en su mano, de esa suerte
Del párvulo hace presa,
Y la vírgen vá ya cautiva y presa.
Mas el omnipotente
Jehováh reprimió su altanería,
Y á las manos dispuso que acabara
De una muger valiente.
Y aquel fiero caudillo que regia
Tanto armado escuadron y deseara
Con Titan arrogante
O con feroz y altísimo gigante
En singular batalla
A las manos venir, y con honrosa
Muerte acabar que á su sepulcro diera
Fama inmortal, se halla
De Judith á los piés, la hija hermosa
De Merari, postrado, que pudiera
A solo su hermosura
Rendido verlo, y darle muerte oscura.
Del traje de viuda
Se despoja y en gala cambiado,
Como en un dia en Israël festivo,
El triste aspecto muda:
Se adereza y arregla su tocado:
Con el adorno aumenta el atractivo
De su semblante bello:

Rizo y lleno de joyas el cabello,
Con nueva vestidura
Sale, á engañar resuelta á aquel tirano.
Llega, la vé, sus ojos arrebata
La rica bordadura
Del borceguí; lo enciende amor insano.
Se duerme: y ella del tahalí desata
Su alfange, y la cabeza
Le corta allí cuando á dormir empieza.
 Al Persa horrorizado
Y al Medo su valor y su constancia
Asombran: el ejército enemigo
Atónito y turbado,
En confuso clamor, con viva instancia
Grita á los gefes, porque vé el castigo
Con que en breves momentos
Los que ayer eran pobres y sedientos
Le amenazan ahora.
 A jóvenes imberbes de doncellas
Tiernas nacidos, temen: de su muerte
La fuga es precursora.
Huyen, los siguen, y entre mil querellas,
Los ostigan y estrechan de tal suerte,
Que ya muertos, ya heridos,
A tu vista, Jehováh, caen rendidos.
 A Jehováh cantemos
Nuevos himnos, al Dios que el alma adora.
Adonai, Señor ¿de tu grandeza
Quién mide los extremos?
¿Quién hay en cuanto el sol calienta y dora,
Que venza á tu virtud y fortaleza?
A tí sirva con pura
Voluntad y placer la criatura,
Cualquiera que ella fuere;

Pues tú dices y sale de la nada
Por tu palabra al ser lo que no era.
Tu espíritu, si quiere,
Todo lo crea: nunca repugnada
Fué tu voz. Tu derrites como cera
Las piedras; y tu acento
Montes mueve y abismos de su asiento.
Tú engrandeces en todo
Á la que guia tu temor sincero:
¡Mas ay del que se atreva al pueblo mio
Á ofender de algun modo!
Porque Jehováh castigará severo
Su atrevimiento y su furor impío.
El dia formidable
Serán, de su juicio inexorable
Por él examinados,
Gusano roedor, inestinguible
Fuego verás de sempiterna llama,
Fruto de sus pecados,
Consumirá sus carnes un horrible
Cruel tormento, y el que no te ama
Sabrá en aquel infierno
Lo que es penar y padecer eterno.

Despues de la victoria, acudieron de todas partes los Judíos á Jerusalen para rendir á Dios acciones de gracias, ofreciendo holocaustos y cumpliendo sus votos y promesas. Palpitaban sus pechos de alegría á la vista de los santos lugares felizmente preservados de las profanaciones del enemigo. Todas las riquezas que se encontraron en la tienda de Holofernes, oro, plata, vestidos y pedrerías fueron entregadas á Judith, la cual junto con las armas y arneses de aquel feroz caudillo, lo consagró todo al Señor, y lo colocó en el templo por anatema de olvido, en expresion de la Escritura, es decir, como un monumento que debia recordar á la posteridad aquel insigne prodigio de Dios. Entre-

tanto el pueblo se entregaba al regocijo á la vista del Santuario, y por espacio de tres meses se celebró en Judith el gozo de esta victoria.

Judith continuó en habitar en Bethulia, gozando del aprecio y de la veneracion de todo el pueblo como la muger mas esclarecida de Israël. Fiel siempre á su antiguo luto, volvió á tomar los hábitos de penitencia y de religion, sin que tantas muestras de gloria con que se veia como adorada deslumbrasen por un solo momento su corazon tan inaccesible á un nuevo amor, como al orgullo. Dió la libertad á la generosa esclava que la habia seguido al campo de los Asyrios. Su gloria aumentaba con los años, y cuando en los dias de fiesta aparecia en público era acogida con unánimes respetos. Mantúvose en la casa de su marido hasta los ciento y cinco años, y murió llena de virtudes, y fue sepultada en Bethulia en el sepulcro de su esposo. La nacion entera la lloró por espacio de siete dias, haciéndosele las mas magníficas exequias. Durante su vida no hubo quien turbase á Israël, ni despues de su muerte en muchos años. Para celebrar su valor y perpetuar el recuerdo de su ilustre victoria, se instituyó una fiesta que se celebró durante largo tiempo en la Judea, cuyo dia era señalado por los Hebreos entre los dias santos. En otro tiempo la iglesia de Etiopia hacia memoria de la libertad de Israël procurada por Judith. Los Santos Padres no han descuidado el elogiar muy oportunamente las altas virtudes de la noble viuda, su vida retirada, silenciosa y pura, su piedad hácia Dios, á quien servia sin desmentirse un solo instante, su tierno y fiel respeto al recuerdo y á la afeccion de su marido, su amor á la patria cuya gloria y libertad salvó tan generosamente. Digno modelo de una viuda cristiana, muger de un claro nacimiento, de una considerable fortuna, brillando en juventud y gentileza, despreció las riquezas, desechó las delicias, holló las seducciones del placer para llegar á la virtud y teñirse con la celeste aureola que ella proporciona (2).

El nombre de Judith ha inspirado con frecuencia al arte cristiano, y seria largo el describir y elogiar las obras que reproducen las mas grandiosas escenas de aquella ilustre viuda. La historia de Judith está pintada en miniatura sobre un manuscrito del Vaticano, que se hace remontar hasta el siglo IX. Tambien está representada en una vidrie-

ra de la Santa-Capilla de París, y aunque faltan en el dia algunos trozos, se la veia entera en otro tiempo. Tambien es conocida una pintura sobre madera del siglo XV que presenta á Judith saliendo de la tienda de Holofornes y llevando consigo la cabeza del general Asyrio; y esta misma trágica escena es la escogida con preferencia por los grandes artistas. Miguel Angel con toda la facundia y fuerza de su fantasía tomó el momento en que la heroina, habiendo puesto sobre un plato la cabeza de Holofernes cubierta con un lienzo, la entrega á su criada, y figurándose despues que el enemigo respira aun, arroja con espanto la última mirada sobre el cadáver, para asegurarse que ya no vive. En Rafael, Judith pertenece al carácter sublime: mantiénese en pié, apoyada sobre su espada, y hollando la cabeza de Holofernes. En el Dominiquino ostenta la cabeza que acaba de tronchar. En el Guido levanta la mirada hácia el cielo con un admirable sentimiento: en Carlos Maratte, tiene en sus manos la cabeza cortada y mira gotear la sangre: su figura es soberbia en movimiento y en expresion. Rubens ha reproducido dos veces este asunto en composiciones llenas de energía y magníficas de colorido. Por fin, en nuestros dias Horacio Vernet, cuyo talento es tan conocido, ha pintado á Judith en un cuadro notable, y en una actitud tan nueva como interesante. Judith mira á su víctima con un valor mezclado de espanto, y se prepara á levantar el sable que ha de cortar la cabeza de Holofernes. Esta bella página del arte contemporáneo adorna al presente el museo de Luxemburgo, y de ella son tomadas seguramente la mayor parte de las láminas de Judith que decoran nuestros libros bíblicos.

Entre las varias composiciones poéticas que la historia de la célebre heroina de Bethulia ha inspirado á nuestros ingenios, citaremos únicamente el siguiente soneto de Lope de Vega, que uno de nuestros mas distinguidos literatos cita como modelo en el *género descriptivo*, añadiendo en su elogio que un pintor no pudiera hacer mas.

Por nuestra parte no creemos que no adolezca de algun defecto, y sobre todo lo reminiscencia de Baco, atendida la magestad del cuadro, no nos parece la mas digna ni oportuna.

JUDITH

Cuelga sangriento de la cama al suelo
El hombro diestro del feroz tirano,
Que opuesto al muro de Bethulia en vano
Despidió contra sí rayos al cielo.
Revuelto con el ansia el rojo velo
Del pavellon á la siniestra mano,
Descubre el espectáculo inhumano
Del tronco horrible convertido en hielo.
Vertido Baco el fuerte arnés afea,
Los vasos y la mesa derribada,
Duermen las guardas que tan mal emplea:
Y sobre la muralla coronada
Del pueblo de Israël la casta Hebrea
Con la cabeza resplandece armada.

Notas.

(1) Numerosos eran y formidables los ejércitos de los grandes imperios de la antigüedad. La espedicion que escogió Holofernes para someter al monarca Asyrio todas las naciones del Asia constaba de ciento veinte mil soldados de infantería y doce mil flecheros de caballería, inumerable muchedumbre de camellos con abundantes provisiones, ganado vacuno y rebaños de ovejas sin cuento y sumas inmensas de oro y plata de los tesoros del Rey. Por manera que puesto en marcha todo aquel ejército, con los carros de guerra y caballos, cubrian á manera de langosta la superficie de la tierra. El designio de este Napoleon de los antiguos dias (era el año del mundo 3347. 657. antes de Jesucristo) consistia en subyugar toda la tierra á su imperio. La comision que dió á Holofernes era la de subyugar los reinos de occidente sin piedad ni miramiento ninguno. Pasó este general los confines de la Asyria, llegó á las grandes montañas de Ange, situadas á la izquierda de la Cilicia, y escaló todos sus castillos y se apoderó de todas las plazas fuertes. Arruinó tambien la famosa ciudad de Melothi y saqueó á los habitantes de Tharsis y á los Ismaelitas que moraban en frente del desierto al mediodía del país de Cellon. Despues de pasado el Eufrates, entró por la Mesopotamia, y batió todas las ciudades fuertes que habia allí, desde el arroyo de Mambre hasta el mar de Tiberiades. Y se hizo dueño de todo el país de la Cilicia hasta los términos de Jafet, que está al Mediodía. Y se llevó toda la gente de Madian, robando todas sus riquezas y pasando á cuchillo á cuantos le resistian. Dejóse caer despues sobre los campos de Damasco al tiempo de la siega, é hizo pegar fuego á todas las mieses y talar todos los árboles y viñas, con lo cual sobrecogió de terror á todos los habitantes de la tierra.

Cuando, atravesada la Syria de Sobal y toda la Apamea y toda la

Mesopotamia, llegó á los Idumeos al país de Gabaa, y ocupó sus ciudades y se alojó allí por espacio de treinta dias: entónces reunió todas las fuerzas de su ejército para atacar al pueblo de Israël.

(2) Desde el reinado de Manasés rey de Judá fueron los Judíos en cuatro diferentes veces echados de su país y llevados esclavos por los Asyrios, y en Asyria hubo muchos reyes con el nombre de *Nabucodonosor*. La historia de Judith la colocan los sagrados intérpretes en el año X del reinado de Manasés que fué hecho prisionero con una parte de sus tropas, segun se lee en el libro 2.° de los Paralipómenos, capítulo 33 por los generales de un rey de Asyria que en el libro de Judith se llama *Nabucodonosor*, llamado tambien *Saosduquin*, nieto de Sennaquerib; el mismo que habia vencido y muerto á Arfaxad rey de los Medos, segun se ve en el mismo libro de Judith, cap. 1.° vers. 40. cuando este príncipe orgulloso con sus conquistas, se dirigia contra Ninive. Tal fué la suerte que tuvo Faorte Rey de los Medos, cerca de Ninive, (Véase Herodoto libro 1.°) cuando quiso conquistar esta ciudad, echando los Asyrios que en ella dominaban. Véase, por último, la conformidad de lo referido en el libro de Judith con lo que refiere Herodoto, y con lo que leemos en los Paralipómenos.





ESTHER.

La natura y el cielo la ornaron á porfia.

(Racine, ESTHER, *acto 3.º escena 9.)*

De todos es sabido ya las guerras de exterminio que se hacian en general los antiguos pueblos, y en especial las razas poderosas del antiguo Oriente. La mayor parte de aquellos á quienes la suerte de las armas no se mostraba propicia en el campo de batalla, espiraban ó al filo de la espada ó entre cadenas: las ciudades tomadas por asalto eran entregadas á las llamas y al pillage: el cuerpo entero de la nacion desventurada, arrancado del suelo natal, iba á vejetar bajo otros cielos, en donde no se le dispensaba sino una cierta medida de aire, de movimiento y de vida, como un árbol sin corona que se transporta á una tierra estraña, y al cual

las plantas indígenas parece quieren sofocar con su envidiosa sombra. La victoria era implacable.

Tambien es sabido que los Judíos atravesaron una prueba de este género bajo el reinado de Nabucodonosor II Rey de Babilonia; prueba cruel y prolongada, pues duró por espacio de setenta años. Este grande infortunio, que arrancó del pueblo de Jeremías aquellos elocuentes sollozos á que no han podido nunca igualar los lamentos de ningun proscrito, es el que otro profeta lloró de antemano por medio de aquel canto tan empapado de melancolía.

A la orilla de los rios
De Babilonia sentados
Nos anegamos en llanto
Al acordarnos de Sion:
Y de los sauces sombríos
Los instrumentos colgados,
Recordamos aquel canto
Que deleitó el corazon.
Los que de la patria bella
Nos arrancaron un dia,
Y nos trajeron cautivos
A esta tierra de horfandad,
Cantadnos, dicen, aquella
Cancion que con armonía
Haciais sonar festivos
En vuestra santa ciudad.
¿Como míseros podremos,
Opreso el pecho de pena,
Entonar en tierra estraña
Los cantares del Señor?
¿Como, tristes, cantaremos
Al compás de la cadena,
Sufriendo de Dios la saña,
Himnos de gozo y de amor?

Si de tí yo me olvidare,
Salem santa, ó insensato
Me abandonare al contento
Viviendo léjos de tí,
O alegres himnos cantare,
O el harpa pulsare ingrato,
Seque mi lengua al momento
El furor de Adonaï (1).

Verdad es que Cyro, uno de los sucesores de Nabucodonosor, decretó por un edicto, célebre en la historia sagrada, que los Judíos quedaban libres de regresar á la Judea y de restablecer el templo de Jerusalen. Desde entónces cesó el cautiverio legalmente: pero de hecho las antipatías de algunos ministros subalternos, y las rivalidades de los Samaritanos hermanos de Judá por la sangre, y separados de ellos por intereses de política y de religion, destruyeron en parte el beneficio de las generosas disposiciones del monarca; por manera que muchas familias prefirieron habitar en el país del destierro, al lado de las cenizas de sus padres, que huir hácia una patria en donde su Dios no tenia todavía altar.

De uno de estos Judíos, pues, sentados en el hogar extrangero, nació Edisa ó Esther. Estos nombres, que en la lengua hebrea expresan la suavidad del mirto y la belleza de la luna, habian tal vez sido escogidos por una disposicion especial de la Providencia. Alomenos eran de feliz agüero, y la jóven doncella no los desmintió en su persona, pues las gracias de que estaba decorada le valieron el supremo poder, y sus hermanos desterrados encontraron en su alma bondadosa un refugio y una proteccion.

No tardó la muerte en arrebatarle sus padres; y el dolor de esta pérdida prematura, unido á las aflicciones del cautiverio, hubiera podido dar en tierra con su valor, si no hubiese encontrado en su tio Mardoqueo un consejero y un apoyo. Cuando la paloma, léjos de su nido, cae bajo las garras del gavilan, no en vano pian los polluelos que ella ha dejado. Dios los envia un rayo de sol, que los calienta y reani-

ma, una gota de rocío que les apaga la sed, y hace volar sobre su nido algunos mosquitos ó ciertos granos para alimentarlos hasta el dia en que podrán por sí mismos hallar su alimento y solazarse alegres bajo su azulado cielo.

Crecia Esther en años ó en virtudes; pero vivia solitaria y oculta como aquellas flores modestas echadas aisladamente por la rica mano de la primavera, y que esconden debajo del verdor su corola y su perfume. Parecia que no debiese salir jamás de la obscuridad y del peso de las angustias que las desgracias de su nacion le habian causado, cuando de improviso el capricho de un tirano, ó mas bien aquel que tiene en su mano el corazon de los reyes, cambió el curso de sus destinos.

Cambyses no supo sostener el peso de la gloria que le habia legado Cyro su padre: y con degollarle, se puso término á sus extravagancias. A fuerza de conjuraciones, se logró hacer pasar la corona á las sienes de Asuero, designado con el nombre de Dario, hijo de Hystaspe. Asuero se llegó á hacer dueño de los numerosos pueblos que habitaban desde la India hasta el mar Egeo, y desde el Ponto Euxino y la mar Caspia hasta la Etiopia y el Océano. Llevaba el fastuoso título de el gran Rey, ó de Rey de Reyes, ó porque su imperio era formado de muchos reynos conquistados, ó porque tenia reyes bajo su dominio. Durante la estacion de verano los monarcas Persas iban á residir en Ecbatana; pero su capital era Susan, hermosa ciudad situada entre los lirios que crecen en abundancia sobre los bordes del Coaspe.

En el tercer año pues de su reinado, en la embriaguez de su gloria, y para hacer ostension de su magnificencia y de sus riquezas, el Rey ordenó espléndidos festines, á donde fueron convidados bajo su presidencia los príncipes de su corte, sus oficiales, los mas bravos entre los Persas y los Medos, en fin, los gobernadores de las ciento veinte y siete provincias del imperio. Estos alegres convites y regocijos de los magnates se continuaron por espacio de seis meses (2). Mas en la última semana, quiso el Rey convidar á todo el pueblo de Susan. Colocáronse largas mesas en los jardines reales: pavellones de finísimo lienzo protegian los convidados contra las intemperies del aire: los mas ricos colores, el marfil, el pórfido y el mármol, el oro y la plata bri-

llaban por todas partes, y la de los manjares y de los licores correspondia al lujo y esplendidez de los adornos, reinaba entre los convidados una alegre libertad, dispensando el Rey los rigores de la etiqueta; y la Reina Vasthi al mismo tiempo daba un suntoso convite á las mugeres en lo interior del palacio.

Habia llegado ya el dia postrero de esta larga solemnidad, que por cierto no tenia visos de terminarse sin alguna escena de estravagancia. Asuero, calentado por el vino mandó que la Reina, con la diadema puesta y con todo el brillo que su regio trage prestaba á su extremada belleza, fuese presentada al festin para que los grandes y el pueblo pudiesen verla á su sabor y admirarla. Pero Vasthi no compareció. ¿Era esto un capricho que se oponia á otro capricho, ó bien la virtud que delante de la indiscrecion y del ultraje se acogia á un magestuoso desden? Sea por lo que fuere, irritado y furioso Asuero, preguntó á sus consejeros ordinarios para saber de ellos en qué pena habia incurrido la Reina despreciando las órdenes de su monarca y esposo. Todas las locuras de los poderosos hallan muy fácilmente adoradores y cómplices. Uno de los cortesanos hizo presente que tan notable ejemplo de desobediencia seria contagioso entre los Persas: aplaudió de paso la indignacion de su señor, y concluyó aconsejando el repudio y la degradacion de Vasthi. El decreto fué conforme al dictámen: la imprudencia lo habia dictado y la precipitacion lo ejecutó.

Mas no tardó Asuero en acordarse de Vasthi y de todo cuanto con ella habia practicado. Tal vez un tardío arrepentimiento buscaba como reconciliarse con la Reina, cuyos encantos no dejarian de inspirar á su corazon gratos y dolorosos recuerdos. Pero difícilmente podia remediarse el mal sin incurrir en la nota de una ligereza pueril. Los servidores de Asuero para borrar en su alma flechada la imágen querida que se pintaba siempre en ella con vivos colores, propusieron el buscar por todo el imperio las jóvenes mas bellas, conducirlas á Susan al harem ó palacio de las mugeres, para que, viéndolas el Rey, escogiese la mas de su gusto, y esta fuese la Reina en lugar de Vasthi. Aprobó el monarca este proyecto, y en virtud del real edicto todo el imperio envió á Susan las mas lindas de sus doncellas. Esther fué del número de es-

tas flores brillantes que las costumbres del tiempo y del pais no protegian lo bastante contra el despotismo y la licencia, y que reunidas en turba bajo la mano ávida de un solo hombre, se estinguian lentamente consumidas en el hastío de una fastuosa soledad.

Todas sus rivales debian por su turno parecer delante del Rey. ¿Quién pudiera pintar la ambicion y las esperanzas que las agitaban? Muy de antemano ejercitábanse, por decirlo así, en merecer la corona que Vasthi habia dejado caer de su frente; pasando sus dias en medio de los perfumes y de los mas exquisitos aromas, y llegado el momento de su visita, redoblaban su belleza con el prestigio de los mas caprichosos adornos.

Esther fué por fin presentada á su vez. Era hermosa en extremo, y no podia mirarse sin quedar prendado de sus gracias. Un autor contemporáneo, en un poemita dedicado á la esposa de Asuero, hace de ella una pintura, de la cual estractamos los siguientes rasgos.

« El mayor encanto de Esther era el candor; pero no aquel candor que se nutre de una dichosa ignorancia, y respira en la region pura de la felicidad, sino de aquel candor discreto y animado, tanto mas bello cuanto mas penetrante, tanto mas seductor cuanto mas espontáneo.

« El alma de Esther, agoviada por los pesares del cautiverio, estaba empapada de melancolía y como una azucena que inclina algun tanto sus hojas húmedas cargadas de rocío; pero el rocío del infortunio no hacia mas que aumentar el perfume divino que exalaba su corazon.

« Lo único que ignoraba Esther eran sus gracias. Tímida sin encogimiento, humilde sin bajeza, hubiera quedado quizás oculta para siempre como una vírgen desconocida, si el encanto secreto de la virtud no hubiese llegado hasta los ojos de un rey.

« El infortunio es el verdadero crisol de las almas grandes. Muchas veces no conoce una alma lo que vale y lo que puede hasta que ha pasado por la desgracia. Cuando despues de haber sufrido no queda mas que abatimiento y languidez, cuando el dolor no ha hecho brotar sentimientos generosos, no busqueis ya nada precioso en aquella alma abyecta ó abatida.

« La bella de Israël fué tan grande en el cautiverio como en el tro-

no. Cautiva, el vigor de su alma sublime yacia como un diamante bajo la corteza de la esclavitud. Reina, desplegó las alas de un corazon magnánimo, y obró con todo el poder de que su alma era capaz. Pero no la transformó el orgullo, porque la religion la detenia siempre en un círculo de humildad. Si era árbitra de Asuero, era esclava del Señor.

« Sabeis el encanto, que entre tantas bellezas logró interesar y fijar el corazon de Asuero sobre su cautiva? El encanto de la religion. Este sentimiento profundo y dominador de propia desconfianza, ese grato abandono de sí propio á las manos de la Providencia, esa modestia que prescribe la ley divina como una precaucion, y que es al mismo tiempo un atractivo, ese conjunto maravilloso de pudor y de temor, de gozo y de esperanza infunde en un corazon vírgen sentimientos elevados que ennoblecen su misma debilidad, y le dan, sin el menor asomo de orgullo, una fuerza dominadora é irresistible sobre el corazon de un hombre. »

Contenta Esther con los adornos que se le dieron, no quiso pedir otros; porque llevaba ya en sí misma una hermosura casi celeste, adornada con todas las gracias de la naturaleza á que daban los sentimientos de religion un realce desconocido. La victoria pues quedó á su favor. El corazon del Rey se inclinó hácia ella, y la amó mas que á todas las otras mugeres. Colocó en su cabeza la diadema real, y la declaró Reina en lugar de Vasthi. Con el objeto de celebrar las bodas de Esther, mandó disponer un banquete espléndido para todos los grandes de la corte y servidores de palacio; y como si participara ya de los generosos sentimientos de su recien desposada, alivió á los pueblos, disminuyéndoles los tributos, y señaló su liberalidad con muchos é importantes beneficios.

La elevacion de Esther no alteró la sencillez de su alma grande. Continuó en mostrarse amable con Mardoqueo y dócil á sus consejos como cuando tierna huérfana, vivia bajo su tutela y solicitud. Para obedecerle, ocultó el nombre de su patria y de su pueblo. Encontró medio como llamar á Mardoqueo á la corte, el cual habitaba en la puerta de palacio. El tio y la sobrina se consultaban á menudo, pero con tal discrecion, que nadie llegó á sospechar su parentesco. Merced á esta buena inteli-

gencia, logró desconcertarse un complot tramado contra la vida de Asuero. Dos eunucos que tenian á su cargo la puerta y la entrada en palacio, por resentimientos particulares contra el Rey, convinieron en asesinarle. Descubrió esta trama Mardoqueo, y la comunicó inmediatamente á Esther, la cual dió parte de ello al Rey en nombre de Mardoqueo. Los culpables fueron al momento presos, interrogados, convictos y condenados á muerte. La historia de esta conjuracion quedó escrita en los faustos del imperio, en donde se referian exacta y minuciosamente los sucesos de los reinados anteriores, los reglamentos establecidos y los servicios que se habian prestado. Así que, el nombre de Mardoqueo fué consignado allí de una manera honorífica, y esta fué á corta diferencia toda la recompensa que recibió de sus buenos oficios, alomenos por el momento.

Vivia á la sazon en la corte de Persia un grande personage llamado Aman, originario de los Amalecitas, otra de aquellas naciones que los Hebreos habian hecho desaparecer de la Palestina cuando allá entraron. Sea favor ó sea mérito, habia llegado á ser el primer personage del imperio despues del Rey. Todos los dependientes de palacio le doblaban la rodilla cuando pasaba, muestra de respeto que rayaba ya en adoracion: y esta era la etiqueta que para dar á su privado honor habia ordenado Asuero. Solo Mardoqueo rehusó prestar al venturoso favorito este homenage de adoracion: y cuando de todas partes le preguntaban: « ¿Porqué no obedeces como todos los demás las órdenes del príncipe? » respondia Mardoqueo que él era Judío, y para dispensarse del ceremonial idolátrico de la corte, alegaba los preceptos contrarios de su religion. Aman fué advertido de la resistencia de Mardoqueo, y pudo de otra parte convencerse de ella por sí mismo. Indignóse en extremo, y su ofendido orgullo contó por nada el inmolar al supuesto culpable: pues sabiendo que era Judío de nacion, resolvió envolver á todos los Judíos en una comun ruina, exterminando de una vez á todos los que vivian en el imperio de Asuero. Tal vez pretendia con tan atroz medida servir á los intereses de un odio hereditario, y vengar la sangre de Amalec derramada en otro tiempo por Saúl en los campos de Hévila.

Aman va á encontrar á Asuero, haciéndole presente que el imperio

mantiene en su seno todo un pueblo que tiene sus leyes y sus costumbres aparte, y que desprecia la autoridad real, y así que no conviene alentar la licencia por medio de la impunidad. «Si os parece bien, pues, decretad que este pueblo perezca, y para que nada tengais que perder de los tributos que él os paga, yo haré entrar en dinero diez mil talentos en las arcas de vuestra tesorería.» Esta suma era exorbitante para un particular; pero Aman contaba sin duda, ó bien que no seria aceptado su ofrecimiento, ó que serian confiscados á su favor los bienes de los proscritos. Sin duda que tenia bien conocido el flanco débil de su señor.

En efecto, Asuero sacóse del dedo el anillo que le servia para sellar sus decretos, y lo puso en manos de su ministro, diciendo: «Ese dinero que prometes, guárdalo para tí: por lo que toca á ese pueblo, haz lo que te parezca.» Desde entónces quedó por costumbre muy frecuente en los monarcas orientales el proceder por via de justicia ó mas bien de suma iniquidad; si bien es verdad que los vasallos por su parte tenian tambien caprichos semejantes, y que á menudo apelaban de un edicto á su puñal. Y si el poder desenfrenado abusaba de su fuerza, la obediencia envilecida se asilaba á la revuelta.

Mas ¿qué podian los Judíos contra un rival armado con la privanza de un monarca absoluto en la verdadera significacion de la palabra? Redactóse contra ellos un edicto de sangre, sancionado con el sello real, traducido en todas las lenguas ó dialectos del imperio y enviado á las ciento veinte y siete provincias de que se componia. Decíase en el decreto que el gran Rey, que habia desplegado en su imperio la mayor clemencia y mansedumbre, queria asegurar á sus pueblos el beneficio de una paz feliz y duradera; que habia llegado á sus oidos que una nacion odiosa turbaba la armonía universal de sus hábitos y costumbres, y que en su consecuencia daba la órden de exterminar en un mismo dia todos los Judíos hasta las mugeres y los niños, y de apoderarse de todos sus bienes. La crueldad tiene alas: los correos partieron con rapidez para todos los puntos del reino, el edicto fué fijado inmediatamente en Susan; y mientras Asuero y su favorito se regalaban en los festines, los Judíos llenaban la ciudad con sus lamentos.

Al momento que esta nueva fatal llegó á oidos de Mardoqueo, rasgó éste sus vestiduras, y tomó todas las señales de luto que se usaban en los pueblos de Oriente. Cubrióse con un saco, esparció ceniza sobre su cabeza, y en medio de la plaza se deshacia en amargos lamentos y desahogaba el pesar profundo de su corazon. Y con estos alaridos de dolor llegó hasta las puertas de palacio, pues en aquel trage lúgubre de cilicio no era permitido penetrar dentro de la regia morada.

Entretanto todo el imperio ignoraba que la Reina perteneciese por origen á la nacion condenada, y Esther ignoraba igualmente las desdichas que amenazaban á sus compañeros de destierro. Fué informada luego por sus doncellas de la extrema afliccion de su tio: envióle á uno de sus criados, para saber de él la causa de su dolor, mandándole al propio tiempo los vestidos convenientes para que pudiese presentarse. Pero él no quiso dejar su trage de luto, y aguardó que se le enviase algun criado fiel encargado de recibir sus comunicaciones. Por este medio descubrió Mardoqueo á Esther el terrible peligro que amenazaba á los Judíos, hizo llegar á sus manos una copia del edicto publicado en Susan (3) y le rogó que fuese á encontrar á Asuero, valiéndose de su posicion y de su ascendiente para salvar á Israël: « Acuérdate, le dijo, de los dias de tu humillacion en que yo te alimentaba con mi propia mano. Invoca pues al Señor, habla por nosotros al Rey, y líbranos de la muerte. »

Esther le dió por respuesta que en Persia estaba severamente prohibido penetrar en las habitaciones del Rey sin órden suya expresa, y que era castigado al momento con pena de muerte cualquiera que traspasar osara esta prohibicion, á menos que él extendiese hácia el culpable su cetro de oro en señal de clemencia; costumbre que se observa tambien en otros reinos del Oriente especialmente en Asia. No por esto desistió el generoso anciano de sus vivas reclamaciones, exortándola á que no alimentase la vana esperanza de escapar del golpe fatal que descargar debia sobre su nacion, y hablándole con cierto tono de autoridad profética y de confianza en Dios, muy oportuno en aquellos extremos apuros. « Si ahora callares, añadió, Dios hallará algun otro medio para salvar á los Judíos, y perecereis tú y la casa de tu padre. Y además, ¿Quién sabe si por esto has llegado á subir al trono, para

sacarnos del terrible apuro en que nos hallamos? » Esther, cedió por fin. «Anda, respondió á Mardoqueo, reune á todos los Judíos que se hallan en Susan, y rogad á Dios por mí, ayunando tres dias y tres noches, como yo ayunaré tambien con mis doncellas, y en seguida me presentaré al Rey, aunque sea contraviniendo á las leyes del país, y exponiéndome al peligro y á la muerte.»

Retiróse Mardoqueo, y practicó todo cuanto la Reina le habia prescrito. Derramó en la presencia de Dios con súplicas fervientes toda la amargura de su corazon, y todo Israël imitó su ejemplo. En tanto Esther habia depuesto la pompa de sus regios trages para tomar aquellos vestidos que mejor se hermanaban con su afliccion y con su luto: los preciosos perfumes no embalsamaban ya sus hermosos cabellos de ébano; su frente se humilló en la ceniza, y su cuerpo se sujetó á los rigores de la abstinencia: su mansion, hasta entonces tan risueña, se llenó de una tristeza sombría, y poniéndose en oracion, esclamó: «Ah Señor, nuestro único monarca, socórreme en el abandono en que me hallo: no tengo otro protector fuera de tí. Mi peligro no puede ser mas inminente. Yo he oido decir á mi padre que tú ó Señor, habias escogido Israël entre todos los pueblos.... para hacer de él tu eterna herencia. Nosotros hemos pecado delante de tí, y por esto nos has entregado en manos de nuestros enemigos. Mas ahora, no satisfechos con tenernos oprimidos en dura esclavitud, y atribuyendo la fuerza de sus brazos al poder de sus ídolos, se jactan de desmentir tus promesas, destruir tu heredad, tapar la boca de los que te alaban, y extinguir la gloria de tu templo y de tu altar, para abrir la boca de las naciones que no te conocen, y desatar sus lenguas en alabanza del poder de los ídolos, y glorificar perpetuamente á un rey de carne y sangre. No dejes pues tu pueblo á merced de estos poderes de la nada, para que no te insulten riéndose de nuestra ruina: antes vuelve contra ellos sus locos designios, y derriba al soberbio que se ha encarnizado contra nosotros. Acuérdate, Señor, de nosotros, y muéstranos tu rostro en el tiempo de la tribulacion, y dame seguridad en mi empresa ó Rey de los dioses y de todas las potestades. Pon en mis labios palabras discretas y oportunas, para que al presentarme al leon Asuero, por su fiereza y poder, logre mudar su corazon para que aborrezca á nuestro

enemigo, y perezca este con todos sus cómplices.... Ya sabes que aborrezco la gloria de los inicuos, y detesto el lecho de los incircuncisos y de cualquier extrangero. Ya sabes la necesidad en que me veo de parecer con el soberbio distintivo de mi gloria que abomino, y con esta diadema que orna mis sienes, y que detesto. Ya sabes que no lo uso en los dias de retiro y de recogimiento: que nunca me he deleitado en los festines del Rey, y que desde el dia en que fuí trasladada á este regio alcazar, jamás ha tenido esta tu sierva contento sino en tí, Señor Dios de Abraham.» Así rogaba Esther, y no fué vana su plegaria. Pues reside siempre una grande fuerza en las súplicas de la inocencia oprimida, y á menudo arman, aun desde este mundo, la indignacion de Dios, que viene con el rayo en la mano á visitar á los malvados en medio de sus obras injustas.

En el tercer dia, pues, de su penitencia vistióse la Reina con sus mas ricos adornos; y con todo el esplendor de su pompa real dirigióse á la habitacion interior del Rey. Dos de sus mugeres la acompañan: apoyándose sobre la una, parece que débil y delicada puede apenas sostenerse: la otra sigue detrás, arreglando los flotantes ropages de su manto anchuroso y rozagante. Bajo un leve colorido de rosa y de unos ojos llenos de brillo y de dulzura, oculta Esther la tristeza y extremo pavor de su alma. Atraviesa los dorados salones que guian á la mansion regia, y se para en la antecámara de la sala en donde estaba el Rey sentado en su trono, y reflejando sus vestidos con el oro y deslumbrante pedrería. Levanta los ojos, y el furor chispea sobre su semblante. Trémula, perdida Esther palidece, y deja caer su frente sobre la jóven que la sostenia como no pudiendo sufrir las miradas del Rey, el cual, á tal espectáculo, y conducido invisiblemente por la mano de Dios, siente ablandirse el corazon, y su feroz humor da lugar á la mansedumbre. Inquieto, desciende del trono; recibe la Reina en sus brazos, y mirándola con cariño, le dice con ternura: «¿Qué teneis Esther? Yo soy vuestro hermano: no temais la muerte, pues esta ley no fué dictada para vos sino por todos los demás. Venid pues y tocad este cetro.» É inclina hácia ella su cetro de oro en señal de clemencia, y la invita á hablar. Esther se escusa con la sorpresa mezclada de temor que le

ha inspirado la magestad del Rey, y vuelve á caer casi sin sentido. Asuero se turba, y sus cortesanos se apresuran á socorrer á la Reina. En fin vuelve ella en sí, y el Rey le dice: «¿Qué quereis, reina Esther? ¿que es lo que pedís? Aun cuando pidierais la mitad de mi reino, yo os lo concederia.» Esther, conociendo que no habia llegado aun el momento de explicarse, convida á Asuero á un banquete y le pide que haga concurrir tambien á Aman. Logra la Reina que sea atendida su súplica: Asuero le reitera en la alegría del festin la seguridad de sus intenciones generosas, y le ofrece de nuevo la mitad de su reino. Esther se limita á rogar al Rey que asista el dia siguiente con Aman á un segundo convite, prometiendo manifestarle entónces sus deseos.

Aman salió del convite sumamente alegre y satisfecho; pero su alegria fué tan corta como viva: parece que el pesar escoja para visitarnos el momento en que nuestro corazon está abierto á la mas confiada alegría y al mas plausible regocijo. Mardoqueo estaba sentado en la puerta de palacio, y no se levantó para hacer los honores al poderoso ministro que pasaba, y que hallaba en este solo acto de independencia el escollo de toda su felicidad. No era en Mardoqueo esa noble firmeza efecto alguno de orgullo, sino un acto heróico de respeto á Dios, y un raro ejemplo de aquella humilde fortaleza de ánimo, que elevando al hombre sobre lo mas alto que hay en la tierra, le hace obedecer ciegamente los preceptos de Dios, aun á costa de su propia vida. Aman sintió un acceso de furor; pero disimulando la ira, vuelto á su casa, convocó á sus amigos y á su esposa Zares, y les hizo presente la inmensidad de sus riquezas, la multitud de sus hijos, y el alto grado de poder á donde habia subido en el imperio: añadió despues el insigne favor que le habia hecho la Reina invitándole dos veces á su mesa con exclusion de todos los grandes del reino. «Pues bien, dijo, aun con todo esto, nada me parece que tengo, mientras vea al Judío Mardoqueo sentado á la puerta de su palacio.» Su esposa y amigos le aconsejaron, que hiciese levantar un patíbulo muy elevado, para mayor ignominia, y pedir al príncipe que Mardoqueo fuese en él colgado. De este modo el curso de sus goces no deberia verse interrumpido por la vista de aquel viejo inflexible. Aprobó Aman este consejo, y mandó levantar un elevado patíbulo.

Aquella misma noche Asuero la pasó sin dormir. Para aliviar algun tanto la fatiga de su insomnio, envió á buscar los anales del reino; y como los leyesen delante de él, llegaron al lugar en donde se hallaba escrito como Mardoqueo habia descubierto la conjuracion de los eunucos Bugathan y Thares que querian matar al Rey. Oido lo cual, quiso saber Asuero que premio habia recibido Mardoqueo por tan acendrada fidelidad. Y respondiéronle los cortesanos que no habia sido dignamente recompensado. Aman habia venido muy de mañana á la antecámara del Rey, con el designio de solicitar y de conseguir la muerte de su rival. Informaron de ello á Asuero, y le mandó entrar, y le dijo: «¿Qué debe hacerse con un hombre á quien el Rey desea colmar de honor?» Aman se figuraba en el orgullo de su pensamiento que solo á él podia honrar el monarca, y así respondió: «La persona á quien el Rey desea honrar debe ser vestida con trage real, y salir montada en uno de los caballos del Rey llevando sobre su cabeza una diadema; y el primero de los príncipes y grandes de la corte teniendo asido el caballo por su diestro, vaya publicando en alta voz por las calles y plazas de la ciudad: «Así se honra al que el Rey quiere honrar.» Y dijo Asuero: «Pues todo cuanto has dicho, apresúrate á practicarlo con el Judío Mardoqueo.» Por cierto que nada mas estraño y mas inesperado podia acontecer al fiero Amalecita. Obedeció sin embargo, y tuvo que rendir á la persona que mas aborrecia los honores que creia haber aconsejado para sí mismo. Tomó pues el manto real y el caballo, y vistió con aquel al admirado Mardoqueo, y le hizo subir sobre el caballo del Rey en medio de la plaza, marchando delante de él y gritando: «De tal honor es digno el que el Rey quiere honrar.» Volvióse despues Mardoqueo á la puerta de palacio, y Aman se retiró precipitadamente á su casa, sollozando y cubierta la cabeza para ocultar su oprobio. Desahogó su dolor profundo en el seno de su muger y amigos, pero no recibió de ellos otro consuelo que lúgubres pronósticos sobre la caida fatal de su fortuna, que vacilaba ya á la presencia de Mardoqueo.

En medio de sus clamores y lamentos los servidores de palacio llegaron á la casa de Aman, anunciándole que era ya la hora en que debia asistir en el festin ó banquete preparado por la reina. El pérfido

ministro, disimulando su afrenta y su despecho, tuvo que pasar al aposento de Esther, acompañado de su señor. Asuero alentó de nuevo á la Reina para que pidiese lo de su agrado, aunque fuere la mitad de su reino. «O Rey, respondió Esther, si yo he hallado gracia en tus ojos y si es de tu gusto, sálvame la vida, por la cual te ruego, y salva la vida de mi pueblo, para el cual imploro tu clemencia, porque tanto yo como mi pueblo estamos condenados á la opresion, al degüello, al exterminio. ¡Ojalá que á lo menos fuésemos vendidos como esclavos! el mal seria tolerable, y yo me contentaria de gemir en silencio. Pero la crueldad de nuestro enemigo llega hasta al Rey, robándole numerosos vasallos.» «¿Y quién es este, replicó Asuero indignado, ¿quién tiene osadía para tanto?» Y dijo Esther con entereza: «Aquí le tienes, es Aman nuestro injusto y bárbaro perseguidor.» Estas palabras cayeron sobre Aman como un rayo, quedó yerto de pavor, no pudiendo sufrir las miradas ni del Rey ni de la Reina.

Racine es admirable en este pasage de su *Esther*. He aquí parte de tan interesante escena.

ASUERO.

Vuestra menor palabra es un encanto;
Noble pudor realza vuestras obras
Sobre el oro y la púrpura. ¿Qué clima
Escondiera tesoro tan precioso?
¿De qué seno nacisteis, y qué mano
Sabia cuidó de vuestros tiernos dias?
Decid vuestros deseos, Esther mia,
Pronto serán cumplidos: aunque fuese
La mitad de mi imperio yo os daria.

ESTHER.

No me pierdo en deseos tan inmensos:
Mas ya que mi señor y Rey me invita
A esplicar mis lamentos, permitidme
(arrojándose á sus piés.)

Pues tú dices y sale de la nada
Por tu palabra al ser lo que no era.
Tu espíritu, si quiere,
Todo lo crea: nunca repugnada
Fué tu voz. Tu derrites como cera
Las piedras; y tu acento
Montes mueve y abismos de su asiento.
Tú engrandeces en todo
Á la que guia tu temor sincero:
¡Mas ay del que se atreva al pueblo mio
Á ofender de algun modo!
Porque Jehováh castigará severo
Su atrevimiento y su furor impío.
El dia formidable
Serán, de su juicio inexorable
Por él examinados,
Gusano roedor, inestinguible
Fuego verás de sempiterna llama,
Fruto de sus pecados,
Consumirá sus carnes un horrible
Cruel tormento, y el que no te ama
Sabrá en aquel infierno
Lo que es penar y padecer eterno.

Despues de la victoria, acudieron de todas partes los Judios á Jerusalen para rendir á Dios acciones de gracias, ofreciendo holocaustos y cumpliendo sus votos y promesas. Palpitaban sus pechos de alegría á la vista de los santos lugares felizmente preservados de las profanaciones del enemigo. Todas las riquezas que se encontraron en la tienda de Holofernes, oro, plata, vestidos y pedrerías fueron entregadas á Judith, la cual junto con las armas y arneses de aquel feroz caudillo, lo consagró todo al Señor, y lo colocó en el templo por anatema de olvido, en expresion de la Escritura, es decir, como un monumento que debia recordar á la posteridad aquel insigne prodigio de Dios. Entre-

tanto el pueblo se entregaba al regocijo á la vista del Santuario, y por espacio de tres meses se celebró en Judith el gozo de esta victoria.

Judith continuó en habitar en Bethulia, gozando del aprecio y de la veneracion de todo el pueblo como la muger mas esclarecida de Israël. Fiel siempre á su antiguo luto, volvió á tomar los hábitos de penitencia y de religion, sin que tantas muestras de gloria con que se veia como adorada deslumbrasen por un solo momento su corazon tan inaccesible á un nuevo amor, como al orgullo. Dió la libertad á la generosa esclava que la habia seguido al campo de los Asyrios. Su gloria aumentaba con los años, y cuando en los dias de fiesta aparecia en público era acogida con unánimes respetos. Mantúvose en la casa de su marido hasta los ciento y cinco años, y murió llena de virtudes, y fue sepultada en Bethulia en el sepulcro de su esposo. La nacion entera la lloró por espacio de siete dias, haciéndosele las mas magníficas exequias. Durante su vida no hubo quien turbase á Israël, ni despues de su muerte en muchos años. Para celebrar su valor y perpetuar el recuerdo de su ilustre victoria, se instituyó una fiesta que se celebró durante largo tiempo en la Judea, cuyo dia era señalado por los Hebreos entre los dias santos. En otro tiempo la iglesia de Etiopia hacia memoria de la libertad de Israël procurada por Judith. Los Santos Padres no han descuidado el elogiar muy oportunamente las altas virtudes de la noble viuda, su vida retirada, silenciosa y pura, su piedad hácia Dios, á quien servia sin desmentirse un solo instante, su tierno y fiel respeto al recuerdo y á la afeccion de su marido, su amor á la patria cuya gloria y libertad salvó tan generosamente. Digno modelo de una viuda cristiana, muger de un claro nacimiento, de una considerable fortuna, brillando en juventud y gentileza, despreció las riquezas, desechó las delicias, holló las seducciones del placer para llegar á la virtud y teñirse con la celeste aureola que ella proporciona (2).

El nombre de Judith ha inspirado con frecuencia al arte cristiano, y seria largo el describir y elogiar las obras que reproducen las mas grandiosas escenas de aquella ilustre viuda. La historia de Judith está pintada en miniatura sobre un manuscrito del Vaticano, que se hace remontar hasta el siglo IX. Tambien está representada en una vidrie–

ra de la Santa-Capilla de París, y aunque faltan en el dia algunos trozos, se la veia entera en otro tiempo. Tambien es conocida una pintura sobre madera del siglo XV que presenta á Judith saliendo de la tienda de Holofernes y llevando consigo la cabeza del general Asyrio; y esta misma trágica escena es la escogida con preferencia por los grandes artistas. Miguel Angel con toda la facundia y fuerza de su fantasía tomó el momento en que la heroina, habiendo puesto sobre un plato la cabeza de Holofernes cubierta con un lienzo, la entrega á su criada, y figurándose despues que el enemigo respira aun, arroja con espanto la última mirada sobre el cadáver, para asegurarse que ya no vive. En Rafael, Judith pertenece al carácter sublime: mantiénese en pié, apoyada sobre su espada, y hollando la cabeza de Holofernes. En el Dominiquino ostenta la cabeza que acaba de tronchar. En el Guido levanta la mirada hácia el cielo con un admirable sentimiento: en Carlos Maratte, tiene en sus manos la cabeza cortada y mira gotear la sangre: su figura es soberbia en movimiento y en expresion. Rubens ha reproducido dos veces este asunto en composiciones llenas de energía y magníficas de colorido. Por fin, en nuestros dias Horacio Vernet, cuyo talento es tan conocido, ha pintado á Judith en un cuadro notable, y en una actitud tan nueva como interesante. Judith mira á su víctima con un valor mezclado de espanto, y se prepara á levantar el sable que ha de cortar la cabeza de Holofernes. Esta bella página del arte contemporáneo adorna al presente el museo de Luxemburgo, y de ella son tomadas seguramente la mayor parte de las láminas de Judith que decoran nuestros libros bíblicos.

Entre las varias composiciones poéticas que la historia de la célebre heroina de Bethulia ha inspirado á nuestros ingenios, citaremos únicamente el siguiente soneto de Lope de Vega, que uno de nuestros mas distinguidos literatos cita como modelo en el *género descriptivo*, añadiendo en su elogio que un pintor no pudiera hacer mas.

Por nuestra parte no creemos que no adolezca de algun defecto, y sobre todo lo reminiscencia de Baco, atendida la magestad del cuadro, no nos parece la mas digna ni oportuna.

JUDITH

Cuelga sangriento de la cama al suelo
El hombro diestro del feroz tirano,
Que opuesto al muro de Bethulia en vano
Despidió contra sí rayos al cielo.
Revuelto con el ansia el rojo velo
Del pavellon á la siniestra mano,
Descubre el espectáculo inhumano
Del tronco horrible convertido en hielo.
Vertido Baco el fuerte arnés afea,
Los vasos y la mesa derribada,
Duermen las guardas que tan mal emplea:
Y sobre la muralla coronada
Del pueblo de Israël la casta Hebrea
Con la cabeza resplandece armada.

Notas.

(1) Numerosos eran y formidables los ejércitos de los grandes imperios de la antigüedad. La espedicion que escogió Holofernes para someter al monarca Asyrio todas las naciones del Asia constaba de ciento veinte mil soldados de infantería y doce mil flecheros de caballería, inumerable muchedumbre de camellos con abundantes provisiones, ganado vacuno y rebaños de ovejas sin cuento y sumas inmensas de oro y plata de los tesoros del Rey. Por manera que puesto en marcha todo aquel ejército, con los carros de guerra y caballos, cubrian á manera de langosta la superficie de la tierra. El designio de este Napoleon de los antiguos dias (era el año del mundo 3347. 657. antes de Jesucristo) consistia en subyugar toda la tierra á su imperio. La comision que dió á Holofernes era la de subyugar los reinos de occidente sin piedad ni miramiento ninguno. Pasó este general los confines de la Asyria, llegó á las grandes montañas de Ange, situadas á la izquierda de la Cilicia, y escaló todos sus castillos y se apoderó de todas las plazas fuertes. Arruinó tambien la famosa ciudad de Melothi y saqueó á los habitantes de Tharsis y á los Ismaelitas que moraban en frente del desierto al mediodía del país de Cellon. Despues de pasado el Eufrates, entró por la Mesopotamia, y batió todas las ciudades fuertes que habia allí, desde el arroyo de Mambre hasta el mar de Tiberiades. Y se hizo dueño de todo el país de la Cilicia hasta los términos de Jafet, que está al Mediodía. Y se llevó toda la gente de Madian, robando todas sus riquezas y pasando á cuchillo á cuantos le resistian. Dejóse caer despues sobre los campos de Damasco al tiempo de la siega, é hizo pegar fuego á todas las mieses y talar todos los árboles y viñas, con lo cual sobrecogió de terror á todos los habitantes de la tierra.

Cuando, atravesada la Syria de Sobal y toda la Apamea y toda la

Mesopotamia, llegó á los Idumeos al país de Gabaa, y ocupó sus ciudades y se alojó allí por espacio de treinta dias: entónces reunió todas las fuerzas de su ejército para atacar al pueblo de Israël.

(2) Desde el reinado de Manasés rey de Judá fueron los Judíos en cuatro diferentes veces echados de su país y llevados esclavos por los Asyrios, y en Asyria hubo muchos reyes con el nombre de *Nabucodonosor*. La historia de Judith la colocan los sagrados intérpretes en el año X del reinado de Manasés que fué hecho prisionero con una parte de sus tropas, segun se lee en el libro 2.º de los Paralipómenos, capítulo 33 por los generales de un rey de Asyria que en el libro de Judith se llama *Nabucodonosor*, llamado tambien *Saosduquin*, nieto de Sennaquerib; el mismo que habia vencido y muerto á Arfaxad rey de los Medos, segun se ve en el mismo libro de Judith, cap. 1.º vers. 40. cuando este príncipe orgulloso con sus conquistas, se dirigia contra Ninive. Tal fué la suerte que tuvo Faorte Rey de los Medos, cerca de Ninive, (Véase Herodoto libro 1.º) cuando quiso conquistar esta ciudad, echando los Asyrios que en ella dominaban. Véase, por último, la conformidad de lo referido en el libro de Judith con lo que refiere Herodoto, y con lo que leemos en los Paralipómenos.





ESTHER.

La natura y el cielo la ornaron á porfía.

(Racine, ESTHER, *acto 3.º escena 9.)*

De todos es sabido ya las guerras de exterminio que se hacian en general los antiguos pueblos, y en especial las razas poderosas del antiguo Oriente. La mayor parte de aquellos á quienes la suerte de las armas no se mostraba propicia en el campo de batalla, espiraban ó al filo de la espada ó entre cadenas: las ciudades tomadas por asalto eran entregadas á las llamas y al pillage: el cuerpo entero de la nacion desventurada, arrancado del suelo natal, iba á vejetar bajo otros cielos, en donde no se le dispensaba sino una cierta medida de aire, de movimiento y de vida, como un árbol sin corona que se transporta á una tierra estraña, y al cual

las plantas indígenas parece quieren sofocar con su envidiosa sombra. La victoria era implacable.

Tambien es sabido que los Judíos atravesaron una prueba de este género bajo el reinado de Nabucodonosor II Rey de Babilonia ; prueba cruel y prolongada , pues duró por espacio de setenta años. Este grande infortunio , que arrancó del pueblo de Jeremias aquellos elocuentes sollozos á que no han podido nunca igualar los lamentos de ningun proscrito , es el que otro profeta lloró de antemano por medio de aquel canto tan empapado de melancolía.

A la orilla de los rios
De Babilonia sentados
Nos anegamos en llanto
Al acordarnos de Sion:
Y de los sauces sombríos
Los instrumentos colgados,
Recordamos aquel canto
Que deleitó el corazon.
Los que de la patria bella
Nos arrancaron un dia ,
Y nos trajeron cautivos
A esta tierra de horfandad,
Cantadnos, dicen, aquella
Cancion que con armonía
Haciais sonar festivos
En vuestra santa ciudad.
¿Como míseros podremos ,
Opreso el pecho de pena,
Entonar en tierra estraña
Los cantares del Señor ?
¿Como , tristes , cantaremos
Al compás de la cadena,
Sufriendo de Dios la saña,
Himnos de gozo y de amor?

Si de tí yo me olvidare,
Salem santa, ó insensato
Me abandonare al contento
Viviendo léjos de tí,
O alegres himnos cantare,
O el harpa pulsare ingrato,
Seque mi lengua al momento
El furor de Adonaï (1).

Verdad es que Cyro, uno de los sucesores de Nabucodonosor, decretó por un edicto, célebre en la historia sagrada, que los Judíos quedaban libres de regresar á la Judea y de restablecer el templo de Jerusalen. Desde entónces cesó el cautiverio legalmente: pero de hecho las antipatías de algunos ministros subalternos, y las rivalidades de los Samaritanos hermanos de Judá por la sangre, y separados de ellos por intereses de política y de religion, destruyeron en parte el beneficio de las generosas disposiciones del monarca; por manera que muchas familias prefirieron habitar en el país del destierro, al lado de las cenizas de sus padres, que huir hácia una patria en donde su Dios no tenia todavía altar.

De uno de estos Judíos, pues, sentados en el hogar extrangero, nació Edisa ó Esther. Estos nombres, que en la lengua hebrea expresan la suavidad del mirto y la belleza de la luna, habian tal vez sido escogidos por una disposicion especial de la Providencia. Alomenos eran de feliz agüero, y la jóven doncella no los desmintió en su persona, pues las gracias de que estaba decorada le valieron el supremo poder, y sus hermanos desterrados encontraron en su alma bondadosa un refugio y una proteccion.

No tardó la muerte en arrebatarle sus padres; y el dolor de esta pérdida prematura, unido á las afficciones del cautiverio, hubiera podido dar en tierra con su valor, si no hubiese encontrado en su tio Mardoqueo un consejero y un apoyo. Cuando la paloma, léjos de su nido, cae bajo las garras del gavilan, no en vano pian los polluelos que ella ha dejado. Dios los envia un rayo de sol, que los calienta y reani-

ma, una gota de rocio que les apaga la sed, y hace volar sobre su nido algunos mosquitos ó ciertos granos para alimentarlos hasta el dia en que podrán por sí mismos hallar su alimento y solazarse alegres bajo su azulado cielo.

Crecia Esther en años ó en virtudes; pero vivia solitaria y oculta como aquellas flores modestas echadas aisladamente por la rica mano de la primavera, y que esconden debajo del verdor su corola y su perfume. Parecia que no debiese salir jamás de la obscuridad y del peso de las angustias que las desgracias de su nacion le habian causado, cuando de improviso el capricho de un tirano, ó mas bien aquel que tiene en su mano el corazon de los reyes, cambió el curso de sus destinos.

Cambyses no supo sostener el peso de la gloria que le habia legado Cyro su padre: y con degollarle, se puso término á sus extravagancias. A fuerza de conjuraciones, se logró hacer pasar la corona á las sienes de Asuero, designado con el nombre de Dario, hijo de Hystaspe. Asuero se llegó á hacer dueño de los numerosos pueblos que habitaban desde la India hasta el mar Egeo, y desde el Ponto Euxino y la mar Caspia hasta la Etiopia y el Océano. Llevaba el fastuoso título de el gran Rey, ó de Rey de Reyes, ó porque su imperio era formado de muchos reynos conquistados, ó porque tenia reyes bajo su dominio. Durante la estacion de verano los monarcas Persas iban á residir en Ecbatana; pero su capital era Susan, hermosa ciudad situada entre los lirios que crecen en abundancia sobre los bordes del Coaspe.

En el tercer año pues de su reinado, en la embriaguez de su gloria, y para hacer ostension de su magnificencia y de sus riquezas, el Rey ordenó espléndidos festines, á donde fueron convidados bajo su presidencia los príncipes de su corte, sus oficiales, los mas bravos entre los Persas y los Medos, en fin, los gobernadores de las ciento veinte y siete provincias del imperio. Estos alegres convites y regocijos de los magnates se continuaron por espacio de seis meses (2). Mas en la última semana, quiso el Rey convidar á todo el pueblo de Susan. Colocáronse largas mesas en los jardines reales: pavellones de finísimo lienzo protegian los convidados contra las intemperies del aire: los mas ricos colores, el marfil, el pórfido y el mármol, el oro y la plata bri-

llaban por todas partes, y la de los manjares y de los licores correspondia al lujo y esplendidez de los adornos, reinaba entre los convidados una alegre libertad, dispensando el Rey los rigores de la etiqueta; y la Reina Vasthi al mismo tiempo daba un suntoso convite á las mugeres en lo interior del palacio.

Habia llegado ya el dia postrero de esta larga solemnidad, que por cierto no tenia visos de terminarse sin alguna escena de estravagancia. Asuero, calentado por el vino mandó que la Reina, con la diadema puesta y con todo el brillo que su regio trage prestaba á su extremada belleza, fuese presentada al festin para que los grandes y el pueblo pudiesen verla á su sabor y admirarla. Pero Vasthi no compareció. ¿Era esto un capricho que se oponia á otro capricho, ó bien la virtud que delante de la indiscrecion y del ultraje se acogia á un magestuoso desden? Sea por lo que fuere, irritado y furioso Asuero, preguntó á sus consejeros ordinarios para saber de ellos en qué pena habia incurrido la Reina despreciando las órdenes de su monarca y esposo. Todas las locuras de los poderosos hallan muy fácilmente adoradores y cómplices. Uno de los cortesanos hizo presente que tan notable ejemplo de desobediencia seria contagioso entre los Persas: aplaudió de paso la indignacion de su señor, y concluyó aconsejando el repudio y la degradacion de Vasthi. El decreto fué conforme al dictámen: la imprudencia lo habia dictado y la precipitacion lo ejecutó.

Mas no tardó Asuero en acordarse de Vasthi y de todo cuanto con ella habia practicado. Tal vez un tardío arrepentimiento buscaba como reconciliarse con la Reina, cuyos encantos no dejarian de inspirar á su corazon gratos y dolorosos recuerdos. Pero difícilmente podia remediarse el mal sin incurrir en la nota de una ligereza pueril. Los servidores de Asuero para borrar en su alma flechada la imágen querida que se pintaba siempre en ella con vivos colores, propusieron el buscar por todo el imperio las jóvenes mas bellas, conducirlas á Susan al harem ó palacio de las mugeres, para que, viéndolas el Rey, escogiese la mas de su gusto, y esta fuese la Reina en lugar de Vasthi. Aprobó el monarca este proyecto, y en virtud del real edicto todo el imperio envió á Susan las mas lindas de sus doncellas. Esther fué del número de es-

tas flores brillantes que las costumbres del tiempo y del país no protegian lo bastante contra el despotismo y la licencia, y que reunidas en turba bajo la mano ávida de un solo hombre, se estinguian lentamente consumidas en el hastío de una fastuosa soledad.

Todas sus rivales debian por su turno parecer delante del Rey. ¿Quién pudiera pintar la ambicion y las esperanzas que las agitaban? Muy de antemano ejercitábanse, por decirlo así, en merecer la corona que Vasthi habia dejado caer de su frente; pasando sus dias en medio de los perfumes y de los mas exquisitos aromas, y llegado el momento de su visita, redoblaban su belleza con el prestigio de los mas caprichosos adornos.

Esther fué por fin presentada á su vez. Era hermosa en extremo, y no podia mirarse sin quedar prendado de sus gracias. Un autor contemporáneo, en un poemita dedicado á la esposa de Asuero, hace de ella una pintura, de la cual estractamos los siguientes rasgos.

« El mayor encanto de Esther era el candor; pero no aquel candor que se nutre de una dichosa ignorancia, y respira en la region pura de la felicidad, sino de aquel candor discreto y animado, tanto mas bello cuanto mas penetrante, tanto mas seductor cuanto mas espontáneo.

« El alma de Esther, agoviada por los pesares del cautiverio, estaba empapada de melancolía y como una azucena que inclina algun tanto sus hojas húmedas cargadas de rocío; pero el rocío del infortunio no hacia mas que aumentar el perfume divino que exalaba su corazon.

« Lo único que ignoraba Esther eran sus gracias. Tímida sin encogimiento, humilde sin bajeza, hubiera quedado quizás oculta para siempre como una vírgen desconocida, si el encanto secreto de la virtud no hubiese llegado hasta los ojos de un rey.

« El infortunio es el verdadero crisol de las almas grandes. Muchas veces no conoce una alma lo que vale y lo que puede hasta que ha pasado por la desgracia. Cuando despues de haber sufrido no queda mas que abatimiento y languidez, cuando el dolor no ha hecho brotar sentimientos generosos, no busqueis ya nada precioso en aquella alma abyecta ó abatida.

« La bella de Israël fué tan grande en el cautiverio como en el tro-

no. Cautiva, el vigor de su alma sublime yacia como un diamante bajo la corteza de la esclavitud. Reina, desplegó las alas de un corazon magnánimo, y obró con todo el poder de que su alma era capaz. Pero no la transformó el orgullo, porque la religion la detenia siempre en un círculo de humildad. Si era árbitra de Asuero, era esclava del Señor.

« Sabeis el encanto, que entre tantas bellezas logró interesar y fijar el corazon de Asuero sobre su cautiva? El encanto de la religion. Este sentimiento profundo y dominador de propia desconfianza, ese grato abandono de sí propio á las manos de la Providencia, esa modestia que prescribe la ley divina como una precaucion, y que es al mismo tiempo un atractivo, ese conjunto maravilloso de pudor y de temor, de gozo y de esperanza infunde en un corazon vírgen sentimientos elevados que ennoblecen su misma debilidad, y le dan, sin el menor asomo de orgullo, una fuerza dominadora é irresistible sobre el corazon de un hombre. »

Contenta Esther con los adornos que se le dieron, no quiso pedir otros; porque llevaba ya en sí misma una hermosura casi celeste, adornada con todas las gracias de la naturaleza á que daban los sentimientos de religion un realce desconocido. La victoria pues quedó á su favor. El corazon del Rey se inclinó hácia ella, y la amó mas que á todas las otras mugeres. Colocó en su cabeza la diadema real, y la declaró Reina en lugar de Vasthi. Con el objeto de celebrar las bodas de Esther, mandó disponer un banquete espléndido para todos los grandes de la corte y servidores de palacio; y como si participara ya de los generosos sentimientos de su recien desposada, alivió á los pueblos, disminuyéndoles los tributos, y señaló su liberalidad con muchos é importantes beneficios.

La elevacion de Esther no alteró la sencillez de su alma grande. Continuó en mostrarse amable con Mardoqueo y dócil á sus consejos como cuando tierna huérfana, vivia bajo su tutela y solicitud. Para obedecerle, ocultó el nombre de su patria y de su pueblo. Encontró medio como llamar á Mardoqueo á la corte, el cual habitaba en la puerta de palacio. El tio y la sobrina se consultaban á menudo, pero con tal discrecion, que nadie llegó á sospechar su parentesco. Merced á esta buena inteli-

gencia, logró desconcertarse un complot tramado contra la vida de Asuero. Dos eunucos que tenian á su cargo la puerta y la entrada en palacio, por resentimientos particulares contra el Rey, convinieron en asesinarle. Descubrió esta trama Mardoqueo, y la comunicó inmediatamente á Esther, la cual dió parte de ello al Rey en nombre de Mardoqueo. Los culpables fueron al momento presos, interrogados, convictos y condenados á muerte. La historia de esta conjuracion quedó escrita en los faustos del imperio, en donde se referian exacta y minuciosamente los sucesos de los reinados anteriores, los reglamentos establecidos y los servicios que se habian prestado. Así que, el nombre de Mardoqueo fué consignado allí de una manera honorífica, y esta fué á corta diferencia toda la recompensa que recibió de sus buenos oficios, alomenos por el momento.

Vivia á la sazon en la corte de Persia un grande personage llamado Aman, originario de los Amalecitas, otra de aquellas naciones que los Hebreos habian hecho desaparecer de la Palestina cuando allá entraron. Sea favor ó sea mérito, habia llegado á ser el primer personage del imperio despues del Rey. Todos los dependientes de palacio le doblaban la rodilla cuando pasaba, muestra de respeto que rayaba ya en adoracion: y esta era la etiqueta que para dar á su privado honor habia ordenado Asuero. Solo Mardoqueo rehusó prestar al venturoso favorito este homenage de adoracion: y cuando de todas partes le preguntaban: «¿Porqué no obedeces como todos los demás las órdenes del príncipe?» respondia Mardoqueo que él era Judío, y para dispensarse del ceremonial idolátrico de la corte, alegaba los preceptos contrarios de su religion. Aman fué advertido de la resistencia de Mardoqueo, y pudo de otra parte convencerse de ella por sí mismo. Indignóse en extremo, y su ofendido orgullo contó por nada el inmolar al supuesto culpable: pues sabiendo que era Judío de nacion, resolvió envolver á todos los Judíos en una comun ruina, exterminando de una vez á todos los que vivian en el imperio de Asuero. Tal vez pretendia con tan atroz medida servir á los intereses de un odio hereditario, y vengar la sangre de Amalec derramada en otro tiempo por Saül en los campos de Hévila.

Aman va á encontrar á Asuero, haciéndole presente que el imperio

mantiene en su seno todo un pueblo que tiene sus leyes y sus costumbres aparte, y que desprecia la autoridad real, y así que no conviene alentar la licencia por medio de la impunidad. «Si os parece bien, pues, decretad que este pueblo perezca, y para que nada tengais que perder de los tributos que él os paga, yo haré entrar en dinero diez mil talentos en las arcas de vuestra tesorería.» Esta suma era exorbitante para un particular; pero Aman contaba sin duda, ó bien que no seria aceptado su ofrecimiento, ó que serian confiscados á su favor los bienes de los proscritos. Sin duda que tenia bien conocido el flanco débil de su señor.

En efecto, Asuero sacóse del dedo el anillo que le servia para sellar sus decretos, y lo puso en manos de su ministro, diciendo: «Ese dinero que prometes, guárdalo para tí: por lo que toca á ese pueblo, haz lo que te parezca.» Desde entónces quedó por costumbre muy frecuente en los monarcas orientales el proceder por via de justicia ó mas bien de suma iniquidad; si bien es verdad que los vasallos por su parte tenian tambien caprichos semejantes, y que á menudo apelaban de un edicto á su puñal. Y si el poder desenfrenado abusaba de su fuerza, la obediencia envilecida se asilaba á la revuelta.

Mas ¿qué podian los Judíos contra un rival armado con la privanza de un monarca absoluto en la verdadera significacion de la palabra? Redactóse contra ellos un edicto de sangre, sancionado con el sello real, traducido en todas las lenguas ó dialectos del imperio y enviado á las ciento veinte y siete provincias de que se componia. Decíase en el decreto que el gran Rey, que habia desplegado en su imperio la mayor clemencia y mansedumbre, queria asegurar á sus pueblos el beneficio de una paz feliz y duradera; que habia llegado á sus oidos que una nacion odiosa turbaba la armonía universal de sus hábitos y costumbres, y que en su consecuencia daba la órden de exterminar en un mismo dia todos los Judíos hasta las mugeres y los niños, y de apoderarse de todos sus bienes. La crueldad tiene alas: los correos partieron con rapidez para todos los puntos del reino, el edicto fué fijado inmediatamente en Susan; y mientras Asuero y su favorito se regalaban en los festines, los Judíos llenaban la ciudad con sus lamentos.

Al momento que esta nueva fatal llegó á oidos de Mardoqueo, rasgó éste sus vestiduras, y tomó todas las señales de luto que se usaban en los pueblos de Oriente. Cubrióse con un saco, esparció ceniza sobre su cabeza, y en medio de la plaza se deshacia en amargos lamentos y desahogaba el pesar profundo de su corazon. Y con estos alaridos de dolor llegó hasta las puertas de palacio, pues en aquel trage lúgubre de cilicio no era permitido penetrar dentro de la regia morada.

Entretanto todo el imperio ignoraba que la Reina perteneciese por origen á la nacion condenada, y Esther ignoraba igualmente las desdichas que amenazaban á sus compañeros de destierro. Fué informada luego por sus doncellas de la extrema afliccion de su tio: envióle á uno de sus criados, para saber de él la causa de su dolor, mandándole al propio tiempo los vestidos convenientes para que pudiese presentarse. Pero él no quiso dejar su trage de luto, y aguardó que se le enviase algun criado fiel encargado de recibir sus comunicaciones. Por este medio descubrió Mardoqueo á Esther el terrible peligro que amenazaba á los Judíos, hizo llegar á sus manos una copia del edicto publicado en Susan (3) y le rogó que fuese á encontrar á Asuero, valiéndose de su posicion y de su ascendiente para salvar á Israël: «Acuérdate, le dijo, de los dias de tu humillacion en que yo te alimentaba con mi propia mano. Invoca pues al Señor, habla por nosotros al Rey, y líbranos de la muerte.»

Esther le dió por respuesta que en Persia estaba severamente prohibido penetrar en las habitaciones del Rey sin órden suya expresa, y que era castigado al momento con pena de muerte cualquiera que traspasar osara esta prohibicion, á menos que él extendiese hácia el culpable su cetro de oro en señal de clemencia; costumbre que se observa tambien en otros reinos del Oriente especialmente en Asia. No por esto desistió el generoso anciano de sus vivas reclamaciones, exortándola á que no alimentase la vana esperanza de escapar del golpe fatal que descargar debia sobre su nacion, y hablándole con cierto tono de autoridad profética y de confianza en Dios, muy oportuno en aquellos extremos apuros. «Si ahora callares, añadió, Dios hallará algun otro medio para salvar á los Judíos, y perecereis tú y la casa de tu padre. Y además, ¿Quién sabe si por esto has llegado á subir al trono, para

sacarnos del terrible apuro en que nos hallamos?» Esther, cedió por fin. «Anda, respondió á Mardoqueo, reune á todos los Judíos que se hallan en Susan, y rogad á Dios por mí, ayunando tres dias y tres noches, como yo ayunaré tambien con mis doncellas, y en seguida me presentaré al Rey, aunque sea contraviniendo á las leyes del país, y exponiéndome al peligro y á la muerte.»

Retiróse Mardoqueo, y practicó todo cuanto la Reina le habia prescrito. Derramó en la presencia de Dios con súplicas fervientes toda la amargura de su corazon, y todo Israël imitó su ejemplo. En tanto Esther habia depuesto la pompa de sus regios trages para tomar aquellos vestidos que mejor se hermanaban con su afliccion y con su luto: los preciosos perfumes no embalsamaban ya sus hermosos cabellos de ébano; su frente se humilló en la ceniza, y su cuerpo se sujetó á los rigores de la abstinencia: su mansion, hasta entonces tan risueña, se llenó de una tristeza sombría, y poniéndose en oracion, esclamó: «Ah Señor, nuestro único monarca, socórreme en el abandono en que me hallo: no tengo otro protector fuera de tí. Mi peligro no puede ser mas inminente. Yo he oido decir á mi padre que tú ó Señor, habias escogido Israël entre todos los pueblos.... para hacer de él tu eterna herencia. Nosotros hemos pecado delante de tí, y por esto nos has entregado en manos de nuestros enemigos. Mas ahora, no satisfechos con tenernos oprimidos en dura esclavitud, y atribuyendo la fuerza de sus brazos al poder de sus ídolos, se jactan de desmentir tus promesas, destruir tu heredad, tapar la boca de los que te alaban, y extinguir la gloria de tu templo y de tu altar, para abrir la boca de las naciones que no te conocen, y desatar sus lenguas en alabanza del poder de los ídolos, y glorificar perpetuamente á un rey de carne y sangre. No dejes pues tu pueblo á merced de estos poderes de la nada, para que no te insulten riéndose de nuestra ruina: antes vuelve contra ellos sus locos designios, y derriba al soberbio que se ha encarnizado contra nosotros. Acuérdate, Señor, de nosotros, y muéstranos tu rostro en el tiempo de la tribulacion, y dame seguridad en mi empresa ó Rey de los dioses y de todas las potestades. Pon en mis labios palabras discretas y oportunas, para que al presentarme al leon Asuero, por su fiereza y poder, logre mudar su corazon para que aborrezca á nuestro

enemigo, y perezca este con todos sus cómplices.... Ya sabes que aborrezco la gloria de los inicuos, y detesto el lecho de los incircuncisos y de cualquier extrangero. Ya sabes la necesidad en que me veo de parecer con el soberbio distintivo de mi gloria que abomino, y con esta diadema que orna mis sienes, y que detesto. Ya sabes que no lo uso en los dias de retiro y de recogimiento: que nunca me he deleitado en los festines del Rey, y que desde el dia en que fuí trasladada á este regio alcazar, jamás ha tenido esta tu sierva contento sino en tí, Señor Dios de Abraham.» Así rogaba Esther, y no fué vana su plegaria. Pues reside siempre una grande fuerza en las súplicas de la inocencia oprimida, y á menudo arman, aun desde este mundo, la indignacion de Dios, que viene con el rayo en la mano á visitar á los malvados en medio de sus obras injustas.

En el tercer dia, pues, de su penitencia vistióse la Reina con sus mas ricos adornos; y con todo el esplendor de su pompa real dirigióse á la habitacion interior del Rey. Dos de sus mugeres la acompañan: apoyándose sobre la una, parece que débil y delicada puede apenas sostenerse: la otra sigue detrás, arreglando los flotantes ropages de su manto anchuroso y rozagante. Bajo un leve colorido de rosa y de unos ojos llenos de brillo y de dulzura, oculta Esther la tristeza y extremo pavor de su alma. Atraviesa los dorados salones que guian á la mansion regia, y se para en la antecámara de la sala en donde estaba el Rey sentado en su trono, y reflejando sus vestidos con el oro y deslumbrante pedrería. Levanta los ojos, y el furor chispea sobre su semblante. Trémula, perdida Esther palidece, y deja caer su frente sobre la jóven que la sostenia como no pudiendo sufrir las miradas del Rey, el cual, á tal espectáculo, y conducido invisiblemente por la mano de Dios, siente ablandirse el corazon, y su feroz humor da lugar á la mansedumbre. Inquieto, desciende del trono; recibe la Reina en sus brazos, y mirándola con cariño, le dice con ternura: «¿Qué teneis Esther? Yo soy vuestro hermano: no temais la muerte, pues esta ley no fué dictada para vos sino por todos los demás. Venid pues y tocad este cetro.» É inclina hácia ella su cetro de oro en señal de clemencia, y la invita á hablar. Esther se escusa con la sorpresa mezclada de temor que le

ha inspirado la magestad del Rey, y vuelve á caer casi sin sentido. Asuero se turba, y sus cortesanos se apresuran á socorrer á la Reina. En fin vuelve ella en sí, y el Rey le dice: «¿Qué quereis, reina Esther? ¿que es lo que pedís? Aun cuando pidierais la mitad de mi reino, yo os lo concederia.» Esther, conociendo que no habia llegado aun el momento de explicarse, convida á Asuero á un banquete y le pide que haga concurrir tambien á Aman. Logra la Reina que sea atendida su súplica: Asuero le reitera en la alegría del festin la seguridad de sus intenciones generosas, y le ofrece de nuevo la mitad de su reino. Esther se limita á rogar al Rey que asista el dia siguiente con Aman á un segundo convite, prometiendo manifestarle entónces sus deseos.

Aman salió del convite sumamente alegre y satisfecho; pero su alegria fué tan corta como viva: parece que el pesar escoja para visitarnos el momento en que nuestro corazon está abierto á la mas confiada alegría y al mas plausible regocijo. Mardoqueo estaba sentado en la puerta de palacio, y no se levantó para hacer los honores al poderoso ministro que pasaba, y que hallaba en este solo acto de independencia el escollo de toda su felicidad. No era en Mardoqueo esa noble firmeza efecto alguno de orgullo, sino un acto heróico de respeto á Dios, y un raro ejemplo de aquella humilde fortaleza de ánimo, que elevando al hombre sobre lo mas alto que hay en la tierra, le hace obedecer ciegamente los preceptos de Dios, aun á costa de su propia vida. Aman sintió un acceso de furor; pero disimulando la ira, vuelto á su casa, convocó á sus amigos y á su esposa Zares, y les hizo presente la inmensidad de sus riquezas, la multitud de sus hijos, y el alto grado de poder á donde habia subido en el imperio: añadió despues el insigne favor que le habia hecho la Reina invitándole dos veces á su mesa con exclusion de todos los grandes del reino. «Pues bien, dijo, aun con todo esto, nada me parece que tengo, mientras vea al Judío Mardoqueo sentado á la puerta de su palacio.» Su esposa y amigos le aconsejaron, que hiciese levantar un patíbulo muy elevado, para mayor ignominia, y pedir al príncipe que Mardoqueo fuese en él colgado. De este modo el curso de sus goces no deberia verse interrumpido por la vista de aquel viejo inflexible. Aprobó Aman este consejo, y mandó levantar un elevado patíbulo.

Aquella misma noche Asuero la pasó sin dormir. Para aliviar algun tanto la fatiga de su insomnio, envió á buscar los anales del reino; y como los leyesen delante de él, llegaron al lugar en donde se hallaba escrito como Mardoqueo habia descubierto la conjuracion de los eunucos Bugathan y Thares que querian matar al Rey. Oido lo cual, quiso saber Asuero que premio habia recibido Mardoqueo por tan acendrada fidelidad. Y respondiéronle los cortesanos que no habia sido dignamente recompensado. Aman habia venido muy de mañana á la antecámara del Rey, con el designio de solicitar y de conseguir la muerte de su rival. Informaron de ello á Asuero, y le mandó entrar, y le dijo: «¿Qué debe hacerse con un hombre á quien el Rey desea colmar de honor?» Aman se figuraba en el orgullo de su pensamiento que solo á él podia honrar el monarca, y así respondió: «La persona á quien el Rey desea honrar debe ser vestida con trage real, y salir montada en uno de los caballos del Rey llevando sobre su cabeza una diadema; y el primero de los príncipes y grandes de la corte teniendo asido el caballo por su diestro, vaya publicando en alta voz por las calles y plazas de la ciudad: «Así se honra al que el Rey quiere honrar.» Y dijo Asuero: «Pues todo cuanto has dicho, apresúrate á practicarlo con el Judío Mardoqueo.» Por cierto que nada mas estraño y mas inesperado podia acontecer al fiero Amalecita. Obedeció sin embargo, y tuvo que rendir á la persona que mas aborrecia los honores que creia haber aconsejado para sí mismo. Tomó pues el manto real y el caballo, y vistió con aquel al admirado Mardoqueo, y le hizo subir sobre el caballo del Rey en medio de la plaza, marchando delante de él y gritando: «De tal honor es digno el que el Rey quiere honrar.» Volvióse despues Mardoqueo á la puerta de palacio, y Aman se retiró precipitadamente á su casa, sollozando y cubierta la cabeza para ocultar su oprobio. Desahogó su dolor profundo en el seno de su muger y amigos, pero no recibió de ellos otro consuelo que lúgubres pronósticos sobre la caida fatal de su fortuna, que vacilaba ya á la presencia de Mardoqueo.

En medio de sus clamores y lamentos los servidores de palacio llegaron á la casa de Aman, anunciándole que era ya la hora en que debia asistir en el festin ó banquete preparado por la reina. El pérfido

ministro, disimulando su afrenta y su despecho, tuvo que pasar al aposento de Esther, acompañado de su señor. Asuero alentó de nuevo á la Reina para que pidiese lo de su agrado, aunque fuere la mitad de su reino. «O Rey, respondió Esther, si yo he hallado gracia en tus ojos y si es de tu gusto, sálvame la vida, por la cual te ruego, y salva la vida de mi pueblo, para el cual imploro tu clemencia, porque tanto yo como mi pueblo estamos condenados á la opresion, al degüello, al exterminio. ¡Ojalá que á lo menos fuésemos vendidos como esclavos! el mal seria tolerable, y yo me contentaria de gemir en silencio. Pero la crueldad de nuestro enemigo llega hasta al Rey, robándole numerosos vasallos.» «¿Y quién es este, replicó Asuero indignado, ¿quién tiene osadía para tanto?» Y dijo Esther con entereza: «Aquí le tienes, es Aman nuestro injusto y bárbaro perseguidor.» Estas palabras cayeron sobre Aman como un rayo, quedó yerto de pavor, no pudiendo sufrir las miradas ni del Rey ni de la Reina.

Racine es admirable en este pasage de su *Esther*. He aquí parte de tan interesante escena.

ASUERO.

Vuestra menor palabra es un encanto;
Noble pudor realza vuestras obras
Sobre el oro y la púrpura. ¿Qué clima
Escondiera tesoro tan precioso?
¿De qué seno nacisteis, y qué mano
Sabia cuidó de vuestros tiernos dias?
Decid vuestros deseos, Esther mia,
Pronto serán cumplidos: aunque fuese
La mitad de mi imperio yo os daria.

ESTHER.

No me pierdo en deseos tan inmensos:
Mas ya que mi señor y Rey me invita
A esplicar mis lamentos, permitidme
(arrojándose á sus piés.)

Que me atreva á imploraros por mi vida
Y la vida de un pueblo desdichado
Que á perecer conmigo condenasteis.

ASUERO.

¿A morir? Vos! ¿qué pueblo? ¿qué misterio?

AMAN.

Yo tiemblo.

ESTHER.

Esther, Señor, tuvo por padre
Un Judío. De vuestro sanguinario
Decreto ya sabeis el rigor crudo.

AMAN.

¡Dioses!

ASUERO.

¡Ah! de que golpe tan funesto
Me traspasais el corazon! ¿Vos hija
De un Judío? Y que! ¡Esther! cuanto yo adoro,
La discrecion y la inocencia misma
Que bajada del cielo yo creía,
De tan inmundo origen procediera?
¡Triste de mi!

ESTHER.

Podreis, Señor, mi ruego
Desechar, mas, por última fineza
Dejadme hablar, os pido, y que no sea
Por el osado Aman interrumpida.

ASUERO.

Hablad.

ESTHER.

O Dios! la audacia, la impostura
Confundid de una vez. Esos Judíos
De que quereis, Señor, librar al mundo,
Que teneis por la escoria de los hombres,
De una rica region árbitros fueron:
Mientra al Dios de sus padres adoraron
Vieron correr su próspero destino.
Ese Dios, dueño de la tierra y cielos,
No es tal cual vuestro error os lo figura:
El Eterno es su nombre: el mundo su obra:
Escucha el ay del débil ultrajado;
Con ley igual á los mortales juzga,
Y á los reyes pregunta desde el trono
De su gloria inmortal. Como juguete
Los mas altos imperios, cuando quiere,
Hace caer con hórrido estampido.
Los Judíos osaron á otros dioses
Sus ruegos dirigir. Monarca, pueblos,
Desparecer se vieron en un dia,
Y de su fiera ingratitud el precio
Fué el esclavos gemir bajo el Asirio.
. . . .
¿Mas que no esperaremos, de tan grande
Tan generoso Rey? de tí esperamos
Sí, porque Dios con ojo compasivo
A su pueblo miró: lo repetimos:
Reyna un Rey que protege la inocencia:
Todo del nuevo príncipe publica
La natural piedad: asi entusiastas

De placer lo aclamaron los Judíos.
Cielos! ¿Veremos siempre de crueles
Espíritus cercado el fiel oido
De los mas blandos príncipes, y siempre
De la pública dicha el puro origen
Por la perfidia vil emponzoñado?
Del fondo de la Tracia un fiero aborto
A estos lugares por desgracia vino
A soplar la crueldad: un vil ministro
Enemigo impostor de vuestra gloria....

AMAN.

De vuestra gloria? ¿yo? ¡ Cielos! Pudierais
Un instante creer..... Yo, que no tengo
Otro objeto, otro Dios....

ASUERO.

Calla, atrevido!
Osas hablar sin órden de tu dueño?

ESTHER.

Este enemigo crudo por sí propio
Se declara ante vos. Él es, él mismo
El desleal y bárbaro ministro
Que de un celo engañoso disfrazado
Contra nuestra inocencia armar se atreve
Vuestra virtud. ¿Y que otro, ¡ Dios eterno !
Sino un Scyta implacable osado fuera
A dictar entre horrores que estremecen
El decreto de sangre? Donde quiera
La horrible contraseña es dada á un tiempo,
Que de inocentes víctimas sin cuento
Llenará el universo consternado
En nombre del mas justo entre los reyes.

Veráse por un pérfido extrangero
Vuestras bellas provincias desoladas,
Y en vuestro mismo alcázar, por su furia,
De vuestros fieles súbditos la sangre
Rebosar hasta vos. ¿Y que echa en cara
A los Judíos su odio envenenado?
¿Cuál intestina lucha provocamos?
¿Se los ha visto en filas enemigas
Contra vos combatir? ¿Cuándo se vieron
Sufrir el yugo esclavos mas sumisos?
Adorando entre grillos al Dios justo
Que les castiga, mientras vuestra mano
Sobre su frente con rigor pesaba,
Y presa los dejaba sin amparo
De sus perseguidores, suplicaban
A ese gran Dios que sobre vos velase;
Que, criminales tramas destruyendo,
Vuestro trono á la sombra de sus alas
Se dignase poner. Este supremo
Señor, no lo dudeis, fué vuestro apoyo.
Él puso á vuestros piés al Indo, al Parto,
Y ante vos disipó la Escitia turba.
Encerrando los mares en el seno
De vuestro imperio. Él solo ante los ojos
De un Judío leal descorrió el velo
De aquel designio atroz de dos traidores
Que á clavar el puñal en vuestro pecho
Se disponian. Y ¡ay! este Judío
En otro tiempo me adoptó por hijo.

ASUERO.

¿Mardoqueo?

ESTHER.

De toda la familia
Él quedó solo, de mi padre hermano,
Como yo descendiente de la sangre
De nuestro primer Rey. Horrorizado
Con razon de un infame Amalecita,
Raza por el Dios nuestro condenada,
Nunca pudo ante Aman doblar hinojo,
Ni rendirle un honor á vos debido.
De ahí su odio inmortal contra los hijos
De Judá y contra el firme Mardoqueo,
Odio bajo otros nombres encubierto.
En vano Mardoqueo es decorado
Con vuestros beneficios: á la puerta
Del fiero Aman se mira preparado
De infame muerte el instrumento horrible.
Dentro una hora, á lo mas, este anciano
De vuestro regio pórtico arrancado
Por él, de vuestra púrpura cubierto,
Allí será inmolada ferozmente.

ASUER.

Que dia tan sombrío y horroroso
Llena mi pecho de pavor! Mi sangre
Hierve toda de cólera y vergüenza.
Yo pues era el juguete.... ¡ Ay! Alumbradme
Cielos! Quedemos sin testigos: venga
Mardoqueo: le oiré.

UNA ISRAELITA.

Verdad augusta,
Te imploro: acaba de bajar del cielo.

Asuero, en efecto, transportado de furor, salió de la sala del banquete, y se retiró al jardin. Conoció Aman que todo estaba perdido; y uniendo á la vileza la cobardía, para hartarse de oprobio, se echó á los piés de la Reina. Asuero, volviendo á entrar en la sala, advirtió al culpable á las plantas de Esther, y se indignó por una temeridad que interpretó mal, pues tomó por osadía de una pasion lo que no era sino infame flaqueza de espíritu. Al momento los servidores de palacio se llevaron á Aman, cubriéndole primero la cara con un velo. Era costumbre del país el cubrir de este modo á la presencia de los Reyes el rostro de los culpables condenados á muerte, bien sea por declararlos indignos de mirar en la cara del monarca, bien sea por temor de que la mirada de este no se contristase con la vista de un fúnebre objeto. Uno de los oficiales hizo presente que habia en la casa de Aman preparado un patíbulo, y era la horca que aguardaba á Mardoqueo. Dióse la órden de colgar en ella á Aman, y la cólera del Rey quedó apaciguada.

En el mismo dia declaró Asuero que todos los bienes de Aman fuesen confiscados á favor de Esther. Tomó su real anillo, que habia mandado recoger de aquel pérfido privado, y lo entregó á Mardoqueo, á quien hizo primer ministro de su reyno, y que le fué entónces presentado como pariente de la Reina. Esther colmó tambien por su parte á su tio de bienes y de honores, y le nombró intendente de su casa. Pero hasta entónces no habia procurado sino por la seguridad y gloria de su familia, y era ya tiempo para pensar en la salud de su nacion. Fué pues á encontrar al Rey, suplicándole con lágrimas que pronunciase la revocacion de las medidas decretadas contra los Judíos, y Asuero consintió en ello. Por los cuidados de Mardoqueo, convertido ya en padre y protector de sus compatricios, enviáronse nuevas cartas al efecto de anular las órdenes primeras, traducidas en todos los dialectos del imperio, y dirigidas á sus ciento veinte y siete provincias. Recomendóse además á los proscritos que estuviesen dispuestos á defender su vida, y pudieron así volver injuria por injuria, destruir las casas y pillar los bienes de sus enemigos y exterminarlos, hombres, mugeres y niños. En tales términos estaba el despacho real, y los

Judíos lo ejecutaron al pié de la letra. Y no es esto de admirar, atendida la índole de los tiempos, pues la pena de talion se halla escrita en todas las legislaciones antiguas. El mismo Moysés consagra este duro modo de hacer justicia: « ojo por ojo y diente por diente. » Reservado estaba pues á las naciones cristianas amoldadas á la mansuetud evangélica el sentar por principio que la ley en la calma y dignidad de su vindicta no debia ponerse al igual con la barbarie y los arrebatos del delincuente.

Sea como fuere, en el dia mismo fijado por Aman para el degüello general de los Judíos, parecieron estos sobre las armas, se reunieron en las ciudades y villas y se echaron sobre sus enemigos. Todo cedia delante de ellos, pues estaban sostenidos por los oficiales del Rey, y su repentina grandeza los hacia temibles. De otra parte los magistrados y gobernadores de las provincias, y todos los que gozaban de alguna dignidad ó ejercian algun destino en el imperio, temblando bajo el mando de Mardoqueo, árbitro de su suerte, exaltaban á porfía la gloria de los Judíos, lo cual facilitó á estos su venganza. Los diez hijos de Aman fueron inmolados, y sus cadáveres suspendidos en un patíbulo: gran número de hombres perecieron en Susan, y en todo el reyno. Contentos y satisfechos los Judíos con estas ejecuciones, nada quisieron tocar de los bienes de los finados, para dar una prueba que el celo de la justicia y no la avidez del botin habia armado su brazo.

En memoria de esta preservacion maravillosa, Esther y Mardoqueo instituyeron una fiesta solemne que se celebraba todos los años; y se fijó en el dia mismo que Aman habia señalado para la destruccion del pueblo Judío, pero que la Providencia acababa de glorificar por tan brillante y tan completo triunfo. Y fué llamada la fiesta de la Suerte, porque Aman, fiel á las supersticiones de su país, habia fiado á la suerte el señalar el dia de su venganza.

Así quedó disipado el infortunio de los Judíos. Esther apareció en la noche del destierro, como los dulces y consolantes resplandores de la aurora que anuncian al perdido viajero la proximidad del dia; pues la proteccion de los monarcas Persas les fué dispensada y continuó aun despues de la muerte de la Reina. Pudieron ellos tener el consuelo de

ver otra vez á Jerusalen y levantar los muros, el templo y el altar. Así se manifiesta todavía una de las leyes que presiden en el gobierno del mundo: que la virtud es poderosa aun en su debilidad, y que la fuerza del hombre injusto no es mas que flaqueza.

Ya hemos indicado, y sabe todo el mundo, que Racine presentó este asunto sobre la escena francesa con todo el realce de la mas magnífica poesía. Compuesta la *Esther* para las señoritas de Saint-Cyr, y representada despues por ellas delante de las reuniones de la corte, tuvo un éxito prodigioso en aquellas representaciones particulares. El público sucedió á los espectadores privilegiados de Saint-Cyr, y aplaudió por espacio de veinte años el espíritu del poeta y sus hermosos versos. El siglo XVIII rehusó continuar ese concierto de admiracion, y aun en el dia algunos críticos juzgan la tragedia de Esther con alguna severidad, notando que le falta alguna cosa por la parte del interés dramático; pero por otro lado, ¡qué brillo y qué pureza en las formas! y sobre todo, qué viva elocuencia en los lamentos, en las súplicas, en los gritos de triunfo de las jóvenes Israelitas que forman los coros! «Como si hubiesen caminado por unas mismas huellas, dice el ilustre cantor de los Mártires, ha hecho Racine que se oiga en su Esther la misma fresca melodía y la misma voz de quince años de que Virgilio ha usado igualmente en toda su segunda écloga; pero siempre con la diferencia que existe entre la voz de una niña y la de una jóven, entre los suspiros de la inocencia y los de un vergonzoso amor.»

Esther ha inspirado la pintura como la poesía. Sin hablar de las composiciones de Dominiquino, de Paulo Veroneso y de Tintoret, citaremos la obra de Poussin, el cual escogió el momento en que Esther, que acababa de entrar en el aposento de Asuero, cae desvanecida en brazos de sus doncellas, antes de haber podido proferir una sola palabra. Asuero, sentado sobre su trono y con el cetro en la mano, parece tan admirado de la aparicion de Esther como conmovido de su desmayo: su postura está llena de nobleza: la postracion de la Reina está maravillosamente presentada, y su cabeza es de una belleza perfecta.

[illegible]

Notas.

(1) Este himno, que es una imitacion del principio del Salmo 136, es un coro que forma parte del drama bíblico-lírico, que con el título de *La última noche de Babilonia* escribimos en 1848.

(2) Festines como estos de larga duracion se leen tambien en las historias profanas. Athaneo lib. VIII y XII. Ciceron Tuscul. y Valerio Máximo lib. IX cap. 2. Suetonio in Jul. 38. in Tib. 20.

(3) He aquí por extenso las dos cartas ó edictos del Rey la una contra y la otra en favor de los Judíos, que se citan en esta historia.

«El muy grande rey Artajerjes, que reina desde la India hasta la Etiopia, á los príncipes y gobernadores de las ciento veinte y siete provincias que están sujetas á su imperio, salud. Siendo yo emperador de muchas naciones, y habiendo sometido á mi dominio toda la tierra, no he querido usar de ningun modo de la grandeza de mi poderío, sino antes bien gobernar á mis vasallos con clemencia y mansedumbre, para que pasando la vida con sosiego sin temor alguno, gozasen la paz deseada de todos los mortales. É informándome de mis consejeros del modo que esto podia conseguirse, uno de ellos, llamado Aman, que aventajaba á todos los demás en sabiduría y fidelidad, y tenia el segundo puesto en el reino, me significó hallarse esparcido por toda la tierra un pueblo que se gobernaba con leyes nuevas ó desconocidas y portándose contra la costumbre de todas las gentes, menospreciaba las órdenes de los Reyes y con sus disensiones turbaba la concordia de todos los pueblos. Lo cual entendido por Nos, viendo que una sola nacion se opone á todo el género humano, usa de leyes perversas, y desobedece nuestros decretos, y perturba la paz y el sosiego de las provincias que nos están sujetas: hemos decretado que todos los designados por Aman, el cual tiene la superintendencia de todas las provincias y es el segundo despues de Nos, y á quien

honramos como á padre, sean exterminados por sus enemigos juntamencon las mugeres é hijos el dia catorce del mes duodécimo llamado Adar del presente año, sin que nadie los perdone: á fin de que esos hombres malvados, bajando al sepulcro en un mismo dia, restituyan á nuestro imperio la paz que le habian quitado.»

Copia de la carta del rey Artajerjes que escribió á todas las provincias de su imperio á favor de los Judíos.

«El grande rey Artajerjes, Rey desde la India hasta la Etiopia, á los gobernadores y príncipes de las ciento veinte y siete provincias que obedecen á nuestro Imperio salud. Muchos han abusado de la bondad de los príncipes y de los honores que les han conferido para ensoberbecerse: ni se contentan con oprimir á los vasallos de los Reyes, sino que no siendo capaces de mantener con moderacion la gloria recibida, maquinan traiciones contra los mismos que se la dieron. Ni les basta el ser ingratos á los beneficios, y el violar en sí mismos los derechos de la humanidad, sino que presumen tambien poder substraerse al juicio de Dios que todo lo vé: y ha llegado á tal punto su desvarío, que con los ardides de sus mentiras han intentado arruinar á los que cumplen exactamente los cargos que les han sido confiados, y cuyo comportamiento en todo les hace dignos de todo elogio. Estos engañan con falaz astucia los oidos ingenuos de los príncipes que juzgan de los otros por su buen natural. Lo cual se comprueba ya con las antiguas historias, ya tambien con lo que cada dia sucede, donde se vé que por sus maliciosas sugestiones se pervierten las buenas intenciones de los Reyes. Por tanto es indispensable proveer á la paz de todas las provincias. Mas no penseis que el variar nuestras disposiciones sea efecto de la ligereza de ánimo, sino que la mira del bien público nos obliga á arreglar nuestras determinaciones conforme á la condicion y necesidades de los tiempos. Y paraque mejor conozcais lo que decimos, sabed que Aman hijo de Amadathi, Macedonio de corazon y de sangre, y que nada tiene de comun con los Persas, el cual con su crueldad amancillaba nuestra clemencia, extrangero como era, fué acogido por Nos, y le dimos tantas muestras de benevolencia, que era llamado nuestro padre, y venerado de todos como el segundo despues del Rey. Mas llegó á tan alto grado la hinchazon de su arrogancia, que maquinó privarnos del reino y de la vida. Puesto que con inauditos artificios tramó la muerte de Mardoqueo, á cuya lealtad y buenos servicios debemos la vida, y de Esther esposa nuestra y compañera de nuestro reino, y de toda su nacion: con la mira sin duda de que privados estos de la vida, y quedando nosotros solos, armar asechanzas á nuestra vida, y trasladar á los Macedonios el reino de los Persas. Pero Nos hemos hallado exentos de toda culpa á los Judíos, á quienes habia destinado á la muerte el peor de los hombres, y que antes bien se gobiernan con leyes justas, son hijos del Dios altísimo, máximo y siempre viviente, por cuyo beneficio fué dado el reino á nuestros padres y á Nos, y conservado hasta el dia de hoy. Por tanto sabed que son nulas las cartas expedidas por él en nuestro nombre. Por cuya maldad, así él, que la fraguó, como toda

su parentela, están colgados en patíbulos ante las puertas de esta ciudad de Susan; no siendo nosotros sino Dios el que le ha dado su merecido. Y este edicto, que ahora enviamos, publíquese en todas las ciudades, para que sea permitido á los Judíos el vivir segun sus leyes, á los cuales debeis vosotros dar auxilio, á fin de que el dia duodécimo del mes llamado Adar, puedan acabar con la vida de aquellos que estaban prevenidos para darles la muerte; pues este dia de afliccion y de llanto el Dios Todopoderoso ha hecho que se les convirtiese en dia de gozo. Por lo que vosotros contareis tambien este dia entre los demás dias festivos; le celebrareis con toda suerte de regocijos para que sepa la posteridad, que todos los que son súbditos fieles de los Persas reciben la recompensa digna de su lealtad, al paso que los conspiradores contra su reino perecen en pena de su traicion. Cualquier provincia, empero, ó ciudad que no quisiere tener parte en esta solemnidad, perezca á cuchillo y á fuego, y sea de tal manera arrasada, que quede para siempre intransitable, no solo á los hombres, sino aun á las bestias, para escarmiento de los que desprecian y desobedecen las órdenes del Rey.



SUSANA.

Un lirio entre las espinas.

(Cantar de los Cantares. II.)

La castidad tiene sus mártires y la calumnia tiene sus víctimas. Es hermoso el llegar hasta la pureza de los ángeles , á pesar de los ardores y de una fragilidad que ellos no conocen : es glorioso el tener una alma inaccesible al temor , y salvar el honor á riesgo aun de la reputacion , el mas rico de los tesoros despues del de una buena conciencia. Pero vencer al placer y á las amenazas , expirar con todo el mérito de una virtud desconocida con toda la afrenta de una mancha en apariencia legítima ; soportar el peso de una suerte semejante , sin doblarse ni en su interior , ni ante la opinion ; esto es el supremo esfuerzo del heroismo. Y cuando

este heroismo se manifiesta en criaturas sobre las cuales Dios parece haber derramado á manos llenas el encanto de las gracias exteriores y la sensibilidad como una compensacion y una escusa de la flaqueza, estas criaturas encubren con esta mezcla de magnanimidad y de gracia proporciones superiores, que imponen no sé que afectuosa veneracion.

A la verdad los sucesos no siempre concurren á corregir la sentencia dada por un extravío de justicia, ni á rehabilitar oportunamente en la estimacion pública á los que la calumnia detractora habia cubierto de infamia. Mas con todo no debe olvidarse que Dios domina la perversidad humana, y la pone límites. Los opresores están siempre bajo el poder de su brazo: él los agita por una turbacion secreta, pues la sangre no duerme, como decia un verdugo; y ni aun despues les dá Dios la certeza de una seguridad durable. Y en efecto, á veces se levanta de sus mismas obras una luz imprevista que aclara su trágica obscuridad, y confundidos por este testimonio inesperado de la Providencia, expian su fortuna de un dia por la maldicion de siglos. Esta ley, que aterra á los malvados y alienta á los buenos, se halla impresa de un modo particular y brilla con una claridad extraordinaria en la historia de Susana, ejemplo ilustre de las pruebas que fatigan la virtud y de los triunfos que le están reservados.

En tiempo de la segunda cautividad de los Judíos habia en Babilonia un personage de su nacion llamado Joakim, cuya muger si era grande en hermosura, era mas grande todavía en la virtud. Pertenecia por su origen á la tribu de Judá, la cual con la prerrogativa del mando habia conservado hasta entónces la pureza de la antigua fé. Llamábase Susana que significa *lirio*, nombre que se le habia dado en la infancia, á causa sin duda de sus gracias infantiles; pero le mereció despues con doble motivo á causa de la belleza de su alma y del brillo de sus virtudes. Sus padres la habian educado en los sentimientos de la religion y de la justicia; y así ella conservó siempre el temor de Dios y el respeto de su ley santa, frutos dichosos de una buena educacion, preciosas riquezas que son el mejor patrimonio de los hijos, y la mas bella recompensa de los cuidados de sus padres y de sus maestros.

Joakim era muy rico, y le habian conducido á Babilonia en rehenes algunos años antes de la catástrofe que abismó toda su nacion en los hierros de la esclavitud; pero le habia quedado su fortuna, de la cual se valia para socorrer á sus compañeros en medio de las privaciones del destierro: su casa y sus jardines les estaban siempre abiertos, y aun servian de punto de reunion para administrar la justicia. Porque la política de los vencedores Babilonios habia dejado á los vencidos alguna imagen de la patria, y continuaban en regirse por la ley de Moysés en materias especiales de las que conocia exclusivamente el tribunal judío. Este tribunal, como en los bellos dias de Israël, se componia de Ancianos del pueblo; porque se creía que la experiencia es la luz del consejo, y que la edad, haciendo conocer los hombres y las cosas, enseña á dominar á aquellos y á dirigir á estas. Pero un año hubo en que se habian nombrado por jueces á dos viejos que solo se hacian recomendables por una falsa apariencia de sabiduría. Eran de aquellos hombres de quienes Dios dijo en alguna parte: « La iniquidad se ha manifestado en Babilonia; los viejos descarriaban el pueblo en vez de conducirlo.» Naturalezas enfermas é ingratas, que habian atravesado la vida y la desgracia sin conocer las lecciones de la una y sin practicar los deberes de la otra.

Aquellos viejos iban con frecuencia á la casa de Joakim, á donde acudian tambien los Judíos implicados en algun negocio. Empleábase la mañana en consolar á los afligidos y en juzgar los asuntos contenciosos. Sobre el mediodía retirábase el pueblo, y Susana bajaba al jardin para dar un paseo. Los dos magistrados quedábanse allí algun tiempo despues de salida la multitud, como hombres ocupados de graves intereses, y que ventilaban entre sí con mas detencion de intimidad negocios, que en pleno tribunal se discuten con mas reserva y no con tanta minuciosidad. Allí veian ellos á Susana como entraba y se paseaba cada dia por el jardin. Olvidaron que la discrecion conviene á todas las edades, pues que es una desconfianza de sí y un respeto á otro. Porque, de una parte, solo la muerte pone término á la severa guarda que debemos ejercer sobre nosotros mismos: la vejez, debilitando las fuerzas tanto para el bien como para el mal, nos sirve de endeble garan-

tía contra la fragilidad original, y la libertad puede á cada momento reanimar con un soplo un incendio que los años adormecen con su curso, pero que no extinguen. De otra parte, toda alma, y sobre todo las almas puras, tienen un derecho en pasar por el mundo sin que se tiendan lazos á su inocencia, como aquellas flores cuya delicadeza de tejido las protege en cierto modo contra la indiscrecion, y que no nos atrevemos á tocarlas por temor de que no se marchiten; el hombre noble y generoso ahorra á cuantos le rodean los peligros que pudiera producir para su caida, y les cubre con el manto de su respeto para sustraerlos á su tiranía y á sus apetitos.

Pero no fué tal la conducta de los dos viejos; y así un pronto castigo siguió á su imprudencia. Deslizose en sus entrañas una violenta pasion, como corre un torrente que ha roto su dique. Trastornado ya el sentido, su mirada se desvió del cielo, como sucede á todos los hombres que temen ser importunados en el crímen por los justos juicios de Dios. ¡ Triste y flaca humanidad! Agítase la adolescencia bajo los impulsos de pasiones sensuales, y vuelve á cargarse veinte veces con los grillos que veinte veces ha rompido: el tumulto de los negocios públicos y de los intereses privados no siempre sofoca al oido del hombre maduro la voz de los placeres proscritos, y la vejez, apenas segura de sí misma, espira, luchando como un buque medio destrozado que llega al puerto con el soplo de una tempestad. Feliz pues aquel que desde el seno de esta prolongada tormenta tiene alzados los ojos hácia Dios, á fin de no perder el conocimiento del peligro ni el valor de la resistencia! Cuando las almas fuertes y sostenidas por el enérgico poder de sus convicciones no siempre afrontan impunemente mares llenos de escollos y famosos por tantos naufragios, ¿ qué no han de temer las almas muelles que no sostienen ni el sentimiento del deber, ni la idea del porvenir?

El contesto de las Sagradas Letras manifiesta claramente que la pasion de estos Ancianos envilecidos era una propension sensual que se desarrolla en la baja admósfera de las groseras impresiones, y no aquel sentimiento noble, elevado, que nos hace superiores á nosotros mismos, y que en el órden terrestre, aunque no sacia el corazon, es el que mas

se acerca á las inspiraciones de la virtud. No hay asunto en que todo el mundo se crea con tanto derecho de ser crítico, como el amor, dice una ilustre escritora de nuestro siglo: esta palabra dispierta en cuantos la oyen tantas ideas diversas, cuantas son las impresiones de que son susceptibles. Muchos no han conocido ni el amor á la gloria, ni el espíritu de partido, pero ¿quién hay que no crea haber tenido amor? Mas esta pasion verdadera es la mas rara, porque es la mas destituida de egoismo. El amor es el embeleso de la vida y el encanto de la naturaleza; y como la intensidad de la dicha no guarda proporcion alguna con la incertidumbre, rapidez y caducidad de la fruicion, por esto la idea del amor es casi inseparable de la idea de la muerte, y el amor y la muerte se comparan en la fuerza de su actividad. Tratamos ahora del amor pasion, que lleva á la melancolía, que se resiste al gracejo, y que hace pensar en la muerte en sus mas felices instantes. No consideramos pues en el amor sino el sentimiento, y éste le hace ser pasion. Y así no hay amor en las obras de agudo ingenio, ni en los festivos caprichos de la fantasía, ni son amor los antojos de la coquetería, ni los atractivos de la belleza, ni los deseos de conquistarla. Es tan raro el penetrar el verdadero amor del corazon, que casi se pudiera decir que los antiguos no han tenido de él una idea completa. Apenas se halla pasage en que el sentimiento tenga toda su fuerza con entera independencia de los sentidos. Los antiguos habian pintado la ternura filial, la amistad, Orestes y Pilades, Niobe, la piedad romana, todos los demás afectos del corazon nos fueron transmitidos con los verdaderos sentimientos que los caracterizan: el solo amor se nos ha presentado con los rasgos mas groseros, como inseparable de la voluptuosidad y del frenesí. Este es un cuadro y no un sentimiento: una enfermedad mas bien que una pasion del alma. Lo que en nosotros se llama propiamente amor, dice otro no menos ilustre contemporáneo, es un sentimiento del que hasta el nombre ha ignorado la remota antigüedad. Solo en los siglos modernos hemos visto formarse esta mezcla de los sentidos y del alma, y esta especie de amor, cuya base moral es la amistad. Aun la misma perfeccion de este sentimiento, se debe al Cristianismo, el cual procurando incesantemente purificar el corazon, ha llegado á espiri-

tualizar hasta las mismas inclinaciones, que parecian menos susceptibles de serlo, y esta pasion moderna, por decirlo así, ha derramado sobre las creaciones del genio bellezas antes no conocidas.» Otro escritor, acomodándose mas al modo con que el comun de los hombres siente esta pasion tempestuosa, y haciendo abstraccion del amor, considerado puramente como sentimiento, se expresa así: «El amor que quedó personificado en la muger como una tentacion perenne, es aquel amor que bajó del cielo puro como la inocencia, pero que rozando despues del crímen con un poco de barro inmundo, ha venido á ser uno de aquellos deleites inesplicables que participan del cielo y de la tierra, de lo mas sublime y de lo mas fragil que tiene el hombre (1).»

Por lo demás los dos viejos quedaron por algun tiempo bajo el imperio de la misma impresion que les preocupaba, sin hacerse empero la mútua confesion de su estado. El rubor no les hubiera permitido el hacerse la revelacion de una herida, que si bien está en la condicion humana el recibir, pero era de su deber cicatrizar; porque hasta en su caida conserva el alma algun recuerdo de órden y de grandeza por donde puede levantarse de nuevo, y escapar alomenos del oprobio de un abatimiento contínuo. Alimentaban pues en secreto su pasion criminal, y cada uno de ellos buscaba ocasion de embestir á Susana en particular. Un dia dijo el uno al otro: «Volvamos á casa porque es la hora de comer.» Salen en efecto del jardin, y se separan. Pero esto no era mas que un disimulo, pues muy pronto vuelven y se encuentran. Entónces se hizo indispensable una explicacion, se preguntan y se declaran el motivo que allí vuelve á conducirlos. Desde que esta confidencia hubo hecho caer la única barrera que pudiera aun detenerlos, el crímen quedó decidido. Parten pues despues de haber resuelto escoger un momento en que Susana se hallaria sola. Hay en el mundo moral un límite que nadie traspasa sin que al momento mismo se sienta arrebatado hácia el mal con todo el peso de su desviada energía, como un cuerpo escapado á la fuerza que le retenia en un sistema, huye hácia espantosas profundidades con una rapidez acelerada por su propio volumen y por la distancia.

Por mucho tiempo buscaron los viejos una circunstancia oportuna,

y la descubrieron por fin. ¿Que no pueden dos voluntades perversas, cuando unen su audacia, que no tiene ya freno, en la ilusion viva de una comun iniquidad? Un dia Susana habia entrado en el jardin, segun tenia de costumbre, acompañada de dos de sus doncellas. Los viejos ocultos á la vista de todos, estaban atisbando todos los pasos de su víctima. Como el calor se hacia sentir, Susana queria bañarse, y dió órden á sus mugeres que le trajesen esencias aromáticas y perfumes, y que se retirasen, despues de haber cerrado cuidadosamente las puertas del jardin. Las criadas obedecieron á su señora, y salieron por una puerta secreta que conducia á la casa, sin que ninguna de ellas sospechase que hubiese que temer el menor peligro.

Retiradas ya las doncellas, los prevaricadores dejaron el lugar en que estaban escondidos, y no temieron en hacer á Susana culpables proposiciones: probaron desalentar su virtud, y prevenir su resistencia con la amenaza de una venganza tan cobarde como cruel. «Declararemos públicamente, dijeron, que aquí habia un jóven, y que por esto habeis despachado á vuestras criadas.» En verdad, si la adolescencia, devorada por la fiebre de la edad y descarriada por sentimientos nuevos aun é indisciplinados, viene á sucumbir en la lucha contra sus pasiones, merece la mas severa reprobacion, porque ha libremente hecho traicion á su Dios y á su deber; pero se debe compadecerla, porque de ordinario ha sido combatida por un violento uracan, y puede muy bien resarcir esta solitaria debilidad por las brillantes virtudes de la edad madura. Pero si el viejo, cerrando el oido á los avisos del sepulcro, abre su corazon á los pensamientos criminales, y haciendo traicion á los mas sagrados deberes, encubre bajo la confianza que inspiran sus canas los vergonzosos designios de un corazon pervertido, ¿que nombre daremos á esta asquerosa amalgama de perversidad y de decrepitud?

Susana, midiendo toda la gravedad del peligro, arrojó un profundo suspiro, y dijo con tanta discrecion como virtud: «Por todos lados me cercan las angustias; porque si condesciendo á vuestra demanda, será una muerte para mí, y si no lo hago, no me libraré de vuestro furor. Pero vale mas esponerse sin crímen á vuestra venganza que el cometerle delante de Dios.» Efectivamente, merecer el castigo abraza la falta y el

oprobio; pero sufrirlo no mas, sobre todo cuando no se merece, es simplemente una desgracia, que será en todo caso recompensada en el porvenir. Susana arrojó un fuerte grito clamando socorro. Los viejos, viéndose descubiertos, gritaron tambien á fin de engañar á los que llegasen y procurarse un medio de acusacion contra su víctima. Y hasta uno de ellos fué á abrir la puerta exterior del jardin, para dar á entender que acababan de entrar, ó mas bien, que el supuesto jóven, que debia figurar en esta fábula, acababa de salir por allá. Los criados de la casa, oyendo los gritos por la parte del jardin, corrieron por la puerta secreta para ver lo que era. Entonces los viles y cobardes viejos, levantaron su voz calumniadora, y acusaron á Susana, como lo habian proyectado. Los criados quedaron avergonzados y confusos, porque apreciaban á su señora, y nunca jamás habian oido decir de ella una cosa semejante; pues no solamente era pura la vida de Susana, sino que era pura su reputacion, gozando de aquella integridad, que es como el natural esmalte y la recompensa terrestre de la virtud.

El dia siguiente el pueblo se reunió como de costumbre en la casa de Joakim, y vinieron tambien allí los viejos, decididos á entablar acusacion formal contra la noble matrona que habia osado resistir á sus sugestiones infames. Dijeron pues en presencia del pueblo: «Envíese á llamar á Susana, hija de Helcías, muger de Joakim.» Temian sin duda que los retardos no viniesen á alumbrar el misterio de su tenebrosa malicia. Preséntase pues Susana, acompañada de sus padres é hijos y de todos sus parientes. Estos y cuantos la tenian conocida no podian creer su culpabilidad, y derramaban amargas lágrimas. Susana, tan modesta como bella, habia cubierto su faz con un velo, pero los injuriosos viejos se lo hicieron quitar, bien sea para que el rubor de su modestia apareciese como una conviccion de delito, ó bien para cebar en su hermosura los ávidos y criminales ojos. Y levantándose despues en medio de la asamblea, extendieron sus manos sobre la cabeza de Susana, pues de este modo los denunciadores debian prestar el juramento y atestiguar su veracidad en las causas capitales. La acusada alzó llorando sus miradas hácia el cielo, testimonio incorruptible de la inocencia, y última esperanza de la virtud desgraciada.

Entónces los dos perjuros refirieron la vergonzosa fábula que habian imaginado. « Paseándonos solos por el jardin de Joakim, dijeron, entró en él Susana con dos mugeres que despachó luego, dándoles la órden de cerrar las puertas. Tranquilos nosotros y retirados, nada podia hacer sospechar nuestra presencia; pero de repente se dejó ver un jóven hasta entónces oculto, de lo cual se indignó nuestra virtud. Quisimos coger al culpable, pero jóven y mas robusto que nosotros, se escapó de nuestras manos fácilmente, abrió la puerta exterior y tomó la fuga. Pudimos sí coger á Susana, pero no quiso nombrar á su cómplice. De este suceso somos nosotros testigos. En suma, ella es adúltera, y debe morir. » Tales fueron la deposicion y el dictámen fiscal de los dos viejos, que hicieron á la sazon el papel de acusadores, de testigos y de jueces. Esto era contrario á las reglas de la mas vulgar equidad, y era particularmente contrario á las disposiciones de la legislacion judía, que daba al acusado una porcion de garantías contra el peligro de los falsos testimonios. Así que, los dos viejos hubieran debido parecer sucesivamente y no á la vez, á fin de que sus deposiciones respectivas sobre las diversas circunstancias del crímen pudiesen tener un contrapeso eficaz, y por consiguiente un valor real. Además, el temor de la lentitud en el castigo, que hace sufrir tan horriblemente á los culpados, tampoco autorizaba en este caso á proceder con una precipitacion que privaba de buscar y descubrir el cómplice, y de carearle con los acusadores y con el acusado. Por fin, aunque la situacion de pueblo desterrado pusiese algunas trabas á la marcha acostumbrada de la justicia, ¿acaso la desgracia no tiene tambien sus derechos, y las formalidades no podian hallar un suplemento en la compasion?

Mas la opinion de la asamblea cedió sin duda ante la consideracion que le merecian unos hombres graves que pedian justicia en nombre de la moral ultrajada. Creyóse en un testimonio dado por ancianos y por jueces: porque entre los Israelitas, aun mas que en los otros pueblos de la antigüedad, la vejez imponia un absoluto respeto, y la fuerza y la actividad de la juventud se inclinaban ante la experiencia y la magestad de las canas. Y ¿cómo pensar, de otra parte, que en la acusacion intentada por aquellos dos hombres hubiese un cruel abu-

so de un ministerio público y sagrado, una cobarde venganza de la iniquidad burlada? En consecuencia declaróse á Susana culpable, y fué condenada á muerte. Ya se conoce con que rigor las leyes hebreas velaban sobre el respeto del lazo conyugal y sobre la pureza de las familias.

Susana no supo encontrar una prueba mayor de su inocencia que callar delante de los hombres; porque hay acusaciones que desconciertan la virtud, y que esta no sabe repeler sino por el silencio: la voz tiene su pudor, y el silencio su expresion. Pero al mismo tiempo aquella amable y suavísima víctima de la calumnia invocaba á Dios, á quien puede hablar siempre la mas casta y candorosa timidez. Y dijo: « Dios eterno, vos que penetrais en lo mas oculto de los hechos, y á quien están patentes todas las cosas, antes aun de suceder, vos sabeis que estos hombres han levantado contra mí un testimonio falso, y ved ahí que muero sin haber hecho nada de lo que maliciosamente se me imputa. » Escuchó el Señor esta súplica que partia de unos labios puros, y de un corazon lleno de confianza, y socorrió al oprimido.

Un jóven nombrado Daniel, fué el instrumento de que se valió la Providencia. Hallóse interiormente movido por una divina y profética luz, que le dió á conocer la calumnia, y los medios de burlarla. Exclamó pues delante de todos: « Inocente seré yo de esta sangre que vá á derramarse.» Y todo el pueblo se dirigió entonces hácia él, y le dijo: « ¿Qué significa esta palabra que acabas de pronunciar? » Y añadió Daniel desde en medio de la multitud. « ¿Tan insensatos sois, ó hijos de Israël, que sin examen ni forma de juicio, sin conocer la verdad del hecho condenais á una hija de Israël? Volved al tribunal, porque estos han dicho contra ella un testimonio falso. » Retrocedió en efecto á toda prisa el pueblo, ó porque Daniel, versado en todas las ciencias de los Caldeos, gozaba ya de una grande autoridad entre sus compatriotas, ó ya mas bien porque descubriesen en él alguna señal extraordinaria, como cuando la multitud, por instinto providencial, adivina y saluda en los grandes peligros al hombre de genio que envia Dios para conjurarlos y vencerlos. Por su parte los Ancianos dijeron á Daniel: « Ven y siéntate en medio de nosotros, é instrúyenos, porque Dios te ha concedido la misma honra que á los ancia-

nos.» ¿Pretendian ellos desafiar, ó doblegar al jóven magistrado? ¿Era aquello una ironía ó una tímida adulacion?

Sea como fuere, Daniel dijo á la asamblea: «Separad estos dos el uno del otro, y yo los examinaré.» Y despues de separados, dirigiéndose al primero: «Hombre envejecido en la maldad, le dijo el profeta, hoy van á quedar patentes y castigadas las iniquidades que hasta aquí has cometido, pronunciando injustas sentencias, oprimiendo á los inocentes y librando á los malvados, á pesar de que el Señor tiene dicho: *No harás morir al inocente ni al justo.* Ahora pues, si esta muger es criminal, debajo qué árbol la viste hablar con su complice?» Y respondió el viejo: «Bajo de un lentisco.» Pues bien, replicó el inspirado juez, tu mentira recaerá sobre tu cabeza, porque el ángel ejecutor de los decretos divinos te partirá de por medio.» Es muy de admirar, sin duda, que el viejo no comprendiese á qué objeto se dirigia una pregunta tan precisa, ó que no supiese dar á ella una respuesta evasiva. Pero parece verdaderamente que los desórdenes de la voluntad tienen su eco en la inteligencia, y que la sabiduría del espíritu abandona á los que han consentido en perder la sabiduría del corazon, permitiéndolo así Dios algunas veces para detener el curso insolente de una prosperidad viciosa.

El segundo viejo vino despues á sufrir su interrogatorio. Díjole Daniel: «Raza de Canaan y no de Judá, la belleza te ha fascinado, y la pasion turbó y prevertió tu espíritu. Así es como te portabas con las hijas de Israël, las cuales por miedo condescendian con tus deseos, pero esta hija de Judá no ha sufrido tu insulto. Dime pues ahora, ¿bajo qué árbol la viste hablar con su complice?» «Bajo una encina» respondió el viejo, igualmente poseido del mismo vértigo. «Pues bien, repuso Daniel, tu mentira caerá del mismo modo sobre tu cabeza: el ángel del Señor te está esperando con la espada en la mano para despedazarte, y haceros morir á entrambos.»

A vista pues de una contradiccion tan palpable, la asamblea entera arrojó un grito de indignacion, y bendijo al Señor en el cual los afligidos jamás confian en vano. Todos á la una se levantaron contra los viejos infames que Daniel acababa de convencer por su propia boca, y siguiendo la ley de Moysés, se les hizo sufrir la pena que ellos habian

hecho caer sobre la cabeza de Susana: fueron pues apedreados. La gloria de la inocencia, un momento cubierta por la calumnia, recobró su natural esplendor; Helcias, Joakim y todos sus amigos dieron gracias al cielo, no tanto por haberse salvado la vida de Susana, como por haber quedado intachable su virtud; pues una cosa hay mas grata que la familia, y mas querida que la existencia, y es el honor.

La penetracion que Daniel habia manifestado en el proceso de Susana, le dió un grande crédito entre el pueblo, así como sus bellas calidades le habian grangeado la estimacion y el afecto del Rey de Babilonia. Además la Escritura santa encomia por una rara y gloriosa distincion su santidad y su sabiduría. Tuvo el don de profecía, ante sus ojos se rasgó el velo del porvenir: describió en sus raptos proféticos los destinos de las monarquías que debian preceder el reino universal de Cristo, la marcha rápida de Alejandro, la muerte precipitada del conquistador, y la particion de sus estados. Refirió anticipadamente las guerras de los reyes de Egipto, y de Syria, sus alianzas seguidas de rompimientos, y sus reconciliaciones envueltas en artificios. Sufrió en defensa de las leyes religiosas de su patria, fué expuesto al furor de los leones famélicos que se amansaron delante de él, y su nombre ha quedado grande en la memoria de todos los pueblos cristianos.

Muchos pintores han tratado el asunto de Susana sorprendida en el baño por los viejos, pero con mas ó menos decencia en la ejecucion, que no puede aprobarse bajo el punto de vista moral, por la intencion que en ella se descubre, aunque de otra parte merezca á veces ser alabado bajo el respeto artístico. Con mas frecuencia se ha reproducido el episodio de Susana justificada, asunto mucho mas elevado, y que presta tambien mucho mas á la grandiosidad de la composicion; como se dió á los discípulos que concurrieron al grande premio de Roma en 1791. El premio fué ganado por J. Reattu de Arles; su cuadro hizo sensacion, y ha quedado como uno de los mas bellos de la coleccion de grandes premios de Roma, y se vé tambien en la escuela de Bellas Artes de París. Lástima que no sean bastante conocidas las composiciones de Reattu, que puede mirarse como uno de los mas hábiles compositores de la escuela moderna.

Notas.

(1) A propósito de amor, y para que se vea cuan poco conocida, ó alomenos descrita en su fondo fué por los antiguos esta pasion tempestuosa, parécenos que nuestros lectores verán con gusto como habla del amor una muger, la muger mas delicadamente filosófica de nuestro siglo, que si bien en la independencia de su pensamiento pagó hasta cierto punto un tributo al espíritu de su época, conocia á fondo el corazon humano, y sus debilidades y extravíos.

«Si el Omnipotente, dice la Señora de Staël, arrojando al hombre sobre este globo ha querido que concibiese la idea de una existencia celeste, puede decirse que le ha concedido este don en aquellos pocos instantes de su juventud, en que le permitió amar con pasion, poder vivir en otro semejante suyo y completar su ser uniéndole al objeto que adoraba. Por algun tiempo alomenos, los límites del destino humano, el análisis de su pensamiento, la meditacion de la filosofía se han perdido en el abismo feliz de un sentimiento delicioso. La vida, cuyo peso fatiga, nos arrastraba en su corriente, y el objeto de nuestras ansias, que nos parece siempre tan inferior á nuestros esfuerzos, parecia superarlos todos. No cesamos de medir cuanto tiene relacion con nosotros mismos, pero las calidades, los encantos, los goces, los intereses del objeto amado no reconocen otro término que nuestra imaginacion. Ah! cuan dulce es el dia en que se expone la vida por el único ser amado que ha escogido nuestro corazon! el dia en que por medio de un acto de adhesion absoluta se le da alomenos una idea del sentimiento que oprimia el corazon por la imposibilidad de espresarle! En estos dias de terror una muger (contemporánea nuestra) condenada á muérte junto con su amante, á pesar de tener bien léjos el que podia socorrerla é infundirle valor, marchaba al suplicio con alegría, se gozaba en el placer de haber escapado del tormento de sobrevivir, se gloriaba de partir la suerte con el

que amaba, y presagiando tal vez el término en que podia perder el amor que aquel le tenia, probaba el feroz y tierno sentimiento que le hacia amar la muerte como una reunion eterna. Gloria, ambicion, fanatismo, vuestro entusiasmo tiene intervalos: solo el sentimiento llena todos los instantes; nada cansa para amarse, nada fatiga en esta corriente inagotable de ideas y sensaciones felices; y en tanto que nada se ve, nada se percibe sino por medio de otro, el universo entero muda sus formas: la primavera, la naturaleza, el cielo son los lugares en que ha respirado: los placeres del mundo son lo que sale de sus labios, lo que le agrada, las delicias únicas de que participa; todo el colmo de la ventura á que aspira se cifra en el elogio que ha comprehendido, y la impresion que el voto de todos ha podido producir sobre el juicio de uno solo. Por fin una sola es la idea que produce en el hombre la felicidad suprema, y los delirios de la desesperacion. Nada fatiga tanto la existencia como los diversos intereses, cuya reunion se considera como un plan combinado de felicidad. No se debilita la desgracia dividiéndose: la razon sola puede libertarnos de todas las pasiones; pero es menor infortunio el poder abandonarse á una sola. Sin duda nos esponemos asi á destruirnos por el impulso de nuestras propias afecciones; pero el objeto principal que no debemos perder de vista al ocuparnos de la suerte de los hombres, no es precisamente la conservacion de su vida: el distintivo de su naturaleza inmortal es de no estimar en nada la existencia física sin la posesion de la felicidad moral.

Voy á considerar el amor con el solo auxilio de la reflexion, y procurando sufocar en mí el entusiasmo de la juventud, ó por decirlo mejor, presentaré el completo sometimiento de nuestro ser á los sentimientos, á la dicha y al destino de otro, como la idea mas sublime de felicidad que puede elevar la esperanza del hombre. Esta dependencia de un solo objeto nos hace desprender tan fácilmente de todo el resto del universo, como que, si un ser sensible se siente impelido á huir de todas las pretensiones del amor propio, de todas las asechanzas de la calumnia y de cuanto amarga sus relaciones con los demas hombres, halla en esta pasion un no sé qué de solitario que le reconcentra en sí mismo, inspirando al alma la elevacion de la filosofía y el delicioso abandono del sentimiento. Apartándose del mundo por unos intereses mucho mas fuertes que cuantos puede aquel ofrecer, se goza la calma del pensamiento y el movimiento continuo del corazon; y aun viviendo retirado en la soledad mas profunda, el alma tiene una vida mas activa que sobre el trono de los Césares. En una palabra, en cualquier época de la vida que os supongamos poseido de un sentimiento por el cual hubieseis sido dominado desde vuestra juventud, no hallareis un solo momento en que no haya sido mas dulce vivir para otro que existir para sí solo; y en el que este único pensamiento no os librase de golpe de todos los remordimientos é incertidumbres. Cuando no se tiene mas objeto que á sí propio, ¿como decidirse en nada? el deseo escapa, el suceso sale al revés de lo esperado tantas veces, que uno se arrepiente de haberlo ensayado; cánsase de su

propio interés como de cualquier otra empresa. Pero cuando la vida está consagrada al primer objeto de todos los afectos, todo es positivo, todo determinado, todo arrastra: *él lo quiere, él lo necesita, le hará mas feliz, un instante de su vida podrá embellecerse al precio de estos afanes.* Basta esto para dirigir el curso entero del destino: fuera dudas, fuera debilidad, el alma se llena de lo mismo que goza, se engrandece con ello, y proporcionándose á nuestras facultades, nos asegura el ejercicio y el goce de todas. ¿Qué espíritu superior no halla en un verdadero sentimiento de amor el desarrollo de un mayor número de conceptos, que en ningun escrito ni obra que pueda componer ó leer? Si el mayor triunfo del genio es adivinar la pasion, ¿que será ella misma? El feliz resultado del amor propio, el grado mas alto de los goces de la personalidad, la gloria misma ¿que vale en comparacion de ser amado? Que se preferiria ser Arminda ó el Taso? Ah! todos estos escritores, estos grandes hombres, esos conquistadores se esfuerzan para obtener una sola de las emociones que el amor derrama como á torrentes en la vida. Años enteros de penas y de esfuerzos le valen un dia, una hora de este rapto delicioso, que embriaga la existencia: y el amor hace sentir en toda su duracion una serie de impresiones tan vivas y mas puras como la coronacion del Taso en el Capitolio y el triunfo de Alejandro. Fuera de nosotros, es donde deberemos buscar los solos placeres indefinidos. Si se quiere conoce el precio de la gloria, se ha de ver exhaltado por su brillo el objeto amado: si se quiere saber lo que vale la fortuna, es preciso haberle dado la nuestra: en fin si se quiere valuar el don desconocido de la vida, es menester que él necesite de vuestra existencia y que podais consideraros como el sostén de su felicidad.

En cualquier situacion que nos ponga una pasion profunda de amor, no creeré que nos separe de la verdadera senda de la virtud: todo es sacrificio, todo es olvido de sí propio en el exaltado desprendimiento del amor: la sola personalidad envilece: todo es bondad, todo es compasion en el ser que sabe amar, y la inhumanidad sola destierra toda moralidad del corazon humano. Y si hay en el universo dos seres á quienes une un perfecto sentimiento, y que el matrimonio ha enlazado el uno con el otro, bendigan cada dia postrados al Supremo Ser, miren á sus piés el universo y sus grandezas; pásmense, sobrecójanse por una felicidad que tantas diversas combinaciones ha necesitado para asegurarse, de una felicidad que les pone á tan gran distancia del resto de los hombres: sí, que tiemblen por tal colmo de dicha. Tal vez para que no fuese tan superior á la nuestra, ha recibido ya toda la recompensa que esperamos en el porvenir; pudiéramos creer humanamente hablando, que tal vez para ellos no existe la dicha de la inmortalidad.

Durante mi mansion en Inglaterra, ví á un hombre de muy raro mérito unido despues de 25 años á una muger digna de él: paseándonos juntos encontramos á lo que se llama en inglés *Gipsies*, Bohemianos errantes casi siempre en los bosques en la mas deplorable situacion. Al compadecer yo aquellos infelices, que reunian todos los males físicos de la naturaleza, *y bien*, esclamó Mr. L. *si para*

pasar mi vida con ella hubiese tenido que reducirme á este estado y mendigar treinta años seguidos, aun despues cuan felices hubiéramos sido! Ah! sí, respondió la esposa, *aun de este modo seríamos todavía los mas felices de todos los mortales.* Nunca mas han salido de mi corazon estas palabras. Ah! que bello es este sentimiento que en edad ya avanzada hace percibir una pasion mas profunda quizá que en la juventud; una pasion que hace de la vida un recuerdo solo, y quitando á su fin todo lo que tiene de horrible, el aislamiento y el abandono, os asegura recibir la muerte en los mismos brazos que sostuvieron vuestra juventud y os llevaron á los ardientes lazos del amor. Que! y existe realmente entre lo humano una tal felicidad! y casi se ve privada de ella toda la tierra! y casi nunca pueden reunirse las circunstancias que la producen! Posible es esta reunion, y no lo es obtenerla por sí mismo! ¡Corazones hay que se entienden, y el acaso, y las distancias, y la naturaleza, y la sociedad separan para siempre á los que se hubieran amado toda su vida: y el poder de estos mismos respetos os unen á otra existencia que no es digna de vos, ó no os entiende, ó cesa ya de entenderos!

Apesar de tan halagüeño cuadro, el amor es de todas las pasiones la mas fatal á la felicidad del corazon humano. Si supiésemos morir, pudiéramos aun arriesgarnos á la esperanza de tan feliz destino..... Solo los hombres capaces de la resolucion de morir pueden probar este gran camino de felicidad: mas el que quiere vivir y renunciar el imperio de sí mismo, se arroja como un insensato á la mas cruel de las desdichas. « Protesta aquí la autora que no mira al suicidio bajo el aspecto respetable de la Religion, cuando lo dá por remedio de una pasion mal acercada, sino únicamente bajo respetos políticos, y le considera como indispensable para las almas apasionadas que carecen del sentimiento religioso. »

La mayor parte de los hombres y aun de las mugeres no tienen la menor idea de este sentimiento, tal como acabo de pintar; y Newton tiene mas jueces que la verdadera pasion del amor. Una especie de ridículo se une á cuanto tiene el aire de sentimientos romancescos; y estos espíritus débiles que dan tanta importancia á todos los pormenores de su amor propio y de sus intereses, se han creido dotados como de una razon superior á aquellos, cuyo carácter ha transmitido á otro el egoismo que la sociedad tanto considera en el hombre que se ocupa esclusivamente de sí mismo. Almas duras miran á los trabajos del pensamiento, á los servicios hechos al género humano, como solos dignos de la estimacion de los hombres. Algunos genios hay con derecho de creerse útiles á sus semejantes, pero cuan pocos pueden lisonjearse de alguna cosa mas gloriosa que asegurar sobre sí solo la felicidad de otro! Rígidos moralistas, temen los extravíos de esta pasion, mas ah! feliz seria en nuestros dias la nacion, felices los individuos que dependiesen de hombres susceptibles de ser dirigidos por la sensibilidad! Pero tantos movimientos pasageros se parecen al amor, tantos atractivos de todo diverso género toman entre las mugeres por vanidad ó entre los jóvenes por su juventud la apariencia de este senti-

miento que estas semejanzas envilecidas han borrado hasta el recuerdo de la verdad misma. Hay en fin carácteres amantes que convencidos profundamente de todo lo que se opone á la felicidad del amor, y de los obstáculos que encuentra su perfeccion y sobre todo su constancia, asustados de los pesares de su propio corazon, y de las inconsecuencias del de otro, rechazan con todo el esfuerzo de la razon y con todo el temor del sentimiento todo cuanto puede conducir á esta pasion. De estas varias causas nacen los errores adoptados aun por los filósofos sobre la verdadera importancia de las inclinaciones del alma, y los dolores infinitos que produce el abandonarse á ellas.

Por desgracia no siempre nos arrastran al amor las calidades que prometen una semejanza cierta entre los caracteres y los sentimientos: el atractivo de una figura seductora, esta especie de libertad de la imaginacion en suponer á todos los rasgos que la cautivan la expresion que desea, obra con fuerza sobre una pasion que no puede existir sin entusiasmo: los modales graciosos, el talento, la conversacion, la gracia en fin como el mas indefinible de los encantos, todo inspira este sentimiento que no conociéndose al principio á sí mismo, nace casi siempre de lo que no se puede explicar. Un tal orígen no basta para garantir la felicidad ni la duracion de un lazo: no obstante desde que existe el amor, la ilusion es completa, y nada iguala al desespero producido por la certitud de haber amado un objeto indigno de sí. Este funesto rayo de luz hiere la razon antes de haber despegado el corazon. Perseguidos entonces por la primitiva opinion á la que hemos de renunciar, amamos aun desestimando, nos portamos como si esperásemos, y sufrimos como si no hubiese ya mas esperanzas: nos asimos con el objeto ideal que nos habíamos creado; nos representamos aquellos mismos modales que habíamos hasta entónces mirado como el emblema de la virtud, de los cuales nos aparta un sentimiento mucho mas cruel que el odio mismo, por el defecto de todas las sensaciones sencillas y profundas: nos preguntamos si hemos mudado de naturaleza ó si hemos perdido la razon en nuestras inclinaciones; quisiéramos creer nuestra propia locura mas bien que juzgar el corazon de lo que amamos; ni el pasado nos queda para vivir de recuerdos; la opinion que á la fuerza concebimos choca con nuestro anterior alucinamiento; nos acordamos de lo que hubiera debido desengañarnos, y la desgracia se extiende entónces á todas las épocas de la vida, los recuerdos son remordimientos, y la melancolía, última esperanza de los desventurados, no puede ya endulzar nuestro amargo arrepentimiento que nos agita, nos devora, nos hace temer la soledad sin ser capaz de distraernos.

Mas si al contrario ha existido en la vida un momento feliz en que hemos sido amados; si el ser que nos habíamos escogido era sensible y generoso, tal como creíamos; y el tiempo ó la inconstancia de la imaginacion, que basta á despegar al corazon de otro objeto menos digno de su ternura, nos ha arrebatado aquel amor de que dependia toda nuestra existencia, ¡cuán terrible es la desgracia causada por esta destruccion de la vida! El primer instante en que

la misma mano que tantas veces habia trazado los juramentos sagrados del amor escribe en letras de hierro que hemos cesado de ser amados; cuando comparando los caracteres de la misma mano, apenas pueden creer nuestros ojos la diferencia causada tan solo por el tiempo; cuando aquella voz, cuyos acentos nos seguian en la soledad y resonaban en lo mas íntimo de nuestro corazon derritido, y parecian hacer presentes los mas dulces recuerdos, cuando esta voz nos habla ya sin emocion, sin temblor, sin descubrir un movimiento secreto del alma ¡ ah ! dura por mucho tiempo que, conmovidos aun por la pasion, no podemos creer que no interesemos ya al objeto de nuestra ternura. Parece imposible que no se comunique nuestro sentimiento: la barrera que nos separa nos parece que no proviene de su voluntad; que viéndole, hablándole, volverá á sentir lo pasado y tornará á encontrar lo que ha sentido; que dos corazones que todo se lo han confiado no pueden cesar de entenderse; y sin embargo nada es capaz de reproducir en nosotros aquella atraccion de la cual aquel solo tiene el secreto, y sabemos que es feliz lejos de nosotros, y que es feliz á veces por el objeto que menos nos parece: la fuerza de la simpatía ha quedado en nosotros solos y su reprocidad ya no existe. Hemos de renunciar para siempre la vista del objeto que renovaria nuestros recuerdos, y cuyas palabras les harian mas amargos: hemos de recorrer los lugares en que nos ha amado, los lugares cuya inmobilidad descubre mas el cambio de todo lo restante: el desespero roe el fondo del corazon, al paso que mil deberes y el propio orgullo mandan el ocultarlo; nadie nos compadece, porque no hay desgracia alguna visible: tan solo en secreto nuestro ser ha pasado de la vida á la muerte. ¿Qué recurso puede dar el mundo entero contra un tal dolor? El solo valor de darse la muerte, pero en semejante situacion, el socorro mismo de este acto terrible está privado de la especie de dulzura que en él se puede hallar: la esperanza de interesar despues de sí, esta inmortalidad tan necesaria á las almas sensibles, está arrebatada para siempre á aquel que no espera ya recuerdo alguno. ¿No es morir en efecto no afligirse, ni vengarse, ni internar mas en el pensamiento el objeto que nos ha hecho traicion? y el dejarle á aquel que prefiere, ¿no es una imágen de dolor que vemos aun mas allá del sepulcro, como si esta idea debiera seguirnos en él?

Los zelos, esta pasion terrible por su naturaleza, aun cuando no es exitada por el amor, vuelve al alma frenética cuando todas las afecciones del corazon se reunen á los resentimientos mas vivos del amor propio. No es todo amor en los zelos, como lo es en el sentimiento de no ser ya amado; los zelos inspiran la necesidad de vengarse, este sentimiento no produce sino el deseo de morir; la situacion de los zelos es penada porque se compone de sensaciones opuestas, porque está mal contenta de sí misma, y se arrepiente, y se devora, y su dolor no es suportable sino cuando se abandona al abatimiento. Las afecciones que nos agitan en la desgracia redoblan la pena en cada movimiento que hacen para evitarla. Las afecciones que juntan el orgullo á la ternura son

las mas crueles de todas: la parte que se siente de sensible debilita el resorte que se hallaria en el orgullo, y la amargura que este inspira envenena la dulzura que llevan consigo las penas del corazon aun cuando son mortales.

Las circunstancias exteriores que pueden turbar la union de los corazones son nada comparadas con las desgracias producidas por el sentimiento: cuando nos vemos separados del objeto por obstáculos estraños al sentimiento recíproco, sufrimos; pero nos queda el consuelo de las ilusiones y del llanto; el dolor no reside en lo mas íntimo del pensamiento, y puede derramarse por de fuera, y sin embargo almas de una virtud sublime han sentido en sí mismas combates insuperables. Clementina puede en realidad encontrarse á sí misma y morir en vez de triunfar. Asi es que de diversos modos el amor destruye la felicidad de los pechos en que se alberga.

La última desgracia á la que el pensamiento no osa acercarse es la pérdida entera de lo que se ama; es esta separacion terrible que amenaza cada dia todo lo que respira, todo lo que vive bajo el imperio de la muerte. Ah! este dolor sin límites es el mas formidable de todos. ¡Cómo poder sobrevivir al objeto de quien éramos amados, al objeto que habíamos escogido para apoyo de la vida, al que nos hacia sentir el amor con toda la fuerza de que es susceptible un alma nacida para amar! ¡Qué! ¿Será posible habitar en un mundo que él no habitará ya mas, sufrir unos dias que no nos lo volverán, vivir de recuerdos devorados por la eternidad, creer oir aquella voz cuyos últimos acentos se nos dirigieron, recordar con ella en vano al ser que hacia la mitad de nuestra vida, y consagrarle aun los latidos de un corazon que su mano querida ya no calentará mas?

Lo dicho hasta aquí se aplica igualmente á los dos sexos: réstame considerar lo que particularmente nos toca. Mugeres! víctimas del templo en que se os llama adoradas escuchadme.

La naturaleza de la sociedad ha desheredado la mitad de la especie humana. Fuerza, valor, genio, independencia, todo pertenece á los hombres; y si ellos rinden homenages á los años de nuestra juventud, es para darse el gusto de derribar un trono; al modo que se permite á los niños el mandar porque se sabe que no pueden forzar á obedecer. Verdad es que el amor que inspiran las mugeres les da un momento de poder absoluto, pero en el curso de la vida y en el período mismo de un sentimiento, su deplorable destino vuelve á adquirir su imperio inevitable.

El amor es la sola ambicion de las mugeres: la ambicion, el amor á la gloria les cae tan mal, que con razon son pocas las que se ocupan de ello. Lo dije hablando de la vanidad: por una que se eleve sobre su sexo, mil se abaten sacándole de su senda; apenas una mitad de la vida puede interesarse por el amor: restan aun treinta años para seguir, cuando acabó ya la existencia. El amor es la historia de la vida de las mugeres, y es un episodio en la de los hombres: reputacion, honor, estima, todo depende de la conducta que ellas han tenido bajo este respeto; mientras que las leyes mismas de la moralidad, segun la opinion de un mundo injusto, parecen suspendidas en las relaciones de los hombres con las mugeres: pueden sin perder el

concepto de buenos, causar el mas atroz dolor que el poder humano puede producir en el alma de otro; pueden pasar por verídicos, y haberlas engañado: en fin, pueden haber recibido de una muger los servicios, las muestras mas finas de amistad, que enlazarian dos amigos, dos compañeros de armas, que deshonrarian á cualquiera de los dos si se mostrase capaz de olvidarlas; pueden haberlos recibido de una muger y desentenderse de todo, atribuyéndolo todo al amor, como si un sentimiento, un don de mas, disminuyese el precio de los otros. Hombres hay cuyo carácter es una honrosa exepcion de esta regla: pero tal es la opinion general en esta parte, que pocos hay que probasen sin temor de hacerse ridículos manifestar en los enlaces del corazon una delicadeza de principios tal como una muger se creeria obligada á afectar si ella no lo sintiese.

Se dirá que poco importa al sentimiento la idea del deber; que no tiene necesidad de él mientras existe, y que desde luego que la necesita deja de existir. No es del todo verdad que en el órden moral del corazon humano un lazo no confirme una inclinacion: tampoco es verdadero que en el decurso de una aficion no existan muchas épocas en que la moralidad no estreche los nudos que pudiera aflojar un estravío de imaginacion; los lazos indisolubles se oponen, no hay duda, al libre atractivo del corazon; pero un todo completo de independencia hace casi imposible una ternura durable; son necesarios recuerdos para mover el corazon, y no hay recuerdos poderosos si lo pasado no se cree con algun derecho sobre lo porvenir; si alguna idea de reconocimiento no sirve de base inmutable al gusto que se va renovando: en todo cuanto pertenece á la imaginacion hay intérvalos; y si la moralidad no los llenare en uno de estos intérvalos pasageros, se separarian para siempre. En fin las mugeres están ligadas por relaciones del corazon, y los hombres no lo están: y esta idea misma es un obstáculo á la duracion del afecto en los hombres; porque en donde el corazon no está ligado por deber, es menester que la imaginacion sea exitada por la inquietud de perder lo que se posee: y los hombres están seguros de las mugeres por razones estrañas aun á la opinion que tienen de su mayor sensibilidad: están seguros de ellas porque las aprecian; seguros porque la necesidad que ellas tienen del apoyo del hombre que aman se compone de motivos independientes del atractivo mismo. Esta certitud, esta confianza tan dulce para la debilidad, suele ser importuna para la fuerza: la debilidad descansa, la fuerza se deja encadenar; y en la reunion de contrastes que forman la felicidad del hombre, cuanto mas la naturaleza le ha destinado á dominar, mas gusta de hallar obstáculos: las mugeres al revés, desconfiando de un imperio sin fundamento real, buscan un dueño y se placen en abandonarse á su proteccion; y viene á ser una consecuencia de este órden fatal el que las mugeres desenamoran cuando se abandonan, y pierden por el exeso mismo de su adhesion.

Aunque la hermosura les asegura algun resultado feliz, la hermosura no tiene una superioridad fija, y el atractivo de nuevas gracias puede romper los lazos mas dulces del corazon: las ventajas de un carácter

elevado, de un espíritu distinguido atraen por su brillo, pero se despegan de cuanto pudiera serles inferior; y como las mugeres tienen precision de admirar lo que aman, los hombres se saborean con gusto en ejercer sobre su querida el ascendiente de sus luces, y muchas veces están vacilando entre el fastidio de la medianía y el embarazo de la distincion.

El amor propio que la sociedad y la opinion pública ha hecho inseparable de la idea del amor, á penas se deja sentir en la situacion de los hombres con respeto á las mugeres: si alguna les es infiel, se envilece con el hecho mismo de ofenderles, y el corazon de ellos se cura facilmente con el desprecio. El orgullo agrava en una muger las desgracias del amor; el sentimiento hace la herida, pero el amor propio la envenena. El don de sí misma, este sacrificio tan grande á los ojos de una muger, debe cambiarse en remordimientos, en un recuerdo de afrenta, cuando deja de ser amada; y cuando el dolor, que no tiene sino una idea, ha de llamar á su socorro todo género de reflexiones, los hombres condenados á sufrir la inconstancia, se consuelan por cada pensamiento que les llama á un nuevo porvenir, y las mugeres vuelven á abismarse en la desesperacion por cada una de las combinaciones que multiplican la extension de semejante desgracia.

Mugeres pueden hallarse cuyo corazon ha perdido su delicadeza, pero para ellas es tan estraño el amor como la virtud; pero entre las que merecen considerarse por honra de su sexo, media una enorme desigualdad entre sus relaciones con los hombres: rara vez se renuevan los afectos errantes en la senda de la vida, cuando su guia les ha hecho traicion; ni saben renunciar á un sentimiento que no deja tras sí sino el abismo de la nada, ni renacer al amor, de cuya imágen su alma ha quedado aterrorizada. Apodérase de su existencia una especie de agitacion sin fin, sin objeto, sin reposo; las unas se degradan, las otras están dispuestas á abandonarse mas bien á una devocion exaltada que á una virtud tranquila: en todas se conoce el sello fatal del dolor. Entretanto los hombres mandan los ejércitos, dirigen los imperios, y se acuerdan apenas del nombre de aquellas cuyo destino formaron: un solo rasgo de amistad deja mas vivas trazas en su corazon que la pasion mas ardiente; esta época se halla separada de toda su vida, y las mugeres refieren á ella todos sus momentos: en la imaginacion de los hombres con ser amados han llegado al cabo de su conquista; el corazon de las mugeres es inagotable en recuerdos: los hombres no tienen en el amor mas que un objeto, y en la duracion de este sentimiento consiste tan solo la felicidad de las mugeres. Los hombres en fin son amados porque aman; las mugeres deben temer á cada movimiento que esperimentan, á mas del amor que les arrastra, el amor que va á destruir el prestigio que iba produciendo mientras nacia.

Seres desventurados! seres sensibles! Vosotros con un corazon sin defensa os exponeis á unas luchas en que los hombres se presentan vestidos de triple acero; no dejeis la senda de la virtud, estad bajo su noble proteccion, en ella hallareis leyes para vosotras, en ella vuestro destino tiene apoyos indestructibles;

pero si os abandonais á la necesidad de ser amadas, los hombres son los dueños de la opinion, los hombres tienen el imperio sobre sí mismos; los hombres desgraciarán otra existencia por algunos instantes de la suya.

Mas para escapar las mugeres de la desgracia, no han por esto de renunciar á la suerte que les ha destinado la sociedad: la naturaleza mas bien que las leyes de los hombres les ha señalado su destino: aunque no se entreguen á ellos, no han de ser sus rivales, ni han de atraerse su odio por la necesidad de renunciar á su amor. Restan deberes, restan hijos, queda á las madres aquel sentimiento sublime cuyo goce consiste en lo que dá, y cuya esperanza está en sus beneficios.

La que haya encontrado un hombre cuya energía no ha embotado la sensibilidad, un hombre que no pueda suportar el pensamiento de la desgracia de otro, y pone tambien su honor en la bondad, un hombre fiel á los juramentos que no garantiza la opinion pública, y que no tiene necesidad de la constancia para gozar de la verdadera felicidad de amar; la que fuese la única amiga de un hombre tal, podria triunfar en el seno de la felicidad de todos los sistemas de la razon. Pero por un solo ejemplo que existe que pueda acarrear á la virtud misma algunos instantes de melancolía, ¿que muger, pasada ya la época de las pasiones, no se aplaudirá de haberse desviado un poco de su ruta comun? ¿Qué comparacion puede haber entre la calma que sigue al sacrificio y el recuerdo sensible de esperanzas burladas? ¿A que precio se quisiera despues no haber conocido aquel sentimiento devastador que, como el viento abrasador del Africa, seca en su flor, abate en su lozanía, dobla en fin hácia la tierra aquel tallo que debia aun crecer y dominar?



LA MADRE DE LOS MACABEOS.

Cuando se vé el término con grande amor,
con gran valor se entra en la carrera

(*S. Agustin* SERMONES.)

DESDE la salida de Egipto hasta la venida del Mesías, nunca la república ni la religion de los Judíos fueron mas cruelmente perseguidas, ni mas generosamente defendidas, que bajo el reinado del Rey de Syria Antioco Epífanes, es decir el Ilustre. Este sobrenombre le habia sido dado por la insensata lisonja, mas bien que por propia y verdadera significacion, porque Antioco no se distinguió sino por su extravagancia y por su crueldad. Ambicioso é injusto, aspiraba á tener á los Judíos bajo el yugo de sus armas: avaro é impío, apetecia las riquezas del templo, y meditaba la ruina de la religion. Tomó por asalto la ciudad de Jerusalen, hizo

degollar ó vender á ochenta mil habitantes de toda edad y de todo sexo; manchó con su imprudencia la casa santa, y entregó los vasos sagrados á lamentables profanaciones. Volvió á entrar despues á Antioquía, llevándose consigo tesoros inmensos; pero dejó para gobernar á los vencidos hombres, que no le cedian en barbarie, porque hay algo que sobrepuja aun á los rigores de un déspota; tal es el servilismo feroz de sus ministros, almas abyectas, mezcla abominable de sangre y de fango vil.

Mas asi como el suelo, desgarrado por el hierro y el arado, se cubre de ricas mieses, la sangre de los pueblos oprimidos viene á ser fertil en héroes. Mugeres que preferian la muerte á la apostasía, fueron precipitadas de lo alto de las murallas de Jerusalen con sus hijos en el pecho; muchos Judíos perecian quemados en cavernas donde se habian refugiado para celebrar el dia del descanso por medio de ejercicios religiosos. Eliazar, anciano venerable por su ciencia y por su sabiduría mas aun que por sus canas, espiró en un cruel martirio, antes que transgredir la ley, dejando de este modo á toda la nacion un ejemplo permanente de virtud y de firmeza en la memoria de su muerte. Es el desespero de los tiranos el que haya en el hombre alguna cosa por la cual escape al poder de su espada; pero es tambien el consuelo de las víctimas el que puedan refugiarse con lo que mas aman, que es la conviccion, en lo que tienen de mas inviolable, que es la conciencia; y allá, sobre la fé del deber cumplido, esperar que las injusticias del tiempo sean reparadas por la justicia de la eternidad.

Entre todos los actos de valor cuyo espectáculo ofreció en aquel desastroso período la nacion Judía, merece citarse con elogio la muerte de la Madre de los Macabeos. Muger de una rara constancia, miró la muerte con ojo tranquilo, sostuvo el valor de sus hijos, y les vió espirar uno por uno en medio de atroces tormentos. Despues sufrió ella misma el martirio, añadiendo la autoridad de su sangre vertida á la generosidad de su palabra, y dando á conocer á todos los siglos, como la ternura maternal se desplega y embellece en el amor de la religion y de la patria. Si en la historia es conocida esta muger heróica con el nombre de Madre de los Macabeos, no es porque haya pertenecido á la familia de aquellos bravos

guerreros que en aquel mismo tiempo defendian con las armas en la mano el altar nacional y el hogar doméstico. Han creido algunos que esta muger, ó tal vez alguno de sus hijos, se llamaba Macabeo: pero esto no es mas que una opinion que carece de incontestable fundamento. Lo que hay de cierto es que Josefo, en el libro que nos dejó sobre este episodio de la historia judía, designa á los hijos y á la madre bajo el nombre comun de Macabeos, y que la Iglesia cristiana se ha conformado con esta manera de hablar. Nada impide el creer que Judas Macabeo, el gefe militar de la lucha organizada contra Antíoco, habiéndose cubierto entónces de una gloria inmortal que llenaba todo Israël, hubiese dado su nombre en señal de honor y de fraternidad, no solo á todos los miembros de su familia, sino tambien á todos los que sufrian por Dios y eran sus conciudadanos. Y por esta misma razon se llaman libros de los Macabeos la relacion de todas las guerras y de todas las persecuciones que afligieron á la Judea en aquella desgraciada época.

Despues de sus sangrientas fechorías contra Jerusalen Antíoco se retiró á la Syria. Desde allí apresuraba la ejecucion de su designio que era el de incorporar á su reino la república de los Judíos. Para dar una base sólida á la unidad política de los dos estados, queria borrar toda diferencia de costumbres, de leyes y de religion, y llegar por esta vía á la fusion entre los pueblos. A falta de derecho, la violencia debia ayudar á la empresa, pues no hay en el mundo mas que dos fuerzas, la persuasion y la espada. Mas para someter á naciones enteras bajo el yugo de una idea, son necesarias dos cosas, genio y tiempo, sobre todo cuando se tiene contraria á la verdad. Antíoco no tenia los recursos del genio; y su reino, que acababa de ser levantado por el soplo de Alejandro (1), como muchos otros, sobre los ruinosos cimientos de una civilizacion decrépita, no tenia tiempo para aguardar. Llamó pues á los Judíos al culto de las divinidades paganas y los provocó á la apostasía mediante el atractivo de las corrompidas costumbres de la Grecia. Y al paso que alentaba la defeccion con los favores, combatia la resistencia con los suplicios.

«Antíoco, dice Guay célebre historiador inglés, habia publicado un edicto para que todos sus pueblos formasen uno solo, renunciando cada

uno sus leyes particulares. Esto era querer abolir el culto del verdadero Dios, y sujetar á todos sus vasallos al culto y á la religion de los Griegos. Entonces se vió la estatua de Júpiter Hospitalario en el templo de Garizim, y la de Júpiter Olímpico en el de Jerusalen. La casa del Dios de Israël se vió llena de abominaciones, de lascivia y de glotonería, de hombres disolutos mezclados con mugeres públicas que profanaban con descaro el lugar santo. Ya no se celebraban las fiestas solemnes del país, y nadie se atrevia á confesar sencillamente que era Judío. A sujestion de los de Ptolemayda, se publicó un edicto en las ciudades vecinas á la Judea por el cual se daba facultad á los pueblos para que obligasen á los Judíos á sacrificar á los ídolos, y para quitar la vida á los que no se conformasen con sus costumbres. Así es que, siendo acusadas las mugeres de haber circuncidado á sus hijos, las pasearon públicamente por la ciudad con los hijos colgados á sus pechos, y despues las precipitaron desde lo alto de la muralla.»

Un dia, hallándose en Antioquía el Rey, le trajeron de un pueblecillo de Judea llamado Susandro una muger con sus siete hijos, acusados de adhesion invencible á su religion. Y esta muger era nuestra heroina. Sus hijos le debian la educacion juntamente con la vida, pues eran todavía muy niños cuando la muerte les robó á su padre. Se les queria forzar por medio de crueles tratamientos á comer carnes prohibidas, como si las falsas divinidades tuviesen derecho á un culto, y como si el verdadero Dios pudiese ser sensible á homenages forzados. Pero los ambiciosos desprecian igualmente la religion y el raciocinio; y nada les cuesta sujetarlo todo, y hacerlo caminar todo en el sentido de su funesta voluntad. Lo que no pueden lograr por la corrupcion, lo arrebatan por el terror, armas odiosas que no pueden triunfar de la conciencia deshonrándola. Verdad es que para consuelo y aliento de los buenos, Dios no permite que en suma la crueldad de los que persiguen sobrepuje al valor de los que sufren, ni que el escándalo de las apostasías supere á las glorias de la fidelidad.

Así pues, á la invitacion que se le hacia de despreciar los preceptos de su fé religiosa, el mayor de los hermanos Macabeos dijo al Rey Antíoco: «¿Qué es lo que tú pretendes ó quieres saber de nosotros? Prontos

estamos á morir, antes que violar las leyes de nuestro Dios y de nuestra patria.» Dios y patria! palabras mas mágicas no pueden sonar al oido del hombre, ni su corazon puede amar objetos mas nobles. Los pueblos, como cada uno de sus hijos, dispiertan, se conmueven, y combaten en nombre de la religion y de la nacionalidad. Por ellas se cumplieron mil trabajosos sacrificios, y han corrido torrentes de sangre. El altar y el hogar aparecen en los siglos anteriores como dos puntos radiantes á donde converjen los movimientos instintivos y los libres esfuerzos de todas las generaciones: en el tiempo presente, fijan las miradas de todos los hombres á pesar de las preocupaciones materiales y del egoismo que devora nuestra vida: las edades futuras vendrán tambien á presentarles el tributo de su respetuosa fidelidad. Sufre y muere el hombre por estos grandes intereses y por estas grandes esperanzas; ni jamás se les abandona á los caprichos del desprecio ni á los ultrajes de la fuerza brutal.

Verdad es que se hacen esfuerzos inauditos para hacer al hombre independiente del cielo y cosmopolita en la tierra; para arrancar de su corazon el mas dulce y poderoso vínculo de su racionalidad y desasirle de la cadena misteriosa que le une con su Criador; asi como se le imbuyen máximas que despeguen su alma del amor al hogar doméstico. rompiendo con mano cruda hasta los lazos santos de familia. Pero el corazon del hombre es hechura de Dios, así como su existencia nació de la familia; y el hombre ni deshace la obra de Dios, ni borra la sagrada ley de la naturaleza.

A la respuesta del jóven Macabeo Antíoco transportado de furor le hizo cortar la lengua y las extremidades de los piés y de las manos. Así mutilado, se arrojó al martir en una caldera de bronce ardiente, y respiraba todavía. Su madre y sus hermanos, testigos de tan horrible como lastimoso espectáculo, se exhortaban mutuamente á morir con valor. diciendo: «El Señor Dios verá la verdad y la justicia de nuestra causa, y se complacerá en nosotros, como lo dijo Moisés en su cántico: Dios se consolará en sus servidores.» A la verdad el árbitro supremo del mundo no tiene necesidad de sus obras, pero tiene el derecho de que estas le obedezcan, y su gloria exterior consiste en el homenage que estas le rin-

den, cada cual á su modo. La mar se entumece ó se calma bajo su dedo: el rayo espera sus órdenes: las estrellas marchan por la ruta que les ha trazado. Los seres inteligentes le honran, siguiendo sus leyes, y se consuela de la rebeldía de los unos por la fidelidad de los otros: complácese en el valor de sus mártires, y su muerte sube hasta su trono como un precioso perfume.

Cuando el mayor de los hermanos hubo espirado, se hizo venir al segundo para hacerle sufrir los ultrajes y los tormentos: se le arrancó la piel de la cabeza, con los cabellos; se le preguntó si preferia comer de las viandas prohibidas á ser atormentado en todos sus miembros. Y respondió él en la lengua de su país: « No lo haré de ningun modo. » Y por esto fue entregado á los mismos suplicios que su hermano. Cercano á dar su alma al Criador, dirigió la palabra al tirano: « Verdugo cruel, le dijo, tú nos quitas la vida presente, pero el Rey del Universo nos resucitará algun dia para la vida eterna, por haber muerto en defensa de sus leyes. » Y en efecto, no es la muerte una interrupcion de la existencia: no es mas que un cambio en nuestro modo de vivir. La paz que reina en torno de los sepulcros, no es el horrible silencio de la nada: es un sueño temporal, que Dios ha mandado. La piedra del sepulcro no aplasta sino un polvo sin gloria y sin nombre; pero cubre las ruinas imperecederas de un edificio demolido, y que bajo el soplo divino volverá á levantarse en las proporciones de su antiguo plan. La vida es, sin duda alguna, demasiado corta, y ni los dolores ni los goces se hallan en ella tan exactamente repartidos para que la muerte haga terminar con un mismo golpe las esperanzas de la virtud y los temores del crímen; y como el cuerpo no es estraño á nuestros crímenes y á nuestras virtudes, es indispensable que el porvenir le tenga preparado como al alma, castigos y recompensas. El que supo poner la vida y la belleza en nuestros órganos, podrá muy bien volver á comenzar su obra, y eternizar en nosotros las magnificencias de su fuerza y de su sabiduría: el que tocó nuestra carne por su viviente energía, en la creacion, y vino á habitarla por su gracia, por los sacramentos, no se convertirá de repente en su enemigo, para abandonarla á una destruccion completa: por fin, el que sobre el Calvario venció la muerte, borrando la falta de la cual era el precio aquella

misma muerte, no exijirá por cierto de nuestros sentidos rehabilitados una deuda ya satisfecha para siempre. Puede muy bien el hombre no dejarse intimidar por el sepulcro; en él hallará el secreto de revivir y el gérmen de la inmortalidad. ¡Nosotros resucitaremos!

Iban tomándose las víctimas por órden de edad. La madre de los Macabeos presenció como le arrebataban su tercer hijo, el cual pasó, como sus hermanos, por la prueba cruel de los insultos y de los tormentos. A la indicacion de los verdugos, presentó su lengua y extendió sus manos, diciendo con confianza: «Del cielo recibí yo estos miembros, mas ahora los desprecio por amor de la ley divina, porque espero volver á recibirlos algun dia por la mano de Dios.» El Rey y los que le rodeaban quedaron sorprendidos de admiracion á vista de aquel jóven que oponia á la atrocidad de los suplicios la mas sosegada indiferencia. No hay duda que las falsas religiones pueden tener tambien sus mártires, porque hasta en sus extravíos el alma humana conserva algun rayo de luz y de generosos instintos, y además el bien se muestra acá en la tierra bajo formas que el mal sabe imitar. Pero lo que distingue particularmente los mártires de la Religion verdadera es la magnanimidad paciente. Los sectarios se precipitan tal vez por sí mismos en las llamas ó en los abismos; morirán en un campo de batalla con las armas en la mano; pero solo á los que son fuertes como la verdad, y moderados como ella misma pertenecerá el confesar su doctrina sin oscilacion, asi como la practicaron sin fausto, y ofrecer á Dios el sacrificio de su vida sin temeridad y al mismo tiempo sin flaqueza. Si esta observacion, que mas de una vez ha llenado de asombro á los verdugos, no les ha siempre desarmado, es que el hombre, en virtud de su libre energía, puede evadirse de la verdad, refugiándose en el error, y hasta combatir por actos lo que aprueba en su pensamiento. Pero léjos están por esto de ser disculpables los perseguidores, porque la posibilidad del mal no legitima su existencia, y conoce todo el mundo que hombres que se dejan degollar por sus convicciones son dignos de otra cosa muy diversa que el desprecio ó los tormentos.

Pero Antíoco no se preciaba ni de filósofo, ni de humano, y sujetó al cuarto de los hermanos Macabeos á los mismos suplicios bajo los cua-

les habian sucumbido los tres primeros, pudiendo admirar en este el mismo valor y la misma respuesta. «Gran ventaja es para nosotros, dijo el jóven héroe, el morir á manos de los hombres, con la viva esperanza que tenemos de que Dios nos resuscitará algun dia: pero tu resurreccion, Antíoco, no será para la vida.» Todos, dirigian de paso al verdugo coronado alguna palabra magnánima. El quinto le miró, y dijo con libertad: «Tú haces lo que quieres porque tienes poder entre los hombres, aunque tú eres mortal como ellos: no te imagines, con todo, que Dios haya desamparado nuestra nacion: aguarda un poco, y verás la grandeza de su poder, como te atormentará á tí y á tu linage.» Bien sea que el velo del porvenir se descorra alguna vez á la mirada del moribundo, bien sea que resuene algun eco de la divina justicia al oido de las víctimas inocentes, y les prometa la vindicta de su sacrificio, lo cierto es que la amenaza del martir se cumplió al pié de la letra; porque, como se verá, Antíoco pereció á no tardar de un modo lastimoso, y su raza se extinguió en su hijo Eupator, el cual despues de haber reinado solamente dos años, fué muerto por sus propios soldados.

Llegó el sexto hermano, y juntando la humildad al valor, reconoció en las calamidades presentes la justa pena de las faltas pasadas. «No quieras hacerte vanas ilusiones, dijo al Rey antes de espirar, pues si nosotros padecemos estos tormentos, es por las faltas que hemos cometido contra el Señor, y por esto nos vemos inundados de tan espantosas calamidades. Mas no creas tú quedar impune, despues de haber osado hacer la guerra contra Dios.» Esta palabra es la explicacion del mundo, y la moral de la historia. Las desgracias de los pueblos pueden ser miradas como su penitencia pública: pero esto no es decir que no sean criminales los que imponen á los pueblos esta expiacion dolorosa. Como para las naciones no hay eternidad, preciso es que sus iniquidades colectivas sean castigadas en el tiempo; y por esto el cielo, á mas de las calamidades que por sí mismo envia, deja tambien que lleguen las persecuciones y las guerras, libres efectos de la perversidad humana. Y con todo ¡ay de los que corrompen las conciencias por los tormentos, y cuya espada se levanta contra la justicia! Azotes de

Dios, como Atila, están investidos de un ministerio formidable para restablecer el culto de un principio salvador, y no para el triunfo de sus intereses personales. Indóciles á la mano que los envia, no pasan sin fruto por en medio de la humanidad, la cual se purifica con sus golpes de muerte; pero pasan tambien para su propia desgracia, porque Dios les detiene y les despedaza; y mientras se aguarda la hora de una correccion mas solemne y mas durable, llena amenudo su agonía de sufrimientos físicos y de torturas morales, y arroja á la region del espanto su memoria manchada de sangre, y su pensamiento que tiembla ante el porvenir.

Sin embargo, la madre admirable, digna de vivir eternamente en el recuerdo de los buenos, contemplaba con ojo firme los combates de todos sus hijos, á quienes le robaban en un mismo dia los suplicios mas atroces. No porque este espectáculo, que hubiera exitado la compasion de los estraños, dejase de desgarrar dolorosamente el corazon de una madre; mas es un privilegio de las convicciones profundamente arraigadas, y es sobre todo un privilegio de la fé cristiana, el elevarse y el extenderse en la lucha, y el armar nuestras débiles fuerzas con todo el poder de las verdades por las que sufrimos. La intrépida madre pues, pensaba menos en la sangre de sus hijos tan inhumanamente derramada, que en las inmortales coronas que les estaban prometidas. Temiendo que uno solo escapase del triunfo, les exhortaba en medio de sus sufrimientos valiéndose de palabras llenas de generosidad, y juntando un varonil esfuerzo con toda la ternura de una muger y de una madre, les decia: «Yo no sé como fuisteis formados en mi seno: porque ni yo os dí el alma, el espíritu y la vida, ni fuí tampoco la que coordiné los miembros en cada uno de vosotros, sino el Criador del Universo, que es el que formó el hombre en su orígen, y dió principio á todo lo criado, y él mismo os devolverá por su misericordia el espíritu y la vida, que sacrificais ahora en defensa de sus leyes.» Así es como aquella heróica y religiosa madre elevaba hácia Dios el pensamiento de sus hijos, porque las cosas humanas ni son bastante fuertes para servirnos de apoyo, ni bastante nobles para ser nuestra recompensa: no hay sino el nombre de Dios, que, aterrando

á los culpables, pueda al mismo tiempo sostener el valor y fundar la esperanza de los hombres virtuosos.

Tanta resistencia humillaba á Antíoco, pues nada envilece tanto á la fuerza brutal, como la impotencia de sus esfuerzos para domar los espíritus. ¿Qué pueden sus amenazas y sus suplicios, cuando el alma, escapando de un cuerpo despedazado por los tormentos, se cierne victoriosamente sobre ruinas que no tiene la mision de prevenir ni de reparar, y lleva consigo la única cosa de que es responsable, que Dios mismo respeta en ella, y que la violencia se afana en vano á someter, la integridad de sus convicciones! Así Antíoco recorrió á las dulces palabras y á promesas lisonjeras para vencer al único de los hermanos que todavía quedaba. Mucho esperaba en la juventud del mártir. Obligóse pues por juramento á colmarle de riquezas y honores colocándole en un lugar muy distinguido entre sus cortesanos y dándole todo cuanto apeteciese, con tal que hiciese traicion á su Dios y á su país. Pero la hipocresía y la bajeza se afanaron tan en vano como la crueldad: el corazon del niño no se ablandó por aquellos seductores discursos.

Entonces el Rey, desconcertado, hizo venir á la madre, y le aconsejó que inclinase el espíritu del hijo á mejores resoluciones. Despues de largas instancias, consintió ella en hablar. Inclinándose pues para hablar al tierno mártir, que se hallaba extendido para el suplicio, y burlando la barbarie del sanguinario perseguidor, le dijo: «Hijo mio, ten piedad de mí, que te llevé nueve meses en mis entrañas, que te alimenté tres años con mi leche, y que hasta ahora te he cuidado con la mas tierna solicitud. Ruégote, hijo mio, que mires al cielo, y á la tierra, y á todo lo que en ellos se encierra, y comprende que Dios lo ha criado todo de la nada, asi como al linage humano. Supuesto pues que Dios te está mirando, no temas á un vil verdugo; antes bien, haciéndote digno de participar de la suerte y de la compañía de tus hermanos, abraza gustoso la muerte, á fin de que te encuentre yo en ellos en el seno de la misericordia divina que esperamos.» ¿No es este el lenguaje que debieron usar algunos siglos despues de la Madre de los Macabeos millares de madres cristianas, ó mas bien la Iglesia, madre comun de todos, cuando diez emperadores, uno tras otro, vinieron á atormentar al Cristianismo

naciente, y agotar sobre la flaqueza de la edad y del sexo una rabia impotente? Ah! hay en los oráculos divinos una fuerza y un resplandor de verdad que subyugan los espíritus, y un dulce é increible atractivo que exalta santamente los corazones; y por un misterio en el cual se deja ver el dedo de Dios, acontece que toda potencia creada es tan incapaz para vencer el celo de los verdaderos creyentes, como para reprimir la fecundidad de las doctrinas que ellos profesan. Puede negarse la existencia del sol, pero no extinguir sus rayos; puede cualquiera ocultarse á su luz, pero no destruirlo. La verdad dice al error: « Tú no abolirás una sola de mis lecciones, ni mezclarás con ellas el veneno de tus sistemas. » Dice á la persecucion: « Hiere, la sangre de cada víctima me dará mil hijos mas. » Y en efecto, la verdad sale de todos los ataques, con la frente doblemente marcada con el sello de la asistencia divina, llevando consigo el tesoro de sus dogmas incorruptibles, y maravillosamente poderosa en propagarse, siempre una, siempre fecunda.

No habia acabado la madre de hablar, cuando el jóven esclamó: « ¿Qué es lo que esperais? Yo no obedezco al mandato del príncipe, sino al precepto de la ley que nos fué dada por Moysés. Pero tú, que eres el autor de todos los males que sufren los Hebreos, no evitarás el castigo de Dios. Porque si bien es verdad que nosotros padecemos esto por nuestros pecados; con todo, si el Señor nuestro Dios despliega por algun tiempo su cólera contra nosotros, para corregirnos y enmendarnos, no tardará en reconciliarse con sus siervos. Tú al contrario, oh el mas cruel y el mas infame de todos los hombres! no hinches tu vil corazon con vanas esperanzas, saciando tu furor contra los siervos de Dios; pues no has escapado del juicio de aquel Señor que lo vé todo y lo puede todo. Mis hermanos por haber sufrido un dolor pasagero, se hallan ya gozando de la alianza de la vida eterna; mas á tí el juicio de Dios te hará pagar la justísima pena de tu orgullo. En cuanto á mí, hago como mis hermanos el sacrificio de mi cuerpo y de mi vida en defensa de las leyes de mis padres; rogando á Dios que cuanto antes se muestre propicio á nuestra nacion, y que te obligue á tí á fuerza de tormentos y de castigos á confesar que él es el solo Dios. Mas la ira del Todopoderoso, que justamente descarga sobre

nuestra nacion, espirará con mi muerte y la de mis hermanos.» Esta libertad de lenguage encendió al Rey en tal acceso de furor, que descargó sobre este con mas crueldad que sobre los demás. Abandonose desenfrenadamente el tirano á todo género de sugestiones crueles, como los hombres violentos, que no quieren ni conocer ni sufrir que tengamos razon contra ellos, desde el momento en que tienen ellos la fuerza contra nosotros. El mas jóven de los hermanos fué sometido pues á mas bárbaros tratamientos; pero rindió como los demás un testimonio incorruptible, y espiró en la pureza de su inocencia y con la confianza en Dios.

En tanto quedaba solamente la afortunada muger que, juntando á las glorias de la maternidad el privilegio de una fé fecunda, acababa de dar á luz para una vida mejor los siete hijos con que Dios habia coronado su matrimonio. La fé y la piedad por donde su corazon se habia cerrado á una falsa compasion, cuando se trataba de los eternos destinos de sus hijos, la sostuvieron tambien á ella misma cuando debió arrostrar á su vez los suplicios. Su muerte no se halla descrita sino únicamente indicada en los Libros Santos. Refiere Josefo que la heroina fué despojada, herida, desgarrada, y que se la arrojó por fin en una grande caldera de bronce ardiente en donde espiró. Ejemplo asombroso del valor que puede reinar en un corazon de muger, ó mas bien, ejemplo de la fuerza divina que puede transfigurar así la humana debilidad, pues sufrió tantas veces el martirio como hijos ofreció al tormento. Ella se aniquiló, por decirlo así, antes de sucumbir á la muerte, como se desploma un edificio al último impulso de una tempestad, despues de haber perdido el ornato y el apoyo de sus columnas.

Así dió fin esta tragedia sangrienta, sin cambiar las disposiciones generales del pueblo Judío, y por consiguiente, sin que Antíoco alcanzase el triunfo de su idea favorita. Era por de pronto un crímen el meditar la supresion de una nacionalidad; despues fué ya un crímen y una falta el hacer una guerra abierta á las creencias para vencer el patriotismo. Se desconcertarán tal vez por la astucia pero no se cortarán con la espada las dificultades políticas que tienen su principio en las ideas religiosas. La fuerza no podrá por sí sola crear ni determinar ningun derecho: de

aquí viene que los derechos naturales de las conciencias, aun mas que todos los otros, salen de la esfera de la fuerza, y escapan á su accion directa. Asi sucede con la religion, que es el primer derecho de la conciencia, porque es ella su primer deber: la religion se persuade, no se impone. Y es tan real y tan profundo el sentimiento de esta verdad en el corazon de los hombres, que las persecuciones violentas no logran mas ordinariamente que asegurar la persistencia á las religiones proscritas; porque el espíritu se afirma con el sufrimiento en las doctrinas que se prueba arrancar de él. El medio para dar algun crédito á algunas sectas desacreditadas seria el pretender juzgarlas por la sola fuerza; y con mayor razon la religion verdadera, ya invencible por el título mismo de su orígen, hallará siempre en la sangre de sus defensores una consagracion augusta, ó un nuevo elemento de victoria.

Sea que Antíoco llegase á comprender así las cosas, sea mas bien que se sintiese estrechado por enemigos menos resignados, lo cierto es que la persecucion se detuvo. En aquel mismo tiempo Judas Macabeo acababa de suceder á su padre en el mando de las tropas Judías: no tardó en verse al frente de fuerzas considerables, y secundando el valor á la justicia, reprimió la audacia de los Syrios. Los generales de Antíoco se vieron obligados á pedir socorros para continuar la campaña con el caudillo Israelita, y á pesar de estas precauciones, fueron vergonzosamente derrotados en cuatro encuentros consecutivos. Recibió Antioco esta fatal noticia, hallándose en el Asia superior, á donde habia ido á saquear algunos templos famosos por sus riquezas; y volvió precipitadamente, amenazando furioso hacer de toda la Judea un vasto sepulcro. Apenas habia proferido estas palabras, cuando fué atacado de un terrible dolor en las entrañas. Dió órden de precipitar el regreso, pero con la impetuosidad con que corrian sus caballos, cayó de su carro, y se magulló todos los miembros. Sus llagas eran asquerosas, y sus carnes se deshacian á pedazos. El dolor le advirtió lo que él era, y su loco orgullo quedó vencido y como aplastado bajo el peso de un sufrimiento inmenso. Reconoció la mano que le enviaba aquellas angustias: prometió conservar la libertad de Judea y adornar el templo de Jerusalen de vasos preciosos y de inmensas riquezas. Motivos hay para creer que todas aquellas confesiones y

promesas no eran mas que terror ó hipocresía, pues la salud que ante todo pedia Antíoco no le fué devuelta. Desesperado ya, escribió á los Judíos una carta suplicatoria, reclamando para su hijo y sucesor una franca fidelidad por parte de ellos. Así fué como murió humillado por las victorias de sus enemigos y forzado á confesar el poder de Dios. De esta manera el cielo y los hombres se unieron para vengar la justicia que él habia tan atrozmente despreciado, y para recordar con este ejemplo á todas las potestades de la tierra esta máxima: que si hay alguna vez razones de estado contra el uso de ciertas libertades, jamás hay ni derecho ni fuerza real contra la libertad de las conciencias.

Por lo demás, la posteridad ha confirmado sobre Antíoco y sobre los Macabeos el juicio de Dios y de sus contemporáneos. Antíoco ha dejado su nombre en la historia, en la cual es citado sin honor y sin amor. Los Macabeos han recibido y siguen recibiendo todos los dias la mas bella recompensa que pueden discernir los hombres, los elogios del genio y la afectuosa veneracion de la virtud. Todas las bocas elocuentes de donde nos vienen los raudales puros de la buena doctrina y de la ciencia de la verdad, los Crisóstomos, los Ambrosios, los Agustinos, han prodigado inestimables elogios al valor y á la fé de los Macabeos. La Iglesia cristiana ha levantado templos á la gloria de estos ilustres mártires de la Sinagoga, y les destina un lugar en su oficio público. Sus preciosos restos, depositados al principio en Antioquía, fueron á enriquecer á Constantinopla en tiempo de la Emperatriz Elena; algo despues, Eudojia, muger de Valentiniano III los hizo transportar á Roma en la iglesia que ella erigió bajo la invocacion de su patrona, y que lleva en el dia el nombre de San Pedro *ad vincula.* Existen aun en Viena, en el Delfinado, algunos vestigios de una basílica que fué consagrada á la memoria de los Macabeos desde la época de la introduccion del cristianismo en las Galias.

Como se ha dicho ya, los Macabeos fueron martirizados en Antioquía, en donde se conservaba aun su sepulcro en tiempo de S. Gerónimo. Algunos autores se admiran que se suponga existir tambien el sepulcro de los Macabeos en Modin, sobre el camino de Joppe á Jerusalen; y se hallan allí efectivamente algunos restos de una vieja fortificacion y de un acueducto sobre la punta de una montaña elevada, en donde creen algu-

nas cepas de viña y terebintos mezclados con sus ruinas. Este es tambien un sepulcro de Macabeos no de aquellos cuya muerte dejamos descrita, sino de los que murieron combatiendo contra los reyes de Siria. Modin era la patria de Judas y de toda su familia, y fué tambien su sepulcro, y puede añadirse que fué el sepulcro de la nacionalidad Judía. Porque, despues de los Macabeos, la tierra de Judea no dió hombres grandes; aunque bien es verdad que un siglo y medio despues la Judea debia saltar de júbilo bajo las plantas de un Dios.

El martirio de los Macabeos, tan propio para sostener el valor de los primeros cristianos en la persecucion, está representado en pintura sobre un vidrio de las Catacumbas. Esta página de la historia santa ha inspirado á Rafael algunos diseños, en los cuales compite el carácter de las testas con la suavidad de las líneas, y que fueron maravillosamente reproducidos, como es sabido, por el buril de Marco Antonio. La escena de la Madre de los Macabeos, exhortando á sus hijos al martirio, ha sido pintada por Antonio Dieu, artista francés del siglo décimo séptimo, y su obra es muy bella. Recordaremos tambien los varios artistas de los siglos quince y diez y seis, cuyas composiciones fueron gravadas para las primeras ediciones de la Biblia dicha de Royamont.

El historiador Josefo refiere el martirio de los Macabeos y de su Madre en un libro que escribió sobre el imperio de la razon. Despues de haber explicado en un preámbulo lleno de platonismo como la razon puede dominar las pasiones del alma y los instintos del cuerpo, cita, entre otros ejemplos, la valerosa resistencia de los Macabeos á las órdenes tiránicas de Antíoco. A las circustancias y á los pormenores de su suplicio referidos en la Biblia, añade circunstancias y detalles tomados ya sea de las tradiciones del país, ó mas bien de su propia fantasía; pues su tratado es mas propiamente de un retórico que de un historiador que analiza. Erasmo comentó el discurso de Josefo, y el pensamiento del escritor Judío está muy lejos de ganar en concision en la frase trabajada, extensa, armoniosa, regular y fria del escritor de Batavia.

[illegible]

Notas.

(1) Trescientos veinte y tres años antes de Jesucristo, despues que Alejandro el Grande, ganando batallas, apoderándose en todas partes de las ciudades fuertes, y matando los reyes de la tierra, hubo extendido su poder hasta el Ganges y el mar de la India, en donde creian los antiguos que acababa el mundo; viéndose enfermo y conociendo que estaba próxima su muerte, llamó á los grandes ó príncipes de su corte, y antes de morir dividió entre ellos su vastísimo imperio. Sin duda creyó que nadie podria sostener por sí solo tan inmenso peso, ó no quiso que nadie, despues de él, tuviese la gloria de poseerle. Lo cierto es, que muerto este terrible vencedor, hubo obstinadas discordias sobre quien le sucederia; y el imperio se distribuyó entre sus principales capitanes. Pero las guerras que se hicieron unos á otros, dieron orígen á otros varios reinos ó imperios. Estos principales reinos fueron: Ptolomeo en Egipto, Seleuco en Babilonia y Syria, Casandro en Macedonia y Grecia, y Antigono en Asia. De estos, los dos reinos primeros, el de Egipto y el de Syria, son los que tienen mas relacion con el pueblo Judío. Ptolomeo, llamado *Sóter*, que gobernaba el Egipto, fue un tirano para los Judíos, de los cuales se llevó á su reino ciento veinte mil como esclavos; mas por fortuna, algun tiempo antes de morir, entregó el reino á su hijo Ptolomeo Filadelfo, el cual protegió la república Hebrea, dió libertad á los desterrados para volver á su patria; y como deseaba enriquecer de manuscritos útiles y curiosos la biblioteca de Alejandría, dió órden al Sumo Sacerdote Eleazar que le enviara setenta y tres intérpretes instruidos para traducir al griego los libros de la ley. Esta fue la célebre version, llamada de los setenta, la cual se leyó en público, en cuya ocasion envió el Rey ricos presentes al templo de Jerusalen. La época en que esto se hizo parece debió ser despues del año 317 antes de

Jesucristo, aunque algunos santos Padres suponen que se hizo dicha version en tiempo de Ptolomeo Sóter, padre de Filadelfo; pero si acaso se empezó, como pudo suceder tal vez, en el reinado de aquel, es indudable que se concluyó y publicó en el de Filadelfo. Las guerras que luego sobrevinieron entre la Syria y el Egipto, acarrearon á los Judíos no pequeños trabajos: entonces fue cuando Onias, sobrino y sucesor de Eleazar, indignado de la avaricia de los Egipcios, les negó el tributo ordinario, con lo cual causó á su patria nuevas calamidades. Sucedió despues que, muerto Seleuco Cerauno, el ejército nombró por Rey de Syria á su hermano llamado Antíoco el Grande, el cual, si bien conquistó la Judea, protegió no obstante á los Judíos, se sirvió de ellos ventajosamente en sus ejércitos, y aun les concedió el derecho de ciudadanos en Antioquía y en otras ciudades de la Syria. Por este tiempo reinaba en Egipto Ptolomeo Evergetes, que amenazó arruinar á Jerusalen, viendo que el Sumo Sacerdote Onias se negaba á darle todo el dinero que le pedia: pero un rico Judío llamado José logró con sus regalos aplacar la ira del Rey, haciéndose hombre de gran crédito, en el Egipto y en la Judea. Su hijo Hircano prestó igualmente grandes servicios á su nacion, y le conservó el favor de Ptolomeo; pero habiendo proyectado sus hermanos arruinarle por el odio con que le miraban por su poder y riqueza, matando Hircano á dos de ellos, huyó de Jerusalen y se retiró á Hesedon, al oriente del Jordan, donde conservó su independencia por siete años, haciendo frecuentes salidas contra los Arabes; hasta que viendo acometida la Judea por Antíoco Epifanes rey de Syria, se dió la muerte temiendo el enojo de este monarca. En medio de esto, el Sumo Sacerdote Onias con sus virtudes y su prudente administracion mantenia la Judea en un estado bastante floreciente; mas, esta paz fue turbada por Simon, de la tribu de Benjamin, que, sin ser sacerdote ni levita, alteró las leyes é introdujo en ellas la relajacion. Onias, para apaciguar las turbulencias que de aquí nacieron, se vió obligado á reclamar la autoridad de Seleuco Filopator, que entonces reinaba en Syria. El Sumo Sacerdote fue recibido en la Corte de este Rey con la veneracion debida á la virtud; pero Seleuco murió y subió al trono de Syria Antíoco Epifanes que habia de ser el azote de la Judea.

De Seleuco, uno de los capitanes de Alejandro, y que doce años despues de la muerte de este Rey del Asia menor, salió, como dice la Escritura, aquella raiz perversa Antíoco Epifanes, hijo del Rey Antíoco; el cual establecido en el reino de Syria, concibió el proyecto de hacerse tambien Rey de Egipto á fin de dominar en ambos reinos. Entró pues en Egipto con un poderoso ejército, haciendo la guerra á su Rey Ptolomeo, el cual huyó temiendo su encuentro, y con esto le dejó el campo abierto para que se apoderase de todas las ciudades fuertes, y asolase el Egipto, y para que envanecido con esta rápida victoría, se dirigiese luego contra Israël. Habiendo pues llegado á Jerusalen con un poderoso ejército, entró lleno de soberbia en el santuario, y arrebató el altar de oro con todos los vasos sagrados y demás alajas del templo,

y hasta los adornos de oro que habia en su fachada, y cuanta plata y oro y objetos preciosos tenian escondidos. En las personas fué grande la mortandad que hizo, y por consiguiente fué tambien grande el llanto y el dolor que causó en Israël y en todo el país. La Escritura pinta vivamente el dolor y el desconsuelo de los Judíos, diciendo: « Gemian los príncipes y los ancianos; quedaban sin aliento las doncellas y los jóvenes; y desapareció la hermosura de las mugeres. Entregáronse al llanto todos los esposos, y sus mugeres sentadas sobre el tálamo nupcial se deshacian en lágrimas. La tierra se estremeció como compadecida de sus habitantes, y toda la casa de Jacob quedó cubierta de oprobios. » Mas no contento con esto el cruel Antíoco, al volverse á su reino, dejó en la Judea gobernadores que vejasen á los Judíos; en Jerusalen á Filipo, mas cruel que su amo; y en Garizim á Andrónico y á Menelao, mas encarnizados aun que los otros contra los ciudadanos: y pasado algun tiempo, les envió por comandante y receptor de tributos (ó intendente) al detestable Apolonio con un ejército de veinte y dos mil hombres, con órden de degollar á todos los adultos, y de vender las mugeres y niños. Llegó Apolonio á Jerusalen, y aparentando paz, esperó quieto hasta el dia del sábado. Mandó entonces á sus tropas que tomasen las armas, é hizo matar á cuantos se habian reunido para ver la revista del ejército y para celebrar su fiesta, y discurriendo luego por toda la ciudad con sus soldados, quitó la vida á una gran multitud de gentes. La ciudad santa fué saqueada, y sus casas y sus muros derribados; y las mugeres y sus hijos quedaron en poder de sus enemigos. Estos fortificaron la parte de Jerusalen que se llama la *ciudad de David*, y guarneciéndola de gente perversa, estaban allí como en emboscada contra los que iban al lugar santo, siendo unos enemigos mortales de Israël. Los habitantes que habian desde entonces permanecido en Jerusalen, huyeron de la ciudad, y esta vino á ser morada y guarida de extrangeros: el santuario quedó desolado; convertidos en dias de llanto los dias festivos de los Judíos, en oprobio sus sábados, y reducidos á nada sus honores: de modo que lo grande de su ignominia igualó á la grandeza de su pasada gloria. (*Curso de Historia antigua por Guay, cap.* IV.)

MUGERES

DE LA BIBLIA.

NUEVO TESTAMENTO.

PRELIMINAR.

Hemos terminado ya los interesantes cuadros de las mugeres mas célebres de los Libros santos, anteriores á la grande época de la reparacion del mundo y venida del Hombre Dios sobre la tierra. Hemos visitado igualmente las tiendas de los patriarcas y los palacios de los reyes, la vida tranquila de los campos y el tumultuoso bullicio de las ciudades, el encanto apacible del hogar doméstico y los sangrientos campos de batalla. Hemos asistido á dulces y pacíficas escenas, y á lúgubres y horribles tragedias; nos hemos embelesado en afectos suaves y puros, y nos han estremecido los gritos dolorosos y penetrantes de pasiones tristes y desastrosas; hemos admirado alternadamente la faz bella y risueña de la virtud, rasgos de constancia y de heroismo, prodigios de fé, de religion y de amor, vicios detestables, pasiones bajas y vergonzosas, crímenes horrendos, todas las fases de este claro obscuro de que se compone la historia de la humanidad. Á medida que las edades, cargadas con las iniquidades de los hombres, se iban doblando hácia la plenitud de los tiempos, y se acercaban al dia feliz de la regeneracion humana por la persona del Verbo Dios; la muger aparece mas virtuosa y exaltada, como si se acercase mas al tipo divino

que debia resplandecer en medio de los siglos en la Madre del Redentor. La muger magnánima que cierra la serie de heroinas del Viejo Testamento dista ya tanto de la flaqueza de la primera madre de los hombres, que parece un crepúsculo de la gran Reparadora de nuestro linage, de cuyo seno nació la luz del Padre sobre la tierra; así como los últimos mártires del pueblo escogido fueron un precioso preludio de los millares de millares de testigos que debian dar con el precio de sus vidas el mas brillante testimonio de la verdad.

Pero antes de entrar en la nueva serie de matronas que deben completar este grandioso panorama, y antes de que se abra á nuestros ojos la era del amor que debia ser precedida por la época de los deseos y de las esperanzas, oportuno será presentar en sucinto bosquejo lo que en toda la tierra era la muger antes de Jesucristo; para que pueda cotejarse con lo que fué y ha sido despues la muger cristiana. Preciso es para apreciar el grado de dignidad á que ascendió la muger desde que su sexo fué santificado por María, echar una ojeada sobre el mundo pagano é idólatra, y considerar la honda abyeccion y abatimiento en que estaba sumida, aun en aquellos países que por la prepotencia de las armas y de las riquezas, y por el desarrollo de la inteligencia, empuñaban el cetro de la civilizacion antigua.

Vimos ya desde un principio que una tradicion universal y constantemente sostenida de que el mal se habia introducido en el mundo por medio de la muger, la marcaba con un sello de oprobio en todos los pueblos y la constituia bajo la tiranía del hombre. Seguimos los pasos de la muger hebrea, y vimos ya la distancia que separaba su suerte de la suerte de las mugeres en los demás pueblos de la tierra, porque conservando aquella nacion el hilo de la tradicion primitiva, consideraba en la muger una compañera del hombre á pesar de su debilidad y de la caida fatal con que arrastró consigo á todo el género humano. Entónces pues nos limitamos á bosquejar rápidamente el estado de la muger en el pueblo escogido de Dios, estado, que se ha ido desenvolviendo sucesivamente con la marcha de los siglos, y á medida que este pueblo engrosado y constituido, ha entrado en relaciones con los demás imperios de la tierra. Con motivo de la poligamia de los an-

tiguos patriarcas, entramos en alguas reflexiones acerca el estado de la sociedad conyugal en los antiguos pueblos del Oriente, el divorcio y el repudio, en las legislaciones de los dos pueblos descendientes de los dos hijos de Abrahan, Isaac é Ismaël, es decir, la legislacion judía y la legislacion árabe. Moysés y Mahoma, á pesar de la distancia de épocas, dejan marcado el carácter de cada legislador y la fuente de donde bebia su doctrina. Así que, Moysés, mas cercano á la cuna del mundo, inspirado por aquel Dios que dijo al hombre, presentándole su esposa: «Es carne de tu carne» se adelanta prodigiosamente á su época, y considera á la muger casi al nivel del hombre: y el supuesto Profeta, á pesar del progreso considerable de los siglos y de la aparicion en la tierra de la palabra viva de Dios, á pesar de la riqueza de su talento, retrocede asombrosamente al origen de los pueblos, en cuanto constituye á la muger esclava del hombre, ó mero instrumento de sus placeres.

Abarcando ahora con una sola y rápida mirada las diversas regiones de la tierra, y para completar el cuadro general de la historia de la muger, la presentaremos diseminada en las principales regiones del globo, siempre oprimida y siempre esclava, como si sus gracias no fuesen mas que un mero patrimonio del hombre, y como si su debilidad fuese un título para ser humillada. Estrechamente sugeta desde la cuna, pasando de la opresion del padre á la del marido, encerrada ó vendida, tiembla delante de su señor, y sepultada en un retiro inaccesible compran tal vez con años de fastidio, de rivalidades y de luchas intestinas el triunfo á menudo fatal de algunos momentos de favor. Consideraremos pues muy de paso lo que era la muger en los principales imperios del Oriente, descendiendo despues á visitarla en medio de la patria de los héroes y de los dioses, de las ciencias y de las artes, para dejarnos caer en Africa y Europa, y en los tres principales períodos de la señora del mundo, en la cual veremos como la situacion de la muger, sigue pero siempre con dolor y humillacion, las diversas fases de la civilizacion romana, hasta aquel dichoso momento en que el mismo Dios, que dió á la muger por compañera del hombre, allá en el jardin de la inocencia, naciendo del seno de otra muger,

la rehabilitó en todos sus derechos, y la aniveló con el hombre, sin alterar ni la superioridad del uno ni la dependencia de la otra, en el amor, en la esperanza y en la gloria. Tras esta ligera reseña, seguirán los cuadros interesantes que ofrece de la muger la nueva ley de la gracia, y en estas pinturas se advertirá alguna diversidad de colorido. Porque con la venida del Hombre Dios, el mundo moral sufrió una transformacion notable, y las virtudes domésticas, en las que debe particularmente descollar la muger, adquirieron un nuevo esmalte: la virginidad y el pudor quedaron santificados, y la muger cristiana quedó amoldada con una exelencia antes desconocida al tipo celestialmente bello y antes del todo ignorado de la Madre divina del Salvador (1).

EN ASIA.

Cananeos, Babilonia, Media, Persia, Tracia India, los Partos.

Sin mas freno el hombre que su voluntad, la ley suprema de las naciones idólatras fué el despotismo, así en la sociedad como en la familia: el principio, derecho del mas fuerte, el resultado la opresion del mas débil, y esta ley de tiranía debia gravitar mas terrible sobre la muger, pues las primitivas tradiciones, aunque desfiguradas en los pueblos paganos, la designaban como causa de la prevaricacion original que sumia en lágrimas y en dolor á todo el género humano (2). De ahí el horror, el temor y el culto que todos los pueblos daban á la Serpiente, y á la muger apareciendo como la cabeza del mal en todas las tradiciones del Oriente y del Occidente, resonando de siglo en siglo la voz unánime de todas las generaciones: *Por la muger estamos condenados á morir*. De ahí la idea de espiacion por la muger, culpable doblemente contra Dios y contra el hombre, y doblemente digna de castigo. El Criador le habia declarado su sentencia: *Parirás con dolor*: castigo divino. *Estarás sujeta al hombre el cual ejercerá sobre tí el imperio*, castigo humano. Por un instinto terrible, ó diremos mejor, por una permision divina, el hombre vi-

no á ser el ejecutor implacable y á veces injusto del anatema primitivo. Es indecible el estado de servidumbre y degradacion en que vivió la muger desde el origen del mundo hasta el momento en que una muger vírgen y madre de Dios vino á rehabilitar su sexo.

Por mucho que nos remontemos á la historia de las generaciones paganas, veremos reinar en la familia el derecho del mas fuerte: el padre, es un déspota, la muger una esclava, el hijo una víctima. Prescindamos de la maldicion lanzada contra los Cananeos, en cuyas infames costumbres llegó la muger á una degradacion que horroriza, solo el concebir cuando los tiernos hijos eran sacrificados á Moloch. La misma barbarie reinaba entre los Syrios que los inmolaban á Juno, y entre los Fenicios. A mas del sacrificio de los hijos, la prostitucion pública era obligatoria, y cada año la sangre y la infamia formaban la fiesta destinada á llorar á Adonis. En Armenia, dice Estrabon, las mas distinguidas familias consagraban sus hijas aun vírgenes á la diosa Anaïtis, y era ley del país que despues de haber sido largo tiempo consagradas al crímen en el templo de esta divinidad, se unian á un marido: lo mismo cuenta Herodoto de las hijas de Lydia y de Babilonia, y de esto puede inferirse el estado deplorable de las costumbres de los pueblos del Asia.

En las numerosas naciones de la Tracia, segun Herodoto y Pomponio Mela, la jóven doncella no podia casarse sino despues de haber muerto á un enemigo con su propia mano, mientras que tanto en Babilonia como en Esparta era propiedad del Estado. En virtud de la misma ley que obligaba á todos los ciudadanos á casarse, ningun *proletario* podia disponer de sus hijas. El privilegio de casarlas estaba reservado al rey y á sus oficiales. En el dia señalado reuníanse en una plaza todas las niñas llegadas á la edad nubil, y se las vendia á subasta como un vil ganado. El precio de las primeras vendidas servia para dotar á las demás. Las menos atractivas se daban muy baratas, y así los pobres que preferian el dinero á todos los encantos del mundo se daban tanta prisa á proveerse como los ricos (3). ¿Hállase aquí acaso la sombra del augusto caracter de la familia, ni el menor vestigio de su institucion primitiva?

Y como si tantas ignominias no bastasen para degradar á la muger,

la religion de Babilonia la condenaba una vez á la vida á todo lo mas infame (4).

Los Medos, tan afeminados por la idolatría como los demás pueblos del Oriente, lejos de tener por vergonzosa la poligamia, estaban obligados por ley expresa á mantener cada uno siete mugeres alomenos, y era mirada con desprecio una muger que no tuviese menos de cinco maridos (5). Perdieron con su dignidad la energía; sorprendidos por los Persas en medio de sus orgías, se vengaron de sus vencedores comunicándoles la corrupcion que habia causado su ruina. La misma corrupcion dominó á los héroes que habian derribado los muros de Babilonia; la muerte del hijo, la poligamia, el concubinage, el incesto, el sensualismo doméstico mas grosero, hiriendo el corazon de este pueblo valeroso, le entregaron como un vil rebaño al enérgico ejército de Alejandro.

Herodoto y Estrabon convienen en que una poligamia poco menos ilimitada fué comun en el pueblo de Cyro. Dominados los Persas por el principio sensualista que hace consistir la fuerza de las naciones en el número y no en las costumbres de los ciudadanos, distribuian cada año recompensas á los que tenian mas numerosa familia. Tal vez por consecuencia del mismo principio era permitido á los Magos casarse con su madre (6). Diógenes Laercio añade: y sus hijas. Y esta costumbre que tan estrañamente desquicia todas las leyes de la naturaleza y de la familia, no se concretaba á los Magos. Todos los grandes de la Persia, y hasta todos los Persas en general, podian contraer los mismos enlaces (7). ¿Tan depravadas costumbres no debian llevar el despotismo marital hasta el exeso? Hablar á una de las mugeres del rey, ó acercarse á su carruage, cuando viajaba, era un crimen de muerte. En Lydia la muger era públicamente degradada por el uso obligatorio de la nacion, y el precio del deshonor era el dote y la condicion del matrimonio (8).

Si vemos al despotismo sensualista en las naciones cultas, le contemplamos sanguinario en los pueblos feroces y bárbaros. Á la obligacion del matrimonio para todos los ciudadanos y al despotismo conyugal que ordenaba la inmolacion de la muger sobre la tumba de su marido, los Escitas, y en particular los Masagetas, añadian la mas repugnante pro-

miscuidad (9). Los Derbices, otro pueblo antropófago del Asia septentrional, degollaban á los septuagenarios, y los comian despues, y ahogaban á las viejas, y las enterraban (10). Los Crestonienses, dice el mismo historiador, otro pueblo de la Tracia, practican la poligamia. Cuando muere un hombre disputan entre sí sus mugeres cual le amaba mas, y sus amigos se interesan vivamente en esta disputa. La que es favorecida con tal distincion, recibe los elogios de todos, y su mas próximo pariente la inmola sobre la tumba de su marido con el cual se la entierra. ¡Y tales atrocidades contadas friamente por Herodoto pueden caber en una imaginacion cristiana! Un padre, degollando con su propia mano su hija querida, su hija única quizá, sobre el sepulcro de su yerno!

« Los otros Tracios, continua el mismo historiador (11), que acostumbran vender sus hijos, no vigilan sobre sus hijas, dejándolas la libertad de abandonarse á los que les gustan. Pero guardan estrechamente sus mugeres que compran de sus padres á gran precio (12). Segun el mismo autor, entre los Doberos, los Agrianos, los Odomantes y los diversos pueblos del Asia central, la poligamia y la compra de la muger se hallan igualmente establecidos (13).

Los Cateenses, dice Estrabon (14), y diferentes pueblos de las mismas comarcas obligan la muger á dejarse quemar sobre la pyra de su marido. Este uso proviene, segun se dice, de que en otro tiempo las mugeres que tenian relaciones estrañas, abandonaban á sus maridos, ó se deshacian de ellos por el veneno, y para hacer cesar los envenenamientos se estableció esta ley. Ved ahí los zelos y la desconfianza marital llevada al último grado de despotismo. Es de notar que la causa de las *suttees* ó sacrificios de mugeres sobre la hoguera de su marido, y que sospechaba el Conde de Maistre (15) está claramente esplicada por Estrabon. Esta ley sanguinaria de desconfianza y de odio pesa aun hoy dia sobre los Kuttry, descendientes de los Cateenses, y pesará hasta que los haya regenerado el Cristianismo. Y gracias sin duda á la influencia secreta de esta religion divina, se exceptuan de la horrible costumbre las mugeres en cinta y las que han tenido hijos del marido (16).

Los antiguos pueblos de la India miraban á sus mugeres como bes-

tias de carga. « Los Indios en general, dice Estrabon (17), se casan con muchas mugeres que compran á sus padres por precio de un par de bueyes cada una. Las toman como esclavas, reservándose el derecho de tratarlas de cualquier modo. La mayor parte de estos Indios son antropófagos. Entre los pueblos ricos y poderosos del Mogol, la comunidad de mugeres está consagrada por el uso y por la ley. Vamos á los hijos de Ismael, los reyes del desierto. Léjos del contacto de las grandes ciudades, ¿habrán tal vez conservado con la fiereza de su carácter la dignidad primitiva del hombre? Nada menos que eso. En una de sus mas numerosas tribus de los Koreish, se enterraban las hijas vivas apenas nacidas. Su comun sepulcro estaba en las faldas de una montaña vecina de la Meca llamada *Abu-Dalama*. El uso autorizaba al hijo mayor para casarse con la viuda de su propio padre; y si este estaba casado, uno de los otros hijos recogia tan honorífica sucesion. Otros se casaban con sus hermanas. En muchas tribus mugeres é hijos eran poseidos en comun (18). Entre sus vecinos los Tártaros la poligamia reinaba sin estorbo y las viudas eran quemadas con el cadáver de su marido. Estos dos usos destructivos de la familia eran obligatorios en las Indias donde las jóvenes se casaban mas facilmente cuanto mejor sabian batirse á puñetazos. Á la servidumbre se añadia lo ridículo. Hija de Eva! Nada ha faltado á tu abyeccion (19). La poligamia era tambien una ley de la antigua monarquía de la China, que parece remonta hasta Ti-cho, sexto emperador del Celeste Imperio (20).

Algo mas léjos vemos en los Gelatas transformada la muger en bestia de carga, y como tal, no solo forzada á los mas penosos trabajos, sino tratada con el último desprecio. Los Partos, por fin, que disputaron por tanto tiempo á los Romanos el cetro del mundo, no tenian por crímen la muerte de la esposa, del hermano sin hijo y de la hermana no casada, mientras que el homicidio de un extrangero era castigado severamente (21).

Repúblicas de la Grecia.

Subamos á la cima del Olympo, y entremos en la risueña patria

de los dioses, de los héroes, de las ciencias y de las artes. ¡ Ah ! en Lacedemonia la misma degradacion, sensualismo y despotismo: el envilecimiento y la esclavitud de la muger se manifiesta en la república de Licurgo. El derecho de la fuerza sujetaba á las jóvenes á los mas violentos ejercicios. Lycurgo quiso, dice Plutarco, que las niñas endureciesen su cuerpo ejercitándose en correr, luchar, arrojar la barra y lanzar el dardo, á fin de que el fruto que ellas concibiesen tomase robustez desde el seno materno (22). El matrimonio era obligatorio, y el célibe era tratado con todo desprecio. La ley obligaba al esposo á robar aquella con quien queria casarse. Así el rapto, mirado en todos los pueblos civilizados como un atentado odioso á la libertad en el acto mas libre de todos, era consagrado por la legislacion. Á esta ley profundamente materialista añadió Lycurgo una concesion altamente inmoral. Por una consecuencia de su principio supremo la promiscuidad fué directamente autorizada. De ahí abominaciones que la pluma se niega á escribir, y la muger lacedemonia descendida á la última degradacion.

Observa Aristóteles que las mugeres de Esparta eran las mas corrompidas y las mas disolutas de toda la Grecia (23).

Pasemos á visitar á Atenas, su hermana y su rival, patria de Pericles y de Platon. A mas de las uniones detestadas por la naturaleza, y de que Solon hizo una ley obligando á la heredera á desposarse con el *pariente mas próximo*, el adulterio estaba allí formalmente autorizado (24). Lo mismo es con la poligamia, testigo la historia de Socrates, de este hombre que se pinta á nuestra juventud como el sabio por excelencia y el modelo de los ciudadanos virtuosos. En muchos casos el tráfico mas vergonzoso era permitido por el legislador, y el amor infame estaba consagrado por el ejemplo de los sabios y de las costumbres públicas. Así en la tan sabia y tan culta Atenas la muger era abandonada al mas completo oprobio, y reducida al mas grosero sensualismo. Impotencia de la filosofía, y necesidad de la Palabra divina! Dice Aristóteles, que los Griegos compraban sus mugeres, sobre las que tenian una autoridad sin límites, añadiendo que entre los bárbaros las mugeres estaban en la misma línea que los esclavos (25). El crímen que mas directamente destru-

ye las leyes de la naturaleza y de la familia era autorizado por las leyes de la Grecia y se cometia universal y públicamente, y con rubor lo decimos, esta abominable costumbre halló un apologista en Montesquieu. En el centro de esta Grecia tan ponderada la prostitucion pública era como en Babilonia consagrada por las leyes y por la religion. El templo de Venus en Corinto, dice Estrabon (26), era tan rico que tenia á su servicio mas de mil cortesanos que hombres y mugeres acostumbraban consagrar á aquella diosa.

En algunas ciudades de Arcadia las mugeres sufrian la cruel flagelacion que se hacia sufrir en Esparta á los muchachos sobre el altar de Diana (27).

EN ÁFRICA.

Egipcios, Cartagineses y Númidas.

En el sabio Egipto reinaba sin límites la poligamia, siendo permitida á todos menos á los sacerdotes, á los cuales, segun Diodoro Siculo (28), se les permitia una muger; á los demás cuantas quisiesen. En virtud de este principio, el matrimonio entre hermanos era autorizado por las leyes. Las mugeres degradadas por la poligamia eran realmente esclavas, á pesar de todas las aparentes garantías, y se las condenaba á los trabajos mas duros, y á alimentar á sus padres, de lo cual no debian cuidar los hijos (29). Á la opresion del ser débil se añadia la degradacion. Refiere Sexto Empirico que en muchas regiones del Egipto podian las mugeres prostituirse á su antojo, no solo sin deshonrarse, sino aun con gloria, siendo la prostitucion mirada como honor (30).

No faltaba á los Cartagineses ninguno de los númenes destructores de la familia. La diosa celeste era adorada en los numerosos templos de Cartago, en las costas de África, en Malta, en las otras islas del Mediterráneo, en España cerca de Gades, y su culto no era menos abominable que el de Mylia en Babilonia, de Anaïtis en Syria y en Armenia y de Venus Urania en Chipre y otras partes (31). San Agustin y Salvia-

no nos aseguran que estas infames supersticiones eran tan generales é inveteradas, que su funesta influencia se hacia sentir aun en las costumbres en el IV y V siglos de la era cristiana (32).

Es de notar que en todos los pueblos idólatras antiguos y modernos se halla una divinidad cruel y otra infame, doble símbolo religioso del despotismo brutal y del sensualismo grosero que dominaba el mundo pagano.

En lo interior del África la misma degradacion. Los Númidas practicaban la poligamia y el concubinage (33). Los Etiopes poseian sus mugeres en comun (34).

EN EUROPA.

Galos, Germanos, Bretones y otros pueblos del Norte.

Entremos en Europa. Gloriosa parte del mundo, la primera entre tus hermanas por las luces, las leyes, la libertad, la dicha, la gloria y el poder, dinos ¿de donde te han venido estos bienes? Nombra tu bienhechor. ¿Que eras antes del Cristianismo? Tu historia va á responder.

Poco diferian entre sí los numerosos pueblos diseminados por las vastas regiones de las Galias y de la Germania (35). «Aunque la poligamia no es general, la hallareis entre los nobles de la nacion. Con todo no es la muger nuestro igual: sobre ella y nuestros hijos tenemos el derecho de vida y muerte (36). Las armas para nosotros, á ella la agricultura y todos los trabajos para nuestra subsistencia (37). Esclava mientras vive, debe trabajar para su señor, y cuando muere, inmolarse sobre su sepulcro para servirle en el otro mundo.» Veo en efecto las llamas, el humo.... oigo los lamentos. Una hoguera! una víctima de una ley cruel!

« La muger, dice Tácito, es un ser impuro: está para siempre excluida del Valhalla ó paraiso de Odin, á menos que se dé ella misma la muerte para volver á unirse con su marido.» Esta degradacion de la muger se halla escrita bajo otra forma en el Código de los Sajones. Una de sus leyes establece que el que mate ó hiera una muger pague la

mitad de lo que pagaria si hubiese herido ó muerto á un hombre (38).

Asimismo eran desconocidos los augustos caracteres de la union conyugal en los otros pueblos del Norte. El despotismo del ser fuerte, el envilecimiento del ser débil, la poligamia, la muerte del hijo, tal era segun los historiadores, el estado moral de la sociedad doméstica entre los Hunos, los Vándalos, los Herules y los Godos (39). Estos últimos llegaban á tener la poligamia como un honor, y cada hombre era respetado segun el número de sus mugeres (40).

Los insulares de la Gran Bretaña eran quizás los mas depravados de los pueblos de la Europa septentrional. Reinaba en ellos, dice Cesar, (41) la comunidad de mugeres, aun entre hermanos. Lo mismo atestiguan Diodoro Sículo y Dion Casio. Costumbres semejantes hallamos en el mediodía de la Europa, y la familia en el mismo estado de degradacion.

ROMA.

PRIMERA ÉPOCA.

Desde su fundacion hasta los Decemviros.

Como un océano, vasto receptáculo de todas las inmundicias del mundo, habia la doble accion del mundo sobre Roma y de Roma sobre el mundo.

El origen de la sociedad romana fué el derecho de la fuerza, y no tuvo otros lazos, aun en la familia, que los lazos civiles del poder. De ahí los derechos de la patria potestad, de que prescindiremos, derechos de muerte y de sangre, que Rómulo mismo se vió obligado á restringir.

La nueva esposa entraba en la familia, no por su calidad de esposa, sino por la adopcion civil de su marido actualmente bajo la patria potestad; de consiguiente era considerada como hija con respeto á su marido y como hermana consanguinea con respeto á sus propios hijos. Su marido se hace dueño absoluto de su persona y de sus bienes como

de la persona y bienes de sus hijos. Si el marido muere, ella sucederá, no como esposa, sino como hija adoptiva de este padre civil, pero le faltará siempre la libertad. El poder paternal que la domina no muere con su marido, sino que pasa á la persona de los *agnados*, es decir, del hermano, del tio, de los parientes del marido en línea masculina. Y á falta de estos, el marido le dá un tutor testamentario. Expongamos este sistema despótico que absorve la muger en la potestad marital, así como esta es absorvida en la patria potestad.

El matrimonio por *compra* solo estuvo en uso entre los Romanos en tiempo de Rómulo. Numa estableció el matrimonio por *confarreacion*, forma religiosa, patricia y la mas solemne de la union conyugal. Despues de la publicacion de las Doce Tablas, la ley reconocia aun la concesion anual ó el *uso* (41). No tenia el matrimonio efectos civiles sino en cuanto estaba revestido de alguna de estas formas legales. En todos los casos era el ejercicio del derecho del mas fuerte en provecho del cual estipulaba la propiedad absoluta del ser débil. La mas antigua forma de matrimonio conocida entre los Romanos es la compra ó *coemption*. Tal es en efecto el primer modo y el mas usado en todas las naciones de adquirir la propiedad. Empleábanse pues para desposarse con una muger formalidades del todo semejantes á las de un contrato de venta ordinaria. El comprador preguntaba el precio, que se discutia y se regateaba. Acordes las partes y satisfecha la suma, pasaba la muger á la propiedad de su marido, y sufria todas las consecuencias de esta condicion.

Esta condicion ignominiosa de la muger y consecuente degradacion de la sociedad doméstica estaba escrita á cada página de las leyes romanas, y hasta sobre el marmol de los sepulcros. Testigo entre mil, la inscripcion siguiente hallada en Pádua.

PUBL. CLAVD. QUAEST.
AER.
ANTONINAM-VOLUMNIAM.
VIRGINEM.
VOLENT. AUSPIC.
A. PARENTIBUS. SUIS. COEMIT.
A. FAC. IIII. IN DOM.
DUXIT.

Inútil es el recordar que la venta de las mugeres era la forma ordinaria de matrimonio en todos los pueblos de la antigüedad. Aprenda pues la muger á conocer las consecuencias de su condicion entre los Romanos.

Estaba en absoluta incapacidad de adquirir nada, ya por donacion entre vivos ya por testamento, ya de otro modo, que no perteneciese á su marido, como una hija con respeto á su padre; y así como este adquiria por medio de su hijo, así el marido adquiria por medio de su esposa. De este modo entienden los comentadores el texto de Ulpiano. Así tambien los hijos, como fruto y sangre de la muger, eran propiedad, no suya, sino del marido; y solo cuando estos eran una carga por no saberse de fijo su padre, la ley encargaba á la muger la obligacion de alimentarlos: *partus sequitur ventrem*. Y este poder pasaba hasta los nietos y biznietos de la muger.

El marido podia ejercer y ejercia realmente sobre la muger todos los derechos de rigurosa propiedad, como usar y abusar de la cosa, esto es, destruirla, venderla, ceder el uso ó el usufruto, renunciar á su posesion. «Magistrado doméstico el marido, fué investido por Rómulo de un poder absoluto sobre su muger, y le pertenecia, no solo el derecho de los bienes, sino tambien el derecho de vida y de muerte.» Tal es el testimonio formal de Dionisio de Alicarnaso (42). Castigaba su esposa culpable de borrachera, de adulterio ó de otras faltas, la vendia, la desechaba, tenia sobre esta infeliz criatura un derecho cuya repugnante inmoralidad está sin embargo consignada por harto famosos ejemplos. Admiradores de la antigüedad pagana, leed la vida de Caton y de Augusto, *censor* el uno y el otro *reformador* de las costumbres romanas, y aprended á avergonzaros!

En el caso de repudiacion, que fué despues el uso menos violento de la autoridad marital, no por esto quedaba libre, sino que volvia á ser propiedad de sus *agnados* ó de los que la habian vendido. Y si salian de este yugo de hierro era para caer en una desenfrenada licencia. Y el marido podia darles tutor como un padre á su hijo (43).

Ni aun podian disponer de sus bienes para despues de su muerte. Exepto las vestales y las mugeres *ingenuas* que habian tenido tres hi-

jos, y las emancipadas que habian tenido cuatro, todas estaban sujetas á la tutela, y eran por esto mismo incapaces de testar (44). Un despotismo zeloso halló el medio como perpetuar el yugo hasta el último suspiro de la desventurada que lo sufria. Las segundas nupcias fueron privadas á las mugeres, sino de derecho, á lo menos de hecho, por la infamante tacha que les imponia la opinion pública. Esta preocupacion, completando el bárbaro sistema de opresion que gravitaba sobre la muger, produjo en los diferentes pueblos consecuencias desastrosas, entre otras, la atroz costumbre de inmolar ó de quemar las viudas sobre la tumba de su marido.

Para esto adulaban los romanos la vanidad y lisonjeaban el amor propio de las esposas no vueltas á casar, reservándoles el insigne honor de tocar á la estatua de la Fortuna femenina, de la Madre Matuta y del Pudor (45). Solo ellas tenian el derecho de ceñir su frente con la corona púdica (46). Solo ellas podian aspirar al sacerdocio, tan ambicionado, de las diosas (47). De ahí los elogios magníficos que dá Plutarco á Cornelia madre de los Gracos, y el elogio que dan los poetas á otra Cornelia que habia prometido no tener sino un esposo. Y las vanas y crédulas mugeres hacian gravar sobre su sepulcro como un título de gloria el triunfo de los celos y del despotismo marital.

Hacíanse pasar las segundas bodas por ser de funesto augurio; y al terror se procuraba juntar la vergüenza, obligándose á las viudas, segun Plutarco, á casarse en los dias de fiestas públicas para cubrirlas de confusion á presencia de todo el pueblo (48). Siendo de advertir que este disfavor, prodigado á las segundas nupcias, no tenia por objeto ni la mayor perfeccion de la fidelidad conyugal ni el mayor bien de los hijos; pues si así hubiese sido, ¿como se hubieran reservado los maridos la impudente facultad de repudiar arbitrariamente sus esposas y tomar una nueva durante la vida de la primera? ¿La presencia de una prostituta en el hogar doméstico era mas favorable á los hijos que la de un padrastro? Si el cristianismo mostró aversion á las segundas bodas, no hizo de ellas un crímen; y su fin era tan solo la ventaja de los hijos del primer enlace, la gloria de la muger y la necesidad de espiritualizar los corazones.

Desde la cuna pues hasta el sepulcro la vida de la muger romana era en este primer período una esclavitud no interrumpida: tal es la última palabra de su historia: En Roma como en todas partes el despotismo era la ley suprema del hogar doméstico.

Numa suavizó un poco la suerte de la muger, ya modificando los derechos de tutela, ya habilitándola para heredar de sus padres, ya estableciendo el matrimonio por dote, conservando el que se hacia por compra. Esta última forma de contrato matrimonial era la consecuencia del derecho de poseer reconocido á la muger, la cual en vez de ser comprada por el marido, le daba un dote en cambio de la proteccion que le pedia. De ahí la distincion entre las compradas por su marido que se llamaban *madres de familia*, y las que habian entregado un dote llamadas *esposas* ó *matronas*. Mas este nuevo género de enlaces fué un orígen fecundo de crímenes en el hogar doméstico y de deshonra para la muger. Como no se buscaban esposas, sino dotes, las mas infames hallaron marido, y las vírgenes virtuosas se vieron abandonadas. « Mucho importa á la salud de la república, escribia un jurisconsulto (49), que las hijas conserven cuidadosamente su dote, único medio por el que pueden aspirar al matrimonio. » ¿Qué podia esperarse de matrimonios contraidos por motivos semejantes sino la degradacion siempre mas profunda de la sociedad doméstica, numerosas injusticias y por fin el ruidoso escándalo del repudio? Estos funestos efectos quedaron por largo tiempo suspendidos por la fuerza de la opinion pública, pero despues las leyes romanas les dieron desgraciadamente toda la libertad de desplegarse, autorizando al marido para echar de sí á su muger en muchos casos, y segun la gravedad del negocio retener una parte proporcional del dote (50). ¡ Cuán fácilmente hallarian casos de repudio los avaros y disipadores! Y las mugeres no fueron las últimas en producirlos. Reaccionando con fuerza contra la legislacion primitiva que las ponia en caso de viudedad ó de divorcio bajo la autoridad de los agnados ó del tutor testamentario, se sustrajeron del yugo hasta el punto de *escogerse por sí mismas* tutores, sobre los cuales, dice Ciceron (51) reinaron mucho mas que ellos sobre ellas.

Las consecuencias de esta legislacion anormal se ven desplegar con

el tiempo, haciendo pasar al Estado *la* espantosa corrupcion de la familia, y acarrear la ruina del uno y de la otra.

ROMA.

SEGUNDA ÉPOCA.

De los Decemviros hasta el fin de la República.

Los Romanos fueron á buscar leyes á los Griegos, pueblo entonces mas corrompido que ellos. De su legislacion pues redactaron los Decemviros las leyes de las Doce Tablas que, prescindiendo del despotismo paternal que sancionaban, degradaban y extendian el marital. La muger, decian los legisladores, que por un año, bajo concepto de matrimonio ha habitado con un hombre, á menos de no haberse ausentado tres noches, pertenece á este hombre (52).

El matrimonio por *uso* era una nueva forma del contrato matrimonial, y es por demás señalar la inmoralidad y funestas consecuencias de semejante convencion. Equiparada la muger á una propiedad mobiliaria, declaraban los decemviros que era prescriptible; y así como el dominio de las *cosas muebles*, dicen gravemente Macrobio y Aulo Gelio, se adquiere por un año de posesion, este término basta para prescribir la muger y validar el matrimonio.

2.° Si el hombre quiere repudiar á su muger, fuerza es que dé por ello algun motivo. En el número de las causas de repudio se puso la esterilidad.

Como consecuencia del principio general que hacia de la fuerza brutal la reina del mundo, reinaba en los Romanos como en los demás pueblos de la antigüedad la falsa persuasion de que el poder de los Estados consiste en el número de los ciudadanos, cuando su verdadera fuerza no estriba en el número sino en las *costumbres* de los súbditos. Y si la historia universal ofrece mil pruebas de esta verdad, la historia romana

es su demostracion. Vencedores de todos sus enemigos en tanto que tuvieron costumbres los Romanos, fueron vencidos á pesar de su número luego que las hubieron perdido.

Siguiendo esta falsa máxima, los nuevos legisladores señalaron como causa legal, y lo que es mas, obligatoria de divorcio, la esterilidad de la muger, y Roma entera vió un dia á los censores, graves ministros de aquella ley inmoral, obligar á Carvilio Ruga á repudiar su esposa á pesar de lo mucho que la queria, á fin de que, formando nuevos lazos, pudiese dar ciudadanos á la república (53).

3.° Entre las disposiciones opresivas á que dió lugar esta exótica legislacion, hay la famosa ley *Voconiana* que agravó y por mucho tiempo las pesadas cadenas que sobre la muger pesaban. Privada de los débiles derechos que Numa le habia concedido, por esta ley fué excluida de las sucesiones, y ni la hija única pudo heredar á su padre. No creo pueda pensarse ley mas injusta dice San Agustin (54).

Cuando señora ya de la Italia, Roma llevó á la otra parte de los mares sus águilas victoriosas, los hijos de Rómulo trajeron con sus lauros y riquezas los vicios y dioses de las naciones vencidas, y el amor al lujo, hijo de la corrupcion pública, se extendió como una fiebre devoradora acabando de arruinar la poca moralidad que habia quedado. Los tiempos de Cicinnato habian pasado ya para siempre.

Naturalmente ávidas de todo cuanto lisonjea la vanidad y la molicie las mugeres se entregaron al lujo corruptor, y aun no quedaban saciadas, pues las riquezas de todas las naciones despojadas y arruinadas por sus maridos no bastaban para adornar su cabeza y embellecer sus aposentos. «¡Cuan duro era para un ciudadano romano, dice Plutarco, alimentar en su casa una esposa que no sabia moler ni cocer, y que parecia naturalmente formada solo para la molicie! Cuan duro le era dar á esta reina un ejército de esclavos y de criadas encargadas los unos de rizar sus cabellos, los otros de componer los pliegues de su vestido, estas de presentarle perfumes, aquellas de derramarlos en su persona... añadir á esto el oro, la púrpura, las perlas, diamantes y mil otros objetos de lujo! Mas sobre todo, cuan duro para los maridos harto zelosos mantener á tanta costa en sus propias casas adúlteras que con

mil artificios formaban y mantenian sus criminales intrigas, y que en los dias festivos, presentándose en público sobre sus brillantes carrozas, parecian triunfar de la paciencia de sus maridos, con un libertinage sin freno ni medida (55).

Y esta primera reaccion de la muger contra el despotismo que la oprimia dió lugar á tres nuevas llagas para las costumbres públicas y para la familia en particular.

La mayor parte de los Romanos prefirieron por su propio interés entregarse al concubinato privado, que devorar casándose, á mas de sus riquezas, un oprobio á todas horas. Y se generalizó tanto esta máxima, que el teatro, eco fiel de las costumbres contemporáneas, la demostraba á todas luces.

«Quereis que traiga á mi casa, dice en el *Soldado fanfarron* el viejo Periplectómenes, una muger que jamás me dirá: Cómprame lana, amigo mio, para hacerte una capa fina y caliente, buenas túnicas espesas que te guarden del frio este invierno. Jamás semejantes palabras saldrán de la boca de una muger. Pero sí levantándose antes del canto del gallo, me dispertará para decirme: Mi marido, dame para hacerme un regalo de gusto á mi madre por las calendas; dame un perfumador, dame un confitero, dame con que regalar á la cantora que aparte las enfermedades.... Estas y otras mil cosas semejantes son las que me retraen del matrimonio en las que tales conversaciones me aguardarian (56).»

Añádase á esto que los célibes, á pesar de las leyes que obligaban al matrimonio, se veian honrados, festejados, circuidos de aduladores en medio de los cuales pasaban una vida de placeres y de disolucion. Tal es el vivo retrato que nos ha dejado Plauto. Continua hablando el viejo Periplectómenes. «Teniendo como tengo muchos parientes, ¿que necesidad tengo de hijos? Vivo bien, vivo feliz y á mi gusto, cuando muera repartiré mis bienes entre mis mas cercanos parientes, que comen en mi casa, me cuidan, me visitan, y se muestran solícitos en saber lo que hago, lo que quiero. Antes del dia están á mi puerta, preguntan con interés si he dormido, me convidan á comer y se disputan el gusto de enviarme presentes (57).

Además los ciudadanos que se veian por las circunstancias obligados á contraer un matrimonio regular, no tardaban en aprovecharse, para romper lazos odiosos, de las numerosas causas de divorcio establecidas por la ley. Pues los grandes personages de la época jugaban ya con el menosprecio de los deberes mas sagrados. La muger de Simpronio, por haberse ido á los juegos públicos sin su permiso, es repudiada. La de Antistio, por haber hablado bajo á una liberta de mala fama es repudiada. Sulpicco halló la suya sin velo por la calle, y la ha repudiado. Paulo Emilio se habia casado con Papiria, de la que habia tenido hijos, uno de los cuales fué el célebre Scipion; de repente la repudia: sus amigos admirados le preguntan el motivo de semejante conducta, y el grave Romano alarga su pierna y mostrándole su calzado, les hace esta respuesta irrisoria: ¿No es hermoso este zapato? ¿no está bien hecho? Nadie de vosotros sabe, sin embargo por donde me hiere el pié (58).

Para grangearse la amistad de Syla, Pompeyo, que fué llamado el mas casto de los Romanos, repudia su muger Antistia, á la que amaba tiernamente y se casa con Emilia, hija de Syla, casada con Glabrion. Ni aun aguarda para celebrar su alianza adúltera, que el parto de Emilia, ya avanzada en su preñez, haya hecho menos chocante á los ojos de todos el escándalo de su nuevo matrimonio (59). Y á su vez Syla usó para sí mismo del derecho arbitrario del repudio. En medio de una fiesta que celebró en honor de Hércules, se le dice que su muger Metela está enferma de peligro, y á fin de que ideas tristes no vengan á turbar las ceremonias y algazara de la fiesta, se dá prisa á repudiarla y hacerla transportar á una casa estraña (60). No hablaremos de Caton, el cual puso el colmo á tantas infamias por una conducta mas baja aun y mas repugnante (61).

¿Qué mas? Ciceron, el grave orador, el consul austero, el modelo mimado de nuestra juventud, Ciceron jugó indignamente con las leyes mas santas de la familia; y quizás su ejemplo, junto al de tantos otros, contribuyó mas eficazmente á perder su patria que sus discursos á salvarla. Agoviado de deudas, repudió á su muger Terencia para sustraerse á sus acreedores, dándoles el dote de su nueva muger Publilia. Cuando así la hubo despojado, la repudió tambien, só pretexto de que se

había alegrado de la muerte de Tulia, hija del primer lecho (62)!

¿Qué mas aun? Algunos hacian divorcio porque sus mugeres se habian hecho viejas (63), otros únicamente porque habian cesado de agradarles. Juvenal con su ordinaria gracia resume y ridiculiza todas estas pretendidas causas de divorcio de este modo: «Porque Sertorio está tan perdidamente enamorado de Bibula?—Notadlo bien, no es una esposa sino un rostro lo que ama. Cuando la piel se marchita, se hacen dos ó tres arrugas, se pierde el esmalte de los dientes, y los ojos se vuelven un poco chicos, coged vuestro paquete, dice un liberto, partid: vuestro aspecto nos desagrada: os sonais tan á menudo! ¡Partios y sin tardanza, yo quiero una nariz menos húmeda que la tuya (64)!

Si á esto se añade la influencia indispensable del culto impuro de las divinidades de la Grecia familiarizado entre los romanos, podrá inducirse á que punto llegó la degradacion de la muger, consecuencia de la corrupcion pública y privada, comunicada de los mas altos personajes á todas las clases del pueblo; pues por último término de libertinage introducido por la ley de las Diez Tablas, y por el lujo, se cometia el exceso mas opuesto á la institucion divina y al fin social del matrimonio; pues los pocos que consentian en sobrellevar el yugo conyugal, no querian tener hijos. De aquí ¡que cadena de crímenes, de infamias, de crueldades consumadas en las sombra (65)! de aquí el decrecimiento espantoso de la poblacion, llegó á tal punto, que fué forzoso dar nuevas leyes para obligar al matrimonio y á la multiplicacion de los ciudadanos. Tales fueron la ley *Julia Poppea*, y la ley *Papia Poppea*.

ROMA.

TERCERA ÉPOCA.

Bajo el reinado de Augusto.

Viendo Augusto al subir al trono la universal corrupcion como un campo cubierto de estragos y considerando la baja espantosa de la po-

blacion, quiso poner un dique, que hacian inútil el carácter del legislador y la naturaleza misma de sus leyes.

¡Bello reformador por cierto el antiguo triunviro, que desde el trono ensangrentado á que habia subido por el camino del crimen, daba al universo el ejemplo del adulterio y de toda especie de libertinage! Su divorcio con Sevibonia, las infamias de su muger Livia, cómplice de los desórdenes de su esposo, los adulterios de su hija Julia y otros mil hechos no menos graves, hacian de Octavio un escándalo público; y así el senado y los caballeros se burlaban de sus leyes porque él de antemano habia enseñado á violarlas.

Pasaron por fin estas leyes del dueño del mundo, y se escribieron en todas partes menos en los corazones. Y fueron proclamadas estas leyes contra los célibes y esposos sin hijos por los dos cónsules M. Papio Mutilo y Q. Popeo Secundo, los dos sin esposas y sin hijos, como observa Diodoro Casio (66).

Estas leyes eran profundamente *sensualistas* en su espíritu, y directamente *inmorales* en muchas de sus disposiciones.

Son *sensualistas* porque su único objeto es la propagacion material de la especie. La ley Julia manda á todos los ciudadanos el casarse, permitiendo uniones antes prohibidas por las leyes. Así abre un vasto campo á las personas, favoreciendo todos los caprichos, y rompe todas las distinciones gerárquicas. Continuó la repugnancia al matrimonio y redobló el libertinage, fingiendo los romanos no comprender la intencion del legislador. Augusto se vió forzado á dar otra ley, confirmando la primera; procurando á todo trance y hasta por medios reprobados por la moral el aumento de los ciudadanos. Impuso penas á los célibes y á los esposos infecundos y dió premios á los padres que educasen hasta tres ó cuatro hijos. Tal es el objeto de la famosa ley *Papia Poppea* que data del año 762 de la fundacion de Roma. ¡Cuanto no dice esta ley sobre la degradacion de la sociedad doméstica entre los Romanos!

Veamos en lo que dicen estas leyes imperiales su inmoralidad y los principios de corrupcion que encierran.

Artículo 3.º Todos los púberes y hombres pudientes estarán obligados á contraer matrimonio con el fin de tener hijos.»

¿Háblase una palabra de buenas costumbres ni de educacion?

Art. 8.° «El de los candidatos que mas hijos tuviese será preferido.»

Art. 9.° «El que tuviese tres hijos nacidos en Roma y en buena salud, el que tendrá cuatro nacidos en Italia, el que tendrá cinco nacidos en provincias, ganará la inmunidad de todo cargo personal.»

Esto esplica el estado relativo de las costumbres en las diferentes partes del imperio.

Art. 12.° «La muger *ingenua* que tendrá tres hijos ó el derecho de tres hijos (como las vestales), el liberto que tendrá cuatro, ó el derecho de cuatro, quedará libre de la tutela.»

Art. 26.° «Asimismo la muger ingenua, si tiene tres hijos, y la liberta si tiene cuatro, podrán heredar.»

Que inmoralidad! Como se degrada la dignidad de la familia! Oprobio eterno! los esposos anivelados con los animales son llamados á especular sobre sus hijos como se especula sobre los productos de una ganadería!

Art. 36.° Los célibes que dentro cien dias no hayan obedecido esta ley no podrán recibir ni sucesion ni legados por testamento, exepto los de sus próximos parientes.»

Que legislacion! aquí la ley empieza á ser directamente inmoral. Culpables ó no los esposos de que trata este artículo, serán castigados. Mas de que crímen? Si la esterilidad proviene de la naturaleza, vuestra ley es una iniquidad. No es este crímen involuntario el que nos hace culpables, replica el legislador, sino el desobeder á la ley que manda la repudiacion y el divorcio en caso de esterilidad. Ved ahí pues una ley que prescribe las dos cosas mas criminales y destructoras de la familia, el repudio y el divorcio. Y esta ley es la consagracion y el desenvolvimiento de la de los decemviros, en virtud de la cual Carvilio Ruga se vió forzado á repudiar á su esposa.

Para restablecer el matrimonio habia prohibido Augusto por un artículo (67) de esta misma ley á los ciudadanos, que se casasen con ciertas mugeres perdidas y sin honor. Pero tal era el desenfreno de costumbres y la aversion de los Romanos al yugo del matrimonio, que el Emperador

se vió obligado á autorizar con estas mugeres una union legal, que fuese como una imitacion del matrimonio (68). Hace menos frecuente la violacion de su ley *de adulterios*, y dar á la república súbditos que no tuviesen que avergonzarse de su nacimiento, tal fué el doble objeto del legislador. En consecuencia, en la misma ley *Papia Poppea*, crea el concubinato y fija las reglas que le han de hacer legal. Pero nótese que no se trata aqui del concubinato en el sentido honesto segun la lengua y costumbres de ciertos pueblos en quienes esta union *secundaria* era tan inviolable como la primera; es el concubinato libre que puede cesar por la simple voluntad de una de las partes (69), es el concubinato que no produce efecto alguno civil con respeto á los hijos, los cuales no llevan el nombre de su padre, ni son sus herederos ni entran en la familia. Nacidos de union que la ley cubre con un velo de legalidad, están exentos de toda tacha infamatoria (70).

Por una anomalía, estos hijos excluidos de la sucesion paterna tenian á la herencia maternal todos los derechos de hijos legítimos, y la concubina entraba por una cuarta parte en la succesion del concubinario. Esta institucion degradante, vano paliativo del mal que devoraba la vieja sociedad, es tan obra de Augusto que hasta le debe su nombre. El concubinato debia quedar inferior á la union conyugal por ser de su naturaleza menos favorable á la poblacion. Pero si el matrimonio es infecundo, aquel es reputado por superior. Siguiendo este principio una esposa estéril no podia percibir mas que el décimo de la sucesion por el testamento de su marido, mientras que la concubina podia heredar el cuarto de todos los bienes de aquel con el que habia vivido sin compromiso alguno (71). O leyes! esclama el orador Trachallo, citado por Quintiliano, celosas protectoras del pudor! nos permitís dar el cuarto de esta sucesion á nuestra concubina, y si ella pasa á ser nuestra esposa legítima, la prohibís en ciertos casos recoger mas de la sexta parte (72).

Tan vil legislacion sumergió la sociedad ya tan corrompida en un abismo de nuevos crímenes, y los adulterios llegaron á ser tan comunes y escandalosos que el mismo Augusto se vió obligado á dar una nueva ley para contener su curso ó mejor, para regularizarle. Tal fué el

motivo de la segunda ley *Julia* de Adulterios, contentándose con establecer que en adelante no pudiese verificarse el divorcio sino con el consentimiento de siete ciudadanos (73).

Y atiéndase que esto era en el imperio Romano, es decir, en todo el mundo conocido, en el centro de la civilizacion, en el siglo llamado de oro, siglo de sabios y literatos, y que si oposicion tuvieron estas leyes fué por considerarlas demasiado morales; ¡que tal estaba aquella sociedad! Y sin embargo, como el águila arrastra en su raudo vuelo al débil y arañado techo, así las pasiones bramando de furor rompieron los débiles lazos que se les habia impuesto, y el torrente del mal corrió mas ancho y terrible que ántes.

LA MUGER DEL PAGANISMO.

Familia pagana al nacer Jesu-Cristo.

De tal modo inundaba el mundo la corrupcion romana que hasta el pueblo de *Dios* vivia de las costumbres de Roma. Aquella corrupcion infecta del mundo romano se hace sentir aun á 18 siglos de distancia.

No busqueis pues santidad ni union de corazones, ni apoyo mútuo; ved en el padre un déspota, un tirano, revestido hasta del poder de ahogar al niño en el seno mismo de su madre, y arrojar á la calle á todas sus hijas como una inmundicia, excepto la primera.

La esposa era una esclava ó el instrumento de los placeres mas groseros de su marido, al cual autorizaban las leyes para ultrajarla á pesar de su inocencia y de su amor, á echarla de sí, á repudiarla. Si muere en su casa, el marido tiene prohibido el ponerse luto, pero rara vez muere bajo el techo de aquel á quien ha sacrificado la juventud y lo mas precioso que tiene. Si ha cesado de agradar á un tirano, ya dá con otro, y en el momento en que la desdichada se cree rica y feliz, se le dá la órden de partir, y al insulto se añade una burla amarga y sanguinaria (74).

¿Donde estarian entonces la confianza, el mutuo sacrificio, aquellas nobles y puras afecciones, que elevando el corazon sobre los sentidos

le hacen superior á todas las borrascas de la vida? Ni un solo vestigio de todos estos consuelos. En su lugar los negros celos, la eterna y cruel suspicacia, las bruscas palabras, los disgustos, el mas escandaloso rompimiento de lazos que deberian ser tan dulces y tan sagrados. Ved ahí debilmente delineada la historia del *suplicio conyugal* en el grande siglo de Augusto.

La muger pues por su flaqueza y posicion precaria era mas digna de compasion. Como madre y como esposa no tenia á la vista sino desgarros de corazon y humillaciones. Esteril, era condenada sin piedad á ser ignominiosamente repudiada. Fecunda, veia con mucha frecuencia al tierno fruto de sus entrañas arrancado de sus brazos y arrojado á la calle para morir allí antes de haber podido sonreir á su madre, ó para vivir, si era hija, en la mas vergonzosa prostitucion (75); si era un hijo, para ser algun dia un gladiador del anfiteatro, á divertir sin conocerlos ni ser conocido á su padre y á su madre y á sus hermanos y hermanas que aplaudirán sus heridas y pedirán su muerte.

Madre desgraciada! Si el paganismo no te habia degradado hasta ahogar en tu corazon aquel sentimiento de ternura que se encuentra aun en la tigre y en la leona, ¡ cuales deberian ser en el resto de tu vida tus angustias y tus tormentos, cuando veias arrancar de tu seno un hijo cuya condicion debia ser tan lamentable! Desgraciada por los hijos que se le quitaban, la madre pagana no lo era casi menos por los que se dignaban dejarle. Lo que hace la felicidad de una madre, el respeto filial, la tierna afeccion, la delicada solicitud, la confianza íntima por parte de sus hijos, ella se veia siempre ó casi siempre privada. Ante todo, sus hijos no la pertenecian, pues eran propiedad esclusiva de su marido, y los hijos lo sabian, y además que su madre no pasaba de una esclava que podia ser echada del hogar doméstico. ¿Y qué respeto, qué amor podia esperar de parte de los que mañana le serian estraños, y que se avergonzarán de reconocerla por madre suya? pues mañana sin esposo, sin fortuna, pasará por la calle sola, á pié, con la cabeza baja, mientras ellos pasarán por su lado sobre sus doradas carrozas.

Tanto oprobio, tanta opresion, tanta crueldad impulsaron al sexo mas

débil á una reaccion violenta, cuyo efecto inmediato, degradando mas y mas la familia, fué hacer la muger mas desdichada aun y mas culpable. Digna de lástima era sin duda cuando la ley concediendo al marido el derecho exclusivo de repudiarla, no le reservaba sino el privilegio de sufrir. En su inocencia podia hallar alomenos una indemnizacion á su oprobio y un consuelo en su infortunio. La opinion pública tomaba á su cargo el vengarla, lamentando su suerte y haciendo caer el odio y el desprecio al déspota, injusto autor de sus desgracias. «Por Castor! las mugeres viven bajo leyes muy duras. Pobres infelices! como se las sacrifica á los hombres! Porque, que un marido mantenga secretamente una cortesana, aunque la muger llegue á saberlo, ya puede estar seguro de impunidad. Que la muger salga de casa secretamente, el marido la forma el proceso y es repudiada. ¿Porque la ley no ha de ser igual con el marido y con la muger? Pues una muger honrada se contenta con un solo marido, ¿porque un marido no se contentará con una sola muger? Por Castor! Si se castigasen los maridos como se castigan las mugeres culpables, habria mas maridos sin mugeres que no hay ahora mugeres sin maridos (76).»

Mas cuando pudieron á su vez sacudir el yugo, y el código imperial les concedió formalmente el derecho de repudio (77), cuando pudieron usar de este mismo derecho sin prevenir á su marido (78), entónces su desgracia y su corrupcion no conocieron límites: su vida ofrece un espectáculo digno de ser llorado con lágrimas de sangre.

Nada prueba tanto cuan general y profundo era en aquella época el grosero sensualismo de las mugeres, como la dificultad de encontrar vestales. Ya, á pesar de los honores extraordinarios concedidos á estas vírgenes que podian casarse antes de 40 años, á pesar del derecho de salvar la vida al que encontraban en su camino, á pesar de la veneracion inherente á sus personas y la gloria de conservar el fuego sagrado y el palladium de donde se creia que dependia la salud del Imperio, á pesar de la ventaja tan buscada entónces de ocupar los primeros puestos en el circo, en el teatro, en el anfiteatro, ornadas como diosas; para formar el número de seis exigido, por las leyes, se vieron obligados á admitir al sacerdocio de Vesta, hasta allí reservado á la

nobleza (79) las hijas de los plebeyos. Y con todo, en la época de que hablamos, fué imposible hallar en una ciudad de cerca siete millones de habitantes seis niñas vírgenes de 6 á 12 años que quisiesen los títulos y prerrogativas acumulados sobre las vestales. Y esto pasaba en aquella Roma la víspera de un dia en que, segun la bella expresion de San Ambrosio, esta misma Roma debia contar en su seno todo un pueblo de vírgenes (80).

So pena de ver el fuego sagrado apagarse por falta de sacerdotisas que le conservasen, fué forzoso en el siglo de Augusto el aumentar los privilegios de las vestales y admitir al glorioso sacerdocio las hijas de los libertos (81), y aun aquellas en las que recaía la suerte echada por el Pontífice, estaban inconsolables, deshaciéndose en lágrimas, en gritos de dolor y de desesperacion como una persona que es conducida á la muerte. Sus padres apuraban todos los medios y súplicas para que no recayese la eleccion en sus hijas, y el dia de la eleccion era un dia de luto público (82); y el espectáculo de seis niñas, consagrando temporalmente su virginidad á la salud del Imperio, este espectáculo que, honrando á la muger, debia llenar de orgullo á sus felices padres, era para ellos un espectáculo lamentable. La una llegó á tal extremo, que el mismo Augusto testigo de esta escena, síntoma humillante de una degradacion incurable, se vió impelido á exclamar: Si mis nietas estuvieran en edad, yo las ofreceria á Vesta (83). *Plebem pudoris.*

Corrompida y corruptora á su vez la muger, se precipita con erguida frente en el fango, y con un furor que participa de venganza y de rabia apela á todos los medios para arrastrar á él al hombre su corruptor y su tirano. Araña inmunda, extiende como un vasto hilado, su poder seductor por toda la redondez de la tierra. Desde el trono imperial en que está de asiento, desde Roma, corazon del imperio, en donde tiene su morada, envia sus hilos peligrosos al senado, al foro, á los palacios, y á las cabañas. El viajador cae en él en las hospederías, el hombre ocioso en los lupanares de que están llenas las ciudades, y sus cuarteles, y hasta el mismo devoto las halla en los templos de los dioses. Si la muger contrae lazos, parece que es para mejor vengarse del hombre, y volverle, rompiéndolos, el oprobio y la irrision pública en cambio de la opresion doméstica con que él la agovía como

esposa y como madre. Hábil en el ultraje, escoge el momento en que la afrenta será mas sensible. Sin manifestar indignacion ni sorpresa, escribe Ciceron á su familia como un *hecho corriente* la siguiente noticia : « Paula Valeria hace divorcio sin motivo, y en el mismo dia en que su marido llega de Provincia, le envia su repudio, haciéndole notificar en el mismo dia su matrimonio con Décimo Bruto (84). » Y Paula Valeria no tocaba aun los límites á esta terrible licencia. Vino tiempo en que el divorcio les fué permitido por las leyes sin que ni aun estuviesen obligadas á notificarlo á sus maridos. Un rescripto de Diocleciano, príncipe digno por todos respetos de poner la última mano á la legislacion sensualista de Augusto, autoriza formalmente el repudio por parte de la muger sin saberlo el marido.

Estas especies de repudios femeninos se hicieron tan frecuentes, que los autores menos delicados en hecho de costumbres no pudieron menos que declamar contra ellas y vituperarlas. « ¿Que muger, exclama Séneca, se avergüenza ya de divorcio, desde que ciertas señoras ilustres y de noble alcurnia no datan sus años por el número de cónsules sino de maridos? Dejan un esposo para tomar otro, y se casan para divorciarse. Se temia esta infamia cuando era poco comun; pero ahora que todos los registros públicos están llenos de actos de divorcio, se ha aprendido á hacer lo que tan á menudo se oia. ¿Se tiene en el dia el menor rubor del adulterio, cuando se ha llegado al extremo de no tomar un marido sino para irritar pasiones estrañas? La castidad no es ya mas que una prueba de frialdad. La afrenta de estos crímenes ha desaparecido desde que se han multiplicado (85). »

Lamentos vanos! La muger se burla de estos tardíos sermones, y continua á tomar como un juego todas las leyes divinas y humanas (86). Se ha despojado de todo pudor: lo que es su vergüenza forma toda su gloria: marcha ergida y fiera cuando ha encadenado á su inmundo carro algun personage eminente, y puede con su lujo y desenfreno devorar las riquezas de los dueños del mundo, sangrientos despojos de provincias enteras. La una lleva sobre sí por cuarenta millones de sextercios de perlas y de esmeraldas (87). La otra se hace seguir de un rebaño de burras paridas para bañarse con su leche y conservar la blancura de su piel (88):

todas muestran una perversidad, un orgullo, un desenfreno que hace ruborizar y estremecer. Su morada no es menos terrible que la patria de los tiranos de Sicilia. ¡Ay de la camarera, peinera ó esclava que por la mañana se hace despertar! Llueven los palos sobre sus espaldas, y corre la sangre en la casa á fuerza de azotes y latigazos. Algunas se valen de ejecutores, y mientras azotan á las infelices dependientes, ella se pinta la cara, ó dá audiencia á sus amigos, ó contempla el oro y el dibujo de un nuevo vestido. Continuan los golpes, y ella recorre los artículos de un largo escrito. Se azotaria eternamente pero las fuerzas faltan á los ejecutores y hay que contentarse con esta justicia. Dirigiéndose entonces á la víctima: «Sal de aquí, desdichada, le dice con una voz de trueno.»

Quiere parecer mas adornada que de ordinario. Si la espera una pobre esclava, se afana en rizarle los cabellos. «Mira que desigual este bucle!» y un látigo castiga al momento esta culpable impericia. Que ha hecho la pobre muchacha? Es culpa suya si tu nariz te disgusta? Viene otra á peinar al lado izquierdo y hacer flotar los cabellos en elegantes anillos. Sigue la multitud de criadas llevando vasos llenos de esencias y de pomadas: su cuarto parece un laboratorio de un farmacéutico. Es llamada despues á consejo una vieja jubilada: cuando esta ha dado su dictámen, las subalternas emiten por su turno su opinion, cada cual segun su edad y talento; diríase que se trata de la vida ó del honor.

Por la noche va á los baños, y al ver el aparato que le sigue, diríase que se traslada un acampamento. Se ha de sudar, nuevo ruido: cuando ha balanceado una masa pesada se le inflama el semblante, y es tal su sed, que vaciaria de un solo trago el ánfora que pone á sus piés: bebe antes de cenar dos cuartillos, que restituidos al momento limpian el estómago y dispiertan una hambre voraz. El vino fluye sobre el marmol, ó se pone en una gran tinaja que exhala el olor del falerno, pues cae en un tonel en figura de enorme serpiente. Ella bebe y vomita, y su esposo cierra los ojos, pudiendo apenas contener la cólera que hierve en su pecho (89).

Tal es el debil bosquejo de la vida de millares de Cleopatras, de Popeas, de Livias, de Julias, de Mesalinas, de Drusilas, de Berenices, y de Faus-

tinas, en una palabra, de la muger pagana en esta época incalificable. Y he aquí la muger, la madre, la esposa, la hija, la hermana, la noble, la benéfica compañera del hombre, aquella cuyo semblante debe ser en el hogar doméstico lo que es el sol al levantarse en el horizonte (90): alegría, vida, belleza, felicidad, vedla convertida en el ser mas vil, mas asqueroso, mas maléfico, mas degradado de la naturaleza entera; verificándose lo que los sagrados libros habian predicho de su preversidad infernal (91) y mas que justificando la opresion que sobre ella pesaba. Que mas! A no ser que sea aniquilada con la familia, de la cual es el honor y la vida ó el oprobio y la muerte; es indispensable que sea regenerada, pues ha tocado ya los límites del mal, y se ha hecho en todo semejante á su tipo pagano: se ha convertido en orgullo y deleite.

Aunque los hijos é hijas conservan ó no la vida segun el capricho de sus padres, y los que la conservan están en la mas dura opresion; con todo, esta es mucho mayor para la muger sobre la que gravita una especie de privilegio de crueldad. Un fracmento del poeta Menandro confirma de un modo bien positivo la preferencia concedida desde los mas antiguos tiempos de los hijos sobre las hijas. «Una hija, dice, es una carga incómoda y pesada para un padre. El pobre muy poco porque pueda, cria todos sus hijos, pero á las hijas las expone aunque sea rico (92).» En Eurípides se halla en el fondo el mismo pensamiento. «Una vez salida la hija, dice el poeta, de la casa paterna, no pertenece mas á sus padres, sino á su marido. El hijo al contrario nunca abandona los dioses penates de su familia, y honra el lugar donde reposan sus pasados (93).»

En Apuleyo se vé un marido, que partiendo á un largo viaje y dejando á su muger en cinta, le manda dar muerte al hijo que ha de venir al mundo, si es del sexo femenino (94). El mismo hecho leemos en Terencio. Chremes parte para un viaje: su muger está en cinta: manda él friamente que si pare una hija, la haga perecer (95).

Por un inaudito trastorno de todos los sentimientos naturales, este furor homicida se habia apoderado del corazon de las mismas madres; las cuales llegaron al punto de atentar, con mas frecuencia quizá que sus maridos, contra el fruto de sus entrañas. Tal es la atroz acrimina-

cion que les dirije el pintor mas vivo de las costumbres paganas (96).

Entre los millares de niños que los Romanos dejaban abandonados en el Velabro, pantano fangoso é inmundo junto al monte Aventino, y la columna Lactaria en donde desaguaba la *Cloaca* máxima de Tarquino, y que hombres infames venian á recoger por la noche para sus criminales designios; los primeros eran los *proveedores de lugares infames*, que ponian á parte las niñas de leche, y que criaban despues para servir de pábulo á la disolucion. ¿Puede darse especulacion mas horrible atendidas las costumbres de aquel tiempo?

¿Qué sentimientos debia tener la hermana para con su hermano, sino las de una esclava tímida á la vista de su señor, pues muerto el padre pasaba á ser propietario de ella y heredero exclusivo de los bienes de la familia?

Ni la religion, ni la filosofía, ni la legislacion pagana podian levantar al hombre á su dignidad y mucho menos á la muger.

La religion presentaba en sus númenes modelos de todos los vicios, de todos los crímenes sociales y domésticos. En sus fiestas se mostraba lo mas indecente y corruptor. Se burlaban de sus dioses.

¿Que hicieron los filósofos? Sancionar estos mismos exesos, dejarles al pueblo, aunque los condenasen en su ciencia.

De los legisladores ya lo hemos visto.

Tal era pues la muger pagana, la muger bajo el doble yugo del hombre y de la sociedad, antes que el Reparador del mundo viniese á rehabilitar la ley primitiva que la designaba como á carne de la carne del hombre, y que en el órden espiritual, del cual desaparecen los sexos, la anivelase enteramente al hombre en dignidad, en mérito, en esperanzas y en premios. Dijo Tucydides, que la muger mas virtuosa era aquella de la cual se hablaba menos. Este juicio, por parte de un ciudadano de Atenas, de aquella ciudad en donde las cortesanas decidian de la guerra y de la paz, y tenian estatuas de oro entre las estatuas de los reyes, y sepulcros mas magníficos que Milciades y Pericles, prueba que las ideas justas y exactas nunca han estado del todo desterradas de la tierra. Valerio Máximo, que vivió en el reinado de Tiberio, ha dado elogios en varios pasages suyos á las damas romanas, mas ¡cuales

son los objetos de su admiracion! Porcia, hija de Caton y muger de Bruto, que conspiró contra ellos, y como ellos se dió la muerte: Julia, muger de Pompeyo, que murió de terror por haber visto un manto de su marido teñido en sangre: la jóven romana que en la cárcel alimentó á su madre con su leche: la hija de Hortensio, que se defendió delante del senado de Roma: Paulina, muger de Séneca, que se abrió las venas con él. Arria, que viendo á su marido que vacilaba en morir, se traspasó el pecho y le alargó el puñal. La tribuna romana acababa de resonar con los elogios de Junia, hermana de Bruto y muger de Casio, republicana ardiente y apasionada de Livia, muger de Antonio, rival de Cleopatra, tan interesante por su belleza como por su infortunio. Ved ahí lo que eran las mugeres en el momento en que la nueva Eva pareció sobre la tierra. En todo este cuadro de costumbres de las mugeres paganas no se ven ni la gracia, ni la dulzura, ni la humildad, ni la calma, ni la resignacion, ni el pudor, ni el secreto sacrificio á todos los deberes, ni la satisfaccion interior, ni la modestia. Y este conjunto de virtudes, que forman las virtudes de María ha venido á ser ahora el modelo de todas las mugeres cristianas.

Tal era pues el estado de la muger en el mundo cuando nació la Madre divina del Salvador.

Notas.

(1) Hemos estractado la mayor parte de estas noticias de las elocuentes páginas del Sr. Gaume, en su bello libro de la historia de la familia; pues nos ha parecido que nadie como él ha sabido presentar bajo mejor punto de vista y con mayor concision la materia de que nos ocupamos.

(2) Véase á Creutzer *Religiones de la antigüedad*, Huet *Quæst. Zend Avesta*, traducido por Anquetil etc.

(3) Herodoto lib. I. cap. 196. Estrabon, lib. XVI.

(4) Herodoto y Estrabon en los libros citados.

(5) Estrabon, lib. XI.

(6) Herodoto, lib. I. Estrabon, lib. XV.

(7) Brisson, *De regio Persarum principatu*, lib. II. cap. 155. Bardesan. apud Euseb. *Præp. evang.* lib. VI. cap. 10.

(8) Herodoto lib. I.

(9) Ibid. ad finem.

(10) Estrabon, lib. XI.

(11) Id. lib. V. n. 7.

(12) Ibid.

(13) Ibid. n.° 16.

(14) Lib. XV.

(15) Soirées de San Peters, tomo. II.

(16) Rennell, *Descrip. del Indostam*, tomo. II.

(17) Estrabon lib. XV.

(18) Historia general de los Arabes lib. IV. cap. 7.

(19) Arrian. *In Exped. in Ind.*

(20) Du Halde, *La Chine.*

(21) Bardesan. apud Euseb. lib. VI cap. 10.

(22) Vida de Lycurgo por Plutarco.

(23) Politic. lib. XI cap. 9.

(24) Plutarco in Solon.

(25) Polit. lib. II. cap. 8.

(26) Lib. X.

(27) Potter Antiquities of Grece. vol. I.

(28) Lib. I.

(29) Herod. lib. II.

(30) Pyrron hypotyp. lib. III. cap. 24.

(31) Valer, Max. lib. II. Munter *Relig. des Carth.*

(32) Ibid.
(33) Estrabon lib. XVII. Salust. *in Jugurtha*.
(34) Lando If. *Hist*. Ætiop. lib. IV.
(35) Tacit. *Germ*. c. 18.
(36) Pomp. Mela lib. II. *Gothor. hist*.
(37) Estrabon lib. IV. Sófocles *Ælip. Col*. vers. 339.
(38) *Specul. Saxon*. lib. I. cap. 45.
(39) Véanse Jornandes, Flero etc.
(40) Adam Bremens in *Saxogoth*.
(41) Cic. *Topic*. Apul. lib. X. *de Asino*. Arnobio *Adversus gent*. lib. IV.
(42) Lib. II. cap. 26.
(43) Heinec. *ad Legem Papiam*. libro. II. cap. 9.
(44) *Leg. Pap. Popp*. c. 12.
(45) Festo *Signum pudicitiæ*.
(46) Valer. Maxim. lib. II. cap. I. *De matrimon. ritu*.
(47) Treb. Poll. *de Trig. Tyran*. c. 32.)
(48) *Quæst. Rom*. c. V.
(49) Paul. de *Jure dot*. lib. II.
(50) Ulpi. lib. VI. §. 13. *Lex. Pap*. c. 24.
(51) *Pro Murena* cap. 12.
(52) Tab. V.
(53) Valer Maxim. lib. II. n. 4. Dionys. Alic. lib. II.
(54) *De Civit. Dei* lib. III. cap. 21. Tit. Liv. lib XLI, cap. 34. Jacob Perizonius *Dissert*. Terrasson, *Hist. de la jurispr. rom*.
(55) Quæst. Rom. p. 281.
(56) Plauto *Mil glor*. act. III. esc. 1ª
(57) Ibid.
(58) Plutarc. *in Paulum Æmil*. c. 3.
(59) Plutarc. in vita Pompey.
(60) Plut. *Vida de Syla*.
(61) Id. *Vida de Caton*.
(62) Id. *Vida de Ciceron*.
(63) Digest. Lex. 61. De *donatio. intervir. et uxor*.
(64) Juv. *Sat*. VI. 142 etc.
(65) Juv. *Sat*. VI.
(66) Lib. VI.
(67) Heinec. lib. IV.
(68) Art. 6.º
(69) Art. 93.
(70) Heinec. lib. II. cap. 4 Gruter *Inscrip*. p. 434.
(71) Nougarede *Legislacion sobre el derecho y el matrimonio* tom. I.
(72) Quintil. lib. X.
(73) Paul. lib. IX. *De divortiis*.
(74) Juv. *Sat*. VI.
(75) Teren. *Heauton. Escena* 1.
(76) *Mecat*. Acto IV. Escena VI.
(77) Ulpian. lib. XLV. § 4. *Deritu nuptiar*. *Paolo lib. II. De concubin*.
(78) *Cod*. Lib. V. tit. 17.
(79) Véase á Dion. Lib. LVI y Aulo Gelio Lib. I. cap. 19
(80) S. Ambr. *De Virginit*.
(81) Dion lib. XVI.
(82) Suet. *In Oct*. c. 31.
(83) Suet. *In Oct*. c. 31.
(84) Cic. Lib. VIII. *ad famil*. Epíst. 7.
(85) Séneca *de Beneficiis*, Lib. III. cap. 16. et. 17.
(86) Juv. *Sat*. VI.
(87) Plin. *Hist. nat*. lib. XX. cap. 58. Edit. Panckouke.
(88) Plin. *ib*. lib. XXVIII. cap. 50.
(89) Juvenal *Satyr*. VI passim.
(90) Eccli. XXVI. 21.
(91) Eccli. XV. 26.
(92) Stob. *Serm*. LXXV.
(93) Stob. *Florileg*. tit. 17.
(94) Apul. *Metamorph*. lib. 10.
(95) Terencio, *Heauton*. Acto IV. Escena 1.
(96) Juvenal, *Satyr*. VI.



MUGERES DE LA BIBLIA.

NUEVO TESTAMENTO.

ANA,

MADRE DE LA SANTA VÍRGEN.

Felix unam promeruit suscipere natam quæ unicum conciperet et proferret Dei filium.

FULBERT. CARNOTENS. *De Ortu almæ Virginis*).

No es una vírgen, tierna como una flor que guarda aun cerrado su capullo á los besos del céfiro, la que vamos á proponer como modelo de justicia y de perfeccion. La esposa de Joaquin era ya un crepúsculo brillante que debia preceder la aurora del Sol de Justicia. Caducaba ya la ley de la espectacion: el mundo se acercaba ya al momento de su rehabilitacion gloriosa: los cielos debian llover al Justo; y Ana, la hija de Matan, era la nube resplandeciente, de cuyo seno habia de salir á la tierra la madre del Salvador. Rama escogida de la familia sacerdotal de Leví, debia enlazarse con otra de la casa Real de David, y de este enlace ilustre, símbo-

lo de la union del sacerdocio y del imperio, debia nacer la madre del Mesías.

La pintura que hace el Espíritu Santo de la muger fuerte, se personificaba en la casta Ana, nombre ya célebre entre las heroinas del pueblo de Dios. No se lamentaba, como la madre de Samuel, de su esterilidad, porque su corazon era fecundo en buenas obras, y sufria con resignada conformidad, y con la alegría del justo aquella privacion que se tenia por una marca de oprobio. Cuarenta años de virtudes le valieron una mirada del cielo, la mas propicia que se dió á criatura alguna, si exceptuamos á su privilegiada hija; y una súplica, salida de una alma abrasada de caridad, fué suficiente para que se obrase en su seno aquel misterio de la exencion de la culpa, que supera en gloria y felicidad á las delicias del paraiso. María fué concebida inmaculada en el seno de Ana! ¿Qué elogio equivale á estas palabras? Oh que fruto! ¿Y quién podia ser digno de él sino el seno de Ana? He aquí el modelo de las madres segun la naturaleza, pues María lo fué segun la gracia. Amor, ternura, pureza, solicitud, júbilo santo, todo lo mas bello y delicado de la maternidad vino á rodear la cuna de María y los cuidados de su digna Madre. Dulzura, humildad, candor, todas las gracias del cielo y de la tierra nacieron cual nunca se hubiesen visto en la infancia de María; y la embelesada Madre, la dichosa entre las dichosas, mecia en su tierna cuna, y estrechaba entre sus brazos, y alimentaba con su leche la Esperanza del mundo.

Digna émula de la muger de Elcana la madre de María prometió en su corazon consagrar á su querida hija al servicio del templo, voto ratificado por su santo padre. La niña María sonreía á su virtuosa madre con aquella mirada celeste de candor que aun no habia visto la tierra. Despues de presentada al Señor é inmolada la víctima del sacrificio, la hija de Ana fué admitida en el número de las tiernas vírgenes que, ocultas á la vista del mundo, se educaban á la sombra sagrada del altar. Ana no podia respirar léjos de María. No tardó en ver espirar en sus brazos al santo esposo, el cual pasó á esperar en el Limbo al Libertador de Israël que habia de nacer de su hija; y colmada ella de virtudes y de bendiciones, y vislumbrando quizás los altos destinos de María, á los

sesenta y nueve de su edad, durmióse en el dulce sueño de los justos, dejando á los siglos la que debia ser exaltada sobre los ángeles y los hombres. Veamos ahora algunos de los rasgos y circunstancias que se han podido recoger de su vida.

Desde San Juan de Acre al lago de Tiberíades, se atraviesa la graciosa llanura de Zabulon coronada á derecha é izquierda de colinas que se levantan en suaves pendientes, y parece quieren escribir las ondulaciones de su superficie con bellos penachos de variado verdor. Despues de haber trepado la cordillera de montañas que está unida con el Líbano, y corre del norte al mediodía hasta los arenales de la Arabia Petrea, hállanse en la aldea de Sófora restos de una ciudad en otro tiempo vasta y floreciente. Los Romanos la habian dado el nombre de Diocesarea, nombre grande, pues era grande la importancia que le habian dado, haciéndola la primera ciudad de la Judea despues de Jerusalen. En la edad media, pudo contemplar desde lo alto de sus almenas la célebre batalla en que sucumbió la pretencion de Luy de Lusiñan, á la corona no bajo la cimitarra de Saladino, pues no pudo la espada domar la bravura de los Francos, sino en los torrentes de llamas que se levantaron de las hierbas incendiadas por el enemigo, y que el viento llevaba con las flechas musulmanas y torbellinos de polvo á los ojos de los cruzados.

Pero lo que mas contribuye á la celebridad de Sófora no son por cierto sus recuerdos de grandeza profana, ni su corona de ruinas, ni su posicion amenísima, ni sus horizontes espléndidos: el Cristianismo es el que ha llenado aquellos lugares de una gloria imperecedera, y ha puesto allí un manantial de vivas y poderosas emociones que se derramara, sin agotarse, hasta el fin de los siglos. Sófora fué el domicilio de Joaquin y de Ana, padres de la Vírgen María: tres horas de camino por las montañas conducen de este pueblo á Nazareth, en donde el Verbo se hizo carne, y en donde algunas tradiciones ponen tambien la cuna de la Vírgen María. ¡Quien podrá pisar sin un dulce estremecimiento de júbilo y de amor aquel suelo privilegiado, en el cual germinó y floreció la salud del mundo? Aquellas alturas fueron el escabel que sostuvo la magestad del Eterno, cuando bajó los cielos y tocó la tierra: en aquel hogar reducido fué donde el Cristianismo dió su primer vagido, y desde allí tomó

su primer vuelo para recorrer y cambiar el mundo. De aquellas colinas descendió diez y ocho siglos hace un rio de fé y de caridad, que ha purificado los espíritus, revivado el fuego de los corazones, dulcificado las leyes: allí es el lugar donde toda palabra necesita templarse para tener alguna fuerza, donde toda alma va á chupar la vida, y hallar un dulcísimo refrigerio. De las honduras de aquellos vallados nació la libertad verdadera, la civilizacion moderna, el respeto del derecho, el descrédito de la fuerza, la rehabilitacion de la muger, la conciencia invencible de nuestra dignidad espiritual, y el secreto de los grandes destinos del hombre.

El Evangelio ha dejado pues en la obscuridad la vida de Ana y de Joaquin: y aun la sola tradicion ha hecho llegar hasta nosotros los nombres de estos santos personages. Su vida exterior no hizo ningun ruido en el mundo, pero su alma brillaba con tal resplandor de virtud, que Dios quiso premiarla haciéndola un objeto de culto para los cristianos. Por el alma en efecto pertenecia á la línea ilustre de aquellos creyentes que vislumbran y aspiran á otra inmortalidad muy diferente de la de la fama y á una felicidad distinta de la felicidad de la tierra: y por la carne eran de la sangre de David, cuya raza llegó á empobrecerse bajo el gobierno de príncipes extrangeros, pero rica con sus recuerdos, y mas rica aun con sus esperanzas que le mostraban al Mesías en un próximo porvenir.

Ana, pues, á quien los Santos Padres apellidan el consuelo de los hijos de Dios, habia nacido en Belen, de la tribu de Judá, á dos leguas de Jerusalen, llamada comunmente en el Evangelio *ciudad de David*, por haber sido la patria de aquel monarca. Tuvo por padre á Matan, sacerdote de Belen, de la tribu de Leví, y de la familia de Aaron, que entre los Judíos era la familia sacerdotal. Su madre se llamó María, de la tribu de Judá, ambos esposos tan ilustres por su elevada alcurnia como recomendables por su ejemplar virtud. Tuvieron tres hijas; la primera, que se llamó María, como su madre, casó con Cleofás, y fué madre de Santiago el menor, de San Judas, de San Simeon, sucesor de Santiago, obispo de Jerusalen, y de San José, por sobrenombre Barsabas, ó el Justo. Estos son aquellos discípulos del Salvador, á quienes el Evangelio llama *hermanos suyos*, segun el estilo introducido entre los Judíos, pero no eran mas que primos, como hijos de una

tia de la Santa Vírgen. La segunda hermana de Santa Ana fué Sobé, madre de Santa Isabel, la cual, por consiguiente, era prima hermana de la Vírgen María. Y la tercera hija de María y de Matan fué Ana, destinada por el Señor para dar al mundo aquella de la cual habia de nacer el Hombre Dios.

Ana llevaba en su nombre, que significa gracia, un indicio providencial de su bondad interior. Porque, siendo escogida de Dios para dar al mundo á la Vírgen María, debia ser digna de tener por hija á aquella dulce y misteriosa criatura, santificada antes de nacer, tan humilde y tan grande en su vida, de una belleza tan pura, cuya alabanza se halla en todas las lenguas, y cuyo amor está en todos los corazones, y que fué colocada en el firmamento de la Iglesia para derramar sobre la noche de nuestras almas el fuego de su serena y pacífica luz. Este nacimiento, vagamente esperado por la multitud de las generaciones, que habian recibido del Eden la promesa de un libertador, era el alba de tersa y blanquecina lumbre que anuncia la proximidad del sol; y festejada hoy dia por toda la tierra, fué ignorada de los hombres, envuelta en el silencio, sin pompa ni estrépito. Un soldado feliz ocupaba el trono del mundo: las águilas romanas estaban por todas partes de vuelta al Capitolio, dejando caer coronas sobre algunas testas de príncipes diseminados por sus vastos dominios: los procónsules se paseaban triunfantes por medio de las provincias, cuyo trabajo y cuya vida se transformaban en oro y en placeres bajo sus manos y á medida de sus deseos: el pueblo rey no cuidaba sino de su pan y de sus juegos. En medio de tantas delicias y de tantas grandezas, ¿quién hubiera querido venir á saludar una cuna humilde, ignorada, en donde no habia mas que pobreza, pureza sin tacha, sencilla y cándida resignacion á la voluntad de Dios, ardiente amor de servirle, cosas todas ó desconocidas ó despreciadas de los hombres, y solamente poderosas delante de Dios?

Aunque es de creer que Ana, por sus eminentes virtudes, y por su amor al retiro, sentiria inclinacion á la virginidad; con todo, mientras duró en el pueblo escogido el largo período de la espectacion, las doncellas, por mas virtuosas que fuesen, no se atrevian á renunciar á la esperanza de dar un Salvador al mundo. Y esta esperanza fué sin du-

da la que decidia á las vírgenes mas castas á no despreciar la mano de un esposo. Ana, pues, la candorosa Ana no rehusó la mano de Joaquin; haciendo quizás el sacrificio mas costoso de su vida para no privarse enteramente de la dicha que debia recaer sobre una de las hijas de Israël. Pero el Señor quiso poner á prueba la virtud y la humildad de la madre de María, para hacerla digna de tal hija; y sujetó por espacio de cuarenta años á la triste Ana á la humillacion de la infecundidad, marca de oprobio para las matronas hebreas. El corazon de Ana, aunque ardorosamente unido con la voluntad del Señor, no podia dejar de mostrarse sensible á tan dolorosa humillacion: los años acumulados sobre su cabeza estaban ya para disipar la última sombra de esperanza: el santo esposo compartía con ella el dolor y la resignacion, y su pecho suspiraba en silencio, ofreciéndose como en holocausto, pero mirando con una santa envidia á aquellas esposas afortunadas que podian tener afinidad con el deseado Mesías.

¡Que súplicas saldrian del fondo del alma de aquellos santos esposos para alcanzar del cielo el don de la fecundidad! Pero cuando la súplica es humilde, cuando sube al trono de Dios acompañada de la resignacion santa á su querer divino, entonces es poderosa, y hace á Dios una dulce violencia para acceder al puro y fervoroso ruego. El Señor oyó propicio una peticion que él mismo habia inspirado, y Ana quedó colmada de las gracias de Dios, sintiendo ya en su seno á la que debia ser concebida sin la mancha original. El seno de Ana se transformó en un depósito de las riquezas del cielo y de las esperanzas de la tierra. Al fin salió á luz la hija privilegiada del Altísimo, la alegría del cielo, el consuelo de la humanidad. La hija de Joaquin respiraba ya el aire de la vida.

Despues de ocho dias del nacimiento de la niña, segun la costumbre del país, Ana y Joaquin le dieron un nombre, el nombre de María, gracioso como la virginidad, grande como un corazon de madre, suave como una melodía y como un perfume celeste, nombre amado del pintor y del poeta porque encierra raudales de inspiracion, repetido por el soldado y el marinero en el momento en que arriesgan en los campos de batalla, y sobre los abismos del Océano su generosa abdicacion de la vida. Este nombre, que en la lengua antigua en que fué creado significa

particularmente estrella de la mar, y tambien señora y reina, ha sido colocado en todas partes como un encanto irresistible, sobre la puerta de la iglesia de la aldea, al frente de la soberbia basílica que se levanta al cielo como un monte decorado, al pié de la estatua solitaria, incrustada en la encina al lado del camino para guiar al viajero, sobre la cabeza del infante largo tiempo esperado, al umbral de una existencia querida, donde quiera en fin que el hombre derrama lágrimas y ruegos, donde su alma y sus miembros trabajan y sufren, donde su corazon palpita de amor, de temor ó de esperanza. El Universo está lleno del nombre de Nuestra Señora.

Dos veces en un mismo siglo la piedad del Oriente opuso este nombre como un baluarte á la invasion de la barbarie musulmana: la primera vez, en 1571 la flota de los Turcos sucumbió en el golfo de Lepanto, dirigida por el genio de Don Juan de Austria, y por las oraciones de la cristiandad postrada ante los altares de María, auxilio de los cristianos. La segunda vez los Turcos invadieron hasta el corazon de Europa en 1683, y sitiaron á Viena con doscientos mil hombres. El Emperador de Austria habia llamado á su socorro á todos los príncipes cristianos. Los formidables asaltos, las salidas peligrosas se multiplicaron sin fruto; pero la plaza parecia no poder sostenerse por mucho tiempo; cuando Juan Sobieski, rey de Polonia, corrió con su valeroso ejército. El dia mismo en que debia darse la batalla decisiva, muy de mañana, el noble guerrero, rodeado de sus generales, oyó piadosamente la misa, y recibió en ella la comunion. Despues del sacrificio, se levantó diciendo: «Marchemos al enemigo con confianza, bajo la proteccion de Dios y la asistencia de la Vírgen María.» Y no fué vana esta confianza. Los Otomanos quedaron vencidos, dejando entre los despojos el grande estandarte de Mahoma. La Turquía no se levantó nunca mas de estos dos desastres, en los que, por su parte, las naciones cristianas encontraron su salud, y reconocieron la especial intercesion de la Vírgen, celebrando con unanimidad por una fiesta especial el santo nombre de María.

Ana, en el fervor de sus rasgos, habia prometido consagrar al servicio del Señor el fruto tan deseado cuanto mas tardío que él se digna-

se concederle; y el santo esposo debió secundar, ó tal vez ofrecer el mismo voto. Al llegar pues la tierna niña á la edad de tres ó cinco años, Ana y Joaquin la condujeron á la ciudad santa para presentarla al templo y consagrarla á Dios. Sus padres la habian presentado y consagrado á Dios en espíritu desde que su existencia en el claustro materno les fué conocida, y aun mas, cuando salió á la luz del mundo; pero era indispensable completar aquel sacrificio, costoso tal vez á su corazon paternal, si el amor intenso de Dios no se lo hiciese grato y soportable. Despues de la ceremonia de la presentacion, quedaron los ancianos padres privados de su dulce unigénita, y María quedóse al servicio del templo del Señor. Allí su jóven alma, prevenida de todas las bendiciones, y poseida de un elevado sentimiento de todas las realidades del cielo, hizo alianza con el Criador, é inauguró en el mundo aquella virtud reservada á los siglos y á los pueblos cristianos, que sublima al alma humana hasta á la incorruptibilidad de las naturalezas angélicas, y asocia la carne fragil á las prerrogativas del espíritu. En la tierra á esta virtud se le dá el nombre de virginidad, y en el cielo aun tiene un nombre mas bello. Su símbolo es una flor, que de entre todos los objetos sensibles es lo mas gracioso, lo mas delicado, lo mas suave, lo mas puro. Revolucion sin igual! Este acto de la Vírgen María ha venido á ser como el título de nobleza y el orígen augusto de estas generaciones misteriosas que, consagradas á Dios, no se dan otra posteridad que en la familia invisible de las almas; y que no haciéndose llamar acá en la tierra, ni padre, ni madre, no renuncian el oir nombrarse así en la Eternidad por inteligencias trasladadas de la incredulidad á la fé, ó por pechos salvados del naufragio de las pasiones.

Ana regresó á su país con su santo esposo, y allí, ya antes ya despues del viaje de Jerusalen, en una casa indigente, arrimada á una colina, á la cual se subia por algunos escalones cortados en la roca, es donde María fué amoldada á la piedad por los cuidados maternales. Sábese ya cuan felizmente esta vida sencilla pero grande á los ojos de Dios inspiró á los encumbrados genios de Rubens de Jouvenet y de Poussin. Y la razon es, porque nada hay tan poderoso y elevado como el sentimiento que pone á la débil naturaleza del hombre en relacion con lo

infinito, y porque siendo esto así, los horizontes de la fé son los mas ricos que el arte puede recorrer en su vuelo ingenioso, y trazar por la magia de las líneas y de los colores. Los cristianos sinceros saben tambien cuan suave perfume de edificacion se exala de esta vida oculta y como sepultada en la humildad; y nada les es tan dulce como el venerar, querer y en lo posible imitar á las almas dotadas de semejante hermosura que el Señor parece reservar para su sola mirada y para los aplausos de los cielos.

Parece que Joaquin no sobrevivió por mucho tiempo al sacrificio que habia hecho de su hija; y tal vez pidieron á Dios ambos esposos que compadeciéndose de su vejez solitaria, no tardase mucho en llamarlos á su seno, supuesto que dejaban en la tierra el vástago precioso que ya le daba gloria con sus virtudes, y que debia sobrevivirlos. Joaquin premurió á su esposa, Joaquin que viene á ser como el último patriarca de la antigua ley y el primero de la nueva.

Hay santos que por su posicion especial forman por sí solos una categoría á la que no pueden aspirar ni las mas altas virtudes, ni las mas eminentes calidades. Escogidos por la Providencia para llenar un destino en el órden admirable de los misterios de Dios, no deben confundirse con los demás santos por elevados que sean: para ellos debe haber una silla aparte en los tabernáculos eternos, así como la Iglesia de la tierra los venera con una especialidad y les tiene reservado un rango particular en la serie de sus recuerdos. Tales son por ejemplo, los primeros campeones de la celeste milicia, el precursor santo del Hijo de Dios, el discípulo amado, el apóstol de la primacía, el padre representativo de la persona del Verbo en la tierra, y tal es tambien su abuelo natural, cuya memoria celebra la Iglesia. Despues de la Madre Vírgen que llevó en sus entrañas purísimas y alimentó en sus pechos virginales al Hombre Dios, el santo mas naturalmente allegado á Jesucristo, es el bienaventurado Joaquin. La santidad no admite comparaciones odiosas como las notabilidades humanas, que la una suele engrandecerse con detrimento de la otra. Dios solo es el que penetra en el santuario del corazon, y él solo decide de lo que vale cada una de las criaturas á su presencia: y dejando aparte aquella que por

un escogimiento especial y por la divina maternidad á que estaba destinada, reunió en sí sola desde el primer momento de su sér el cúmulo de todos los dones y de todas las gracias, no es decoroso comparar santidad con santidad entre los que forman la creacion inmortal de los justos. Diremos sin embargo, que si José es el único grande por ser el depositario de los mas altos misterios de Dios, el custodio de la virginidad de María y aquel á quien Jesus quiso llamar padre y obedecer delante de los hombres, títulos cuya eminencia se pierde para nosotros en la region de lo infinito; Joaquin aparece como el único grande, como el último eslabon de la gran cadena de justos de quien habia de nacer naturalmente la Madre del Salvador, y como el único cuya sangre pura debia correr por los miembros adorables de su divino Nieto. Por manera que si aquel se presenta grande en el órden de la gracia, este se presenta no menos grande en el órden de la gracia que en el de la naturaleza. Esposo santo de una santa esposa, descendiente tambien de reyes, debia ser el tronco de aquella familia sagrada que resplandece en la plenitud de los tiempos, y en la cual se verificaron los designios eternos de Dios sobre el linage humano: jefe y patriarca de la trinidad de la tierra, cuyos miembros naturalmente se enlazan, Joaquin, María, Jesus. El fruto privilegiado que se produjo de aquellos santos viejos, fué un prodigio ya en el seno de su santa madre, como habia sido un prodigio en su concepcion, depurada de toda humana flaqueza, y cumplida por inspiracion del cielo. La gracia santificó, por decirlo así, la naturaleza en los dos santos esposos; aquella union casta dió el ser á la que habia en cierto modo de anivelarse con Dios, tanto como puede estarlo la criatura, pues la maternidad de María en la tierra es figura de la Paternidad de Dios en el cielo. Joaquin sostuvo sobre sus rodillas y estrechó contra su seno á la niña María; le prodigó las caricias y todos los cuidados paternales. Figurémonos el santo anciano inundado de gozo, el padre de María, estrechando entre sus brazos á la que habia de dar á luz al Deseado de las naciones y de los siglos, y asombrados de tan encumbrada dignidad, esclamaremos como la Iglesia: *Oh beatum par!* Oh pareja sin igual! Oh felicísimos esposos que diteis el ser á la mas dichosa, á la mas bella, á la mas grande de todas las criaturas!

No sobrevivió por mucho tiempo Ana á su esposo, y pocos años despues de su vuelta de Jerusalen, murió á la edad de setenta y nueve años. Su vida, como un fruto maduro, cayó en la eternidad. Abrasado su corazon con las puras llamas del amor divino, suspiraba ya por el descanso eterno en la posesion de Dios; y consolada con ver los progresos que en sabiduría y santidad hacia su hija querida, durmióse en el sueño de los justos, y en realidad llama la Iglesia *dulce sueño* á la muerte de Santa Ana para significar la suavísima paz de su dichoso tránsito.

Muchos años despues trasladaron los fieles sus reliquias á la iglesia del sepulcro de la Vírgen en el valle de Josafat, donde se visita hoy el de Santa Ana. El culto de la bienaventurada madre de María no tardó en establecerse, y es muy antiguo en el Oriente. Levantáronse altares en honor suyo en Jerusalen, y dos siglos atrás, se veian aun en la ciudad santa una hermosa y vasta iglesia que le estaba dedicada. Y en otra iglesia levantada sobre el sepulcro de la Madre de Dios, existia una capilla subterránea á donde se bajaba entonces por una escalinata de pulido mármol, y en donde se encontraban dos mausoleos cortados en forma de altar, uno de los cuales habia contenido en otro tiempo el cuerpo de Santa Ana.

En Constantinopla los dos Justinianos erigieron espléndidas basílicas á la gloria de la ilustre muger que fué la abuela de Jesucristo, segun la carne. Su fiesta era hasta de obligacion en el siglo XII, en todas las provincias de Oriente, que no habian caido aun en poder de los Turcos; la piedad pública habia correspondido á la de los Emperadores.

En Occidente no se descubren vestigios del culto de Santa Ana con todo el brillo de la historia, hasta el fin del siglo VIII. Por aquella época el Papa Leon III hizo pintar en los ornamentos de la Iglesia de San Pablo los principales pasos de San Joaquin y de Santa Ana, tales como los referia la tradicion. Pero con todo, los padres de la Vírgen María no eran venerados entonces por medio de una fiesta pública y solemne, pues en la liturgia cristiana difícilmente se daba lugar á los Santos del Antiguo Testamento. Pero habiéndose modificado algun tanto esta regla de disciplina, su fiesta quedó fijada para todas las iglesias del mundo el

25 de julio por el papa Clemente XIII. Por lo demás, la devocion de los pueblos se habia anticipado á la autoridad de los obispos y á la decision de la Silla Apostólica: Santa Ana era venerada en santuarios célebres en casi todos los puntos de Europa; en Bélgica, en Austria, su nombre atraia á muchas peregrinaciones una multitud inmensa y recogida.

En Francia, como en España, Santa Ana es honrada desde tiempo inmemorial, y su culto es popular. La ciudad de Apt en la Provenza, tan célebre por su antigüedad, y hecha colonia romana por Julio Cesar, se gloría de poseer muchos años hace una gran parte de los restos de la santa que San Auspicio, su primer Obispo, trajo de Oriente, y en 772 trasladó á la catedral el Obispo Magnérico. La ciudad de Chartres recibió su cabeza, que le envió sobre el año 1205, Luis conde de Blois, compañero de armas de Baudoin de Flandes, en la expedicion de la Tierra Santa. La ciudad de Dijon la invocó públicamente, y obtuvo por su intercesion el quedar libre de una terrible epidemia en 1531, y como expresion de su reconocimiento, celebra el dia 26 de julio con la misma solemnidad que el dia de Pascua.

Pero el santuario mas famoso que tiene Santa Ana en Francia es el de Auray. Todos los Bretones le visitan fielmente á lo menos una vez á la vida: no hay madre ni hermana que no haga voto de visitar la iglesia de la gloriosa Patrona, por un hijo ó hermano en peligro; y no hay padre ni hermano, que libre del peligro y de la muerte, no cumpla religiosamente el voto formado para él. Movidos de puros sentimientos de gratitud, van á arrodillarse sobre las ya gastadas losas de la iglesia de Auray, detrás de las negras rejas que parecen espesarse para proteger su piadoso recogimiento, en medio de las velas encendidas, símbolo de su devocion, debajo los ex-votos, las pinturas de naves, los mil trofeos de salud colgados por las paredes y por las bóvedas: maravilloso instinto de la conciencia cristiana, que viene á buscar al pié de los altares la explicacion del dolor, crearse un instante de reposo entre el sufrimiento de la víspera y el de la mañana siguiente, y consolarse de la duracion del destierro, pensando en las delicias de la patria!

En España tiene la santa esposa de Joaquin dedicados muchos tem-

plos, y su devocion es tambien generalizada y popular. Una de las iglesias mas antiguas que llevan su nombre, es sin duda alguna la colegiata de Santa Ana de Barcelona, que antiguamente fué de canónigos regulares del Santo Sepulcro, cuya ereccion data de mediados del siglo XII (1).

Notas.

(1) Hé aquí algunas particularidades notables de esta antigua basílica.

La Colegiata de Santa Ana de Barcelona (dice el señor Madoz en su *Diccionario-geográfico-estadístico-histórico de España*) se construyó en el año 1146 aunque el presbiterio y el armero son obras mas modernas; cuya planta y forma indican alguna anterioridad al órden gótico de la segunda época. Al entrar á mano izquierda, detrás de la pica del agua bendita, yace en un suntuoso sepulcro el ilustrado D. Miguel Bohera, que fué general en la batalla de Ravena en tiempo de D. Fernando el Católico, asistió á las conquistas de Trípoli, Bugía, Oran y Mazalquivir, y fué nombrado general de las galeras de España por Cárlos V. Bello y espacioso es el claustro que convida con su quietud y recogimiento; pero no podemos señalarle la misma antigüedad que á la iglesia. La frondosidad de los árboles que sombrean sus paredes, el silencio del lugar, y cierta sencillez que la caracteriza, son tal vez los atractivos no menores de este templo, que se presenta como un pacífico é ignorado retiro en aquella parte de Barcelona. La iglesia es regular, de una sola nave, que tuvo antiguamente en medio el coro, trasladado hoy al extremo de la iglesia verdaderamente claustral. Tiene siete altares, que nada ofrecen digno de notarse, á excepcion del del Santo Sepulcro en que hay varias figuras antiguas, que veneran con gran devocion los de Barcelona, particularmente en los dias 16 y 17 de marzo en que, visitando aquel altar, se ganan las mismas indulgencias que se ganarian visitando el Santo Sepulcro de Jerusalen. Puede decirse que son muy contadas las personas que dejan de concurrir al templo estos dias, verificándolo algunas muchísimas veces en la misma mañana ó tarde. En la capilla de San José llamado del Sacramento, se ven algunas pinturas de Juncosa,

de bastante mérito: dicha capilla es muy retirada é infunde devocion. Tambien es de notar que en esta iglesia hay una capilla llamada de San Daniel, á la que concurren generalmente muchas personas de la clase proletaria, y mas bien mugeres. El clero colegial se compone de un prior, dignidad reservada al papa, segun el último concordato, doce canónigos de nombramiento real, cuatro comensales ó racioneros y varios beneficios....... Fué muy distinguida esta Colegiata por los reyes de Aragon y los Católicos D. Fernando y D.ª Isabel, la cual regaló un terno de terciopelo, que todavía se conserva. Un hijo natural de D. Fernando fué prior en esta Colegiata, y aun se designa el pueblo de donde era oriunda su madre. Fernando el Católico celebró cortes en ella.



LA SANTÍSIMA VÍRGEN.

Maria, de qua natus est Jesus, qui vocatur Christus.

(MATTH. I. 16)

Beatam me dicent omnes generationes.

(LUC. I. 48).

La Europa debe únicamente al Evangelio el imperio que ejerce sobre los destinos del mundo. Del Evangelio ha sacado su superioridad intelectual y moral, la mansedumbre sucesiva de sus costumbres, la perfeccion de sus leyes, la grandeza de sus instituciones, y hasta la esperanza que tiene en el porvenir. Porque si nosotros pudiéramos caer en la decrepitud, solo seria perdiendo el Evangelio; y si los pueblos mas ó menos bárbaros del Asia, del Africa, de las islas Oceánicas y del Nuevo Continente se sientan algun dia, como no debemos dudarlo, en el banquete de la civilizacion, será solamente el dia en que aceptarán el Evangelio, para siempre

inseparable de todo lo grande que hubo, hay y habrá en el universo.

A diferencia de las cosas humanas que tienen tanto menos de vida cuanto mas han vivido, el Cristianismo puede dar sus victorias pasadas como garantías de sus futuros é inevitables triunfos. La razon de ello es mucho mas elevada que la esfera en donde sus impotentes contradictores van á buscar sus críticas ilusorias: y lo que nos autoriza para decir que el Cristianismo es una revolucion definitiva, es la elevacion y la santidad de su principio. Para los creyentes, nada hay mas indudable: para los demás, que pregunten á la historia y que juzguen.

En efecto, el Cristianismo no fué una renovacion de formas políticas y sociales, ni uno de aquellos accidentes que afectan la superficie de los Estados: renovacion y accidente que empiezan á perder de su prestigio y á retrogradar desde el momento en que han acabado de producirse. Fué sobre todo un cambio de corazones, es decir, para cualquier observador reflexivo, una revolucion que viene de un punto superior á la criatura, y que desciende hasta las honduras de la conciencia, último reparo en donde puede atrincherarse la libertad del hombre. Y por esto precisamente es tan radical esta revolucion en sí misma, y tan extensa en sus efectos.

El punto particular sobre el cual es quizás mas fácil estudiar este resultado es la rehabilitacion de la muger, tan cruelmente abatida, como hemos visto ya, en las naciones paganas, y tan maravillosamente honrada por las naciones cristianas. Este prodigioso cambio no consiste solamente, como de ordinario se cree, en que el Cristianismo ha regenerado la conciencia mostrándole la verdad á la luz de mas dichoso sol, sino que consiste sobre todo en lo que el Cristianismo dice de la redencion del hombre por la sangre de un Dios. En virtud de este dogma, la dignidad del alma humana llega á un punto tan elevado, que á tal altura, todas las calidades y todos los defectos del cuerpo, todas las distinciones políticas y desigualdades sociales no tienen mas que una importancia secundaria. Tocada por la sangre divina derramada sobre el Calvario, nuestra naturaleza espiritual brilla con un resplandor que eclipsa y rechaza hácia una esfera de segundo órden las gracias y las formas del cuerpo; brilla sobre la belleza finida como al través de miembros marchitos por el sufrimiento. Y, fuerza es el decirlo, solo la fé en esta

verdad es la que, poniendo la debilidad bajo la proteccion del derecho, y los sentidos bajo la ley del deber, ha vuelto á nuestras madres y á nuestras hermanas la herencia de su grandeza original y la magnificencia de su destino.

Mas á toda idea corresponden medios prácticos por los cuales se hace visible y entra en el órden de los hechos. El culto de la Vírgen María fué tal vez el mas eficaz de estos medios escogido por la sabiduría de la Iglesia, y así resulta tambien de la doctrina general del Cristianismo que consagra la supremacia del espíritu sobre el cuerpo, y la sugecion de los sentidos al alma regenerada con el bautismo. Debia á su vez favorecer el desarrollo de la doctrina evangélica acerca la castidad, inspirar á toda criatura humana el respeto de sí mismo, y transformar así de un modo tan lento como inevitable primero la familia y en seguida la sociedad. Esto es lo que ha sucedido precisamente, y ninguna lengua mortal puede decir todo lo que ha producido para la gloria del cielo y de la tierra el culto de María, esposa de un carpintero de Nazaret, superior á las mas ilustres mugeres por el resplandor de sus virtudes, igual á la mas pobre por la humildad de su condicion, mas pura que todas las vírgenes de quien es el modelo y la patrona, mas compasiva que todas las madres de las cuales es la protectora y el sosten.

Desde que la voz del Eterno resonó en las magestuosas soledades del Eden, diciendo al reptil maldito que una muger le aplastaria la cabeza bajo sus plantas, empezó ya á correr la tradicion entre las razas antidiluvianas que una vírgen hermosa y pura como la luz repararia en su divino alumbramiento el mal que habia hecho la primera muger. « Esta tradicion consoladora, dice Orsini en su *Historia de María*, que sostuvo las esperanzas de una raza decaida, no se borró de la memoria de los hombres en la época de su grande dispersion en las llanuras de Senaar... Y aun cuando mas tarde la religion primitiva empezó á debilitarse, y las antiguas tradiciones se rodearon de nubes, la de la Vírgen y del Mesías resistió casi sola á la accion del tiempo, y se elevó sobre las ruinas de las antiguas creencias perdidas entre las fábulas del politeismo, como el arbusto siempre verde que crece sobre las ruinas de la que fué en otro tiempo la grande Babilonia.

«Recórrase en efecto, continua el feliz historiador de María, desde el Norte al Mediodía y desde el Oriente á la Aurora, las diversas regiones del globo; regístrense los anales religiosos de los pueblos desde la tierra en que nace el naranjo hasta las montañas abrasadas en que crece el girasol, y se encontrará á la Vírgen Madre en el fondo de casi todas las teogonías.»

En efecto, en el Thibet, en el Japon y en una parte de la peninsula oriental de la India, en la China, los Lamas, los Druidas, los Bramas, los Macénicos en el Paraguay, en todas las tradiciones, en todas las crencias se halla una ninfa, una muger, una vírgen con todas las gracias de la inocencia y del candor, fecundada con los rayos del sol ó con el contacto de una flor para concebir y dar á luz el gran Legislador del Universo. Y continua despues por corolario esta observacion importante: «Reúnanse los trozos esparcidos de estas creencias adulteradas, y se compondrá casi en todos sus pormenores la historia de la Vírgen y de Jesucristo.»

Estas antiquísimas leyendas no podian ser trazadas por ninguno de los discípulos ni contemporáneos del Salvador. Los anales de los pueblos las consignan en sus viejas páginas como un eco casi uniforme de la tradicion primitiva.

Esta criatura pues tan esperada de los siglos, debia ser mas clara y espresamente anunciada por los hombres inspirados que conservaban en el pueblo escogido el hilo de sus primitivas esperanzas. Del harpa de David y de la cítara de Salomon debian desprenderse acentos proféticos acerca la agraciada y pura en el pensamiento de Dios; el santo Rey, preferido á la raza de Saul, contempla la virginidad de María y el nacimiento maravilloso del Hijo de Dios, que vé tan puro como el rocío de la aurora. «Salomon se complace en trazar su imagen con tal suavidad de pincel, que deja muy atrás las graciosas descripciones de las *Peris* de Oriente, esas alegres y vaporosas deidades que ocupan los ensueños del pastor de la Arabia.» Las mas bellas y graciosas imágenes de la naturaleza se aplican á la celestial hermosura de la amada del Esposo. «Él la vé elevarse en medio de las hijas de Juda como un lirio entre las espinas, sus ojos son dulces y azulados como los de

la paloma; sus labios semejantes á una cinta de escarlata, son un panal que destila miel, su andar es ligero como el humo de los perfumes, y su belleza rivaliza en brillantez con la luna que asoma en el horizonte.» Elías, el arrebatado profeta, descubre la Vírgen prometida bajo la forma de una nube transparente que se eleva del seno de las aguas para anunciar la vuelta de las lluvias. El estático Isaías, mira en sus raptos proféticos á una vírgen que concebirá y dará á luz un hijo por nombre Emmanuel, el cual dado por milagro al mundo, será un renuevo del trono de Jessé, una flor nacida de su raíz.

María es pues semejante, segun el mismo historiador, á aquella embelesadora figura que un pintor de la antigüedad trazó en otro tiempo, tomando rasgos esparcidos en las mas hermosas mugeres de la Grecia. La casta Esposa del Espíritu Santo reunió y reflejó en una persona todo lo que las mugeres mas célebres de la antigua ley habian ofrecido á la admiracion de sus contemporáneos. Bella como Raquel y Sara, supo juntar la prudencia de Abigail á la resolucion valerosa de Ester. Susana, casta como la flor cuyo nombre traia; Judith, cuya corona de lirios fué manchada por la sangre de Holofernes; Aza, cuya mano fué el premio de una ciudad conquistada, y esa madre tan grande y tan desventurada que vió morir todos sus hijos por la Ley, todas estas matronas magnánimas cuyos cuadros hemos trazado, si bien con la pálida luz que hace reflejar hasta nosotros la historia de los antiguos dias, no fueron mas que débiles retratos de Aquella, que debia reunir todas las gracias y perfecciones de la muger y del Angel.

Cuando fueron cumplidos los tiempos señalados por la misericordia de Dios, realizó este la palabra pronunciada sobre la cuna de la decaida humanidad. « Yo pondré, dijo al tentador, eterna enemistad entre tú y la muger, y entre tu descendencia y la suya, y ella aplastará tu cabeza,» y la palabra pronunciada despues por uno de sus profetas: « El Líbano con sus cedros caerá, pero nacerá un renuevo de Jessé, y el Espíritu del Señor reposará sobre una flor nacida de entre sus ruinas.» Y en efecto, despues de cuarenta siglos de espectacion, levántase María sobre el horizonte de la Judea. Eva segunda, verdadera madre de los vivientes, llamada á destruir por un alumbramiento divino

el crímen y la muerte. Pero María que fué concebida pura en el pensamiento de Dios desde la eternidad, no podia existir en el tiempo sobre la tierra marcada con el sello del crímen original que mancilló á la desdichada humanidad desde el momento en que gimió esclava de la culpa. Y aunque algunos grandes ingenios del Cristianismo, amantes de María, hayan pensado y defendido que estuvo sugeta por un momento á la ley general de maldicion, el amor á las glorias de María inspiró á otros talentos no menos encumbrados, é inspiró tambien á todo el pueblo cristiano y sobre todo á las almas sencillas, que la inmunidad de María, si no era declarada por la Iglesia como un dogma de fé, era un dogma de amor necesario á todo corazon que la ama, y que Dios parecia haber dejado un ligero velo sobre ese punto nebuloso de la historia de su Santa Madre, para que el amor de sus hijos le descorriera, no con la mano temeraria de la persecucion, sino con la modestia afectuosa de un firmísimo asentimiento. Este obsequio ha recibido María en todos los siglos. Este dulce y consolante misterio ha inspirado las mas bellas creaciones de la lira y del pincel; el hombre ha procurado formarse una idea celeste de un ser puro, perfecto, bellísimo, aéreo, rodeado con la luz de la eternidad: se ha esforzado, por decirlo así, en penetrar lo mas íntimamente perfecto que podia residir en el pensamiento divino, espiritualizando las formas de la hermosura material y creando, en cuanto es dado al hombre, un tipo de inocencia y de beldad que se perdiese en lo infinito; y ha producido esas imágenes divinas de gracia y de candor que nos encantan, dando al mágico pincel para trazar la concepcion de María un poder que no es concedido á la palabra. La cual sin embargo ha agotado sus fuerzas y sus recursos para engrandecer con sus torpes acentos el gran misterio de María. Ved ahí una corta muestra de lo mucho que ha forcejado el ingenio para hablar de María en el pensamiento de Dios.

«La redencion del hombre, fué decretada en los eternos consejos de Dios. El mundo debia ser inundado por la iniquidad, y el seno de María era el arca santa en que Dios habia de venir á salvar el mundo. María era la reina á la diestra de Dios vestida con ropas de oro, como cantó el Rey profeta. Corrompida la masa de Adan, inficionada por la culpa del orí-

gen, no tocó á María la inmundicia del pecado, al modo de las aguas del Jordan no tocaron al arca del Testamento.... Dios dejó que el torrente de la corrupcion inundase siglos y generaciones: mas le detuvo con su mano poderosa en la plenitud de los tiempos. Y en aquel momento María fué concebida. El Hacedor supremo detuvo el astro del dia; contuvo las ondas de un mar y de un rio; sacó flor de la vara seca de Aaron, conservó la zarza en medio de las llamas, á Jonas en las entrañas de un monstruo, á los tres niños en la hoguera de Babilonia. Gloria á él! ¿Como no detendria el torrente de la culpa para preservar á su Madre? El sol eterno fijó en María los rayos de sus gracia desde que empezó á ser. O Vírgen y Madre! Maldito fué el pensamiento de Luzbel, pues no vió en Vos la base de aquella columna que debia unir el cielo con la tierra. Uno de los mas bellos espíritus celestiales debia postrarse á vuestra presencia y adorar en Vos la madre de su Criador supremo. Las potestades debian engrandeceros desde el instante de vuestra existencia sobre la tierra: sus liras cantaban ya vuestras glorias bajo las bóvedas eternas, y acataban en vuestra formacion el pensamiento de Dios! En este pensamiento apareció la Vírgen humilde de Israël temblando á la presencia del ángel que la acata. Humildad! no es dado al hombre penetrar tu precio. Humildad! tu encierras en tu mérito casi infinito, al mérito de la mayor elevacion del universo! Tu eres el móvil secreto de la redencion del hombre á quien el orgullo habia hecho caer! Para abatir ese orgullo estuvo presente al Altísimo, antes de los tiempos, la humildad de María!

Albricias, que el albo dia
Asoma entre luces bellas,
En que la Aurora María
Electa entre las doncellas,
Mas pura que las estrellas
Vá en la tierra á despuntar.
¿No véis el general grito?
No oís el himno de gloria?
En este dia bendito

De júbilo y de victoria
Y de tan dulce memoria.
¿No oís el cañon tronar?
Antes que el mundo la viera,
Apenas fué concebida,
La que el Eterno escogiera
Fué de gracia revestida,
Y antes de gozar de vida,
De la inmunidad gozó:
Que jamás ni en su oriente
Sufrió de Satán ultraje;
Ni impresa se vió en su frente
El sello del vasallaje,
Que en su proscrito linaje
Infame culpa marcó.
Oh! que bella! que agraciada
Ya desde el materno seno,
Por su criador librada
Del mortífero veneno,
Luce, cual astro sereno
Casta vírgen de Judá!
Eva segunda y mas pura,
Iris de salud riente,
Nuncio de paz y ventura
A su raza delincuente,
De la alevosa serpiente
La cabeza quebrará.
Desde el instante primero
Del cielo placer y encanto,
Al Salvador verdadero
Llevará en su seno santo,
Enjugando el largo llanto
Del linage pecador:
Y nuestra patria dichosa

Puesta bajo de su imperio,
Celebrará jubilosa
El consolador misterio
Que el pesado cautiverio
En gloria tornó y amor.

María, pues es el nombre de la criatura privilegiada que por su belleza interior y el encanto de la mas alta virtud, debia fijar las miradas del Criador, y ser despues su madre en el tiempo. Por esto fué santificada antes de nacer, al modo que se ponen poderosos cimientos para sostener un templo inmenso, ó como se adornan los palacios en donde han de habitar los príncipes. Hemos visto ya que Joaquin de la tribu de Judá y de la raza de David, y Ana, á quien se cree de la tribu de Leví, fueron los padres de María. Toda la antigüedad eclesiástica ha glorificado el nacimiento de María, y desde los mas remotos siglos la Iglesia la celebra con una fiesta especial que se ha fijado en el 8 de setiembre. Y aun mucho mas, se ha instituido la fiesta de la Concepcion, como para apresurarse á rendir homenage á la grandeza de María desde que ella comienza á ser, no pudiendo manifestar ya de un modo mas expresivo cuanto se quiere encomiar y exaltar á la Madre ilustre de un Dios oculto (2). Nuestra patria no queda por cierto rezagada en tan gloriosos esfuerzos, y el dia en que la Iglesia universal celebra la inmunidad de la Vírgen de todo pecado desde el primer momento de su ser, es para los hijos de España un dia de júbilo y una fiesta de familia (3).

Cuando nació María, el cetro real de Judá estaba en manos de un extrangero, segun habia predicho Jacob: y su patria fué Nazareth, pequeña ciudad de la baja Galilea poco distante del monte Carmelo. María, como vimos ya, fué el premio destinado á unos padres santos, despues de la larga esterilidad de una madre resignada, á quien su esposo, lejos de darle letras de divorcio, como era de costumbre autorizada por la ley, la conservó á su lado, para ejercitarse juntos en las mas sublimes virtudes y adorar los designios soberanos de la Providencia.

La cuna de María fué pobre, como debia serlo la de su Hijo divino. La oscura condicion de sus padres, aunque de sangre Real, no permi-

tia cubrir á la recien nacida con las ricas púrpuras de Tyro ni con el oro de Arabia, ni rodearla de la gala y esplendidez de los príncipes hebreos. La sencillez de la cuna de María era ya un símbolo de su humildad, y un prenuncio de la indigencia que debia rodear la cuna del Salvador del mundo. La santa Madre transportada de júbilo por su alumbramiento é inspirada, á lo menos vagamente, con una prevision celeste de los grandes destinos á que seria llamada su hija, se deshizo en gracias al Señor por aquel inestimable presente; y en sus éxtasis de gozo, entonó un canto de reconocimiento que nos ha conservado la tradicion, y que pinta enérgicamente la alegría de una madre.

Cantaré á mi Señor fiel alabanza
Porque propicio visitó á su sierva;
Y quitando el oprobio de mi seno,
Enmudeció las viperinas lenguas
De mis contrarios, que al mirarme estéril
Sin piedad me arrostraban esta afrenta.
Dios me dió fruto de justicia santa,
Fruto fecundo en gracias y grandezas,
Que crecerá en espléndidas virtudes,
O poderoso Dios, á tu presencia.
Quien á los hijos de Ruben, pasmados,
El primero dará la feliz nueva
Que Ana, encorvada al peso de los años,
Una niña en sus pechos alimenta!
Escuchad, escuchad, ó doce tribus
Del pueblo de Israël, cual Dios ostenta
Hoy en mí su poder: la estéril Ana
Al fruto le nació su leche presta!

En el nacimiento de María recibe el mundo, sin saberlo aun, este presente de la gracia, y es el dia en que nace nuestro gozo y el prenuncio de nuestra salud. El momento en que la Vírgen vió la luz del dia, nos anuncia el objeto de nuestros deseos. El Hombre Dios va á venir, y el

seno que ha de encerrarle palpita ya entre pañales. El Dios de toda gracia preside al nacimiento de aquella á la que escogió por Madre suya en su eterno pensamiento. El sol de justicia baña ya con un rayo de púrpura la casa que debe habitar, y del cual va á salir para visitarnos. ¡De que radiante luz no resplandece este vaso fulgurante de gloria que Dios se destina para sí mismo! ¡Cuántos prodigios ocultos en su corto recinto! Esta nubecilla que se levanta dará una lluvia tan abundante que limpiará el mundo! Niña llena de bendiciones, colmada de gracias, toda pura y sin mancha, esfuerzo del poder supremo de Dios y símbolo de todas sus bondades, ¿que seria la tierra sin tí? tal vez el Omnipotente hubiera arrojado á un nuevo abismo la raza prevaricadora, sin la idea eterna de la reparacion que por tu medio va á lograr el mundo! Tu respiras ya en la admósfera envenenada de la proscrita tierra, y todo es puro al rededor de tí. Arca de alianza! en tí se encierra la esperanza del mundo en el inmenso naufragio de la culpa y del dolor. María ha nacido! Los justos, las almas puras tienen reina. Dios Hombre y los hombres tienen Madre: sí: los tristes hombres tienen la Madre que perdieron en Eva pecadora.

La Iglesia universal celebra con solemne júbilo el nacimiento de María, y hace resonar los templos santos con himnos de alabanza y de amor. ¡Cuan elevada nace María sobre todas las demás mugeres! Madres de reyes ha habido; pero el ser madre de los mayores soberanos, no es ni una condicion ni una calidad esenciales; en serlo hay una dicha y una gloria, y nada mas, pues las que la fortuna destinó á este supremo rango, hubieran podido vivir sin sus madres, y sobre todo, madres de reyes. Pero María no podia nacer si no hubiese debido ser madre, y nunca hubiera sido madre si no hubiese debido ser madre de Dios. ¿Que traemos nosotros acá en la tierra? La corrupcion en herencia, y pasiones, cuyo fuego no deja de circular en nnestras venas. Apenas salidos de la cuna, cuando el orgullo nos tiende la mano y pone sobre nuestra frente su pesado yugo. Mil defectos le vienen en ayuda para desgarrar nuestra alma de esclavo, y emponzoñar nuestros mas nobles pensamientos. María al contrario, se presenta sobre la tierra como soberana, como reina de los ángeles, pues por ella van á ser llenadas las

sillas que dejó vacías la rebelion: de los patriarcas y de los profetas, pues ella verificará sus oráculos; de los apóstoles dando al mundo el legislador cuyo Evangelio deben ellos anunciar; de las vírgenes y de todos los santos, pues ella nace coronada ya de la inocencia y vestida de la justicia.

Despues de nueve dias del nacimiento de María, su padre le impuso nombre, como era costumbre hacer entre los Hebreos. Hemos dicho ya lo que significaba el nombre de *Miriam* (María) el cual se traduce en siríaco por dama, señora, ó soberana, y que significa en hebreo estrella del mar. Este nombre es ya por sí solo un prodigio, el nombre mas bello, mas dulce, mas poderoso que haya recibido criatura alguna; nombre que, brillando desde la eternidad en el pensamiento de Dios, ha pasado y vá pasando por entre los siglos y las generaciones de la tierra como un rayo perenne de esperanza y de amor entre las borrascas de la vida, y entre las penas y dolores aun mas profundos del corazon.

Parece que la madre de María la ofreció al templo despues de los ochenta dias de nacida, término prefijado por la ley para la purificacion solemne de la madre de una hija, y la presentacion de su primogénito. Esta ceremonia legal, en la que hizo Ana la ofrenda del pobre, que eran dos tortolillas, no fué mas que el exacto cumplimiento de un deber religioso; pero entonces fué cuando los dos esposos contrajeron el empeño de volver su hija al templo y consagrarla enteramente á su servicio, luego que su tierna razon se lo permitiese; y segun la opinion mas recibida, María fué presentada al templo en la edad de tres años, y allí, prevenida de particulares bendiciones, se consagró irrevocablemente á Dios. Este recuerdo es el que ha querido perpetuar la Iglesia, al instituir la festividad de la presentacion, fijada á 21 de noviembre. Esta fiesta, celebrada en Oriente desde el siglo IX no se estableció en las iglesias occidentales hasta el siglo XVI á instancia de Felipe de Maizieres, Embajador de Chipre acerca la Santa Sede, el cual interesó vivamente á Gregorio XI para el rezo solemne que se usaba en Grecia en la Presentacion de la vírgen María.

Esta solemnidad de presentarse la futura madre de Jesucristo á la

casa de la oracion se verificó sin la vanidad del fausto, pero con el aparato conveniente á los altos destinos de la presentada. Asistieron al acto gran número de funcionarios del rey, fariseos, doctores y damas ilustres que la Providencia habia reunido como por casualidad bajo el pórtico de Salomon. Empezó la funcion por un sacrificio y los sacerdotes y levitas recibieron de manos de Joaquin la víctima de *prosperidad*, pues tal se llamaba todo sacrificio en que se pedia un favor á Dios, ó se le daban gracias por haberlo alcanzado: el cual recibió despues de mano de los sacrificadores el resto de la hostia, y repartió sus pedazos, segun costumbre, entre los principales parientes. Ana y Joaquin, llevando la divina Niña en sus brazos y la madre la cabeza cubierta con un velo, presentaron al ministro del Altísimo la jóven sierva de Dios, como el presente precioso que este les habia concedido, y un cántico de gozo y de reconocimiento al son de las arpas sacerdotales, terminó la augusta ceremonia.

En esta consagracion de sí propia al Eterno es indudable que la tierna niña tuvo con él una comunicacion íntima que no es dado al hombre penetrar; pues el que hace elocuente el labio de los párvulos, puede muy bien dar á su alma una intuicion superior de la verdad, y un sentimiento mas profundo el sentimiento de la virtud. Lo cierto es que por medio de esta ofrenda sublime preparaba María el cumplimiento de los divinos oráculos. En ella comenzó aquel dia la dignidad de las vírgenes, ella levantó el estandarte de una vida nueva, cuya idea solo pudo ser inspirada por el cielo. Toda la tradicion nos enseña que, queriendo Dios nacer hombre para salvar á los hombres, y no debiendo llevar en sí ni aun la mas leve sombra de mancha, debia nacer de una vírgen incorruptible y que no dejase de ser ni por un solo instante la pureza por excelencia. Pero convenia al mismo tiempo que ignorase el futuro misterio de la Encarnacion, y que el voto que hacia no le fuese sugerido de modo alguno por la prevision de la maternidad divina, para que fuese así un homenage mas libre y mas generoso.

Antiguas y respetables autoridades, confirmadas por la voz unánime de la tradicion, dan á entender que María pasó sus mas bellos años en el templo, ocupándose en la oracion y en el trabajo de sus manos. Valga

por todos el testimonio de San Evodio, refiriéndose á una carta de Nicéforo sobre la santa infancia de María; y esta tradicion descendia de la Iglesia de Jerusalen, donde vivian muchos discípulos de Jesucristo y parientes de la Vírgen y de su santo esposo José. Ultimamente lo confirma la autoridad de San Gerónimo, por lo cual esta creencia tradicional, puede colocarse, segun el Señor Orsini en el número de los hechos históricos mejor comprobados.

Este hecho, además, nada tiene ni de imposible ni de inverosimil, pues vemos de una parte á Jesabeth, muger del grande Sacerdote Joïada, ocultar junto á sí en el templo al jóven rey Joas con su nodriza, para sustraerle al furor de Athalia; y de otra parte la profetiza Ana, hija de Fanuel, habitar constantemente en la puerta del templo. Pero tanto si la infancia de María se hubiese pasado en la casa de Dios, como si Joaquin y Ana hubiesen conducido á la amable favorita del cielo á su humilde morada de Séforis en Galilea, nadie dudará que María vivió en el retiro conversando por la meditacion con su Criador y practicando con sencillez, y en un grado sumo de perfeccion los deberes y las virtudes que su posicion requeria.

Admitiendo empero la opinion mas generalmente recibida de que María pasó sus primeros años en el templo del Señor, debia tener su morada en la parte del edificio religioso que se elevaba dentro del recinto fortificado del templo, y que estaba destinado á las vírgenes dedicadas al Señor; sobre el sitio en que los cristianos de Jerusalen levantaron un oratorio que los compañeros de armas de Godofredo convirtieron despues bajo la invocacion de Santa María en una Iglesia de dorada cúpula, y que los valientes caballeros del Temple se complacieron con frecuencia en adornar con los despojos de los sarracenos. Allí fué pues donde Zacarías condujo á su jóven parienta.

La virginidad entre los hebreos no era mas que la virtud de una época de la vida; pues, como hemos dicho ya otras veces, nadie, por santo que fuese, queria renunciar á la posibilidad de ser el ascendiente de una estirpe de la cual podia nacer el Mesías. Así que, la virginidad perpetua consagrada á Dios como voto era enteramente desconocida; y aunque las doncellas eran respetadas y admitidas á celebrar con

himnos y cantares las loas del Señor y las victorias de su pueblo, figurando ostensiblemente en todas las ceremonias del culto ; sin embargo todas aspiraban al título de esposas y de madres por la esperanza de que acabamos de hablar. Maria estaba destinada para hacer de sí misma un sacrificio perpetuo á la Divinidad , y la Divinidad reservaba tambien para ella el ser madre de Dios en premio del sacrificio que ella habia hecho de la esperanza de serlo.

Escasas son las noticias que nos han quedado acerca este primer período de la vida de María , como nota muy oportunamente su moderno historiador , habiéndose perdido la vida tradicional de que habla San Epifanio á últimos del siglo IV, y habiéndose desechado por la Iglesia el Evangelio del nacimiento de la Vírgen. Esta obscuridad ha dado lugar á varias conjeturas mas ó menos probables y hasta algunas de inadmisibles, como por ejemplo el que la santa niña fuese colocada en el *Sancta Sanctorum*, lugar reservado, y aun muy raras veces , al Sumo Sacerdote.

María pues fué admitida, como indica San Gerónimo , entre las vírgenes del Señor consagradas al servicio del templo. Modesta y graciosa en su vestir ; sin afectacion ni desaliño , imágen viva de inocencia y de candor , repartido el tiempo entre la ferviente oracion y las labores propias del sexo, ocultaba María bajo un aspecto humilde el alma mas bella y mas enamorada de su Dios que habia visto la tierra. Aun en medio de sus continuas tareas hallaba momentos para cultivar y extender su inteligencia dotada por el Criador de la mayor facilidad y perspicacia ; desarrollándose rápidamente la brillantez y exactitud de su espíritu tan poderoso en actividad como su corazon. Los Santos Padres le atribuyen un perfecto conocimiento de los Libros Sagrados , y de la lengua de Moysés , ese antiguo hebreo de que se sirvió Josué para detener el astro del dia , y en el que trazó Dios con su dedo sobre piedras los diez preceptos de su ley. Tampoco pueden rehusarse á la jóven profetiza las mas puras y nobles inspiraciones del genio , pues dejó enriquecida la nueva ley con su mas bello cántico.

Un historiador de María de últimos del siglo XVII (1) nos transcribe el retrato de la Vírgen refiriéndose á San Epifanio citado por Nicéforo, retrato que el Señor Orsini reduce á menos palabras. « La Vírgen, se-

gun este Obispo, no era de una elevada estatura aunque su talla era un poco mas que mediana: su tez ligeramente dorada como la de la Sulamitis por el sol de su patria, tenia el rico matiz de las espigas maduras, sus cabellos eran rubios, sus ojos vivísimos, su pupila algun tanto aceitunada, sus cejas completamente arqueadas y de un hermoso negro; su nariz de notable perfeccion y aguileña, sus labios rosados, el corte de su cara bellamente ovalado, sus manos y dedos eran largos.»

Pero, segun observacion de San Ambrosio, esas gracias y bellezas de María que cautivan el alma, sin inspirarle ninguno de aquellos incentivos que suelen acompañar á las formas seductoras de las demás jóvenes, no eran mas que la corteza de un espíritu sublime, de una alma llena de virtudes, de una inteligencia superior y de un corazon de fuego para Dios y de pura caridad hácia los hombres. El aspecto de María era el de una modestia celestial que infundia placer y respeto, era la figura de un angel revestido de formas corporales, que deja hechizados los ojos y penetrado el corazon como de una vision del cielo.

María en medio del coro de las vírgenes de Judá, repetia aquellas súplicas y entonaba aquellos himnos propios de un pueblo que vive de la esperanza, y que rogaban al cielo por la pronta venida del Redentor suspirado: «O Dios exclamaba, glorificado sea vuestro nombre, y santificado en este mundo, que segun vuestro querer habeis criado: haced reinar vuestro imperio, florezca la redencion, y venga pronto el Mesías.» O uniendo su argentina voz al sonido melodioso del arpa, cantaba como Ageo y Zacarías aquellos hermosos versos:

El que rompe en oscura
Prision los grillos, el que al ciego llama
Y rayos de luz pura
En sus ojos derrama,
Y el caido levanta, al justo ama:
Protege al peregrino:
Al pupilo recoge: á la viuda
Dispensa su divino

Patrocinio y ayuda,
Y al plan del pecador trastorna y muda:
Ese tu Dios Eterno
Es, Sion; cuyo reino permanente
Con próvido gobierno,
Con ley omnipotente
Tu gloria estenderá de gente en gente.

Niña privilegiada la santa Vírgen, lejos del contacto de los demás hombres, en el silencio apacible del templo, comunicaba íntimamente con Dios, quien, así como habia conducido su pueblo al desierto, y llamado Moysés á la soledad, hablaba á María en una morada inaccesible á la multitud. Allí derramaria sobre su alma aquellos raudales de inteligencia, de gracia y de virtud cual convenia para su elevado, si bien que ignorado destino; y prepararia aquel corazon de amor para recibir junto á sí al Amor por esencia que no tardaria á unirse á ella, descendiendo á sus entrañas virginales.

Los padres de María, pasados algunos años, trasladaron su domicilio á Jerusalen para hallarse mas cerca de su hija y mas inmediatos al Señor. Despues de nueve años del encerramiento de María en el templo, tuvo ya que derramar lágrimas por la pérdida de su anciano padre, que murió en el ósculo del Señor. Este primer infortunio, seguido luego de la pérdida de su santa madre, vinieron á ensayar el corazon de María en el dolor y en la resignacion. Su alma, que como la de su divino Hijo, nunca fué ni seca ni insensible, pagó el debido tributo á la gratitud y á la naturaleza; y como hija amante y amada, cerró con amargura profunda los lívidos párpados de sus padres, derramando ardientes lágrimas y levantando al cielo los ojos en medio del aislamiento en que quedaba sumida, exclamando: «Oh Jehová! hágase tu voluntad.» ¡Quien le hubiera dicho entonces que con el tiempo lloraria la muerte de este mismo Jehová humanado, y ensangrentado sobre sus brazos de madre!

Dios, que es el órden soberano y que en todo quiere el órden y la armonía, escogió unos tiempos para hacer estallar su poder y otros tiempos para hacer admirar su sabiduría. Así como venia á curar el orgullo,

que es la grande llaga de la humanidad, y enseñarnos á ser mansos y humildes, envolvió en silencio el misterio de nuestra salud, y lo cumplió, dejando marchar en apariencia los sucesos segun su curso ordinario. Así, en lugar de desgarrar las nubes del cielo con el ímpetu del rayo, y llegar, como vendrá en el último dia, llevado sobre los turbados elementos como en un carro de triunfo, cubrió el milagro de su nacimiento temporal con el velo del matrimonio, dando á su Madre segun la carne una defensa y un apoyo humano.

María, despues de la muerte de sus padres, quedó bajo la custodia de tutores de linaje sacerdotal, entre los cuales es muy probable que se contara al esposo de Elisabeth, cuya alta reputacion de virtud y próximo parentesco parecian darle un doble título para este cargo de proteccion. Por muchos motivos el celibato era mirado en Israël como una idea casi impía, y mucho mas en la época en que María se hallaba, pues la esperanza, como observa Orsini, que habia sostenido á los Judíos cuando el Asirio los trasladó á las orillas del Eufrates, se habia convertido en vivos deseos de venganza desde que los Romanos dominaban en Asia. Los Hebreos esperaban ver pronto el dia en que las águilas huirian á la vista del estandarte de Judá, y en que la enseña de los Macabeos ondearia encima de la del senado de Roma. Jamás habia aparecido pues tan cercano el cumplimiento de los oráculos mesiánicos, y el momento no era favorable para obtener la gracia que María imploraba desde el fondo de su corazon. Convocados pues todos los inmediatos parientes, que eran del linaje de David y de la tribu de Judá, resolvieron dar un esposo á María y discutieron con interés y prudencia acerca la eleccion. Jóvenes ricos y valientes, mancebos de arrogante y esbelta gallardía, guerreros ilustres, hubieran aspirado á la mano de la mas interesante y virtuosa entre las hijas de Israël. Pero los sacerdotes y ancianos de la familia de María fijaron sus ojos en José, hombre pobre, y segun algunos Padres, de edad avanzada, que habia vivido sin esposa, y era el oscuro carpintero de Nazareth. El alma de María á fuerza de pureza y de contemplacion, adivinaba el Evangelio, y reconoció toda la altura y gloria de una virginidad perpetua, adelantándose á su nacion y á su siglo por la comunicacion que habia te-

nido con el cielo. Pero si bien no fué escuchada la modesta resistencia que opuso á dar la mano á un hombre, y hasta llegó á sorprender á los que no eran capaces de penetrarla; con todo, la Providencia dirigió el consejo de los que habian de elegir el esposo, haciendo recaer la eleccion cual convenia á los encumbrados designios de Dios.

La resignacion de María á esta determinacion de sus parientes, ese *fiat*, anticipado á la voluntad de los hombres preparaba su humilde espíritu al *fiat*, que saliendo despues de sus labios virginales, hizo abrir los cielos y enriqueció la tierra.

María pues fué prometida y desposada con José, que era como ella de la tribu de Judá y de la raza de David, y se añade que era el gefe y el heredero principal de aquella dinastía ya caida. Y aunque se hallase reducido á ganar la vida con el sudor de su rostro, siendo como era de tan ilustre origen, no se tuvo por desigual el enlace, pues todo Israelita era artesano, y todos aprendian algun oficio mecánico, y la humilde condicion del descendiente de David, en nada le degradaba á los ojos del pueblo. Los que juzgan por el estado actual de nuestras sociedades de la posicion de la sociedad hebrea se dejan cegar por un error muy comun á nuestros historiadores contemporáneos. Entre los Hebreos no habia castas como entre los Indios y Egipcios, y el noble José, aunque tuviese que cortar árboles y fabricar arados y demás artefactos de que necesita la construccion de una casa, no por esto dejaba de gozar de la alta preeminencia de su nacimiento. Recordaremos la chanza necia del sofista Libanio, cuando para burlarse de Jesucristo, preguntó á un cristiano, lo que hacia el hijo del carpintero, y le respondió el cristiano: hace un ataud para tu maestro. El suceso, como es sabido, confirmó esta réplica; pues en aquel mismo momento el apóstata Juliano caía herido mortalmente en una batalla contra los Persas, y el hijo adoptivo del carpintero sepultaba en una huesa comun el emperador y el paganismo.

Pero si José era pobre á los ojos de los hombres era muy rico delante de Dios por la pureza de su alma y la santidad de su vida, pues el Evangelio le nombra justo, y es sabida la diferencia que hay entre la justicia vulgar de que se contenta el mundo, y la justicia superior que

el Evangelio puede glorificar. Si pues fué escogido para ser el esposo de la vírgen María, el custodio de su honor y el padre alimenticio del Niño Dios, fué á causa de su eminente santidad, porque poseía unos tesoros capaces de excitar la santa envidia de las inteligencias celestes; fué porque sus virtudes le habian hecho el primero de su nacion; y porque, segun la feliz expresion de Orsini, estaba colocado en mas alto lugar que Cesar en el libro de la vida, que forma los anales heráldicos de la eternidad. La Vírgen no fué confiada al mas poderoso sino al mas digno; así el Arca, á la que no osaban acercarse los príncipes y los valientes de Israël, temiendo ser heridos de muerte, atrahía las bendiciones del cielo sobre la casa de un simple Levita, cuyo pobre techo le dió abrigo.

Además María fué premiada por el cielo á causa de su obediencia, pues ya sabria por inspiracion, ó por otro medio, que este hombre justo no seria para ella mas que un protector, un guarda de su castidad, y que bajo su custodia podria quedar fiel á los votos que habia hecho.

Sencillos fueron los desposorios de María con José cual convenia á aquellos tiempos y circunstancias. Pero los parientes y amigos de los desposados prepararon las bodas con mayor esplendidez cual se acostumbraba entre los orientales, pues un matrimonio venia á ser entre los Hebreos como un espectáculo público. A mas de los deudos, todas las personas calificadas de Jerusalen asistieron á la festiva pompa, en la cual sin embargo no entraron para nada los placeres del siglo y los desmanes de la disolucion. María fué acompañada á la casa del esposo en medio de una hilera de mugeres ricamente adornadas y al sonido de arpas, de flautas y otros instrumentos músicos, agitando todo el séquito nupcial ramos de mirto y de palmera, en señal de alegría. La tierna y santa desposada vestia con graciosa modestia y se portaba con una dignidad sencilla que revelaba á un tiempo á la vírgen cándida y á la hija de veinte reyes. Briballa en su frente á la par de la virtud del cielo toda la magestad de la tierra. Las hijas de Sion, agrupándose al tránsito de los esposos, arrojaban palmas á sus piés. María debia tener tambien su dia de triunfo en Jerusalen.

Los dos esposos, pasados los siete dias de las fiestas nupciales, se volvieron á Galilea en la pequeña ciudad de Nazareth, en donde José tenia su pobre habitacion. Y la que entónces era una ciudad de Galilea, en la tribu de Zabulon, es hoy dia una simple aldea. Está situada en un valle circular, rodeado de montecillos que se reunen por la base, y se separan el uno del otro en su cima, como los lóbulos de una flor. Casas bastante mezquinas en apariencia, pero blancas y limpias, las iglesias de los Griegos unidos y de los Griegos cismáticos, la iglesia y el convento de los padres Latinos, la mezquita de los Turcos, y en torno de estos edificios verdes bosquecillos compuestos de nopales, de naranjos y de higueras, he aquí Nazarcht! Pero cuantos recuerdos están unidos á este rincon de tierra!

Dos ó tres meses pasaron los santos esposos su dulce y bendecida existencia bajo el humilde techo de su hogar, partido el tiempo entre la labor y la plegaria. La casta esposa, acostumbrada á tejer con sus delicadas manos la seda ó el finísimo lino, tejia con hojas de palma ó cañas arrancadas de las orillas del Jordan la estera que cubria su habitacion, amoldándose á los mas groseros trabajos, y saliendo con el cántaro á buscar agua á la fuente, como las hijas de los patriarcas, ó á lavar las túnicas en el arroyo, como las princesas de Homero. José por su parte trabajaba en su humilde taller cuyo lugar designa aun en el dia una piadosa tradicion. Pobres ignorados del mundo, tan frugales en el vestir como en la comida, vivian como verdaderos hermanos inundado su corazon de aquella santa paz que es la alegría del justo. La tierra no les conocia, y ellos eran la admiracion del cielo para ser despues la del universo. Y mientras José el artesano, y María vestida como una muger del pueblo, atesoraban en secreto virtudes y merecimientos; mientras Herodes el Idumeo, declarado por los Romanos rey de los Judíos, afectaba dedicarse á grandes cosas, y ostentar una magnificencia que le valió efectivamente el sobre nombre de grande; mientras que el emperador Augusto gobernaba el mundo en una entera paz, llegó la hora que el Omnipotente habia señalado para la encarnacion de su Cristo, y el ángel Gabriel fué enviado á María, la mas santa y la mas pura de todas las vírgenes, para anunciarle que iba á concebir en sus entrañas castísimas

el Verbo Eterno, el Hijo de Dios hecho hombre. El ángel, uno de los siete que asisten á la diestra del Excelso, se presentó á María en el momento en que, la cabeza inclinada hácia la parte en donde se hallaba el templo, ofrecia la oracion de la tarde al Dios de Jacob. El mensagero celeste se humilló ante la Vírgen sin mancilla, y con respetuoso acento le dijo: « Yo te saludo, llena de gracia, el Señor es contigo, tu eres bendita entre todas las mugeres. » Nunca tales elogios habian sido dirigidos por una boca celeste á una criatura. En vez de complacerse en una vana alegría la Vírgen de Judá, se turbó en su misma humildad. Inquieta al aspecto del brillante mensajero, y sorprendida, no sabiendo de donde podia venir tan sublime elogio, oyó luego del ángel, que penetró su turbacion, estas consoladoras palabras: «No temas, María, pues has encontrado gracia delante de Dios: concebirás en tu seno y parirás un hijo á quien pondrás el nombre de Jesus; él será grande, y será llamado el hijo del Altísimo. Dios le dará el trono de su padre David, reinará eternamente sobre la casa de Jacob, y su reino no tendrá fin. » Estas son las divinas palabras por las cuales el ángel anunció á María el mas asombroso y el mas inefable de todos los misterios. Y ellas tuvieron su cumplimiento; porque el hijo de María apareció como el término de las esperanzas del antiguo mundo, y despues de haber dado de su mision las pruebas mas irrecusables, abrió los nuevos tiempos con una santidad de vida tal, por una muerte y una resurreccion tan prodigiosas, que el universo entero se conmovió, sacó la espada para atacar, ó sufrió la muerte para defender la doctrina de este innovador poderoso. El hijo de María es saludado y adorado diez y ocho siglos hace como hijo del Altísimo; él vive sobre las almas por la verdad que les comunica, sobre los corazones por la caridad, cuya llama viviente alimenta en medio del mundo, sobre las habitudes y las instituciones de las sociedades modernas que el espíritu cristiano anima y conserva. El hijo de María dominará el porvenir, como ha dominado lo que pasó, como es, tanto si se sabe, como si se ignora, la vida íntima de lo presente.

Mas atónita aun María con lo que acababa de oir, pero no dudando ni del poder de Dios, ni de la verdad de las palabras del angel, no

sabia como conciliar el título de madre con el voto de virginidad perpetua que habia hecho á la presencia misma del Señor; y preguntó de qué modo tendrian un cumplimiento tales maravillas, habiéndose ella dado á Dios sin reserva y para siempre. Y respondió la voz celestial: «El Espíritu Santo descenderá sobre tí, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra: hé aquí porque el fruto santo que de tí ha de nacer, será llamado el Hijo de Dios.» El primer Adan que perdió las razas humanas no tuvo otro padre que Dios: el segundo Adan que vino á salvarlas tampoco tuvo otro padre que Dios. La potencia soberana que, saliendo de la eternidad, sacó el mundo de la nada y le animó maravillosamente por un primer soplo, sin ser á ello provocada por las exigencias imperiosas de la materia, sin ser limitada ó impedida por la inercia de los cuerpos, esta potencia ha quedado árbitra de la vida, y le es facil el darla ó el quitarla á quien quiere y bajo las condiciones que sean de su agrado. El que niega, como á principio, este poder, es un insensato: el que le desconoce ó le ultraja en el hecho misterioso de la Encarnacion, sentirá un dia cual sus cobardes blasfemias vuelven á caer sobre él como un vestido de afrenta y de dolor: los hombres de fé le aguardan en el umbral de la Eternidad.

Para justificarse á sí mismo, y dar una prueba inmediata y sensible de la verdad de sus anuncios, añadió el enviado del cielo: «Elisabeth tu prima ha concebido un hijo en su senectud, y este es el sexto mes de la preñez de la que es reputada estéril, porque nada hay imposible á Dios...» Así como la razon nos habla interiormente un lenguage que nos ilustra, nos subyuga, respetándonos, y determina en nuestro espíritu una libre conviccion; así Dios no habla exteriormente sin revestir su revelacion de señales que la caractericen, y de una gracia secreta y persuasiva que la hace aceptar por el alma humana, creando en ella una certitud incomparable. Así María anonadada ante los decretos del Eterno y abismándose en su propia humildad, respondió con aquella palabra que hizo descender el Verbo y que resuena al través de los siglos. «Hé aquí la sierva del Señor: hágase segun tu palabra.» A estas palabras desapareció el angel y el Verbo se hizo carne para habitar entre nosotros. El angel de las sombras tramó nuestra perdicion

con la Eva pecadora, y el angel de luz trató con la segunda Eva de nuestra reparacion. En el origen de los tiempos Dios crió al mundo con una palabra: él dijo, y las cosas fueron hechas: en medio de los tiempos, regeneró el mundo por su Verbo ó su palabra: le envió, y la humanidad quedó curada. Aun mas: pidió su consentimiento á la humanidad representada en María, pues trata á las almas con respeto, y puede decirse con tanta exactitud como verdad, que el mundo moral fué vuelto á levantar de su caida á esta palabra salida de la boca de una criatura. Hágase en mí segun vuestra palabra, así como el universo entero apareció á esta otra palabra caida de la boca del Criador: Que las cosas sean. ¿Quien pues ha osado pretender que la fé cristiana abaja al hombre? ¿Y quien nunca jamás profirió una palabra tan eficaz como la de María?

Este es el misterio fundamental del Cristianismo, misterio por el cual se ha manifestado Dios en la carne y hecho sensible, y por el cual fué predicado á todas las naciones y conocido del mundo entero. ¿Quién podrá sin conmoverse trasladar su pensamiento á esta pobre morada, á este angosto retrete en donde tan altas maravillas están pasando entre el cielo y la tierra? Aquel de los Evangelistas al cual se dá una águila por símbolo á causa del vuelo elevado de su inteligencia y por el poder de su mirada, descorriendo á los hombres los esplendores de Dios, escribe al frente de su Evangelio: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. Por él fueron hechas todas las cosas, y sin él nada se ha hecho. En él estaba la vida y la vida era la luz de los hombres. Y esta luz resplandece en medio de las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron.... Esta era la verdadera luz que alumbra á todo hombre que viene á este mundo. En el mundo estaba, y el mundo fué hecho por él, y el mundo no le conoció...... Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, lleno de gracia y de verdad, y hemos visto su gloria, gloria cual el Unigénito debia recibir del Padre.» Este Verbo eterno y poderoso es el que vino á incorporarse en la debilidad de nuestra naturaleza, hacerse humilde, manso, paciente: dar el nombre de madre á nuestra hermana, la hija de Adan, y darnos á todos el nombre de hermanos suyos, con una inaudita ternura.

La pobre choza de Nazareth se ha transformado en una iglesia y santuario subterráneo que forma parte de ella. La iglesia es una pieza en tres naves; debajo del altar una escalinata de algunas gradas conduce á una capilla iluminada por lámparas de plata, formada por un peñasco naturalmente cortado á modo de bóveda, y al cual el arte ha impreso su última forma; y á este peñasco, conforme lo refiere la tradicion, estaba unida la casa en donde resonó la salutacion angélica. ¿Quien no habrá deseado arrodillarse sobre este suelo, besar sus piedras, llevar allí el recuerdo de todas las personas que Dios le ha hecho queridas, y reclamar sobre los males de la humanidad la compasion de aquel que hizo escuchar allá los vagidos de la débil infancia, y derramó sus primeras lágrimas?

Desde que el hijo de Dios se hubo por sí mismo formado un cuerpo de la mas pura substancia de su santa madre, le inspiró el proyecto de ir á visitar á su parienta Elisabeth, y de manifestar con este paso que su caridad igualaba en grandeza á su destino. No emprendió pues este viaje por mera curiosidad, ni para cerciorarse con sus propios ojos de la realidad de un suceso que se apartaba de las leyes ordinarias de la naturaleza; pues no puede sospecharse en ella el mas leve asomo de duda ó de incertidumbre á las palabras del celestial enviado: lo emprendió movida por los mas generosos sentimientos de gratitud hácia unos parientes, á cuya sombra protectora habíase deslizado su infancia, y para felicitar á su prima por el prodigio que Dios habia obrado en su seno y prestarle los buenos oficios de la mas pura y solícita amistad. Con permiso pues y beneplácito de su esposo, en la estacion de las rosas, se puso en camino, y atravesó la Judea en toda su longitud, si Elisabeth, como se cree, tenia su domicilio en Hebron. Si emperó habitaba en Ain ó Aden, á dos leguas del Sur de Jerusalen, donde Santa Helena hizo fabricar una iglesia en el lugar en donde estuvo la casa; le fué preciso andar cinco dias de marcha, pues tal era la distancia de Nazareth á aquella ciudad, teniendo que atravesar una parte de la Galilea, la hostil Samaria y casi todas las tierras de Judá, por un país erizado de montañas, cortado por torrentes, y sembrado de desiertos.

No se sabe quién acompañó á María en este largo viaje, pues si no fué José, como se cree, nunca una muger judía jóven, hermosa y delicada, se hubiera aventurado, sin una escolta respetable, á separarse de su casa á tanta distancia. Es indudable que el Espíritu de Dios entró en el encuentro de estas dos ilustres mugeres. La Vírgen fué la primera que se humilló en dar el saludo á su prima, que llena de alborozo y de afecto habia salido á encontrarla. «La paz sea contigo» dijo María en voz trémula y entrecortada, como quien oculta en sí un grande misterio. La faz de María se fué encendiendo poco á poco, como si pasase en ella algo de portentoso y extraordinario. Al mismo tiempo el espíritu profético descendió sobre Elisabeth, la cual penetró el misterio augusto de la Encarnacion que la modestia de María le ocultaba, y se tuvo por muy feliz de recibir á la Madre de su Señor. «Tú eres bendita entre todas las mugeres, y bendito es el fruto de tus entrañas. ¿Y de donde me viene tanta dicha de que la Madre de mi Señor venga á mí? porque luego que tu voz ha llegado á mis oidos, cuando me has saludado, mi hijo ha saltado de gozo en mis entrañas, y tu eres dichosa porque creiste, pues cumplido será lo que se te ha anunciado de parte del Señor.» Entónces María, oponiendo á aquellos elogios el sentimiento profundo de la humana flaqueza y de la misericordia divina, pronunció aquel cántico sublime, al que se ha dado por nombre la gloria de los humildes y la confusion de los soberbios. Y aunque en el uso comun de la vida no esté admitido en una visita entre primas extasiarse de repente en un rapto lírico, en aquella tierna y majestuosa escena mediaba con evidencia el espíritu de Dios, y el mismo poder, la misma inspiracion que puso en labios de Elisabeth la revelacion del arcano adorable, puso en boca de María el himno profético, primer cántico de la nueva ley, y el mas hermoso de las Escrituras Santas.

Transportada de júbilo mi alma
Al Señor engrandece y glorifica,
Y al mirar su bondad omnipotente
Mas se enagena en célica alegría.

Porque sus ojos se dignó benigno
Fijar en la humildad de su cautiva.
Las generaciones venideras
Me llamarán feliz por esta dicha,
Asombradas de ver como el Potente
Que sobre el sol la creacion domina,
Y cuyo nombre es inefable y santo,
Prodigó sobre mí sus maravillas.
Su clemencia inmortal todos los siglos
Llena, y consoladora vivifica
Las generaciones que le temen:
Así cuando le place la infinita
Potencia de su mano creadora
Ostenta: á veces la altivez impía
Del demente mortal envanecido
En un momento súbito disipa.
A los vanos colosos de la tierra
Fulminador al polvo precipita,
Y á los pequeños, que humillára el mundo,
A la cumbre mas alta los sublima.
A los hambrientos la abundosa mano
De sus ricos tesoros les prodiga;
Y al que en el oro y en delicias nada
A la indigencia escuálida le humilla.
En su arcano eternal ha decretado
Exaltar á Israël, porque no olvida
La piedad con su pueblo predilecto.
Y la promesa nos será cumplida
Que hizo á Abrahan, y á nuestros padres
Y estirpe por edades infinitas (5).»

Este himno, tan noble en su sencillez, ha sido mirado siempre como el canto de triunfo de la humanidad regenerada, y ved ahí porque en la Iglesia se reza en pié, con un ceremonial particular, en un tono de

victoria, entre las unánimes aclamaciones del pueblo fiel, que ratifica las palabras de la Vírgen, nombrándola bienaventurada, y toma parte en sus júbilos y en su gloria como en una herencia legada por una madre.

María permaneció cerca tres meses en la casa de Elisabeth, prestándole con tanta solicitud como agrado los deberes de la caridad mas afectuosa: y prescindiendo de si asistió ó no al parto de su prima, hasta dejarla fuera de peligro, échase de ver cuanto debia ser la santidad de su vida, y cuan ardiente brillaria la llama de su puro y abrasado corazon, adorando al Dios que llevaba en sus entrañas, y contemplando y bendiciendo su poder en medio de las castas y hermosas escenas de la naturaleza solitaria que á su vista se desplegaban. Regresó despues á Nazareth volviendo otra vez á la quieta obscuridad de su vida y á sus humildes ocupaciones. Aquí empieza la tétrica incertidumbre y la dolorosa perplejidad del amante y discreto esposo, que atravesaba el alma recta y candorosa del grande patriarca. « Al principio no quiso dar crédito á sus ojos, (dice Orsini, y transcribimos una parte de este pasage por ser de lo mas precioso de la obra) y creyó en razon dudar del testimonio de sus sentidos, que de la pureza de una esposa que siempre habia mirado como un prodigio de candor y santidad. Preguntábase si era dable que una muger tan circunspecta, púdica y fervorosa, una muger cuya belleza solo exitaba pensamientos dignos, y cuyas mas indiferentes acciones presentaban el carácter del cielo, hubiese faltado al honor, ajando el nombre del que en su casa la acojiera cual una cosa santa. Esto era imposible, era una sugestion infernal, y José desechaba tal pensamiento como una blasfemia. Pero el estado de María hacíase cada vez mas perceptible, *reconocióse que estaba en cinta*, dice el Evangelio, significando que toda Nazareth se enteró de ello; y que los parientes de José, ignorando el casto vínculo que unia á los dos esposos, ofreciéronle con inocente corazon parabienes crueles, que hubo de sufrir sin inmutarse, y que de repente disiparon su duda con una luz semejante al rayo. ¿Que hacer en tal caso? ¿mantener en su compañía una adúltera? esto fuera pecar contra la ley y cubrirse de infamia ante la misma, puesto que Salomon habia reputado por *loco é insensato* al

que así procediese. ¿ Repudiarla sin exponer el verdadero motivo? pero María en aquella situacion quedaba deshonrada por el hecho del repudio: jamás se creeria que un hombre grave y timorato, un hombre de costumbres severas y sencillas, repudiase de un golpe á la madre y al hijo sin los mas imperiosos motivos. ¿ Como pues salir de tal laberinto que en cualquier desenlace presentaba la infamia y la muerte? José no se atrevia á fijarse en ningun partido, y permanecia abatido hasta el estremo.

Entónces debió felicitarse la Vírgen de haber unido su suerte á la del pobre artesano; con cualquier otro marido su muerte hubiera sido trágica y deshonrada su memoria; porque los Judíos llevaban al exceso el fanatismo del honor y los resentimientos de los celos, como lo acreditan las historias de Dina, de Thamar y de la noble Mariamna. *Los celos son terribles como el infierno*, decia Salomon muy conocedor del pueblo sometido á su cetro, *y el marido no perdona en el dia de su venganza*. El vínculo fraternal que unia á José con su jóven esposa excluía á la verdad los transportes de la pasion y los furores de los celos; pero quedaba el honor israelita, quedaban los tormentos del padre y la cruel decepcion del hombre que vé cambiarse su tesoro en un objeto despreciable; quedaba la sentencia imponente y rigurosa de Jehová, que dijera por su profeta legislador *muera la adúltera*. José fluctuaba incierto entre mil contrarios proyectos, y mil vidas hubiera dado porque le dijera otro Daniel « esa muger es inocente y pura. » Pero ningun profeta le daba tal seguridad, y la misma María guardaba un absoluto silencio.

De lo alto de su trono estrellado miraba complacido el Eterno al hombre justo, á quien expusiera á una prueba tan cruel antes de elevarle al inaudito honor de ser su representante en la tierra: los ángeles, fija la vista sobre la casa santa de Nazareth, esperaban ansiosos el resultado de aquella lucha interior en que chocaban la humanidad, el deber y los mas nobles sentimientos del alma. Por fin el patriarca adoptó una resolucion que casi le nivela con la Reina de los ángeles: decidióse á sacrificar su honor, el aprecio público que le adquiriera una vida inmaculada, los medios de subsistencia que le proporcionaban el pan de cada dia, y el aire del país natal que es tan grato respirar cuando nos

aproximamos á la tumba, para salvar la reputacion de una esposa que ni aun trataba de justificarse y tan cruelmente acusada por las apariencias. Solo habia un medio de dejar á María sin perderla, porque su familia hubiera provocado explicaciones cuyo término no podia menos de ser fatal: á saber, el de expatriarse, ir á morir léjos en el país del destierro, y cargar sobre su cabeza toda la odiosidad de este abandono. Hay resignaciones tan gloriosas como los triunfos, y dolores soportados con paciencia que el cielo paga con igual generosidad que el martirio; tal fué él sacrificio sin ejemplo del esposo de la Vírgen. Para conciliar su deber con la humanidad, aceptó de antemano las ofensivas calificaciones de marido sin corazon, de padre sin entrañas, de hombre sin conciencia ni fe: aceptó el desprecio de sus parientes, el odio mortal de los de María y resolvió arrancarse con sus manos la corona de su buena fama, para arrojarla á los piés de la que no queria ofender ni con una mirada ni con una palabra de sospecha, que hasta tal punto llegaba su paternal amor.

San Juan Crisóstomo no se cansa de admirar el hermoso y noble comportamiento de San José. «Preciso era, dice este gran santo, que al aproximarse la gracia del Salvador, se presentasen las señales de una perfeccion superior á cuanto se habia imaginado de mas perfecto en la tierra. Así como al salir el sol, el Oriente se colora de viva luz antes que los primeros rayos del dia iluminen el horizonte; del mismo modo Jesucristo, á punto de salir del seno de la Vírgen, iluminaba el mundo antes de nacer. Por eso antes del divino alumbramiento los profetas saltaron de gozo en el vientre de sus madres, las mugeres profetizaron, y José desplegó una virtud sobrehumana.» Hasta aquí Orsini.

José pues, demasiado prudente y humano para colocarse en la dolorosa alternativa de callar enteramente ó de manifestar ser suyo el hijo concebido por María, y previendo los amargos y funestos resultados de una y otra resolucion, halló que el partido mas generoso era el mejor. Resolvió pues dejar su ciudad y su amada esposa, de quien sospechaba, y con la cual habia pasado tan feliz y agradable vida desde su casto himeneo. Disponíase á la triste separacion, y dormia agitado en su solitario lecho, cuando aparecióse le en sueños el angel del Señor, y le dijo: «José, hijo de David, no temas tener contigo

á María tu esposa, porque lo que ha nacido en ella ha sido formado por virtud del Espíritu Santo. Ella parirá un hijo al cual darás el nombre de JESUS, porque salvará á su pueblo librándole de sus pecados.» El celeste enviado al dar á conocer á José el misterio de la encarnacion y el próximo nacimiento de Jesus Redentor de los hombres, añadió: «Este es el cumplimiento de lo que fué dicho por el profeta Isaías: Una vírgen concebirá y parirá un hijo y se llamará Emanuel, es decir, Dios con nosotros.»

El santo esposo al dispertar adoró las vias inescrutables de la Providencia, y quedó consolado y tranquilo, sin sentir el peso de aquellas dudas amargas que acibaraban su corazon. Disipóse pues la inquietud de su espíritu iluminado con el resplandor de la fé, como la niebla de la mañana huye á los rayos del astro del dia que se levanta con majestad de su lecho de oro.

Otro profeta habia dicho mucho tiempo antes: «Y tú Belen, llamado *Efrata*, tú eres pequeña entre las ciudades de Judá, pero de tí saldrá aquel que debe reinar en Israël, y cuya generacion tuvo principio desde la eternidad:» designando así que Jesucristo, Dios-hombre, tiene dos nacimientos, el uno eterno, antes de todos los siglos; el otro temporal llegado en la plenitud de los tiempos. «Él se elevará delante del Señor, decia otro de los inspirados de Israël, como un vástago que sale de una tierra seca: está sin hermosura, sin esplendor... nos ha parecido un objeto de desprecio, el último de los hombres.» Para cumplir estos oráculos y hacer constar su verdad de una manera irrefragable, suscitó la Providencia uno de aquellos acontecimientos de que es árbitra ella sola, y que dirige soberanamente, aunque los hombres se imaginan producirlos á su sabor y para el triunfo de sus intereses. Cesar Augusto, despues de haber puesto en paz el universo sometido á sus piés, y de haber llevado las águilas del imperio hasta las extremidades del globo, quiso saber cuantas eran las vidas que tenia bajo la proteccion de su espada; y dió un edicto de empadronamiento general, no solo en las provincias, sino tambien en todos los reinos tributarios. A pesar de lo crudo del invierno, todos iban á empadronarse en el pueblo de su naturaleza: los caminos del impe-

rio estaban llenos de pasageros, y entre otros muchos un carpintero habia salido desde Galilea para venir á la ciudad de sus padres sita en Judea y llamada Belen, que era la patria de David: traia consigo á su desposada, llamada por él su muger, que se hallaba en cinta. Al llegar los augustos viajeros, no hallaron lugar en las posadas y casas de Belen, porque el empadronamiento habia hecho acudir allí una multitud considerable de gentes. José carecia de oro, y las puertas de aquellas casas menos duras aun que los corazones de sus dueños, no se abrian á los ruegos de la hospitalidad, ni á las súplicas del abandono. El viento de la noche caía helado y fuerte sobre la tierna Vírgen que no proferia una queja, pero que á cada paso se iba poniendo mas pálida y apenas podia sostenerse. Venia la noche: José estaba tambien fatigado de inútiles tentativas: Oh! que abandono! Angeles del Señor! Puertas del cielo que no tardareis en abriros, y de donde saldrán legiones de espíritus bienaventurados para cantar himnos al Salvador recien nacido! Mundo ingrato y cruel que cierras tus duras entrañas á la indigencia y el amor! O esposos desechados de todo el mundo! Vosotros os veis obligados á salir de la ciudad en donde nacieron y reinaron vuestros mayores, y á buscar en una caverna oscura, abandonada de los hombres y morada de brutos pacíficos, un asilo para el Criador de los mundos!

La antigua ciudad estaba en efecto situada sobre rocas, en medio de las cuales se habian excavado casas y grutas. En una pues de estas cuevas entraron los dos esposos, bendiciendo al cielo por haberles deparado aquel abrigo salvaje; y María, apoyándose en el brazo de José, fué á sentarse sobre una roca desnuda, especie de asiento estrecho é incómodo en lo mas hondo de la cueva.

Allí pues sobre aquella piedra, en el silencio de una obscuridad húmeda y helada, cuando las estrellas rutilantes señalaban la media noche, en aquella estrechez y abandono, nació el Salvador del mundo, niño pobre que ni aun tuvo como Moysés una cuna de mimbres, á quien los hombres negaron el techado, que desterraron con las bestias; y con todo esto era aquel de quien se hablaba en los palacios, en las chozas, en los navíos y en los pozos del desierto; era el anunciado por los profetas, el desea-

do por las naciones, el Mesías venido para pagar nuestro rescate con su sangre, era Jesucristo nuestro Señor! Con esto nos hizo ver que la pobreza no es un mal, pues que él la adoptaba. En medio de la noche y de la paz universal nació el Dios pacífico, oculto, haciendo ver así que su reino no debia tener semejanza con la dominacion ruidosa de los conquistadores ordinarios. Era el dia 25 de diciembre, segun la antigua tradicion de las iglesias, y el año del mundo 4000, ó 4004 segun la opinion de muchos sabios cronologistas.

La Vírgen María dió á luz al Divino Niño sin socorro y sin dolor, le envolvió ella misma en pobres pero limpios pañales, y le puso en el pesebre del establo sobre un poco de paja. Este establo ha quedado mas célebre que la cuna de ningun monarca; y nadie ha podido desprender de él la piedad del mundo. Los primeros cristianos edificaron allí un oratorio: el emperador Adriano se complació en insultarlos colocando en su lugar una estatua profana. Pero Santa Elena la hizo desaparecer, y enriqueció estos lugares venerables de adornos que subsisten todavía en parte, y se distinguen entre los demás que ha reunido la mano de los príncipes cristianos. Sobre la gruta se eleva una iglesia que tiene cinco naves formadas por cuarenta y ocho columnas de mármol. El establo está debajo del coro, y tiene cerca de cuarenta piés de largo sobre doce de ancho, y nueve de alto. Las paredes están revestidas de mármol, y el pavimiento es tambien de un mármol precioso. Allí no penetra la luz del dia, ardiendo sin cesar treinta y dos lámparas de plata como para simbolizar la eterna adoracion del mundo. Un mármol blanco incrustado de jaspe y rodeado de un borde circular de plata indica el lugar en que la Vírgen María dió á luz al Salvador. Casi todos los hombres de ese país son mudos para la cristiandad; pero las piedras hablan allí un lenguaje que no ha podido hacer callar ninguna revolucion, ni ningun despotismo.

No lejos de la gruta en que nació el Salvador habia algunos pastores que velaban en la guarda de sus ganados. De repente un angel se presenta delante de ellos, vense rodeados de una luz divina y quedan sobrecogidos de temor. « No temais, les dice el angel, pues vengo á anunciaros un hecho que será para todo el pueblo motivo de un

grande gozo; y es que hoy en la ciudad de David os ha nacido un Salvador, que es el Cristo. Y ved ahí el señal para reconocerle: hallareis un niño en pañales y reclinado en un pesebre.» Al mismo tiempo júntase al ángel una legion innumerable de celestiales inteligencias, alabando al Señor y diciendo: «¡Gloria á Dios en las alturas de los cielos! paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!» Llegado habia el tiempo, efectivamente, en que la misericordia y la verdad debian encontrarse, la justicia y la paz darse un abrazo, el cielo y la tierra unirse, los hombres invocar á Dios como á su padre, y darse entre sí el dulce nombre de hermanos, y encontrar en su conciencia purificada su primera y mas grata recompensa.

Tras largos siglos de sangrientas guerras y disturbios en que se agitaban los pueblos conmovidos é inquietos, vinieron todos á guardar silencio postrados y pacíficos bajo la espada de Octavio Augusto. Llegó en esto la plenitud de los tiempos, y en el Oriente, quizás no lejos del punto en que el Padre de los hombres habia tragado por primera vez y por culpable debilidad el veneno de la culpa, nace el verdadero Astro de la humanidad, el Dios increado, el Verbo del Padre, hecho carne, lleno de gracia y de verdad. Prescindiendo aquí de las esperanzas inmortales que viene á traer ese divino Niño para los que como los pastores y los reyes, le adoran y le aman con sencillez y afecto de corazon; si le consideramos como legislador supremo del género humano que ha venido á redimir con su sangre, tendremos largo motivo para admirar y celebrar este hecho grandioso y consolador que muda la faz de los imperios y viene á regenerar la sociedad sin trastornarla, cimentándola bajo sus verdaderas bases; bases eternas como la justicia y suaves como el amor. Las ideas de libertad, igualdad y fraternidad, tan desvirtuadas por las pasiones frenéticas de la ambicion ó del orgullo, fueron las bases con que el legislador vino á restaurar personalmente la sociedad humana en el tiempo, para poder hacerla dichosa en la eternidad. La libertad de hijos de Dios, que rompió los hierros de la servidumbre con que la mitad del género humano tenia atada á la otra mitad, hizo pedazos todo cetro de tiranía y abolió toda sujecion arbitraria que no fuese necesaria para el sosten y órden de la familia y de la so-

ciedad. La igualdad de hijos de Dios que deshizo el odioso despotismo de las razas, acercó las condiciones mas distantes y desiguales que la fortuna ó el poder pone necesariamente entre los hombres, y les constituye todos hijos de un mismo Padre, redimidos por un mismo Dios, y capaces de alcanzar una misma gloria sin medida y sin término, y la fraternidad, ese gran vínculo que abraza todos los lugares y todos los tiempos, que hace de todos los hombres una gran familia de hermanos no para destruirse sino para amarse con un amor tan puro que se confunda con el mismo amor de Dios. Este amor se llama caridad, virtud divina, sufrida, mansa, tolerante, ardiente, laboriosa, desinteresada, sedienta del bien y de la felicidad de los demás. Tal es el espíritu de la ley regeneradora que el Dios nacido en Belen vino á traer á la tierra. El desarrollo de esta ley divina es el único progreso posible de la humanidad. Tiempos hubo en que esta ley de amor dominaba con fuerza, tiempos heróicos del cristianismo, siglos de oro para la Religion, que brillaba mas atizada por la persecucion y por los tormentos. Pero el desdeñoso orgullo, el helado egoismo, el deleite fascinador sofocaron su hermosa llama. El Evangelio es la gran ley de la humanidad: en sus páginas se halla escrito el *non plus ultra* de sus adelantos y de su perfeccionamiento.

No podemos por ahora dar mas extension á esta idea luminosa, y si solo recordar que este gran dia es como la cuna de la regeneracion del mundo, dia en cuya noche diáfana los espíritus celestes repitieron á coros sobre la cuna del Salvador niño las dos palabras que encierran toda la felicidad del mundo: *Gloria* y *Paz* ¡Gloria á Dios, Paz á los hombres! ¡Gloria en los cielos, Paz en la tierra! ¡Gloria al Criador, Paz á las criaturas de pensamiento humilde y de recto y sencillo corazon!

Cuando los ángeles se hubieron retirado en el cielo llevando consigo su divina armonía y sus resplandores, los pastores se dijeron entre sí: «Vamos hasta Belen, y veamos lo que ha sucedido.» Y llenando sus cestas de sencillos presentes, dejaron sus rebaños y corrieron presurosos hácia la ciudad de David á la brillante luz de las estrellas. Movidas secretamente por un impulso de lo alto, al pasar por delante de la cueva, entraron en el pobre establo, y encontraron á María y á

José velando sobre el niño reclinado en el pesebre, segun el oráculo divino. Eran la humildad, la pobreza, la sencillez de corazon, personificadas en aquellos rústicos, que venian á rendir el primer homenage al Dios de estas mismas virtudes recien venido sobre la tierra. Eran las primicias de los justos, á quienes se habia revelado el grande arcano, oculto aun á los poderosos de la tierra, que venian á alternar con los ángeles para celebrar el nacimiento de aquel Dios grande que dijo despues al universo: Felices los pobres de espíritu, los mansos, los humildes de corazon! La Vírgen no rehusó el informarse de lo que el ángel les habia revelado; pero conservaba todos estos gloriosos prodigios en el recinto de su corazon, y los cubria de un inviolable silencio, para mostrar, dice un antiguo contemplador, que era tan discreta su boca como casto su cuerpo. Los pastores regresaron á sus chozas, alabando á Dios por lo que habian visto y oido, y llenaron de admiracion á todos cuantos refirieron las maravillas de aquella noche memorable. La Iglesia celebra en la media noche del 25 de diciembre el nacimiento de Jesucristo, y en la aurora de aquel mismo dia el recuerdo de la adoracion de los pastores. Bajo las majestuosas basílicas, así como bajo el humilde techo del templo de la aldea, resuena la flauta y el tamboril, música tan sencilla como el corazon de los primeros adoradores de Dios; armonía divina que enlaza la candidez del alma con los mas elevados designios de Dios sobre sus criaturas. Al oir los sinceros cantares de aquellos rústicos tan inocentes como afortunados, á quienes se comunicó la nueva feliz, y al ver al Niño Dios sobre nuestros altares que se deja adorar por los niños y por los reyes, ¿que pecho sensible no salta de un júbilo santo, anegado dulcemente en este océano sin fondo de candorosos misterios, que en medio de la desolada y aterida naturaleza, respiran todos la terneza y el amor?

En primero de año, celebra la Iglesia la fiesta de la Circuncision, en que la humildad del Criador se somete á la ley hecha para la criatura. Ignórase absolutamente la persona á quien cupo el honor de ser el padrino del Hijo de Dios, bien que, segun los Santos Padres, hay conjeturas para creer que San José fué su padrino. En esta circunstancia fué cuando recibió aquel nombre traido del cielo por un angel,

el nombre de Jesus, ante el cual doblan su rodilla todas las potestades del cielo, de la tierra y de los abismos.

Este rito fué ordenado por Dios á Abraham como un sello de la alianza y de las promesas que hizo á este Patriarca y á sus descendientes de los cuales formó el pueblo especialmente querido de que nacer debia el Hijo de Dios. Los Árabes descendientes de Abraham por Ismael conservaron esta ceremonia de la Circuncision, que ejecutaban cuando el niño tenia tres años, tiempo en que fué circuncidado Ismael. De los Árabes tomarian este rito los Egipcios y algunas otras naciones por ellos dominadas. La circuncision de la carne, segun advirtió ya el gran legislador hebreo, era un símbolo de la del corazon, esto es, de sus perversas propensiones, figura asimismo de la regeneracion bautismal.

El octavo dia de su nacimiento fué circuncidado el Hijo de Dios y llamado Jesus conforme á la órden de su Padre celestial, cuya ceremonia, segun San Epifanio, se verificó en la cueva misma de Belen. Ved ahí una muestra asombrosa de humildad, que el impecable se sometiese á una ley que suponia el pecado y que figuraba el sacrificio de la parte corrompida de nuestra naturaleza.

La humildad, ved ahí la gran virtud sobre que descansa todo el misterio de la redencion humana. El orgullo es el que introdujo la muerte, y la humildad debia restablecer la vida. Los que no hayan penetrado la sublime y misteriosa economía de Dios en la reparacion del mundo, cual nos lo presenta la Religion, estrañarán sin duda que el Mesías reparador aparezca en el mundo sin ninguno de los brillantes aparatos al través de los cuales saben buscar únicamente los ojos del hombre la majestad y la gloria. Pero el mundo moral está sujeto á leyes muy distintas. La naturaleza humana contaminada y decaida en su origen por la altivez de la criatura, necesitaba de un reparador, que por medio del mas profundo sacrificio de sí mismo, volviese á conciliarse la gracia y amistad de Dios que habia perdido: y aunque este reparador, fuese el Verbo de Dios, convenia que apareciese con todas las condiciones de la humildad y del abatimiento á los ojos de los mortales, para quienes debia ser el modelo, aun cuando en el órden de los espíritus, esto es en su propia persona, encerrase toda la grandeza y toda la gloria de la divinidad. Humillóse sin

degradarse, abatióse sin envilecerse: conservó en sí mismo toda la altura de un Dios, descendiendo á la ínfima condicion de la criatura. Como habia criado al hombre á su semejanza, no se desdeñó de tomar su figura, sus formas, de sujetarse á sus miserias naturales, á sus sufrimientos, escogió el estado mas pobre y abatido: el desierto, la noche, el frio, la desnudez, aquí es en donde encerró para el mundo y para el universo la leccion sublime que era el objeto de su mision, la necesidad que tiene el hombre de humillarse para ser digno de subir, de abatirse para ensalzarse. He aquí la felicidad que venia á traer al mundo, pero nó al mundo altivo y orgulloso, nó al mundo envanecido y endiosado, sino al mundo humilde, al mundo mortificado, al mundo sencillo y pobre de espíritu. ¿Y como, si hubiese nacido sobre un solio, rodeado de los brillantes pero efímeros atributos del poder, hubiera podido decir despues á la faz de la tierra: ¡ Bienaventurados los pobres, los que sufren, los que lloran, los mansos y humildes de corazon! Ved ahí toda la economía del cristianismo compendiado en el misterio de Belen.

Así que, no faltan palabras á la Esposa del Cordero para engrandecer al humilde Niño, circuncidado en una cueva como el mas oscuro niño de Israël. En él, á pesar de su espontáneo abatimiento, desaparecen las ceremonias de la ley antigua, disípase el temor como una niebla impura, y nace y brilla una nueva alianza de amor entre Dios y los hombres. Jesus, rayo del verdadero sol y esplendor de la luz del Padre, lleva al nacer en su ensangrentado cuerpecito el oprobio de nuestros pecados, y esta pura sangre que tiene ya la virtud de borrarlos y que gotea de los tiernos miembros del divino infante, es para nosotros como una prenda de que un dia la derramará toda. El nombre que hoy recibe, es la admiracion del Universo, y á él solo se postrarán el cielo, la tierra y los abismos.

Gloríense los conquistadores con un nombre que recuerda la destruccion de los pueblos sojuzgados. Esta es la gloria del orgullo y de la opresion. El nombre de Jesus en medio de su humildad es la gloria del libertador de los hombres. Este nombre es el único supremo que deben invocar la miseria, la desgracia, la horfandad, el desemparo; él es el único que puede hacer levantar los muertos de su sepulcro y hacerlos vivir eternamente.

En efecto, la humildad es la que transformó la faz del mundo, y la que dispuso al hombre para recibir en sí la gracia y los beneficios inmensos de la religion. Ella es la que animó la fé, dió alas á la esperanza y sopló la llama de la caridad. Esta virtud era la mas desconocida en el mundo antiguo, alertagado en el sueño de muerte en donde le sumiera el orgullo. Los filósofos mismos, los que estudiaban al hombre y le daban lecciones para mejorarle, la ignoraban, ó la tenian, no por una virtud que significa fuerza, sino por una debilidad. La temperancia, la rectitud, el desprendimiento, el amor á la patria y á los hombres, hasta el olvido de las injurias y el hacer bien á los enemigos fueron virtudes conocidas y predicadas sino practicadas por los antiguos sabios. Pero la razon humana obcecada y vacilante, no podia dar por sí sola con el gran remedio que debia arrancar de cuajo la raiz pervertida que lesiaba el corazon humano; no podia adivinar que el hombre para engrandecerse debiese primero pasar por un voluntario abatimiento, no podian ni aun concebir que en la mayor flaqueza aparente cual es la humildad, se encerrase la mayor fortaleza, la mayor virtud, la fuerza asombrosa que quita el rayo de las manos de Dios y reconcilia la tierra con el cielo.

Los pastores y los reyes fueron las primeras tradiciones de que nos hablan las primitivas historias, y las mas análogas á la primitiva sencillez de las sociedades. Los primeros gefes de las familias fueron pastores y reyes á un mismo tiempo, reuniendo á la sagrada corona de la paternidad las riquezas y la simplicidad de costumbres de la vida pastoral. El mismo Jesucristo, que es el rey de los siglos, y el símbolo perfecto de todas las grandezas humanas, se nos ofrece á si mismo como á un buen pastor de almas. Y á pesar de la refinada corrupcion á que han descendido las sociedades, los sencillos creyentes se reunen todavía bajo el báculo paternal de su pastor que representa en la tierra al Pastor universal de toda la grey cristiana.

Y así como los pastores de Judá habian tomado la iniciativa de prestar el homenage al Dios recien nacido, debian seguirles los sabios y los reyes de la tierra.

No tardó pues mucho tiempo despues del nacimiento de Jesus, á ser este revelado por medio de los astros á grandes distancias. Magos, ó sa-

bios, en la Caldea se dedicaban á estudiar el curso de las estrellas, porque la astronomía, en la sencillez de las antiguas costumbres, ejercia una grande influencia en el elemento moral del espíritu humano. Nada presenta á la imaginacion una sombra mas magnífica de lo infinito; ó mas bien, nada en el mundo de los cuerpos refracta mejor los rayos de aquella grande idea, que estos espacios, los cuales parece desafian el poder y la capacidad de nuestro pensamiento; estas fuerzas, que recorren distancias incalculables con tal celeridad, que estas mismas distancias, cuya sola idea nos confundia, quedan á su vez como vencidas y devoradas por el movimiento. Nó, jamas nos penetra tan vivamente la idea de órden, como cuando entrevemos una complicacion infinita de movimiento en el seno de una calma inmensa.

Enséñanos la historia del espíritu humano, que esta ciencia gloriosa es la primogénita de las ciencias físicas; que fué la primera en producirse y desarrollarse, ya durante su infancia en la antigüedad, ya al partir de la adolescencia en los siglos modernos. Los sabios pues que la cultivaban, instruidos sin duda en las primitivas tradiciones, divisaron una estrella de primera magnitud, y por su marcha estraordinaria ó por otras no menos ciertas señales, reconocieron en ella la *estrella* de Jacob vaticinada no solo por los oráculos hebreos sino por las viejas tradiciones de la Arabia. No hay duda que á estos sabios, á quienes la tradicion presenta tambien como reyes ó príncipes, les ilustró el corazon el fuego de una luz celeste, así como les heria los ojos el nuevo astro; y no dudaron ya que el Rey de los Judíos anunciado por los profetas y esperado por las naciones, habia sido por fin dado al mundo. Resueltos pues á ir en busca de este nuevo Rey divino y de presentarle sus homenages, hicieron sonar las trompetas de la partida. Dejando tras sí la ciudad de los Seleucidas y las silenciosas ruinas de Babilonia, tomaron el arenoso camino de la Palestina; guiándoles y precediéndoles la nueva estrella, como la columna de luz á los hijos del desierto, pues aquel astro carecia de regularidad en su movimiento, y seguia maravillosamente los varios giros y movimientos de los ilustres viajeros. Divisaron por fin las altas torres de Jerusalen, y la estrella se ocultó en las profundidades del cielo, como una criatura inteligen-

te, dice Orsini, que descubre un cercano peligro. Los sabios del Oriente no titubearon en entrar dentro de la capital para saber desde allí el lugar donde se albergaba el Rey recien nacido; como así lo preguntaban públicamente con el mayor candor, añadiendo: porque hemos visto su estrella en Oriente, y venimos á adorarle. Herodes, rey tributario, aborrecido de los Judíos, informado de que unos extrangeros de alta categoría iban en busca de un Niño á quien estaba prometida la soberanía del país, y cuya estrella han divisado; no levantando sus ojos mas allá de una corona temporal, quedó sorprendido y espantado, por una rivalidad poderosa que amenazaba su trono mal seguro. La turbacion y la inquietud se difundieron por entre todos sus esclavos, y por toda la ciudad, la cual se conmovió por motivos distintos de los de Herodes, pues era detestado.

Reunió luego este los príncipes de los sacerdotes y los doctores de la ley para saber de ellos en qué lugar debia nacer el Mesías, y la respuesta unánime fué: en Belen de Judá, segun los oráculos formales del profeta; y aun añadieron los ancianos de Israël, que tocando ya á su fin las últimas semanas de Daniel, los tiempos del Mesías no podian estar muy léjos. Hizo pues llamar los Magos en secreto, y los estrechó con preguntas sobre el tiempo en que habia aparecido la estrella. Y despidiéndolos para Belen les dijo: «Id allá á informaros exactamente de este niño; y cuando le hubieseis hallado, hacédmelo saber, para que vaya yo tambien á adorarle.»

Una circunstancia, de muchos desapercibida, es la que nos llama por un momento la atencion, y esta circunstancia notable se encierra en la promesa que hizo Herodes á los Magos, de ir él tambien á adorar al niño luego de sabido el punto de su nacimiento.

En la persona del rey de Judea nos parece ver exactamente retratados los perseguidores mas terribles del Cristianismo. No era por cierto tan temible ese tirano sanguinario cuando, rechinando en su impotente furor, hacia derramar por las llanuras de Belen arroyos de inocente sangre, como cuando encubriendo su atroz designio, pedia á los santos viajeros que le informasen del lugar donde naciera Jesus, para ir á tributarle sus homenajes.

La persecucion contra Jesucristo y sus discípulos fué cruel é inhu-

manamente feroz durante los primeros siglos: pero abierta y declarada. Enrojecida entonces la Iglesia con la sangre de sus propios hijos que la cubria como una púrpura de gloria, veia brotar palmas y laureles tan hermosos como las virtudes de los fieles; y mientras mantenia acá en la tierra el heroismo de la caridad y la constancia del martirio, enviaba á la Iglesia triunfante coros gloriosos de justos que recibian en el cielo las recompensas inmortales de su espontáneo sacrificio. Mas cuando hubo cesado la persecucion de los anfiteatros y patíbulos, empezó la persecucion de la hipocresía, mucho mas desastrosa que la del cuchillo. Nuestro siglo sobre todo, fatigado ya de luchar con todas armas, ha escogido la de la astucia y del amago como la mas propia para triunfar sin obstáculo, y la que mas insensible y disimuladamente apaga en los espíritus tímidos ó vacilantes la llama santa, que quizás atizaria el soplo vivo de una persecucion sangrienta ó descarada.

Así que, vemos en nuestra época puestas en boca de todas las condiciones de la sociedad las últimas palabras del monarca de Jerusalen á los hijos del Oriente que buscaban á Jesus: luego que le hubiereis hallado dadme aviso, *para que yo tambien vaya y le adoraré. Yo tambien quiero adorarle*, dice quizás el hombre de poder, aquel en cuyas manos se halla la suerte de un gran pueblo, mientras tolera la blasfemia, el despojo, mientras los augustos monumentos caen al golpe del hacha ó de la pica, mientras lloran desiertos los caminos de Sion. *Yo tambien quiero adorarle*, dice el político, el hombre de las teorías y de los sistemas, que ha declarado la guerra á las instituciones de caridad, y á todos los recuerdos venerables y testimonios vivientes de la fé de nuestros padres. *Yo tambien quiero adorarle*, dice el filósofo, mientras está sembrando con sus doctrinas el gérmen de una filosofía, cuando menos incierta en sus principios y tendencias, que se dirigen ó á materializar al hombre ó á dar á la ciega razon el imperio sobre todas las verdades, ó á establecer como base universal la duda ó la indiferencia en que se adormezcan torpemente el pensamiento y el corazon. *Yo tambien quiero adorarle*, dice el poeta que se vale de los dogmas terribles y sacrosantos de la fé como de una nueva y hermosa mitología, y bajo dudosos lemas entona himnos á las pasiones divinizadas.

Y porqué el rey de Judea amagaba en su pérfida hipocresía un golpe de muerte al Niño Dios? Porque era un tirano temido y detestado que temblaba sobre su trono, suspicaz, sombrío, sanguinario, que temia perder á cada momento el cetro que casi se le escapaba. Ese Mesías poderoso, ese vencedor del mundo, tal como él se lo figuraba, le llena de sobresalto y de alarma: no es el Dios, quien hace estremecer al viejo monarca, es el príncipe. Parécele ver ya restablecida sobre el trono de Judea la casa real de David, y el nuevo vástago dominando con orgullo sobre aquel sólio que él habia ya enrojecido con sangre. Insensato! En su ceguera abominable no conocia los altos designios de Dios, ni el verdadero carácter del Rey á quien anunciaban los astros y los reyes. Ved ahí prefigurada tambien en Herodes la obcecacion, la suspicacia, los impotentes esfuerzos de todos cuantos le han sucedido en perseguir la religion de la Cruz. Casi todos los gobiernos han desterrado de la sociedad el nombre augusto de Jesucristo: para nada cuentan en sus caducas y vacilantes legislaciones con el legislador eterno, temerosos de que su ascendiente en los corazones de los pueblos ponga coto á sus planes de predominio. Los sabios del mundo, los que pretenden arrogarse el derecho divino de regenerar la humanidad haciéndola marchar por nuevas y quiméricas sendas de mejoramiento progresivo, temen tambien á Jesucristo. La sencillez arrastradora de la verdad que emana de la palabra de Dios, y que como una espada de dos filos llega á dividir el alma del espíritu, les embaraza, les confunde, es un obstáculo insuperable á sus planes de desolacion y de muerte. Los hombres endiosados, los hijos de las tinieblas, los que vejetan en la corrupcion y en el egoismo, temen tambien á Jesucristo; y ved ahí la guerra de muerte que le declaran. Con todo su dulcísimo nombre tiene aun adoradores fieles sobre la tierra, que detienen quizás la destruccion del mundo. No es posible lidiar frente á frente con un Dios cuyo amor es una necesidad para la inteligencia y para el corazon. Preciso es disimular, y decir con el hipócrita Idumeo: *En donde está este Dios, que yo tambien iré á adorarle?*

De este modo, pues, pensaba Herodes asegurarse de aquella cuna, que tanta inquietud le daba, y de la cual publicaba ya la fama tan

grandes maravillas, y ahogar sin dificultad unos destinos que nacian y que ninguna mano de hombre defendia. Los Magos, por su parte, con la ingenuidad de su corazon y acostumbrados desde su infancia, como todos los reyes de Persia, á decir la verdad, no pudieron sospechar tanta perfidia en el falso y suspicaz Idumeo, y atravesando otra vez la ciudad santa con sus plegadas tiendas y su brillante comitiva, salieron de Jerusalen por la puerta de Damasco, y se dirigieron hácia la ciudad de David. Despues de haber atravesado profundos barrancos cortados por colinas, apareció en su cenit un punto brillante que descendió rápidamente sobre ellos. *¡La Estrella!* gritaron todos á una voz, y la estrella la misma que habian visto en Oriente, y que habia guiado sus pasos, fué á colocarse sobre la cueva del Niño Dios.

Absortos y llenos de un santo respeto, no quedaron arredrados por lo humilde y desmantelado del sitio; y los adoradores del sol, los sabios y apotentados de la Arabia, primicias ilustres del gentilismo convertido y como los representantes de todo el universo idólatra, entraron en aquella choza con la misma veneracion que el mas suntuoso templo. Su fé no vaciló ni un momento, porque era conducida por el amor y la humildad de su corazon, y abriendo sus cofrecitos, le presentaron por ofrenda sus tesoros, junto con mirra y con incienso, triple símbolo del principado, de la humanidad y de la divinidad del Niño que adoraban. Los padres de Jesus quedaron gratamente sorprendidos de ver aquellos magnates, venidos de tierras lejanas, que se postraban á los piés del divino Infante, haciendo tocar hasta el polvo sus frentes respetables. María, sobre todo, contemplaba atónita y jubilosa aquella escena espléndida de gloria en la que brillaba ya á la faz del mundo la majestad de su querido Hijo, tan humildemente velada, y este era el último período de grandeza de que debia disfrutar su alma, á la que estaban reservados tantos dias de amargura y de dolor.

Disponíanse los santos Magos á ir á encontrar al Rey en su palacio de Jericó, segun se lo habian prometido, no sospechando ni por asomo sus atroces proyectos, y noticiarle el lugar donde habia nacido el Mesías: pero un ángel del Señor les advirtió en sueños los negros designios de aquel Rey pérfido, y les indicó que mudasen de camino.

« Los discípulos de Zoroastro, dice el amable historiador de María, dieras gracias á *Aquel cuya tienda está en el sol*, atribuyeron esa revelacion nocturna á su genio tutelar, y mereciendo por su grande docilidad el don de la fé, que recibieron mas tarde (6), en lugar de costear las playas estériles y peligrosas del Lago maldito que refleja sobre sus pesadas y estancadas aguas las sombras de las ciudades réprobas, dirigieron la cabeza de sus camellos por el lado del *Grande Mar*, y se creyeron transportados á las llanuras sembradas de rosas que bañan el Eufrates y Bend-Emir, recorriendo las hermosas orillas de la Syria.»

Los cristianos han colocado un altar en la iglesia suberránea de Belen, en el lugar mismo en donde estaba la Vírgen María cuando presentó su hijo á la adoracion de los Magos.

Nadie ignora que estos ilustres peregrinos llamados por el cielo, y venidos libremente á saludar la cuna del Dios Infante, fueron siempre mirados como las primicias y los símbolos vivientes de la vocacion de los pueblos al banquete de la fe. El hombre no vive solamente de pan, sino de toda palabra que desciende de la boca de Dios. Pero, á diferencia de las criaturas materiales, que van allá donde las conduce una fuerza superior é irresistible, el hombre, criatura inteligente y libre, es llamado con obligacion rigorosa, es verdad, pero no por una necesidad fatal, á corresponder. Por esto es libre de escoger la verdad para nutrirse de ella y es criminal en abandonarse al error, y en buscar en la ignorancia ó en la mala fé una justificacion hipócrita de los descarrios de su corazon.

Es sabido tambien que la antigüedad cristiana ha considerado siempre en el llamamiento sucesivo de los pastores y de los Magos una indicacion del órden seguido en la difusion del Evangelio. Los pastores son llamados primero á la cuna de aquel que venia á socorrer á todos los hombres, pero sobre todo á los pobres, á los desamparados y á los humildes: los sabios y los poderosos son llamados en segundo lugar, y llegan mas tarde, como si estuviesen mas léjos de la simplicidad y de la abnegacion evangélica por el orgullo de la ciencia y la seduccion de la riqueza. Esto mismo se vió tambien en los primeros siglos, los débiles y los pequeños entraron en tropel y sin retardo á la

Iglesia: los Césares no pusieron en ella los piés sino al cabo de tres siglos.

Cuarenta dias despues del nacimiento de Jesus, María se presenta al templo para cumplir con la ley de su país, aunque estuviese de ella dispensada por el carácter maravilloso de su alumbramiento. Todas las mugeres que habian dado á luz un hijo, debian ofrecerlo en el templo y sujetarse ellas mismas á la ceremonia de su propia purificacion.

No seria de estrañar que se admirase á primera vista el sencillo creyente al oir hablar de la Purificacion de María; pues por lo comun no se purifica sino lo que está impuro. Pero los misterios de la Religion en medio de sus insondables profundidades ofrecen una doctrina sublime, é inspiran la práctica de aquellas altas virtudes que el Hijo de Dios vino, por decirlo así, á divinizar sobre la tierra, y que el hombre no conocia.

La humildad es una virtud esencialmente cristiana, lo mismo que el amor á los enemigos. De las otras virtudes morales podia antes tener el hombre una idea aunque imperfecta y oscura, que se conocian en su alma como vestigios de su elevado origen. Por esto Jesucristo desde el techo de Belen hasta el árbol de la Cruz santificó por sí mismo esta virtud divina, y su vida no fué mas que práctica no interrumpida de amor y de humildad.

Acércase el gran dia en que el suspirado de Israël va á enlazar la ley antigua y la ley nueva, las sombras y la realidad, las promesas y el cumplimiento. Despues de haberse hecho adorar por Príncipes gentiles que le ofrecieron en tributo lo mas grande del hombre, la sabiduría y el poder, debia este Sacerdote eterno recibir en homenage la adoracion de los Judíos, de quienes esperaba la muerte, pero en cuyo pueblo debia establecer la piedra fundamental del Reino de su Padre.

María, cuya alma entraba ya en los arcanos y misterios de la Redencion, conoció que su Divino Hijo, como lo dijo despues él mismo, no habia venido á deshacer la ley sino á cumplirla. La mas pura entre las hijas de los hombres quiso confundirse entre las demas mugeres, y la misma razon que le habia hecho elegir un esposo la conduce hoy al pié del Santuario.

Moysés habia impuesto tres leyes á las mugeres que parian varon. La primera mandaba que la muger fuese tenida por inmunda los primeros siete dias y excluida como tal de la comunicacion popular, pero en otros treinta y tres dias no podia entrar en el templo ni tocar cosa santa. La segunda ley era de la presentacion del infante en el templo pasados los cuarenta dias, sin distincion de sexos, ofreciendo por él un corderillo de un año ó un pichon ó tórtola, y si no podian cordero dos tórtolas ó pichones, bello símbolo de la castidad, uno para el sacrificio del fuego que llamaban holocausto, y otro para otro género de sacrificio que llamaban *sacrificio por el pecado*. Llevaba la madre á su hijo al templo, lo entregaba al Sacerdote en la puerta del tabernáculo, el cual tomándolo en sus manos lo llevaba hasta cerca del altar, y levantando al niño delante de Dios se lo ofrecia, y daba gracias por aquella nueva criatura racional. Recibia despues la ofrenda por el sacrificio, el cual, en sentir de San Agustin, se ofrecia por el niño para purgarle de la culpa original en que habia sido concebido. En esta ofrenda se confesaba la muger por pecadora, y pedia al Sacerdote que orase por ella. Con esto quedaba ya purificada.

La tercera ley era particular para los primogénitos. En memoria de haber Dios exterminado todos los primogénitos del Egipto para librar á su pueblo de aquella fiera servidumbre, reservó para sí todos los primogénitos de Israël, que se le ofrecian en el templo. Si eran hijos de Levitas se dedicaban al culto del Señor. Y si no lo eran, las redimian sus padres por cinco siclos, moneda de plata que segun Josefo pesaba cuatro dracmas Atticas (7).

Todas tres leyes viene á cumplir hoy en el templo la Madre del Redentor. Por la primera vez se acerca á estos umbrales sagrados una madre vírgen, llevando por humildad las ofrendas que servian para espiar la inmundicia; y el Rey de los Cielos va á ser ofrecido á su Eterno Padre bajo la imágen de dos tiernos palomos. La divinidad debia estar aun oculta entre los hombres, y el Dios adorado de pastores y de reyes debia ser ofrecido entre los pobres.

Ni la maternidad, ni el hijo, ni la ley obligaban á María. Cuando Dios dictó al legislador de los hebreos la ley de la purificacion le dijo

solamente: *Mulier si suscepto semine pepererit.* Que legislacion humana hubiera hablado así! Una tal condicion pareceria inoportuna y aun ridícula á los ojos de los hombres, pero en ella se encerraba el futuro arcano de una maternidad virginal, y era un prenuncio sublime de la exencion de María. Sin embargo tan alto privilegio fué reusado por la que se confesó esclava del Señor.

María pues no fué á purificarse sino á venerar el misterio de la purificacion. Acabó con esto de hollar la cabeza á la orgullosa serpiente y fué despues exaltada por su portentosa humildad. Se cumplieron las profecías sublimes de Ageo y de Malachías. «¿Quién ha quedado de vosotros, exclamaba el primero en un éxtasis divino, que viese esta casa en su primera gloria? No tardará mucho en venir el deseado de las gentes y llenará de gloria esta casa (dice el Señor de los ejércitos) y será mayor la gloria de esta casa última que la de la primera.» ¿Quién negará que el profeta entendió hablar del segundo templo de Jerusalen glorificado por primera vez con la presencia real de Jesucristo?

Los brazos puros de la Vírgen eran el alto trono de su gloria; este templo menos suntuoso que el de Salomon, fué mas augusto y glorioso que el de aquel hijo de David. Oigamos la voz profética de Malachías. «Sabed que envio mi ángel, y luego vendrá á su templo el Señor que vosotros buscais.»

Ábrese pues el templo á la Madre y al Hijo. El viejo y afortunado Simeon se siente inspirado de repente por una luz sobrenatural como si el divino Niño hubiese dejado escapar un rayo de su divinidad. Absorto, oprimido de placer, mira entre sus brazos trémulos al deseado de las naciones, le adora, le estrecha contra su corazon, mas dichoso que Noé cuando vió en el pico de la paloma el olivo de misericordia. Un cántico de gratitud y de amor se escapa de sus labios, el júbilo embarga su voz y su corazon arrobado ya no teme la muerte. Judío en la religion y cristiano en la adoracion, es el último justo de la ley y el primero de la gracia. Mas feliz que todos los Patriarcas y Profetas, oye el infante divino y se santifica en medio de sus caricias. La virtuosa Ana de la tribu de Asser, participa tambien de tan soberana ventura y reconoce al libertador de Israël.

Simeon se siente poseido por el espíritu del Señor. Un dolor profético arranca un suspiro de sus labios. Mira á la Madre y llora. Gran Dios! que funesto prenuncio! El Hijo tierno, el inocente, el Divino Jesus..... el corazon de su Madre herido de muerte..... el Gólgotha..... Mas no turbemos con tan tristes presagios el purísimo júbilo del soberano misterio que con esta festividad nos recuerda la Iglesia.

María pues sin tacha y sin mancilla obedece con humildes sentimientos á una ley que no le concernia; y presenta la ofrenda, nó de los ricos sino de los pobres: las mugeres ricas daban un cordero, las pobres dos tortolillas. El hombre justo y temeroso de Dios, que aguardaba al consolador de Israël y á la salud del mundo, habia conocido proféticamente que no moriria sin ver antes el objeto de los votos que con tanto ardor alimentaba. Quiso Dios que este Simeon llegase al templo en el instante mismo en que María y José presentaban á Jesus Y en un arrebato de santo júbilo, pronunció aquellas tan celebradas palabras.

> Llegado ha ya el momento
> En que puedes, Señor, á este tu siervo
> Llevarte de esta vida,
> Por quedar tu palabra ya cumplida.
> Pues que vieron mis ojos
> Al suspirado Salvador del mundo,
> A la faz presentado
> Del orbe entero que le vé admirado.
> Será luz de las gentes
> En este triste y lóbrego destierro,
> Y de inmortal memoria
> Será del pueblo de Israël la gloria.

María y José escuchaban estas palabras magníficas con sorpresa y admiracion; y el noble corazon de María se abria á los designios espléndidos de Dios sobre su Hijo, como se abre una flor delicada ó húmeda del rocío á los rayos vivificantes del sol. Pero las palabras de aquel anciano venerable, dirigiéndose á María, derraman en su alma aquellas

gotas de amargura que la acibararon toda la vida, y que la hicieron mártir hasta la muerte. « Este Niño ha venido para la muerte y la resurreccion de muchos en Israël : será el blanco de las contradicciones ; y vos misma, cuando se habrá descorrido el velo de los pensamientos de muchos, tendreis el alma traspasada de dolor como por la punta acerada de un cuchillo. »

Á estas palabras se reveló á los ojos de la madre el triste y horroroso cuadro del porvenir. Las aciagas palabras de Simeon, dice el historiador de María repetidamente citado, hicieron encorvar su cabeza como un viento de tempestad ; y su corazon, en el cual pasaba una escena muda de martirio, experimentó una cosa semejante al contacto de un hierro incandecente, que se hundiera lentamente en carne viva y chorreante. ¿Qué seria de nosotros si pudiéramos ver con anticipacion las tormentas terribles que han de destrozar nuestro pecho? Dios nos ha ocultado lo futuro, para que el aspecto lejano del infortunio no arrojase hiel sobre los momentos presentes, y no prolongase indefinidamente nuestros martirios, aun antes de sufrirlos. Este velo de incertidumbre que nos hace menos infelices, se alzó para crucificar el alma de María y se le dió á beber en todos los instantes de su vida la copa envenenada del dolor. Ya en aquel momento aceptó el cielo el sacrificio interior que le hizo la Madre de la vida del Hijo : ya entonces fué grande en su dolor á los ojos de Dios la heroina del Calvario. « No solamente dice San Ambrosio, los ángeles, los profetas y los pastores publican el nacimiento del Salvador, sino tambien los justos, los ancianos de Israël hacen brillar esta verdad. Uno y otro sexo, jóvenes y viejos, autorizan esta creencia confirmada con tantos milagros. Una vírgen concibe, una muger esteril pare, un mudo habla, Elisabeth profetiza, un mago adora, un niño en el seno materno salta de gozo, una viuda confiesa esta maravilla, y el justo la espera. »

Lo que conmovió de júbilo y de fervor á un santo viejo y á una pobre viuda, Simeon y Ana, no hizo la menor impresion en el pecho endurecido é indiferente de los sacerdotes y doctores que se hallaban en el templo y á cuyos ojos carnales la luz de Israël no era mas que una columna de tinieblas. Corrompidos sus corazones por el amor al oro, y

obcecados sus entendimientos con el orgullo, los príncipes de la Sinagoga habian degenerado de la noble sencillez y fervor de sus predecesores. Este momento solemne vaticinado por Ageo pasó para ellos desapercibido. Ejercian sus funciones sagradas por pura costumbre ó por ambicion, y tal vez los mismos labios que allí maquinalmente cantaban himnos de alabanza al Eterno, debian gritar mas tarde: *Reo es de muerte! Crucificadle!*

El recuerdo de estos maravillosos sucesos y del dia en que se verificaron está consagrado por una fiesta fijada en el dia segundo de febrero, y fué por largo tiempo solemnizada en todo el Orbe católico con el mismo descanso que el dia del Señor, y aun así la solemniza en el dia la católica España.

Apenas hubieron tenido su cumplimiento estos misterios, y poco tiempo despues que los dos santos esposos con su hijo habian regresado á Galilea; Dios, que no queria dejar abandonado el divino Niño á la suspicaz crueldad de Herodes, dió á entender á José, que debia huir á una region extrangera. «Levántate le dijo un ángel, toma al Niño y á su madre, huye á Egipto y permanece allí hasta tanto que yo te avise, pues Herodes vá en busca del Niño con intencion de darle la muerte.» Azorado José, se levanta, va á interrumpir el tranquilo sueño de María, que dormia junto á la cuna de su Hijo; la cual, haciéndose cargo de lo terrible de su posicion, se dió priesa á verificar en pocos momentos los preparativos para la marcha. En medio de la noche, en una estacion helada, al través de caminos ó sendas ásperas y solitarias, apartadas de las habitaciones de los hombres, por entre las honduras de los valles y las espesuras de los bosques y por veredas peñascosas y difíciles, es como deben emprender su camino los santos esposos. A José, como gefe de la familia, es á quien comunicó el ángel las órdenes del Señor. No envidió María esta preferencia, ni aun le ocurrió esta idea; aunque parecia que la órden del cielo debia dirigirse mas bien á ella, pues, en cierto sentido, era mas digna de este favor que José; el Niño pertenecia á ella sola, y en él debia interesarse mas vivamente que José. Y si María no recibia sola el celeste mensaje, ¿no podia el angel del Señor darle este aviso al mismo tiempo que á José? He aquí las reflexiones

que hubiera hecho consigo mismo una alma menos perfecta que la de María, y susceptible de amor propio. Pero ella no las hizo, y nos enseña á no hacerlas en ocasion semejante, y á recibir con respeto las órdenes del cielo por cualquier camino que se digne instruirnos. Mas ¡ que nuevo motivo para ejercitar la fé de María ! ¡ su Hijo, el Hijo del Altísimo es perseguido de muerte, y es preciso procurar su seguridad como la de un niño cualquiera ! ¿ No tiene Dios bastante poder para sustraerlo á la crueldad de Herodes, sin necesidad de huir ? ¿ no tiene en sus manos el corazon de este tirano atroz ? ¿ no es el árbitrio de su vida ? ¿ cómo un infante, cual Jesus, para quien el cielo debiera prodigar los milagros, ha de correr los peligros y los inconvenientes de una huida precipitada á una tierra extraña ? ¿ No era muy natural que ocurrieran á María estos y muchos otros semejantes pensamientos ? ¿ debia ella esperar, atendidas las magníficas promesas del ángel, que su Hijo, apenas nacido, estaria expuesto á perecer bajo el cuchillo de un perseguidor?

De otra parte, ¿qué asilo buscarán en Egipto, en un país desconocido? ¿cómo subsistir allí? María es pobre: no tiene otro recurso que el trabajo de José. ¿ Y cómo podrá ejercer un oficio y hallar las proporciones necesarias? Es una tierra de idolatría, en donde los Judíos, adoradores del verdadero Dios, son aborrecidos del pueblo. ¡Qué destierro! ¡á que terribles estremos vamos á vernos reducidos! Y á mas ¿cuanto tiempo durará este destierro? El ángel no lo ha dicho, y en esto nos ha dejado en la incertidumbre mas cruel. ¡Qué prueba para una madre tal como María, y para la madre de un hijo tal como Jesus!

Motivos eran estos sin duda para sumir á María en la mas violenta turbacion, si hubiese estado menos abandonada á Dios, y menos confiada en los paternales cuidados de su providencia. Mas ella no tuvo la menor inquietud voluntaria, ni para ella ni para su Hijo. Sufrió todo lo que debia hacerla sufrir en este lance la ternura maternal, pero su virtud no vaciló por esta prueba. Obedeció y partió de noche con José, teniendo el Niño entre sus brazos; al paso que su esposo comprendió muy bien, que no habiendo llegado todavía el momento solemne de la manifestacion de Cristo, Dios queria salvarlo de las asechanzas de Herodes, por medios sacados de la simple prudencia humana.

Aunque realmente la tradicion, como dice el moderno historiador de María, calla sobre la mayor parte de este interesante y peligroso itinerario, es indudable que los santos viajeros tuvieron que hacer largas y penosas marchas de dia y de noche, aprovechándose para descansar de las espesuras de los bosques ó del mal seguro abrigo de las cavernas. Parece, segun el recuerdo tradicional, que antes de salir de la Palestina hicieron tránsito por Belen, que era como el crater del volcan de cuya explosion huian; tal vez para proveerse de lo necesario, ó para asociarse á alguna caravana que les condujera por los desiertos de la Syria. Segun los eruditos cálculos de los cronologistas, partieron de Gaza los tres caminantes, atravesando los abrasados arenales del desierto, atormentados de sed y de cansancio, pasando las noches sobre esteras de junco y entre la languidez del calor y el soplo helado de la noche..!

Al fin, despues de mas de cien leguas de viaje, se les ofreció la vista de Egipto, «esa antigua cuna de todos los conocimientos y de todas las idolatrías, con sus obeliscos, sus templos, sus pirámides colosales.» Pero este país por soberbio y rico que apareciese, no era su patria ¡era el suelo del destierro! Parece que este suelo se conmovió bajo las tiernas plantas del desterrado de Galilea, y como si este hubiese querido reconocer la hospitalidad que en él habia encontrado, dejando allí un germen fecundo de fé y de caridad. Los antiguos dejaron escrito que los árboles se agitaron, ó encorvaron sus ramas al pasar el Dios oculto, que los ídolos vacilaron sobre sus aras y cayeron hechos pedazos. Lo que hay de cierto es, que el Egipto prestó á la predicacion evangélica un oido mas dócil que la mayor parte de las otras regiones del mundo, y que allí se vieron florecer rápidamente y con un brillo inaudito todas las virtudes del Cristianismo. Aquel era como el jardin de la Iglesia primitiva, en donde los mártires, los anacoretas, y los doctores, á manera de flores radiosas, derramaban á gran distancia la suavidad de los mas ricos perfumes.

Escritores del cuarto siglo, apoyándose en respetadas tradiciones, dicen que el Señor habia penetrado hasta Hermópolis, la patria de Moisés, á mas de doscientas leguas de Jerusalen: José y María atravesaron

la ciudad del Sol, y se dirigieron á Matarich, lindo pueblo, abundante de regaladas sombras y con un manantial de agua dulce.

Entretanto Herodes, habiendo esperado inútilmente á los Magos, conoció que le habian burlado, y bramó de corage. Impelido además por su habitual suspicacia, y naturalmente cruel hasta el punto de no perdonar á sus propios hijos, cometió una inhumanidad que ha quedado famosa aun entre los mismos paganos. Envió gente armada para hacer perecer á todos los niños de dos años abajo en Belen y en todos sus contornos, esperando alcanzar con este general degüello al que se habian atrevido á saludar como Rey de los Judíos. Este fué el cumplimiento de aquella palabra de Jeremías: « Oyóse en Rama una voz, llantos y alaridos lamentables; Raquel lloraba á sus hijos, y no quiso recibir consuelo porque ya no son.» Pero la crueldad de Herodes le fué inútil, ya porque el Rey de los Judíos estaba fuera del alcance de su espada, ya porque iba tambien él mismo á sucumbir, no llevándose consigo otra cosa mas que el horror y la execracion de sus contemporáneos. La historia ha conservado el dicho del Emperador Augusto, cuando supo la trágica ejecucion de Belen (8); y la Iglesia fiel á la memoria de todos aquellos que son víctimas de la fuerza brutal y que sufren por la justicia, honra como mártires á los inocentes que cayeron bajo la espada de Herodes (9).

Pocas escenas de horror y de barbarie manchan las páginas de los anales del mundo comparables á la que presentan en este dia los fastos del naciente Cristianismo. Los hijos de Zoroastro, los tres sabios de Babilonia habian pasado por Jerusalen, y habian preguntado al tirano que ocupaba entónces el trono de Judea, en donde estaba el recien nacido Rey de los Judíos. Turbada la mente del déspota que temblaba siempre sobre su sólio, inquieto su sombrío pensamiento y devorada por la ambicion su negra alma, concibe un proyecto de seguridad que hace estremecer las entrañas y degrada hasta el último punto la condicion humana. El ejemplo de la cruel Atalia, que por haber olvidado un niño en la cuna en la mortandad de la familia real de Judá, este niño le quitó el trono y la vida, le aterra; y decreta con increible audacia el exterminio de una generacion inocente. ¡O Madres de Judá! Cual debia ser el estremeci-

miento de vuestras almas, cuando hasta falta valor al pensamiento y fuerza á la fantasía para figuraros abrazadas con las rodillas de los viles asesinos de vuestros hijos, pidiendo á grandes gritos la piedad ó la muerte! Resonar debian las calles, las plazas, los campos, los desiertos, con el ahullido penetrante del amor maternal sin esperanza. Los tigres y las panteras hubieran huido horrorizados de la vista de los satélites del mónstruo. Los tiernos párvulos, arrancados del regazo que los estrechaba, ó del pecho que los nutria, recibiendo la daga feroz que se hundia en su tierno cuerpecito y espirando con las manecitas tendidas hácia la madre que cae de dolor. ¡Oh! Con tal barbarie debia inaugurarse la persecucion contra Jesu-Cristo y su reinado.

Mas apartemos los ojos de esta escena de carnaje y de ferocidad inmensa; y fijémonos por un momento en el resultado de esta atroz medida que llena de luto y de desespero la ciudad y las cercanías de Belen, funesto prenuncio del deicidio que cubrirá de horror la ciudad santa, y de aquella desolacion y espanto que caerán despues sobre ella, cuando las madres hambrientas y mas bárbaras que el mismo Herodes devorarán á sus propios hijos. ¿Que saca ese príncipe impío de abrevarse de inocente sangre? Esas rosas nacientes, segadas en el umbral de su vida por la cuchilla del perseguidor; esas primeras víctimas de Cristo, ese tierno é inocente rebaño inmolado á su gloria, jugará con sus palmas y coronas inmarcesibles ante el altar eterno como un cándido coro que precede al triunfo del cordero sin mancha, cuya sangre abre ya á estas almas puras las puertas del Eden inmortal. Y Jesus? Jesus á quien solo busca, es el único que le ha escapado. Entre esos arroyos de sangre, el hijo de una Vírgen, único objeto de tanta barbarie, sustráese solo de la crueldad del tirano, al modo que Moisés, figura de Jesucristo y libertador de su pueblo, escapó solo de los edictos inhumanos de un rey bárbaro y obcecado. Así lo canta la Iglesia que milita acá en la tierra, y ha tenido que luchar siempre oponiendo su mansedumbre y caridad inagotable á la ferocidad de tantos Herodes. La sangre de los párvulos de Belen es el primer arroyo de la sangre cristiana que ha de correr á torrentes por los suplicios y anfiteatros, atravesando todos los siglos por entre la cruel impiedad de los enemigos de la Cruz, y que

hemos visto llegar tambien hasta nuestro siglo; sangre que será siempre un vivo recuerdo de la derramada por el Redentor, precedida por la que manó de las inocentes venas de los santos niños.

No tardó este bárbaro príncipe á sufrir el castigo providencial de este crímen y de los muchos con que habia ya manchado sus manos. Suspicaz é inconstante, cambió muchas veces el órden de sucesion entre sus otros hijos. Odiado de los Judíos, habia reunido los principales de la nacion con el designio de hacerlos inmolar en su último dia, á fin de que se llorase en toda la Judea en el momento de celebrarse sus funerales. Atacado por último de una horrible é incurable enfermedad, fué átormentado de ináuditos dolores, y pereció como herido por la mano justiciera de la Providencia.

Mas antes de pasar adelante, echemos una triste ojeada sobre los desterrados del Egipto. María no habia pasado aun por los horrores de la indigencia. ¡ Cuantas privaciones, cuantas penas, á que no estaba acostumbrada la hija de los príncipes de Israël, tendria que sufrir en el largo decurso de siete años de larga permanencia en aquel país del destierro! ¡ Cuantos trabajos y fatigas costaria á ella y á su casto esposo procurarse el preciso sustento para su existencia miserable! Y aun este preciso sustento, cuantas veces debió faltarles! Con frecuencia, dice Landolfo de Sajonia, citado por Orsini, el niño Jesus, acosado por el hambre, pidió pan á su Madre, que no podia darle otra cosa que sus lágrimas!

Ved ahí pues una serie prolongada de dolores y de martirios para María, en los que apenas se fija la atencion. Y nótese de paso, y admírese la conducta de estos santos esposos, que nada hacen por sí mismos, y se dejan en todo conducir por Dios, quien parece que les haya abandonado hasta el último apuro. ¡ Cuantos reparos parece se hallaban autorizados á hacer presentes ya con respeto á sí mismos, ya mas aun con respeto á Jesus! O abismo de humillacion, de obediencia y de conformidad! A pesar de las extremadas congojas que les rodean en Egipto, pobres, tristes, desamparados de todo humano socorro, no toman por sí mismos medida alguna para salir de allí, ni aun dirigen súplicas á Dios para que les acorte aquel destierro; y aguardan tranquilos que un

ángel vuelva á anunciarles la voluntad de Dios. Muerto Herodes, y reinando su hijo Arquelao en la Judea, el ángel mismo que se habia aparecido á José para indicarle la huida, viene á aconsejarle la vuelta. «Levántate, le dice, toma al Niño y á su madre, y vuelve al país de Israël, porque los que buscaban al Niño para quitarle la vida, ya no existen.» José obedeció al momento; pero habiendo sabido que Arquelao reinaba en la Judea, temió ir allí, y por otro aviso del cielo, se retiró á Nazareth en la Galilea, en donde el nacimiento de Jesus no habia hecho tanto ruido como en Jerusalen. En Nazareth es donde pasó Jesus cerca treinta años de su vida en el silencio y en el retiro, lejos de la vista de los hombres: allí vivia la familia santa en el trabajo y en la humildad, ennobleciendo las obras mas despreciadas, santificando la fatiga y los sudores arrancados por el trabajo que el orgullo del mundo mira con ojos de desprecio, y dando así á la vida mas obscura el poder secreto para llegar á una gloria y á una felicidad inmortales. El Cristo, Dios hecho hombre, se dignó conocer por sí mismo el hambre, el trabajo y la muerte, estas tres cosas contemporáneas de la humanidad, y las dejó subsistir despues de él á fin de hacernos conocer como se deben soportar para vencerlas un dia, y trocar todas estas necesidades humillantes por otros tantos ilustres títulos á una vida mejor y mas durable. Pero volvamos á la inocente familia en su vuelta á Nazareth.

Los corazones de los dos castos esposos debieron ensancharse al divisar otra vez el país de Canaan, y ni aun se habla de las penalidades y fatigas del viaje, pues cuando se regresa á la patria, el gozo del corazon alegra las mismas penas, y todo lo embellece la esperanza. Comparado aquel suelo idólatra y embrutecido en sus prácticas infames, con el pueblo agreste sí, pero marcial y franco de Israël, ennoblecido por la pureza y gravedad de su culto; el interior de los santos esposos debia sentir aquel placer que solo conoce el que ha llorado lejos de su patria cuando la vuelve á abrazar. La humilde familia, en medio de las sínceras felicitaciones de sus deudos, debió pensar en la reparacion de su casa por largo tiempo abandonada, restablecer el taller de José, único patrimonio que les quedaba. Jesus, jóven todavía, prestaba el ausilio de sus brazos en los trabajos de su padre representativo, y á costa

de las mayores privaciones y fatigas, llegaron á procurarse lo precisamente necesario.

Jesus, que era fuente de toda ciencia, pues en él residia la divinidad, quiso sin embargo ocultar sus divinos resplandores bajo la corteza terrestre, y mostrarse en todo como los demás hombres. Así pues, no desdeñó en su infancia el recibir las lecciones de su santa madre, la cual con aquella dulzura que penetra á un tiempo en el pensamiento y en el corazon, le inculcaba los preceptos de la ley del Señor, y ensayaba sus tiernos labios en cantar sus alabanzas. Bello ministerio el de las madres el dar mezclada con el alimento del cuerpo la leche pura de las primeras verdades que nutren el espíritu! Entre los besos y las caricias maternales se inspiran con sencillez aquellas ideas sublimes que se arraigan en el corazon y que forman á los grandes hombres. El amor es el preceptor mas poderoso y persuasivo, y la madre á quien es dado el privilegio de amoldar, por decirlo así, el alma del hijo, en medio de los cuidados del cuerpo, puede hacerse muy digna delante de Dios, formando el espíritu del niño á los principios de la verdad y á los hábitos de la virtud, cooperando en cierto modo, con respeto á Dios, al perfeccionamiento de su obra. Madres cristianas! grandes deberes os quedan que cumplir sobre la tierra, y grandes recompensas os aguardan!

El niño Dios no necesitaba de la miserable ciencia de los hombres. Además, en la corrompida Sinagoga dominaba, como en nuestras escuelas, el espíritu de sutileza y de sofisma. No tardó muchos años en demostrar la mas cruel experiencia cuan maliciosamente alterado se hallaba en aquellos orgullosos doctores el conocimiento de la ley, cuya natural interpretacion les ofuscaba la corrupcion de sus corazones. Dominaban en la Sinagoga diversas sectas y sistemas, injertos la mayor parte de los errores del gentilismo, y la clara luz del cumplimiento de las profecías se hallaba sofocada por las cavilaciones y por la terquedad del espíritu privado de cada uno, especie de protestantismo anticipado, que aun antes de aparecer en su plenitud la verdad, procuraba desfigurarla en su espectacion. Los Judíos, que niegan la divinidad de Jesus, le suponen en sus primeros años discípulo de un rabino célebre llamado Josué, hijo de Perachia que habia estudiado con Akiva. Sin embargo, como ob-

serva el curioso Orsini, esta asercion es completamente inexacta, por cuanto Akiva, aunque muy célebre entre los Judíos, no vivió hasta en el imperio de Adriano, mas de cien años despues de la muerte de Herodes y de Jesucristo. Los mismos Judíos le reconocieron como á un jóven sin estudios, cuando, maravillados de verle discutir en el templo, decian: «¿Como sabe este las letras sagradas, sin haber estudiado?» Y respondia Jesus: «Mi doctrina no es mia, sino de aquel que me ha enviado (10).»

El que vino pues para rectificar la ley y para dar luz al mundo, no podia ni debia necesitar de las miserables inspiraciones humanas, semejante á uno de los cedros del Líbano, que crecen espontáneos sin cultivo y sin ayuda alguna de la mano del hombre, y levantan por sí solos su erguida copa hasta las nubes como gigantes de los bosques. El alma de Jesus pasaba horas enteras absorta en la contemplacion de la naturaleza, comunicando con Dios acerca los vastos designios que estaban destinados á su mision divina. La santa madre le contemplaba, y respetaba estas meditaciones profundas, en las cuales se interesaban los destinos del mundo: y aunque al considerar á este vencido y postrado ante su Hijo, su alma santa iba á entregarse al júbilo por aquel porvenir de gloria.... de repente, dice Orsini, la profecía del Anciano del templo, se presentaba lúgubre como un ataud en el fondo de esta perspectiva encantadora: un estremecimiento involuntario corria por las venas de la pobre Madre, y su corazon, que tanto ardia en el amor de Jesus, se deshacia en pesares infinitos. Gritábale una voz secreta: es necesaria una expiacion por medio de sangre, es preciso que muera el Cristo! Entonces, dejando el humilde trabajo á que le obligaba su indigencia, la Hija de David iba á buscar á su Hijo, pues tenia necesidad de verle, de asegurarse con un abrazo maternal que él estaba todavía allí, que vivia aun!

José y María iban todos los años de Nazareth á Jerusalen para celebrar allí la fiesta de la Pascua, y hacian aquel viaje con mas libertad desde el destierro de Arquelao y la ocupacion de los romanos. Llegado Jesus á la edad de doce años, se lo llevaron consigo, partiendo junto con otras muchas familias nazarenas, formando varios grupos, segun la edad, el sexo y las relaciones de familia y amistad. Tal vez

el jóven Jesus iba en compañía de otros muchachos de su edad que con el tiempo debian ser sus apóstoles, pero ni en su conversacion afectaba aire de superioridad, ni de austereza, ni de ciencia; pues lleno de todos los dones del cielo, nada tenia que afectar, y antes bien procuraba con noble candor y afabilidad templar el resplandor de sus penetrantes miradas que profundizaban hasta el pensamiento, como templaba Moisés los rayos de su frente al salir del tabernáculo. Llegados despues de cuatro jornadas de camino, entre la afluencia de Judíos extrangeros que de todas partes acudian, se reunieron para celebrar la comida pascual, y finida esta antigua ceremonia que recordaba tantas maravillas, se reunieron otra vez para regresar á su provincia; y como se seguia el mismo órden de la venida, no advirtieron los dos esposos la ausencia de Jesus; pues cada cual le creia en compañía del otro; hasta que, llegada la noche, y reunidos en la posada todos los viajeros, se halló á faltar el jóven Jesus. Déjase concebir cuanto fuese el dolor y la angustia de los afligidos esposos, pues aquella noche no tuvieron descanso, buscándole sin cesar por las llanuras y torrentes, y temiendo por su vida ó por su libertad. Al amanecer del dia siguiente volvieron á la ciudad santa, cuyos barrios recorrieron sin reposo, hasta que fatigados, entraron en el pórtico del templo, en donde se reunian los doctores de la ley, y en donde habia un niño que dejaba á todos asombrados con la profundidad de sus discursos y con la exactitud de sus respuestas, resolviendo las cuestiones mas difíciles con una facilidad admirable. Sentado en medio de aquella docta asamblea, les instruía en los puntos mas importantes de la ley, les enseñaba, no como maestro, pues no queria apartarse de la modestia que á los niños conviene, sino haciendo preguntas y dando respuestas tan luminosas y sabias que tenia asombrados á todos los circunstantes.

Jesus hasta entónces tan obediente á sus padres, se oculta de ellos, les deja partir, y quédase en Jerusalen sin que ellos lo sepan. No se le ocultaba la inquietud que les causaria, sobre todo á su santa madre. Sin embargo, Jesus se place en ser buscado por los que le aman; muchas veces abandona en apariencia á sus almas mas queridas, para probar mejor las ansias con que le buscan y le desean, y purificar-

las en el crisol mas puro de la perfeccion. Acércasele pues la Madre con un ademan de ternura mezclado de pesar, y le dice con dulzura: «Hijo mio, ¿porque así te has portado con nosotros? He aquí á tu padre y á mí que te buscábamos oprimidos de pena y de dolor.» «¿Porque me buscais? respondió secamente el Hijo de Dios, ¿no sabeis que debo ocuparme de lo que concierne al servicio de mi Padre?» Misteriosa era la respuesta; y en aquel momento José y María no penetraron toda la extension del sentido de aquellas palabras. La increpacion de la madre estaba llena de ternura y tenia derecho para hacerla, y él lejos de ofenderse, quedó por ella muy satisfecho. Una santa familiaridad con Jesus dá ciertos derechos que no permitirian el amor ni el respeto. Las almas buenas le piden á veces con libertad las razones de la conducta que con ellas guarda; le hacen presente con humilde sencillez la afliccion que les causa y él se complace con esta confianza, lejos de resentirse por ella. Dios no se parece á los hombres, para quienes son menester ceremonias y precauciones. Gusta de aquel cierto atrevimiento que nace de la sencillez; y el lenguaje del amor que trata con él casi como con un igual, le agrada mucho mas que el comedido lenguaje del respeto. Pero este lenguaje y estas dulces reconvenciones no están permitidas sino á madres, á esposas, á hermanos, á hermanas de Jesucristo; es decir, como lo explica él mismo, á los que hacen en todo la voluntad de su Padre celestial. Esto es lo que autorizaba la santa libertad de María, mucho mas que su título y su calidad de madre.

Mas como en esta ocasion, no escuchando sino su afeccion maternal, consideró ella á Jesucristo tal vez con algun exceso segun su naturaleza humana; su Hijo, que queria elevarla mas á la consideracion de su naturaleza divina, y darle la primera idea de las funciones que le habia encargado su Padre para con los hombres, dió aquella respuesta á ella y á José. Como si les hubiese dicho: Vosotros debiais elevaros sobre lo que veis en mí de humano, considerar el ministerio para el cual me envió el Padre á la tierra, y la necesidad en que me hallo de preferirlo á las mas legítimas afecciones. Y acompaña estas palabras con un tono de gravedad y con un aire de magestad divina,

que en un niño de su edad debió dar á conocer á cuantos le escuchaban, que habia en él algo de extraordinario é infinitamente superior al hombre. De este modo se manifestaba públicamente, bien que de una manera encubierta, por el Mesías; y esta contestacion, añadida á los admirables discursos que habian precedido, daba mucho que pensar sobre su persona. Ademas, él queria preparar muy anticipadamente á su Madre á verle como la dejaria un dia y en algun modo desconociéndola, en todo el decurso de su predicacion. De esta manera arrojaba los primeros rayos de aquella luz de la que llenó mas tarde el templo, Jerusalen, la Judea y el mundo entero.

La humilde familia regresó sosegadamente á Nazareth. Del hueco de este peñasco sin nombre, la pobre mansion de José, fluyó el sencillo cristianismo, manantial oscuro, en expresion del señor de Lamartine, gota de agua desconocida, en que dos pajaritos no hubieran podido apagar su sed, que un rayo de sol habria podido secar, y que en el dia de hoy, semejante al grande Océano de los espíritus, ha llenado todos los abismos de la sabiduría humana, y bañado con sus aguas inagotables lo pasado, lo presente y lo venidero.

De la permanencia de Jesus bajo el techo de sus padres en Nazareth nada dicen los libros santos, sino que les estaba sumiso. A esto se reduce la explicacion de todos los medios con que preparaba el Hombre Dios el grande acontecimiento que tan altamente domina la historia de los tiempos modernos. Con esta sumision daba Jesus á todos los hijos el ejemplo de una obediencia respetuosa á las órdenes de sus padres. De otra parte José y María se portaban hácia él con una autoridad mezclada de veneracion, sirviendo de modelo á aquellos que hallan bajo sus órdenes á hombres inferiores por su rango y superiores por el mérito. Este mando lleno de dulzura y de justicia, esta obediencia llena de alegría y de respeto, esta vida humilde, laboriosa y resignada, tal es el ejemplo dejado por la santa familia para dispensar al rico de engreirse, al pobre de avergonzarse, á los poderosos de abusar de su fuerza, á los pequeños y á los débiles de desesperarse, á todos los hombres de colocar sobre la tierra el objeto final de sus esfuerzos. ¡Cosa digna de meditacion y que nos enseña á estimar en su verdadero valor lo que se llama la gloria!

en el silencio y en la obscuridad de esta vida de Nazareth todo está cubierto con un velo, á excepcion de este rayo de sabiduría que el Verbo eterno deja escapar en medio de los doctores, como para iluminar el horizonte de las inteligencias debilitadas, y preparar los ojos de su patria al sol del Evangelio.

Parece que en este intervalo de la vida de María, hasta la predicacion de su Hijo, época perdida para el mundo, pasó esta los dias mas apacibles y tranquilos, al lado de su Hijo, el cual al paso que la iniciaba gratamente en la profundidad de los misterios divinos y en las grandezas de su mision augusta, gustaba tambien que su propia alma reflejase humanamente las dulces y eminentes virtudes de María, dejando y complaciéndose en que esta Madre purísima amoldase su tierno corazon á las suaves y compasivas afecciones hácia la inocencia, la niñez, la debilidad, el desamparo y sobre todo hácia el pecador arrepentido: como el cielo que se place en embalsamarse con el aroma de las flores, aunque las flores sean hijas de la tierra.

Si alguna vez en sus mutuas confidencias hablaba Jesus de tormentos venideros, anublábase por un momento la pura frente de la madre con el recuerdo cruel del santo viejo. Pero bramaba aun de lejos la tempestad, y tal era el embeleso de Jesus, que una sola de sus miradas volvian la serenidad en el semblante de María. Entre las dulcísimas delicias del amor maternal percibíase siempre en el fondo del alma un eco lejano de dolor, para darnos á entender que aun en las mas puras y legítimas alegrías de la vida debemos percibir una gota de amargura que queda siempre en el fondo del caliz de nuestros placeres.

Parémonos un momento empero en considerar la simplicidad de la vida de María en el pobre albergue de Nazareth, de la cual las almas piadosas y meditativas han sacado ricos tesoros de edificacion y de doctrina. María pasa allí una vida comun, una vida obscura y oculta, una vida laboriosa, y al mismo tiempo una vida la mas santa, la mas grata á Dios que haya llevado criatura alguna sobre la tierra. Estamos tan acostumbrados al ruido del mundo, que hasta la santidad nos parece mas elevada cuanto mas brillante, y nos cuesta trabajo el separar de lo sumo de la perfeccion la idea del aparato y del estrépito. No es

preciso, por cierto, que se descorra á nuestros ojos el velo de lo futuro, ni que las leyes de la naturaleza se alteren á nuestra voz, ni que, como águilas de inteligencia, remontemos el vuelo del pensamiento á regiones desconocidas, ni que el Señor nos llame á la profundidad de los desiertos para hacernos padres de grandes pueblos, para ser gratos á su presencia. En el fondo del alma tiene cada uno el principio de santidad y de verdadera gloria.

María lleva una vida comun, y está tan contenta de llevarla, que la prefiere á todo lo singular y extraordinario. Pasaron ya las revelaciones y los milagros: ella ha vuelto á entrar en el órden comun, y por ello se felicita. María ya no recibe mensajes del cielo; ya no suscita Dios para ella Elisabeths, Zacarias y Simeones, que le descubren sus altos destinos. Hela convertida ya en una simple muger que cuida de su casa en una aldea. Su oracion es tan sencilla como sublime: ella misma ignora lo que allí pasa, y ni aun se permite reflexionar sobre ello. Cuanto mas sensible es el recogimiento, tanto mas percibe y gusta la presencia de Dios. Ruega siempre, pero con el corazon, ni nada de notable se observa en sus ejercicios de piedad. Las otras mugeres que la visitan, nada ven en ella que les llame la atencion para exclamar: He aquí una muger de una piedad extraordinaria; y si María hubiese sido capaz de complacerse en algo, se hubiera complacido en esta vida comun que la confundia con la multitud. María por fin, llevaba una vida laboriosa. No hemos de figurarnos que María estuviese siempre en oracion, ni abismada en éxtasis contemplativos. Léjos de ella aquella muelle y ociosa piedad á que se dedican tantas mugeres ricas, enemigas del trabajo, porque no lo necesitan para vivir. María no tenia tiempo para orar así, y cuando niña en el templo, podia dedicarse mas á la contemplacion que ahora que se halla ya ser madre de Dios. La manutencion y el aseo de su Hijo y esposo y el arreglo de la casa le absorvian gran parte del dia; pero en su trabajo, que era casi continuo, no perdia la presencia de Dios ni la paz del corazon que es la felicidad del justo, y consagraba á la oracion momentos que tenia libres. La santidad no descuella siempre en el mundo como los cedros: á veces corre silenciosa como el arroyo que refleja la luz del cielo, deslizándose en plateados hilos por entre la yerba de los prados.

Es comun opinion que Jesus se hallaba á los 29 años de su edad, cuando el varon justo y puro que fué escogido para esposo de la Vírgen María, dejó esta tierra, sostenido en sus últimos instantes por aquel cuyos primeros pasos habia guiado y de cuya infancia habia sido protector. La muerte pues vino á diezmar esta santa familia; y el patriarca, reflejo puro de las antiguas costumbres y de la fé y sencillez de Abraham y de Jacob, durmióse dulcemente en el ósculo del Señor entre los brazos de su Hijo adoptivo y de su casta Esposa. Sin duda que espiró José en aquella paz traida del cielo que los ángeles anunciaron sobre el pesebre del Salvador en Belen, y por esto se le invoca por todo el pueblo cristiano como al poderoso intercesor para una muerte feliz, y es en la Iglesia el objeto de un tierno y respetuoso amor. El Señor quiso cortar el hilo precioso de esta vida cargada de méritos y de virtudes, y ahorrar al que habia tomado como padre los prolongados martirios que le aguardaban en la persecucion y muerte de Jesus, el amado de sus entrañas. Las dos víctimas quedaban en la tierra, Jesus y María, para sufrir todos los rigores de la grande expiacion que habia de salvar el mundo.

El hijo ilustre de David murió sin que el mundo apenas lo percibiese: sus funerales fueron humildes como habia sido su fortuna. La muerte de los potentados de la tierra es fastuosa como el orgullo de su corazon, pero ¿quién de los ricos de la tierra moria entónces con esperanzas tan magníficas mas allá de la tumba? El llanto de María derramado sobre el féretro de José, y el Hijo de Dios presidiendo el sencillo duelo, pregunta Orsini, y con razon ¿qué emperador obtuvo jamás tales exequias?

María, probada ya por esta pérdida sensible, debia muy presto prepararse para otros dolores. Llegado habia el tiempo en que el Hijo de Dios iba á esparcir su doctrina, y á provocar aquellas contradicciones henchidas de odiosa envidia, que el viejo Simeon habia predicho. Jesus, despues de haberse despedido tiernamente de su santa Madre, á la cual descubrió el ministerio público que iba á ejercer, salió de Nazareth para las orilllas del Jordan, á recibir el bautismo de manos de su precursor, y á empezar por el ayuno y la oracion su predicacion evangélica. Figúrense las almas sensibles lo que sufriria la de la mas

amorosa de las madres en tan amarga separacion. Jesus, lanzado sin apoyo, sin recursos en medio del mar tormentoso del mundo judaico, en donde habian naufragado tantos y tan ilustres profetas, entre las envidias, los odios, las venganzas de los magnates y doctores y los caprichos de un monarca sanguinario! Dejó partir á Jesus, arrancándosele el corazon: mostróse dócil á las órdenes del cielo, pero su alma estaba dilacerada de dolor. Ausente Jesus, empezó á probar bajo su techo solitario aquella soledad cruel que oprime como un peso sofocante todos los momentos de la vida, y no deja ni aun en el sueño, soledad de sobresalto y de zozobra por el peligro que corre el bien que se ama: soledad precursora de la que habia de abismar en un mar de angustias su alma bendita, cuando debió llorarle abismado en el desierto del sepulcro, así como le lloraba entónces hundido en la soledad de las montañas.

« Prolongóse la ausencia de Cristo, dice Orsini: la Vírgen supo que se habia internado en las altas y estériles montañas inmediatas á Jericó, para prepararse á la grande obra de la salvacion del mundo con el ayuno, la meditacion y el ruego. ¡ Cuanto debió padecer al pensar que Jesus iba errante por una region silvestre y desolada, en que el águila encuentra apenas una mata de muzgo para su nido, en que los senderos corren entre precipicios cuya profundidad ocasiona vaidos, y en que todo es piedra y fuego! Que angustia cuando la tempestad bramaba á lo lejos! ¿Donde estaba Jesus, que hacia solo y sin abrigo en la montaña? Ningun medio de salvarse, si le resbalaba el pié á la orilla de un abismo; ningun socorro si durante este ayuno tan completo, tan largo y tan desproporcionado á las fuerzas de la naturaleza, caia de flaqueza en el camino! Estos cuarenta dias fueron para María cuarenta siglos: para la inquietud maternal cada minuto pasado en esta zozobra es una dolorosa eternidad. Pero Jesus volvió á Nazareth con sus discípulos, y su presencia hizo renacer la calma en el corazon afligido de su Madre. »

Poco tiempo despues se celebraron unas bodas en Caná, pequeña aldea situada sobre los confines de la Galilea y de la Fenicia. Como los esposos estaban unidos con la Santa Vírgen con vínculos de parentesco, la convidaron junto con Jesus y sus discípulos. Los convites de re-

gocijo lejos de estar prohibidos son conciliables hasta con la santidad, y hay circunstancias, tales como las de una boda y otras semejantes, en que Dios las autoriza. Él las bendecirá, derramando sobre los convidados una dulce é inocente alegría, si les acompañan el temor de Dios, la pureza de intencion, la moderacion y el decoro. ¡Cuan edificante y santo debió ser este festin de bodas á que asistieron Jesus y María! Las comidas, destinadas á estrechar mas las mutuas relaciones de los hombres, son una de las circunstancias de la vida en que deben reinar mas la caridad y la cordialidad. Distínguense allí fácilmente las almas rectas y sencillas, portándose con una santa libertad, con una abertura de corazon y una afabilidad tan modesta, que son el fruto de su union con Dios, y de la paz íntima de que disfrutan.

Tanto la Madre como el Hijo creyeron deber aceptar aquella invitacion cordial, y la solicitud de María se anticipó hasta ayudar á los preparativos del convite, que segun las costumbres del país, se celebraba con alguna magnificencia. Pero, segun parece, la familia no era muy acomodada, y por una de aquellas imprevisiones tan fáciles en semejantes casos, ó por ser la reunion mas numerosa de lo que podia presumirse, quedó ya agotado el vino mucho antes de concluirse el banquete. Jesus acababa de entrar, seguido de cuatro de sus discípulos, Pedro, Andrés, Felipe y Natanael, jóvenes pescadores á quienes habia inspirado la confianza de su mision. María conoció por una señal el apuro en que se hallaban los dos esposos, y acercándose disimuladamente á Jesus, le dijo, llena de bondad en voz baja: «No tienen vino.»

Observemos aquí por un momento la atencion y la caridad de María. Repara ella que el vino falta á los convidados; y para ahorrar á los dos esposos el bochorno que esta falta debia naturalmente causarles, lo advirtió á su Hijo, el cual por su omnipotencia, se hallaba en disposicion de suplir aquel defecto. Le pedia un verdadero milagro, y no podia con mas reserva manifestarle su deseo. Ya sabia Jesus, antes que ella se lo advirtiese, que faltaba el vino; ni tampoco se lo decia ella para advertírselo. Él sabia tambien, antes de abrir ella la boca, cual era su deseo, pues él mismo se lo habia puesto en el corazon, y no le pidió ella un milagro sin una inspiracion particular. Sabia él en fin, que

haria aquel milagro, y que satisfaria el ruego de su Madre. Necesarias son estas observaciones para juzgar, como se debe, de la respuesta que le hizo.

Respondióle Jesus con voz baja y acentuada: « Muger, que hay de comun entre vos y yo? mi hora no ha llegado todavía. » Esta contestacion de Jesus á su santa Madre debió ser *aparte* y entre los dos solos, lo cual se echa de ver por el tenor de la narracion evangélica. Parece en efecto imposible que Jesucristo hiciese en alta voz semejante respuesta enigmática á su Madre, pues los convidados, que no estaban en el secreto, la hubieran mirado como muy dura para María: á mas de que los criados, al oir lo que les dice la santa Vírgen, y al obedecerla desde luego, ignoran absolutamente la negativa aparente del Salvador. Sin embargo, ¡que dura parece por parte de su Hijo semejante respuesta! que humillante para una madre! pero al profundizarla, la especie de escándalo causado al principio se convierte en instructiva edificacion. Un hombre Dios, hablar así á su Madre en una ocasion de publicidad, y mortificarla tan sensiblemente cuando ella recorre á su omnipotencia y á su bondad en favor de aquellos mismos que le habian convidado! Mas él le hablaba así, precisamente porque era Hombre Dios, y porque era su Madre. No debemos creer que le quisiera increpar el haberle pedido un milagro fuera de propósito, pues estaba resuelto á obrarlo; ni que desaprobase el que ella interpusiese su autoridad, pues no era posible hacer uso de ella con mas circunspeccion. No, no fué culpable María á los ojos de su Hijo, ni de indiscrecion ni de imperfeccion alguna, antes bien aprobó y accedió interiormente á la súplica que ella le hacia.

¿Porqué le habla pues con tanta aspereza? Por una razon, que ella misma comprendió sin duda perfectamente. Llamando muger á su Madre, y preguntándole que habia de comun entre los dos, dió muy claramente á entender que si era hombre, era tambien algo mas que hombre; que bajo este último respeto su Madre no le era nada, y que nada de comun habia entre los dos; queria darle á entender que como á Dios nada le debia, que no tenia sobre él autoridad alguna, ni aun por via de súplica, y que si le concedia un milagro, era una pura gracia que le hacia co-

mo Dios, y no una deuda que le pagase como hombre, no teniendo ni aun él como hombre, el poder de hacer milagros: que él no era árbitro de sus acciones, que dependia de su Padre, y que la obra en la cual habia de obrar, estaba señalada; que debia sujetarse á este decreto, y que no haria milagros por su voluntad humana, sino solamente por las órdenes de su Padre, motivo por el cual, en vano se le pedirian milagros, tanto por curiosidad como para experimentar su poder, á la manera que lo hicieron despues los Fariseos; y que los mismos que obraria no los concederia sino á la fé sobrenatural inspirada por el Padre. Quiso por fin poner en prueba la virtud de su santa Madre, y antes de concederle un favor que no era para ella, hacérselo merecer por medio de una humillacion. Cuando le dijo: *Mi hora no ha llegado todavia*, es como si le hubiese dicho: No ha llegado mi hora para los demas, pero ha llegado para vos: vos estais á otro nivel que los demas, y como Madre mia, teneis privilegios que no tienen los otros. Este sentido de su respuesta se hace evidente por el milagro que siguió despues.

Así que, no quedó burlada la esperanza de María. Por medio de una luz que solo á ella era dada, entendió perfectamente la respuesta de su Hijo, y segura de que no seria desoida, con aquella fé firme que sacaria los montes de sus quicios, acercose á los criados, y les dijo con suavidad: *Haced lo que os dirá*. No vacileis, y vereis un efecto de su poder. Habia allá grandes cántaras de piedra que servian para las purificaciones. Dos de ellas hemos visto en el soberbio edificio de San Lorenzo del Escorial. Por órden de Jesus las llenaron hasta el borde de agua, y al momento se convirtió esta en esquisito vino.

El primer milagro pues que obró Jesucristo, le hizo á instancias de su Madre, despues de haber probado su fé y su humildad. Muy frecuente es en Dios el hacer ostension de su poder á ruego de almas elegidas, pero casi siempre se los hace comprar, por decirlo así, esto es, convierte estos milagros en su propia santificacion. La fé humilde y perseverante que se les arranca en cierto modo, le es infinitamente agradable, y no se los puede negar, porque no vé peligro alguno en concedérselos. Nada pidamos á Dios temerariamente, mas cuando tengamos motivo para creer que él mismo nos inspira nuestra demanda, y

que en ello va su gloria, seamos firmes en nuestra fé, como María; soportemos con humildad estos aparentes desaires; no dudemos de que seamos oidos y lo seremos en realidad.

Jesus quiso pues santificar el matrimonio, honrando las bodas con su presencia; y de otra parte, haciendo brillar su poder, dió á cuantos le rodeaban una prueba de una mision ratificada por el cielo. Y si esta primera ostension de su poder fué obrada á súplicas de su augusta Madre, sirvió tambien como para manifestarnos que por su medio podríamos obtenerlo todo.

Este milagro del Caná, dice Orsini, fue seguido de muchos otros, que marcaron con el sello de la divinidad la sublime y providencial mision del Salvador. A su voz las tormentas se aplacaban; las enfermedades humanas desaparecian; los demonios eran arrojados á su oscuro reino; los cadáveres salian del sepulcro, y do quiera se fijaba la huella de sus benditas plantas, se aliviaban y calmaban los dolores del alma y del cuerpo (11). Venian á él de Sidon, de Tyro, de la Idumea y de la Arabia, y multitud de pueblo, agrupándose á su paso, besaba la orla de sus vestidos, y le pedian con toda humildad la salud y la vida, dones que solo un Dios puede dispensar, con la fé suficiente para lograr la curacion.

Los tres años y poco mas de la predicacion de Jesucristo fueron un tiempo de prueba para su Madre. Él la dejó para no ocuparse mas que en la gloria de su Padre, en las funciones de su ministerio, en la instruccion de sus discípulos y del pueblo. Durante este tiempo, olvidó, por decirlo así á María, no teniendo ya con ella conversaciones, como si fuese para él enteramente estraña. Mas si la habia dejado como hombre, estaba siempre con ella como Dios, obraba de contínuo sobre su corazon, y le enseñaba á espiritualizar y á divinizar el afecto que ella le tenia. La privacion de su presencia sensible era para ella una pena, pero lejos de ser una pérdida era para ella un sacrificio que la engrandecia á los ojos de Dios, pues por su medio se iba mas y mas santificando. Convenia que ella siguiese á su Hijo en sus viajes, y que estuviese en compañía de las otras mugeres, de que habla el Evangelio, que la asistiesen con sus bienes. María de Cleofás, madre de Jai-

me, de Simon, de José y de Judas, vulgarmente llamados los *hermanos del Señor*, Salomé madre de los hijos del Zebedeo á quienes preferia el Salvador; Susana, esposa del mayordomo del Tetrarca, y algunas galileas ricas que se habian despojado de sus bienes por Jesucristo, componian el séquito de María: últimamente aquella noble Judía tan célebre por su hermosura como por su penitencia, que siguió al Señor hasta mas allá del sepulcro. Estas mugeres cuidaban sin duda tambien de María, la cual, habiendo perdido á José, no tenia otro recurso para vivir, y nada le privaba de acompañar donde quiera á su Hijo, no teniendo ya casa que cuidar. Seguia pues á Jesus, y Jesus, en cierto modo, la evitaba. Desde las bodas de Caná hasta el momento que precedió á su muerte en la cruz, no leemos en el Evangelio que la hablase una sola vez: vemos al contrario, que en ciertas ocasiones afectaba desconocerla, aun públicamente.

Durante este fatigoso período ¡cuanto tuvo que sufrir el corazon de María! Los prodigios que obraba Jesus excitaban contra él la envidia y la maledicencia, y su doctrina pura y divina que fluia de sus labios como un celeste rocío, le concitaba el odio y la persecucion de los falsos sabios. Su ley aunque suave y consoladora, atacaba de frente la hipocresía, la avaricia, el orgullo, la sensualidad: los fariseos, los saduceos, los doctores de la ley, los príncipes de los sacerdotes, los ancianos del pueblo, divididos en creencias y en intereses, se unian tan solo en su odio al *Galileo*. Le trataban de impostor, de samaritano, de loco, atribuyendo sus milagros, ya que negarlos no podian, al poder de Beelzebub. María asustada con esos vagos rumores, la llenaban de sobresalto como los lejanos bramidos de una tempestad que se iba agrupando sobre la cabeza de su Hijo divino, y que al fin habia de estallar de un modo funesto.

Parece que Jesus y María habitaron por algun tiempo en la Galilea junto al lago de Tiberíades; pero muy pronto pasó Jesus á Jerusalen, para la fiesta de Pascua: despues recorrió la Judea, esparciendo á lo léjos su doctrina apoyada por sus milagros y sus virtudes. Y aunque el Evangelio no señala que María le acompañase en sus laboriosas correrías, no obstante, como se dice que muchas santas mugeres de

Galilea seguian al Salvador, para cuidarle, puede muy bien presumirse, con la mayor parte de los antiguos, que María estaba á su frente, pues ¿quién mas digna de este honor, y quien cuidaria con mas tierna solicitud? y en esta piadosa tradicion se funda lo que acabamos de referir con respeto á las mugeres que acompañaban á María en los viajes y predicacion de Jesus.

Estaba predicando un dia en la Sinagoga en medio de un auditorio atento y respetuoso, llegaron con su Madre sus primos los nazarenos, é hicieron saber deliberadamente al Salvador que sus hermanos y su Madre estaban fuera y que pedian por él. Jesus los estaba instruyendo con tal ardor, que descuidaba el tomar alimento, y hasta se esparció la voz de que habia caido de desfallecimiento. La santa Madre y sus parientes habian venido á buscarle para sacarle de en medio de aquella multitud en que les parecia que su vida corria algun peligro. Y no pudiendo acercársele, le hicieron advertir que estaban allí y que deseaban hablarle. Pero respondió Jesus, dirigiendo sus miradas á sus numerosos discípulos: « Mi Madre y mis hermanos son aquellos que escuchan la palabra de Dios, y que la practican » dando á entender con estas palabras, que el título mas honorífico á los ojos de Dios y el que es fundamento de todos los demás, es el cumplir su voluntad adorable. Como si dijera: ¿Que quereis significar con esto? No conozco mi madre ni mis hermanos segun la carne. No es este el momento de reconocer á los que me están unidos por la sangre, ni de conversar con ellos. Así anunciaba al pueblo su naturaleza divina y su generacion eterna. Declaraba que solo habia venido á la tierra para hacer saber á los hombres la voluntad de su Padre, y mostrarles el modo de cumplirla; y que pertenecer á él segun la carne no era un mérito; que no hacia el menor caso de esta alianza, y que era menester pertenecer á él segun el espíritu, conformándose con la voluntad de su Padre celestial. Mas esto era el mayor elogio que podia hacer de María, por cuyo medio expresaba cuanto la queria y hasta que punto le estaba unida espiritualmente, pues sabia que desde la infancia habia cumplido perfectamente la voluntad divina. Así que, María nunca fué reconocida de un modo mas sublime y excelente por la Madre de Jesus como en esta ocasion

en la cual parece confundirla con sus discípulos y con cuantos creyesen en él. Verdad es que esta maternidad espiritual le es comun con todos los verdaderos fieles, y que la maternidad corporal es su único privilegio. Mas tambien es una verdad que aun en el órden espiritual es ella Madre de Jesus de un modo peculiar á ella sola, y esto constituye su mérito y su gloria, y lo que Dios alabó y recompensó en ella y no la calidad de Madre del Verbo encarnado.

La misma doctrina proclamó Jesus en una circunstancia célebre. Acababa de dar con sus milagros la prueba de su divina autoridad, y la habia puesto en evidencia por unos raciocinios tan llenos de sabiduría, que una muger, levantando la voz en medio de la multitud, exclamó: «Bienaventurado el seno que os llevó, y los pechos que os dieron leche.» — «Mas felices, respondió Jesus, los que escuchan la palabra de Dios y la guardan puntualmente.» No porque la Vírgen María no mereciese ser llamada feliz en toda la serie de los siglos por haber dado á luz al que es el Verbo eterno, sino porque ella era mas feliz aun por haber conocido, amado y practicado los documentos de este Verbo lleno de luz, de razon, de gracia y de verdad.

Pasado algun tiempo, volvió Jesus á Galilea, y allí pudo ver otra vez á su Madre, y dar á conocer á todos los siglos el verdadero título de gloria que debia recomendarla al amor y á la veneracion de todos los cristianos. Allí volvió á disfrutar de la compañía é intimidad de Jesus, allí le veia poderoso en obras y en palabras. ¡Que dulzura para la existencia de María, si Dios no hubiese siempre reservado para su fondo una gota de dolor!

Refiere una muy antigua tradicion que María vió con sus propios ojos los malos tratamientos dados á su divino Hijo por los habitantes de Nazareth, que querian precipitarle de lo alto de una montaña. Estos eran los mas indóciles y mal dispuestos para recibir la doctrina de Jesus, y estaban ya de antemano escandalizados de lo que habia de decir, antes que hubiese abierto sus labios. Jesus leyó delante de los ancianos y del pueblo este pasage de Isaías: «El espíritu del Señor ha descansado en mí; por esto me ha consagrado con su uncion; él me ha enviado para predicar el Evangelio á los pobres, para curar á los que tienen el

corazon destrozado, para anunciar á los cautivos su libertad, y á los ciegos el recobro de la vista, para poner libres á los que sufren entre cadenas, para publicar el año favorable del Señor.» Y aplicóse en seguida á sí mismo los oráculos tocantes al Mesías con una dignidad y elocuencia que asombraban. Levantóse por toda la asamblea un sordo murmullo de encontrados pareceres, pues mientras admiraban unos la gracia y la fuerza de sus discursos, preguntábanse otros en tono denigrativo ¿no es el hijo de José? Pero Jesus que penetraba en el fondo de su corazon pervertido, el cual tenia intencion de pedirle milagros, sin fé antes en su palabra, como los Cafarnaïtas, exclamó sin embozo: «Vosotros me aplicareis sin duda aquel proverbio: Médico, cúrate á tí mismo! Cuántos prodigios habeis obrado en los pueblos vecinos, como sabemos ya por fama! Obradlos pues aquí en vuesto país. Pero ya os digo que nadie es profeta en su patria. Y en verdad os digo tambien que habia muchas viudas en Israël en tiempo de Elías, cuando el cielo estuvo cerrado por espacio de tres años y seis meses y una hambre horrorosa desoló la tierra; y sin embargo Elías no fué enviado á casa de ninguna de ellas, sino á la de una muger de Sarepta en el país de los Sidonios. Habia tambien muchos leprosos en Israël en tiempo del profeta Eliseo, y sin embargo ninguno de ellos fué curado, y sí solamente Naaman que era de Siria.»

A estas últimas palabras encendióse el furor de los Judíos de la Sinagoga porque herian de frente su orgullo nacional y echaban por tierra sus locas esperanzas. Levantáronse en tumulto, dice el Evangelio, echaron á Jesus fuera de la ciudad y le llevaron hácia la cima de la montaña en que estaba edificada, á fin de precipitarle. «La Vírgen, pues, dice el historiador de María apoyado en la tradicion, sentada en medio de las mugeres del pueblo en una tribuna enrejada, habia observado con ansiedad mezclada de temor los progresos de la borrasca. Leia los siniestros proyectos de aquellos hombres en sus fieras miradas y furiosos ademanes; y no vaciló en arrostrar el peligro para abrirse paso hasta su Hijo. Pero las fuerzas no correspondieron á su decision generosa. Corrian los Judíos cuyos piés fueron siempre ligeros, tratándose de derramar sangre; y María, trémula como la hoja de un árbol, se-

guíalos á lo lejos, sosteniéndose con dificultad y sumergida en una especie de letargo. Vé á Jesus en la cumbre de la escarpada roca que parece desplomarse sobre un horroroso precipicio, y oye los gritos de muerte; fáltanle las rodillas, cubre sus ojos una densa nube; espira su voz en un doloroso gemido, y cae sin sentido en la colina.»

Pero la hora del sacrificio para el Hijo del hombre no habia sonado aun, y Jesus se revistió por un momento de su divino poder y magestad, y dejando como azorada aquella muchedumbre frenética, pasó por entre sus enemigos, sin que le conociesen. Los milagros de Jesus eran de un Dios, porque los obraba segun la oportunidad, y sin aparato ni prevencion alguna. Esta vez obró uno para salvar aquella misma vida que presto debia entregar sin resistencia en manos de los hombres. Tomando despues el camino de Cafarnaum, se le reunieron su Madre, María Cleofás y los hijos de Alfeo.

Entre el escarpado monte desde donde los Judíos intentaron precipitar á Jesucristo y la ciudad de Nazareth, dice Orsini refiriéndose al P. Geramb, se ven á medio camino las ruinas de un monasterio, antiguamente poblado de religiosos, y de una lindísima iglesia erigida por la Emperatriz Santa Elena y dedicada á la Vírgen con el título de Nuestra Señora del Espanto (*del tremore*). Segun algunos, María hallábase ya en este lugar cuando los Judíos arrastraban á Jesus á la cumbre del monte para precipitarle. Dicen otros, que á la noticia del proyecto homicida de aquellos hombres furiosos que habian acudido apresuradamente hácia la altura; pero llegó tarde, y sobrecogida, no pudo pasar mas adelante.

Segun afirma Eutimio, Jesus bautizó á su santa Madre en las orillas del Jordan, asi como bautizó tambien á San Pedro.

La predicacion y los trabajos evangélicos de Jesus duraron tres años. En ellos encubrió su fuerza y su gloria para no deslumbrar nuestros débiles ojos, á nosotros, que no podemos mirar de frente al sol, que es su obra perecedera. Bajo tan humildes apariencias fundó una obra inmortal, puso los cimientos de su Iglesia con la eleccion de sus apóstoles y de sus discípulos, instruyéndolos de todo lo que nos importa saber: pues siendo él la eterna inteligencia y sabiduría, nada ignoraba,

y nos lo ha dicho todo. Y de otra parte, ¿qué podia ocultar al amado discípulo que reposó sobre su corazon durante la Cena, y al príncipe de los apóstoles, á quien estableció como gefe y piedra angular de su Iglesia? ¿Y que podia ocultarnos aun á nosotros? ¿Dándonos su vida, nos hubiera reusado la verdad? Él la depositó pues, en la memoria y en la conciencia de sus contemporáneos, que nos la han transmitido ya de viva voz, ya por medio de inspirados escritos. Esta doctrina, que ha cambiado el mundo, enseña á creer en Dios, á amarle y obedecerle; enseña al hombre á amar á sus hermanos, y á sacrificar todo cuanto le sea posible á la paz y á la concordia: enseña á preferir el alma al cuerpo, la patria á la familia, la humanidad á la patria, Dios al hombre, la eternidad al tiempo, el cielo á la tierra. Esta doctrina fué expuesta en discursos que nada tienen de comparable por su grandeza y sencillez, el encanto de la persuacion, la gracia y la autoridad divina: al paso que es superior al genio que no la penetra hasta el fondo, se hace accesible á la menos cultivada inteligencia, pues tiende á elevar el espíritu, á dilatar el corazon, á transformar la vida, divinizándola.

Despues de haber dado á sus discursos la sancion de sus milagros, y de una resplandeciente santidad, Jesus quiso sellar con su sangre todas sus palabras y todos sus actos. Reconocido públicamente por el Cristo y por el Mesías, á pesar de las envidiosas y viles maquinaciones de los que por su sagrado carácter y su autoridad se empeñaban en torcer el buen sentido del pueblo, fué recibido en triunfo en Jerusalen, algunos dias antes de su muerte. Los habitantes de la ciudad de los reyes viéronse salir á tropel al encuentro del Hijo de David que venia á ellos lleno de dulzura, montado como lo acostumbraban en lo antiguo los jóvenes príncipes de su familia, y correspondiendo con tierna afabilidad á las demostraciones de júbilo y de honor que le tributaba aquella multitud ansiosa de ver á su Profeta; pues el corazon de Jesus nunca rehusó los mas humildes obsequios que se le daban, cuando salian tambien del corazon.

Ved ahí como veinte años atrás describíamos con todo el fuego de que era capaz nuestro entusiasmo, aquella interesante escena.

Adonde va este Dios de la magestad? Será aquel Rey inmortal que en expresion del profeta ha de venir sentado sobre un humilde pollino? Pero las sendas de la ciudad se hallan alfombradas, las graciosas palmas se doblan y se confunden sobre el camino de Sion, y muchedumbre bulliciosa celebra con ramos de olivo la entrada del Dios de la paz. Así regresaba á la ciudad santa el Pastor Rey ornado de laureles y cargado con los despojos de los filisteos. El pueblo que reconoce al Hijo de David por el bien que ha derramado en su tránsito, sale á encontrarle, le cerca, le impide el paso, se le humilla, salta de júbilo y hace resonar por los aires el hosana triunfador con que los ángeles anunciaron sobre Belen su venida al mundo. Los pérfidos de la Sinagoga temen que este pueblo no le proclame. ¿Será que ese Dios humilde vaya á sentarse sobre un trono de grandeza ó á cubrirse con la púrpura de los Césares, como aquel Mesías que esperaban los insensatos Judíos? ¿Dejará escapar de su frente un rayo de divinidad para sorprender al mundo y asombrarle? Ah! el reino de Jesus sobre la tierra no es de oro ni de esplendor. La profunda herida del hombre necesita de otro remedio. La vida ha de rescatarse con la muerte. El hijo del Eterno Padre ha dejado á Betania, y no tardará mucho á entregarse en manos del hombre pecador. Su corona serán lágrimas y espinas, su cetro el oprobio y el dolor.

Mas el rostro de Jesus no participa de la alegría que le rodea. Lleva oculto en su seno el arcano mas sublime de su amor, y suspira con ansia para ponerle en manos de los hombres. Todo su afan es celebrar la Pascua con sus discípulos. Compadece la misma desventurada ciudad que le rinde aquel obsequio pasagero, y fija sus ojos en aquella cumbre sagrada que presto será el altar de su sacrificio.

Al recordarnos tan tierna escena la mística esposa del cordero en medio de cánticos de júbilo hace percibir algunos acentos de dolor. Las almas sensibles se transportan entre los niños hebreos, y confunden con ellos sus cánticos. Gloria al que es la salud de Israël, al que acatan los tronos y las dominaciones!

¡Cuanto conmueve al oir resonar en nuestros templos las bendiciones al Dios de Jacob! Manos inocentes empuñan las palmas cándidas y los

verdes olivos. Entre esta especie de bosques movibles se deja ver la cruz enlutada, y los sacerdotes vestidos tambien de luto. La muchedumbre cristiana entra con júbilo en el templo como en la mística ciudad de Jerusalen, entonando el himno del triunfo. « Gloria, alabanza á Cristo Rey Redentor! Rey eterno de Israël, ínclito hijo de David que vienes en nombre del Señor! todas las potencias celestiales te engrandecen á una voz, el hombre se te humilla, la creacion te acata! los Hebreos salen á tu encuentro con palmas, y nosotros con el incienso de nuestras súplicas y de nuestros suspiros.»

La Iglesia celebra como adolorida la entrada triunfante de su esposo, porque está muy cercano á la angustia y á la muerte. Apenas cesan los himnos de gloria, resuenan en el templo los lúgubres lamentos del dolor, y la voz de aquel mismo pueblo despiadado que clama: Crucificadle. Esta mezcla de obsequio y de crueldad, esa inconstancia humana que consumó en Jesucristo los designios de Dios y pinta tan vivamente la degradacion de nuestra naturaleza; esa alegría confusa sufocada luego por la idea de los tormentos y de la cruz, forman un contraste patético y una de aquellas celestiales armonías con que los mas altos misterios de la Religion cristiana se insinuan dulcemente en el corazon.

La conmovida ciudad, al ver que se tendian vestidos y ramas de árboles al pasar aquel nazareno; al oir que gritaba á su alrededor: Salud y gloria al Hijo de David! Bendito sea el que viene en nombre del Señor, preguntaba: «Quien es este?» y le respondian los pueblos con entusiasmo: «Es Jesus, el profeta de Nazareth.» En medio de la turba festiva de niños, discípulos y pueblo que salta de alborozo, van tambien confundidos pechos duros y obcecados, y murmuran palabras siniestras. La envidia corroe sus entrañas, y la maldicion, como un vapor infecto, se exala de sus labios blasfemos. A su mirada sombría y suspicaz, se trasluce el veneno que ocultan: generacion de víboras, que oculta su veneno. Anelando sofocar el grito fiel del candor y del reconocimiento, «Maestro, le dicen al Hijo del Hombre, haz callar tus discípulos.» Y responde el Criador del mundo, sentado sobre un pollino, estas palabras que solo pueden salir de una boca omnipotente: «Si mis discípulos callasen, las piedras recibirian alma, y saldria la voz de las

piedras.» Y callaron ellos confusos, tascando el freno de su furor.

No vemos que la Santa Vírgen fuese presente á aquel triunfo: aquel glorioso bullicio cedió bien pronto su lugar á las humillaciones y á los sufrimientos, en medio de los cuales apareció ella con un valor digno de la Madre de un Dios.

El historiador de María, empero, tantas veces citado, dice que María entró en Jerusalen en seguida de Jesucristo, y que vió á sus habitantes salir en alegres grupos al encuentro de su Hijo. «Magdalena, contemplando á la vez á su Señor, y á esa multitud de pueblo que hacía resonar los aires con los gritos de *hosana*, lloraba tiernamente bajo su velo. María tenia tambien los ojos humedecidos; pero sus miradas estaban dirigidas hácia el nordeste... allí estaba el *Calvario!*»

Este nombre es el que revela por sí mismo no solo el grande sacrificio de Jesus, sino el sufrimiento inmenso de María. En él se encierra todo lo mas encumbrado de su heroismo y de su dolor. Si hasta ahora nos hemos detenido un tanto en recorrer con alguna minuciosidad ó detencion ciertas circunstancias de la vida de la Madre de Dios por menos conocidas ó no tan meditadas, procuraremos ahora reasumir en cortas líneas ese funesto período, tan fecundo en grandes y desgarradoras escenas; época terrible que se levanta en medio de los tiempos como un centro lúgubre y misterioso en la prolongada línea de la historia de la humanidad, en cuyos extremos se hallan la caida del hombre y su juicio postrer: época tristemente memorable en que, llegando á su colmo la iniquidad y la ceguera del hombre, consumó el sacrificio cruento en la persona del Verbo Dios humanado, sacando del crimen mas horrible y sacrílegamente atroz que han visto los siglos la expiacion de la culpa introducida en el mundo por el primer delito, y la salud del proscrito linage del hombre, reconciliado ya con Dios por la sangre de la gran Víctima del Calvario.

A la consumacion de este deicidio debia preceder una combinacion de circunstancias llevadas por la mano de la Providencia, al modo que se acumulan una gran multitud de materias inflamables para producir la explosion. Este acumulamiento de siniestos elementos que prepararon la gran catástrofe de la Cruz está descrito con una fuerza y precision ad-

mirables por el autor de la *Historia de María*, cual no hemos visto en otra parte.

Los príncipes de los sacerdotes, los senadores y fariseos acababan de apoderarse, á peso de oro y mediante una traicion doméstica, de un *gran criminal* que, segun se aseguraba, comprometia el culto y el Estado. Muy peligroso debia ser el preso, pues aquellos personajes se habian impuesto un ayuno estraordinario á fin de asegurar su persona, y los fariseos, despues de haber hecho por la ciudad algunas limosnas de ostentacion anunciadas á son de trompeta, habian concurrido á dar gracias por tan interesante captura al que ha dicho de un modo terminante *aborrezco al impío que derrama sangre inocente*. Los príncipes de los sacerdotes, los doctores y los fariseos disfrutaban señaladas distinciones, y ocupaban los primeros puestos despues del procurador romano que hacia pesar sobre ellos sus haces, y á quien profesaban un odio decidido aunque disimulado. Eran Judíos concienzudos que maldecian á su padre absteniéndose religiosamente de mezclar en sus filiales maldiciones el *nombre bendito*; hombres que por escrúpulo hubiesen dejado morir á su prógimo en un pozo el dia del sábado; hombres honrados que solo robaban á los incircuncisos; hombres puros que se hubieran guardado de penetrar en el pretorio del gobernador idólatra la víspera de una fiesta, y que le arrancaban una sentencia inicua con mil precauciones minuciosas para no mancharse al contacto de su toga romana. Preciso era que el *criminal* cuyo suplicio en alta voz y tumultuariamente reclamaban, fuese enemigo jurado de Dios y de los hombres, porque se habian abatido hasta el extremo de seducir al pueblo que de ordinario miraban con profundo desprecio, y á los soldados de Roma á quienes veían con horror, para que su encono fuese mas completamente satisfecho. Para librar mas pronto al país del *insigne culpable*, habian violado con arrojo las leyes y usos de Israël, erigiéndose á la vez en acusadores, examinadores y jueces del detenido. Tambien hubieran sido sus verdugos, á no preferir sujetarle á un suplicio infame recientemente introducido entre ellos y reservado á los mayores delincuentes, para desacreditar totalmente su memoria privándole á la vez del honor y de la vida.

Merced á sus instigaciones, ningun hijo de los hombres fué tratado jamás con mas ingeniosa crueldad y mas atroz barbarie; el insulto y la violencia no son capaces de inventar mas de lo que se hizo padecer á este condenado, que parecia una víctima preparada para el sacrificio, y solo respondia con el silencio á tan indigno proceder. Clavósele en la cabeza una corona de espinas causándole otras tantas heridas profundas é insufribles; despues de haberle reducido á la desnudez de los esclavos, echáronle sobre los hombros un andrajo de púrpura, y poniéndole en su mano una caña por cetro, saludaban con ofensivos sarcasmos é insolentes genuflexiones al que trataban como rey de farsa. Todo su cuerpo, ensangrentado por una reciente flagelacion, era una pura llaga; y su benigno y pacientísimo rostro manchado con inmundas salivas, veíase regado con gotas de negra sangre que brotaba de la herida frente á que no podian alcanzar sus manos fuertemente ligadas.... Los príncipes de los sacerdotes, los doctores y fariseos presenciaban con íntima satisfaccion esta desconsolante escena; para tales hombres la compasion era pequeñez de espíritu.

Y ¿quién era el desgraciado que tan bárbaros tormentos sufria? ¿Acaso era un incendiario sorprendido en el momento de aplicar fuego al *Santo de los Santos*, un bandido arrancado por la noche de su cueva estraviada, un sedicioso que concitase á la rebelion á los pueblos del Asia sublevándolos contra César?

Ah! no era un bandido ni un sedicioso; mas negros eran, mas patentes é imperdonables sus crímenes: habia querido hacer de los hombres un pueblo de hermanos llamándolos á todos á una gloria inmortal; habia prescrito grandes virtudes que él mismo practicaba, y colmado de beneficios á la Judea. Este acusado contra el cual se desencadenaban tantas pasiones malas, era el descendiente de David, de Salomon y de Ezequías, el triunfador de la víspera, Jesus, el Gran-Profeta galileo, que habia pasado á través de la ovacion popular para encaminarse al Gólgota....

Cuando los pontífices y fariseos creyeron haber envilecido á Jesus á los ojos de la multitud lo bastante para destruir la idea de su divinidad, apurados por la proximidad del sábado, apoderáronse de su víctima que

el procurador romano les entregó con repugnancia; y cargando el enorme peso de la cruz sobre sus lacerados hombros de que manaba abundante sangre, forzáronle por las astas de sus lanzas á apresurar sus dolorosos y tardíos pasos hácia el Calvario donde habian resuelto crucificarle.

Un concurso numerosísimo de espectadores coronaba las calles y plazas públicas; algunos hacian ostensible su feroz alegría y en voz alta anatematizaban al Hijo de Dios; otros lamentaban la suerte del jóven profeta, que tanto bien hiciera á los hombres y por los hombres abandonado y vendido. Mas no eran perceptibles estas muestras de estéril compasion; los buenos lloraban en silencio, los que habia alimentado con cinco panes en el desierto, los que le debian la curacion de sus males, los objetos de su amor, confundidos se hallaban entre la muchedumbre sin que se alzase una sola voz para protestar contra su suplicio; el que mas afecto le tenia entre sus apóstoles habia renegado de él cobardemente; los demas le abandonaran exceptuando uno solo.

¡Cual fué el dolor de María, durante el juicio trágico, la pasion y los últimos instantes de su Hijo! Cuando este hubo legado con un testamento de amor inmortal su cuerpo y su sangre á la débil y triste humanidad; cuando fué vendido por medio del señal mismo de la amistad, cargado despues de ultrajes, entregado despues á un populacho de feroces instintos, magullado de golpes, horriblemente azotado, ¡que estremecimiento de pecho debió sentir su dulce y tiernísima madre! Que pesar el no poder dar sino lágrimas por todo consuelo y alivio de tan acerbos tormentos! Pues, aunque el Evangelio no haga parecer á María en medio de este drama, no obstante, como nos la presenta al pié de la Cruz, motivos hay para pensar que fué testigo de aquellas horribles escenas, como así lo confirma la tradicion. Ella penetró al través del pueblo y de los soldados y de los insultantes fariseos, hasta el Salvador, mirando aquella humillada humanidad que se arrastraba sangrienta y casi desnuda bajo la pesada carga del leño del sacrificio, y solo pudo arrojarle una mirada, viva con un relámpago, de tormento y de amor, y obscurecida desde luego como el velo de un desmayo; pues, agotadas las fuerzas de la naturaleza, María cayó desfallecida en

brazos de Juan y de Magdalena, que en alas tambien de un amor intrépido volaron á socorrerla. En vano intentaron separarla de aquel teatro de horror y de martirio: el amor de María superó á su amor. En las grandes desgracias del objeto amado, el amor, cuando es ardiente, anela saciarse de amargura, y halla un consuelo cruel en hartarse de dolor. No era el amor de María cobarde como el de los hombres, que apartan la vista del hijo ó de la esposa moribunda porque tiemblan de sufrir. María ama con una fuerza divina, y tanto como se humilló y anonadó delante de Dios cuando la colmaba de sus dones, tanto es ahora el esfuerzo sobrehumano con que se levanta y se pone á trepar bajo un sol abrasador la pendiente mas escarpada del Calvario. Nada la detiene en su marcha. Nunca ardió mas su corazon de fuego que cuando se dirige á ofrecer á Dios el doble sacrificio de su Hijo y de sí misma. El cielo le concede fuerzas extraordinarias: Juan y Magdalena se ven precisados á seguirla. Ella vió pues los preparativos del suplicio, las cruces, los clavos, el aparato formidable de este crímen inmenso. Ella siguió á Juan hasta el Calvario, pudiendo reconocer sus huellas por los rastros de sangre..... Todavía en el tránsito amargo de Jesus se muestran ruinas de una iglesia erigida á Nuestra Señora de los Dolores en el parage mismo en que María, rechazada primero por la guardia, encontró á su Hijo marchando al suplicio, recibió de él un saludo, y cayó desmayada al sonido de su voz amada.

Parece al fin Jesus sobre la peñascosa esplanada del Calvario, sin un harapo con que cubrir sus carnes despedazadas y sus llagas chorreantes. La castidad, la pureza por esencia!... La bondad, la beneficencia, el amor á los hombres todo lo grande y lo bello encerrado en aquel cuerpo sin figura, desgarrado y pisoteado como el desecho de la humanidad! La humillacion toca aquí casi con lo infinito, como la grandeza, y Dios solo podia redimir al hombre pasando por este abismo de dolor!

Cuando el anciano Simeon habló del cuchillo de dolor que pasaria de parte á parte el alma de María, estaba contemplando sin duda los momentos crueles en que ella veia á Jesus clavado y muriendo sobre el árbol fatal. Aunque el discípulo fiel y la compañera inseparable se lleva-

ron á María algunos pasos distante de la cruz para evitarle el atroz espectáculo de la crucifixion, los golpes que hundian el hierro en los miembros del Hijo resonaban en el corazon de la Madre. En un momento en que callaban las blasfemias y los insultos, atenta la feroz muchedumbre á una nueva barbarie, oyose el martillazo sordo cayendo sobre la madera y las carnes despedazadas. Este golpe, para cuya crueldad no tiene términos la voz, se repitió por dos ó tres veces. La estremecida Magdalena apretó el pecho contra el de María; Juan, inmóbil como la estatua del dolor ni aun se atrevia á mirarlas. Los tres esperimentaban, dice Orsini, una sensacion como la que se percibe en medio de una tempestad nocturna, cuando los gritos de los náufragos á quienes es imposible socorrer llegan sobre las olas, y se apagan uno tras otro en el fondo de las aguas. Y María!! Helada, convulsiva, acababa de ser crucificada. Y al levantarse el Hijo del Hombre clavado en aquel estandarte de ignominia, vuelto el rostro á las regiones de Occidente, el pueblo mas feroz de la tierra dió un ahullido de alegría, como si saliera del infierno, insultando sin entrañas no solo los tormentos del hombre sino la omnipotencia de Dios. Hasta un bandido crucificado á su izquierda le maldecia agonizando desde su patíbulo. Y Jesus no abria su boca sino para perdonar é implorar misericordia. Y sin embargo la raza de aquellos deicidas, despues de diez y ocho siglos arrastra aun su suplicio sobre la tierra!

María fué mas grande aun en su constancia que en sus angustias. Los hombres y los apóstoles habian huido despavoridos, ella quedaba en medio de los verdugos, pronta á morir con su Hijo, y mirando sus llagas con unos ojos en los que la compasion se pintaba mas aunque el dolor, pues no ignoraba que aquellas llagas eran la curacion del mundo. Ninguna madre amó mas, pero tampoco criatura alguna conoció mejor la funcion augusta que llena el dolor sobre la tierra.

María por entre los abismos insondables de su martirio, vió al mundo y á las generaciones agrupadas y postradas al pié de la Cruz, y esta idea que como una vision gloriosa se apareció en su pensamiento la privó de morir, para mas padecer.

La cruz, que parecia no debia ser para Jesucristo sino un instru-

mento de penas y un patíbulo de oprobio, se cambió desde luego en trono de misericordia y de clemencia, mientras se aguardaba pasase á ser despues un signo de honor, y la esperanza y la ley del mundo. Sordo á los ultrages de los blasfemos, y atento solo á la súplica y al arrepentimiento, Jesus perdona y promete el cielo al ladron convertido. Y despues con los brazos estendidos como para abrazar la humanidad, fijando sus ojos sobre los que le habian seguido hasta el Calvario, vió á María y á su lado al discípulo querido. Queriendo dar el ejemplo de todas las virtudes, y recordarnos lo que debemos á los autores de nuestros dias, dirigió su último cuidado hácia su Madre, evitando emperó darle un nombre que hubiera abierto sus llagas, ya tan vivas y tan hondas, y le dijo con dignidad y ternura: «Muger hé aquí á tu hijo» y al amado discípulo «Hé aquí tu madre.» Y este fué como el último adios.

Muger y madre no, Jesus la llama....
Y sucumbe al asombro el pensamiento;
Y allá en su seno el corazon se inflama,
Y late encadenado y violento.
Y ora suspira y balbuciente clama,
Y apurando tormento tras tormento,
«¡No soy su madre?» — Con temor decia....
Y el viento — «No eres madre» — repetia.

Y cual cierva veloz que saltadora,
Fugitiva corriendo y asustada,
Blanco de la saeta cazadora,
Cae exánime, herida y desangrada;
Exánime María, tambien llora....
Cede al golpe mortal de aguda espada
Que sin Hijo, sin luz, sin ser la deja....
Y mirando á la Cruz, así se queja:

«¿De quién naciste en el portal oscuro?
«¿Quién te arrolló, en las pajas reclinado?

« ¿No hizo el Exelso, de mi vientre puro,
« Para tí, tabernáculo sagrado?
« ¿No fué mi pecho el invencible muro
« Donde en sueño tranquilo, sosegado,
« Sin turbacion amarga se dormia
« Mi dulce bien, la complacencia mia?

« ¡Muger, y madre no! Y hace un instante
« Que al hallarme en la calle de Amargura,
« Cargado entre la turba fluctuante
« Del sacrificio con la leña dura,
« —¡Madre!» con la sonrisa en el semblante
« Dijiste, «¡no lloreis mi desventura!...» —
« Y como madre te miré llorando,
« Besos hermosos de tu amor buscando.

« ¡Muger! — Cuando por tí sufriera tanto
« Y sufriéndolo estoy; ¡oh desconsuelo!
« ¿Quién, con el suyo, enjugará mi llanto,
« Ni con su anhelo calmará mi anhelo?...
« ¿Dónde está Dios?—En medio mi quebranto
« Huye la tierra, se oscurece el Cielo,
« Y fenix soy que consumido espira,
« Del propio fuego en la humeante pira.

« ¡Muger!— Cuando enclavado en un madero
« Tengo mi corazon dentro del tuyo....
« Cuando oveja, corrí tras el cordero,
« Y, aquí la muerte, aunque muger, no huyo....
« Y aguardo tu suspiro postrimero,
« Y á todo anhelo de vivir me excluyo....
« Y tu me dices, en tu afan prolijo,
« Señalándome á Juan: HÉ AHÍ TU HIJO.

« Madre seré, como de tí, del hombre
« Que á torpe vicio el corazon dedica!
« ¡ Madre del que abomina de tu nombre
« Y á su ambicion el alma sacrifica!
« Madre del mundo ¡ Lucifer se asombre!
« Que al Justo de los justos sacrifica,
« Que en vez acaso de acojerme, huya
« Y se avergüence de llamarme suya!

« ¡ Madre de una nacion que te blasfema!
« ¡ Madre de todo un pueblo deicida,
« Que hunde tus templos, tus altares quema,
« Rompe tus aras y tu culto olvida!
« ¡ De ese Judá que en insaciable flema,
« Viéndome atribulada y condolida,
« En tu sufrir desgarrador se engrie....
« Mi llanto escucha y de mi llanto rie!»

Y como si, preludio del combate,
Metálico clarin sonado hubiera,
María escucha, su vigor se abate,
Crece el asombro y el terror impera.
El pecho de Jesus de nuevo late,
Y, árbitro aun de la ocasion postrera,
A su madre tristísima, infelice,
Con paternal acento así la dice:

« Sé madre de los hombres, madre mia;
« No tienen mas soláz en su desvelo,
« Ni consuelo mayor en su agonía;
« No tienen en su llanto otro consuelo,
« Ni en sus noches eternas otro guia,
« Ni nadie mas que tú colma su anhelo:
« Sé madre de los hombres, Vírgen pura,

« Hoy reina del pesar y la amargura.

« Sé en sus enfermedades medicina,
« Y el pan que en la miseria les aliente;
« Compañera del alma peregrina,
« Y refugio del párvulo inocente;
« Madre sé, manantial y cristalina
« Agua perpetua de su sed ardiente....
« Y ampáralos, que van por todos lados
« Polluelos sin paloma extraviados.

« Yo nada hé menester. Esa ternura
« Que tu esplendor aumenta y tu renombre;
« Esa queja cruel de desventura
« Que eclipsa los esmaltes de tu nombre;
« Ese llanto de amor, esa dulzura,
« Guárdala, madre mia, para el hombre.
« Tu candor, tu bondad, tu valimiento.....
« No le queda otra cosa en testamento.

« Pedid á esa muger cuanto quisiereis,
« Y tierra y cielo alcanzareis por ella.
« Si fé en vuestras creencias le pidireis,
« De fé en el corazon será centella,
« Que radiará por donde quiera fuereis,
« Porque si el mundo es mar, áncora es ella.
« Muger, si mia no, desde este dia
« Sé madre de los hombres, Madre mia. »

Oyó la Vírgen, y humilló la frente
Sofocando su angustia lastimera:
Suspiró; y en el ansia vehemente
De ser refugio del que amarla quiera,
Tendió los brazos mansa y dulcemente,

Miró en redor con expresion sincera,
Y convocó piadosa á los humanos,
Cual hijos suyos, de Jesus hermanos.

La noble Madre acogió esta palabra de separacion desgarrándosele las entrañas. Desde aquel dia pasó á ser verdaderamente la madre de los hombres, que estaban representados en San Juan, y puede decirse que en aquella hora triste y gloriosa á un tiempo, nos dió á luz para la vida celeste, asociándose á la grande obra de la redencion.

Todo esto pasaba el viernes, á la hora sexta, es decir sobre el mediodía. Entónces se cubrió de luto la grande obra de la Creacion, pues empezaba la agonía del Criador, como dijo un sabio del Areopago. Las estrellas aparecieron como antorchas pálidas de aquel funeral inmenso, reflejando su luz lejana y trémula sobre la cumbre en donde se cometia el deicidio. A la hora nona el divino ajusticiado pronunció estas palabras: «Todo está consumado,» y para que se cumpliese tambien una palabra de la Escritura: habia dicho antes: «Tengo sed.» Añadiendo por último: «Padre mio en tus manos recomiendo mi espíritu.» Y en efecto todo acababa de cumplirse. La justicia de Dios quedaba satisfecha, la caridad de Jesucristo manifestada á todos los siglos, y el hombre vuelto á levantar de su caida como un edificio desplomado que se restablece en las proporciones de su antiguo plan.

Jesus quiso dar la prueba al mundo que no moria oprimido por el poder de la muerte, sino por un acto formal de su voluntad. Y así, á pesar de hallarse agotado de sangre y lacerado en todo su cuerpo, exaló un grande grito, bajó la cabeza y espiró.

En este momento solemne debia Dios señalar con algunos prodigios la dignidad despreciada de su Hijo, y la naturaleza entera debia, estremeciéndose, prestar un homenage de espanto y de dolor á la Divinidad humillada hasta la muerte. La tierra sacudió su cavernoso seno, haciendo temblar la Europa y el Asia, segun testimonio de Plinio y de Estrabon. Rasgóse el velo del antiguo templo, símbolo de todas las antiguas figuras, que como un cortinage sombrío encubrian la faz radiante de la realidad: partiéronse las peñas (12), y los sepulcros res

tituyeron algunos cuerpos de santos personages de la antigua ley, que aparecieron en la ciudad santa, como trofeos reanimados de la victoria del Señor sobre la muerte; y aumentaron la consternacion general.

Verificose entónces en favor de Jesus ya difunto una reaccion portentosa. El centurion y sus soldados, y la turba inmensa que habia osado befar ó insultar al crucificado, bajó aterrada de la montaña, golpeándose el pecho esclamando. En verdad que este era el Hijo de Dios! Algunas almas lloraron y creyeron; pero á otros el terror y no el amor les arrancó una confesion debida únicamente al gran gemido de la naturaleza; entre cuyas convulsiones y ruinas se veía en pié é inmóbil una muger, absorta en contemplar al que permanecia crucificado, y abandonado ya hasta de sus verdugos. Y esta muger era María!

Sondead, exclama un autor contemporáneo, sondead si podeis el abismo de este amor maternal y divino; abrid todas las tumbas, recoged en una sola copa todas las lágrimas que el primer delito del hombre hizo y hará derramar á todas las generaciones juntas hasta la consumacion de los siglos; abarcad todos los tormentos que el furor y la venganza han causado y causarán sobre la tierra; reunid en un solo pecho todas las heridas de la muerte, todo el luto de la viudez y de la orfandad, todo el pesar de los padres, toda la afliccion de las madres; y en este cúmulo de dolor que se escapa á la capacidad de vuestro pensamiento y que, repartido entre todos los hijos de Adan, bastara para hacerles morir, vereis como en sombra el dolor de María, que puesta en medio de las generaciones, exclama desde el pié del Calvario al universo: ó vosotros los que pasais por este valle de llanto y de amargura! ved si hay un dolor semejante á mi dolor!

Este dia de llanto no pasa jamás sobre la tierra sin despedir sobre ella un lúgubre resplandor. La cruz recibe homenages expiatorios; toda alma cristiana se abre á sentimientos de una misteriosa tristeza; la Iglesia esposa desolada, se inclina llorando sobre un sepulcro, y nada hay, ni aun el mármol de los altares, por su inusitada desnudez, que no parezca convidar al mundo entero á la sombría y tétrica solemnidad de un grande luto. Este luto cubre las columnas del templo y las aras de la nueva ley. Los bronces sagrados callan, los ministros tam-

bien enlutados no se atreven á levantar la voz, y murmuran palabras misteriosas. Un sordo ruido sube hasta las bóvedas del oscuro santuario, confuso recuerdo de las convulsiones de la tierra, y del espanto del firmamento. Resuenan otra vez los acentos lúgubres del hijo de Helcias, mezclados de esperanzas y de dolor. Entretanto, riego con lágrimas las pizadas del Salvador. Sigo callado el rastro de la sangre que me conduce al pié de la Cruz. Pero está desierta. Pasemos al sepulcro. ¡Que celestiales acentos arrebatan allí el alma enternecida! Algunas voces lúgubres y suaves entonan en medio de la noche un himno profético. O madero dulce! ó dulces garfios! ó dulcísimo peso! Lengua mia! revela á los siglos atónitos el lauro de la victoria, y anuncia el grande triunfo sobre el trofeo de la Cruz! Paréceme ver vagar en torno del urna radiante las sombras de los antiguos profetas. Su voz hiere mi oido. No hay duda: cumplióse la esperanza de los siglos. El Dios que reina desde el leño, resplandece en su sepulcro lleno de gloria y magestad. Pero no entonemos todavía el himno de júbilo. En estas lágrimas concedidas al Hijo, hay una parte para la Madre, á la cual el Evangelio nos la presenta triste pero firme al pié de la Cruz en que acaba de espirar el Salvador. Y en memoria de aquella tristeza inmensa como el mar, se canta aquella elegía sublime que tan dulces acentos inspiró á Palestrina, á Hayden, á Gluch, á Pergoleso y á Rosini.

Firme junto á la Cruz sacrosanta
  En pié estaba la Madre doliente,
  Contemplando de aquella pendiente
  A Jesus su delicia y amor.
Y en profundos sollozos, y en tanta
  Fiera angustia apenada gemia,
  Que pasado su pecho sentia
  Por la espada cruel del dolor.

¡Cual seria el horrible tormento
  De aquella alma tan cándida y pura!
  ¡Como el cáliz de atroz amargura

Del Dios Hijo la Madre agotó!
Ver un Hijo y un Dios, el aliento
Con fatiga exhalando, y que espira!
De esa Madre el penar, que le mira,
Decid madres, ¿que madre probó?

¿Quién el raudo llorar contendria,
Aunque el pecho de tigre encerrara,
Si á la Madre de Cristo observara
Abismada en tan hondo sufrir?
¿Y á la Madre y al Hijo á porfía
Sucumbir de tormento en tormento,
Y del Hijo el martirio sangriento
En su pecho la Madre sentir?

Vió la Madre á Jesus en tortura
Por las culpas de un pueblo, que ingrato
A su Dios sacrifica insensato;
Vióle objeto de llanto y pesar.
Vióle sobre el Calvario, por dura
Mano vil en el leño clavado,
El aliento exhalar desolado,
Y la faz moribunda inclinar.

Madre dulce, purísima fuente
De magnánimo amor, de amor santo,
Por piedad, no desdeñes mi llanto,
Llegue al alma tu fiero dolor:
Sienta al menos mi pecho ferviente
En la llama divina abrasarse,
Y del fango brutal despegarse
Para ser agradable al Señor.

Las heridas del Hijo cruentas

En mí fiel corazon, ay ! imprime,
Que las penas sin fin en que gime,
Todas juntas se deben á mí:
Yo merezco las crudas afrentas,
Fieros golpes, agudos garfíos;
Si los yerros, ó Madre, son mios,
¿ No podré yo llorar junto á tí ?

A tu lado podré dolorido
Y pegada á la tierra mi frente,
Ya que no condolerme inocente,
Adorar al que espira en la Cruz.
Y espiar en contrito gemido
Cabe tí mis injustas ofensas,
Y plañir en tus penas inmensas
La agonía cruel de Jesus.

Y ora tú, que de vírgenes santas
En los cielos el coro presides,
No en tu gloria este mísero olvides
Que desea contigo gemir.
Haz que siempre, postrado á las plantas
Del pendiente Jesus, yo suspire,
Y que siempre presente le mire,
En su leño sangriento sufrir.

De sus llagas mi pecho llagado,
Por su cruz sacrosanta oprimido,
De su sangre divina teñido,
Haz que parta con él el penar;
Para que por tu ruego, aplacado
Pueda hallarle en el último dia
Cuando el mundo estará en agonía;
¡ Pueda entonces en él esperar !

O Jesus! al salir del destierro,
No abandones una alma que llora,
Para quien piadosa te implora
Tu fiel Madre la palma inmortal.
Cuando salga por fin de su encierro
Mi alma pobre, y remonte su vuelo,
No le niegues su entrada en el cielo,
Y el gozar de tu gloria eternal.

Llevando clavada en su alma la flecha mortal por espacio de treinta y tres años, María puede llamarse la mártir de todos los instantes, y al fin fué despues de Jesucristo, la gran Mártir de la Cruz. Ella representaba en sí sola toda la humanidad redimida; pero su fé sobrehumana la hacia padecer como toda la humanidad junta, que vé morir á su Criador y Salvador. Los vínculos de carne y sangre, tan puros en el tierno y delicado corazon de la Madre Vírgen, aquel amor penetrante y depurado de una maternidad singular y privilegiada, producian un sentimiento heróico y sobrenatural, hiriendo atrozmente la fibra sutil de un pecho casi divino. María hacia á Dios el pleno y entero sacrificio de su Hijo, uniéndose á la justicia del Padre celeste, que inmolaba esta gran víctima á su gloria; ofreciendo con toda la gran fuerza de su corazon y haciéndose superior á su propia ternura, la muerte de Jesus por cada uno de nosotros, y á esta ofrenda juntaba la de su inmenso dolor.

La muerte hubiera sido para María un consuelo, un paraiso: pero era fuerza dejar al Hijo de Dios en las orillas del sepulcro, fuerza era verle atravesar, sin volar con él, los umbrales de la eternidad y seguir sobre el Gólgota el amargo sacrificio. Fuerza era recibir en el corazon la lanza cruel que desgarró el costado exánime del Hijo, desclavarle del leño, recibirle en los brazos, dejarle en la tumba, y al oir caer la losa con estrépito, quedar abismada en la soledad mas lóbrega que se haya conocido sobre la tierra.

Mientras que el Hijo en medio de los himnos de júbilo de los coros de los patriarcas y de las liras de los profetas, subia radiante de glo-

ria acompañado de los ilustres cautivos que acababan de romper sus cadenas. María sola, desolada, fúnebre como un mundo sin sol y sin firmamento, tragaba á largos sorbos la copa de un amor supremo, inesplicable, voraz, que atormentaba su inocente y maternal espíritu con toda la fuerza de un centuplicado martirio, del cual no es mas que sombra el dolor de todos los mártires juntos; porque sufria con una fuerza que participaba en cierto modo de la fuerza de la Divinidad.

Pero enjuguemos por un momento nuestras lágrimas, y transportémonos de repente á la plenitud de los tiempos y al seno de la caridad para no ver en los dolores de María, sino la gloria de María. Así pues como el Hijo Dios humanado, de lo mas profundo de la humillacion y del sufrimiento fué elevado al mas alto punto de la gloria y del poder, á cuyo solo nombre doblan la rodilla los cielos, la tierra y los abismos; así tambien, por la parte inmediata que tuvo María en la redencion del linaje humano, del mas hondo seno de su humildad y de su dolor fué exaltada al trono de gloria mas encumbrado que puede tener la criatura en los tabernáculos de la eternidad, y sus acerbos y desgarrantes dolores aparecen como otros tantos rayos de gloria en la faz radiante de la Vírgen escogida, Hija, Madre y esposa de Dios, reflejo de la Trinidad beatísima, y embeleso supremo del Criador entre todos los seres criados. Vestida de astros mas bellos que los que forman los cortinages del cielo, coronada de la majestad de Dios, son el cetro sobre todas las inteligencias creadas que el Árbitro Soberano ha puesto en sus manos, triunfa en la gloria de sus dolores, como Jesus triunfa en las señales de sus llagas: y cuando ruega á su Hijo Divino por el hombre estraviado ó arrepentido, no solo le muestra el seno que le llevó y los pechos purísimos que le alimentaron, sino que le señala tambien su corazon, aquel corazon atravesado por siete agudos cuchillos de afliccion y de tormento. Y el ascendiente que tienen con Dios los ruegos en favor del hombre de esta Reina entre los santos así como lo fué entre los mártires, no es por cierto la menor de las glorias de sus dolores.

El pavor y los temores de los verdugos de Jesucristo habian cesado ya, y la calma sombría del impío habia renacido en su pecho rencoroso. Bajo un cielo sereno, se les habia debilitado la impresion de los horro-

res; recientes y tenaces en su obcecacion como en un vértigo continuo, preferian atribuir los portentos pasados al poder de la magia y de las tinieblas, que á la fuerza del que crió la luz, algo semejantes en esto á algunos de nuestros filósofos, que prefieren atribuir al acaso ó á una ciega fatalidad las maravillas creadas, que al poder de una inteligencia suprema y de una bondad infinita.

La desolada Madre se habia unido á las santas mugeres para dar al cuerpo sagrado de Cristo los honores del Sepulcro. María habia visto desclavarle de la cruz, arrancar los clavos de sus manos y de sus piés, y de su cabeza la corona de espinas que estaba en ella hundida: viólo lavar y enjugar su cuerpo cubierto de llagas, y su rostro desfigurado por la sangre, por las heridas y por la palidez de la muerte. Oh! que besos de amor y de dolor imprimió sobre aquella frente adorable, sobre aquel costado abierto, sobre aquellos piés y aquellas manos taladradas! Ella ayudó, segun parece, á embalsamarlo, á envolverlo en una sábana, y en un sudario: ella le acompañó hasta el sepulcro en que fué depositado, ella se encerró allí con él en espíritu: y no se retiró sino como arrancada por Juan y los demás que se afanaban en consolarla.

Las almas piadosas han seguido espiritualmente á María en su amarga soledad, y han formado para ella otro camino de dolor desde el sepulcro hasta la casa del amado discípulo, á donde parece se dirigió, segun opina el P. La Palma en su *Historia de la Pasion*. Cuando el dolor tiene en que cebarse, se derrama por decirlo así sobre el objeto querido, aunque sea exánime ó desfigurado; pero cuando este le falta se reconcentra todo dentro del alma y gravita sobre ella con todo su peso. El corazon queda como un lóbrego desierto como el pensamiento, y para él se cubre de luto toda la naturaleza. María arrancada por el amor del sepulcro de su Hijo queda en una desolacion completa. La noche se acerca, y para volver á Jerusalen, preciso es pasar por el Calvario. Párase sobre esta montaña, junto con la silenciosa comitiva, y reviven á cada paso todas las llagas acerbas del corazon. La cruz aun está levantada, y teñida con la fresca sangre de su Hijo: cuantos cuchillos ahondarian en aquel tierno pecho sus mortales puntas! Cuantos martirios juntos abismarian su alma en un penar inconcebible! Entra despues en la

ciudad deicida. Que nuevo género de tormento! Allí fué condenado á muerte infame el mas justo, el mas inocente, el mas amante de los hombres! allí una ingratitud tan negra como la perfidia se cebó en la humillacion, en la calumnia, en el escarnio, en la crueldad mas fiera y brutal contra el mas manso, el mas sufrido, el mas tierno de los nacidos de muger! allí el hombre llegó al colmo de su iniquidad pisoteando la santa humanidad de Dios, y descargando la mano sacrílega sobre su adorable persona. Cada calle de Jerusalen es un nuevo suplicio para la Madre de Jesus; cada edificio público le recuerda una atroz iniquidad, cada una de aquellas frentes altaneras y pérfidas, que la miran con befa ó con desden, le hace exhalar un profundo suspiro. Retírase por fin en la casa de Juan; pero Juan no es Jesus. Y aunque María tenia una fé firmísima en la resurreccion de su divino Hijo, en nada minoró la esperanza de verle resuscitado el tormentoso sacrificio de su maternal corazon.

Despuntaba el dia tercero desde la muerte del Salvador, y algunas mugeres Galileas, cargadas de preciosos perfumes, caminaban hácia el sepulcro de Jesus para embalsamarle á la manera de los reyes de Judá; y segun la tradicion, María se hallaba entre estas mugeres; y en medio de los celajes del dolor percibíase en su semblante un rayo de esperanza. Entretanto la ciudad deicida yacia sumida entre las sombras que huian, como un asesino que duerme aletargado en lo hondo de una caverna. Pero la naturaleza parecia adornarse con todas sus galas, y la luz que suavemente se difundia en torrentes de púrpura prenunciaba un dia sereno y esplendente.

Azorados los satélites del Sanedrin por la seguridad con que Jesus habia prometido resuscitar el dia tercero, hicieron velar el sepulcro por una guardia numerosa, y asegurarlo con el sello de la autoridad pública. Pero el temblor que se deja sentir repentinamente, hace rodar la piedra enorme del sepulcro, los guardias caen semimuertos, pegando sus rostros contra el suelo; y aquellas mugeres tan constantes que no abandonaron á Jesucristo en la cruz, pálidas ahora y azoradas retroceden; temiendo que no se renueven los espantosos prodigios que anunciaron la muerte del Hombre Dios. Pero un espíritu celeste, cuyos vesti-

dos resplandecian de blancura y cuya faz irradiaba como los albores fulgidos de un astro, las sosiega diciéndoles: « No temais, Jesus á quien han crucificado no está aquí; ha resuscitado como lo habia predicho; venid y ved el lugar en que fué colocado el Señor. » Y atónitas las piadosas Galileas contemplaban á los bordes del sepulcro las fajas perfumadas y el sudario. María algo distante, María que ni un momento abandonó la esperanza en la resurreccion de su Hijo, gozaba ya de su vista, y es indudable que seria la primera en verle resuscitado en aquellos mismos momentos en que sus compañeras examinaban el vacío sepulcro. Y así como experimentó un dolor sobrehumano que llegó á abatir, aunque sin vencerla, la fortaleza de su espíritu, probaria entonces un grado tan intenso de júbilo, que nosotros no pudiéramos soportar sin morir. El Evangelio, que refiere tantas apariciones de Jesus resuscitado á los apóstoles, no dice que se apareciese á su santa Madre. Pero la razon es obvia. Los apóstoles habian de certificar la resurreccion de Jesucristo: el objeto de su ministerio era el publicarla por toda la tierra, y los evangelistas debian referir las principales pruebas que de ello les habian convencido. Pero María no estaba destinada para predicar á los pueblos á Jesus crucificado, y por lo mismo no era necesario que los evangelistas hiciesen mencion de las visitas que de su Hijo habia recibido, y que su humildad tendria muy bien ocultas, cuanto mas multiplicadas, pues ninguna razon la impulsaba á publicarlas.

Este dia grande del Señor se anuncia entre nosotros como el glorioso triunfo de Jesus sobre todas las potestades de la muerte y del infierno, y como la prueba mas patente de la verdad de nuestra fé. Despues del lúgubre plañido del sepulcro, y del luctuoso silencio del dolor, aparece súbitamente el grito universal de alegría.

¿Porque el cañon que anuncia la muerte de los reyes ha tronado como una señal de triunfo? ¿A quien proclaman de repente los sonoros bronces en la region de los aires? ¿Un momento bastó para transformar el silencio y los suspiros del dolor en cánticos de júbilo é himnos de victoria en todo el orbe cristiano? ¿Qué voz gloriosa sale súbitamente del sepulcro? ¿Quién ha roto las cadenas de la hija del delito? Aquel que

la amenazó ya por su profeta: O muerte! yo seré tu muerte. O infierno! yo te destruiré. Al herirle quedó vencida para siempre y le entregó las llaves de sus abismos.

Un torrente de luz sale de la losa sombría en donde hasta ahora el polvo del hombre se confundia entre la nada y el olvido. Dios mismo ennobleció con su presencia el oscuro palacio de la muerte. Esta no será mas que un sueño pasagero para el hombre rescatado, y la cuna de una vida inmortal. Salido ha del sepulcro una ráfaga celestial que abre la senda de la vida á todas las generaciones futuras. El Omnipotente tan grande como en la creacion, cubierto con el resplandor de su divinidad, conserva todavía los señales augustos con que nos redimió, resuscita con todas las almas de los justos, y deja á todos los hijos de Adan la inocencia y la felicidad. ¿Qué inagotables esperanzas acaba de derramar Dios sobre la tierra? La vida que pasa como una flor será un corto destierro suavizado por el amor y por la esperanza. El hombre antes apartado de Dios comprará con algunos instantes de afan las dulzuras de la gracia y la seguridad de un triunfo eterno. El sufrimiento y el dolor le santificarán ante el Ser Supremo, y no dejará el barro sino para volar á incorporarse con su centro, que es Dios, en una venturosa inmortalidad.

En efecto: ese gran misterio es la base de nuestra creencia, el fundamento de la religion, el garante de las promesas del Salvador y de nuestro triunfo en Jesucristo. La fé sublime y la sencilla razon le acatan á un tiempo. Brilla como la antorcha del dia á los ojos de los grandes y de los pequeños; y prescindiendo aun de la revelacion, está apoyado en hechos indestructibles, como si el Señor lo hubiera querido ostentar al mundo para consuelo de sus hijos y testimonio eterno de su victoria.

Jesucristo resuscitó. Los primeros que anunciaron esta gran verdad al mundo redimido, no pudieron ser engañados ni engañarnos. Nada crédulos unos, abatidos otros por la muerte afrentosa de su Maestro, llegaron casi á la desconfianza. Si la muerte se hubiese dormido sobre la losa del crucificado ¿quién hubiera defendido la causa de un Dios impotente é infiel en sus promesas?

Los discípulos no ceden sino á la evidencia, y un apóstol mismo quiere tocar para creer. El mismo dia de la resurreccion aparece Jesucristo á los suyos rodeado con la luz de su gloria, y les dá la mision augusta de anunciar á la tierra la verdad, la penitencia y la misericordia. Que idea! En un extremo del imperio romano, sobre un mundo inundado de crímenes y de idolatría, ¿quién despues del oprobio de un suplicio hubiera alentado á sus secuaces despavoridos? ¿quién les hubiera comunicado la fuerza celestial para mudar la faz del universo y enarbolar la humilde y dolorosa Cruz sobre los templos del error, de la molicie y del orgullo? ¿Cómo empezar, seguir y consumar esa regeneracion humana? Razon miserable! Adora á tu Hacedor resuscitado. Si quieres negar al sol sepúltate en la noche de un sepulcro, y no ofendas con tu presencia la naturaleza llena de su luz.

Los guerreros asombrados abandonan el monumento sellado que custodiaban. Los apóstoles intrépidos proclaman por los ámbitos del mundo al Dios resuscitado, y su sangre, es el garante de su anuncio. El sublime Pablo es deslumbrado por la luz de esa gran verdad, y su voz se oye por toda la tierra. La fé del Dios humanado se esparce rápidamente, llena las academias de los filósofos, los palacios de los reyes, las ciudades y los bosques. Millares de mártires la rubrican con su sangre, los tormentos, las fieras carnívoras no infunden horror: la muerte perdió su imperio. Las prisiones, los hierros y el fuego son señales de triunfo como la cruz. El hombre acabó su esclavitud: todos suspiran por una patria verdadera y perdurable: vense sembrados por los sepulcros principios de inmortalidad. La resurreccion de Jesucristo se multiplica en cada uno de los fieles. En la persecucion se renueva este dia grande, y llenos de júbilo hacen resonar el grito *Aleluya!* Dios y los Cielos responden *Aleluya!* En medio de la paz universal claman á una voz *Aleluya!* Diez y ocho siglos han visto el clamor de gloria, los que saldrán del abismo de lo futuro repetirán *Aleluya!* y aniquilado el Universo, la Iglesia triunfante hará sonar por los espacios infinitos al Dios de la eternidad: *Aleluya! Aleluya!*

En los cuarenta dias que siguieron á la resurreccion el Señor se dejó ver á menudo por los apóstoles, y en ocasiones diferentes, ya en trage

de hortelano y viajero, ya introduciéndose prodigiosamente en el aposento en que se hallaban reunidos, y cerradas todas las puertas. Sabida es la tenacidad del apóstol Tomás, en no creer en la resurreccion de su divino Maestro sino sobre el testimonio de sus sentidos, y su confusion despues delante del Señor. Véase como la fé reportó un triunfo de su misma incredulidad.

¿Porque brilla el recinto venturoso
De repente bañado en lumbre pura?
¿Tal vez alzóse de la tumba oscura,
Cual lo predijo, el Vencedor glorioso?
La dócil grey en estasi amoroso
Se arroba contemplando su hermosura,
Y aquel que no creyó mete en la hondura
De sus llagas el dedo tremuloso.
El atónito apóstol que le adora
La ruborosa faz corrido esconde
Porque el triunfo osó negar de CRISTO,
Y mientras mudo su perdon implora
El DIOS resuscitado le responde
Feliz el que creyó, sin haber visto!

Mas acercábase la hora en que despues de haber instruido Jesucristo á los suyos sobre el modo con que debian predicar su celestial doctrina, y doblar suavemente el mundo al yugo santo del Evangelio; los eternos decretos le llamaban al cielo, cumplida ya sobre la tierra su mision augusta. El dia que cumplia los cuarenta de su resurreccion, salió con sus apóstoles de Jerusalen, sobre el medio dia, y se dirigió á las alturas de Betania, lugar que habia sido tantas veces testigo de las plegarias, de los sudores, de las angustias y de los padecimientos del Salvador, y que iba ahora á recibir sus últimas pisadas antes de subir al cielo.

« Llegado á la cima de la alta montaña, dice Orsini, desde la cual se descubre el mar Muerto, las aguas profundamente encajonadas del

Jordan y las gigantescas palmeras de la llanura de Jericó, el Salvador se detuvo en un espacio libre á corta distancia de un bosque de olivos, que fué cortado por los romanos en la época del sitio de Jerusalen.

¿Y que vá ha hacer allí el Hijo de María? Parémonos un instante en este misterio, en el cual se encierran como en compendio otros misterios, los espacios y los tiempos, el universo y la eternidad. Ante todo, advertimos en el ascenso del Hombre Dios el mas glorioso, el inefable triunfo de la naturaleza humana. Grande fué su elevacion, cuando el Verbo inmortal se unió á ella en el seno virginal de una criatura. Mas, cumplido el soberano designio de la rehabilitacion del hombre, podia deshacerse de ella, y volverse al seno del Padre como persona meramente divina. Pero nó, Dios hombre resuscitado y glorioso, asocia nuestra naturaleza á su inmortalidad, y es y será por eternidades el Hombre Dios en la diestra del Padre. ¡Qué gloria, qué infinita gloria para nosotros, criados de un barro animado por el soplo de Dios, tener sobre el trono de los Cielos un semejante nuestro en Dios Hijo revestido de nuestra carne; una persona divina que representa por decirlo así toda la humanidad redimida y reconciliada con Dios, y que entre los eternos resplandores que la rodean, presenta las formas humanas, la figura que plugo el Dios darnos cuando dijo, criados ya los mundos: Hagamos al hombre á nuestra imágen!

Antes de elevarse pues el Hombre Dios al solio de su eternidad, dirigió la palabra á sus elegidos. El Espíritu Dios descenderá sobre vosotros y os dará fuerza para ser mis testigos en Jerusalen, en Judá, en Samaria y en toda la tierra hasta el fin de los tiempos. «Y acercándose á sus apóstoles, fija en ellos las últimas miradas de su infinita bondad, levanta sobre ellos sus manos divinas y vuelve á hablar: «Dios os guarde y os proteja; él os ilustre, y su gracia sea en vosotros y su mirada os siga y os dé la paz inmortal.» ¡Cielos y tierra! vosotros lo sabeis, despues de haber así bendecido á sus discípulos, el Hijo del Eterno habia acabado su mision sobre la tierra. Una nube diáfana desciende de las alturas de lo infinito; se acerca, llega, cubre al Mesías como un manto de luz, y sube con él delante de ciento y veinte mortales absortos. Los fieles le siguen con su vista, y sus ojos quedan fijos

en el azur del cielo. Los últimos espíritus celestes de la comitiva divina brillantes como el ampo de la nieve, se dirigen á los discípulos, y les dicen: «¿Qué aguardais aquí? Jesus á quien acabais de ver subir al cielo estará siempre con vosotros.» Los dos inmortales han desaparecido: los coros llenan los espacios etéreos con los himnos de gloria al triunfador de la muerte: los cielos se preparan para la entrada solemne del Hombre Dios.... y los apóstoles descienden silenciosos del monte de las Olivas, esperando el bautismo de fuego con que ha de bañarlos el Dios Espíritu para la conquista del mundo.

Mas ay! que la nube que envolvió á Jesus como un manto de gloria en su ascencion á los cielos, ha de volverle á traer en el último dia de los tiempos para juzgar la especie humana! Entonces la humanidad presente de Jesucristo que reina en el cielo, aparecerá formidable contra los que han degradado en sí mismos á fuerza de iniquidad la imágen del Hombre Dios, la naturaleza rescatada con sus humillaciones y con su sangre! Entonces sonará la trompeta de las venganzas, y el fuego de la justicia alentado con el soplo de Dios reducirá á pavesas las maquinaciones de los hombres, y hasta el globo que les sirvió de peana para insultar al cielo! la ascencion pues se enlaza con el futuro descenso, la despedida con la vuelta, el dia apacible y postrero de la obra de la redencion con el dia terrible de la satisfaccion y de la vindicta; la nube en que se eleva el Señor derramando bendiciones sobre el mundo recien redimido, es la nube que ha de traerle para juzgar á los siglos con la llama de su poder.

¿Por qué velado de nube cándida
Sube y sorprende los ojos míseros
De los mortales, junto á Betania
    El Hombre Dios?
Ah! ved sus huellas: marcado mírase
Sobre la arena su pié pacífico,
Y el aura llena de odor balsámico
    Celeste luz.
Que haceis postrados? ¿qué mas atónitos

Pedis al cielo? ¿qué otros prodigios,
La vista alzada, del aire fúlgido
Ora aguardais?
Voló y cercóle la luz espléndida
De inmortal gloria, y á los alcázares
Del alto Empireo tiene su solio
Que ocupa ya.
Ah! vos le visteis manso y pacífico
Bienes do quiera derramar próvido,
Y á su voz sola darle su víctima
La muerte atroz.
Y en Galilea y en Tiberíades
Presta natura cumplir sus órdenes,
Y obedecerle las ondas dóciles
De inquieto mar;
Y derramando sangre purísima
En leño infame fallecer lánguido,
Y horrorizando su faz flamígera
Cubrir el sol.
Ya redimida la gran progénie
Del que gustara fruta mortífera,
Asciende orlado de la victoria
El Salvador.
A dó reinado potente, altísimo
Cabe su Padre y Amor-Espíritu
Hasta el terrible dia de cólera
No bajará.
De la trompeta ya el son horrísono
Del ancho mundo llena los ángulos:
Las sordas tumbas al querer ábrense
Del que tronó.
Y guay! Sus presas vomitan pávidas:
Generaciones brotan, agólpanse
Sobre mil otras, que años sin número

Dormian ya.
Y de vivientes cual ondas túmidas
Que se atropellan la tierra, inúndase,
Que á torbellinos al val derrámanse
De Josafat!
Y de repente cesa el estrépito:
Reina do quiera silencio lóbrego,
Y ¡ miserable ! aguardo trémulo
La voz del Juez.

Es de notar que la ascension del Señor no aparece con aquel carácter sombrío y terrible que helaba de espanto á los pueblos de los antiguos tiempos. No se oyen allí los bramidos del trueno, ni fulgura el siniestro resplandor del rayo como en la cumbre del Sinaí, ni un carro de llamas desciende para arrebatar á Jesus como al profeta del Carmelo. Jesus se levanta suavemente por los aires, y le envuelve una nube con serena y apacible magestad, que guarda analogía con el dulce y amoroso carácter de la ley nueva, que ha traido á la tierra para los justos una parte de las dulzuras del cielo. El aparato formidable de un Dios vengador, se aguarda para el último de los dias, cuando revestido con los rayos de su poder, descenderá al culpado é ingrato mundo á pedir cuenta á los hombres de la sangre que derramó por ellos.

El sublime Klopstock sigue en alas de su fantasía poética la marcha triunfante del Hombre Dios al través de los astros y de los espacios, hasta sentarse en la diestra del Padre. Ved ahí una muestra de su poesía magnífica (13): Nos parece que el genio aleman, tan elevado como el cantor inglés del *Paraiso perdido*, se remonta á las regiones mas encumbradas de la poesía cristiana. ¡Cuan claro se deja ver en este poema que el verdadero manantial de las inspiraciones sublimes y fecundas se halla en las doctrinas de la Fé, y que, como dijo muy bien el apologista mas célebre del Cristianismo de este siglo, la religion es la única que merece reinar sobre la lira !

«Marcha ya el Mediador Supremo mas allá de las regiones de la nube,

rodeado de la multitud resplandeciente, y siguiendo la senda luminosa que conduce al eternal trono. Delante de todos lánzase Gabriel, cuya celeste cabellera flota en ligeros bucles en torno de su radiosa frente: el arpa de oro toma alma en sus manos, y forma con la voz del arcángel dulcísimos conciertos.

> «Empezad el canto de triunfo! Mas no os abandoneis á los raptos de un entusiasmo temerario! El himno de Jesus es el que vais á cantar! Este himno entrará en los siglos eternos y resonará por los inmensos espacios!

Uno de los coros de los mortales resuscitados deja escapar sus transportes de terror y de alegría. Las arpas melodiosas murmuran acentos suaves, y resuena como un trueno profundo repetido por el eco lejano el metal triunfador de los cielos. Así de lo alto de la áspera montaña se desliza la plateada corriente y llena con apacible murmullo el bosquecillo, mientras que el arroyo de las selvas con su curso lento y silencioso va arrastrando entre zarzas y ruinas. Y el coro de los justos, levantando hácia el Mediador sus miradas húmedas con lágrimas de placer, canta la loa del vencedor de la muerte.

> Allá en los años eternos, cuando aun no existia el fragil universo, antes de nacer la noche y el dia y los mil y mil astros que pueblan los espacios, antes que volasé el querubin revestido con el resplandor del firmamento; desde entónces, tú fuiste inmolado, ó Hijo del Eterno!
>
> Víctima Santa del altar del Gólgota! cordero del holocausto! reconciliacion de los seres caidos!..... fuente de la clemencia! tu sangre fué derramada, y tú mismo te viste herido por la muerte!
>
> Tal te viste ya en los años eternos, cuando no existian aun flores ni océano, cuando no verdeaban ni la montaña ni el valle, ni el polvo se hallaba transformado en cielos de luz, ni la tierra llevába en su seno un sepulcro.

Y uno de los ángeles del juicio deja caer su diestra poderosa que lleva la trompa que dispertará el sueño de los sepulcros, mientras otro coro canta en acento magestuoso.

> Él yacia ensangrentado! Sus huesos no fueron rotos; así lo quiso aquel á quien fué inmolado el cordero de Passah! El hisopo fué empapado en sangre, y tiñó las puertas de los hijos de Judá!

Ay de vosotros! Ay de vosotros á quienes no señaló la sangre del cordero, cuando la noche envolvió súbitamente la tierra con su manto de horror! Vino ay! la formidable noche! El esterminador ha bajado de los cielos, y con vuelo lento y terrible ha tocado ya las ondas del Egipto!

Levántanse voces lastimeras de todas partes, y el grito del terror recorre toda la orilla. Cerca del trono yace sin vida el heredero del imperio, y sobre él gimen de dolor el padre que le engendró y la madre que le dió la luz del dia!

La muerte ha penetrado hasta las prisiones mas profundas; el bruto ha visto morir su jóven renuevo, mientras que en los campos de Ramsés resuenan los cánticos y las lágrimas de alegría: la sangre del cordero ha salvado el hogar!

El arpa hace resonar mas fuertes acentos: la trompeta estremece los espacios con el ruido de numerosos truenos; un nuevo coro derrama á torrentes la armonía de sus cantos: vuelan poderosos querubines cuyo vestido es llama y cuya faz resplandeciente coronan rayos de gloria.

Eternal tipo del vasto imperio en que brilla el universo! TU ERES, y el primitivo caos recibió sus formas! La inumerable legion de los mundos va rodando por los espacios, y tiemblan de sorpresa porque han recibido el sér!

Al grito del Criador, del Hijo del Eterno, que retumba armado de los rayos de su poder, manda al movimiento que corra por órbitas inmensas. Lento ó rápido el rayo brilla, hiende la esfera y arrebata de asombro al habitante del globo que huye!

Así nació el imperio eterno del Mediador divino! La sabiduría y la gloria brillan en el diseño de su vasta creacion. Felicidad de todos! tu desciendes tambien del seno de la miseria!

Sendero de lágrimas! Cantadle herederos del sepulcro; herederos de la luz! Cantadle hermanos de aquel que conoció la muerte! Cantad la via misteriosa que de la miseria conduce al trono del juicio, porque vosotros tambien juzgareis con él.

Laberinto de dolores! Aspero sendero por dó se trepa al monte de las pruebas! La noche del sepulcro lo encubre á vuestros ojos. Mas la sangre ha manado ya, y el trono recibe al mortal rescatado de la muerte!»

El vástago de Jeddo cuando vivia sobre la tierra de los mortales, mas hoy hijo de la resurreccion divina, se adelanta del coro, y en el hu-

milde júbilo que transporta su alma, se acerca al Señor y celebra con su arpa el instante solemne en que se descubrió á Zéma desde una profética distancia.

Jesus el pontífice ¿no entra en el santo lugar que cubre el velo de los Misterios? Parece que no sea puro, pues en presencia de los ángeles temblorosos Satanás acusa de pecado al pontífice de Judá!

Se le ha dado un vestido cándido á los ojos del Eterno, y su clemencia le quita la grave carga del pecado, porque el elegido del Omnipotente debia descender á la tierra, Zema! fué el grito de los cielos, y los ángeles oyeron el nombre de Zema!

Vienes tú, ó Mediador, y el velo no cubre ya mas el lugar de la clemencia! para siempre es arrancado del templo de los misterios pues que tú por tí mismo entras en el umbral del santuario divino!

Él te llama, ó pueblo afortunado! bajo las pámpanas de su viña: él te llãma bajo la sombra de la higuera! El divino salterio celebra la fiesta del sacrificio de la alianza!

Tú vienes, ó Zema! Proclámenle nuestras voces con los sublimes acentos de un salterio celestial! Zema! tú vienes! Asi debajo los tabernáculos de la gran solemnidad vuela el canto de la alianza! Zema! tú sufriste la muerte! tú la venciste!

¡Oh como resuenan las arpas de los cielos! ¡Como balancean las palmas en las manos de los vencedores! cuán brillante irradia la faz de los espíritus cuando se derrama como un torrente de armonía el himno de alabanzas á la gloria del Salvador!

En la hora que Jesus clamó que todo estaba consumado, nuestras lágrimas corrieron, pero nuestras almas se abismaron en rios de salud! Dios admitió el polvo en los campos de la luz, en el reino de la salud! Desde lo alto de la Cruz Jesus le llama á la salud eterna!

El Hombre Dios esclamó: parece, ó universo! Y de repente nacen inumerables legiones de libres inteligencias, tal como nace el rocío de las luces de la aurora. Ellas son criadas para una gran felicidad: de lo alto de la cruz Jesus les da la salud.

O legiones! á distancias infinitas suena la divina palabra: todo está cumplido! El arpa angélica la lleva mezclada á los dulces acentos del júbilo de los cielos! Inumerables sois vosotros, vosotros todos los que á su nombre doblais la rodilla, colmados por él de las mayores felicidades.

Habian ya concluido el himno del amor cuando llevado de divinos transportes, se adelanta un coro de refulgentes resuscitados blandiendo las palmas del triunfo á los acentos de un dolor celeste compañero de la beatitud.

> Adoracion, alabanzas, gloria al eterno! Gloria al cordero inmolado por nosotros! Él sube á la inmortal Sion que brilla de inefables resplandores! Oh como fluyó sobre tí la sangre de la clemencia, altar del Gólgota! Alabanzas al Hijo del Señor, que se inmola por nosotros!
>
> Alabanzas al Salvador de los hijos de la muerte! Alabanzas y gloria al Hijo sublime que creó el universo! Tú arrancas á la noche los mil astros de los cielos que derraman como un torrente la luz etérea. Mandas tú, y de un vuelo rápido miden lo infinito del espacio!
>
> Alabanzas y gloria al Eterno! Gloria al cordero inmolado por nosotros! Gloria al Hijo sublime que aterró la muerte! tú arrancas de la noche de los infiernos á los que hirió el mortal aguijon! Ellos huyeron de su perdicion y de su eterno abismo!

Y con una piadosa mirada otro coro contempla la tierra que va rodando debajo de sus plantas. Allá habitaron ellos la cabaña y el sepulcro, allá habian triunfado de la muerte. Y uniendo sus voces cantan al Redentor de los tristes mortales.

> A Dios y al Hijo que vuelve á Dios, gloria, salud! Humillad vuestras frentes y coronas, espíritus inmortales! Sembrad las sendas del trono con las fúlgidas palmas que os dá el Señor!
>
> Vosotros que, humillados en la miseria, recorreis todavía las regiones del dolor! ¿porqué estas lágrimas? Un dia caereis tambien al pié del trono semejantes en gloria á los espíritus de los cielos!
>
> Así recompensa Jesus! así señala el precio á los sufrimientos! Triunfo sublime! El aguarda á todo aquel, que, fiel hasta el fin, llevó el peso del dolor!
>
> Silencio, ó lágrimas! vosotras que consolais los pesares fugitivos, no debiliteis mas el corazon del inmortal! Al término se halla la recompensa; llegue hasta el valle de la muerte este canto de fidelidad.

Y cantando estos himnos han llegado al celeste Empireo. Por entre sus astros brillantes, descubren otras almas conducidas por celestes espíritus. Vuelan los querubines llevados por el ala de los transportes, y las almas sobre el ala trémula de sus nuevas alegrías. Allá están justos

mortales que dejaron sus tristes restos en la llama ó en el sepulcro: elegidos de todos los pueblos, que habitaron todas las zonas de la tierra. Desde el momento de la consumacion divina, pues así lo manda el Señor, él se ha reunido en los campos brillantes del celeste Empireo. Sus lágrimas y sus cantos expresan su felicidad, pues por la vez primera te contemplan, ó escencia divina! Y el coro de los resuscitados saluda con un nuevo canto á la gloriosa muchedumbre de sus hermanos.

> Ellos llegan, y se han elevado aquí desde la vida de las pruebas! Ellos recorrieron con dolorosa planta vuestros sombríos senderos, ó regiones de la muerte! Libres y afortunados, han escapado ya de la miseria; bien lo revela su llanto, y los celestes transportes, y la calma celeste de que rebozan sus corazones!
>
> O felicidad! Herederos de aquel, que como vosotros, marchó tambien por la senda de la muerte, ¿quién os conduce al término sublime en donde os aguarda el premio? ¿Quién podrá espresaros, ó celestes raptos de júbilo inmortal?
>
> ¿En donde murmuró jamás en suaves acentos el arpa que os esprime? ¿En que lugar resonaron sus celestiales melodías? ¿De donde lo llevaron á sus apacibles riberas, ó rio cristalino, los vientos del Empireo? ¿Cuando agitaron tu soberbia cima, ó palma de Sion, que reverdeces sobre la orilla del torrente?

Y las almas sienten nuevos transportes de aquella nueva vida; su himno se mezcla con los cantos del ejército del vencedor.

> Nosotros marchamos al triunfo; ángeles del Eterno! como vosotros, herederos de la luz! Seguimos á Jesus en el camino de los cielos! O muerte! Rápido vuelo hácia la felicidad! O tumbas, y vuestro horror fugitivo! Vosotros os convertís en dicha; en cielo, en salud inmortal!
>
> Ser divino! ¿Quien sabrá expresar el cántico sublime, los transportes del alma? Rey del universo! el grito del triunfo y nuestras voces de júbilo se pierden á la vez en el resplandor inmenso de tu gloria!
>
> Mediador! nosotros somos de aquellos que tu muerte reconcilió! Pertenecemos á las legiones luminosas que tú llamas á tu gloria! Nuestros restos quedan sembrados en las vastas regiones en donde brillará tu trono en el dia de la siega.

Los gallardos mancebos que forman la juventud celeste no pueden con-

tener sus súbitos transportes de júbilo. Jóvenes serafines baten sus floridas alas en torno de Elva y de Gabriel, al modo que se abre la flor hija de la aurora á la fresca sombra del árbol del Líbano, y las cuerdas retiemblan bajo sus dedos armoniosos.

> ¡ Oh como resuenan los acentos del placer! como suena el canto del triunfo! Así lo publican al pie del trono exelso los mil ecos de los montes del Empíreo!
>
> Sagrada muchedumbre! desde los senderos del sepulcro te sublimas á la gloriosa vision del Ser inefable cuya esencia es felicidad!

El salterio y la trompa truenan á la vez entre los coros de los vencedores, con los cuales murmura la cuerda aérea, como murmura el argentado arroyo y los vientos etéreos cobran alma con los acentos del amor. El soplo ligero se transforma en tempestad, la tempestad en truenos, y entre la tempestad y el trueno retumba la armonía de los mundos fugitivos. Jesus gobernó á su pueblo, desde el dia en que fué llamado el padre de los creyentes, hasta el dia en que Bethléem y su agreste cabaña escucharon los llantos del celestial infante. Y los coros del ejército triunfador cantan las maravillas del pueblo de la gracia y de la austera justicia. Inflámase su salmodia con la rapidez del pensamiento, y un rapto impetuoso les arrastra de prodigio en prodigio. Un coro refulgente vuela y hace vibrar la plateada cuerda; óyele el otro y puede apenas contener el fuego del entusiasmo que le oprime y á los jubilosos acentos, mezclan sus voces austeras y terribles los ángeles de la muerte.

> O mar! tu detienes tus ondas airadas; asi lo manda el Eterno! y con sus sombras ó con sus nocturnos reflejos cubre la nube al pueblo de la ley! El pavor y la diestra del Altísimo hieren con la nube al temerario rey, á sus corceles, á sus guerreros!

El severo silencio de los ministros de la muerte deja oir el bronco sonido del acero de las venganzas. Escúchalo Mirjanm, y su dulcísima voz canta el triunfo de los elegidos del Señor.

> Hija de Amram, yo iba á la frente de las vírgenes de Israel. La mar es tu sepulcro, tirano de Misraïm! el onda te devoró junto á las cañas de la orilla! como se hunde el plomo hasta el fondo de las olas embravecidas!

El guerrero cubierto de hierro, los carros, y los caballos, tu mismo caes, soberbio Faraon! La indignacion del Señor rompe entre los fuegos de la nube, y el pavor les precipita en las ondas del furor!

Los ángeles apartan su vista consternada de la caida de Abiram, de Kora, de Dathan, y cantan el juicio de los rebeldes de Leví.

O voz de terror que te levantas del abismo! de entre el torbellino de polvo y de llamas salen en vano gritos lamentables! pero mas terrible aun que los gritos y los gemidos, tu silencio proclama el fin mas dosastroso!

Una sola mirada dejan caer sobre las ruinas de la soberbia Jericó; un solo acento recuerda su caida y sus escombros.

La trompa de los combates y la plegaria de los guerreros rodean las torres altaneras de la ciudad de las palmas! Brillado ha el dia de la ruina, y tú caes, ó Jericó, entre las llamas y el trueno!

Mil otras arpas resonando confunden sus armonías deliciosamente, y con ellas la voz de los espíritus celestes.

Cuales fueron tus destinos, ó Judá! El hijo de Bethleem, el de la negra cabellera corre con ligero pié, arroja el palo, y la piedrecilla hiere la frente del gigante que se rie de sus armas!

Y el Señor eleva el pastor del Ephrata! Ciñe su noble frente con el oro de los reyes, y su boca es enriquecida con el oro aun mas puro de los cánticos! Él reprueba tu vástago, ó tribu de Benjamin! y su sangre corre y tiñe las cimas de Gelboé!

Y David contempla al Mediador salido de su propia sangre; y su himno vuela sobre el ala del amor. Las voces de júbilo de los coros mas augustos cantan las alabanzas del Criador fuente de toda clemencia. Y otros salterios resuenan á lo léjos, y sus acentos sublimes se mezclan con las voces de los ángeles.

El ruega, y de lo alto de los cielos cae la llama: la víctima es devorada por el celeste fuego: las aguas que bañan el altar suben y son consumidas por la llama de los cielos!

Y siete Querubines salen de su coro, y rodean al profeta á quien fué concedida la sublime vision de la redencion futura.

Y tú solo estás sin voz! tú, que junto al Eterno viste al severo querubin velado con su ala poderosa? Los cimientos del templo se estremecen

con la voz de los espíritus: sus legiones rodean el trono de los cielos!

Yo quedé sin voz cuando junto al Eterno ví al austero querubin velado con su ala poderosa. El templo retembló á la voz de los espíritus, y sus legiones rodeaban el trono de los cielos!

Santo, oh! Santo es el Señor, el Dios de los ejércitos! Tal fué el clamor que voló por las bóvedas de los cielos. No tienen número los que adoran al Eterno. De su trono y del polvo brotan alabanzas á su gloria increada.

La admiracion llena el alma del profeta. Mudo, medita el rey del universo. Mas no tarda en invocar á las trompas celestes, cuyo estruendo delicioso se mezcla con sus cánticos.

Sion! la Vírgen sublime te desprecia, y se rie de tus furores! la hija de Salem te persigue con sus desdenes, porque, ¿quién es aquel contra quien se dirigió tu blasfemia?

Contra quién, ó soberbio se ha levantado tu voz? Tu orgullosa mirada amenaza en su mismo templo al santo de Israël! tu impío delirio se rie de Jehová, y tu bóca audaz pronuncia estas palabras.

Los carros de mis guerreros han cubierto la montaña; desde lo alto del Líbano rodaron los cedros y los pinos bajo el filo de mi hacha inexorable!

Yo toqué hasta los confines del Carmelo, las lanzas de mis soldados llenaron sus bosques. El brazo de mis guerreros escavó la profunda cisterna.

El pié de mis caballos agitó los lagos de Israël: ellos secaron sus rios y sus arroyos! ¿No oiste nunca hablar de lo que en otros tiempos obró mi omnipotente brazo?

Desde lejos preparo ya los combates, y la victoria está pendiente de mi voz! Caen á mis golpes las ciudades y sus almenas, y cúbrese la colina de vastos escombros! La afrenta y el horror del carnaje hacen caer sin fuerzas los brazos de tus guerreros!

Y caen estos como la yerba cortada por la hoz del segador. ¡Asi se marchita el muzgo de los tejados, y el heno que se seca al ardor de los rayos del mediodía! — No conoces pues tu, mortal altanero, tu morada y tus caminos!

No se me oculta ninguno de tus furores. Y ya que contra mí osa levantarse tu delirio, y que penetra los cielos, y provoca mi indignacion;

Voy á oprimir con un anillo de hierro las humeantes narices de tus corceles, y á domar con un freno tu furor. Y en tú fuga de ig-

nominia recorrerás las desiertas regiones que ha devastado el brazo de tus guerreros!

Asi canta la inflamada voz del sublime profeta, y los siete espíritus continuan la historia de las venganzas.

Huye, huye Sanhérib á los altares de Neirach! De lo alto de Sion suena la voz amenazante del profeta de los furores; prepárase ya la celeste venganza!

Que afirme su ferrea planta para el juicio de sangre. El sombrío rojo de los cielos ha cubierto de palidez las rosas de la aurora: cubiertos están de muertos las campiñas de Judá y el Rey de Assur huyó perseguido por el terror.

Y el profeta de Chebár se adelanta entre los fúlgidos coros que cantan al Eterno, seguido de doce jóvenes escogidos entre los mas hermosos de los ángeles y de los hijos de los hombres. Su vuelo es ya una armonía, antes que sus arpas celebren las grandezas del Mesías. Y batiendo sus sonoras y ligeras alas, preceden al divino objeto de sus respetuosos transportes. Su radioso vuelo es magnífico y terrible: mil resplandores coronan su frente, y su mirada es una movil llama. Y en voz unánime cantan al que reina sobre Judá.

Vengador! ¡cuantas veces fuiste el escudo y la salud de tu pueblo! con que facilidad rompiste los brazos devastadores! Como derramaste su sangre en torrentes de humo! Los que aman la matanza no, jamás escaparán de tu potente indignacion!

Rey de Assur! tu pareces el terrible reptil cuyo ronco clamor hace temblar las orillas de Egipto!.... Altanero como el Líbano, arroja á larga distancia su gigantesca sombra; erguido como el cedro su verde cima llega y amenaza á los mismos cielos!

Y manda á las ondas, y con su tronco inmenso dá sombra á las aguas agitadas! A su alrededor dá mugidos el rio cenagoso, y otros árboles reciben de él los arroyos que sacian su sed.

Por esto domina á los árboles de la comarca, y se place en extender la hojarasca de sus ramas, y en humedecerle con las aguas que inundan la campiña!

Bajo su poblada copa fabrica el avecilla su aérea morada, y el reptil del polvo yace bajo su vasta sombra! Los pueblos habitan debajo tu sombra magnífica, árbol soberbio, que te sacias con todos los torrentes del valle!

Quien fué semejante á tí ? cedro del Señor , y tú , pino de la montaña , menos robusto es vuestro tronco que su brazo de lozanía! Él es la gloria del bosque inmenso que plantó el Omnipotente!

Embellecido fué por la mano del Señor: él fué , quien hizo crecer sus brancas y sus ramas , paraque fuese un objeto de envidia para los árboles de las selvas! Mas porque su cima tocaba á los cielos,

Su corazon se hinchó de criminal orgullo ; se embriagó de efímera grandeza. Entonces, ó vengador , le dejaste abandonado al mas poderoso tirano , paraque le diese el premio que merecia su atentado !

Y el brazo del extrangero lo derribó sobre su tierra nativa! Y la montaña , y el valle , y la onda de sus arroyos se cubrió con sus ruinas. El hacha cortante abatió el tronco , dispersó las ramas y su espeso follage !

No tiene ya mas sombras que dar á los pueblos congregados: huyen las naciones del árbol despojado : sobre su tronco á pedazos mora el pájaro de las noches ; sus agostadas ramas sirven de fugitivo asilo á la fiera de los campos.

¡Cayó! Ningun árbol se levantará ya mas sobre las orillas del rio con tanta grandeza! Ninguna otra cima extenderá tan lejos la frescura de su sombra!

¡Como descienden al sepulcro los que temia el universo! Assur se ha desplomado al mortal abismo, cuyo profundo seno ha gemido por la caida del monarca de Babel!

Un velo de dolor ha cubierto el rio y sus corrientes, y su onda ha cesado ya de correr! El Líbano se ha vestido de luto , y los árboles del valle se han marchitado en torno del abatido cedro!

Desplómase con estruendo, la tempestad le precipita á los horrores de las tinieblas , y los pueblos del rededor quedan despavoridos: tu yaces en el abismo. ó floresta de Eden , y tu, bosque que cubrias el Líbano!

Yace en la tumba de la noche y con él los reyes que cobijaba su poder! brazos del altivo cedro , han caido en torno de él, entre lo que abatió el filo de los guerreros!

Y el silencio sucedió á sus cantos. Al modo que la tierra suspende su estremecimiento terrible para arrojar luego hácia los cielos consternados los espesos torbellinos de polvo y de ruinas , mezclados con los gemidos lastimosos de los que devoran sus abismos !

Así como á Assur , tu precipitas el Egipto , rey del Universo ,

hijo del Eterno! El dragon de los mares se ha zambullido en el rio: con su planta cruel enturbia las rápidas ondas, y corre envuelto su negro fango con las olas que braman hinchadas.

El esclamó: el rio está bajo mi poder! yo le hice nacer en las llanuras del Egipto! Mas el Señor tiende su inmenso lazo, y sus legiones cazan la rebelde en la red mortal!

A pesar de su peso, y de su informe masa, sus escamas son débiles para librarle en el peligro. El Señor le saca del rio aterrorizado, y le hace pedazos en los campos de Misraïm, y su voz de trueno llama á todo ser que con ala impetuosa hiende los aires despedazando su presa!

Todo lo que en el polvo arrastra consume la carne! Cadáver horrible, con sus miembros despedazados, cubre el lado de la montaña el umbroso vallado: la onda que le lleva se tiñe con la sangre de la bestia feroz.

Su sangre ha enrojecido la sombría montaña, y ha enrojecido el rio y los arroyos! porque ha sido precipitado al abismo de la muerte.

En los tenebrosos abismos ha encontrado acogida entre los que, conquistadores como él, degollaron á los mortales! Todos cayeron al golpe del cuchillo, y duermen el eterno sueño entre las víctimas de sus furores!

Como ellos reposa Assur: en torno de él todo un pueblo destruido. Cuchilla! hieres tú! y al punto se abisman en tus negras profundidades todos los que fueron el espanto del Universo!

Como ellos reposa Elam, y á su rededor sus robustos guerreros. Cuchillo! hieres tú, y al punto se hunden en los antros profundos cuantos fueron el terror del Universo!

En los desiertos campos yace Merech, y mas lejos Thubal! héroes y guerreros yacen sin armas y mueren sin gloria! no se halla su sangrienta espada debajo de su cabeza, y las llanuras blanquean con sus huesos!

Horribles reprobados! ellos fueron el horror y el espanto de la tierra! Faraon! tu yaces bajo las plantas de tu vencedor, tú duermes entre tus guerreros que el hierro ha segado.

Dominadores de Edem, conductores de guerreros! vosotros estais sepultados en la noche de la tumba! ellos vacilaron bajo la cuchilla destructora, y cayeron entre los millares que hirió la espada!

Con ellos caen tambien los pueblos de Sidon! un rojizo mas sombrío cubre la frente de los príncipes, porque la audacia del combate alcan-

zó á sus guerreros, que cayeron sin número bajo la hoz de la muerte!

En las tinieblas del abismo Faraon reune sus legiones: su corazon palpita á la vista de sus guerreros: y el pavor cede al orgullo de su pensamiento!

Tu lo has precipitado Dios de las venganzas, Dios de los justos furores! á tu mirada cayó en el abismo! Porque tambien eres el espanto de la tierra, ó juez del universo!

Y la tierra va rodando á lo léjos en el abismo de los cielos.

. . . .

Y la triunfal cohorte está ya á las puertas de los cielos. Su ávida mirada contempla de lejos el trono de Jehová, y le ve refulgente de la gloria increada. Y los espíritus que habitan los cielos ven acercarse la brillante muchedumbre; una repentina sorpresa se apodera de los ángeles, y muy presto resuenan gritos confusos de admiracion, de alegría y de terror. Ningun ángel, ninguno de los espíritus del trono habia conocido la hora sagrada en que el vencedor volvia á entrar en el celeste imperio; y solo habian percibido entre las distantes armonías de los mundos del espacio las aclamaciones de los cielos. Y de colina en colina el potente Querubin exclama: Jesus! y mil voces seráficas, mil voces humanas tornan á las inmensas soledades del empíreo el nombre de Jesus! De rayo en rayo hasta en los altares de los perfumes, hasta la formidable nube que vela el santo lugar, retumba la voz: Mesías! — Mesías! se oye desde el trono de los cielos, y ante el clamor inmenso de los espíritus enmudecen el ruidoso susurro de los bosques, el murmullo de los arroyos, y hasta el mugido del onda poderosa que hace rodar sin fin el océano de cristal. Y cuando Jesus, el consumador de la salud, á quien rodean los resplandores moribundos de un globo vecino, pone su divinal planta en el pórtico de los cielos; caen entonces de las angélicas sienes las radiosas coronas, y siembran de palmas la sublime senda que al trono conduce. Y los que siguieron al vencedor, serafines, mortales, todos siembran palmas bajo su planta victoriosa, todos marchan á su rededor, sumidos en la humildad de su pensamiento. Y las almas oprimidas por tan repentina felicidad, goce de los cielos, se paran inmobles en uno de los celestes pensiles, pero la trompeta de Gabriel les manda seguir el Mesías.

Y Jesus se acerca al trono. Súbito silencio domina en las moradas del cielo, la trompeta no despide ya sonidos para llamar á las almas; hasta los patriarcas quedan inmóbiles. Los ángeles van siguiendo todavía, mas presto se paran, caen, y adoran al Eterno. Gabriel, el único entre todos los seres criados, ha seguido al Mesías hasta el pié mismo del trono. Allá se postra contemplando al Altísimo, y nuevas ondas de luz le ocultan á la mirada de las legiones celestiales.

Y el Ser infinito y sublime, aquel á quien todos conocerán un dia y adorarán todos entre lágrimas de placer, el padre del Salvador, el autor de la clemencia, DIOS!!! se descubre en los resplandores inefables de su amor! El hijo del Eterno, el autor de la alianza, aquel á quien todos reconocerán un dia, á quien todos adorarán entre lágrimas de placer, víctima y vencedor de la muerte, Mediador y fuente de clemencia, Jesus, se descubre en los resplandores de su amor! Así los cielos de los cielos contemplan al Padre! Así los cielos de los cielos contemplan al Hijo! Y Jesus sube al trono de la gloria, y se sienta á la diestra de su Padre.»

Es muy de creer que María disfrutó en aquellos momentos de gloria de los triunfos de su Hijo, abriéndose á su mirada mortal la entrada de Jesus en los cielos, cuyas puertas se volvieron á cerrar lentamente tras el Dios vencedor. María, para completar mas su sacrificio, debió quedar sola sobre la tierra, como una hiedra arrancada de raiz, pues Dios no solo quiso que hubiese tomado parte en la redencion del mundo, sino que guiase personal y visiblemente los primeros pasos de la naciente Iglesia.

Durante los diez dias que siguieron á la Ascension, estando reunidos los apóstoles en el Cenáculo, y en la mas ferviente oracion, María los animaba con su ejemplo, y recibió con ellos aquella maravillosa efusion de gracias celestiales que tanta celebridad ha dado al dia de Pentecostés. Un viento fuerte parecia descender del cielo con violencia que hacia retemblar el edificio: pareció una llama misteriosa que partiéndose en varias fracciones fué á posar sobre la cabeza de cada uno de los discípulos reunidos, símbolo de la luz y de la caridad que muy presto debian ilustrar y alegrar el mundo.

Dos grandes acontecimientos se leen en la historia de los siglos, relativos á la palabra del hombre y á la palabra de Dios. En la confusa Babel, el orgullo de los hijos de Adan, renovando las pretensiones de éste cuando soñaba igualarse con la divinidad, pretendia como escalar el trono del Excelso por medio de un monumento gigantesco, pero Dios los confundió, con el uso de la palabra. Dejaron luego de entenderse, y perdida repentinamente la razon en aquel laberinto de dialectos creados allí mismo para abatir sus planes insensatos, Dios castigó al hombre por su propia palabra. Cuando empero otros hombres, llenos del espíritu de Dios, debian poner en el mundo los cimientos de una nueva ley de amor, monumento augusto é inmortal que debia unir en realidad la tierra con el cielo; la palabra regeneradora de Dios puesta en boca del hombre volvió á hacerse universal: los propagadores santos del Evangelio se sienten de repente inspirados con el don de todas las lenguas. Unos hombres rústicos y sin letras se hallan transformados por medio de un fuego divino, su pensamiento cobra desde luego las colosales dimensiones de los designios de Dios, y su corazon se siente abrasado en aquella llama que les habia bajado de lo alto para abrasar con ella el Universo. El Parto y el Medo, el Elamita, el habitante del Ponto y de la Frigia del Egipto y de la Libia, el culto Griego, el orgulloso Romano y el Arabe, todos comprenden á los enviados de Dios que por un prodigio inaudito ó hablan en una lengua universal ó hablan á la vez en todas las lenguas. El género humano, que herido de muerte en su cuna, fué dispersado y como arrojado á distintos puntos para regar con sus lágrimas las diversas regiones de su destierro, vuelve á reunirse ahora en una sola familia, despues que el nuevo Adan, dándole el ósculo de paz á costa del sacrificio de sí mismo, hubo vuelto á su Padre, para hacer descender al Espíritu Dios sobre la tierra y animar con su soplo vivificante el nuevo hombre espiritual que habia criado. El descenso del Espíritu Santo completa esta segunda creacion: él separa la luz de las tinieblas; él arroja sobre la tierra las nuevas generaciones de vivientes por la fé y por la caridad; él coloca al hombre rescatado y amigo de Dios en el nuevo Paraiso de la Iglesia, reflejo del Paraiso inmortal, para que el hombre fué criado, y con el cual ha de venirse á unir al fin de los tiempos.

¿No escuchais el estrépido sordo con que desciende la sagrada llama para derritir el yelo de nuestro corazon y abrasarle en el amor divino? ¿No veis postrada la dócil y conmovida grey al ruido santo con que se renovó la faz de la tierra? Ah! cuán férvida ha de ser la esperanza, cuando el Espíritu Dios, el Amor por esencia, viene á fecundar con su soplo omnipotente los gérmenes de virtud y de santidad que el Verbo enviado por el Padre vino á esparcir sobre el mundo! Ese mundo árido que tanto necesita de los raudales de la gracia, ese mundo de yelo que tanto necesita de la llama regeneradora, ese mundo corroido en sus entrañas por el doble cáncer del orgullo y del deleite, que con tanta ansia espera una palabra de salud!

Lo restante de la vida de María nos es del todo desconocido: créese sin embargo, segun tradiciones admitidas en el siglo IV de la Iglesia, que permaneció por algun tiempo en Jerusalen, y despues siguió á San Juan á Efeso, su hijo adoptivo. Dios respetó la discrecion y la modestia de esta existencia tan elevada y tan pura, cubriéndola con el velo del silencio: los hombres pueden meditarla, pero no expresarla por medio de palabras. La comun doctrina de los antiguos Padres es que los ejemplos, las súplicas y la conversacion de María fueron la luz y el valor de los apóstoles, y atrajeron las bendiciones de Dios sobre la naciente sociedad de los cristianos. La opinion mas recibida es que ella murió en Efeso, en una edad muy avanzada.

Cuando el Sol de justicia, segun la bella imágen de Orsini, se habia ya encubierto en el sangriento horizonte del Gólgota, la Estrella de los mares continuaba reflejando sus dulces rayos sobre el mundo renovado y ejercia sus benignas influencias en la cuna del cristianismo. No hay duda que la presencia de la Madre del Salvador debió influir poderosamente en los progresos de la primitiva sociedad cristiana, y que la Esposa del Espíritu Santo contribuyó mucho á la consolidacion de la Esposa del Cordero. ¡Con que confianza y amor irian los apóstoles á deponer á los piés de María los precoces frutos de sus conquistas! ¡Con que fervor y santo entusiasmo recibirian su bendicion para correr despues hasta los últimos confines del mundo á predicar á su Hijo crucificado! María tuvo que sufrir ya los efectos de la terrible persecucion que por primera vez se levantó contra los

cristianos el año 24 del Señor. Alcanzó pues á María el tenaz furor de esta persecucion sistemática contra la Iglesia, que ora en torrentes de sangre ora en álitos pestíferos de error y de corrupcion debia perpetuarse en el mundo por tantos siglos, que ha llegado hasta nosotros, y que será hasta la agonía del mundo la prueba y la gloria de los escogidos de Dios.

Nada tiene de estraño que no hayan quedado memorias acerca la vida de María pasada léjos de Jerusalen, en tierra extraña, y sin hecho alguno estrepitoso que le hiciera memorable. María habia llegado ya al colmo del heroismo, participando del honor y de la obra de su divino Hijo, y sus dias, despues pasados en la oracion y en la secreta comunicacion con el cielo, no fueron mas que un prolongado suspiro hácia la eternidad.

El moderno historiador de María traza deliciosamente la mansion de María en Efeso; y su saludable y poderosa influencia tanto en los progresos de la Iglesia en aquella region, como en la ciencia maravillosa que se descubre en el Evangelio del discípulo amado, el Águila del libro de la Revelacion. Ved ahí uno de sus graciosos cuadros.

«¡En cuantas ocasiones sentadas á la sombra de un plátano, á orillas del delicioso mar Icario cuyas olas espiran al pié de los mirtos en un estrecho arenal, María y la Magdalena, al seguir con la vista una galera griega que dirijia hácia la Siria su proa, evocaron las memorias del país natal! Entonces eran asunto de sus conversaciones las inmaculadas nieves del Líbano, las azuladas cimas del Carmelo y las vivas aguas del lago de Tiberíades; alternativamente se les representaban los lugares de la patria embellecidos con la distancia, que les parecian mil veces preferibles á la voluptuosa y risueña Jonia, que era con efecto, camparada con la tierra de Jehová, lo que la lira de Anacreonte en parangon con el arpa de David.»

Supone este autor que María quiso ver, antes de morir, los lugares de la Redencion, y respirar otra vez los dulces aires de su patria. He aquí como traza el bello viaje de su vuelta á la Palestina:

«Embarcáronse los pasageros, no en Esmirna entonces insignificante y pobre poblacion arruinada por los Lidios, sino probablemente en Mileto, á cuyo famoso puerto concurrian á encontrarse las galeras de Europa y de Asia que navegaban en aquellas aguas. En su travesía por

los mares de la Grecia, la Vírgen y el Evangelista reconocieron al paso la isla de Chio, cuyo pueblo, en posesion por mucho tiempo del imperio marítimo, introdujera el odioso tráfico de esclavos, tráfico que el Evangelio iba á abolir lentamente; luego á Lesbos, patria de los poetas líricos, donde los himnos á la purísima Vírgen debian suceder á las odas eróticas de Safo y á los cantos mas robustos de Alceo. Al ver encubrirse en las nubes el remate del templo de Esculapio, que atraía á la isla de Cos un inmenso concurso de extrangeros; la Madre del Salvador acordose de su divino Hijo, único que en la tierra habia poseido el poder de aplacar las dolencias físicas y morales, y de arrebatar su presa á la muerte. Delos, cuna de Apolo, Rodas que lo fuera de Júpiter, levantábanse sucesivamente del seno de las aguas, con sus verdosos montes y sus antiguos templos, poblados de dioses que muy pronto habia de relegar á los infiernos el Dios crucificado en el Gólgota. A poca distancia de Chipre, distinguíase en la region de las nubes un punto negro que en el brillante azul del cielo se dibujaba; era el monte donde antiguamente erigiera el profeta Elías un altar á la futura Madre de Cristo, y en el cual se hallaban sus discípulos en el momento de acojerse á su benéfica proteccion. Al dia siguiente la galera entraba á fuerza de remo en un puerto de Siria; tal vez el de Sidon, cuyas relaciones de comercio con la Palestina eran bastante extensas segun refieren los sagrados libros.

Apenas llegaron los viajeros á Jerusalen, retiróse la Vírgen al monte Sion, á poca distancia del palacio ruinoso de los príncipes de su familia; á la casa santificada por la venida del Espíritu-Santo. Separóse de ella San Juan para ir á participar á Santiago, primer obispo de Jerusalen, y á los fieles que componian su Iglesia á la sazon numerosa, que la Madre de Jesus volvia á su lado para morir. »

Asegura igualmente la tradicion que María murió rodeada de los apóstoles, que por divina inspiracion se hallaron reunidos al rededor de su lecho. María no sucumbió por la debilidad de la naturaleza, sino por un esfuerzo de amor divino.

Inspirados á un mismo tiempo los apóstoles que estaban diseminados por el globo para enarbolar la Cruz en todos los confines de la tier-

ra, vienen en torno del lecho de gloria. Pedro estaba á la sazon en Egipto, Pablo en Èfeso con sus discípulos, Andrés en Acaya, Tomas en el centro de la India, Bartolomé en la Armenia mayor, Mateo en Etiopia, Simon Zelotes en Mesopotamia, Judas Tadeo en Arabia, Matías, Juan y Santiago el menor en la Judea, pues el mayor y Felipe no existian ya en la tierra. Reunidos en el Cenáculo se asombran de verse otra vez congregados para presenciar la muerte de la Madre del Crucificado á quien anunciaban á los hombres.

El tránsito de María fué un dulce sueño, un rapto suave de amor divino. La muerte vencida ya por el Hijo se acerca con respeto á la Madre; la reconoce fuera de su dominio, porque no halla en ella sombra de aquella culpa que sujetó á su hoz devastadora la condenada progenie del hombre pecador. María muere sin amargura. Su corazon habia muerto ya mil veces en el Calvario y en las agonías de la Cruz. Su vuelo á la eternidad no debia ser mas que un éxtasis delicioso.

La Iglesia canta el triunfo de María, y aprueba como una piadosa creencia la de la resurreccion de su cuerpo, cuya certitud reconoce la ilustrada piedad de casi todos los Santos Padres. Parece que el extático Juan la descubrió ya entre sus arcanosas visiones, en aquella muger *vestida del Sol, con la Luna á sus pies y coronada de estrellas.* El Profeta Rey esclamaba ya lleno del espíritu de Dios: *Resuscita, Señor; para tu descanso, tu y el Arca de tu santificacion.* No hay sentimiento, dice el grande Agustino, que pueda considerar sin horror que el cuerpo de María fuese entregado á la corrupcion, María, pues, resucitó como su Hijo Divino; la piedad lo cree, la razon lo autoriza: los Hijos de la Iglesia cantan en himnos ese doble triunfo.

En los primeros siglos del Cristianismo se celebraba ya el misterio de la Asuncion de nuestra Señora como lo afirman San Atanasio y San Gerónimo, que florecieron en el cuarto y quinto siglo de la Iglesia. La Ascension de Jesucristo fué por su propia virtud, como poder esclusivo del Criador; pero la Asuncion de la Criatura que mas se acercó á la Divinidad fué por la virtud de la gracia, y por el ministerio de los espíritus celestiales que la aclamaron por su reina y por la mas inefable de las criaturas. La Ascension de Cristo, dice el Doctor melí-

fluo, fué mas poderosa en la magestad, pero la Asuncion de María mas solemne en la pompa. Las regiones inmortales debian abrirse y recibir con júbilo y con asombro á la Vírgen sin mancha que habia llevado encerrada en su seno la inmensa Divinidad del Criador.

En cuanto á la edad en que murió hay alguna discrepancia entre los autores. Eusebio la fija en el año 48, de nuestra Era; así que, segun su opinion, vivió María 68 años. Asegura Nicéforo que terminó sus dias el año 5, del reinado de Claudio, es decir, el año 798 de Roma, 45 de la Era vulgar. Y suponiendo que la Vírgen tuviese 16 años cuando nació el Salvador, habria vivido 61 años. Hipólito de Thebas sienta en su Crónica que María parió á los 16 años y murió 11 despues de Jesucristo. Segun los autores del *Arte de verificar las datas*, la Vírgen habria muerto á los 66 años. Y últimamente en una obra aprobada en Roma y presentada á la Santidad de Gregorio XVI, se afirma que María Santísima vivió sobre la tierra 72 años, segun la opinion mas generalmente recibida en la Iglesia.

La castidad que habia preservado su cuerpo de todo ataque de culpa durante la vida, la protegió contra la corrupcion del sepulcro como un aroma de inmortalidad. El sentimiento de humildad que tuvo siempre de sí misma, fué el principio de su elevacion y el pedestal de su gloria. Así que, se ha dado el nombre de sueño ó de reposo á los cortos instantes que sus restos mortales pasaron en el sepulcro. Salió de este sueño y de este reposo para ser llamada despues á la felicidad del cielo, reina de los ángeles no menos que de los hombres. La memoria de esta misteriosa resurreccion es celebrada por una fiesta que sobrepuja en solemnidad á todas las fiestas de la Vírgen María, y es querida con particularidad de la Francia, así como España celebra muy especialmente la Concepcion sin mancha. Así estas dos grandes naciones católicas honran á María en los dos grandes misterios, que no siendo aun designados como dogmas de fe por la Iglesia, ostentan mas al vivo la afectuosa piedad y el tierno entusiasmo de estos dos pueblos amados de María.

El templo celeste
De bóveda inmensa

Ábrese, y suspensa
La angélica grey,
Armónica tañe
Sus cítaras de oro,
Aguardando en coro
La esposa del Rey.
Inundan la esfera
Torrentes de gloria:
La nueva victoria
Cual himno sonó:
Y el cantor de Pathmos
Pulsando su lira
Atónito admira
A aquella que vió
Del sol revestida,
Y á sus plantas bellas
La luna y estrellas
Su sien coronar.
Y entrar en el templo
Dó Jehová posa,
Y el arca preciosa
Servirle de altar.
Los que en las alturas
Del cielo moraron,
Y no se apartaron
Del trono eternal,
Quien sube? preguntan,
Velando su cara,
¿A quien Dios prepara
Su solio real?
Y absortos oyendo
El himno á María,
Su voz de armonía
Vuela cual la luz:

Y á la Madre Vírgen
Del Verbo Humanado,
De soles crinado
Recibe Jesus.
Ministros celestes
Su frente inclinando,
La reina aclamando,
Con himnos de amor,
Profetas y reyes
Cantan la *escogida*,
Del jardin de vida
La mas bella flor.
Cantan la que pura
No tocó el delito,
A la que al precito
Vencedora holló.
Y la que humillada
Cual sierva obediente
A altura potente
Dios trino ensalzó.
Cantan la que herida
De tormento fiero
Vió sobre el madero
Al hijo espirar.
Y en madre del hombre
tambien convertida,
Su esperanza y vida
Dejose invocar.
Que del Dios airado
toma el rayo ardiente:
Hijo mio, tente
Que mis hijos son.
Y el voto recibe
Del hombre afligido,

Y el hondo gemido
Que clama ¡ perdon !
Inmortal triunfo
Que los cielos llena!
Inmenso resuena
Su nombre de amor !
La gloria la inunda,
Los astros la visten,
Los coros la asisten,
La abraza el Señor!

Una de las pruebas que se dan para probar la Asuncion de María es el que ni latinos ni griegos tan amigos de novedad y tan fáciles de persuadir en materias de religion, de relaciones y de leyendas, ni pueblo, ni ciudad, ni iglesia se ha gloriado en ningun tiempo de poseer despojos mortales de la Santa Vírgen ni parte alguna de su cuerpo. Así que la Iglesia, sin prescribir la creencia de la Asuncion corporal de María al cielo, dá á entender lo bastante á qué opinion se inclina. Los dos misterios de la Concepcion y de la Asuncion se dan, por decirlo así, la mano: la carne purísima debió ser al propio tiempo incorrupta; y como María se remontaba al período de la inocencia original en el momento de su existencia, así despues de ella debió correr la suerte de los esposos afortunados del Eden si se hubiesen conservado en la inocencia, pues una de las dotes de la criatura racional antes del pecado era la incorruptibilidad. Toda la fuerza pues de las razones en que se apoya la pia y admitida y ya no impugnada creencia de la concepcion sin mancha apoyan y sostienen la muerte sin corrupcion.

En la aldea del Gethsemaní, cerca del jardin de los Olivos se conserva el sepulcro de la Santa Vírgen, que es una capilla subterránea á donde se baja por una escalinata de cincuenta gradas, ancha y espaciosa. El sepulcro se halla en la parte oriental del crucero de la pequeña iglesia. Hácia la mitad de esta se halla á un lado el sepulcro de San José y al otro los de San Joaquin y Santa Ana. Todas las comuniones cristianas tienen allí un oratorio á donde van á rogar, y hasta los mismos

Turcos llevan allí sus homenages á la hija de Abraham. Parece que el sepulcro pertenecia á los católicos, pero, segun aseguran los *Anales de la Propagacion de la fé* (tom. 28.) se halla actualmente en manos de los cismáticos, que lo han usurpado á los latinos.

Despues del nombre del Salvador del mundo no hay otro mas grande que el de María. Así es que á ella se ha dirigido con amor la confianza de los cristianos, y solo la ignorancia ó la mala fé pueden contestar la antigüedad y el brillo del culto tributado á la Madre de Dios. Ella fué honrada en las catacumbas, en donde su nombre y su imágen aparecian al lado de los del Salvador. Los grandes obispos de los primeros siglos la glorificaron con elogios que la piedad de los tiempos modernos no ha podido superar. Mientras que la emperatriz Helena visitaba á Belen, á Nazareth y á los santos lugares, levantaba en su tránsito santuarios al Hijo de Dios y á la Vírgen María; el nombre de la Hija de David era pronunciado en discursos inmortales por hombres de un genio y de una fé incomparable. Muy pronto se le consagraron altares en la cima de las montañas, en el fondo de los valles, de un extremo al otro del universo. Los emperadores de oriente colocaron su venerada cifra sobre sus estandartes; los concilios la invocaron como su esplendorosa lumbrera y se le dedicó, con aplauso del mundo, el templo que Roma pagana habia consagrado á todos los dioses. Ella fué el dulce objeto de la devocion de la edad media, que multiplicó sobre la madera, el oro y el mármol la imágen de Nuestra Señora.

España tiene la gloria de descollar en el culto de María sobre todo el mundo cristiano, como la nacion predilecta de la Divina Madre. Dos monumentos eternos se levantan uno en el siglo I. y otro en el XIII, para perpetuar la memoria del amor de María á los españoles, y de estos á la Reina de los cielos. El primero de estos monumentos es anterior á la muerte de María, mientras respiraba aun sobre la tierra. El otro recuerda las bondades de María en la época de la mayor calamidad.

Al feliz hijo del Zebedeo, Santiago el Mayor, fué confiada por el Salvador la mision de propagar en las provincias de la Hesperia su celestial doctrina. Despues de haber pasado por Asturias y Castilla, pasó á la España menor en la region de los Celtíberos, en donde se levanta

la ciudad de Augusto á las riberas del Ebro. Retirado allí con algunos fieles convertidos, y huyendo de las abominaciones con que un mundo idolátrico manchaba la luz del dia, elevaba en medio del silencio de la noche su pura plegaria, para que el Señor se dignase derramar la luz de su fé sobre este suelo privilegiado. Una tradicion no interrumpida, apoyada en un documento respetable de la antigüedad, nos dice, que el Santo Apóstol fué visitado personalmente por María, Reina de los ángeles, que respiraba aun en la tierra, apareciéndosele sobre una columna con toda la magestad de la gloria, dejando la columna como un monumento eterno de su predileccion sobre este pueblo, y manifestando sus deseos de que allí mismo fuese venerada, é implorada su proteccion suprema. Atónito el Apóstol, obedeció puntualmente á las palabras de la Madre de su Divino Maestro, cuya bendicion habia recibido antes de partir de Jerusalen; y levantó allí mismo una capilla, que fué el primer templo consagrado á María sobre la tierra, y en el cual los desgraciados invocaron su dulcísimo nombre. Erigióse despues allí la suntuosa basílica que admiramos aun en el dia. Alguna vez hemos contemplado de noche ese santuario célebre, á cuyo lado se oia el murmullo de las corrientes del Ebro. Elevábase el pensamiento hácia aquella noche afortunada en que la Emperatriz de los Cielos honró con su presencia este dichoso suelo, y apareció en pié sobre esa columna que ha visto pasar tantos siglos y que ha recibido los besos y homenages de tantas generaciones. Este destino particular de la nacion española confirmado por tan estraordinario portento, arrebata la imaginacion, y hace latir el pecho. El pilar de María es como la columna del desierto: de luz para la porcion escogida de su pueblo y de tinieblas para aquellos á quienes ciega el orgullo del corazon. Los Sumos Pontífices han concedido á los piadosos españoles un dia para celebrar anualmente ese recuerdo de gloria, y la nacion predilecta de María lo celebra con júbilo general. La columna de María es un símbolo de su proteccion sobre España, y un símbolo tambien de la fé que no se estinguirá en nuestro suelo, puesto bajo el amparo de María. ¿Y qué otra cosa es Fé en las naciones sino una columna que las sostiene y conserva al través de los trastornos y de las ruinas de los imperios, así como para cada

uno de nosotros es la columna misteriosa que nos guia hácia una patria prometida y suspirada, al través del árido y peligroso desierto de la vida?

La corte de Ataulfo, cuna de los ilustres Berengueres, silla de sus condes, reyes de Aragon, la grande metrópoli del antiguo comercio, la madre de la industria española, la ciudad grande en su actividad y en sus recuerdos, la ciudad cuya grandeza nace de su propio genio, y que seria aun mas grande si se le dejare serlo, la bella y celebrada Barcelona, tiene la gloria de recordar hoy en sus anales una de las páginas mas brillantes de la historia del cristianismo en los siglos de su mayor amargura y afliccion. No es la primera vez que decimos, y hoy es fuerza repetirlo, que Barcelona fué la primera ciudad considerable de España en sacudir el yugo del árabe invasor; y á principios del siglo XIII, cuando ella respiraba libre, la mayor parte yacia cautiva del orgullo mahometano. Habia á la sazon en la ciudad tres grandes personajes, entre otros dos varones eminentes en santidad, y un jóven rey, á quien por su prudencia y valor indomable se dió despues el nombre de Jaime el Conquistador. Reunidos en la santa Iglesia de esta ciudad el rey con toda su corte y magistrados, y toda una generacion de nuestros ascendientes, sube al púlpito un santo doctor, y publica una vision misteriosa que él ha tenido y otros dos con él. Despues del ofertorio, el rey y el santo orador toman de la mano á otro santo y le presentan al prelado, de cuyas manos recibe este último el hábito blanco y el escapulario de la Orden que va á fundarse, Orden á la vez Real, Militar y Religiosa; el Real fundador pronuncia los tres votos solemnes, y añade otro... oh! que voto! el de implorar de continuo los auxilios de los fieles para redimir los cristianos cautivos, y el de quedarse cautivo por ellos si lo exije la necesidad. El generoso fundador cede una parte de su palacio para fábrica del primer convento: los caballeros redentores llevan sobre su pecho las armas ya salvadoras de Aragon, y para decorar el doble escudo, Barcelona añade la cruz blanca de su Iglesia.

¿Y qué patriarca ha instalado el primero este sagrado instituto de héroes cristianos, que no contentos con arrancar de las garras del invasor el suelo precioso de las Españas, pretenden con todos los afanes

de la caridad y á costa de su propia libertad, mas preciosa que la vida, penetrar hasta la morada del dolor y del cautiverio, enjugar su llanto y dar rescate al oprimido cristiano, para volverle á los brazos de su familia y al dulce aire de la patria? ¿Qué ángel del cielo pudo inspirar á la tierra una beneficencia tan inaudita, que, en el órden puramente humano, merece compararse con el del mismo Redentor de la cautiva humanidad? Ah! no puede ser otra la inspiradora que la Madre misma del grande Redentor. María escoge ese punto del globo, y esos hombres que en él habitan para fundar su órden de Redencion, María es la que elige á Barcelona entre todas las ciudades del Universo para instituir esa caballería de religion y de gloria que descuella entre todas las demas instituciones benéficas y salvadoras. Barcelona es, pues, la ciudad de María por excelencia y esta *merced* insigne con que la distingue la Madre del bello Amor, personificado en su imágen de tan hermosos recuerdos, es el título mismo con que hoy la invoca toda la Iglesia militante, para que se perpetúcen todos los siglos así la gloria de la augusta Fundadora como la de sus hijos, y las de la ciudad por tantos títulos ilustre, que recibió de María la mision mas heróica que se lee en los fastos del cristianismo.

En la parte del libro consagrado al culto de María, recorre el curioso y delicado Orsini las tres épocas principales en las que se puede considerar, empezando ya en su mismo sepulcro en donde se ponian á orar los cristianos que venian á Jerusalen. En el siglo tercero ya existian altares y capillas erigidas en honor de la Madre de Dios, segun testimonio de Baronio y de San Gregorio Nazianzeno, no solo en España y en Siria, sino aun en la misma ciudad de los Césares inundada de idolatría. No tardó en extenderse hasta la Grecia tan tierna devocion. En Italia desenvolvióse con todo su esplendor el culto de María, bajo el imperio del hijo de Constancio-Cloro, no solo en la capital sino hasta en las humildes campiñas, desde donde se transmitió al áspero terreno de la Galia, que fué desterrando poco á poco la abundante mitología del druidismo materializado, siguiendo la amable presencia de la imagen de María á los vanos espectros debajo de las encinas sagradas. A medida que la luz evangélica se propagaba entre los Celtas, cundia asimismo

el culto de la Vírgen en el centro de la Europa. En la invasion de los bárbaros del Norte tuvieron que esconderse las pequeñas estatuas de María. Era muy natural que cuando aquellas hordas de salvages inundaron al mediodía como un torrente devastador, tuviesen que esconderse los símbolos queridos de la parte mas bella de la civilizacion cristiana, hasta que despues, por uno de aquellos prodigios que ostenta la Providencia en la direccion de los sucesos del mundo, destruido por aquellos el muelle y corruptor politeismo romano, renació de entre las ruinas causadas por aquellos invasores la nueva religion que iba transformando la faz de la tierra, y con ella el culto de Jesucristo, de su Madre y de sus santos. Asi es como iban descubriéndose despues las santas imágenes, libradas del furor vandálico; hallazgos que, cercados de risueños prodigios, pintan con embeleso las crónicas españolas, belgas y francesas.

En el hundimiento universal de todas las instituciones producido por la inundacion de los septentrionales, una sola cosa pudo resistir, y fué el Cristianismo. Consolados por él únicamente los vencidos, debian con el tiempo domar el feroz espíritu de sus vencedores con la influencia poderosa de la nueva doctrina, que obraba de un modo asombroso sobre aquellos genios belicosos, pero austeros y no corrompidos. Solo los rayos de una fé divina de amor y de esperanza podian ablandar aquellos corazones empedernidos: el carácter de la Madre de Dios embelesaba aquellos pueblos feroces y recien convertidos, y los Godos y Germanos y Escandivanos depusieron sus pieles y sus mazas á los pies de María. La Normandía y la Inglaterra conoció el culto de María mucho antes que la Europa septentrional: tuvo su origen en las orillas del Ebro; pasó mas tarde á las del Sena y del Támesis, y solo despues de prolongadas luchas y señaladas victorias se extendió á las naciones del orígen eslavo, entre las cuales debe ocupar la Hungría el primer lugar. Las orillas del Vístula vieron á María venerada desde la conversion de Micislao por la bella Dumbrowka, princesa de Bohemia, y la Polonia invocó por su reina á la Madre de Jesus. Mas lenta fué en Dinamarca la propagacion del Evangelio; y por influjo del santo rey Olao la Suecia acogió en el dorado recinto de Upsal al Dios de los cristianos y á la reina de los ángeles.

Pero, que lástima! el culto de María que por tanto tiempo habia florecido en los tres reinos del Norte, como lo acreditan aun sus grandiosos monumentos, quedó como una flor marchitada por el viento abrasador de la Reforma. La Prusia habia recibido la luz de la fé bajo la proteccion de María, y en el Bajo Imperio la adoracion á la Madre de Dios llegó hasta el mas alto punto á que podia elevarse el culto de *hiperdolia.* Los Griegos, pueblo amable é ingenioso que ofreciera incienso al *Dios desconocido* y erigia altares á la Misericordia, halló en la *toda santa* cuantas bellezas y atractivos le ofrecian sus númenes fabulosos. Constantino y sus sucesores pusieron á su imperio bajo el manto protector de María. Y entre esos mismos Griegos tan adictos á la Vírgen, ¿quien lo creyera? abortaron las heregías mas contrarias á su dignidad y á su culto. Nestorio disputaba á María su título de *Madre de Dios*, y los iconoclastas arrastraban sus imágenes por el lodo, quemándolas en las plazas públicas. Mas tarde empero repararon tan graves insultos; rindiéndole toda clase de homenages, y combatiendo bajo sus auspicios; y ni aun hoy dia, abatidos y dominados por el alfange turco, han perdido su devocion á María. En el concilio celebrado en Efeso en 494, para anatematizar la heregía de Nestorio aparece el férvido entusiasmo de los Griegos y de todas las costas del Asia menor á favor de la Santa Vírgen. Y su culto, recibido con igual fervor entre los Griegos y los bárbaros, se propagó desde el poniente á la aurora con asombrosa rapidez. La tierra que vió nacer tan preciosa planta no fué la que la cultivó con menos empeño. El Oriente la eligió por su Señora, y á él pertenece el honor de haber instituido las primeras festividades en honra suya. Los monumentos religiosos de los campos de la Palestina dedicados á la Divina Madre, Santa María de Nazareth, Nuestra Señora la Nueva en Jerusalen, la basílica de Santa María en Damasco, quemada por los Mahometanos en 924, los conventos dedicados á la Vírgen en el Egipto, en la Syria, y en la Caldea demuestran el culto magnífico que tuvo allí la Madre de Jesus, descollando entre todos los monasterios orientales el Monte Carmelo, cuya fundacion se pierde en la noche de los tiempos, asi como se perdió entre los aires el carro de fuego que arrebató de la tierra al profeta de María.

Hasta los infieles de Oriente conservan un religioso respeto á la Vírgen purísima de Nazareth : los Turcos y Persas la honran y la invocan como á la mas perfecta de las mugeres : los Armenios y Coptos celebran con varios ritos las festividades de María, y los Etíopes llevan esta devocion hasta el fanatismo. La secta de los Arrianos hizo decaer algun tanto el culto de María, pero renació bajo las victoriosas banderas de los francos, y brilló durante los reinados de los príncipes merovingios, continuándose por los Capetos y demas reyes de Francia.

El culto de la Vírgen floreció algo mas tarde, despues de la primitiva Iglesia, á medida que su proteccion se dejó sentir en las grandes calamidades de los pueblos. La edad media la consagró sus hechos de armas y sus torneos ; y su nombre, traducido en todas las lenguas de Europa, era el grito de guerra de los barones flamencos, daneses y anglicanos. En sus altares se deponian ó colgaban los despojos del enemigo, y en honor suyo se entonaba el himno de la victoria. María reinaba en los mares y en los campamentos, en los consejos de los reyes, en las repúblicas, en el hogar doméstico. Los Españoles no cedian á los Italianos en su devocion á la Madre del Salvador : en sus galeones cargados de barras de oro llevaban la estatua de la Vírgen de plata maciza, ante la cual oraban mañana y tarde los emprendedores marinos del tiempo de Isabel la Católica. En época menos remota, habiéndose apoderado en cierto combate naval de una de estas imágenes los forbantes de la isla de la Tortuga, los Españoles, aunque despojados de todo lo que poseian, solo pensaron en reclamar la Madona, objeto de su veneracion : entabláronse negociaciones con los piratas, únicamente para librar á la Santa Señora de las profanaciones á que estaba expuesta entre hombres que afectaban vivir sin fe ni ley, pero fueron infructuosas.

María fué invocada por los portugueses en el descubrimiento de las Indias Orientales : y esta devocion cordial á la Vírgen era aun general á fines del siglo XVI. En los tribunales, en las universidades, en los palacios, en las casas particulares, en todas partes dominaba este amor y tierno respeto, hasta que los sectarios del mismo siglo se desencadenaron contra las imágenes de María y de los Santos, y proclamando en materias de religion la soberanía de la razon privada, se afanaban pa-

ra sofocar tiránicamente en los pechos el dulce amor de María. Cubrieron de escombros y de sangre una gran parte de la Europa, y no es posible trazar con palabras la historia de tantas atrocidades, de tantas escenas de exaltada barbarie, de una crueldad sin ejemplo. Treinta mártires, jesuitas españoles, fueron sumergidos en los abismos del mar por los intolerantes idólatras de la Reforma, y murieron sin abrir sus labios, como su divino modelo. Sin embargo, los protestantes han menguado mucho de su primitiva fiereza, y ahora son mas tolerantes porque tienen menos fé en sus doctrinas, que están palpitando en su agonía, pues el mundo culto se ve repartiendo ya entre dos solas banderas, el catolicismo y la incredulidad, y ese término medio que se llama reforma, no aparece sino como el primer golpe dado contra las creencias cristianas y la sociedad. Sabido es ya como se arrancó el catolicismo de Inglaterra, el pueblo de los santos, el pueblo mas adicto, mas tiernamente amante de la Madre de Dios. La caprichosa y feroz tiranía de un príncipe voluptuoso, los desconciertos, absurdos y el servilismo de su Parlamento y la vergonzosa codicia de los grandes de su corte sofocaron la voz universal del pueblo inglés, tiranizaron sus deseos, se afanaron en arrancar sus mas dulces convicciones, le dejaron sin iglesias, sin hospitales, sin asilos, sin comunes y sobre todo sin esperanza, á ese pueblo que iba á orar por la noche sobre los altares derribados de las hermosas y benéficas abadías, cuyos recientes poseedores habian empezado por desterrar la limosna y la hospitalidad.

El nombre de María ha quedado en aquellos desgraciados pueblos como un hermoso suspiro exalado por una arpa antigua colgada de un sauce abandonado, que recuerda dias bellos de armonía celeste y de expansiva felicidad. La memoria de María es indestructible en los pueblos donde una vez ha ejercido su dulce imperio: donde quiera deja señales ostensibles de su existencia. Las catedrales católicas ostentan en sus frisas los milagros de la Madre de Dios, y su imágen en las vidrieras: quedan vestigios de sus altares en las losas de mármol gastadas por las rodillas de diez generaciones católicas. Parece que la Vírgen protesta contra el decreto sacrílego que la desterró de la Gran Bretaña, y que su sombra ha dejado algo todavía en el ingrato país donde la

invocaron tanta multitud de santos que ahora triunfan en el cielo. Las melancólicas y pintorescas ruinas de los monasterios dedicados á la Vírgen pueblan tambien las mas bellas comarcas de Alemania; todavía conservan su nombre muchas ciudades del Norte; llévanle algunos golfos en Dinamarca, y la Estiria, el Austria, la Iliria, la Suiza, el Tirol, el Gran Ducado de Baden poseen aun santuarios donde acuden á orar devotamente á Nuestra Señora las poblaciones católicas de la otra parte del Rhin.

Apareció empero el nuevo mundo, y en él recuperó el culto de María lo que habia perdido en el antiguo. Multitud de misioneros de varios paises, sintiéndose devorados por una ambicion santa é insaciable de conquistar almas para Jesucristo, partieron, en particular de España, con una imágen de la Vírgen, y acometieron la grandiosa empresa de civilizar á las dos Américas bajo la proteccion de la Estrella de los Mares. Penetraron en la India, Ceylan, el Japon y la China, y en todas partes fué recibida con amoroso entusiasmo la dulcísima imágen de María. Ella abate para siempre en Lepanto el orgullo invasor del islamismo; todos los monarcas de Europa se acogen bajo su manto. Una revolucion, hija de la del siglo XVI arroja otra vez en el centro de Europa á la Vírgen de sus altares y á Dios de sus templos. Y cuando parecia que su memoria iba á hundirse para siempre en la mas bella parte del mundo, aparece otra vez radiante de gloria, á pesar de las miserables parodias que otros pueblos, ó sea otras masas de hombres que usurpaban su nombre, hicieron de aquel atroz y bastardo sacudimiento social y religioso. Actualmente el culto de María se propaga, aunque lentamente, en las Indias y en la América, y el rosario se reza en lo mas profundo de sus bosques. La Siria, la Grecia, la Francia, la Fiel Italia, la España, mas fiel aun, le rinden culto, la veneran, la aman, ponen en ella su esperanza... Todavía admiramos muestras evidentes y asombrosas de la visible proteccion de la Madre compasiva de los pobres y desvalidos! Todavía vemos salir de nuestros puertos una nave que lleva hijos de nuestra patria, que bajo el estandarte de María van á propagar la luz de la fé y de la civilizacion á las distantes regiones de la Australia.

Desde el pilar de Zaragoza como desde un faro, la tierna devocion de María alumbra los anales de nuestra historia y se extiende por todos los siglos, Teodosio, aquel emperador español grande por sus virtudes y por su celo, levantó sobre el sepulcro de María una iglesia sostenida por columnas de mármol, en el siglo IV, mientras que en el V los himnos de Prudencio, poeta Cesar-augustano, subian hasta el trono de la Emperatriz de los cielos. La imágen de Guadalupe, célebre ya en el siglo VI, segun Mariana, por sus milagros, fué objeto de veneracion profunda y de culto magnífico para los monarcas españoles de siglos posteriores. Ya en el siglo VII se celebraban en España la Anunciacion y la Purificacion de la Vírgen, para cuyas festividades compuso, segun se afirma, algunas misas muy devotas y oportunas San Ildefonso obispo de Toledo; al cual recompensó la Santa Vírgen, con patentes prodigios el ferviente celo que desplegó en honra suya. En el siglo VIII la visible proteccion de María ocupa la primera página de las glorias españolas contra sus invasores sarracenos, y el nombre de Pelayo se enlaza con el de Nuestra Señora de Covadonga á la cual erigió aquel héroe una iglesia en el lugar mismo en que alcanzó su primer é inesperado triunfo contra los enemigos de su Fé. Descuella en el siglo IX, como las altísimas cúspides de sus montañas, la Vírgen de Monserrate, venerada por tantos siglos de tantos reyes y de tantos pueblos, cuyo magnífico santuario se levanta en medio del antiguo principado como un panteon de defensa y de misericordia. La catedral de Leon, ornamento precioso del género gótico, es un monumento perene de la piedad con que el rey Don Ordoño II en el siglo X la dedicó al culto del Señor bajo la invocacion del último triunfo de María al ser subida á los cielos, cuya estatua sobresale en su altar principal. La iglesia de Toledo atestigua cuanto deben los españoles á la proteccion de María bajo el título de la Paz, por la cual en el siguiente siglo fué conservado aquel grandioso santuario y preservado del furor de sus invasores. D. Alonso el Batallador, hallándose en Tafalla el año 1129 decretó la repoblacion del Burgo de Pamplona, destruido en tiempos anteriores; y en el respectivo *Fuero*, base de la célebre legislacion navarra, donó la nueva poblacion á Dios y á Santa María, patrona de su iglesia Sede, é invocada en

su asuncion gloriosa. El español Domingo de Guzman á principios del siglo XIII, llenó el siglo y el mundo de las alabanzas de María con la santa institucion del Rosario; y en este mismo siglo al estandarte santo de Maria desplegado en las Navas de Tolosa, se debe aquella eterna victoria dada por Alonso VIII de Castilla contra los moros, que puede considerarse como la lucha campal y definitiva entre los hijos de Cristo y los de Mahoma, segun frase de un escritor contemporáneo. A este siglo se refiere tambien la institucion mas heroica de la caridad fundada por María en Barcelona, de la que ya hemos hablado. María recibió los himnos que le consagraron el genio de Gonzalo de Berceo, el primer escritor que versificó en romance castellano, y del sabio rey Don Alonso, cuyo padre, el santo rey Fernando, atribuyó á la proteccion de María, cuya imagen llevaba siempre consigo en las batallas, sus conquistas de Córdova, de Jaen y de Murcia, y todos sus triunfos militares. El rey sabio, su hijo, empezó en nombre de Dios y de su Santa Madre el código inmortal que le ha valido el título, como un moderno Salomon, de sabio entre los reyes. Los grandes descubrimientos, así como las grandes victorias, se hacian bajo la dulce invocacion de María. Así como Pelayo habia invocado en Covadonga á la Madre del Dios de los ejércitos, los reyes católicos, despues de ocho siglos de combates, plantan la bandera de la cruz en los muros de Granada invocando á María, y del mismo modo conquista Colon un nuevo mundo, poniendo tan dulce nombre á una de las primeras posesiones que hace como salir del desierto de los mares. Habia pasado ya el siglo XV y la grande Teresa de Jesus quiere con una nueva reforma atajar los progresos de la reformadora impiedad, y el jóven de Austria abate y humilla para siempre sobre las ondas de Lepanto el orgullo del Oriente amenazador, con la proteccion de María. No concluyó el siglo XVI sin que la piedad de los monarcas españoles levantase grandiosos templos al verdadero Dios en los paises á ellos sometidos en la otra parte del Océano. Las catedrales de América son ricas como los torrentes de oro y de plata que de aquellas regiones vinieron á Europa: y entre ellas sobresalen la de la Puebla de los Angeles y la metropolitana de la corte de Motezuma, y en ellas se veneraban ya entonces las gloriosas imágenes de María.

Todos los santos fundadores así de las órdenes religiosas como de las militares eran inspirados por la devocion y alentados por la esperanza de María. Las órdenes de Santa María de Montesa, fundada por D. Jaime II de Aragon, la de la Concepcion Inmaculada, por Carlos III en el último siglo, atestiguan entre otras muchas instituciones que nos es imposible enumerar tan solo, que si en España tanto los reyes como los pueblos así en las grandezas, como en los infortunios, se han cobijado siempre bajo el manto de María. Y el siglo XIX ¿que será? No dudamos, á pesar de todo, que al espirar, podrá la posteridad añadir algunas páginas de oro á la crónica española del culto de María (14).

Parece que el culto de la Vírgen Madre sea un manantial fecundo en donde el genio, aun cuando se halla desheredado por la Fé, anela beber inspiraciones que no sabria encontrar en otra parte. La suave y poderosa aparicion de la Vírgen Madre, lejos de abajar y comprimir el pensamiento humano, eleva y sostiene el alma en su vuelo hácia aquel mundo intelectual á dó tiende el poeta, el artista, el hombre de genio creador, y que es como el país de las artes, y de los conceptos y sentimientos mas puros y deliciosos.

Los poetas cristianos han cantado á María: los pintores, casi todos, han tomado de su historia el asunto de algunos cuadros. Si hemos de dar crédito á una antigua tradicion, el evangelista San Lucas era pintor, y dejó un retrato de la Santa Vírgen del que se han sacado numerosísimas copias. En los siglos de fé Cimabue, Giotto, Juan Bellini, el Perugino, Alberto Durer, trazaron, cada cual en su género, hermosos tipos de la Vírgen María. En la época del Renacimiento, entre los artistas sin número que han representado á María, ó sola, ó con el niño Jesus, ó en aquellas graciosas composiciones que se llaman Santas Familias, debe citarse en primer lugar, y como habiéndolos anticipadamente superado á todos, Rafael de Urbino, el cual supo dar á la Santa Vírgen un carácter eminente de hermosura y de nobleza divina: tipo sublime, mágica creacion del genio, que todos han probado imitar y que nadie alcanzar ha conseguido. Despues de Rafael, débense nombrar Carracho, Poussin, Lesueur, Mignard y Murillo. Nadie ha expresado mejor que Lesueur, el profundo dolor, pero noble y

celeste de María al pié de la Cruz. Nunca las angustias del alma humana se han presentado de una manera mas augusta y en la que mas se descubra un pensamiento de fé y un sentimiento de resignacion. El pintor en este grande carácter de la Vírgen ha llegado verdaderamente á la perfeccion del arte ; y toda su composicion respira tan animada sensibilidad, que arranca el espectador como fuera de sí mismo , y le hace creer que se halla en realidad en el lugar de la escena , llenándole de un sentimiento indefinible de simpático dolor. Murillo supo adivinar asimismo el bello ideal del arte en sus retratos de la Vírgen , que pintaba de rodillas , y cuyos rasgos le salian del corazon. Cuando el genio se remontaba en alas de la fé hácia estas concepciones sublimes, cuando el alma empapada de amor reflejaba la íntima conviccion del sojuzgado pensamiento , y dirigia el pincel para dar libre expansion al sentimiento religioso que la dominaba , cuando el ejercicio del arte era un vuelo del corazon hácia los augustos objetos cuya realidad le ponia la fé ante los ojos, entónces se delineaba la imágen de la verdad en sus mas embelesantes coloridos : entónces el pintor sabia, por decirlo así, hacer descorrer algun tanto el velo de los misterios , para hacerlos en cierto modo visibles á los ojos del espectador que al mirarlos esperimentaba los mismos sentimientos del artífice. La fé guiaba al arte, y le prestaba recursos desconocidos.

Tal fué María, Madre de Jesucristo, y nuestra comun madre, dándonos la Providencia la vida por el mismo medio que nos habia dado la muerte , y volviendo en gloria suya lo que habia causado nuestra ruina. La desobediencia de Eva nuestra primera madre nos habia arrebatado la herencia de los cielos : la fidelidad de María , la segunda Eva , hizo bajar otra vez la gloria y la felicidad sobre nuestras frentes de las que habia caido la corona. Del seno de la primera sale la turba inmensa de las generaciones condenadas : en el seno de la segunda se forma la preciosa perla , entregada por el rescate de los hombres procritos. De un germen infelizmente emponzoñado nació despues de cuarenta siglos una flor agraciada y pura. María vino á levantar á Eva de su caida , corregir lo pasado , ennoblecer lo presente y preparar lo porvenir , dando al mundo á aquel que es la verdad y el amor.

Demos, aun que con mano débil, el último rasgo al cuadro de María. En el terrible sacudimiento que en estos últimos años acaba de sufrir nuestra patria, parece que todos los espíritus que creen y todos los corazones que aman hayan dirigido sus miradas hácia el astro de María. Cuando parecia que el cielo hubiese como abandonado al mundo á su propia actividad, y dejado en todo su funesto desarrollo la voluntad del hombre; cuando tras una persecucion de fuego y de sangre como la de los emperadores de Roma, ó la de los hijos de Atila, ó la de los frenéticos reformistas, se temia que el soplo mortal de la indiferencia no hubiese helado los pechos que no laten ya sino por sus goces del momento y que dan muestras de haber renunciado tenazmente ó toda otra felicidad; cuando los ojos se preparaban ya para llorar sobre la desolada Esposa del Cordero y sobre las ruinas de sus augustos monumentos, y el corazon á gemir sobre las ruinas mas tristes todavía de la fé y de la esperanza, vagando con dolor sobre los pueblos muertos enteramente para la vida de la verdad como por un vasto sepulcro; entonces es cuando se levanta en medio de esta noche tenebrosa en que creíamos sumergido el mundo moral la estrella brillante de María como para librarnos del naufragio. Millares de almas, ardiendo en una llama divina, se alistan bajo sus banderas para conjurar como una cruzada pacífica el nuevo vandalismo que amenaza á la religion y á la sociedad, y hasta al seno de la familia. Y de repente se admira con asombro una reaccion santa de las inteligencias hácia el foco augusto de las verdades religiosas, una necesidad manifestada de nutrirse los espíritus con las doctrinas del órden sobrenatural que se habia condenado como una debilidad, ó un caduco vestigio de añejas preocupaciones. La misma razon humana, asustada del precipicio á que le empujara la intolerancia del error, retrocede algunos pasos, y proclama la tolerancia de todas las opiniones como el último esfuerzo de la civilizacion del siglo. Sin embargo, la religion tiene que luchar frente á frente con todos los errores, que como espectros de terror se evocan de todas las antiguas escuelas, ataviandólos con formas nuevas y deslumbradoras. Pero su fuerza queda lánguida, su luz palidece ante el sol de la verdad, y si bien la generacion presente aparece en su mayor parte sumida co-

mo en un letargo de muerte, no obstante la antorcha de la Fé resplandece con todo su celeste fulgor en medio de los pueblos ya fatigados, y su influjo obra lenta y poderosamente para producir una generacion mas afortunada. A María se la pone como al frente de este movimiento general que se vá operando en Europa á pesar de todas las utopias y de todos los delirios: su dulce imágen se reproduce millares de veces y se propaga rápidamente, recibiendo quizás el ósculo secreto del que aparenta despreciarla. Un famoso hijo de Israël dá la señal de una conversion asombrosa, y mil otros Paulos caen por todas partes de sus soberbios corceles aterrados por la voz de lo alto que les clama: ¿Porque me persigues? (15) y el redil del Salvador va ganando prosélitos, como en los tiempos primeros de la Iglesia, que desiertan de este moderno gentilismo para entrar en la grey de los escogidos. A María se erige un trono como á Reina y se pone en sus manos el cetro del mundo, y sus hijos la rodean y honran en homenaje perpétuo como sus cortesanos. Otras almas piadosas, no menos amantes, se acogen bajo las alas de su corazon maternal, despues de haber adorado el corazon de su divino Hijo. Coros inumerables de vírgenes, á quienes están confiados tal vez ó el tesoro de la virginidad ó la direccion de la generacion futura, la aclaman por patrona y por Madre, con himnos incesantes y con pureza de corazon. Y en el mes de las flores, en que toda la naturaleza parece reflejar en su faz rejuvenecida las gracias de María, se le consagran los bellos dias de mayo, abriéndose los corazones á la Madre del hermoso amor como á una primavera del cielo.

Saludémosla, por conclusion, con el himno que un coro de vírgenes consagradas al Señor le canta todos los años entre los perfumes de las rosas del mes de María (16).

CORO.

Gloria de los cielos
Placer de las almas,
Salve Estrella hermosa
De nuestra esperanza.

Cual rie natura
De flores ornada
Y en dulces perfumes
El aire embalsama;
Asi fresca y pura,
María sin mancha,
Brillas para todos
Del Mayo en las galas.
El pecho inocente
En el candor te halla
Del lirio suave
Que aromas exala,
Y entre la azucena
Modesta y nevada
Tu sin par pureza
Su amor arrebata.
Luna, Sol, Aurora,
Lucero del Alba,
Fuente que dá vida,
Soplo que regala,
Todo lo que brilla,
Todo lo que pasma
Es de tu hermosura
Sombra desmayada.
Si Dios vistió el campo,
Matizó las plantas,
Y doró las nubes,
Y esmaltó la escarcha,
Te crió mas bella,
Vírgen Soberana,
Y son tus reflejos
Las cosas criadas.
Todo cuanto al mundo
Caútiva y encanta

Como emblema tuyo
Tu beldad ensalza;
  Que antes de los siglos
Cual pasmo de gracia
En el pensamiento
Del Señor ya estabas.
  Ya de los Profetas
Las célicas arpas
Antes de nacida
Tus timbres cantaban:
  Tu eres cedro y mirra,
Tu eres rosa y palma,
Tu eres cinomomo,
Tu tórtola casta.
  Tu paloma pura,
Tu luna sin tacha,
Tu huerto frondoso,
Tu fuente sellada;
  De Jacob estrella,
Luz de la mañana,
Tierra prometida,
Incombusta zarza;
  Arbol de la vida,
Del Jardin entrada,
Del caudillo hebreo
Portentosa vara:
  Torre de los fuertes
Espejo sin mancha,
Cauce de agua viva,
Luz del cielo clara.
  Si el alma afligida
Suspira apenada,
O aridez la seca,
O el vicio la arrastra,

Su llanto tu enjugas,
Sus angustias calmas,
Y á Dios la conduces
Con maternal ansia.
Si tiembla la tierra,
Si el calor abrasa,
Si el suelo desola
Mortífera plaga;
A quien busca el hombre?
Que remedio clama?
Que poder invoca?
Cual es su esperanza?
Á tí el moribundo,
Á tí el que naufraga,
Á tí el perseguido
Su grito levantan;
De riesgos huidos,
De impetradas gracias
Mil votos y ofrendas
Cuelgan de tus aras.
Consuelo del mundo!
Prez del que batalla!
Dulce mediadora
De la tierra ingrata!
Míranos piadosa
Cual aquí á tus plantas
De Dios te pedimos
El amor, la gracia.
Huya de nosotros
La culpa nefanda,
Y la sierpe impía
Que tus piés aplastan:
Madre la mas tierna
Hácia nos alarga

Tus manos radiosas
Que dones derraman.
  Y prenda de vida
Para nuestras almas
Sea noche y dia
Tu sacra medalla,
  Escudo del débil,
Del justo confianza,
Terror del abismo,
Tesoro de gracias.
  Por bajo tu manto
La mísera España
Ya que concebida
Sin lunar te acata:
  Ella te suplica
Postrada á tus aras,
Que arda siempre viva
La Fé en nuestra patria.
  Tres veces al dia,
Cuando nace el alba,
Cuando el Sol mas arde,
Y al hundir su llama,
  Salúdate el mundo
Y humilde te alaba,
O Vírgen que brillas
Del Mayo en las galas.

Notas.

(1) *La Historia de la vida de la Madre de Dios* escrita por el abate Orsini, sobrino del príncipe romano del mismo nombre, es una de las producciones mas celebradas de la época moderna y de las que han obtenido mas grata acogida del mundo cristiano y conocedor. Obra de piedad y de gusto, es una flor preciosa arrojada á las aras de la Reina de los cielos. De ella se hicieron en España tres traducciones á la vez, en tres distintos puntos, siendo la de Barcelona la mas íntegra. La tenemos á la vista en la redaccion de esta biografía, y no vacilaremos en tomar de ella algunas noticias importantes y poco conocidas, que el autor á fuerza de largas y laboriosas investigaciones, como él mismo dice, sacó de las tradiciones de Oriente, de los escritos de los Santos Padres y de las costumbres de los Hebreos.

(2) El P. Perrone de la Compañía de Jesus, célebre profesor de Teología en el Colegio Romano, escribió una Disquisicion teológica sobre si el misterio de la Concepcion inmaculada de la bienaventurada Vírgen María puede difinirse por medio de un decreto dogmático. Este opúsculo, en el cual se pone de manifiesto la historia de esta controversia, y se pesan con tanta crítica como erudicion todas las razones alegadas en pro y en contra, va dedicado á la Santidad del actual Pontífice Pio IX, particular devoto de María en este augusto misterio.

(3) En el tomo IV de nuestra revista filosófica y literaria *la Religion* dimos una sucinta idea de la antigüedad con que celebra nuestro principado el misterio de la Concepcion inmaculada de María. He aquí algunas de sus noticias.

Los reyes de España se han distinguido siempre con singular gloria en la devocion de este misterio. Don Juan I. llamó en una ley á la fiesta de la Concepcion de María *la fiesta de la Casa Real.* El emperador Carlos V. de Alemania y I de España despachó una provision exor-

tando á todos sus reinos de España á celebrar la fiesta de la Concepcion como en su corte se celebraba, é hizo aprobar de nuevo por Adriano VI la Cofradía de la Purísima Concepcion de la *Preservada Vírgen*, que en tiempo antiguo habia instituido dicho rey D. Juan el I. Los reyes católicos D. Fernando y Doña Isabel la introdujeron en Granada, haciéndose ellos cofrades de ella, de la cual se hizo tambien cofrade el Emperador su nieto, llamándola cofradía de nuestra Corte. Don Felipe IV extendió despues considerablemente por todos sus reinos el culto de este misterio, y posteriormente el celebrado monarca Carlos III por concesion de Clemente XIII generalizó esta solemnidad por todo el clero y pueblo español, poniendo su reino bajo el patrocinio de María y fundando bajo su invocacion la órden mas ilustre de España.

El concilio IV de Toledo del año 633 aprueba con elogio el breviario reformado por San Isidoro arzobispo de Sevilla, en que existe oficio de la inmaculada Concepcion de María y en él se llama *preservada* de la culpa original. En este concilio asistieron los obispos de Tarragona, Ausona, Elna, Lérida, Gerona, Empurias, Tortosa, Urgel, Egara, y el vicario del obispo de Barcelona. El Concilio XI de Toledo de 675 hace un elogio de la doctrina de San Ildefonso, dando á entender que se confirma en ella. Martene atribuye tambien esta festividad á San Ildefonso, citando una ley de los visogodos, que alegan tambien Masdeu y Pelliccia. Y esta misma ley fué confirmada por el concilio toledano XII del año 681.

SIGLO XII. Se celebraba ya esta festividad en Cataluña. Consta de un convenio entre el Monasterio de Gualter y el de Ripoll, por el cual debia aquel pagar á este por cierto alodio una refaccion en la festividad de la Concepcion, que era en 8 diciembre.

SIGLO XIII. En el mas moderno martirologio de la Santa Iglesia de Vich, MS. del siglo XIII consta la celebracion de la fiesta en aquella época á 8 de diciembre.

SIGLO XIV. En 1330 se instituyó en la Santa Iglesia de Gerona la solemnidad de la Concepcion de María con oficio propio. Y esta misma solemnidad era una de las cuatro festividades de María que se celebraban en la capilla del Real Palacio de Barcelona con augusta magnificencia en 1344.

En 1.º de marzo de 1391 estaba ya fundada la cofradía de la casa Real en la capilla del palacio mayor en Barcelona, bajo invocacion de la Purísima Concepcion; y el rey Don Juan concedió á todos los cofrades residentes en Barcelona permiso para juntarse anualmente en el dia de su Patrona, para acordar lo mas conducente á su solemnidad.

Los Señores Reyes D. Juan y don Martin proclamaron la Concepcion de la Vírgen sin mancha de culpa, y la hicieron celebrar por todos sus reinos. En este mismo siglo el célebre catalan Fr. Francisco Martí dedicó un libro á las pruebas de la inmaculada Concepcion de la Vírgen.

SIGLO XV. En 26 de abril de 1408 el rey Don Martin, renovando lo decretado por su hermano Don Juan, declara enemigos del estado á cuantos impugnen el misterio de la Inmaculada Concepcion, mandando que dentro diez dias salgan de la poblacion donde delinquieren, y dentro de

treinta de sus dominios bajo pena de muerte. Y en Córtes generales celebradas en Barcelona en 1456 se confirmó por constitucion municipal la pena de destierro perpetuo fulminada contra dichos impugnadores.

Sabido es el decreto del concilio de Basilea del año 1439 á favor de la Concepcion inmaculada de María. Concurrieron á él varios prelados españoles, entre ellos los obispos de Tortosa y de Vich D. Oton de Moncada y D. Jorge de Hornos, y el célebre Juan de Segovia que compuso un oficio de *Immaculata Conceptione*.

Entre los muchos y merecidos elogios que se tributan á la ilustre y religiosa Barcelona en el compendio de alabanzas del libro *Coses asenyalades* es digno de notarse el siguiente que transcribiremos literalmente: *Est laudabilis multum quia in nullis partibus orbis.... non fiu seu celebratur ita solemniter honorificum festum SS. Corporis D. N. Jesu-Christi sicut fit in ista urbe. Et sic est de festo Conceptionis Beatæ Mariæ.*

El Padre Maestro Ribera copia lo mas esencial del decreto, que á instancia, y solicitud de los Brazos, espidió el rey Don Juan, lugar teniente de su hermano Don Alfonso en las cortes de Barcelona de 1456 y en el dia 9 de abril, mandando confesar la Inmaculada Concepcion, y prohibiendo la opinion contraria; de lo cual justamente infiere qne los catalanes fueron los primeros que juraron en córtes este misterio, sobre el cual se hallan oraciones é himnos propios en los misales y breviarios en la iglesia de Vich pertenecientes al siglo XVI.

En la Iglesia metropolitana de Tarragona, á últimos de dicho siglo, cantábase en el *Gloria* del oficio de la Concepcion, ordenado en tiempo del Papa Sixto IV: *Quoniam tu solus sanctus Mariam preservasti; tu solus dominus Mariam fabricatus: tu solus Altissimus Mariam sublimasti. Cum Sancto Espírtu etc.* ¿Que diria en vista de esto el célebre y piadoso autor del Año cristiano, que ensalza el Cabildo de Leon de Francia porque en el *Gloria* añadia: *Mariam sanctificans?*

SIGLO XVI. El obispo de Lérida D. Miguel Puig, canónigo que habia sido de Barcelona su patria, arcediano de Tarragona, abad de Serrateix y obispo de Elna y Urgel, fundó en 21 de noviembre de 1559 el colegio de la Concepcion en la universidad literaria de Lérida para estudiantes del obispado de su patria y de los que habia gobernado.

Juan Pujol presbítero natural de Mataró escribió en 1584 un librito en lengua catalana: Canto en loor de la gloriosa Vírgen María, probando por figuras y autores aprobados como no fué concebida en pecado original.

En 1600 se imprimió en Barcelona el libro intitulado: Tratado de la singular y Purísima Concepcion de la Madre de Dios, y una exposicion sobre los Cantares para predicadores y devotos, por el venerable y apostólico varon Doctor Diego Perez de Valdivia, discípulo del apóstol de Andalucía el M. Avila, que fué catedrático de Sagrada Escritura y moral en la universidad literaria de Barcelona, y murió en 1589. Dedicóle á Doña Sor Gerónima de Rocaberti priora de los Angeles.

SIGLO XVII. Una de las épocas que dan mayor gloria á la religiosidad barcelonesa es la del año 1618, en el cual celebró esta ciudad fiestas brillantes y extraordinarias en obse-

quio del misterio de la Inmaculada Concepcion de María. El Padre Agustin Osorio, agustiniano célebre y ornamento de su órden, testigo nada sospechoso por ser portugués, hablando de ellas en su ya citado sermon, predicado en aquel mismo año, se esplica en estos términos: «Fiesta propia de catalanes por muchos títulos, suya por derecho hereditario; suya por testamento de sus príncipes; suya por sus constituciones; suya por ley, so pena de ser enemigos de su monarca; suya por naturaleza; suya por inclinacion. Muchas fiestas ha habido en Castilla; pero no hay en el mundo fiestas que se igualen con las de Cataluña. ¿Donde se hallaron cinco obispos juntos con su metropolitano? ¿donde tantos tribunales de jurisdicciones tan distintas? tanta iluminacion, tanta música, tanto sermon, tanto concurso de gente eclesiástica, noble, ciudadana y plebeya? ¿Tantos geroglíficos, epigramas, anagramas, versos, empresas, festin, baile?»

Duraron estas fiestas desde últimos de noviembre, en que la universidad literaria prestó el juramento de defender la opinion de la Inmaculada Concepcion, hasta el 16 de diciembre inclusive, en cuyo dia celebró de pontifical el señor obispo (éralo Don Luis de Sans) en la iglesia parroquial del Pino, *habiendo precedido la noche antes iluminaciones en la parroquia, y en toda la ciudad fiestas de torneo, sortija y estafermo.*

Por estos mismos años Don Pedro de Magarola, que fue sucesivamente arcipreste de Vilabertran, tesorero de Barcelona, Prior de Santa Ana, y obispo de Elna, de Vich y de Lérida en donde murió en 1636, compuso un libro con el título *Miracles de la benaventurada Concepció de la Verge María.*

En 6 de febrero de 1626 resolvió la *Diputacion de Cataluña* por unanimidad de votos, y con el mayor placer, tomar á la Vírgen de la Concepcion por patrona, y escribir á S. S. para conseguirlo.

Prescindiendo de los sermones que se predicaron, y de los libros que se imprimieron en Cataluña en aquella época que seria largo referir, haremos mencion tan solo de la justa poética y fiestas solemnísimas y extraordinarias con que la parroquial iglesia de Santa María del Mar honró en 1656 la purísima Concepcion de María, cuya relacion y poesías imprimió uno de sus beneficiados.

La Diputacion de Cataluña celebró en 22 de marzo de 1662 fiestas tambien extraordinarias, é iguales á las del dia de San Jorge, en virtud del breve de S. S. Alejandro VII y órdenes del rey Don Felipe IV relativas á la declaracion de la Inmaculada Concepcion de María Santísima *in primo instanti.* Celebró de pontifical el Sr. obispo D. Ramon de Sentmanat, y predicó el Padre Font de la compañía de Jesus. En 19 de marzo anterior se habia celebrado en Vich la misma solemnísima fiesta, por igual motivo, celebrando de pontifical su ilustrado obispo Don Fr. Francisco Crespí de Valldaura hermano del que fué enviado extraordinario á Roma para impetrar el espresado breve.

SIGLO XVIII. Es célebre la ereccion de la Universidad literaria de Cervera en 1717 bajo los auspicios y patronato de la Inmaculada Concepcion de María. Desde su ereccion no han

cesado los ingenios mas eminentes que en ella se han distinguido de promover y ensalzar las glorias de su Inmaculada Patrona asi en verso como en prosa. Véanse sino el sin número de producciones poéticas de los Larraz, Aymerich, Gallisá, Dorca, Rialp, Miquel, Moxó, Torres, Rius.... Sensible es que yazcan esparcidas tan bellas producciones, cuya coleccion honraria á sus autores, y al que á ella se dedicase.

Varios fueron los panegíricos, opúsculos y poesías así en latin como en romance, que se predicaron é imprimieron en el siglo pasado en loor de María concebida sin mancha. Citaremos tan solo el panegírico del Doctor Gerónimo Giribets publicado en 1725, la obra *Classica ad Hispaniæ gaudia, seu orationes tres dictæ ad Academiam Cervariensem etc.* impresas en 1761, y la obrita del Padre Pedro Ferrusola impresa en Madrid en 1762 que es la aplicacion ó comentario de los antiguos y celebrados gozos: *Para dar luz inmortal*, los cuales, dice, fueron publicados un siglo antes con motivo y en aplauso de la célebre bula expedida por Alejandro VII á instancia de las iglesias de España, y de su rey Don Felipe IV.

BREVE IDEA DEL ORIGEN DE LA COFRADÍA DE LA INMACULADA CONCEPCION DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN, DE LOS CLAUSTROS DE LA SANTA IGLESIA DE BARCELONA.

La inmemorial y particular proteccion que los reyes de España han dispensado siempre al Misterio de la Concepcion de María tiene su origen en los antiguos reyes de Aragon condes de Barcelona, así como en aquellos invictos y célebres príncipes catalanes se hallan los primeros vástagos del árbol augusto, de la dinastía reinante. No podemos omitir una gloria que por tantos títulos nos pertenece como españoles y como catalanes.

En 1333 el rey don Pedro III llamado el Ceremonioso, siendo aun infante, heredero y gobernador de estos reinos, por su augusto padre, instituyó la *Cofradía de Nuestra Santa Madre de la Casa del Señor Rey*, para los de su real familia y empleados de su palacio, cuya institucion confirmó siendo rey, y despues aumentó y engrandeció su hijo y sucesor don Juan I en 1380 permitiendo ser admitidos á dicha Cofradía, los magistrados, conselleres, y nobles familias de la ciudad, con facultad, que se juntasen una vez al año para el mejor culto.

Los sucesores D. Fernando, Don Alonso, y D. Juan segundo, por hallarse ocupados en guerras exteriores y residir fuera de Barcelona, no fueron tan asiduos en el fomento de esta corporacion respetable, en la que sin embargo se alistaron. Con todo, el hijo de este último D. Fernando el Católico, fué hermano mayor de esta Cofradía, y no se olvidó jamás de ella ni de la devocion á la Reina de los Angeles, aun en medio de sus gloriosas espediciones.

El vencedor de Granada, estando para dar el asalto, manda erigir un altar en medio del campamento, dedicado á María en su Concepcion. Antes de descargar el último golpe á los enemigos del nombre cristiano, hace voto de consagrar la mezquita mayor de la ciudad á María concebida sin mancha. Dáse el asalto entre arroyos de sangre, y entra triunfador con su esposa la inmortal

Isabel á cojer los laureles de su religion y de su valor. Levántase sobre los profanos techos el templo de María, aclamada Patrona de aquel florido reino, asi como lo es ahora de toda la vasta monarquía. Asi que, las iglesias de aquella parte de España son en cierto modo hijas de esta Regia Cofradía, por haberlas fundado un rey que aprendió en esta escuela los primeros rudimentos de su heróica devocion á tan elevado misterio.

Trasladóse despues la Cofradía desde el palacio del rey á los claustros de la Santa Iglesia, y se llamó *Cofradía de la Inmaculada Concepcion de la Santísima Vírgen nuestra Señora.* El rey Don Felipe V se inscribió por sí mismo en ella, y lo mismo hicieron Fernando VI, Carlos III, Carlos IV, y Fernando VII.

Esta real Cofradía sostuvo siempre con religioso teson las glorias de María en su Concepcion inmaculada, aun en los turbulentos disturbios que promovieron acerca este misterio sus acérrimos y contumaces adversarios; y la Sede apostólica prodigó los tesoros de sus gracias á esta ilustre y benemérita corporacion, en especial desde que el Exmo. Sr. Cardenal de San Eusebio como legado á latere de S. S. en los reinos de Aragon, no solo aprobó con autoridad apostólica esta real Cofradía, sino que concedió algunas indulgencias á todos los fieles que asistiesen á la procesion que en 8 de diciembre se celebraba ya entonces en honra de este misterio.

La religiosa Barcelona acude todavía á implorar cada año las misericordias del Señor, proclamando y celebrando el misterio de su santísima Madre, y siguiendo el noble ejemplo que le han dejado sus reyes, y los vicarios de Jesucristo en la tierra. Por mas de cuatro siglos ha invocado la intercesion de la Vírgen Santísima en su bello y dulcísimo misterio de la preservacion de la culpa original. El amor á María tiene en este pueblo la misma fuerza que el deber de la fé, con placer y regocijo de toda la Iglesia militante: la cual con dulces y amorosos cánticos aplica á la Divina Madre aquellas palabras puras que el místico Esposo dirigia á su esposa embelesado de su belleza celestial: Toda hermosa eres, amiga mia, y no hay mancha en tí. ¡ Ah! ¿qué no podrá esperar Barcelona de la proteccion de María?

El estruendo del cañon anuncia festivo no ya el nacimiento sino la Concepcion de la Reina Soberana de los cielos, que fué exaltada aun antes de nacer, y recuerda al mismo tiempo una fiesta de familia para la nacion española. El alcazar de guerra ostenta su torre empavesada en honor de Maria concebida sin mancha. El clamoreo de las campanas reune bajo las altas bóvedas de la magestuosa basílica, á los nietos de aquellos graves y fervorosos catalanes que tantas veces depusieron á los pies de la exelsa Madre sus espadas y sus laureles, visitándola en el trono mismo desde donde derramó sobre Barcelona los tesoros de su intercesion poderosa en épocas terribles de calamidad. ¡ Ojalá conmovida con nuestros suspiros, logre del Altísimo encadenar bajo sus piés el mónstruo de la destructora impiedad, al modo que aplastó bajo sus augustas plantas el maldito reptil que introdujo en el mundo la guerra y el delito!

(1) *Historia de la vida y exe-*

lencias de la Sacratísima Vírgen María Nuestra Señora, donde se tratan muchas cosas de su virginal esposo el patriarca San José, por el Reverendo Padre Fray José de Jesus María, historiador general de la Sagrada Reforma de Nuestra Señora del Cármen, impresa en Barcelona año 1698.

(5) Los antiguos nos hablan de Safo como de un ilustre modelo de toda suerte de oratoria y poética. Demetrio Falerio toma de ella los ejemplos de la hermosura y gracia de la oracion; Hermógenes de la dulzura y suavidad; Longinos de la sublimidad y vehemencia: y así todos encuentran en la poesía de Safo alguna prenda digna de ensalzarse y de ponerse por modelo no solo á los poetas sino tambien á los oradores. Los cortos fracmentos que nos quedan de sus composiciones confirman estas alabanzas, y Jones tuvo mucha razon para llamarla con la misma expresion de la autora *auro ipso magis aurea*. Rousseau distingue á Safo de las otras vírgenes, y la reconoce por la única de su sexo que haya tenido el alma poética, y haya estado verdaderamente inflamada del fuego del entusiasmo.

El autor de los Viages de Anthenor pone en su boca la siguiente oda, antes de precipitarse de la roca de Leucade, á que la condujo su funesto amor.

¡Alma del Universo! ¡ó tu principio
De placeres y llantos Citerea!
Véngame de un perjuro; toma parte
En el crudo furor que arde en mis venas.
Y vos Styx, Tisifone y Megera
Divinidades pálidas del Lete
Arrojad vuestras sierpes irritadas
Sobre ese vil que á mi dolor me deja.
¡Que el buytre roedor de Prometeo
Devore sus entrañas! ¡que funesta
Su sombra aterradora al hondo averno
Fatigue del pesar que me atormenta!
Mas ay! loca de mí! Diosa de Pafos
Perdónale: su amante te lo ruega:
De un torvo desespero arrebatada
Le maldigo, y llorarle yo debiera!
Ay! que viva dichoso si es posible,
Si es que olvidar mi amor ingrato pueda,
O si la voz de su perfidia horrible
Sus tristes dias de pavor no mezcla.
Pero yo, Dioses, yo que cual sombrio
Dia de invierno miro mi existencia,
Yo que me ví volar las esperanzas
Que el rayo mismo tan veloz no huyera,
Hija mia! ó amante desgraciada!
De los placeres en la edad risueña,
Abandonada de los mismos Dioses....
¡Triste! ¿que mas sino el morir me queda?
Y tu, mi dulce amor, ¡ó lira mia!
De mis juegos amable compañera,
Reposa ya... murió, murió mi musa!
Recibe aqui el adios de mi alma tierna.
Muramos: al oscuro y hondo Estigio
Bajemos: ay! ¡feliz si en mi tormenta
Conmigo llevo de Faon la imágen!
¡Hablar de él á los muertos aun me queda!

Opongamos á este bello rasgo de la poetisa griega, que puede considerarse como el canto del cisne antes de morir, el sublime cántico de la madre de Jesucristo, dando gracias al Señor por la dignidad que acababa de concederle; y decida el imparcial cual de los dos es mas digno de la lira, y á quien de las dos mugeres transporta un entusiasmo mas superior á su sexo.

(6) Los Magos recibieron el bautismo de manos de Santo Tomás; créese que sufrieron el martirio en la India donde predicaban el Evangelio.

(7) El valor de esta moneda equivalia á 4 rs. de los nuestros, á corta diferencia.

(8) Vale mas ser cerdo de Herodes que hijo.

(9) Este hecho evangélico se comprueba no solamente por nuestros libros sagrados, sí que tambien por el testimonio de los judíos y de los paganos. Macrobio lib. 11. cap. 4. de los Saturnales. — Orígenes *contra Celso*. lib. 11. cap. 58. — Toldos, Huldr. p. 12. 14. 20. — Véase

tambien la erudita historia del nuevo Testamento por el abate James. (Nota de Orsini).

(10) *Joan* VII. 15.

(11) Un poeta musulman ha descrito en elegantes versos aquel imperio que Jesucristo ejercia sobre los males del alma. He aquí su traduccion libre.

El corazon del hombre apesarado
Halla en vuestras palabras su consuelo,
Y el alma débil de repente cobra
Vida y vigor si vuestro nombre escucha.
Si vez alguna sublimarse puede
El vuelo del espíritu del hombre,
Y de Dios los recónditos arcanos
Alcanza contemplar, de Vos tan solo
Su lumbre saca para conocerlos.
Vos sois quien le llenais del atractivo
Do que está dulcemente penetrado.

El sabio orientalista D' Herbelot, á quien se debe la traduccion de estos versos, observa muy oportunamente que un cristiano no podria expresarse con mas energía.

(12) Refiere Addison que un viajero inglés, que era deista, visitando á Jerusalen, procuraba poner en ridículo las explicaciones que dan los católicos acerca los santos lugares; pero la vista de las hendiduras de las rocas le desconcertó; despues de haberlas cuidadosamente examinado. *Yo empiezo á ser cristiano*, dijo á un amigo que le acompañaba. Y continuó: yo he hecho un largo estudio de la física y de las matemáticas, y estoy seguro que las roturas de esas peñas no han podido ser efecto de un terremoto ordinario y natural: semejante trastorno hubiera en verdad separado las diversas capas de que la masa se compone; pero lo hubiera hecho siguiendo las venas que las distinguen, y rompiendo sus enlaces por los parages mas débiles. Así lo he observado en las rocas levantadas por los terremotos, y la razon nada nos enseña que se oponga á esta observacion; pero aquí todo es al revés: la peña está hundida transversalmente, y la rotura cruza las venas de un modo estraño y sobrenatural. Yo veo pues, de un modo claro y demostrativo, que esto es puro efecto de un milagro, que ni el arte ni la naturaleza podian producir. He aquí porque, añadió, yo doy gracias á Dios de haberme conducido aquí para contemplar un monumento de su maravilloso poder, monumento que tanto contribuye á demostrar la divinidad de Jesucristo. (*De la Religion cristiana* traduccion del inglés, segunda edicion, tom. 2. pag. 120). Nota de Orsini.

(13) Hemos transcrito en su lugar las octavas del poemita religioso titulado *Las siete palabras*, escrito por don Felipe Velazquez é impreso este año en Madrid. Prescindiendo del mérito literario de este opúsculo, diremos solamente para su recomendacion, que los Señores prelados de Segovia y de Cadiz, le han creido digno de dispensar á su lectura sus gracias espirituales. Y ahora transcribimos este fracmento épico-sacro del célebre Klopstock.

Federico-Gottlob Klopstock nació en Quedlinboug en 2 de julio de 1723. Desde la edad de 16 años el genio poético que en él se dispertaba, le abismó en una meditacion habitual cuyo objeto ni fin, nadie conocia, acusándosele tambien de indolencia y de pereza. Y el jóven poeta, que aun no contaba veinte años, respondió á estas acusaciones publicando los tres primeros cantos de la *Mesiada*. Difícil seria describir el efecto que produjo esta nueva poesía, tanto por el asunto que se atrevia á cele-

brar, como por la inúsitada armonía de los hexámetros y de les versos yámbicos no rimados que prestan tan ta libertad á la imaginacion. Todos los escritores de aquella época, cuyos esfuerzos y ambicion se limitaban á reflejar con mas ó menos brillantez y fidelidad la literatura de la Francia y de la Inglaterra, fueron eclipsados por el estudiante obscuro, que se halló de golpe al frente de la escuela de donde salieron mas tarde Goëthe y Schiller. Mas en medio de tanta gloria, se hallaba en la miseria; y para procurarse medios de subsistencia se vió precisado á ponerse por maestro de niños. En 1749 el rey de Dinamarca Federico V, ilustrado amigo y generoso protector de las letras y de las artes, le ofreció habitacion en su palacio, y aun pension de mas de 3000 francos. Aceptólo Klopstock reconocido y partió para Copenhague, en donde concluyó en pocos años los diez primeros cantos de la *Mesiada*, y publicó bajo el título de *Barditas*, *Hermann*, y *Thusnelda*, la *Batalla de Hermann* etc. Por medio de estos cantos heroicos, basados sobre una mitología nacional, que tenia sobre la de los Griegos y Romanos la ventaja de ofrecer divinidades que los primeros pueblos de la Germania habian adorado, y que son todos modelos de la mas severa moral y del mas noble heroismo, se habia lisonjeado de dispertar en su país sentimientos patrióticos. Mas él se dirigia á un pueblo que habia olvidado su orígen; porque familiarizados los Alemanes con los dioses de Hesíodo y de Homero, y acostumbrados á doblarse bajo el yugo de los diferentes señores que los gobiernan con mas ó menos humanidad y justicia, no se acordaban de sus antiguos dioses, ni de los héroes que se habian inmortalizado defendiendo el suelo de la Germania contra la invasion romana. Casi en la misma época le arrebató la muerte á su muger Margarita Moller, mas conocida con el nombre de Metta. El dolor que le causó aquella pérdida, del que no se consoló jamás, le hizo suspender sus trabajos. La razon y la necesidad de llenar su vocacion, le dieron por fin la fuerza de volverlos á tomar; acabó la *Mesiada*, y dirigió sus dos primeras ediciones, de las cuales la una pareció en Hulla en 1769, y la otra en Altena en 1780.

Cediendo á su inclinacion al retiro, se habia enteramente aislado del mundo, cuando estalló la revolucion francesa, y le pareció al principio ofrecerle la realizacion de los pensamientos patrióticos que se habia vivamente lisonjeado de dispertar en Alemania. Siempre apasionado de la libertad bien entendida, que miraba como una de las mas santas consecuencias del Cristianismo, compuso odas que le valieron el título de ciudadano francés; título que abdicó en la época del terror, cuando el amor á la libertad se convirtió en el mas sanguinario despotismo de los demagogos; pero no dejó de interesarse por la suerte de la Francia. Carlota Corday no tuvo admirador mas apasionado ni mas celoso cantor que Klopstoch.

En 4 de marzo de 1803 murió en Hamburgo; y este doloroso acontecimiento dispertó el entusiasmo de que habia sido objeto durante su juventud. Conoció la Alemania la pérdida que acababa de tener, y los restos de Klopstoch fueron inhumados con una pompa real en Altena,

cerca de su querida Metta. La Francia no habia por cierto aguardado la muerte del grande poeta para darle un nuevo testimonio de su estimacion. Desde 1802 el Instituto le habia nombrado Miembro asociado: apesar de que los franceses apenas podian conocer el mérito de la *Mesiada*, por falta de buenas traducciones, pues sus traductores parecian haber tomado á su cargo hacer desaparecer aquella poesía grandiosa y casi temeraria á fuerza de santidad, ese sello de inspiracion divina que hizo decir á la Señora de Staël: «Cuando se empieza este poema, nos parece entrar en una grande iglesia en donde resuenan las voces de un órgano magnífico; y al leer la Mesiada apodéranse del alma la ternura y el recogimiento que inspiran los templos del Señor.»

La Mesiada es en cierto modo la continuacion del *Paraiso perdido*, del cual dimos alguna muestra al principio de esta obra. Y segun la opinion generalmente admitida, se mira hasta como una imitacion de aquel célebre poema; pero esta opinion es errónea, porque, si bien los dos grandes poetas parten del mismo punto, han tomado un rumbo diferente, y han llegado á distinto término.

Milton pinta el triunfo del espíritu del mal y la pérdida del espíritu humano; Klopstock canta la victoria del Dios de misericordia, y la especie humana reconciliada con su Criador. Milton, nacido y criado en medio de las guerras civiles, amoldado á las controversias religiosas, á las discusiones políticas y á todas las borrascas de la vida pública, ha hecho de Satanás la personificacion del espíritu de independencia, y del Eterno la imágen de aquellos monarcas bondadosos, que se vuelven inexorables y á veces hasta crueles desde el momento en que su pueblo no se contenta con la felicidad bajo la forma que les place concedérsela. Así que, no puede uno dejar de admirar á Satanás, y amarle casi, porque siente que es demasiado grande y noble para obedecer á un dueño, que por ser mejor y mas fuerte que él, carece de aquella audacia de pensamiento, que á fuerza de elevar el espíritu, le extravía, y que siempre nos encanta porque se halla en armonía con nuestras propias tendencias. Klopstock, que no habia conocido otras tormentas que las levantadas por las emociones que de sí propio sacaba; encerrándolas en su corazon como un piadoso misterio, dió á Satanás el único papel que deben y pueden asignarle la filosofía y la religion, haciendo de él un ser maléfico que por un loco orgullo y por amor al desórden, se ve impelido á rebelarse contra la justicia divina que odia, no porque quiere sujetarle, sino porque quiere hacer reinar sobre la tierra la paz, la libertad, y todas las virtudes que siguen á estas dos hijas del cielo. Este poeta, á la par tan sensato y tan entusiasta, se abstiene en cuanto puede de presentar á la Divinidad considerada como un ser abstracto; y aun cuando á ello le obliga la naturaleza del asunto, la rodea de santas tinieblas, pues conoce que el genio del hombre, por sublime que pueda ser, al pintar aquella Divinidad, la rebaja y la reduce á las mezquinas proporciones de la tierra. No sucede así con el Dios humanado, pues tomando un cuerpo de huesos y de carne, quiso hacerse accesible á nuestros sentidos: y de

este Dios hace Klopstock el héroe de su poema; y haciendo dimanar la encarnacion de este principio de amor y de misericordia, eleva el alma de sus lectores, á una altura que, por ser casi ideal, no traspasa los límites de la inteligencia humana. La misma diferencia que existe entre el pensamiento fundamental del *Paraiso perdido*, y de la *Mesiada*, se deja ver en los pormenores. Como Milton, Klopstock asombra y aterra por lo grandioso y atrevido de las pinturas que hace de las regiones celestes, donde se place siempre en perderse la fantasía de los grandes poetas. Pero en Milton el cielo debe su asombrosa hermosura al reflejo del brillo gigantesco que la revuelta de Satán arroja sobre lo infinito; mientras que en Klopstock, la creacion, como encerrada en el conjunto de la armonía celeste, es un inmenso cuadro en el que cada parte, por pequeña que sea, ofrece la imágen de aquella noble y sosegada felicidad que naturalmente resulta del reinado de la justicia; y esta justicia, de la que Milton hizo un poder arbitrario, es en el poeta aleman la consecuencia de la perfeccion que una bondad infinita, hace propender hácia la indulgencia para todo lo que no es sino flaqueza y error; idea que con admirable talento ha desarrollado en las escenas del juicio que preceden á la Ascension de Cristo, y sobre todo en el carácter de un ángel caido que figura en la *Mesiada* bajo el nombre de Abdiel-Abbadona. Esta creacion, sino estuviese en contradiccion con el dogma, seria una de las mas bellas que hubiesen nunca salido del pensamiento de un poeta filósofo; pero un católico no puede tolerar absolutamente que se ponga el arrepentimiento en los infiernos, y que la accion de la clemencia divina se extienda hasta el abismo de la condenacion. Milton sobresale en la pintura de las pasiones, pero se limita á mostrárnoslas grandiosas y embriagantes, pues solo aspira á fascinar ó á conmover. Klopstock no se permite escribir, una sola línea con otro objeto que el de hacer los hombres mejores ó mas felices. Ved pues cuan diversos colores hallan en sus paletas estos dos grandes pintores del corazon humano. En Milton el amor es una divinidad coronada de rosas, cuya voluptuosa sonrisa convierte la vida terrestre en un dia de fiesta y de felicidad. Con este amor se aman Adan y Eva, y sus conversaciones, muy justamente admiradas, exaltan la fantasía y hacen palpitar el corazon. En Klopstock el amor es una emanacion de la Divinidad, que, recordándonos sin cesar la nobleza de nuestro orígen, nos eleva, nos santifica, y con este amor se aman Cidlia, la hija de Jaïro, y Semida el huérfano de Naïm, ambos resuscitados por Cristo. En esta jóven, que nos presenta dotada de una belleza aérea, de una bondad y de un candor angelical, pinta su querida Metta, cuando no se atrevia aun á esperar que pudiese llegar á ser esposa suya; y nos hace adivinar lo que él mismo sentia entonces cuando describe la pasion no menos pura pero mas enérgica de Semida. Este episodio, que parece tomado de la vida de los ángeles, se ofrece aun mas embelesador é interesante cuando se tiene conocimiento de su orígen; y el efecto que produce es dulce y benéfico; mientras que el episodio de otra Cidlia y de Gedor, que se halla

en el canto XV, despierta un sentimiento doloroso, pues el poeta refiere en él la muerte de Metta, á la cual en casi todos sus poemas cantó bajo el nombre de Cidlia. Percíbese muy bien que al componer aquel fracmento, humedecia el papel con sus lágrimas: el lector llora con él, pero no se atreve á compadecerle: cuando el dolor es tan noblemente religioso, rechaza la compasion para dejarnos enteramente llenos de admiracion y de respeto. La amistad no podia encontrar un lugar en el *Paraiso perdido*: en la *Mesiada*, como en todo lo que ha escrito Klopstock, este sentimiento generoso aparece como un culto sagrado y el olvido de los deberes que él impone, como el mayor de los crímenes. Seguir por mas tiempo este paralelo seria analizar la *Mesiada*, y este poema quiere ser leido, pues el análisis solo daria de él una idea imperfecta y hasta muchas veces falseada.

Para familiarizarse con el espíritu y el estilo del Antiguo y del Nuevo Testamento, habia Klopstock seguido un curso de teología, y lejos de esmerarse en ser claro para los lectores que no habian hecho los mismos estudios, parece haber querido procurar á los teólogos el gusto de explicar á los profanos los pasages tomados de los Libros santos, que no tuvo á bien ilustrar con notas. Por lo cual no es raro haya en Alemania personas de mérito que confiesan con la mayor ingenuidad que no tienen valor ni perseverancia para seguir el pensamiento siempre noble y elevado de este poeta, al través de las alusiones bíblicas que una fraseología brillante, numerosas inversiones y una multitud de neologismos hacen muchas veces del todo ininteligibles. Hay, por lo demás, pocos versos en la *Mesiada*, que el lector no acostumbrado á este género de poesía pueda comprender á la primera lectura, y muchos hay cada uno de los cuales cuesta largas horas de meditacion para penetrar su verdadero sentido.... Klopstock se place en cubrir con un misterioso velo los pensamientos é imágenes, y esta profundidad algo tenebrosa tiene muchos atractivos para los alemanes, al paso que apura muy pronto la paciencia de otros lectores, que consideran y con razon la claridad como uno de los principales méritos del escritor.

Mucho ganaria la moral pública en que la *Mesiada* fuese conocida en todos los idiomas. Nosotros procuramos darla á conocer algun tanto en España cuando redactamos nuestra Revista religiosa en 1840 época en que apenas era conocido en España el nombre de Klopstock. Así como los *Mártires* de Chateaubriand y las *Meditaciones* del Sr. de Lamartine han vuelto al buen camino á mas de un jóven extraviado, la obra de Klopstock puede producir el mismo efecto, y en verdad que nunca ha habido como hay ahora necesidad de un libro que pueda servir de contraveneno á los descarríos de la actual literatura. No hay pensamiento que no se haya mas ó menos maleado ó dejado seducir, ni corazon que no se haya sentido mas ó menos lastimado ó corrompido por estas peligrosas producciones, que só pretexto de levantarse contra las preocupaciones ó los abusos, hacen del vicio una consecuencia inevitable de nuestras instituciones sociales, y del crímen el mas poderoso y casi el mas noble empleo de la fuerza moral.

La Francia debe á una muger, la Baronesa de Carlowitz, la mejor traduccion que posee de la obra maestra de Klopstock. La sublime grandiosidad del asunto no ha arredrado su alma delicada, y su exquisito gusto ha arrostrado todos los peligros. Su corazon ha sabido adivinar el del mas encumbrado genio de la Germania, embelleciéndole, si cabe, con sus propias gracias, y compensando con ellas lo que necesariamente ha de perder la energía del original. Ojalá se halle en España, madre no infecunda de talentos poéticos, quien emprenda la difícil tarea de ser intérprete de uno de los mas elevados monumentos que el ingenio humano ha levantado al Redentor del mundo!

(14) Hemos aprovechado en estas indicaciones acerca el culto de María en España, no solo algunos de los hechos que el Doctor F. traductor de la version de la obra de Orsini impresa en San Sebastian en 1841, emite en su *Suplemento* á los tres últimos libros de aquella, sino tambien todas las que hemos podido recoger de otros escritos y noticias, y sobre todo de lo que estamos viendo entre nosotros.

(15) Un descendiente de aquel pueblo bárbaro y obcecado, que al clamar por la crucifixion del Hijo de Dios, osó tomar contra sí mismo la terrible responsabilidad de haber derramado la sangre de Jesucristo, con aquel clamor que estremece: *Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos*; un hijo de esa raza desventurada, que despues de la desolacion de su patria, vaga prófuga y errante por el universo, llevando marcada en su frente la señal de la maldicion divina; uno de estos hijos, dió poco hace á la Iglesia, fundada por Jesucristo, el consuelo de haber exclamado como aquellos de sus ascendientes, que abrieron los ojos en la escena sangrienta del Calvario: *¡ Verdaderamente este es el Hijo de Dios !* Como el ladron afortunado, como el gefe de la centuria, como el sabio del Areópago, acaba de reconocer el horrendo delito de su nacion, la justicia del castigo que sufre diez y ocho siglos hace, la obstinacion y la ceguera con que niega la divinidad de la grande víctima cuya sangre derramó el ingrato pueblo, y cuya sangre clama tambien misericordia para los que la derramaron, siguiendo el grito de perdon dado por Jesus desde el leño santo.

Sí, esta conversion, fruto precioso de la sangre de Jesucristo, es en extremo consoladora para toda la humanidad redimida por él, para toda la Iglesia católica, no solamente la que triunfa en el cielo, sino tambien la que milita en la tierra; parece que le da un nuevo realce el haberse conseguido de Dios por la intercesion de la divina Madre de Jesus, de aquella Madre Vírgen á quien el mismo Salvador, estando para morir, encargó como hijos adoptivos los mismos hombres que redimia; de aquella Madre á quien su Hijo Dios parece confió los tesoros de su misericordia inagotable, para que los derramase sobre todos nosotros; de aquella Madre á quien este siglo, aunque infestado de orgullo, de crímenes, de olvido de Dios y de loco apego á las criaturas, invoca y aclama á grandes voces como el único refugio, despues de Jesucristo, contra la justicia ofendida y ultrajada de Dios; como la única criatura que con una mirada de Hija, de Madre y de Esposa puede detener la justa

indignacion del Eterno; como la única lengua que puede dirigirse á Dios, y exclamar todavía: perdonadles, que son mis hijos; como la única mano que puede aun interponerse dulcemente entre la cuchilla levantada de Dios y la cabeza criminal de sus indignas criaturas.

Ah! ¡ cuantos cristianos y católicos que han estudiado todos los ramos de la ciencia, que son muy capaces de ilustrar todas las dificultades, de resolver todas las cuestiones, y sin embargo, se han formado una especie de religion cristiano-humana, en la cual descansan como en su término! Mas esta religion pretendida cristiana excluye desgraciadamente la intervencion directa de Dios y de sus santos, comunicándose al hombre, y destruye por consecuencia la verdadera sociedad ó Iglesia cristiana. Nosotros creemos en esta comunion de los Santos, y particularmente en la influencia operadora de AQUELLA que el espirante Jesus nos dió por madre. Queremos, pues, hacer mencion especial de un hecho, que prueba de un modo evidente su intervencion maravillosa.

Conocemos á fondo el carácter del siglo, que repugna ó ha tomado por objeto de risa algunas palabras con que la religion explica la accion secreta de la Providencia, sobre los acontecimientos humanos. Una de estas palabras es la de milagro. Aun cuando pudiéramos alegar en presencia de este siglo mofador la autoridad de un filósofo sin fé, (Juan Jacobo Rosseau) que decia que los que negaban la posibilidad de los milagros debian encerrarse por locos, no entraremos ahora en tales discusiones. Sea lo que fuere de los milagros, la Iglesia no manda considerar como tal el hecho de que estamos hablando, pero dicé, como el mismo Señor Ratisbonne, ved lo que era este hombre ved lo que es ahora, y explicadnos vosotros mismos este cambio.

Los milagros en el órden de la naturaleza visible, no son ya necesarios para el establecimiento de la religion, como lo eran al principio; pero los milagros en el órden moral, se han perpetuado y se perpetuarán hasta la consumacion de los siglos. La accion libre y providencial de Dios sobre los espíritus, los golpes inopinados del poder de su gracia, la súbita ilustracion del entendimiento y la repentina mudanza del corazon serán unos milagros perennes, unos rasgos visibles de la Omnipotencia para avivar y alentar nuestra fé, decaida ó falleciente por el soplo abrasador de los errores ó de las pasiones. O sino, ¿como nos explica la ciencia humana estas transformaciones asombrosas, esos voluntarios sacrificios de abnegacion y de caridad, esos inesperados cambios de la altivez en la humildad, de la licencia en la sujecion; de la desenfrenada corrupcion en la práctica de las virtudes mas austeras?

Que la tendencia al mal, fruto amargo de nuestra original caida; que el gérmen de la doble concupiscencia, mas ó menos tarde desarrollado, precipite al hombre confiado en sus propias fuerzas; que el raudo huracan del orgullo derribe los altos cedros que parecian tocar con el cielo; que inteligencias sublimes, aun cuando se mostraban arraigadas en las colinas de la verdad, cedan á un viento de vanidad y se precipiten á un abismo; esto se explica sin admiracion y sin prodigio: es un fenómeno ordina-

rio y muy comun atendida la debilidad del hombre, su maligna inclinacion y la venenosa atmósfera del error y del vicio en que respira. El Evangelio pinta en dos palabras el peligro inminente y contínuo en que nos hallamos de caer, por poco que nos olvidemos de reclamar el auxilio del cielo. *Qui stat, videat ne cadat.* Pero que un pensamiento nutrido en el error, que un alma embriagada en el deleite rompa de repente las cadenas de hierro que la amarran á la tierra; renuncie á su voluntad, á sus placeres, á sí propia; busque sus delicias en la humildad, en el abatimiento, en la mortificacion de los sentidos; ame lo que antes detestaba, adore lo que antes escarnecia; huelle con planta intrépida todos los respetos, todas las afecciones; aplaste al mundo que le tiranizaba, rompa hasta los vínculos mas dulces de la naturaleza y de la sangre para abrazarse con una cruz, ensangrentarse con las espinas, morir á sí propio para vivir en Jesucristo... ¿cómo se esplica este fenómeno de la naturaleza moral? Se halla acaso en la condicion del hombre? Vese en otra parte que en el seno del Cristianismo, entre los brazos de la Iglesia? Un impulso de fanatismo puede impeler á los miserables indios á dejarse aplastar bajo las ruedas del carro de sus ídolos, ó arrojar á las tristes viudas á la hoguera de sus esposos. Los bonzos de la China se sujetan á tormentos extravagantes y caprichosos para hacer dinero ó tener reputacion de santos. El fanatismo puede contarnos tambien sus prodigios y sus mártires, pero estos mártires y estos prodigios no son de amor ni de caridad. El sacrificio voluntario y contínuo que el alma hace de sí misma, de su voluntad, de su amor propio; esa transformacion entera de todas sus afecciones en amor, en un amor puro, humilde, desinteresado, inmenso; amor á Dios, y á los hombres por Dios; amor cuyo pábulo son los trabajos y las humillaciones; amor que triunfa cuanto mas sufre por el que tanto sufrió por él; amor tierno, firme, infatigable, cuyo único consuelo es hallarse con su amado, conversar por él, obrar por él, vivir en él; amor, que en alas de la esperanza, se eleva como una llama hasta el cielo, y gusta desde la tierra las delicias inefables de la bienaventuranza y de la eternidad..... ¡ah! este cambio, esta resurreccion á la vida de la gracia es un prodigio tan asombroso como la resurreccion de un muerto.

La sola conversion de Saulo bastaria para dar testimonio de la divinidad de nuestra religion. Ese gran portento histórico, que brilla en el primer siglo de la iglesia, se ve mil veces renovado entre nosotros; y con especialidad en el cuadro de que hacemos mencion. El ódio del señor Ratisbonne á los católicos es muy comparable con el que aquel perseguidor tenia á los cristianos, pues la falsa filosofía ha hecho y está haciendo á la religion una guerra mas cruel que la cuchilla de Saulo. El grande apóstol cae de repente, iluminado por una luz superior. Tambien en el interior del recien convertido se levantó una voz que le decia, judío, filósofo, ¿porqué me persigues? Cayó la venda de los ojos, y María llenó de su luz apacible y consoladora los ojos que acababan de abrirse á la verdad, bañados con lágrimas de amor puro, porque la gratitud y el arrepentimiento son tambien amor.

Ojalá que la conversion del señor Ratisbonne, al paso que enternezca los corazones cristianos gratamente asombrados del poder de la gracia, haga sospechar al hombre de mundo, que en ella se detenga un momento, que fuera del orgullo y de la saciedad de las pasiones, puede haber tambien felicidad! El incrédulo ha sabido pintarse con los colores mas vivos, con todo su egoismo, con todas sus prevenciones de secta, con todo su desden insultante y mofador de las verdades que no conocia. Es la completa personificacion del siglo escéptico é irreligioso. ¡Hombres sin fé! El jóven Ratisbonne tal vez os exedia en impiedad, en indiferencia, en obstinacion, en esa *despreocupacion* orgullosa que parece hace vuestra gloria. Leedle, escuchadle. Ved el prodigio que en sí mismo admira: mirad que precio dá á esas lágrimas mil veces mas dulces que todos los deleites; á esas lágrimas que le han dado nuevo ser, nueva vida, que son su gloria y su felicidad.

(16) Este himno se compuso para ser cantado por las Religiosas del Convento de Jerusalen, de la Órden seráfica, en Barcelona, durante los piadosos ejercicios que se celebran diariamente en el mes de María.

En él procuramos reunir todo cuanto en tan cortas líneas podia expresarse en alabanza de María, á la cual se invoca bajo todos los títulos que pueden inspirar su amor y su confianza en el corazon. La paz, la merced, el remedio, la misercordia, el consuelo, la esperanza, la providencia, el socorro, todos los nombres que representan nuestras necesidades y nuestro desamparo son otros tantos dulces símbolos de María. Ella es invocada en sus dolores y en sus alegrías, en sus angustias y en sus triunfos, ella es la que nos envia los rayos de la clemencia de Dios reflejados en el suave disco de su divina maternidad y de su augusta elevacion que pone en sus manos el cetro sobre todas las criaturas del cielo y de la tierra.



ELISABETH.

Hunde hoc mihi ut veniat
mater Domini mei ad me?
(Luc. I. 43).

UNA voz hay que clama en el desierto: « Preparad las vias del Señor: haced rectos los senderos de nuestro Dios. Todo valle será llenado hasta el colmo, y toda montaña, toda colina será rebajada. Las vias tortuosas serán rectificadas y las escabrosas serán allanadas. La gloria del Señor se manifestará, y toda carne verá con sus propios ojos el cumplimiento de las promesas divinas.... Yo envio mi mensajero que preparará el camino delante de mí, y desde luego vendrá en su templo el Señor que vosotros esperais, y el angel de la alianza tanto de vosotros suspirado. »

En estos términos fué anunciado muchos siglos antes de nacer el

precursor del Mesías, el que debia dar testimonio de la luz, y señalarla con el dedo á las miradas de los hombres. Porque, cuando esta luz que habia siempre estado en el mundo sin ser conocida, quiso en fin mostrarse en él cubierta de un cuerpo humano como de una sombra y de una nube para hacerse mas accesible á nuestra débil vista, envió delante de sí una estrella encargada de anunciar al sol, y de preparar los ojos para sufrir sus resplandores. Y esta estrella de suave y luminoso calor pero tan poderosa por los rayos que despedia, que el viento de la opinion pública no pudo nunca hacerla vacilar, se levantó por fin sobre la tierra y pasó por ella en medio de prodigios. Tal era Juan hijo de Zacarías.

En tiempo de Herodes, rey de Judea, habia un sacerdote llamado Zacarías, perteneciente á la rama primogénita de la familia de Aaron, pero simple sacrificador, y no investido de las funciones supremas del pontificado. Tenia este por muger á Elisabeth, la cual por parte de su padre era tambien del linage de Aaron, y por la de su madre de la raza de David, y parienta de consiguiente de la Santa Vírgen. Los dos eran justos y santos delante de Dios, dice el Evangelio, y observaban de una manera irreprehensible todas las obligaciones de la religion y de la ley. Mas no tenian hijos, ni se hallaban ya en edad de tenerlos; fuera de que Elisabeth era estéril por naturaleza.

Cierto dia el sacrificador Zacarías estaba llenando en el templo las funciones de su ministerio. Sabido es que David habia repartido los sacerdotes en veinte y cuatro clases, para servir delante de Dios cada una por su turno, durante una semana. Como cada clase contenia un gran número de familias, á fin de evitar el desórden, y tal vez las contestaciones, al principio de cada semana se sacaba por suertes el sacerdote que habia de entrar á servir, para ofrecer el incienso al Señor por la mañana y por la tarde en el lugar santo sobre el altar de oro. Dispuso la Providencia que la semana en que tocó á la familia de Abias, tocase la suerte á Zacarías. El ministerio que habia tocado en suerte desempeñar á este era el de quemar los perfumes sobre el altar dos veces al dia: por la tarde ó víspera, cuando se encendian las lámparas del gran candelabro de oro, y por la mañana siguiente cuando

se apagaban. En estos dos momentos era cuando el pueblo venia á orar en el templo; pero este se quedaba en un recinto exterior y fuera del santuario, en donde el solo sacerdote tenia derecho de penetrar. Entró pues á la hora acostumbrada á aquella parte privilegiada para el sacerdocio, como si dijésemos en el presbiterio de nuestras iglesias, quedándose lo restante del pueblo en el vestíbulo. En aquel dia habia acudido mayor concurso de pueblo que de ordinario, lo cual da indicios para creer que fuese un sábado por la noche. Mientras pues Zacarías estaba ofreciendo el sacrificio de los perfumes, se le apareció visiblemente el ángel del Señor, en forma humana, que estaba en pié al lado derecho del altar.

Llenóse de un religioso temor el santo sacerdote, á esta vision celeste; pero el ángel le confortó diciendo: « No temas mi presencia, pues antes ha de darte gozo que turbacion; tu súplica ha sido oida benignamente por Dios. Y para que no pongas en ello la menor duda, vengo á decirte de su parte, que tu esposa Elisabeth, á pesar de sus años y de su esterilidad, concebirá y dará á luz un hijo, al cual pondrás el nombre de Juan, que llenará de consuelo toda la casa de Israël. Su nacimiento te colmará de alegría á tí y á todo el mundo, pues ha de ser grande á la presencia del Señor. Se abstendrá de beber licor alguno de los que pueden embriagar, y quedará lleno del Espíritu Santo ya desde el seno de su madre. Convertirá á un gran número de los hijos de Israël al Señor su Dios, delante del cual marchará él, revestido de la virtud y del espíritu de Elías, de manera que reunirá los corazones de los padres con los de los hijos, y conducirá los incrédulos á la prudencia de los justos, y preparará al Señor un pueblo perfecto. » No podia dudar Zacarías que era ángel del Señor el que le hablaba, con todo, vaciló su corazon en dar asenso á las palabras que le anunciaba tan grandiosos acontecimientos. Expresó pues su duda en estos términos: « ¿ Como podré yo certificarme de esto? porque yo ya soy cargado de años, y mi muger de edad avanzada. » Y repuso el ángel: « Yo soy Gabriel que asisto delante de Dios, el cual me ha enviado para hablarte, y anunciarte esta nueva feliz. Y desde ahora quedarás mudo, y no podrás hablar hasta el dia en que tenga su cumpli-

miento lo que te acabo de anunciar, por cuanto no has creido en mis palabras, que se cumplirán infaliblemente.» Este castigo fué realmente infligido á Zacarías á fin de hacer el nacimiento de su hijo mas claramente maravilloso, y tambien porque Dios borra ya desde este mundo por medio de saludables castigos las faltas de sus mas queridos servidores. Porque así como es muy puesto en razon el no creer sin motivo, era tambien muy justo el mirar el hecho mismo de la aparicion como un título auténtico ó credencial que el celeste enviado presentaba á la creencia de todo oyente sincero.

Entretanto la multitud estaba orando fuera del recinto en que esto pasaba, y en el pavimento que le estaba reservado, aguardando que el sacerdote saliese á dar su bendicion al pueblo, segun costumbre, y empezaba ya á estrañar que tardase tanto el sacrificador en ofrecer el sacrificio. Pero cuando al parecer delante del pueblo, no pudo este alcanzar de él ninguna explicacion, y advirtió que estaba mudo y no podia expresarse sino por señas, añadido esto al espanto y turbacion que se notaba en su semblante, no dudaron todos de que habia tenido alguna vision. Concluida la semana de su ministerio, se retiró al pueblo de su habitacion, que estaba situado en el país de las montañas de la Judea. Algunos colocan este pueblo junto á Emaüs: muchos otros están en la creencia que Zacarías habitaba en Hebron; y por fin algunos ponen el nacimiento de San Juan en Macheronte, villa y fortaleza edificada por Herodes el Grande mas allá del Jordan, pero en la parte que pertenece al país de la Judea.

Algun tiempo despues conoció Elisabeth con certeza que tendria un hijo, y desde entonces vivió en el retiro. «He aquí, decia ella para consigo, que Dios me ha hecho un singular favor, fijando los ojos en mí para librarme del oprobio que me cubria delante de los hombres.» Seis meses habia que alimentaba en secreto estas esperanzas, como si se avergonzara de divulgarlas á causa de su edad ya adelantada; cuando en otro pueblo del mismo país nacieron esperanzas mucho mas altas aun y mas asombrosas. El cielo acababa de inclinarse hácia la tierra: nubes fecundas habian ya hecho descender al Justo: en un tallo escapado de la corrupcion original florecia la salud de la humanidad: Dios

tomaba el vestido de nuestra carne. Una jóven vírgen de Nazareth llamada María cambiaba la faz del mundo , respondiendo á la embajada del Eterno por aquellas palabras de fé y humildad : « Yo soy la esclava del Señor » y la embajada le anunciaba, en prueba de su mision, que la vejez de Elisabeth iba contra toda apariencia á regocijarse en la gloria de una tardía y milagrosa maternidad.

María, luego que supo los goces prometidos á su parienta Elisabeth, fuese al país de las montañas en la ciudad de Judá en donde vivia su prima , debiendo ser el viaje de treinta leguas alomenos, cualquiera que fuese de los tres arriba citados el pueblo en que se coloque la habitacion de Zacarías. A la llegada y al saludo de María, Elisabeth sintió saltar á su hijo en su seno, y llena su alma del espíritu de Dios, exclamó : « Eres bendita entre todas las mugeres , y el fruto de tu vientre es bendito. » Y preguntó admirada de dónde le venia tanta felicidad de que viniese á ella la Madre de Dios. « Porque luego que tu voz ha sonado en mis oidos , añadió, al saludarme , mi hijo ha saltado de gozo en mis entrañas, y tú eres dichosa por haber creido , pues lo que se te ha anunciado de parte del Señor será cumplido. » María entonces , inspirada por aquel que es la inteligencia infinita y el Verbo eterno , pronunció un himno profético que las naciones cristianas repiten todos los dias despues de diez y nueve siglos, y que puede llamarse el éxtasis magnífico de la humildad. ¡ Qué misterio el de la entrevista de estas dos débiles mugeres, representando la reconciliacion del cielo con la tierra , de Dios que se abaja y viene á sufrir , con la humanidad que se purifica y ennoblece, inaugurando así en el mundo el pensamiento fundamental de la civilizacion cristiana, y trazando en la historia un sulco luminoso y profundo, por el cual marcharan los siglos para siempre mas; cuando en aquel mismo instante, la obra mas grande que habian creado los hombres , el imperio romano , apoyándose sobre ochocientos años de victorias , teniendo en su mano el universo vencido y sujeto , y cerrando con solemnidad su templo de la Paz, no pudo hacer otra cosa que dejarse morir !

Tres meses , dice Orsini en su *Historia de la Madre de Dios* , permaneció la Vírgen en el país de los Heteos; y pasó esta temporada á

poca distancia de Ain en el centro de un sombrío y fértil valle donde radicaba la casa de campo de Zacarías (1). Entonces la hija de David, profetiza tambien y dotada de un genio igual al del ilustre gefe de su familia, pudo contemplar despacio el cielo estrellado, los sonoros bosques, y la vasta mar cuyas olas agitadas ó en calma resonaban en las playas de la Syria. A la vista de aquella naturaleza tan perfecta en sus pormenores, y tan habilmente armonizada en su conjunto, que es todo maravillas desde el tejido de la flor y el ala del insecto hasta los mundos errantes que en el espacio brillan disipando el horror de las noches; la Vírgen tal vez expresó con lágrimas el profundo asombro que la inspiraban las magníficas obras del Criador.

Cuan grande es, decíase á sí misma la hija de los profetas, cuan grande el que manda á la estrella matutina, el que designa á la aurora el punto de su nacimiento, el que domina al trueno y ante quien se humillan los rayos! ¡cuan grande es! Pero su bondad iguala á su poder. Él es el que ha dotado al hombre de inteligencia, y de instinto á los brutos, él provee á las necesidades incesantes de todas sus criaturas; él calienta en la arena el huevo del avestruz: él prepara su alimento al cuervo cuando sus polluelos claman al cielo y vagan hambrientos por el campo. Y á imitacion del Salmista, la Vírgen invita á toda la naturaleza á bendecir con ella á su Hacedor.

En sus travesías por los montes la que mereció á piadosos autores el dulce título de *margarita terrestre*, gozábase contemplando las sencillas flores del campo á que la comparára Salomon en su cántico misterioso. Cierto dia, segun una tradicion consignada por los doctores de la Persia, la gloriosa María tocó una flor á que llaman los árabes *arthemisa*; y desde luego el contacto de su mano virginal comunicó á la planta un suave perfume que aun conserva (2). La tradicion de los cristianos Orientales designa tambien cierta fuente adonde solia encaminarse la Madre de Jesus, complaciéndose en su murmullo y en la vista de sus aguas. Esta fuente, llamada *Nephtoa* en tiempo de Josué, lleva hoy el nombre de María (3).

Detrás de la elegante quinta del pontífice hebreo estendíase uno de los jardines que los Persas llaman paraísos, cuyos diseños trajeron los

cautivos de Israël del pueblo de Ciro y Semíramis. Allí se veian los mas hermosos árboles de la Palestina, á cuyas sombras daban un indecible encanto las matas de flores esparcidas al acaso en los claros, y el suave perfume de los naranjos, y las aguas que bajo las ramas pendientes de los sauces se deslizaban. Allí, por los tiernos cuidados de María, Elisabeth olvidaba tal vez los que exitaba en ella un acontecimiento cuya esperanza la colmaba de júbilo, pero que podia ser fatal en su avanzada edad. ¡Cuan religiosos debian ser los coloquios de estas santas mugeres! Jóven la una, sencilla é ignorante del mal como Eva al salir de las manos del Señor, anciana la otra y enriquecida con un una larga experiencia del mundo; ambas profundamente piadosas y objeto de las complacencias de Jehová; la una llevaba en su seno por tantos años esteril un hijo que habia de ser *profeta y mas que profeta*, y la otra al gérmen bendecido del Altísimo, al gefe y libertador de Israël.

En las hermosas noches del estío, cuando la luna alumbraba las enramadas, servíase á la sombra de una copuda higuera ó bajo las verdes hojas de una crecida vid (4) la cena de la opulenta familia; corderos nutridos con la aromática yerba de los montes, trozos de cabrito, peces cogidos por pescadores sidonios, panales de miel silvestre sacados del hueco de añejas encinas; y colocados en canastillos de palma diestramente tejidos, dátiles de Jericó que hasta en la mesa de César figuraban, albaricoques de Armenia, alfónsigos de Alepo, y sandías de Egipto; he aquí los manjares de que solia componerse. El vino de los ribazos de Engadi, guardado en cubas de piedra por el mayordomo del príncipe de los sacerdotes, circulaba en ricas copas surtidas por sirvientes de agradable presencia. La Vírgen, frugal en la abundancia como en la medianía, contentábase con algunas frutas, escasa cantidad de lacticinios y una copa de agua de la fuente de Nephtoa. No era una virtud de posicion su templanza; era un hábito de eleccion.

Para realzar la humildad de María, á la verdad bien constante, han pretendido algunos que ejercia en casa de Elisabeth las funciones de sirvienta y poco menos que de esclava.

Esta es un inconsecuencia chocante. Jamás hubiera permitido Elisabeth que se abatiese hasta tal punto en su presencia una muger, á quien

proclamara ella misma *Madre de su Señor*, sublimándola en gran manera sobre todas las hijas de Sion. Ni debia escasear de esclavos y sirvientes la santa esposa de Zacarías; reconocido está por cristianos, árabes y judíos que esta familia era muy distinguida, como que el ilustre nacimiento de san Juan Bautista deslució de algun modo el de Jesu-Cristo, procedente de padres harto menos notables y que vivian en la pobreza como la gente comun.

Nada habia pues de penoso ni de servil en los cuidados que á Isabel prodigaba la amable y dulcísima Vírgen; eran las atenciones oficiosas y delicadas que hubiera tributado á su madre si se la conservase el cielo; y sin duda con frecuencia creia ver nuevamente á los autores de sus dias en aquellos esposos venerables, cariñosos y fieles que la amaban como á una hija, y que desde la primera entrevista en que de un modo tan admirable se reveláran sus grandezas, le manifestaban un sentimiento de admiracion mezclada de respeto que María se esforzaba en combatir con humildad, pero que no alcanzaba á desvanecer.

Fácil es comprender, dicen los Padres, cuantas bendiciones atrajo la visita de la Vírgen sobe la familia sacerdotal que tan tiernamente la acogiera. Si el Señor bendijo á Obededom y á cuanto le pertenecia hasta el extremo de ser envidiado de un rey por haber guardado tres meses en su casa el Arca de la alianza ¡qué gracias celestiales no debieron atraer sobre Zacarías y los suyos los tres meses que permaneció entre ellos la muger privilegiada de que no era mas que una figura el Arca de la antigua ley, por santa y temible que fuese! La pureza perpetua de San Juan fué efecto, dice san Ambrosio, de la uncion y gracia que en su alma infundió la presencia de María.

Con tan risueños y oportunos cuadros describe Orsini la permanencia de la Madre de Dios en la casa de Elisabeth. En cuanto á si María asistió ó no en el parto de su prima, no se sabe de un modo preciso. Orígenes, San Ambrosio y otros graves autores, así antiguos como modernos, se declaran por la afirmativa; pero otros teólogos, no menos respetables, han abrazado la opinion contraria, apoyándose principalmente en el pasaje de San Lucas, que no habla del parto de Elisabeth sino despues de haber regresado la Vírgen de Galilea. El historiador de

María examina mas detenidamente esta cuestion, y se decide por la presencia de la Vírgen.

Sea de esto lo que fuere, llegado el tiempo oportuno en que Elisabeth debia dar al mundo el precursor del Mesías, dió felizmente á luz un hijo, el dia 24 de junio, segun la creencia comunmente recibida en la Iglesia.

Apenas se hizo pública la voz de tan dichoso alumbramiento, acudieron de todas partes los vecinos y parientes para felicitarla por la misericordia que con ella habia usado el Señor, y á tomar parte en su justo regocijo. Ocho dias despues, volviéronse á juntar, segun costumbre, los parientes, para la ceremonia de la circuncision, y preguntaron á la madre qué nombre se habia de poner al niño, queriendo imponerle todos el de Zacarías, como su padre. Pero la madre, tomando la palabra, se opuso á ello y les dijo: «Su nombre será Juan.» Hiciéronle presente que aquel nombre era nuevo y estraño en la familia, no habiendo noticia que tal se hubiese llamado ninguno de ella; pero firme Elisabeth en su propósito, sin duda por secreta inspiracion del cielo, se determinó consultar al padre y conformarse con su resolucion. Por medio de señas se hizo á Zacarías esta pregunta: ¿Qué nombre pondremos al infante? Y tomando Zacarías una tablilla, escribió estas palabras: Juan es su nombre. Al instante su lengua, que la incredulidad habia ligado, quedó suelta por la obediencia y la fé manifestada por él en seguir los preceptos del ángel. Todos los presentes quedaron sobrecogidos de pasmo y de temor: la fama de aquellas maravillas se esparció por las montañas de Judea, y decian todos al escucharlas: «Quién piensas que será ese niño? porque en él está la mano del Señor.»

El afortunado Zacarías no solo obtuvo el perdon de su falta, manifestado por la restitucion del uso de la palabra, sino que se sintió de repente inspirado por el espíritu del Señor, que descorre el velo de lo futuro, y publicó por un célebre cántico, que Dios iba á cumplir las promesas hechas á Abraham, que se acercaba el Mesías, y que el niño recien nacido seria su precursor.

Bendito el Señor sea
Dios de Israël, que visitar le plugo,
A su pueblo, y hacer que en este dia
Redimido, se vea
Libre y esento del pesado yugo
Y dura esclavitud en que yacia.
Con noble valentía
En la casa real ha levantado
De su siervo David el estandarte
De nuestra salvacion; y victorioso,
Lo que por tantos siglos anunciado
Nos habia por una y otra parte
En coro armonioso,
La voz dulce y sonora
De sus profetas, nos lo cumple ahora.
Al fin nos ha salvado
De nuestros enemigos; del encono
Y del odio que tantos nos tenian,
Nos ha ya libertado.
Ya en fin de nuestros padres en abono
Su piedad ejercita cual querian
Ellos, y le pedian.
Acordóse del pacto y alianza
Que por ellos habia establecido
Con santo irrevocable testamento;
Y no frustró la firme confianza
Que en su veracidad hemos tenido,
Fiel á su juramento
Con que á Abraham dijera,
Nuestro padre, este bien que nos hiciera.
Para que sin temores,
Libres ya de enemigos, consagremos
En justicia y piedad á su sagrado
Culto y á sus honores

La vida y libertad que le debemos.
Y tú, pequeño infante, tú llamado
Serás y celebrado
Profeta del Altísimo, y delante
De él irás preparándole el camino;
Enseñando la ciencia, que aun ignora,
De salud á su pueblo; y al errante
Pecador el perdon que su divino
Favor al que lo implora
Contrito y pesaroso,
Está siempre ofreciendo generoso.
Tal es el entrañable
Amor de nuestro Dios, con que ha venido
Cual claro sol que sale del oriente,
Amoroso y afable,
A visitarnos hoy, desde el subido
Trono de luz que habita refulgente.
Y á la mísera gente
Que yace entre tinieblas sumergida,
De la sombra mortal que la rodea,
Viene á sacar con luz que la ilumine,
Mostrándole derecha y bien seguida
La senda de la paz; y el hombre vea
Y seguro camine
Por ella, él le guie
Para que así su pié no se desvie.

El niño Juan crecia en gracia delante de Dios, y el concurso de tantas maravillas como sucedieron en su nacimiento le hicieron célebre en toda la Judea. Refiere san Pedro Alejandrino como un hecho público y conocido, que cuando el sanguinario Herodes buscó al niño Jesus para quitarle la vida, quiso hacer lo propio con el niño Juan, por el ruido que habia metido en el mundo su nacimiento; pero que le libró su madre Elisabeth, retirándose con él al desierto, hasta que, muerto Herodes,

pudo volver libremente á buscar á Zacarías; aunque dejando á san Juan en el mismo desierto, en donde dispuso el Espíritu Santo que se mantuviese hasta el tiempo de su predicacion. Sea de esto lo que fuere, es una verdad que permaneció poco tiempo entre los hombres. Retiróse jóven todavía en la soledad, huyendo del tumulto de las ciudades, y de las reuniones de la multitud. Fué pues á buscar un aire mas puro que el del siglo, una morada en donde el cielo pudo reflejarse con mas resplandor, un retiro en donde pudiese él disfrutar de las conversaciones de los ángeles y de la familiaridad de Dios. Habitaba en las cavernas que se hallan situadas á lo largo del Jordan. En el siglo VI se edificó una iglesia y un monasterio sobre los peñascos en donde la tradicion aseguraba que habia permanecido el santo Precursor. Fiel á los mandatos del ángel que habia anunciado su venida, nunca bebió vino ni otro licor alguno de los que pueden embriagar; no comia sino pobres y mezquinos alimentos: miel salvaje que encontraba sobre los árboles ó en las pendientes ó hendiduras de las rocas y algunas langostas insípidas, como los pobres que las tomaban comunmente por alimento en la Arabia, en el África y algunas veces en la Palestina. A la austeridad del alimento acompañaba la del vestido. El solitario llevaba una samarra de pelo de camello atada en la cintura con una correa de cuero, pasando dias y noches enteras en conversar con Dios, y disponiéndose con la oracion, con el ayuno y con todo género de penitencia para el ejercicio de su ministerio. Por esta vida pasada en la inocencia y en la mortificacion de todos los sentidos, es tenido Juan, segun testimonio de San Agustin y San Gerónimo, por modelo de la vida retirada y austera de los anacoretas, y de tantos hombres que, huyendo ya de los halagos ya de las persecuciones del mundo, habian de dar fama al desierto. Al inspirarle Dios la idea y el valor para una vida tan penitente, queria sin duda impresionar fuertemente la vista grosera de los Judíos, enseñándoles á respetar las doctrinas y las reprehensiones que debian fluir de tan santa boca. Pues para todo el mundo, pero principalmente para un pueblo que sabe lo que es sufrir, hay en estas bruscas y voluntarias mortificaciones de los sentidos una elocuencia mucho mas poderosa y convincente que la de la palabra.

En la época de la predicacion de San Juan, que habia de preceder á la de Jesus, el mundo presentaba un espectáculo lamentable al par que extravagante, en el que, segun dice muy bien el historiador de María, lo burlesco se daba la mano con lo horrible. El Árabe y el Galo, despues de haber conservado por espacio de muchos siglos la idea primordial de la unidad de Dios, adoraban la acacia y la encina: el Indio divinizaba el Ganges, ó inmolaba víctimas humanas á Sactis, diosa de la muerte; el Egipcio tributaba un devoto culto al ajo, al loto, y á casi todas las plantas bulbosas; las poblaciones desconocidas de la jóven América adoraban al tigre, al buitre, á las tempestades y á las sonoras cataratas: finalmente los Griegos y los Romanos, segun su propia confesion, llenaban sus templos de demonios ó espíritus maléficos é impostores; y esas naciones de tanto ingenio, tan civilizadas, y que abundaban en hombres de un mérito superior, habian divinizado el vicio en sus formas mas vergonzosas, y poblado su olimpo de ladrones, de adúlteros y de homicidas. Las costumbres eran consiguientes á las creencias: la corrupcion descendiendo como un vasto rio de lo alto de las siete colinas imperiales, inundaba todas las provincias. ¿Y que habia de ser en medio de esas aberraciones deplorables de la soberbia razon, esa reina de las inteligencias que toma su estrecho horizonte por los límites del universo, y pone á sus dioses sobre el lecho de Procustio? ¿donde estaba su imperio? ¿donde habia plantado su bandera, mientras que por todas partes eran batidos en brecha sus baluartes? Si ella podia sin auxilio estraño reconquistar el terreno que habia perdido, ¿porque no lo hizo?... pero bien conoció que el torrente traspasaría sus débiles diques, é impotente á contenerlo, se contentó con observar sus estragos. Apoyada en la filosofía, lloraba sobre los restos exánimes del cuerpo social, cuya caida no pudo prevenir: sobrevino el Cristianismo, que dijo al cadáver: Levántate y marcha, y sucedió segun su palabra.

En no menos deplorable situacion se hallaba la nacion Judía. Los Romanos hacian pesar sobre su frente un yugo de hierro, y se le hacia difícil, y á veces peligroso observar exactamente la ley divina. Hombres profanos disponian de la silla de Aaron, colocando en ella arbi-

trariamente pontífices, arrojándolos de ella por capricho. Las diversas sectas, Fariseos, Seduceos, alteraban la pureza de las creencias antiguas, y turbaban los espíritus con la confusion de sus doctrinas. En medio de este caos, la espectacion del Mesías habia mudado de carácter, y en lugar de esperar en un príncipe que volveria la verdad á los entendimientos, la pureza á las conciencias, la santidad á las costumbres y á las leyes, y de consiguiente la paz al mundo; la mayor parte de los Judíos imploraban un rey héroe y conquistador que con la espada en la mano los libraria de la dominacion extrangera. De otra parte la moral seguia tambien á las creencias, pues la Judea, que no se habia librado tampoco del contagio del vicio, se iba depravando con una asombrosa rapidez: su religion no consistia en sus dogmas fundamentales, sino en una multitud inumerable de superfetaciones parásitas, y las ilusiones de sus rabinos eran anunciadas desde la cátedra de Moysés. Un pequeño número solamente habia conservado las primitivas tradiciones, y penetrando el sentido elevado de los oráculos divinos, llamaba con todos sus deseos el reino espiritual, que es la patria de todos los hombres, el hogar de todos los pueblos, y que está destinado á atravesar todos los siglos para entrar triunfante en la eternidad.

Tal era la disposicion del espíritu público cuando á los treinta años de su edad, Juan, hijo de Zacarías y de Elisabeth, fue llamado por una voz del cielo, que era la señal de su mision santa, y empezó la obra á la cual era providencialmente destinado. Hallábase entónces en el desierto de la Judea entre la ciudad de Jericó y la embocadura del Jordan. Pareció como transfigurado por la santidad de su vida, y así era que su palabra tenia una autoridad extraordinaria. Cuando un hombre, en medio de un pueblo sensual y grosero, se presenta como un ser superior no solo á las debilidades hamanas, sino hasta á las exijencias mismas de la naturaleza, domando todos los instintos y propensiones, y conservando al propio tiempo una entereza de espíritu á toda prueba, y una notable supremacia de inteligencia y de valor, como una sublime emanacion de una fuerza sobrehumana, sus palabras adquieren una energía de fuego y un poder irresistible sobre

la multitud : y aun en este siglo escéptico y mofador , que hasta se desdeña muchas veces de creer en la existencia de la virtud , estamos viendo el poderoso ascendiente que ejercen , aun sobre las masas corrompidas é indómitas esos pocos hombres que vemos , rara excepcion por cierto, pero gloriosa , del egoismo general , cuyas privaciones, sacrificios , desinterés y pureza de costumbres hacen creer al espíritu menos dócil en la realidad de una vida santificada y en las esperanzas del cielo. El temor de no herir la modestia de la humildad detiene en este momento nuestra pluma. Las mortificaciones pues y las austerezas de Juan elevaban su voz para apoyar sus doctrinas y sus amenazas. «Haced penitencia , decia , porque el reino de Dios se acerca.» y la multitud se inclinaba humildemente á estas palabras. La Judea , Jerusalen , y los contornos del Jordan le enviaban numerosos oyentes, que hacian la confesion de sus faltas, y recibian el bautismo. Este bautismo no era solamente una de aquellas abluciones religiosas que se hallan en los antiguos pueblos , y que el legislador de los Hebreos habia instituido en grande número : era una purificacion de naturaleza mas elevada , y que consagrando al hombre á la penitencia, le preparaba para recibir la verdad evangélica en toda su grandeza y severidad.

Ni ha de creerse tampoco que solo el vulgo corriese hácia el nuevo profeta. Si muchos Fariseos , considerándose como justificados por su ciencia de la ley y despreciando el consejo de Dios sobre ellos , se abstuvieron de escuchar al Precursor, le acusaron hasta de manía insensata , y le hicieron un crímen de su vida penitente ; no obstante, otros doctores de la ley , hombres sabios y poderosos , vinieron á pedirle el bautismo. Mas sea que Dios les hiciese ver que su corazon estaba corrompido por el orgullo y por la hipocresía , ó sea que quisiese, humillándolos primero , conducirlos á una mas completa conversion, los acogia con palabras llenas de dureza y de reproches : « O raza de víboras, les decia , quién os ha enseñado que así podreis huir de la ira que os amenaza ? haced dignos frutos de penitencia , y no andeis diciendo : Tenemos á Abraham por padre. Porque yo os digo que de estas piedras puede hacer Dios nacer hijos de Abraham. La segur está puesta ya en la raíz de los árboles : todo árbol que no dá buen fru-

to, será cortado y arrojado al fuego.» El celo es como el genio y como toda fuerza que tiene conciencia de sí misma, dulce y accesible con los débiles y con los pequeños, firme é intratable con los orgullosos y con los hipócritas.

Porque á la multitud que se dirigia con sincera sencillez, y el corazon movido de arrepentimiento, el solitario le hablaba con una extremada dulzura, sin perder nada de su autoridad; hubiérase dicho que era un padre en medio de su hijos. Cuando se le preguntaba: ¿«Qué es lo que debemos hacer?» respondia diciendo: «El que tiene dos vestidos da al que no tiene ninguno, y haga otro tanto el que tiene que comer.» Con estas pocas palabras sentaba el gran principio de la limosna y de la caridad, ley fundamental de la sociedad evangélica, obligatoria del rico con el pobre, y cuyo olvido pone á las sociedades modernas al borde de un precipicio. Cuando el Cristianismo dió la libertad á los esclavos, y dispensó á sus dueños del deber de mantenerlos, contó con esta ley de beneficencia para armonizar suavemente la sociedad, y poner una justa compensacion al forzoso desequilibrio de las fortunas. El egoismo, hijo del olvido de Dios y de su ley santa, ha desconocido este fecundo principio de hermandad humanitaria, y la multitud hambrienta y sin amparo, sin las alas maternales de la Religion bajo que cobijarse, ha arrojado un grito profundo de dolor que conmueve las entrañas, y amenaza al egoismo de conservacion otro egoismo de invasion, que haciendo bambolear la sociedad por sus cimientos, amenaza devorar al mundo.

Los publicanos venian tambien á pedir consejo: eran los Judíos que tenian arrendados los tributos pecuniarios que gravitaban sobre el pueblo, y que debian responder de ellos á los recaudadores del Estado. Este empleo nada tenia en sí que fuese ilegítimo ó deshonrado, pero era odioso á una nacion celosa de su independencia. El Precursor no buscaba los aplausos lisonjeando las ideas admitidas y las preocupaciones populares; y á estos hombres señalados con la aversion pública, decia con la mayor bondad, cuando le preguntaban que debian practicar para salvarse: «No exijais mas de lo que os está ordenado.» Hasta los soldados venian á presentarse al bautismo, y á pe-

dir que conducta debian tener, y les decia: « no hagais extorsiones á nadie, ni useis de fraude, y contentaos con vuestras pagas. » Asi se cumplian las gloriosas palabras pronunciadas en otro tiempo sobre Juan por el ángel y por Zacarías: « Él conducirá á los hijos de Israël al Señor su Dios, reconciliará á los padres con los hijos, y dará al pueblo el conocimiento de la salud. »

Viendo los Judíos la extraordinaria santidad de S. Juan Bautista, y la inmensa multitud que acudia á él para recibir el bautismo, le miraban como un profeta, y aun pensaban que podia muy bien ser Cristo. « En cuanto á mí, les decia este hombre lleno de humildad, os bautizo en el agua; pero otro vendrá mas poderoso que yo, al cual no soy digno de desatar la correa de su calzado. Este os bautizará con el Espíritu Santo, y con el fuego de la caridad. » Con estas palabras señalaba el carácter de la ley evangélica, que pone al alma en directa comunicacion con el Espíritu divino, la ilustra y la enciende con la caridad, este incendio que arde en el corazon de Dios, descendiendo al través de todos los mundos, abrasando las criaturas inteligentes, volviendo al trono del Eterno, como una cadena que enlaza al universo entero con un vínculo dulce y ardiente. Y añadia el profeta: « El que viene despues de mí tiene en su mano el bieldo (con que se avienta el grano) y limpiará su era, purificándola, y meterá el trigo en el granero, quemando la paja en un fuego inextinguible. » Este lenguaje figurativo designaba á Jesucristo, que semejante á un labrador, separando la cizaña del buen grano, vé el fondo de los corazones con una penetracion admirable, discierne los inocentes de los culpables, los justos y los malvados, para recojer los unos en sus graneros celestes, y abandonar los otros al fuego de sus venganzas.

El ministerio del Precursor tocaba ya á su fin, porque el Cristo iba á manifestarse, y llenando la Judea con su doctrina y con sus milagros, alumbrarlo todo con su vivísima luz, así como el sol sepulta en sus fúlgidos resplandores la claridad de las estrellas. Conocia Juan la grandeza del Mesías, pero ignoraba aun hasta que punto se abatiria para la salud del mundo. Y por esto quedó pasmado al ver al Redentor que se acercaba á él y le pedia el bautismo, como si fuese un pecador.

Y entonces le dijo con un sentimiento de veneracion y de temor: «Cuando yo debo ser bautizado por vos, venís vos á que os bautize?» Pero Jesus que queria regenerar la humanidad tanto por el ejemplo como por la palabra, y santificarla ántes en él, le dijo: «Déjame hacer ahora, pues así debemos cumplir toda justicia.» Despues de estas palabras Juan no vaciló ya mas, y le bautizó en las aguas del Jordan, que fueron santificadas por el contacto del Salvador. Acabado el Bautismo, salió Jesus del rio, y se puso en oracion. En aquel instante mismo abriéronse los cielos, y el Espíritu Dios en forma de paloma descendió sobre Jesus, y resonó una voz por las alturas: «Este es mi Hijo muy amado en el cual tengo mis delicias.»

La imaginacion queda aquí como oprimida bajo el peso de tantos misterios. ¡Que prodigioso contraste de abatimiento y de exaltacion! Lo que en concepto de Juan es del todo indecoroso al Hijo de Dios, lo llama una justicia y un deber que le conviene cumplir. ¡Que! Ser bautizado como un pecador por un puro hombre, por aquel á quien él mismo habia santificado en el seno de su madre! No debe sorprendernos la admiracion de Juan, ni su repugnancia, ni sus esfuerzos para oponerse á Jesus. Mas en este santo combate vencerá la humildad del Salvador, y Juan se creerá obligado á ceder por respeto.

Por lo demás, á Jesus no le dá cuidado alguno el concepto que la multitud formará de su persona, ni menos piensa en que el bautismo que vá á recibir será una prevencion poco favorable á su mision divina, y que jamás se creerá que quien así se confunda con los pecadores sea el santo de los santos. Ni aun le ocurre la idea que por esta accion desmiente, digámoslo así, el honorífico testimonio que en diversas ocasiones ha dado de él su precursor. Él representa á los pecadores, ha venido á pagar por ellos, y bajo este respeto, justo es que se humilie, que se anonade. Lo concerniente á la manifestacion de su persona divina no le toca á él ahora; esto queda para su Padre: su negocio es glorificarle, abatiéndose, y dando de sí las mas humillantes ideas. Pero los cielos se rasgan de repente, y se abren por primera vez á la tierra para inundarla de gloria. La voz del Eterno ha resonado en las alturas, y se deja oir de los hombres: las celestes cohor-

tes descienden hasta la region de las nubes, para glorificar al Verbo Dios hecho hombre. ¡ Que testimonio tan brillante rinden de la divinidad de Jesucristo las dos otras personas de la adorable Trinidad! Lo preveía Jesus, mas como á hombre no lo deseaba: no se humilló para procurársela; no se alegró de ello para sí mismo, y nada se atribuyó á sí de la gloria que le daba en el concepto de los que presentes se hallaban. Comparad este testimonio celestial, con los que Juan Bautista dió á Jesus, y con los que Jesus dió á sí mismo en otras ocasiones indispensables. ¡ Que diferencia en el aparato, en la magnificencia y en la impresion que debian producir! Del seno esplendoroso del trono del Padre desciende el Espíritu Dios visiblemente y viene á posar sobre la cabeza de Jesucristo: el Padre habla, y declara con fuerte y majestuosa voz, que este hombre que acaba de abatirse hasta igualarse con los culpables, es su muy querido Hijo, objeto de sus complacencias inmortales!

La comun opinion de las iglesias cristianas en Oriente y en Occidente es que el Hijo de Dios fué bautizado en el Jordan al fin del año trigésimo de su vida mortal, el sexto dia de enero; y sobre esta tradicion antigua y universal se fundó una fiesta solemne reunida en Occidente á la adoracion de los Magos, pero que en Oriente no tiene mas objeto que el celebrar el bautismo del Señor. Tampoco está bien fijada la opinion acerca el lugar y la época de este suceso tan grandioso en los fastos de la religion. Pero es cierto, no obstante, que la ribera occidental del Jordan, un poco mas arriba de su embocadura en el mar Muerto, fué el teatro de la manifestacion del Hijo de Dios. Además, desde los primeros siglos del cristianismo, existía la íntima persuacion de que esta manifestacion gloriosa habia tenido lugar á cinco leguas mas allá del lago Asfaltite. Esta tradicion se conservó; Gregorio de Tours la refiere, y está consignada en las relaciones del tiempo de las Cruzadas, y los viajeros modernos la hallan establecida aun en el país. La emperatriz Helena hizo edificar en el parage designado un edificio religioso muchas veces derribado y restablecido, y destruido al fin. En aquel lugar se vió, durante mucho tiempo, una cruz de madera de la altura de un hombre, á cuyos piés corrian las ondas del mas santo de los rios.

A la ruidosa fama de los sucesos de Juan, los principales de entre los Judíos sintieron nuevas inquietudes, y le mandaron una diputacion al lugar en donde se habia retirado, desde la otra parte del Jordan, para saber de su propia boca lo que era, porque estaban llenos los espíritus de la próxima venida del Mesías. «No soy yo el Cristo, respondió.» — «¿Quién sois pues? Sois tal vez Elías?» — Porque es doctrina de las Escrituras que el profeta Elías vive todavía en la mansion á donde Dios le arrebató, y que vendrá en los últimos dias del mundo á volver á conducir los hijos de Israël á la verdad, y á desviar su cabeza del eterno anatema. «Tampoco soy Elías, respondió el Precursor.» — «¿Sois algun profeta?» — «No.» — «Pues ¿quien sois? decídnoslo, paraque podamos dar la respuesta á los que nos han enviado ¿Que es lo que nos decís de vos mismo?» — «Soy la voz del que clama en el desierto: Caminad rectos por las vias del Señor, segun las palabras del profeta Isaías.» Pues aquellos diputados eran de la secta orgullosa de los Fariseos, que gozaba entre los Judíos grande reputacion de ciencia y de piedad; pero realmente tenían menos celo para conocer la verdad que envidia contra el que la proclamaba, cuya gloria eclipsaba la suya: no comprendieron pues, ó aparentaron no comprehender. «¿Porque pues bautizais le dijeron, si vos no sois ni el Cristo, ni Elías, ni profeta?» «Yo bautizo en el agua, les contestó el santo solitario, pero uno hay entre vosotros, á quien vosotros no conoceis, y que vendrá luego despues de mí.» Pero los enviados de la Sinagoga no querian abrir los ojos: los viejos poderosos no pueden sufrir que se les inquiete ó que se les desposesione; no consideran la institucion que ellos representan sino al través de su propia felicidad y de la gloria de su existencia, haciéndose sordos á las advertencias y á las amenazas del porvenir.

En la mañana siguiente Juan, habiendo visto al Salvador que venia hácia él cerca del Jordan, en donde estaba bautizando Judíos de la Galilea, dijo á la dócil multitud que le escuchaba: «Ved ahí el Cordero de Dios, ved ahí el que quita los pecados del mundo. Este es aquel de quien os he dicho: despues de mí vendrá un hombre que fué hecho antes de mí, y que existia ya antes que yo naciese.» De este modo de-

signaba al Redentor, que segun la humanidad era mas jóven, pero que segun su generacion divina era mas antiguo que él: « Para manifestarle en Israël he venido á bautizar en el agua. No le conocia yo, pero el que me dió una mision, me dijo: Aquel sobre cuya cabeza vieres que desciende y posa el Espíritu Santo, es el que bautiza en el Espíritu Santo. Yo le he visto, y he dado testimonio que es el Hijo de Dios. » Este testimonio auténtico, preciso, fácil en ser demostrado, fué proclamado públicamente y repetidas veces por San Juan, y fué admitido y solemnemente reconocido por los apóstoles; por manera que los contemporáneos no pudieron ignorarlo, á causa de su resplandor, ni destruirlo, por motivo de su verdad. Así tambien muchos lo aceptaron, prestándole aquella fé generosa que conduce á la salud: algunos le dejaron pasar con indiferencia; creando en torno de sus almas, tinieblas voluntarias, á fin de que no pudiese llegar hasta ellos la luz de la verdad: porque las pruebas de la religion son de una naturaleza moral precisamente porque se dirigen y tienen por fin el producir en nosotros una libre y racional adhesion, por lo cual no pueden ni deben tener el carácter de una evidencia matemática. De ahí proviene que están rodeadas de bastante obscuridad para que se saque de ahí un pretexto contra ellas, y de luz bastante para que no exija mas de ellas la atenta buena fé. De ahí viene que todas las protestas contra la divinidad del Cristianismo parten originariamente del corazon y no del entendimiento. Las verdades que aquel propone guardan tanta armonía con todos los sentimientos del corazon humano, que son hechas para ser amadas antes que para ser conocidas; y el corazon que no las ama es porque se oponen á sus extravíos, y se hace indigno de penetrar su espíritu, ni aun de conocerlas hasta el punto necesario para ser creidas.

Antes de su pasion y muerte, dió San Juan un último y brillante testimonio á la divinidad de Jesucristo. Hallábase en Ennon, pequeña aldea situada á tres leguas de Scythópolis, sobre las orillas del Jordan. Sus discípulos, menos perfectos que él, no podian ver sin cierta secreta envidia el grande resplandor y fama que esparcia el nombre de Jesus, y trataron de inspirar á su maestro los mismos sentimientos que á ellos los animaban. « Maestro, le dijeron, aquel que estaba con vos á la

otra parte del Jordan, y á quien vos disteis testimonio, ahora está bautizando, y todos acuden á él.» Y les respondió Juan: « Nada puede atribuirse el hombre si no le es dado del cielo. Vosotros mismos me sois testigos de que he dicho: Yo no soy el Cristo, sino que he sido enviado delante de él, como precursor suyo. El esposo es aquel que tiene la esposa. Mas el amigo del esposo que está para asistirle y atender á lo que dispone, se llena de gozo con oir la voz del esposo. Mi gozo es pues ahora completo.» Como si dijera, yo no soy mas que un amigo ó ministro de este esposo celestial, destinado para avisar á su esposa que se prepare para recibirla, y debo alegrarme en lo que decis vosotros, que todos van en su seguimiento. Y continuó diciéndoles: «Conviene que él crezca y que yo mengüe. El que ha venido de lo alto es superior á todos. Quien trae su origen de la tierra, á la tierra pertenece, y de la tierra habla. El que nos ha venido del cielo supera á todos, y atestigua cosas que ha visto y oido, y con todo casi nadie presta fé á su testimonio. Mas quien ha adherido á lo que él atestigua, testifica con su fé que Dios es verídico. Porque este á quien Dios ha enviado, habla las mismas palabras que Dios; pues Dios no le ha dado su espíritu con medida. El Padre ama al Hijo, y ha puesto todas las cosas en su mano. Aquel que cree en el Hijo de Dios tiene vida eterna; porque quien no dá crédito al Hijo, no verá la vida, sino que al contrario, la ira de Dios permanece siempre sobre su cabeza.» ¿Quién no encontrará una prueba de veracidad y de buena fé en este noble desinterés y en esta constante abnegacion de sí propio, si considera aquella orgullosa necesidad que sienten todos los maestros de no perder sus discípulos, y la envidiosa fiereza con que marcamos todas nuestras obras con el sello de la mas ardiente personalidad?

Pero por su parte tambien el Hijo de Dios dió un claro y magnífico testimonio de la santidad de Juan y de la alteza de su destino. Pues cuando Juan envió dos de sus discípulos á preguntar á Jesus si era él el Mesías, hizo de él un elogio tan digno de la boca de un Dios, como de las virtudes eminentes de su precursor querido.

Nada sabemos de la muerte de Elisabeth, madre de San Juan. Hemos indicado ya que, segun el testimonio de antiguos autores, aplicados á

reunir las tradiciones de la Iglesia, así como María habia retirado á Egipto el niño Jesus para escapar de la crueldad de Herodes, asimismo Elisabeth habia huido de las orillas del Jordan á la soledad de los desiertos para librar de la bárbara cuchilla del verdugo la cabeza amenazada de su hijo. Siguiendo este sentir, Elisabeth moriria sin duda en aquellos ignorados retiros. El dia de su muerte no quedó gravado en la memoria de los hombres; pero su vida está escrita con carácteres de luz en el libro de la Eternidad.

Ni es menos difícil el fijar el fin de Zacarías, bien que graves autores le hayan confundido con el sacerdote del mismo nombre, que pereció de muerte violenta entre el templo y el altar, y de quien dijo el mismo Señor, que su sangre seria vengada con la sangre de Abel y de todos los justos heridos por manos impías. La tradicion atribuye esta muerte á Herodes; y aun se añade, que despues de esta trágica ejecucion, el cuerpo fué precipitado de lo alto de la roca en donde se levantaba el templo. Los miembros de la familia recogieron estos restos despedazados y todavía palpitantes, que pasaron mas tarde en poder de las iglesias cristianas. Zacarías descendia de Abdias, padre de la octava familia sacerdotal. Estas antiguas familias eran raras, y algunas de ellas se habian fijado en Persia despues del cautiverio (5).

Zacarías, que habia dudado hasta de la palabra de un ángel, no dudó un solo instante de la pureza sin mancha de María, cuando esta fué á visitar á su prima Elisabeth; y si debiéramos dar crédito á una tradicion del Oriente adoptada por graves doctores (6), habria defendido algun tiempo despues en el templo de Jerusalen la virginidad fecunda de María, y sellado con su sangre este animoso testimonio.

La natividad de San Juan Bautista se celebra en todo el universo desde los primeros siglos de la Iglesia, como uno de los principales acontecimientos de la religion. Los santos son en el órden moral y religioso lo que son los héroes y los grandes hombres en la historia de las sociedades políticas (7): pero hay además sus grados en todas estas glorias de la tierra y del cielo: no todos los nombres inspiran igual amor ni imponen el mismo respeto. El mayor entre los nacidos de muger, así llamado por la boca de la misma Verdad eterna, el ángel

enviado al mundo para prepararle los caminos ; aquel profeta y mas que profeta, en quien habia de terminar la era de las esperanzas y de las profecías para empezar el reino de Dios sobre la tierra ; aquel cuyo nacimiento habia de llenar de gozo al universo, el visitado y santificado por el Verbo Dios, aun estando en el seno materno, es el héroe sin igual, cuyo ilustre ministerio y el testimonio que estaba llamado á dar al hijo de Dios, le señalan en la veneracion de los siglos el primer rango, despues de la mas augusta de las criaturas. La Iglesia tiene destinado un dia para celebrar su nacimiento, honor reservado al Hijo de Dios y á su Santísima Madre; pues de ningun otro santo se celebra el nacimiento sino de San Juan Bautista, porque el mismo nacimiento fué santo, y origen de un santo gozo. Juan, como Isahac y Samuel, fué hijo de una estéril, y su natividad fué ya un portento, en el que su padre no quiso creer cuando se lo anunció el ángel, y quedó privado de la palabra en castigo de su poca fé. Un mensajero celeste anuncia la futura concepcion del Precursor. El cielo quiere preparar á la tierra para la venida del que ha de santificarla, y Juan, dechado de inocencia, de mortificacion y de humildad, es el astro matutino que aparece en el cielo, coronado del brillante crepúsculo del sol de las inteligencias que va luego á aparecer. Las dos madres se visitan, y admiran cada una en sí misma un prodigio: los dos hijos, niños extraordinarios, se saludan y saltan de placer antes aun de ver la luz: el Altísimo derrama torrentes de gracias sobre la casa de Elisabeth; y el niño Juan, antes ya de haber nacido, se vé casi nivelado á la altura del niño Dios. Todas las bendiciones descienden sobre el niño; cuando Zacarías, el padre afortunado, arrobado por un rapto profético, bendice al Dios de Israël en la persona de su hijo, y pronunciando la rehabilitacion y el inmortal triunfo de la casa real de David, hasta entónces abatida y humillada, predice el cumplimiento de la gran alianza de Dios con el hombre, simbolizada en la promesa hecha á Abraham, y el nuevo reinado de la santidad, de la justicia y del amor. Tú hijo mio, estás destinado para profeta y precursor del Salvador del mundo: tú marcharás delante de él allanándole el camino, y dispondrás los pueblos para recibirle: tú enseñarás

á los culpables la ciencia de la salvacion y del arrepentimiento. En efecto este niño ha de ser anticipadamente el preceptor con su ejemplo de las virtudes cristianas, antes aun que Jesucristo empieze su predicacion, la penitencia y el dolor, la mortificacion de los sentidos y aquel llanto que en adelante debia desarmar la indignacion divina. Y aunque su voz se pierda en el desierto, tierno en años pero grande en espíritu, cubierto de piel de animales y alimentándose de yerbas, anunciará en sí mismo la próxima transformacion del mundo por el Mesías de quien es digno precursor. Prescindamos ahora de los prodigios de la vida del mártir, y no desviemos la vista del grande nacimiento que celebra la Iglesia, y con ella los mismos gentiles, los turcos y pueblos orientales, simbolizando con la llama del regocijo este acontecimiento extraordinario del hombre que debia brillar y arder como lumbrera en la plenitud de los siglos.

Los Judíos ponian á San Juan Bautista muy superior á Jesucristo, porque habia pasado su vida en el desierto, y era hijo de un gran sacerdote. Jesucristo, al contrario, nacido de una pobre muger, les parecia un hombre comun. Los musulmanes han conservado una grande idea de San Juan Bautista, á quien llaman *Jahía ben Zacaría*, Juan hijo de Zacarías. Saadi en su Gulistan hace mencion del sepulcro de San Juan Bautista, venerado en el templo de Damasco: en él hacia sus oraciones, y refiere las de un rey árabe que fué allí en peregrinacion. El califa Abdal Malek quiso comprar esta iglesia á los cristianos; pero habiendo rehusado estos la cantidad de mil *dinars* ó doblas de oro que les ofrecia, se apoderó de la misma.

Es tan antigua la institucion de esta solemnidad, que segun el águila de los Doctores, la celebraban ya los fieles de su tiempo como de tradicion apostólica, distinguiéndose entre todas en pompa y magestad, y siendo la primera, despues de las fiestas de la Redencion. El concilio de Agda, celebrado en el año 506, la pone por una de las mas principales despues de la Pascua, Navidad, Epifanía, Pentecostés y Ascension: ni es menos antigua que la misma fiesta la solemnidad de su vigilia, pues para disponerse á ella instituyó el concilio de Salgunstad un ayuno de catorce dias.

La visita que la Santa Vírgen hizo á su parienta Elisabeth, encerraba algo mas que un simple deber de urbanidad; y la Iglesia quiso renovar todos los años su memoria por la institucion de una fiesta particular que se celebra el segundo dia de julio. Esta fiesta era solemnizada con el mayor júbilo en el Oriente desde los primeros tiempos del Cristianismo, pero no fué enteramente establecida en Occidente hasta el siglo XIV, para alcanzar, por intercesion de la Vírgen María, la extincion del cisma que desolaba la Iglesia.

Observa un autor religioso que la bienaventurada hija de Joaquin se habia apresurado y puesto toda diligencia para ir á visitar á su prima Elisabeth, pero que se volvió lentamente. Aunque no aparezca una certiud histórica para este aserto, no faltan para apoyarlo razonables conjeturas. María se hallaba ya mucho mas avanzada de su embarazo, y hubiera sido peligrosa toda precipitacion. Además, tal vez, como el pájaro de los mares, tenia el presentimiento de las borrascas.

Nadie ignora, por fin, que esta visita de María á Elisabeth ha suministrado á la mayor parte de los grandes pintores un asunto en el cual su genio ha parecido complacerse: el nombre de la Santa Madre de Dios ilumina al genio, así como da alas á la piedad. Debe citarse sin duda á Rafael en primer lugar, tratándose de un cuadro en que entre la Vírgen; tanto mas, en cuanto Elisabeth ha tomado mas de una vez bajo su magnífico pincel un carácter admirable. Miguel Ángel ha tratado tambien este asunto á su manera grande y sublime, y Rubens ha hecho de él una notable composicion. Al lado de estas maravillas la Francia puede poner sin mucha inferioridad los cuadros de Lebrun, de Mignard, y el de Jouvenet, que adorna el coro de Nuestra Señora de París, ofreciendo la particularidad de haber sido pintado con la mano izquierda, pues el artista tenia paralizada la derecha.

El asunto es maravilloso. El pudor casto y santo que asoma en el semblante de María, su modestísima actitud, aquella alegría celeste y tímida de que está llena su alma y que reboza en lo esterior, forma precioso juego con los ojos penetrantes con que su santa prima parece que está leyendo lo que pasa en el corazon de María. En ésta despunta aquella inocencia que no ha conocido el rubor, porque nunca perdió la gra-

cia, mezclada de aquella dignidad natural á su alma sublime y colmada de bendiciones. Elisabeth, manifiesta á la vez en su risueño semblante un asomo de rubor, la alegría y el respeto: las dos felices maternidades se penetran de un modo asombroso, y el pincel puede reflejar en sus fisonomías algo de los misterios gloriosos y augustos que encierran en sus entrañas.

Notas.

(1) Esta casa de campo estaba á una corta distancia de Ain, en el fondo de un valle agradable y fertil que sirve ahora de jardin al pueblo de San Juan. Habíase construido en este parage en honor de la Visitacion una iglesia que en la actualidad no es mas que un monton de ruinas. Viajes de Jesucristo, pág. 4 (Nota de Orsini).

(2) Esta es la planta que nosotros llamamos el *cyclamen odoriferum* ó sea, pan porcino. (D' Herbelot. Bibliot. orien. tom. 2.) Id.

(3) De esta fuente mana tan grande abundancia de agua, como que riega y fecunda todo el valle.

(4) Los Hebreos gustaban de comer en los jardines, bajo los árboles y emparrados, porque es natural en los paises cálidos buscar el aire y el fresco. (Fleuri. Costumb. de los Israel. pag. 101.)

(5) Valverde *Vida de Jesucristo* tom. 1. pág. 63.

(6) Esta tradicion, dice Orsini, que se presenta apoyada con los nombres de Orígenes, San Basilio, San Gregorio Niceno y San Cirilo, refiere que habiéndose María, despues de haber parido al Salvador, colocado en el templo, al lado de las vírgenes, quisieron los sacerdotes sacarla de allí; pero que Zacarías se opuso fuertemente, sosteniendo que era siempre vírgen, por cuyo motivo le mataron los sacerdotes. Por imponentes que sean estos testimonios, como reflexiona muy oportunamente Orsini, debemos convenir en que el hecho nos parece dudoso, y tenemos por mas verosimil que Zacarías, padre de San Juan Bautista, ha sido confundido con otro Zacarías, hijo de Baraquías, muerto, como refiere el Evangelio, entre el templo y el altar. Sin embargo, los árabes han conservado dicha tradicion, y añaden que Zacarías fué colgado en el tronco de un viejo terebinto, y partido en dos junto con el árbol.

(7) Acerca la naturaleza de los héroes del Cristianismo que honramos

con el nombre de santos, expusimos en nuestra Revista religiosa en 1839, doctrinas selectas y dignas de ser conocidas. Véase por muestra el siguiente fracmento.

«La sociedad espiritual y la sociedad temporal deben honores á sus héroes. Mas bajo este respeto hay entre las dos una diferencia asombrosa. Los honores que la patria tributa á sus héroes en vida son por lo regular mas brillantes que los que reserva á su sepulcro. Las pompas del mausoleo aparecen un tanto pálidas al lado de los arcos de triunfo bajo los cuales se les ve pasar, y los cantos fúnebres de los poetas no tienen fuerza para reemplazar las aclamaciones de un gran pueblo. La sociedad temporal, que no posee mas que el tiempo, hace con toda la rapidez posible cuanto le es dado obrar en el tiempo; y se apresura á satisfacer su deuda hácia sus héroes, los cuales se apresurarán tambien á desaparecer. Pero la sociedad espiritual, teniendo delante de ella la eternidad en la cual vive ya una gran parte de sí misma, tiene otros pensamientos, y se gobierna por otras reglas. Respeta demasiado la humildad que envuelve como un velo las mas altas virtudes cristianas, para mortificar al pudor de la santidad con honores importunos ó peligrosos; y además, porque siendo toda virtud falible en este mundo, caidas imprevistas pudieran dejar mas tarde engañados homenages tan prematuros. Solo despues de su muerte, es cuando debe discernir los honores para siempre incorruptibles como ellos mismos; honores que son en mucho mas alto grado de lo que hubieran podido ser durante su vida, la expresion sublime de los sentimientos que debe inspirar la santidad reconocida. Síguese de ahí, que el invocar ó encomendarse á las oraciones de los santos, debe hacer parte de estos homenages; pues que, si ésta recomendacion tan natural cuando ellos se hallan aun entre nosotros, fuese excluida de su culto, los homenages de la Iglesia, en vez de ser la exaltacion y el coronamiento de la confianza piadosa debida á los santos mientras pasan por la tierra, seria por el contrario una señal de haberse aquella estinguido. Esta degradacion podia considerarse como un insulto fúnebre á su santidad triunfante; como si se dijera, que en el instante en que les tocó la muerte cesaron de ser protectores, y que esta muerte á la cual vencieron ha prevalecido contra ellos, hiriendo su caridad por una impotencia eterna.

Para combatir este culto, se apela á un modo de razonar que descubre cierta analogía con las ideas en que se funda, bajo ciertos respetos, el fanatismo musulman. Los discípulos rígidos del Coran dicen así: «¿Para que emplear las medidas de precaucion á que recorren los cristianos, para prevenir ó detener la propagacion de la peste? La voluntad de Dios es todo poderosa: refugiarse tras de estos medios humanos, es dudar de la eficacia de esta voluntad soberana, es hacerle una injuria.» El buen sentido responde, que no es desconfiar del poder de Dios el echar mano de las potencias secundarias que él mismo ha puesto á disposicion del hombre, y cuya eficacia debe atribuirse en un todo á la eficacia de la divina voluntad, fuente inagotable de todos los bienes. Los protestantes dicen: «Creer

que sea útil invocar á los santos, no es suponer que la voluntad de Dios no tiene sino una eficacia incompleta?» A esto responderemos, que esta voluntad, causa primera y manantial de toda gracia, instituyó por sí misma como causa segunda la oracion; que nosotros empleamos esta causa segunda de todos los modos posibles; que rogamos á Dios, y que rogamos tambien de un modo subordinado á los cristianos fervientes sobre la tierra, y á los santos en el cielo, que rueguen á Dios por nosotros, en lo cual no hacemos sino emplear en todos sentidos y en todos sus grados de poder, este instrumento divino que Dios mismo nos ha dado, refiriendo todas las gracias que recibimos á la fuente infinita de que deriva todo poder en el cielo y en la tierra. No hace mucho tiempo que el Sultan Mahmoud obligó á los ulemas á interpretar en un sentido favorable á sus proyectos de reforma los testos del Coran que prescriben el valerse de los cordones sanitarios. Al contemplar las ideas que se remueven en el dia en algunos de los principales centros del protestantismo, espero que no tardarian algunas buenas cabezas protestantes reformadoras de la reforma, en tomar á su cargo el hacer entender á nuestros hermanos disidentes, que la invocacion á los santos es un útil cordon sanitario contra el pecado, verdadera peste del alma. Jesucristo dijo: Cuando dos ó tres se reunan en mi nombre, yo estaré en medio de ellos. Este órden de la oracion cristiana se ve cumplida entre nosotros en sus mas extensas proporciones. No son tan solo dos individuos, son dos sociedades, ó mas bien, dos partes de la misma ciudad divina, son la Iglesia de la tierra y la Iglesia del cielo las que se reunen en nombre del Salvador para postrarse á su presencia adorable. Si la Iglesia de la tierra, detenida aun en la morada de las fatigas, de los sufrimientos y del pecado, ruega á su hermana libre ya y bienaventurada para que interceda por ella, y la ayude con sus ruegos á llegar por fin al celeste banquete en donde se cumple la comunion inmortal; en esto no hace sino imitar lo que pasó en la última cena del Salvador, cuando los apóstoles rogaron al discípulo amado que reposaba en el seno del Señor, que pidiese á su comun maestro una palabra que todos deseaban saber. San Juan, el amigo por exelencia de Jesus, es figura de la ciudad celeste en donde reina la caridad pura; y por nuestra parte, nos dirigimos con una confianza fraternal á esta asamblea de santos, que forma como una gran persona moral, compuesta de todos los discípulos eternamente amados, y reposa sobre el seno de Jesucristo, vencedor de la muerte.

33



LA HIJA DE HERODÍAS.

[illegible]

[illegible] el tejido de intrigas, de [illegible]



LA HIJA DE HERODÍAS.

> Nitidus oleo guttur ejus; novissima autem illius amara quasi absinthium et acuta quasi gladius biceps. Pedes ejus descendunt in mortem et ad inferos gressus illius penetrant.
>
> *(Proverb. V, 3 seqq.)*

El precursor de Cristo á la edad de treinta y un años brillaba á los ojos de toda la Judea como una lámpara que esparce el calor y el brillo, pues hacia conocer y amar la verdad. Mas se extinguió de repente por el soplo asolador de la tormenta; los poderosos querian obtener de él para sus crímenes la complicidad de su silencio, y rehusó el comprar la libertad de su vida exterior por medio de la esclavitud de su palabra, y los poderosos le hicieron saltar la cabeza para castigarle la osadía de decir en alta voz lo que los remordimientos podian decirles en secreto.

Sabido es todo el tejido de intrigas, de ambiciones y de crueldades que

envolvia la familia de Herodes el Grande. Despues de haber dado la muerte á uno de sus hijos, desheredó al otro llamado Filipo, para vengarse de Mariamne, madre del jóven príncipe, que habia sido cómplice en una conjuracion. Daremos antes una sucinta idea de esta odiosa dinastía á la cual estaba sujeto el pueblo escogido, despues que el cetro habia caido de las manos de la tribu de Judá, segun estaba escrito en los altos decretos de Dios.

Cuando César se vió vencedor de Pompeyo, y dueño de Roma, creyó oportuno exaltar á Aristóbulo, y le envió á Syria con dos legiones á fin de hacer declarar este país á su favor; pero Aristóbulo fué envenenado en el camino, y su hijo perdió la cabeza, obra uno y otro de los partidarios de Pompeyo. Previendo no obstante Antipáter el poder y la exaltacion á que se encaminaba César, le llevó numerosos socorros, viéndole sitiado en Alejandría, y prestóle además útiles é importantes servicios, con los cuales se grangeó la gracia del dictador romano, y logró para sí el gobierno de la Judea, para su hijo Fasael el de Jerusalen, y el de la Galilea para Herodes, que fué el peor y el mas famoso de sus hijos el cual nació en Ascalon el año del mundo 3932, 68 antes de Jesucristo. Muchos autores antiguos han suscitado dudas sobre el orígen de su familia. Pretenden algunos que no procedia de los Judíos que habian vuelto de Babilonia, y llegan á afirmar que su padre era pagano y que, habiendo sido robado, fué conducido á Idumea é iniciado en las costumbres y en los misterios del Judaismo, pues los Idumeos, desde Juan Hircano, realmente observaban las leyes de Moysés. Tenia 25 años cuando subió las primeras gradas que debian conducirle al trono.

Por el año 40 ántes de Jesucristo, tuvo Herodes que refugiarse con su familia y riquezas en una fortaleza de la Idumea: despues pasó al Egipto, con el fin de ganarse la voluntad de Cleopatra, y marchando de allí á Roma, logró que Antonio fuese su defensor. Todo salió bien á Herodes, pues resentido el senado de que Antígono hubiese pedido auxilio á los Partos, enemigos de Roma, nombró rey de Judea á Herodes, y este con las tropas suyas, que pudo levantar, y las auxiliares que sacó de Roma al mando de Ventidío, se dirigió contra Jerusalen; dió, aunque infructuosamente un ataque, en el cual pereció uno de sus hermanos llamado José, y en otra segunda batalla logró vencer á Antígono su rival, y formalizó el sitio de

la ciudad. Entónces para asegurar sus derechos y su poder, casó con Mariamne, nieta del rey Aristóbulo, y entrando luego en Jerusalen, con el auxilio de las tropas romanas, degolló un gran número de habitantes. Pocos príncipes han hecho correr tanta sangre para consolidar su poder: no perdonó á ningun partidario de Antígono, principalmente si tenia bienes que confiscar: y aunque obligado á ceder á las instancias del pueblo, habia dado el sumo sacerdocio al jóven Aristóbulo, su cuñado. Bien pronto, temerosa de que éste, siendo amado del pueblo, le derribase del trono, mandó ahogarle traidoramente dentro de un baño en Jericó, y aun supo engañar al pueblo con fingido dolor, y justificarse en el tribunal de Antonio, bien que el triunviro atendió mas á los regalos que á la inocencia de Herodes. Si este ha conservado en la historia el sobrenombre de *Grande* es porque en realidad fué valiente, harto feliz en sus empresas, y llegó á hacerse poderoso; pero careció de todas las virtudes que pueden constituir la verdadera grendeza del hombre: fué tiránico, cruel é inhumano, y nunca quizás hombre alguno tuvo mas fuertes y mas terribles pasiones. Hizo morir al viejo Hircano, al cual debia la vida cuando era aun gobernador de Galilea, sin consideracion alguna á sus años ni á su antigua dignidad, solo por habérsele dicho que habia recibido algunos dones del Rey de los Árabes. Hizo dar la muerte asimismo, ó con cuchillo ó con veneno á su muger Mariamne, y poco despues hizo perecer á Alejandra, madre de esta princesa, á cuyos crímenes le animaba su hermana Salomé, no menos cruel que el mismo Herodes.

Mariamne fué la mas bella princesa de su tiempo: y tuvo la fatal suerte de ser condenada á muerte por su marido por sospechas de infidelidad. A una sin igual hermosura reunia un talento extraordinario. Su desdicha fué el haber sido amada hasta el delirio por un hombre que habia tenido mas ó menos parte en la muerte de su abuelo, de su padre, de su hermano y de su tio, y que habia por dos veces mandado que le fuese sacrificada en el caso de morir él mismo. El célebre Lord Byron, en sus *Melodías Hebreas* supone que este feroz monarca fué perseguido por la sombra de Mariamne, hasta tanto que el desórden de su espíritu alteró su salud, y le condujo al sepulcro. Ved ahí los lamen-

tos que pone en sus labios, despues de la muerte de la infeliz princesa.

«O Mariamne! el corazon que hizo derramar tu sangre, destila aun sangre por tí: la venganza es ahogada por el dolor, y al furor sucede el delirio del remordimiento. O Mariamne! en donde estás tú? Tú no puedes oir mi amarga justificacion; y si tú lo pudieses, tú me perdonarias ahora, por mas que el cielo fuese sordo á mi plegaria.

¿Muerta es pues ella? — ¿Osaron ellos obedecer al frenesí de mi suspicaz demencia? Mi cólera llevó el decreto de mi desesperacion. El cuchillo que la hirió está pendiente sobre mi cabeza. — Mas tú estás helada, yerta, muger adorada que yo asesiné! ¡Y es en vano que mi sombrío corazon suspire junto á aquella que cierne solitaria por las alturas, y deja aquí mi alma indigna de salvacion!

No es ya aquella que partió conmigo la diadema: muerta es la que se llevó mi dicha á su sepulcro: yo he arrancado del trono de Judá esa flor que no se abria sino para mí. Mio es el crímen, mio el infierno: mia la eterna desolacion del alma. Harto merecidos tengo estos tormentos que me desgarran sin descanso.»

Murmuraba el pueblo, al ver las atrocidades de este rey inhumano; el cual viéndose mas consolidado en su poder despues de la victoria de Augusto, y no teniendo que temer nada en lo exterior, embelleció á Jerusalen de edificios, y destruyó el templo edificado por Nehemías para construir otro de nuevo que se asemejase en hermosura al de Salomon. Para calmar ó distraer alomenos la justa indignacion del pueblo, empezó á emplear sumas considerables en la construccion del templo, que quiso restituir á su esplendor antiguo, en restablecer los muros de la ciudad, en construir un teatro y un circo, y en fundar juegos quinquenales en honor de Augusto que, engañado por sus adulaciones, le habia confirmado en la posesion de la Judea. Mas estas fiestas, contrarias á las leyes y costumbres de los Judíos, produjeron quejas y rebeliones, que Herodes no pudo apaciguar sino con el terror de los suplicios. Sin embargo de su innata crueldad, habiéndose introducido en la Judea la peste y el hambre en pos de ella, 25 años antes de Jesucristo, Herodes con su actividad, supo atajar felizmente estas dos terribles plagas, llegando á fundir su vajilla y vendiendo sus alhajas

para comprar granos en el Egipto, y restituir á sus estados la abundancia y la salud; y sin duda fué entonces cuando el agradacimiento obligó al pueblo á darle el título de *Grande.* En sus últimos dias, ¡que horror! la cruel suspicacia le convirtió en parricida, pues hizo ahorcar á sus dos hijos Alejandro y Aristóbulo, por las sugestiones de Antipáter, hijo tambien suyo, aunque de otra madre. La historia de los magos y del degüello de los inocentes de Belen, que se ha popularizado, añaden otra página de sangre á la historia de este monstruo. En sus últimos años el rey parecia rodeado de fantasmas: su mirada era sombría é inquieta: sus palabras breves, y sus labios agitados de movimientos convulsivos. Procuraba estinguir sus remordimientos con nuevos crímenes. Contra la ley de los Judíos, habia hecho colocar un águila de oro sobre la grande puerta del templo: espárcese la noticia de su muerte: los jóvenes derriban aquella águila: Herodes vuelve á levantarse: apodérase de los imprudentes y de cuarenta de sus amigos, y todos son quemados vivos. Pero la vida le escapaba, y su cuerpo no era mas que una llaga horrible que devoraban los gusanos. Habiendo sabido que su hijo Antipáter se mostraba alegre viendo el fin próximo de su padre, le hizo dar muerte, aunque no le sobrevivió mas de cinco dias. Cercano ya á su muerte, y previendo el júbilo general de todo el pueblo Judío, que á ella seguiria, mandó bajo pena de muerte á todas las personas de alguna consideracion en la Judea que pasasen á Jericó. Despues los hizo encerrar á todos en el circo ó hipódramo. Salomé su madre y Alejas su cuñado estaban entonces junto á su lecho de muerte, y este viejo de setenta años, cargado de crímenes que tan lúgubremente borraban sus bellas acciones, se levanta con pena, y los ojos bañados en llanto, les hace prometer que degollarán á todos los prisioneros del hipódramo luego despues de haber él espirado, á fin de que los Judíos de todos los países derramen alomenos lágrimas en su muerte! Así queria perpetuar su cruel inhumanidad aun despues del sepulcro! Se le prometió todo lo que él queria, y espiró en aquel postrer goce de la barbarie, pero la sangre inocente no roció su detestada tumba; y Arquelao, sucesor suyo por testamento, se contentó con hacerle unos magníficos funerales.

Augusto confirmó de pronto la disposicion de Herodes, pero oidas las quejas de los dos hermanos Arquelao y Herodes Antipas, asignó al primero la Judea propiamente dicha, y la Idumea, bajo el título de tetrarca ó ennarca; al segundo dió la Galilea y la Petrea, y á Filipo, hermano de los mismos, la Tracónite, la Batanea y la Auranite con el título de tetrarcas. Arquelao habia heredado la crueldad de su padre; y Augusto, cansado de oir las repetidas quejas de los Judíos, le llamó como á un simple particular y le desterró á las Galias, dejando la Judea unida á la Syria, desde cuya época puede decirse que quedó convertida en provincia del imperio romano. El nacimiento de Jesucristo se verificó un año antes de la muerte de Herodes.

Reducida pues la Judea á provincia romana y sujeta al Comandante ó Gobernador de la Syria, los descendientes de Herodes el Grande conservaron sin embargo el título de tetrarcas ó reyes de algunos territorios, y Herodes Antipas que se mantuvo en el gobierno de Galilea, procuró ponerla á cubierto de toda invasion, haciendo su capital á Sáforis, á la cual rodeó de murallas. Filipo, hermano de Herodes Antipas, casó con su sobrina Herodías, muger de brillantes cualidades, y sobre todo de una grande ambicion.

Herodes, para captarse el favor de Tiberio, habia fundado en honor suyo á orillas del lago de Genezaret una ciudad á la que dió el nombre de Tiberiade. Cierto dia pues, vió Herodías á su tio el tetrarca de Galilea que pasaba á Roma para ofrecer al emperador Tiberio el patronato de aquella ciudad que habia edificado, y á la cual habia puesto su nombre. Convinieron que al regreso el tio repudiaria á su muger, hija de Aretas, rey de Arabia, y que su sobrina se le juntaria, abandonando á su marido Filipo. Y cumplieron mútuamente su palabra.

Este insolente libertinage causó escándalo á toda la nacion de los Judíos, porque era un ultrage hecho á las costumbres públicas, y la violacion manifiesta de las leyes mas respetadas (1). A san Juan tocaba el tomar á su cargo la defensa de la justicia, y reclamar con toda la libertad del ministerio profético en favor del derecho atropellado por la fuerza. Pues entonces, como ahora, fué un honor exclusivo á los hombres de fé el haber opuesto su conviccion, sostenida por la magestad

de los principios, á la impetuosidad de la pasion sostenida por el poder; y, cosa admirable! nadie ha combatido tanto por la gloria y pureza de la familia como aquellos que no conocen todos sus goces: su afeccion, negada á un objeto individual, se ha aplicado y extendido sobre la humanidad entera, y haciendo en pro de ella cuanto un hombre dotado de un buen corazon debe á la sangre y al nombre de sus allegados; han echado, bien lo sabe la Europa, todo el poder de sus palabras en la balanza en donde se pesaban los destinos de la civilizacion.

Herodes Antipas, hallábase con toda su corte sobre la ribera oriental del Jordan, para la dedicacion de la ciudad de Liviada, á corta distancia del castillo de Maqueronta. En esta solemnidad se hicieron grandes regocijos, que solo fueron turbados por el celo de San Juan, el cual dirigió vivas increpaciones á Herodes acerca toda su conducta, llena de injusticia y de violencia, diciéndole con firmeza: «No os es lícito el retener la muger de vuestro hermano.» Era en algun modo Elías resuscitado, y luchando contra Acab y Jezabel. Herodías rechinaba despechada, pues temia que los discursos de aquel hombre justo no hiciesen impresion en el espíritu del príncipe, y que de resultas su fortuna no recibiese una herida de muerte. Convenia empero disimular, y recorrer á algun artificio para ocultar la venganza bajo un especioso pretexto.

Conocidas eran por toda la Galilea y la Judea la envidia que contra San Juan alimentaban los Fariseos y los Doctores de la ley: no solamente no habian recibido el bautismo de manos del Precursor, sino que, rebozando en odio contra su persona, le llamaban poseido del demonio. Herodes, instigado por su propia pasion, y mas aun por las instancias de su cómplice, se sirvió del ministerio de aquellos envidiosos para apoderarse de su rígido censor; y sea que ellos por sí mismos le hubiesen puesto en sus manos, ó que él hubiese dado la órden de prenderle, le hizo cargar de hierros, y encerrar en el castillo de Maqueronta. Este hecho está confirmado por el historiador Josefo, bien que éste dá otro motivo al arresto del profeta, en la cual no quiere reconocer mas que una razon de Estado. «Juan, dice, era un hombre piadoso, que exhortaba con eficacia á los Judíos á abrazar la virtud, y á satisfacer por

medio de la justicia lo que unos á otros se debian, y por la piedad, lo que debian á Dios, á purificar su alma por la práctica de todos los deberes, añadiendo á ello la purificacion corporal por medio del bautismo. Seguíale una gran multitud de pueblo, porque todos quedaban encantados de oir sus discursos, y los Judíos parecian dispuestos á emprender todo cuanto les hubiese mandado; por manera que, temiendo Herodes que el poder que sobre ellos tenia aquel hombre no provocase alguna sedicion, creyó deber prevenir el mal, para ahorrarse el arrepentimiento de haber tardado en demasía en aplicar el remedio.» Así habla Josefo, y tampoco seria imposible que los Fariseos y Doctores de la ley, movidos por su propia envidia, hubiesen procurado inspirar á Herodes semejantes temores; y que el mismo Herodes se hallase muy dispuesto á temer y á irritarse al aspecto de todo cuanto podia hacer balancear su poder.

Herodías, empero, que temia sobre todo la palabra de San Juan, no se daba por satisfecha con verle preso: queria hacerle morir, y hasta alguna vez arrastraba á Herodes á participar de sus propios sentimientos. No obstante, el temor le hacia retroceder de sus propósitos, y de otra parte no podia dejar de estimarle, convencido de que era un hombre justo y santo, sin que hubiese podido tampoco retirar de él todo su respeto y toda su confianza; porque hay en la virtud, sobre todo cuando sufre persecucion, una dulce magestad que conmueve hasta al verdugo, pero el odio de la muger es ciego é implacable. Y como el santo lo mismo contemplaba á Herodes en la cárcel como le habia contemplado en el desierto, y no cesaba de decirle que no le era lícito retener la esposa de su hermano, lo que en Juan era la integridad y firmeza impávida de la virtud, era en Herodías un estímulo permanente para urdir de contínuo los mas atroces planes de venganza.

Los discípulos del preso le visitaban con frecuencia, pero como él no queria que tuviesen adhesion á su persona olvidando á aquel de quien era solo el Precursor, procuraba llamar hácia Jesus la atencion de sus amigos. Supo, durante su cautiverio, los prodigios con que el Hijo de Dios señalaba su tránsito por todas partes, pero no se mostró admirado de ellos, pues sabia que era el Cristo. Mas viendo que

sus discípulos lo ponian en duda, escogió á dos de ellos y los envió al Señor, que se hallaba á la sazon en Galilea. Al acercarse pues á Jesus, le dijeron: «Juan Bautista nos envia á vos para preguntaros si sois vos el que ha de venir, ó si debemos esperar otro?» Porque en aquel mismo tiempo Jesus sanaba á muchas personas de sus dolencias, de sus llagas; echaba los demonios de los poseidos, y restituia la vista á muchos ciegos. Respondió pues á los enviados: «Idos, y referid á Juan lo que habeis visto y oido: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan sanos, los sordos oyen, los muertos resuscitan, el Evangelio es anunciado á los pobres.» El Señor añadió esta última circunstancia, como una prueba tan milagrosa de su mision como la curacion de las dolencias y la resurreccion de los muertos: porque en efecto, ninguna doctrina humana, ninguna escuela filosófica hasta entónces habia hecho al pueblo la limosna de la verdad. Los doctos y los sabios del antiguo mundo no poseían por cierto el secreto del destino humano; pero por fin poseían una doctrina que tenian por verdadera; la vendian á peso de oro, ó la distribuian con todo el fausto de la palabra en asambleas en donde el pueblo no tenia ni el tiempo, ni el dinero, ni la comprension necesaria para entenderla, y aun muchos de ellos la tenian como estancada en su conciencia ó cautiva en su escuela, por manera que ni aun los mismos que iban á comprarla no podian obtenerla. Mil veces se ha increpado á los que gobernaron el mundo antes de la era cristiana por haber circunscrito á los hombres en injuriosas clasificaciones, establecido la esclavitud, fundado los gobiernos sobre la preponderancia de la fuerza: pero no creemos que se les haya arrostrado lo bastante de haber negado por los hechos el derecho de todos los hombres en conocer la verdad. Necesario fué que un Dios viniese á enseñar al mundo que la verdad es como el aire y como el sol, el patrimonio de todos: que viniese á levantar sobre la plaza pública una cátedra á donde pudiese subir la ferviente caridad, con todo su espíritu de sacrificio, y en torno de la cual los débiles, los pobres, los pequeños, hasta los esclavos pudiesen reunirse, contemplar la verdad en todo su resplandor y respirar el aire generoso de la libertad evangélica.

Los diputados de Juan no recibieron otra respuesta; pero los pro-

digios que habian visto probaban mejor que todos los raciocinios la mision divina de Jesus, y por consiguiente la verdad de su doctrina. Cuando aquellos se hubieron retirado, dijo el Señor á la multitud, hablando del cautivo, cuya voz habia resonado en la soledad y llamado los hombres á la justicia: «¿Que fuisteis á ver en el desierto? Una caña agitada por el viento? Que fuisteis á ver pues? Un hombre rico y voluptuosamente vestido? Mas los que llevan vestidos preciosos y que viven en las delicias, habitan en los palacios de los reyes. Que fuisteis pues á ver? Un profeta? Sí, y mas que un profeta. De él es de quien está escrito: «He aquí que yo enviaré un ángel delante de tí, que te preparará el camino, pues te digo en verdad que de todos cuantos han nacido de muger, no hay otro mas grande que Juan Bautista.» A este grande hombre pues, alabado por un Dios, es á quien el ignoble capricho de una muger envilecida retenia en las cadenas! Y esta luz espléndida es la que iba á extinguirse por la cobarde rabia de una cortesana!

Mas de un año habia que Herodías se habia desposado con el tetrarca de Galilea, y cerca de siete meses que sus instigaciones habian hecho meter á San Juan en un calabozo. Herodes habia venido al castillo de Maqueronta, seguido de una corte numerosa y festiva. Herodías, encontró en esta coyuntura la ocasion que buscaba ya de mucho tiempo para inmolar el profeta á su vengativo rencor. Llegó el dia natalicio de Herodes, y este ofreció un gran festin á los oficiales de su ejército y de su palacio, y á los principales personajes de la Galilea. Brillaban las salas de palacio con aquel esplendor que no se conoce sino en el Oriente: las damas ricamente vestidas hacian gala de sus adornos, las antorchas de abeto resinoso y lámparas de brillantes luces reflejaban sobre los techos dorados y las entapizadas paredes, y hacian relucir los cintos de oro de las mugeres, sus redecillas de perlas, los arcos de pedrería que adornaban sus frentes; y los diamantes de sus tiaras al estilo de Persia. Las hijas de Sion habian conservado el uso del afeite, que ya se conocia en tiempo de Jezabel: sus cejas y pestañas estaban pintadas de negro, y la extremidad de sus dedos era encarnada como las bayas del rosal silvestre. Las púrpuras de Tiro al-

ternaban con las coronas almenadas de oro de Arabia. Y el acento armonioso de arpas, flautas, cítaras y otros músicos instrumentos embriagaban los sentidos de júbilo y de placer. Salomé, la hija de Herodías y de Filipo su primer marido, entró en el salon espléndido, radiante de hermosura, y con aquella mirada dominadora con que una muger desenvuelta impone la ley de su dominio con mas orgullo que un conquistador. Sus negros bucles caen en caprichosos rizos por ambos lados de su cara, moviéndose de contínuo como su cabeza. Lúbricamente graciosa en sus adornos, voluptuosa como el amor, fascinadora como el deleite, parecia una de aquellas magas de los cuentos árabes que abrigan bajo una belleza fatal y arrastradora algun maleficio ó algun veneno. Todos los ojos, chispeando de placer, siguen embelesados á la esbelta danzarina, que al compás de una música seductiva, tocando apenas en el suelo su ligera planta, se desliza por el salon entre mil muelles y tortuosos giros, encendiendo con sus actitudes que provocan el fuego impuro de los embelesados circunstantes.

Olvidando enteramente la timidéz y la reserva que sus tiernos años y su condicion le imponian, danzó Salomé delante de todos los convidados. Créese que Herodías, con la prevision de lo que sucedió despues en efecto, habia por sí misma aconsejado á su hija este acto de desenvoltura. Aquella danza, que es siempre un oprobio, y de que ha de avergonzarse el pudor, fué colmada de aplausos en el delirio voluptuoso de un festin. Gratas lisonjas y elogios apasionados recompensaron á la digna hija de Herodías el sacrificio que tan generosamente hacia de su modestia y de su rubor. Herodes sobre todo, embriagado de placer y de satisfaccion, dijo en un rapto de pródigo entusiasmo á la jóven cansada y encendida que se le presentó como para pedirle una recompensa: «Pídeme lo que quisieras, que yo te lo daré. Sí, todo lo que quieras te daré aunque sea la mitad de mi reino.» Salió ella ebria tambien de aquella gloria que en sus momentos de triunfo embriaga el corazon de la muger, y corrió á su madre, diciéndole: ¿Qué podré pedir? — La cabeza de Juan Bautista, respondió Herodías. Volvió pues apresurada, y dijo al príncipe: «Deseo que me deis desde luego en un plato la cabeza de Juan Bautista.» Sorprendido y sinceramente con-

tristado quedó el rey de aquella demanda que no esperaba sin duda de una jóven; porque la elevada virtud de San Juan no dejaba de imponerle. Pero se hizo un fatal punto de honor en cumptir la palabra que habia dado delante de toda su corte, y no se avergonzó de cometer uno de los mayores crímenes que se han perpetrado á los ojos de toda la tierra. ¡Singular religion de las gentes que menos la conocen! como si la palabra de un insensato valiese mas que la vida de un hombre y que la ley de un Dios!

Herodes, impulsado quizás no menos por su juramento que por las instigaciones de muchos cortesanos, que comprehendidos en las vehementes declamaciones del santo Precursor contra la disolucion y el pecado, no sentirian mucho verse libres de aquel importuno fiscal, dió órden á uno de sus oficiales que pasase á la prision en un dia de regocijo, en medio de un festin, y á ruegos de una muchacha. ¿Quién no hubiera pensado que esta mision tenia por objeto el hacer gracia, y que la belleza, la juventud y el placer no sabrian sino sonreir y perdonar en caso de ofensa? Verdad es que la libertad concedida en tales circunstancias no hubiera ni honrado ni alegrado al hombre de valor á quien fuere ofrecida; pero el guarda enviado por Herodes decapitó á San Juan en la carcel misma, y llevó en un plato la cabeza chorreando sangre, y fué enviada á Salomé en el lugar mismo en donde el festin duraba todavía: mezcla horrible de placeres ignobles y de cobarde barbarie, de que se admirarán sin duda los que no ignoren que la malicia y la crueldad se dan la mano, y que todo hombre que no tiene ya nada que respetar en sí mismo, tampoco tiene el menor miramiento con sus semejantes. Y ni debe creerse que el mundo pagano, á pesar de su envilecimiento, hubiese llegado á tal punto de degradacion, que no conociera en sus momentos de buen sentido la ignominia de semejante conducta. Refiere en efecto la historia que un general romano, habiendo hecho cortar la cabeza, no ya á un inocente sino á un criminal, en medio de las alegrías de un festin para satisfacer á una muger que no habia visto nunca una ejecucion capital, fué vergonzosamente echado del Senado por este refinamiento de molicie cruel, que por medio del sabor de sangre humana sazona unos placeres empalagosos ya por su misma abundancia.

Salomé llevó la cabeza ensangrentada á Herodías: el presente era digno de tal madre y de tal hija. Herodías en su impotente pero implable cólera de muger tomó uno de los alfileres ó sortijas que sostenian sus cabellos, y traspasó con ellas aquella lengua que habia osado increpar sus crímenes y dar inquietudes á su fortuna (2).

Tal fué la muerte del mas santo de los hombres. Trágica es y lamentable á nuestros ojos, porque aparece la cuchilla y gotea la sangre, la muerte es pedida, resuelta, ejecutada, sin razon, sin forma de proceso, sin retardo: en ella vemos lo mas augusto que hay en el mundo, una noble vida, arrojada para servir de pasto á un príncipe caliente con el vino, y á la fantasía caprichosa de una danzarina. Pero esta muerte es y será para siempre ilustre delante de Dios, porque fue sufrida por la justicia y la castidad, y nada hay tan glorioso como el sufrir y sucumbir por lo que es eterno. Porque sucumbiendo así, el hombre no muere, sino que se transfigura; la vida presente tiene su dia de mañana, y los dolores de la tierra encontrarán su contrapeso en el cielo. Si el sufrimiento está colocado en la base del destino de los hombres, es para atraer en su cumbre la gloria: su sangre generosamente derramada, brillará como si se hubiese convertido en perlas, en la diadema de su inmortalidad. En seguida, para que resplandezca el honor de la raza humana, cuando uno muere en defensa de una idea verdadera, al instante se levantan mil para reemplazarle. Tomen paciencia los que sufren, porque ellos saldrán vencedores: de ellos es la suprema felicidad: así lo ha dicho la verdad eterna. En cuanto á los que hacen sufrir, ellos se hartan de triunfos en el tiempo, como si pudiesen escapar de la Eternidad y de la justicia que reinará en ella. Puede pues muy bien afirmarse que el glorioso Precursor de Cristo, al espirar bajo la cuchilla de la persecucion, no solo se anticipó por el martirio á la muerte dolorosa del Salvador, siendo precursor suyo en la vida y en la muerte, en la predicacion y en el sacrificio; sino que fué tambien el precursor de los mártires cristianos, y empezó esta línea de hombres, que abriéndose hácia el cielo un heróico sendero, llegaron á él por entre las olas de su propia sangre, y dejaron sobre la tierra trazas indelebles, que sus hijos contemplan y besan con respeto para seguirlas, si fuese necesario.

Los discípulos de Juan vinieron á llevar á Jesus la dolorosa nueva de la muerte de su maestro. Jesus se hallaba entonces en la Galilea, no lejos del lago de Genezaret ó del Tiberiades. Montó sobre una barquilla, atravesó las ondas, y se retiró á una soledad que tomaba su nombre de la pepueña aldea de Bethsaide. Su hora no habia llegado todavía, y así queria sustraerse á la crueldad de Herodes y á las emboscadas de los Fariseos que habian jurado su perdicion.

Los perseguidores no quedaron impunes: el cielo vengó despues en aquellos tres pechos homicidas, la muerte de su protector: alomenos sus reveses y su infortunio parecieron á los ojos de la nacion entera, llevar las señales de un castigo providencial. Aun, antes de su castigo, cometió Herodes otro crímen, y de una naturaleza mas grave que todos los que marcan la carrera de su vida. Él fué quien, deseoso desde mucho tiempo de ver á Jesucristo, cuyos milagros llamaban la atencion de toda la Judea, le trató con el mayor desprecio cuando Pilatos se lo hizo presentar en tiempo de la Pasion. Aretas, este rey de Arabia, padre de la princesa sacrificada á Herodías, se propuso vengar el ultrage cometido contra su hija: declaró la guerra á Herodes, lanzóse sobre él con fuerzas considerables, y logró una victoria tan completa, que los Judíos vieron allí el dedo de Dios, descargando su golpe contra el asesino de un gran profeta.

Algunos años despues, muerto ya Tiberio, viendo Herodías á su hermano Herodes Agripa oficialmente revestido de la dignidad real, en tanto que su marido continuaba en la posesion de su gobierno bajo el modesto título de tetrarca, se indignó contra esta desigualdad que humillaba su orgullo, y la hizo presente como un oprobio que no se debia devorar en silencio. Obligó á Antipas á hacer con ella el viaje á Roma para obtener de Caio Calígula, que ocupaba entónces el trono de los emperadores, que la tetrarquía de Galilea fuese elevada al rango de monarquía. Pero al llegar, Antipas se vió acusado de haber en otro tiempo apoyado la conjuracion de Sejan contra Tiberio, y de proteger todavía las sublevaciones de los Partos contra el imperio; y bien sea que fuese realmente culpable, ó que la justicia se administrase en Roma como en Maqueronta, le fué quitada su tetrarquía, y puesta en manos de Agrippa.

Su fortuna fué la recompensa de su delator, y se le envió á Sion en destierro perpetuo. Herodías mostró en aquella circunstancia una fiereza digna de elogio. Prometíale Caio hacerle gracia por consideracion á su hermano Agripa, pero ella respondió: «Vos hablais como emperador, y como sienta á Vuestra Majestad; pero mi afeccion de esposa me impide el hacer uso de esta indulgencia, pues no creo decoroso ni conveniente el abandonar en la fortuna adversa á aquel que me ha tenido por compañera en el seno de la prosperidad.» Pero el emperador no podia menos que castigar un lenguage en el cual despuntaba alguna nobleza de carácter ó de sentimiento. Condenó pues á Herodías al destierro, y dió todos sus bienes á su hermano Agripa. Los dos proscritos se embarcaron para las Galias; y bien sea que no hubiesen podido pasar allí inmediatamente, ó que las hubiesen dejado en seguida, acabaron en España su vida oscura y miserable.

Salomé, el principal instrumento de la muerte del profeta, que tenia cerca quince años cuando hizo inmolar al que defendia ante todo su honor de niña, la dignidad de su madre y los intereses de su padre, fué casada sucesivamente con dos príncipes de su familia, habiéndola el primero dejado viuda despues de tres años. Algunos historiadores griegos de la edad media han pretendido que terminó sus dias de un modo trágico y prematuro. Refiere Nicéforo que Salomé, cayendo en un rio helado, y quedando con la cabeza fuera del hielo, se degolló á sí misma con los movimientos que hizo con los piés para libertarse. Pero esta y otras semejantes versiones están demasiado destituidas de pruebas para que la sana crítica pueda apoyarse en ellas con algun fundamento.

El historiador Josefo afirma en términos formales que San Juan fué decapitado en su misma prision de Maqueronta, y no en Jerusalen ni en Sebasto. Maqueronta era un castillo fuerte, situado mas allá del Jordan, y que protegia las fronteras de la Judea contra las incursiones de los Árabes que habitaban en las cercanías del mar Muerto: Herodes habia encerrado allí una parte de sus tesoros, y lo hacia servir en ciertos casos de prision de Estado. Y así, aunque los restos del mártir fuesen mas tarde colocados y venerados en Sebasto, capital de la Samaria, no fué allí donde sufrió la muerte, y aun es probable que

fuese trasladado allí inmediatamente á causa de la violenta oposicion que existia entonces entre Samaritanos y Judíos. Sea como fuere, lo cierto es que en esta última ciudad se veia su sepulcro en el siglo tercero: despues la emperatriz Helena la restauró, é hizo edificar una magnífica iglesia sobre el arca en que se hallaba el sepulcro. Allí fueron conservadas las reliquias del santo, pues que en el reinado, y cuasi pudiera decirse por las órdenes de Juliano, los idólatras de aquella comarca hicieron pedazos el sepulcro, sacaron de él los huesos, y los hubieran destruido echándolos á las llamas, si algunos religiosos de Jerusalen que habian venido como peregrinos, no se hubiesen mezclado con la turba sacrílega para salvar de la ruina lo que pudieron recoger. Llevaron á su convento tan precioso tesoro, que pasó despues á la ciudad de Alejandría en Egipto, desde donde fué repartido entre algunas iglesias del mundo católico. Muchas iglesias de Italia y Francia poseen parte de sus reliquias. Las mas considerables se veneran en Malta, en Leon, en Puy, en Viena del Delfinado, en Turin, en Venecia; y la iglesia del palacio de S. Chaumont, en el Leonés, conserva una considerable parte de una de sus quijadas.

El sepulcro continuó en ser honrado en Sebasto, y las reliquias del santo fueron allí reemplazadas. Veinte años despues de estas fechorías de Juliano, la ilustre dama romana Santa Paula venia allí religiosamente á deponer su plegaria á los piés de aquel que juzga á los príncipes, y venga las cenizas de sus servidores. El sentimiento que atraía á los cristianos al rededor de la tumba del Precursor, no se debilitó ni por el transcurso del tiempo, ni por el miedo á los Sarracenos, dueños del país. San Luis, en una carta en que concede sobre sus réditos particulares una renta de veinte libras á los religiosos que hacen el servicio de la iglesia de Sebasto, dice: «Hemos adorado al Salvador sobre la misma tierra que pisó con sus piés, por cuyos lugares hemos hecho peregrinacion con un sentimiento de amor y de temor: hemos visto la iglesia de Sebasto, en donde descansan el bienaventurado Juan Bautista, y otros cuerpos venerables. La santidad de aquel lugar ha llenado de placer nuestro corazon, y ha hablado muy vivamente á nuestra alma, y el buen comportamiento de los hermanos que lo custodian

nos ha exitado á estimarlos mucho, tanto á ellos como á su iglesia.» La pública devocion correspondió á la del rey de Francia, derramando abundantes limosnas sobre la iglesia de San Juan de Sebasto para adornarla de una manera digna de su glorioso patron.

La crítica se ha empleado por mucho tiempo y con sabias investigaciones para hallar el rastro y seguir las diversas vicisitudes de la cabeza de San Juan. Créese que fué enterrada en Jerusalen, trasladada despues á Emesa y despues con grande pompa y solemnidad á Constantinopla, desde donde habrá sido traida á Occidente por los cruzados, venerándose en Roma la mayor parte de ella.

Por lo que podemos deducir del contexto del Evangelio, la muerte de San Juan acaeció á fines del año 31 de la era comun ó á principios del siguiente. No obstante la Iglesia griega y latina celebra su memoria en 29 de agosto, bajo el título de Degollacion de San Juan, ó porque este fuese en realidad el dia de su muerte, ó porque haya habido en semejante dia, ya desde los primeros siglos, una traslacion de sus reliquias, ó se haya dedicado alguna iglesia bajo su invocacion.

La tragedia del santo Precursor ha inspirado repetidas veces al genio del artista, ya en el pincel ya en el buril, ya en el mármol; y toda la vida del Bautista ofrece cuadros que excitan el interés de las artes de imitacion. ¿Habeis visto alguna vez al niño Juan cubierto con una piel al lado de su bendita madre entre las breñas del desierto, jugueteando con las inocentes ovejas, cuya mansedumbre iba él á enseñar á los hombres? Le habeis visto tambien, ya provecto, predicar con eficacia á las turbas pendientes de su voz que resonaba en medio de los bosques? ¿Habeis reparado otras veces en un solo grupo á un tirano lúbrico y cruel, sentado sobre un trono, á una impura princesa, correspondiendo con una sonrisa atroz á sus lascivas miradas, y á una bailarina sin pudor, haciendo escarnio de un hombre venerable, no por sus años, sino por su imponente actitud, el cual increpaba en nombre de Dios el crímen y el escándalo con toda la energía de un profeta del Señor? ¿No habreis contemplado por último, mil veces á una jóven insolente y voluptuosa que lleva en un plato cubierto con un velo una cabeza lívida y ensangrentada? Tales son pues las principales escenas que ofrece la vida del ángel en carne, del santo Precursor del Hijo

de Dios en la tierra, aquel cuyo nacimiento habia llenado al mundo de gozo, su vida de asombro, y su muerte de horror y de consternacion.

Despues del destierro de Herodes, mejoró mucho la suerte de Agripa á quien Calígula colmó de bienes en la Judea y dió el título de tetrarca ó rey, despues el emperador Claudio, sucesor de Calígula, añadió á su tetrarquía la Judea y la Samaria. Nombró tambien el nuevo emperador por rey de Cálcide en la Syria á otro Herodes hermano de Agripa, y publicó algunos edictos en favor de los Judíos.

Concluyamos en pocas palabras la historia del pueblo de Dios que fué de corta duracion despues que el cetro hubo pasado á manos estrañas, pues estaba ya como cumplido por entónces su destino sobre la tierra, porque los pueblos y los imperios tienen tambien señalada por el Eterno la duracion de su existencia, así como cada uno de nosotros, bien sea que esté ya cumplida la medida de sus crímenes, bien sea que se hayan verificado los destinos que sobre cada uno de ellos tenia designados la Providencia.

Agripa manifestó mas celo por la religion judaica que sus predecesores; y con su generosidad y clemencia se grangeó el aprecio público. Depositó en el templo de Jerusalen una preciosa cadena de oro que le habia regalado Calígula; hizo solemnes sacrificios; restableció el órden y la disciplina en el estado, y libertó á los habitantes de Jerusalen del importe que pagaban por cada casa, hermoseando al mismo tiempo la ciudad, levantando sus murallas, y fortificándole con el intento de hacerle inexpugnable; pero el gobernador de Syria se opuso á esta obra, y le obligó á suspenderla. Era Agripa tan respetado de todos sus vecinos, que en un viaje que hizo á Tiberíada, fueron cinco los reyes que acudieron á cumplimentarle. Pero en medio de toda su gloria, la historia del Cristianismo condenará siempre su conducta, por haber sido él quien dió principio á las persecuciones. Murió Agripa desastrosamente á la edad de cincuenta y cuatro años, y dejó un hijo de diez y siete llamado tambien Agripa. Viendo el emperador la corta edad de este segundo Agripa, dió á Caspio todo el mando de la Judea, y encargó la administracion del templo y del tesoro, con el derecho de nombrar los sumos sacerdotes, á Herodes, tio del rey. Á Fado sucedió en el mando militar Tiberio Alejandro; á Tiberio Ventidio Cumano; á éste Felix, el cual destruyó á los facinerosos que

asesinaron en el recinto del templo al sumo pontífice Jonatás; y á Felix siguieron luego Festo, Albinio, y Genio Floro, cuyas rapiñas y vejaciones contra los Judíos encendieron una guerra que no terminó sino con la total ruina de la nacion. Así se vé, que despues de la muerte de Agripa ya no tuvo la Judea sino gobernadores romanos; porque si bien el emperador Claudio pensó que el jóven Agripa fuese el sucesor de su padre, los libertos que le rodeaban se lo disuadieron, y el emperador, como se ha visto, nombró procurador de la Judea á Fado.

Los Romanos, siguiendo constantes la política con que habian asegurado sus conquistas, dejaron que los Judíos, bien así como las demás naciones del imperio, siguieran sus costumbres, sus leyes y su religion; y cuidaban de no mezclarse en su administracion interior, sino para evitar ó apaciguar las turbulencias civiles, y para exigir las contribuciones de hombres y de dinero. Mas los Judíos, pueblo que por su misma constitucion se habia acostumbrado á vivir aislado y separado de otros pueblos, llegaba á mirar con odio el trato de todos los extranjeros. De ahí los contínuos esfuerzos para sacudir el yugo de los Romanos; y de aquí las sediciones ó las revueltas en que hervia la Judea, y los arroyos de sangre que para sofocarlos tenian que hacer correr las legiones romanas.

Existian además otras causas funestas de enemistad y de cisma entre los Judíos, que dividiendo el pueblo en diferentes sectas, debian necesariamente acelerar la ruina de todos. El partido mas poderoso era el de los Fariseos, gente que desconocia el verdadero espíritu de la ley, al mismo tiempo que se jactaba de observarla al pié de la letra, á los cuales Jesucristo echó no pocas veces en cara su orgullo y su hipocresía: á este partido debe juntarse el de los Seduceos, de poca gente, pero de clase distinguida en la república. Estos no reconocian la inmortalidad del alma, ni miraban la ley sino como un medio muy á propósito para la conservacion del órden público, semejantes en esto á muchos de nuestros políticos y hombres de Estado, que solo respetan la religion considerándola como un freno para el pueblo. Los Esenios formaban el tercer partido, hombres de vida austera, la mayor parte labradores; solian vivir en comun y ejercitaban algunas virtudes, mas eran ciuda-

danos poco útiles, porque no tomaban interés en los negocios del estado. A estas tres sectas añadió aun otra cuarta el fanático Judas, el cual decia que no debia reconocerse mas señor ni rey que Dios: así es, que cuando Augusto mandó formar un censo de los bienes de los particulares, los discípulos de Judas excitaron una sedicion que solamente logró apaciguar el gobernador de Syria, derramando mucha sangre.

Añádese ahora á esta diversidad de sectas el odio irreconciliable que dividia á los Judíos de los Samaritanos, y se verá cuantos elementos de cisma, de guerra y de ruina habia entre los Judíos, cuando por otra parte estaba la Judea sujeta al capricho, á la rapacidad y á la tiranía de los gobernadores romanos.

Todos los dias llegaban á Roma noticias desagradables de nuevas revueltas, alborotos y sediciciones, lo cual obligó á Neron á enviar contra los Judíos á Vespasiano. Este entró en aquel desgraciado país, caminando con órden, apoderándose de las plazas fuertes, y arrollando hácia el centro á cuantos huían de rendirse, ya por el celo de la religion, ya por temor. Cuando Vespasiano tuvo que dejar la Judea para ir á ocupar el trono del imperio, despues de vencer á su rival Vitelio, encargó á su hijo Tito el sitio de la ciudad de Jerusalen, la cual estaba entónces entregada á los mas horrorosos excesos.

A pesar de verse amenazados los Judíos de todo el poder de Roma, el espíritu de partido, que jamás escarmienta, los tenia de tal modo divididos, que peleaban unos contra otros dentro de la capital, estando ya sitiada. Juan de Giscala, unido con los Zelosos (que así se llamaban los de la secta mas fanática) facilitó la entrada en la ciudad á los Idumeos, los cuales cometieron horribles excesos, hasta asesinar el sacerdote Zacarías. Confiado en sus fuerzas, aspiró entonces Giscala al poder supremo: mas esto mismo dividió á los suyos en dos bandos: y aunque Simon, hijo de Joras, llegó á vencer á Juan, los de una y otra parte continuaron degollándose, acelerando con su insensata division la ruina de la ciudad. Cuando Tito quedó encargado del sitio, pudieron los Judíos haber sacado alguna ventaja de su carácter pacífico y moderado; pero aunque el hijo de Vespasiano empleó todos los medios de dulzura para ganar la voluntad de los Judíos, estos se man-

tuvieron sordos á sus propuestas, y siguieron obtinados en sus odios y en su defensa. Simon se mantenia firme en la parte alta de la ciudad, Giscala en la inferior, y Eliazar ocupaba el templo. La guerra civil seguia con encarnizamiento; los unos peleaban contra los otros, y solo el peligro comun solia reunir sus tropas: entonces acudian unidos á la muralla, y salian juntos de la ciudad para destruir los trabajos y las máquinas de los sitiadores. Pasado el peligro, volvian á su desórden y á sus combates interiores; y muchas veces los mismos que acababan de rechazar y vencer á los enemigos, perecian dentro de Jerusalen á manos de sus hermanos. El odio y la venganza, el fanatismo y la ambicion causaban mas males que la misma guerra; y la porfiada resistencia de los sitiados acabó de llenar de horror la caida de Jerusalen. Cuando las máquinas de guerra y el fuego pusieron á los Romanos en posesion de la ciudad, ya esta no era sino un monton de ruinas cubiertas de cadáveres y de hombres extenuados, que presentaban debilmente sus cuellos á la cuchilla del vencedor.

Admirado Tito de la magnificencia del templo, quiso librarlo del furor de sus soldados, pero estos le pegaron fuego, le robaron y le saquearon. El general romano solamente pudo salvar algunos vasos sagrados y no pocos instrumentos de los sacrificios con los cuales aumentó la pompa de su triunfo. Durante esta guerra de exterminio y de muerte, perecieron un millon cuatrocientos cuatro mil cuatrocientos noventa judíos: tal es el cálculo mas moderado de los que presenta la historia, los prisioneros fueron noventa y siete mil; las murallas y la mayor parte de las casas fueron arruinadas; y las tierras de la Judea se pusieron en venta.

Desde entónces dejó de existir de todo punto el reino ó la nacion de los Judíos, y desde entónces andan estos errantes por todas las naciones del mundo, á pesar de todos los esfuerzos de la civilizacion moderna que se afana en muchos puntos para confundirlos y anivelarlos con la masa general de la sociedad; acreditando así el cumplimiento exacto de las predicciones de Jesucristo. Puede fijarse el fin del pueblo judaico el año 70 de la era vulgar.

Así terminó ese pueblo que remontaba hasta el orígen del mundo, y

cuyos miembros dispersos se conservarán hasta su fin, y hasta quedar cumplido el terrible anatema que ellos mismos fulminaron contra sí: *Caiga la sangre de Cristo sobre nosotros y sobre nuestros hijos!*

La tierra es del Señor; y así como fué objeto de maldicion por causa del hombre cuando este cometió su primer pecado contra Dios, así tambien la gloriosa tierra de Judea fué maldecida y entregada á la «desolacion de muchas generaciones» que habian de pasar sobre ella á causa del horrendo deicidio cometido por aquel pueblo á quien Dios la habia dado, y para el cual está aun reservada en la agonía del mundo, cuando llegue el tiempo en que se convierta y vuelva al Señor Dios de sus padres.

Notas.

(1) Téngase presente lo que dijimos acerca las leyes de repudio y de divorcio entre los Judíos, así en la introduccion de la obra como en la nota 1.ª á la biografía de Agar.

(2) Así se vengó no muchos años antes la muger de Marco Antonio, pinchando con un alfiler la lengua de oro del grande orador romano. Este lujo de atrocidad, último esfuerzo de una rabia frenética, que llegaria á ser ridícula si no fuese tan vil, es propia únicamente de una muger despechada.



[illegible]

[illegible]

[illegible] s en [illegible] y buen en [illegible] y nos lleva [illegible]

[illegible] sentaron en [illegible]



LA CANANEA.

O mulier, magna est fides tua.

(Matth. XV. 28).

Es indudable que la conquista de la Palestina por los Israelitas no arrastró consigo la ruina entera de los indígenas. Muchos tomaron las armas; sucumbieron despues en los campos de batalla, ó fueron inmolados por la dura política del vencedor. Otros huyeron en turbas separadas, ó bien en cuerpo de nacion, sin que el historiador nos haya conservado las huellas de su tránsito. Los restantes se sentaron en el hogar de los conquistadores, ó en países limítrofes, conservando con Israël relaciones de política, de comercio, y hasta de religion. Porque si en un principio no creyeron los Judíos que hubiese obligacion de aceptar y de practicar su ley en los que

no descendian de la sangre de Jacob, no obstante en el hecho, no rechazaron de su seno á los extrangeros, y hasta acogieron de muy buen grado á los que querian seguir las prácticas del culto mosaico. Hay pues fundamento para creer que su doctrina religiosa habia penetrado en las naciones vecinas, y que por sus cuidados mas de una alma fué iniciada en el conocimiento del verdadero Dios.

Con todo, este proselitismo, ni fué muy activo ni muy extenso: hay en el genio de la constitucion hebrea algo de poderoso, pero de exclusivo. Al Cristianismo solo estaba reservado allanar las fronteras de todos los imperios, é invitar todos los pueblos de la tierra al convite de la verdad. Proclamando la unidad de Dios, y de la raza humana con una voz mas fuerte de lo que lo habia hecho el mosaismo; presentando todas las razas y todos los siglos rescatados por la misma sangre de un Dios, poniendo en los labios de todo hombre libre ó esclavo, vencedor ó vencido aquella palabra de esperanza, de gloria y de verdadera fraternidad: Padre nuestro que estás en los cielos; el Evangelio elevaba los espíritus y los corazones sobre las envidias internacionales, y creaba un reino único, del cual puede ser ciudadano todo hombre de buena voluntad, en el cual la verdad es el rey, la ley la caridad, y que tiene la Eternidad por medida de su duracion.

Antes de subir al Calvario para sellar con su sangre una tan dulce y tan sublime doctrina, Jesucristo la habia anunciado por su propia boca, y practicado durante su vida. Él habia venido á salvar lo que se pierde, afirmar lo que vacila, realzar lo que está abatido, curar lo que sufre. Aunque su ministerio no debiera ejercitarse comunmente fuera del recinto de la nacion judía, su mirada llena de ternura abarcaba á todos los hombres, y cuando se le presentaba ocasion, su mano derramaba los milagros sobre aquellos á quienes sus compatriotas llamaban extrangeros.

Cierto dia el Hijo de Dios recorria la Galilea. De las orillas del lago de Tiberiades, habia venido á Nazareth su patria: despues atravesando las tribus de Zabulon y de Aser, se acercó á las costas de la Fenicia, y se adelantó hácia Tyro y Sidon. Deseaba no darse á conocer, pero no pudo quedar oculto, pues la fama de sus obras le prece-

dia á gran distancia. Una muger, cuya hija estaba atormentada del demonio, sabiendo que Jesucristo visitaba aquella comarca, vino á implorar su misericordia. Empezó pues á dar grandes voces diciendo: « Señor, hijo de David, habed piedad de mí. Mi hija está cruelmente atormentada del demonio. » La súplica está establecida y se exije como condicion de los mas preciosos beneficios que Dios concede á los hombres. Pero Dios difiere algunas veces el escucharla á fin de que la perseverancia supla lo que le falta de fervor, ó que por medio de la paciencia aumente el mérito de la plegaria.

Á los gritos de la Cananea, no respondió el Señor. Los apóstoles, ó cansados de las instancias de aquella muger, ó movidos por la piedad, se acercaron á Jesus y le dijeron: «Concededla lo que pide, para que se retire, y no se venga gritando tras nosotros.» Á lo que él respondió: « Yo no soy enviado sino á las ovejas perdidas de la casa de Israël. » Los discípulos se manifestaban compadecidos, y el que es la misma dulzura y misericordia se mostraba severo y duro. Pero la compasion de los discípulos era humana y egoista. « Ella va gritando tras nosotros », decian ellos; y el que deja fluir de sus labios la amabilidad, ocultaba bajo la apariencia de una palabra fria un tesoro de ternura, y solo buscaba como probar y excitar la fé. Porque él penetra los secretos movimientos del corazon, y le gobierna con una ciencia infinita y con una caridad incomparable.

La muger no se cansó y no perdiendo las huellas de Jesus, le siguió hasta la casa á donde se retiraba, y se le acaró, saludándole con respeto y le dijo: « Señor, socorredme :» é imploró vivamente su piedad. Jesus le respondió: « Dejad que los hijos se sacien primero, pues no es justo tomar el pan de los hijos y echarlo á los perros.» Porque aquella muger era de la nacion de los Fenicios, y estos ya fuesen Cananeos ó Griegos de orígen, profesaban la idolatría, y lo grosero de sus doctrinas religiosas daba motivo á imponerles aquella severa calificacion. Pero Dios no hiere sino para curar, y la aparente negativa que tenia que recoger aquella muger extrangera, iba á convertirse en bendicion; como la voz que derribó á Saulo para reconciliarle con la verdad, como la mirada que dejó caer sobre Pedro para arrancarle las lágrimas del arrepentimiento.

La pobre madre, excitada por aquella energía del deseo que no cono-

ce obstáculos, y que convierte las dificultades en instrumentos de buen éxito, confesó que ella pertenecia á las naciones condenadas, y que ella no era del número de los hijos. « Verdad es esto, Señor, pero los perritos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos. » «O muger, respondió entónces Jesus, grande es tu fé, hágase como tu deseas. »

En efecto, la Cananea, al volver á su casa, encontró á su hija curada (1). Brillante ejemplo del poder que se da á la fé, símbolo de lo que acontece cada dia entre nosotros en el órden moral, cuando las súplicas de una madre, de una esposa ó de una hermana logran inclinar el poder de Dios, y arrancan del alma indócil del hombre la enfermedad de la duda, y le libran para siempre del demonio de la incredulidad.

No tardó Jesus en apartarse de aquel lugar, y recorriendo la costa del mar de Galilea, se sentó en un monte, á donde vino á buscarle mucha gente presentándole los mudos, ciegos, cojos, dolientes de todas clases, y á todos los curó con asombro de cuantos lo presenciaron. De sus labios estaban pendientes todas las leyes de la naturaleza, y todos los elementos de la creacion estaban sumisos á su voz. Tres dias estaban ya en su compañía, y no teniendo de que comer, renovó en su favor el milagro del desierto con cinco panes y algunos peces, símbolo tambien de la multiplicacion infinita del alimento divino que habia despues de nutrir el pueblo cristiano en toda la redondez de la tierra, y durante todo el transcurso de los siglos.

Despues de aquel milagro, los despidió. Pasó en seguida en la barquilla á los confines de Meguedan, y entónces fué cuando los Fariseos y Seduceos le suplicaron que les mostrase algunos prodigios, y se los negó. Trasladóse despues á las cercanías de Cesarea, donde interrogó á sus discípulos, y anunció á San Pedro su primado, manifestándoles por último que le era necesario partir á Jerusalen para sufrir los ultrajes de los sacerdotes, los tormentos de su pasion, y morir y resuscitar á los tres dias, y concluyó diciendo: « Si alguno quiere venir conmigo, renuncie á sí mismo, tome su cruz, y sígame. »

Creemos oportuno indicar aquí algunas reflexiones generales acerca el carácter de los milagros de Jesucristo, que acaba de manifestar en favor de la ferviente Cananea el poder que ejercia no solo sobre los fe-

nómenos naturales sino sobre todas las potencias invisibles. Necesario era que Jesucristo hiciese milagros para probar su mision, para acreditar su doctrina, para hacerse reconocer en calidad de Mesías y de Hijo de Dios. De otra parte su caridad para con los hombres le conducia por sí misma á hacer en favor de ellos uso de su poder. Mas él sabia conciliar perfectamente la demostracion de su poder sobre la naturaleza con su profunda humildad, y en la precision en que se hallaba de hacer obras sorprendentes, tomaba todas las medidas para conservarse siempre en la obscuridad.

Todas las especies de milagros estaban á su disposicion y tenia á la mano escoger. Podia obrar de semejantes á los de Moysés, y descargar horribles plagas sobre la incrédula y obstinada Judea. Fácil le era como á Elías, hacer bajar fuego del cielo sobre sus enemigos. Así se lo propusieron sus discípulos contra los de Samaria, que le negaron el paso para regresar á Jerusalen. Mas él los reprehendió diciéndoles: «Vosotros no sabeis á qué espíritu perteneceis. El Hijo del hombre no vino para perder las almas, sino para salvarlas.» Podia obrar señales y prodigios en el cielo. Muchas veces le pidieron los Fariseos prodigios de esta especie, como para dar una prueba de su poder. Pero se los rehusó constantemente, tratándolos de generacion depravada y adúltera, y remitiéndoles á la señal de Jonás, figura de su resurreccion. Indigno hubiera sido de él dar semejantes señales para satisfacer la maligna curiosidad de sus émulos, y aun mas para dar celebridad á su nombre, y adquirirse una vana nombradía.

Los milagros que escogió son de pura beneficencia; no tienen otro objeto que el alivio de las necesidades y de las dolencias humanas: limpiar los leprosos, curar los enfermos, dar vista á los ciegos, oido á los sordos, el uso de los miembros á los cojos y á los paralíticos, librar á los endemoniados, como sucedió con la hija de la Cananea, resuscitar los muertos. Obró estos milagros como sin designio y accidentalmente: no los anuncia; no prepara á ellos los ánimos de los circunstantes para causarles mayor impresion: los obra simplemente, sin aparato, sin ostentacion alguna. Muchas veces deja que ignoren quién es á aquellos mismos á quienes cura, como sucedió con el paralítico de

treinta y ocho años y con el ciego de nacimiento, á quien no se descubrió despues sino en secreto para recompensar su fé. Por diferentes veces recomienda á los que ha curado que á nadie lo digan, como si temiera que no se hagan públicas las maravillas por él obradas. Despues del milagro de la multiplicacion de los panes, habiéndole reconocido cuantos lo habian presenciado por el profeta que debia aparecer en el mundo, y queriendo elevarlo para hacerle rey, huyó y se retiró solo sobre una montaña. Atribuia sus milagros menos á su propio poder que á la fé de los que á él se dirigian. *Idos, muger, vuestra fé os ha salvado, ¡cuan grande es vuestra fé! hágase como vos quereis; si podeis creer, todo es posible al que cree.* Todo, por fin, lo atribuye á su Padre: estas son las obras que le dió para hacer su Padre: él no es mas que el ministro y el ejecutor de sus voluntades. ¡Cuan asombrosa humildad en el que con una sola palabra se hacia obedecer de toda la naturaleza! Ni un solo milagro hallaréis del que podais decir que buscó su propia gloria, ó por el cual quisiese llamar sobre sí la atencion de los demás. Él, no obstante, era Dios; y no hubiera quedado cumplida su mision, sino hubiese sido reconocido como tal. Este era el fin de sus milagros: imprimir en los corazones la fé de su divinidad. Y á juzgar por su conducta, creyérase casi que este fin le fué ageno; que no tenia el encargo de procurarlo, que nada le interesaba, y que á su Padre solo tocaba hacérselo conseguir. Así es como hasta en las obras de su omnipotencia, deja Jesus marcada su humildad.

El don de milagros no es comun. Dios no lo comunica sino cuando es necesario para establecer ó para dispertar la fé. No hay pues necesidad de recomendar la humildad á aquellos á quienes Dios hace participantes de aquella gracia. Perdiéranlo al momento por poco que flaquease esta virtud, bien que esta pérdida no seria para ellos ninguna desventaja. Semejante don no se les concede para ellos, ni produce en ellos por sí solo aumento alguno de la gracia santificante. Es mas para temido que para deseado; porque es muy peligroso que se abuse de él, y que no se consagre enteramente á la gloria de Dios y al bien espiritual del prójimo. Que no pierdan jamás de vista la respuesta que dió Jesucristo á los setenta y dos discípulos al regresar estos de su mision,

cuando llenos de gozo le dijeron: *Señor los mismos demonios nos están sometidos en vuestro nombre.* — *Yo veia á Satanás*, les respondió, *que caia del cielo como un relámpago*, previniéndoles de este modo contra el orgullo y la vanagloria. Y despues añadió: *No os alegreis de que os estén sometidos los espíritus: alegraos sí de que vuestros nombres están escritos en el cielo.* Como si dijera, no es el imperio que nos da Dios sobre los espíritus, sino la práctica de las virtudes cristianas y sobre todo de la humildad, lo que nos merece la felicidad del cielo. Dícese por lo comun, es un santo que hace milagros. Confieso que es un indicio vehemente á favor de la santidad; mas diré de uno con mucha mayor seguridad, haga ó no haga milagros, es un santo, pues que es humilde. Jesucristo supone explícitamente en el Evangelio, que con el don de milagros se puede ser reprobado: Muchos me dirán en aquel dia: *Señor, ¿no hemos en vuestro nombre arrojado los demonios, y obrado en vuestro nombre gran número de milagros? Y yo les responderé entónces: No os conozco; apartaos de mí, vosotros que sois fautores de iniquidad.* En aquel mismo dia del juicio, el hombre humilde, aunque haya sido pecador, no será desechado, Jesucristo le dará una favorable acogida; así nos lo asegura en la parábola del fariseo y del publicano.

Notas.

(1) La materia de que estamos tratando nos ofrece oportunidad para dar razon de una cosa que deja alguna repugnancia á personas muy distantes del espíritu de incredulidad, pero poco instruidas en el fondo de la religion, y á quienes no mueven tanto los milagros que obró en los endemoniados, de que está llena la historia de Jesucristo.

Mucho tiempo habia que el mundo adoraba los demonios sin saberlo, y que estos espíritus de la mentira habian usurpado el culto debido únicamente á Dios. Tenian en toda la tierra templos y altares, y bajo falsos nombres se daban por los árbitros del cielo y de la tierra, y de toda la naturaleza. Jesucristo venia para entrar en su imperio, y arrojar de él al usurpador. Venia para aniquilar al impío con el soplo de su boca, como habia sido prenunciado por los profetas. Era menester ante todo darlo á conocer á los hombres, y manifestarles la malicia y debilidad del que los habia seducido; y para esto no habia medio mas corto ni mas palpable que permitir á aquellos espíritus maléficos entrar en el cuerpo de algunos hombres, á quienes causasen únicamente espantosas convulsiones y accidentes funestos que los hiciesen detestables, y arrojarlos luego con ímpetu y con una sola palabra, lo cual manifestaba su impotencia y su debilidad, y al mismo tiempo su miseria y su reprobacion.

Por este motivo, cuando Jesucristo quiso manifestarse, permitió á los demonios que se manifestasen tambien: porque consintiendo que ellos remedasen en cierto modo su encarnacion, los cogió en los mismos lazos que ellos tendian al hombre, haciendo servir la presa misma de que estaban hambrientos para tenerlos cautivos, á fin de que, haciéndose visibles en un sentido y corporales, uniéndose al cuerpo del hombre con el designio de dañarle, y siendo atados con las cadenas urdidas por su malicia, fuesen así conducidos delante de su juez y de su Señor, con-

denados por él públicamente como espíritus impuros, y arrojados despues del templo interior que habian usurpado para contaminarle, y de todos los templos exteriores, en donde encubrian bajo una falsa magestad el mas vergonzoso abatimiento y la mas profunda miseria de que es capaz la criatura.

Por este medio tanto el rey legítimo como el usurpador eran muy fácilmente reconocidos; porque el uno no hacia sino bien al hombre, que le era súbdito; y el otro no hacia sino atormentar al hombre, despues de haberle seducido. El uno, con solo mostrarse y hablar hacia huir á su rival; y el otro se veia forzado, á pesar de su orgullo, á prosternarse delante del soberano cuyo nombre habia usurpado, y á reconocer delante de los mismos á quienes habia engañado que él nada podia ni aun sobre las mas impuras bestias, que no tenia derecho en ningun punto de la tierra y que su verdadera mansion era el abismo.

Cada energúmeno que se conducia ante Jesucristo era la prueba sensible de esos puntos esenciales de la religion. El uno habia sido hecho sordo, ciego y mudo, todo á la vez, por un solo demonio. Al otro arrojaba el suyo ya al agua, ya al fuego, á fin de que allí pereciese. El uno se sentia atormentado de unos dolores los mas crueles, aquel tenia que ir encorvado con violencia, de manera que no podia mirar al cielo. Todos estos desdichados venian con tan crueles síntomas á Jesucristo para que los curase, y él los despachaba libres, ó con una palabra, ó con el contacto de sus manos; y forzando á los demonios á confesar su nombre y su divinidad, les cerraba en seguida la boca como á espíritus de mentira que publicando la verdad la deshonraban.

Así es como Jesucristo, segun expresion de un Apóstol, señalaba todos sus pasos por algunos beneficios, curando todos aquellos á quienes tenia el demonio en la opresion y en la miseria. Mas no limitaba su misericordia á estas gracias exteriores; pues se servia de ellas únicamente para mostrar la diferencia en el rey legítimo y el tirano, y para hacer ver que habia venido con el fin de destruir la obra del demonio, para arrojarle del cuerpo del hombre, para quitarle sus armas, aboliendo los desórdenes de la concupiscencia, y para aniquilar su poder cimentado sobre la ignorancia y el egoismo, derramando por todas partes la luz de la doctrina y el fuego de la caridad.

La oposicion entre estos dos reinos, es decir el de la luz y el de las tinieblas, se hubiera hecho menos palpable al comun de los hombres, sin la extrema diferencia que ponia entre los dos reyes el libramiento de los poseidos por el demonio. Y por esta razon los casos de los endemoniados continuaron en ser frecuentes despues de la resurreccion de Jesucristo, á fin de que sus Apóstoles y sus discípulos demostrasen á todo el mundo, y sobre todo á los Gentiles, cual era su poder sobre unos espíritus que hasta entonces habian engañado á todos los hombres: porque no se contentaban con arrojarlos en nombre de Jesucristo, sino que les obligaban muy á menudo á confesar que eran espíritus de seduccion y de engaño, que hasta entonces se habian ocultado bajo el nombre de falsas divinidades, y que

eran los mismos que exigian por todo el mundo y en el Capitolio honores divinos. Este reconocimiento, proferido delante de aquellos mismos á quienes ellos habian engañado, servia infinitamente para el progreso del Cristianismo, como nos lo dice Tertuliano, el cual no vacila en asegurar en un escrito presentado al Emperador y al Senado: que todo cristiano qne haya conservado la integridad de su bautismo, obligará por sus exorcismos al demonio á confesar en presencia de aquellos, que él se hace adorar por ellos no obstante de ser un espíritu de tinieblas, condenado á eternos suplicios. Y añade el mismo autor con plena seguridad, que consiente en que se haga morir á este cristiano, y del modo mas cruel que se quiera, si la experiencia desmintiese esta asercion.

Ya puede verse en otras partes el testimonio que el espíritu mas maligno se veia forzado á tributar no solamente á Jesucristo, sino tambien á sus mártires, y hasta á las cenizas de estos; pero baste lo que acabamos de decir, y creemos que despues de esta aclaracion que hemos dado, las mismas personas que pasaban mas ligeramente sobre los milagros de Jesucristo con respeto á los poseidos del demonio que sobre los demás, reconocerán la necesidad de tales milagros, viendo mejor su enlace con la mision de Jesucristo, y con el fin de su ministerio.

35



LA SAMARITANA.

Si scires donum Dei !
(Joan. IV. 10).

Hay en el hombre tres vidas, por las cuales responde á todo lo que existe: la vida del cuerpo, que le pone en relacion con el mundo material; la vida de la razon, que le hace compañero ó conciudadano de las criaturas inteligentes, y la vida de la fé, por la cual se une á Dios, fuente de luz, caridad infinita, belleza incorruptible.

Estas tres vidas están llenas de una enérgica actividad: llenan la historia con el ruido de sus movimientos; están unidas con el bienestar, con la ciencia y con la religion, que no pueden perecer sino con la humanidad, y producen á fuerza de sudores, de lágrimas y de sacrificios dos obras eminentes. La

una temporal y relativa al género humano en su conjunto; la otra eterna, y relativa á cada uno de nosotros, como si dijéramos que la una influye sobre la civilizacion en general, y la otra sobre nuestro destino personal.

Estas tres vidas se reconcentran en la unidad de la conciencia humana. Como principio de todos nuestros actos, deben desarrollarse paralelamente de una manera subordinada ó soberana segun su valor propio: porque los sentidos son menos nobles que el espíritu, y el espíritu lo es menos que la gracia divina: de ahí viene que el cuerpo no tiene derecho contra la razon, ni la razon la tiene contra la fé. Pero en el hecho, estas tres vidas se hallan en un estado de antagonismo perpetuo, y la unidad de la conciencia humana en donde deben juntarse y armonizarse, es el turbulento teatro de una lucha inextingnible: la existencia no es mas que un belicoso esfuerzo para llegar á un término final, al que no puede llegarse de otra manera, bien sea hombre, bien sea pueblo; y esta guerra no es otra cosa que la hostilidad de fuerzas diversas que en nosotros se agitan, como si tuviesen algo de implacable.

El Cristianismo, pues, vino á explicar el orígen y las condiciones de esta guerra, trazar su estratégia, indicar de antemano los resultados, y prometer á los esforzados y á los cobardes recompensas y castigos determinados. El Cristianismo falla sin apelacion que los sentidos nunca jamas deben triunfar ni sobre la razon, ni sobre la fé, porque la suprema ley del hombre no está en su organizacion, y porque su gloria suprema no consiste ni en conservar su vida física ni su salud; pronuncia asimismo, que el consagrar el cuerpo al trabajo, al sufrimiento y á la muerte por la familia, por la patria y por Dios, no es perderlo sino transfigurarle en la gloria. Asimismo enseña el Cristianismo que la razon es el espíritu del hombre, que la fé es la razon de Dios, y que así, tanto como el hombre está subordinado á Dios, tanto la razon debe estar subordinada á la fé: enseña, que pedir á la razon un acto de fé, no es humillarla y mucho menos destruirla, es elevarla, extenderla, afirmarla, así como el espíritu, que cuando modera los instintos de los sentidos, lejos de rebajar ni de matar el cuerpo, le dirige, le protege, le ennoblece.

Tan pura y tan armoniosa doctrina es fuertemente rechazada por todos aquellos cuyas preocupaciones y actos combate: con todo ella es el fiel resúmen del Evangelio, y ella es la que salió de los dulcísimos labios del Salvador de los hombres. El que la estudia la ama; quien la practica, la comprende; el que llega á conocer su suavidad desea despertarla en todas las almas, repitiendo aquella palabra de Jesus á la Samaritana: Si supierais lo que ella es!

El Hijo de Dios predicaba públicamente el Evangelio hacia ya algunos meses, y santificaba por las aguas del bautismo al pueblo que iba á escucharle, y que creía en él. No pudiendo sufrir los Fariseos, que nadie ejerciese en nombre de las doctrinas religiosas una influencia que pretendian ellos reservarse exclusivamente, supieron con despecho que Jesus atraía la multitud, y contaba ya con numerosos discípulos. Manifestaron pues abiertamente su envidia; y el Señor, que conoció sus malas disposiciones, resolvió dejar la Judea y el país de Jericó en donde se encontraba, y retirarse á Galilea, no tanto para librarse de la persecucion, como para alumbrar sucesivamente con la antorcha del Evangelio las diversas tribus de Israël.

Para pasar del país de Jericó á Galilea, debia atravesarse la provincia de Samaria. Esta provincia estaba habitada por colonias caldeas, que el asirio Salmanazar habia puesto en lugar de los Israëlitas conducidos cautivos á Ninive. Una profunda enemistad los separó siempre de la nacion Judía, ya porque su presencia recordaba la conquista, ya sobre todo porque estas colonias habian traido de su país el culto de los ídolos, y al adoptar la ley de Moysés, la habian disfigurado con la mezcla de instituciones paganas, y en lugar de ir á Jerusalen para ofrecer allí á Dios los sacrificios prescritos, levantaron un templo sobre la montaña de Garizim, en las cercanías de su capital. Los mutuos sentimientos de odio y de desprecio se perpetuaron entre las dos razas, y duran todavía; porque hay restos de Samaritanos en Syria y sobre todo en Napluza, la antigua Sichem.

Atravesando Jesus el país de Samaria, llegó á los alrededores de la ciudad, cerca de la heredad que Jacob habia dado á su hijo José, y que le habia costado cien corderos entregados en cambio á los hijos de Hemor.

Habia allí una fuente de agua viva, que se llamaba aun, despues de dos mil años, el pozo de Jacob. Jesus, cansado del viaje, se sentó junto á la fuente para descansar. Sus discípulos habian ido á la ciudad para procurarse víveres.

Una muger de Samaria vino á sacar agua de la fuente. «Dame de beber, le dijo Jesus.» — «Vos que sois Judío, respondió ella, ¿cómo me pedís de beber á mí que soy Samaritana? Porque los Judíos no comunican con los Samaritanos.» «Si conocieras el don de Dios, contestó Jesus, y quien te pide de beber, tal vez tú le harias la misma demanda, y él te daria agua viva.» Esta agua viva es la que apaga el hervor de las pasiones, amortigua el ardiente deseo de los bienes perecederos, y hace al alma fecunda en buenas obras: agua verdaderamente viva pues que viene de Dios, y á él vuelve, arrastrando consigo las almas que ha refrigerado durante su curso. Á las orillas de este rio misterioso es donde tantos espíritus elevados y tantos corazones rectos han venido por espacio de diez y ocho siglos á buscar el reposo, el refrigerio y la sombra, y arrraigar su vida, como una planta cuyas raices tocan á la tierra, pero cuya cima florece para el cielo.

La Samaritana replicó: «Señor, vos no teneis con que sacar el agua, y el pozo es muy profundo: de dónde pues sacariais el agua viva? Sois por ventura mas grande que Jacob nuestro padre, el cual nos dió este pozo del que bebió él, y han bebido sus hijos y sus ganados?» Los Samaritanos no descendian de Jacob; pero habia entre ellos algunas familias Israelitas que el vencedor no habia trasladado á Ninive, ó que habian vuelto al suelo natal despues de una larga cautividad. Además, el haber adoptado los Samaritanos la ley mosaica y el haberse confundido políticamente con los Judíos infieles, ponia naturalmente sobre sus labios el nombre de Jacob y de los principales gefes de la raza hebrea, como si hubiesen considerado á los patriarcas como otros tantos progenitores suyos.

Jesus, elevando gradualmente el espíritu de la Samaritana sobre las cosas terrestres, le dijo: «Todo aquel que bebe de esta agua volverá á tener sed; pero el que bebiere del agua que yo le daré, nunca mas tendrá sed; pues del agua que yo le diere surgirá en él una fuente hasta la vida eterna.» El que tiene en su alma el espíritu de Dios, como que posee el

orígen de todos los goces y la plenitud de la felicidad, pierde el gusto y la sed de los goces terrenos, porque su pecho hierve en la llama de la caridad que enciende en él este espíritu divino. Esta felicidad no tendrá su perfecto cumplimiento en la vida del tiempo; mas cuando este cuerpo corruptible fuere revestido de una bienaventuranza inmortal, entónces se cumplirá perfectamente la palabra de Jesucristo, que no tendrá ya sed en toda la eternidad, y que del agua que le dará se hará en él una fuente que saltará hasta la vida eterna.» La expresion ó imágen literal del texto parece tomada de aquellas aguas vivas, que conducidos por canales desde unos lugares mas elevados á otros mas bajos, forman surtidores, por los cuales salta el agua hasta la altura de su orígen.

El ojo del alma de la hija de Samaria no estaba abierto todavía á los resplandores del mundo espiritual, y el agua vivificante de la palabra divina no habia aun derramado sobre su corazon la ciencia de salud: tan encorvada estaba hácia la tierra, y tan oprimida la tenia la vida de sus sentidos.

Por esto Jesus haciendo brillar á sus ojos una luz penetrante, y á sus oidos una voz acusadora, añadió: «Id, llamad á vuestro marido, y venid á este lugar.» —«No tengo yo marido» respondió ella.—«Razon teneis para decir que careceis de marido: pues habeis tenido cinco, y el que teneis ahora no es el vuestro. Y en esto habeis dicho verdad.»

Hasta entonces parece que aquella muger no entendia el verdadero sentido de las palabras de Jesucristo, y que no elevando la idea mas allá de una agua natural y comun, se la pidió al Señor con el deseo de verse libre de la fatiga de ir á buscarla. Mas el Señor, para darle una prueba de que era mas que hombre el que le hablaba, le descubrió en breves palalabras la serie vergonzosa de su vida pasada y el desarreglo de la presente. En tanto que el Señor no llegó á lo mas vivo del corazon, tocando sus llagas con el dedo, podia parecerle chanza; pero convencida de su propia conciencia, y acusada por el remordimiento y reconociendo que solo es dado á Dios el penetrar los senos recónditos del alma, empezó á mirar al Señor con otro respeto y con otros sentimientos. Aquella increpacion llena de dulzura conmovió á la Samaritana, é hizo la confesion de sus faltas con aquella sinceridad que provoca

el perdon. «Señor, le dice, yo veo que vos sois un profeta.» Deja ya las ideas groseras de la tierra, que hasta allí habia tenido, y pasa á proponer un punto de religion en que consistia principalmente la division que habia entre Samaritanos y Judíos. Y señalando al monte Garizim que estaba cercano y sobre el cual los Samaritanos habian en otro tiempo edificado un templo para las ceremonias de su culto religioso, dijo: «Nuestros padres adoraron sobre aquella montaña, y vosotros decís que en Jerusalen está el lugar donde se debe adorar.» — «Créeme, muger, le dice el Señor, llegado ha el dia en que ni sobre este monte ni en Jerusalen adorareis el Padre. Vosotros adorais lo que no conoceis, y nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salud viene de los Judíos. El tiempo llega, y ha llegado ya en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y verdad, pues tales adoradores son los que quiere el Padre. Dios es espíritu, y aquellos que le adoran deben hacerlo en espíritu y en verdad.» Estas palabras caracterizan el nuevo culto que presto debia tomar posesion del mundo, y que poniendo en el lugar de víctimas comunes una sola víctima de un precio infinito, iba á asociar para siempre la conciencia de cada hombre á este inmortal y poderoso holocausto.

El Señor describe aquí en breves y precisos términos la abolicion de las ceremonias y sacrificios tanto de los Judíos como de los Samaritanos, y la universalidad del culto del verdadero Dios y de la fé de la nueva alianza: increpa el ciego culto de los Samaritanos, á quienes decia que adoraban lo que no conocian, pues su culto era una mezcla informe de supersticiones idolátricas, con alguna idea del verdadero Dios, con el cual confundian las deidades de otras naciones, y tan extravagante politeismo formaba un verdadero contraste con la religion Judía que se dirigia al grande Jehová, con exclusion de todos los demás dioses. Por esto Jesus, declarándose como Judío, afirma que ellos, los de su país, adoran lo que conocen, y le adoran en el lugar ordenado por el mismo Dios, que es la ciudad y el templo de Jerusalen, anunciándole por último á aquella muger, que la salud, ó sea el Cristo de la salud, debia nacer entre los Judíos, porque á ellos principalmente les fué prometido.

Indicóle además la diferencia aun en este mismo culto dado al verda-

dero Dios, por cuanto el que hasta entonces le habian dado los Judíos era casi puramente exterior, y consistia en ceremonias exteriores y figurativas; y el culto que en adelante debian darle sus verdaderos adoradores era principalmente espiritual é interior, salido del doble homenage del pensamiento y del corazon, sin por esto excluir el homenage del cuerpo para completarle, ardiente y síncero en lo interior, y por de fuera sublime y majestuoso: no pudiendo Dios ser honrado sino con la pureza del espíritu y del corazon, porque siendo Dios espíritu, pide un servicio que sea correspondiente á su naturaleza.

«Yo sé, rospondió la Samaritana, que el Mesías llamado Cristo vá á venir, y que cuando viniere, nos revelará todas las cosas.» «Yo lo soy, que hablo contigo» añadió el Salvador con aquella secreta fuerza de revelacion que penetra hasta en las profundidades de la conciencia, para exitar en ella el doloroso y saludable temblor de los remordimientos, ó la persuacion íntima de la verdad. En estas últimas palabras llegaron los discípulos de Jesus. La Samaritana no esperaba el Mesías del mismo modo que los Judíos; pero aquella muger, aunque no podia conocer aquel con quien hablaba, mostraba no obstante un corazon sencillo y un grande deseo de conocer la verdad; y por esto el Señor, la encontró digna de que él mismo le descubriese claramente quién era, derramando instantáneamente sobre aquella alma dichosa todo el acopio de luz que le era necesaria para conocerle, adorarle y amarle.

Los discípulos, que no acostumbraban á ver á Jesus conversar con mugeres, no dejaron de sorprenderse, pero sin sombra alguna de recelo que pudiese ofender á su Maestro, pues este que leia en su pensamiento, se lo hubiera ya increpado. Admiraron sí la humanidad profunda del Salvador y aquella bondad admirable, que no se desdeñaba de conversar con aquella pobre muger, aunque fuese de Samaria.

Esta pues, lleno el pensamiento de la felicidad que acababa de encontrar, se olvidó de lo mismo que allí la habia conducido, pues dejó su cántaro, y se ocupó solamente en participar tan feliz nueva á los habitantes de la ciudad, animándole asimismo el espíritu de caridad de que todos participasen del mismo bien. El Señor que habia infundido su gracia y su fé en el corazon de aquella muger, le inspiró asimismo

prudencia y sabiduría, sin cuyas virtudes no puede ser perfecta la caridad. Si hubiese, al llegar, gritado á grandes voces: Venid corriendo á ver al Cristo, la hubieran tenido por loca, y nadie la hubiera creido. Pero ella se limita á decir: «Venid á ver á un hombre que me ha revelado todos los secretos de mi vida. ¿Si será este el Cristo?» Ved ahí un anuncio interesante, humilde al mismo tiempo. Por de pronto les dá una prueba de que el personage que ha encontrado es un gran profeta, porque penetra en lo mas oculto del corazon, y esto envuelve una implícita confesion de su vida licenciosa harto conocida de todos. De otra parte, limitándose á proponer la verdad bajo la forma de la duda, esquivaba el reproche de una afirmacion atrevida en boca de una muger sin instruccion ni autoridad, y picaba al mismo tiempo la curiosidad de cuantos la escuchaban, empeñándoles á reconocer por sí mismos una verdad, de que ella estaba ya convencida, pero que presentándola como dudosa mostraba una especie de deferencia al resultado de las investigaciones y al criterio de los que podian conocerlo mejor que ella. ¿Si será este el Mesías que esperamos?

Los discípulos, de su parte, rogaron á Jesus que tomase algun alimento; y él se aprovechó de esta indicacion para recordarles que el alma debe tomar siempre su alimento; porque si el cuerpo se desarrolla y conserva su existencia por medio de alimentos materiales, á su vez el alma saca su fuerza y su vida de un género de alimentos que le es propio: el cuerpo vive de lo que come, el espíritu de lo que conoce, el corazon de lo que ama. «Yo tengo para comer un manjar que vosotros no sabeis» les dice Jesus. —¿Le habrá traido alguno de comer? — se preguntaban entre sí los discípulos. «Mi comida es hacer la voluntad de aquel que me ha enviado, y que cumpla su obra. ¿No decís vosotros que aun hay cuatro meses hasta la siega? Pues yo os digo, alzad vuestros ojos, y mirad los campos que están ya blancos para segar. El agua del pozo de Jacob, el alimento traido por los discípulos, el aspecto de las campiñas, de todo se servia Jesus para elevar el pensamiento de sus oyentes mas allá de las cosas terrestres: dirigia su mirada divina hácia el mundo espiritual y les hacia ver que los pueblos como ricos campos cultivados por el Labrador celeste, las almas de los

hombres como espigas ya amarillentas bajo el sol de la divina misericordia, aguardan la mano del operario apostólico que debe cogerlas en la fé, y llevarlas, como frutos ya sazonados, en la casa del padre de familia, que es el cielo y la eternidad (1).

El que trabaja en la siega divina de la conversion de los hombres recibirá una recompensa proporcionada á su trabajo; y los frutos que recoge no son para la vida del tiempo, sino para la eternidad. Por esto añadió el divino reparador á aquellos operarios que allí delante tenia: «Es una verdad lo que dicen, que uno es el que siembra y otro el que siega: yo os he enviado á segar la que vosotros no labrasteis, otros lo labraron, y vosotros habeis entrado en sus labores:» aludiendo sin duda á que Moysés y los Profetas habian preparado la tierra y la habian sembrado, sin poder ver el fruto de sus trabajos: pero los apóstoles, que vinieron despues, le recogieron en las inumerables conversiones que lograron en poco tiempo, y casi sin trabajo. Y como no pueden entrar envidias ni celos entre operarios que solo trabajan con el fin de la gloria de Dios, los profetas no quedaron menos satisfechos por el feliz éxito que preveían en la predicacion de sus sucesores los Apóstoles, de lo que lo quedaron estos mismos sucesores.

Entretanto por el testimonio de la Samaritana, muchos habitantes de la ciudad vinieron á encontrar á Jesus, suplicándole que se quedase con ellos, y permaneció en efecto por dos dias. Su palabra convirtió á muchos de ellos, y decian despues á la muger afortunada: «Ya no creemos por tu dicho, pues nosotros mismos le hemos oido, y sabeque es en realidad el Salvador del mundo.»

Así fue arrancada á su vida delincuente y conducida á la verdad y á la virtud aquella muger á la cual habia seducido el encanto de los sentidos: de esta manera fué llamada á aquella vida superior que las almas beben en las puras corrientes de la fé, y que el Evangelio ha dado á conocer á todos los pueblos. No es esto porque la carne no sea santa en su orígen, como todo lo que sale de las manos de Dios; pero ella decayó de su dignidad originaria: desposada con el espíritu, no siempre le guarda fidelidad, y en su flaqueza hace con frecuencia traicion á su sagrado destino. Por esto el Verbo de Dios quiso revestirse

de ella, para restituirle la dote de su pureza y de su santidad eclipsada: por esto tambien está sujeta acá en la tierra á un trabajo de rehabilitacion, que tan considerable lugar ocupa en las numerosas dificultades de la vida humana. Combatirla y domarla es lo que ciertos hombres llaman absurdo, y que el Evangelio llama sublime; porque estos hombres tienen los ojos fijos en lo mas bajo de la tierra, y toman los gustos cenagosos del cuerpo por una revelacion de nuestros supremos destinos: mientras que el Evangelio mira hácia arriba, y vé nuestra naturaleza tal como Dios la hizo, es decir con todas sus esperanzas, todos sus derechos y todos sus deberes.

Resueltos á amenizar en lo posible la lectura de estas biografías, hemos encontrado en la variedad de cuadros del Antiguo Testamento mayor facilidad para conseguirlo, que en la severa magestad de las escenas que el Nuevo nos presenta. Parece ademas que la perspectiva lejana de los tiempos primitivos permite mayor libertad á la fantasía, y da márgen á que el genio se esplaye en mas risueñas y pintorescas creaciones. La nueva ley presenta ya desde luego en sus héroes un carácter distinto, porque la dignidad del hombre rehabilitado por el mismo Dios aparece con un colorido de abnegacion santa, y de aquella íntima comunicacion del alma con el cielo, que si bien mas augusta y sublime, no se presta tanto al variado colorido de las formas. Dios lo llena todo, y la mano del hombre tiembla de respeto cuando está presente la Humanidad divina.

Sin embargo un corazon de muger nos ha facilitado el poder continuar un bello episodio que abraza los resultados de la conversion de la Samaritana, sobre los cuales guarda silencio el sagrado texto. Al mismo tiempo que este cuadro interesa por su candidez y ternura, es el mas suave pasto que puede darse á la piedad y á la pintura de los prodigios del amor divino. Todas las almas delicadas, sea cual fuere su posicion y su temple, esperamos que nos agradecerán nuestros buenos deseos.

Despues de una semana, y algo mas, esta muger de Sichar (2) á quien habia hablado Jesus en la montaña, estaba sentada en su casa y lloraba. La voz poderosa y triste, severa y á la par consoladora que

habia dicho: Oh! si conocierais el don de Dios! aquella voz resonaba sin cesar á sus oidos, y retraia su corazon de sus largos extravíos. Sueños de inocencia desvanecida, secretos arrepentimientos, no confesados aun de ella misma, turbaban su espíritu. Repasaba en su imaginacion sus dias que se habian deslizado entre la febril embriaguez de las pasiones, y el rubor coloraba por un momento su faz, que muy pronto palidecia de nuevo con la amargura de sus recuerdos. Y aquel pobre corazon, por tanto tiempo lleno de los sentimientos tumultuosos de la tierra, volvíase aun á pesar suyo hácia lo que habia tanto amado, porque la gracia le habia sorprendido en medio de una afeccion mas profunda y mas ardiente que cuantas hasta entonces le habian agitado; y ella palpitaba todavía como bajo el peso de los nuevos pensamientos que germinaban en su pecho, junto á los que no la habian del todo abandonado, y su alma gemia en la turbacion y en la angustia.

—Saphan no vendrá pues? se decia en medio de la inquietud de su espíritu, él ha ido á vender sus ganados y su herencia para fijarse para siempre á mi lado. Yo habia exigido esta prueba de su amor, continuaba, hablando consigo misma. Queria yo que todo lo dejase por mi amor, como yo hubiera dejado por él todos los bienes de la tierra..... pero á los del cielo, ¡como renunciar ahora que han brillado ya á mis ojos! Y ahora? que vá él á pensar, volviéndome á encontrar tan otra de lo que me dejó? Mas se replicaba, y crecia la palidez de su rostro, y su seno se levantaba mas agitado, ¿quién puede prever si volverá?.... Un año de constancia le habrá cansado tal vez. De otra parte una esposa jóven y bella, ornada sin duda, ay! de toda su inocencia, le aguardaba al lado de su padre..... ¿Quién sabe?.... quizá no volverá mas. Mejor seria esto, que tener que separarse..... pero no verse mas ... Oh! Dios mio! muy débil soy todavía! me costará la vida.

Así hablaba Saraï, la bella Samaritana, conocida hasta entonces en Sichar por sus infortunios y por el atractivo de sus gracias, á las que pocos hombres sabian permanecer insensibles. Mas hoy su hermoso semblante está obscurecido por las lágrimas, y Saraï se vé abismada en amargos recuerdos mezclados de previsiones mas amargas todavía.

Saphan era jóven, era bello, y Saraï le habia amado con locura. Habia esperado ser su esposa: pero Saphan era un hijo de Israël, y el orígen extrangero de los habitantes de Samaria, así como las diferencias que dividian su culto y sus creencias, hacian imposible toda mutua alianza. Entonces Saraï habia endulzado sus labios con la miel de sus palabras: habia arrojado sus miradas de fuego, habíase perfumado sus cabellos, y puesto cada dia los hermosos vestidos de fiesta. No tardaron sus encantos en embriagar al jóven hebreo, y á semejanza del hijo pródigo, todo lo habia dejado por ella, transformada ahora, con una palabra del Salvador y que de lo pasado no conserva ya mas que un corazon turbado pero arrepentido. Y sus lágrimas corrian todo el dia, y por la noche, abismada en sus tristes pensamientos se decia: Ah! si él hubiese como yo escuchado la voz de Cristo, su alma se hubiera seguramente conmovido como la mia, y los dos juntos seguiríamos donde quiera el Salvador, para escuchar siempre los acentos que hacen levantar los muertos de sus sepulcros y los pecadores del abismo de sus pecados. Pero, me querrá creer, á mí, pobre muger, sin ciencia y sin autoridad? Oh Dios mio! yo no espero sino en vos!

Saraï rogaba con ardor para ella y para aquel otro ella misma, que queria tambien salvar. Porque, ¿hemos de decirlo? el cielo, y sus delicias, y sus dias eternos parecen apenas apetecibles al corazon de una nueva neófita, conmovida aun con las pasiones de la tierra, sin aquel á quien espera ó encontrar allá, ó arrastrar consigo. Ah! porque el rayo que lleva en su corazon es un rayo perdido del amor eterno, que debe ser vuelto á él, despues de haber abrasado el seno que le habia recibido para otro uso.

Al caer de aquel dia, despues de una luna de ausencia, pareció Saphan á la puerta de la casa de Saraï, y como conocia el secreto, la abrió sin dificultad.

Al entrar en la habitacion baja que habitaba la jóven, dejó su aljaba y su palo de viaje, y adelantándose hácia ella, le dijo en un tono que manifestaba una fuerte emocion: Saraï, ya me tienes de vuelta y á tu lado... He dado un adios, como tú lo has querido, á mi padre,

á mi pobre madre, á mis hermanos, al techo que me vió nacer, á la que me estaba destinada para esposa. He roto todos los lazos que podian alejarme de tí..... Su semblante apareció como sombreado por una nube, pero pasando una mano sobre su frente, como para ahuyentar una idea importuna, continuó: —Ven, Saraï, hágame mi amor olvidar todo cuanto he dejado por tí! —Pero Saraï permanecia trémula lejos de él, y no adelantaba. Las sombras empezaban á subir al horizonte; un postrer rayo del sol al morir atravesó las rendijas de la ventana, iluminando los negros cabellos de Siraï, y dorándolos con un brillante reflejo. Pero su rostro estaba en la obscuridad. Acercóse Saphan y la miró: estaba inundada en lágrimas.

—¿Que ha sucedido, replica algo bruscamente el jóven; de donde viene tan estraño recibimiento? No, tú no me recibias así.... ¿Ha sido tal vez demasiado larga mi ausencia, para la constancia de un corazon de muger? Soy olvidado? habla, alomenos.

Un suspiro de Saraï fué toda su respuesta. Estas palabras de su amante le hicieron conocer toda la profundidad de su abyeccion, pues podia creerse tan versatil su corazon, y capaz de cambiar tan pronto de objeto. Saphan la examinaba con ojos de sospecha. Continuó pues, y su voz temblaba en la cavidad de su robusto pecho: —Dímelo, ¿he obrado mal en dejarlo todo por amor tuyo?.... Oh! si pudiese así creerlo, siguió en la angustia que le agitaba.... dilo, dilo, Saraï! Tan presto vas á vengar á mis padres y á mi jóven prometida del abandono inesperado en que les acabo de dejar? Mi padre, á quien Dios bendiga y consuele, mi padre, el sabio anciano, me lo ha dicho ya, que tú los vengarias un dia á todos. Pero yo en mi ceguera y en mi amor insensato, no he querido creerle. Y tú eres la que tan pronto debes convencerme? Y estaba mirando á Saraï, y sus ojos expresaban una desconfianza mezclada de cólera y de dolor.

Saphan! exclama ella, yo os amo siempre! oh, sí, siempre lo bastante para morir por vos si teneis necesidad de mi vida. —Y pues! dijo Saphan con un acento de fiereza. — Durante vuestra ausencia han pasado aquí en estos lugares algunas cosas... de las que yo hubiera querido que fueseis testigo, Saphan, y estas cosas me han dado á conocer

que otros pensamientos, muy diferentes de los de la tierra, deben llenar el espíritu de las criaturas de Dios.

Saphan en pié, con los brazos cruzados y contraidos, miraba á aquella muger conmovida y palpitante, y no sabiendo leer en el fondo de su alma que suerte de agitaciones la turbaban, en un terrible acceso de furor contenido, exclamó: — Ah! corazon de muger, mas inconstante que las ondas móviles del mar! qué extravío de pensamiento, qué vértigo se apoderó del que creyera poder descansar sobre tí! O desdicha! yo era pues un insensato? — Saphan, querido Saphan, no me maldigas, exclamó ella echándose de rodillas delante de él y besando sus manos con un dolor inmenso. Oh! no me oprimas, no me mates con ese horrible menosprecio que leo en tus ojos. No, no lo creas así: no ha cambiado mi corazon, es tuyo, es demasiado tuyo; te ama á tí únicamente, y jamás le poseerá otro. Pero escucha, ha brillado á mi vista una nueva y súbita luz, que me ha mostrado mi nada y mi miseria. He comprendido, he sentido misterios desconocidos, cuya sublimidad me ha aterrado. Una voz me ha hablado. Oh! Saphan! si conocieses tú tambien el don de Dios! — ¿Qué quieres decirme? Estas palabras son para mí incomprensibles. Y Saphan arrojaba sobre la jóven miradas de acriminacion, acompañadas de un desden profundo. Parecia decirle: ¿Así es como pagas todos los sacrificios que por tí he hecho?

Pocos hombres saben cumplirlos, sin echarlos menos al momento, pues no acostumbran hacerlos sino á sus pasiones, siempre prontas en transformarse en pasiones contrarias. Saphan se habia dejado sorprender por cariñosas palabras de una muger bella y apasionada. Habíase abandonado sin defensa á sus seductoras gracias. Subyugado por sus encantos, nada le habia costado la resolucion de romper por ella todos los lazos que unen á los hombres entre sí. Todo lo habia roto bruscamente y sin pesar, á fin de seguir sin trabas sus inclinaciones. Mas ahora que sospecha de su constancia, ahora quizás, que habia destruido todos los obstáculos que entre los dos se levantaban, su pensamiento le ofrecia de nuevo las imágenes que se habia en vano esforzado á rechazar. Cuando hacemos un sacrificio de nuestras mas

queridas é inocentes afecciones para ponerlas á los piés de un ídolo que creemos nos aparta de sí, sentimos el mayor tormento que puede devorar el alma del hombre. Saphan veia en aquel momento su anciana madre llorando y dándole el último adios, su padre enfermo y agoviado de pesares, y sus hermanos, fieles á las antiguas costumbres, seguirle con severa mirada cuando les habia dicho adios. Volvia á ver tambien su prometida esposa, la bella y encantadora Idida, que ocultaba sus lágrimas bajo el velo cuando él se habia alejado.

Sin él saberlo, habia traido á Sichar un corazon irresoluto con imágenes de una pura felicidad, y recuerdos y remordimientos que él quería olvidar entre los fuegos de una pasion ardiente. Ay! un corazon que vé de léjos las lumbres divinas, encierra muchas miserias secretas: lleva en sus propios sentimientos una debilidad innata, una llaga que le corroe y que se los hace incompletos: desea y teme, llama y rechaza, quiere y no quiere, y no se adhiere por fin sino á lo que le escapa.

Saraï vió en una sola mirada todo lo que pasaba en el corazon de Saphan; pues se sentia doblemente iluminada por el amor y por el dolor.—O Saphan, exclamó llorando con amargura; ¿porque no te resististe tú, cuando, loca de mí, te exigia tan grandes sacrificios? Ay! yo creia pagártelos con toda una vida de amor y de adhesion, por toda una existencia consagrada á tí, pues yo te amo como nunca jamás se ha amado.—Si tú me amases..... —Oh, mi Dios, sí yo te amo.... Mas, continuó bajando sus ojos llenos de lágrimas, el Cristo, el Salvador ha bajado en Sichar; nos ha hecho oir su palabra divina, y su voz ha removido mi alma hasta lo mas profundo de ella.

Saphan sonrió de un modo estraño.

Tú ya no me crees, repuso Saraï, como agoviada por un grande peso. He perdido el derecho de persuadirte. ¿No le hubiera tenido yo sino para tu perdicion? Ah! porque no te hallabas tú aquí! Fatal viaje! porque me dejaste? Tú hubieras visto y tú hubieras sentido como nosotros el poder irresistible que ejerce. Él ha hablado, y todo ha enmudecido para escucharle. Ha curado á aquellos que sufrian de algunos males ó de alguna languidez, y su límpida mirada penetraba has-

ta el fondo de las conciencias y las turbaba como un rayo del sol turba el agua á la que á un tiempo calienta é ilumina.

Y bien, dijo Saphan, en acento brusco, ¿á donde nos conducirá este discurso? — Pues bien, replicó Saraï con una voz débil, pero asegurada por una síncera conviccion, he reconocido mi culpa, y de ella me he arrepentido. — ¿Con quién? exclamó Saphan en tono de un profundo desprecio.

Dos lágrimas saltaron de los ojos de Saraï, á este insulto inesperado.

— Tú no me crees, respondió ella con desolada voz. Ah! bien merecido lo tengo. El terrible castigo de una conducta insensata es el no poder inspirar mas la confianza. Qué os diré yo ahora? si vos no poneis el menor crédito á mis palabras. Vamos á encontrar á Eliezer: sus sencillos discursos te convencerán quizás. Pero vedle, que llega ya.

En efecto un anciano, inclinado bajo el peso de los años, llegaba de los campos en donde sin duda durante el dia habia vigilado algunos trabajos. Era Eliezer, tio de Saraï y padre de los jóvenes que sucesivamente habian muerto despues de haberla tomado por esposa. Eliezer era un anciano entendido, sencillo en sus palabras, y cuyas acciones habian sido todas buenas delante de Dios. Sus canas eran por todos respetadas, porque la experiencia consumada es la corona de los viejos, y su gloria consiste en el temor de Dios.

Saphan, hijo mio, seas bien venido, dijo al jóven, alargándole su rugosa mano. Levantóse este por respeto á la vejez, siguiendo aquel precepto de la Escritura: «Levántate delante de aquellos que tienen cabellos blancos: honra la persona del anciano.» Pero no respondió. Este afectuoso acogimiento no dejó de sorprenderle y le dió alguna escozor en el corazon; porque Eliezer, sabiendo que un hijo de Israël no podia ser esposo de una Samaritana, habia vituperado fuertemente sus relaciones con su sobrina. Bondades hay que hacen presentir la desgracia.

— Pueda vuestro regreso volver la paz á Saraï! continuó el viejo: ocho dias hace que no sabe sino llorar, y sus ojos se convierten en dos arroyos de lágrimas.

— Y sin duda conocereis la causa de tan profundo pesar? dijo en

amargo tono el jóven hebreo. —Ah! la causa, dice Eliezer, sentándose sobre una tarima junto á Saraï, la causa de esta pena es y será la alegría de muchos. Ella produce la mia, sí, la de mi alegría; yo, que estaba sobrecogido en los terrores de una muerte inevitablemente próxima, y que flotaba en un océano de dudas y de obscuridad......

El jóven hebreo escuchaba, y la sorpresa le dejó sin palabra.

Saphan, vos sois jóven todavía y el orgullo de la vida y la fuerza de un largo porvenir que se despliega á vuestros ojos como un horizonte lejano, harán tal vez que no presteis mucha atencion á las cosas que voy á deciros. Pero no importa, escuchad.

Y el anciano bajó la cabeza, y como si recogiese todas sus fuerzas por algunos instantes, continuó así:

— Un hombre ha parecido entre nosotros, y su boca enseñaba la sabiduría. La gracia divina y la fuerza fluian de sus labios, como cae el rocío por la mañana sobre la tierra; y ha derramado la luz sobre cuantos le han escuchado con recto y síncero corazon. A Saraï debemos su venida. Bendita sea ella para siempre! añadió, arrojando sobre la bella Samaritana una mirada benévola y paternal.

Bien sabeis, continuó, que ella é yo hemos sufrido juntos muchos pesares, y yo la acusaba alguna vez de haberlas olvidado demasiado pronto en un nuevo amor..... Mas si he sufrido mucho por ella, por ella tambien me ha venido el consuelo. Bendita sea! Por ella, Saphan, se ha levantado de repente delante de mí la esperanza de una otra vida en el sepulcro! Se han disipado ya mis terrores, y se han aclarado las tinieblas que me llenaban de horror. La vejez, hijo mio, no es ya para mí aquel mal débil y pesado que conduce á la muerte. Es el camino áspero y duro de la verdad, pero iluminado por un rayo del porvenir que conduce hácia una vida imperecedera. Oh hija mia! bendita seas en el tiempo y para siempre!

Saphan estaba mirando á Eliezer que, perdido en sus pensamientos, parecia penetrado hácia Saraï de un inefable reconocimiento. El jóven hebreo no comprendia sus discursos. Y despues de un corto silencio, volvió á seguir Eliezer:

Habrán pasado poco mas de ocho dias, porque era sobre el fin de la

luna que acaba de renovarse, que mi hija habia salido de la ciudad á la sexta hora del dia, para ir, segun ella me contó despues, á sacar agua sobre el pendiente de la montaña en la fuente de Jacob. Un hombre, cuyo nombre bendiga para siempre el Universo, un hombre, digo, estaba sentado junto al márgen. Parecia fatigado, y descansaba á la sombra de las palmeras. En su modo de vestir fácil era reconocer su nacion..... Era un judío: su aire era sosegado y majestuoso, y con solo ver su noble serenidad, venian vivos deseos de postrarse á su presencia. Esto era alomenos lo que Saraï nos dijo haber sentido, y despues lo he experimentado yo mismo.

El anciano se interrumpió por un momento, pues parecia estar vivamente conmovido por sus recuerdos. Saraï, sentada entre Saphan y él, enjugó por dos veces sus ojos con la punta del velo con que ocultaba su semblante. Eliezer continuó:

—Cuando mi hija se acercó á la fuente, el extrangero le pidió con un acento lleno de dulzura que le diese de beber. Sorprendida Saraï por la confianza que le manifestaba, pues ya sabeis que odio divide nuestras dos naciones, le respondió: « Señor, como vos que sois judío, me pedís de beber, á mí que soy Samaritana? Los Judíos no tienen comercio con los Samaritanos.

Entónces él respondió, y esta respuesta conmovió hondamente el corazon de mi hija: Si vos conocieseis el don de Dios, y si vos supieseis el que os dice: dadme de beber, vos misma tal vez se lo hubieseis pedido, y él os daria agua viva.

—Que quiere decir esto? interrumpió Saphan, tenia pues este hombre, siendo viajero, un vaso bastante grande para sacar agua en el pozo de Jacob? Es de una profundidad considerable, y es preciso saberlo abrir.

— Esto mismo es lo que le hice notar, dijo á su turno Saraï, y le respondí con sorpresa: « Señor, si no teneis nada con que sacar agua, y el pozo es tan profundo, de donde hubierais sacado agua viva? ¿Sois vos mas grande que nuestro padre Jacob, que nos dió este pozo, de cuya agua bebió él mismo, y tambien sus hijos y sus rebaños? Pero él me respondió:

« Cualquiera que beba esta agua tendrá sed todavía; pero el que bebiere de la que yo daré, sentirá su sed apagada, y el agua que yo le diere se convertirá para él en un manantial que surgirá hasta en la vida eterna. »

Y Saraï quedó pensativa, como si esta voz y estas palabras resonasen todavía en sus oidos.

El anciano, bajando la voz y dirigiendo su palabra á Saphan que permanecia inmóvil con aquella relacion, dijo:

— Saraï se sentia turbada en su interior, y le dijo con una especie de movimiento involuntario:

« Señor, dadme de esta agua á fin de que no tenga mas sed, ni haya de venir mas aquí para sacarla! »

Y añadió el viejo en acento aun mas bajo:

— Y el extrangero le dijo entonces: « Id, llamad á vuestro esposo, y volved aquí.»

Saraï, que parecia absorta en profundas reflexiones, seguia con atento oido cada una de las palabras de Eliezer, y exclamó de repente:

— Sí, Saphan, el Señor me ha dicho que te llamase, y aun cuando debiese costarme la felicidad y el gozo de mi vida, yo te llamaré con todas las voces de mi corazon, hasta el dia en que respondas: Aquí me tienes!

Mas, siguió ella, ocultando su rostro entre sus manos, y sus lágrimas corrian al través de sus hermosos dedos, me fué preciso decirle la verdad, y se la confié con vergüenza y rubor. «Yo no tengo esposo» le dije, y él me replicó: « Con razon decís que no teneis esposo: pues habeis tenido cinco, y este no es vuestro esposo» y la voz del que así me hablaba, continuó la jóven de Samaria, cubierta de confusion, era una voz llena de una increpacion compasiva, y sus palabras conmovian hondamente toda mi alma. Y yo exclamé, como perdida:

«Señor yo veo bien que vos sois un profeta.» Y quedé como anonadada delante de él.

Entonces pronunció algunas palabras sublimes cuyo sentido era en demasia encumbrado para mi debil inteligencia. Abismada estaba de estupor por las revelaciones que acababa de hacerme acerca mi vida pasada, y sobre los lazos que nos unian, Saphan.

Sin embargo me esforzé para recobrar mis sentidos á fin de no perder sus palabras, y aun le oí decir: «Dios es espíritu y vida, y es preciso que los que le adoran, le adoren en espíritu y en verdad.»

Saphan miraba al anciano, como para pedirle la explicacion de las elevadas doctrinas que él no comprehendia, pero Eliezer parecia perderse abismado en sus pensamientos: sus ojos levantados al cielo indicaban de qué naturaleza eran sus reflexiones. Saraï continuó:

—Yo me atreví á decirle, balbuceando: «Sé que presto debe venir el Cristo ó el Mesías. Cuando habrá venido, anunciará todas las cosas.» Pero, Saphan, él me respondió, y mi corazon se estremece al pensarlo y mi boca osa apenas repetirlo: «Soy yo mismo, yo que te estoy hablando.»

Saphan y el anciano se miraron, sintieron como helarse la sangre de sus venas. Saraï continuó: A estas palabras huí como azorada y al mismo tiempo arrobada de alegría. Dejé allí mi cántaro, y vine aquí corriendo y jadeando y diciendo á cuantos encontraba por el camino: «Venid á ver un hombre que me ha dicho todo lo que he obrado. ¿Es el Cristo, el Mesías?

—Y que hicieron los que tú llamabas? dijo Saphan, ¿dieron crédito tan fácilmente á tus palabras? — Saraï no respondió: fué Eliezer, y dijo:

—Un grande número de habitantes de Sichar, y yo con ellos, salimos presurosos de la ciudad, y fuimos á su encuentro. Decíamos al salir, ¿si nos habrá esperado? y nos dábamos mas priesa. Estaba todavía sobre la montaña, rodeado de sus discípulos.

Al verle nos detuvimos á cierta distancia, sin atrevernos á pasar adelante.

El sol le bañaba con su luz, pero él pareció brillar con rayos interiores, mas reluciente que todos los resplandores del cielo: nuestros ojos quedaron deslumbrados de su presencia.

De léjos le oimos conversar con sus discípulos. Ellos le suplicaban que tomase el alimento que le habian traido. Pero él les respondia con imponente gravedad: «He de tomar otro alimento que vosotros no conoceis.» Y como sus discípulos dijesen entre sí: «alguno quizá le

habrá traido de que comer ? » repuso él : «Mi alimento es hacer la voluntad de aquel que me ha enviado, y cumplir su obra. » Pero viendo su sorpresa , continuó: «No decís vosotros: dentro de cuatro meses vendrá la siega ? Ahora os digo yo : levantad y mirad los campos que blanquean ya y están para segarse. El que siegue recibirá su salario , y recogerá frutos para la vida eterna , para que tan contento quede el que siembra como el que recoge las mieses. »

—¿Qué queria decir con esto , exclamó Saphan , y de qué siega queria hablar ? No comprendo yo estas figuras.

—En nuestras almas es en donde siembra sus palabras , y para el cielo es sin duda donde quiere recoger el fruto ! respondió el viejo Samaritano. ¡Que no estuvierais vos allí, Saphan ! los que le han oido han creido en él , porque el poder y la persuacion fluian de sus labios con abundancia. — Permaneció mucho tiempo en Sichar ? — Dos dias estuvo entre nosotros. Durante este tiempo su palabra divina ha germinado en nuestras almas , y la mitad del pueblo cree en él. Y no por lo que nos ha dicho Saraï , sino que le hemos oido por nosotros mismos , y sabemos que es el Salvador del mundo.

— Saphan ! el Señor me dijo que te llamase : oh ! no te hagas sordo á su voz !

— Su voz no ha llegado á mis oidos , respondió el jóven , y lo que me dicen un viejo crédulo y una muger que fácilmente se agita , no puede conmoverme. Además , añadió , como procurando afirmarse en su incredulidad , ¿cómo de otra parte el Cristo prometido á los verdaderos hijos de Israël hubiera por tanto tiempo conversado con Samaritanos, cuyo culto es para nosotros abominable?

Repuso Saraï — Me olvidaba el decirte aun , tanta es mi turbacion, que para salir de las dudas que tú has hecho nacer en mi espíritu respeto á nuestro culto y nuestra creencia , dije con timidez al Señor: «Nuestros padres sobre esta montaña en que nos hallamos han adorado, y los de vuestra nacion nos dicen que en Jerusalen es donde se debe adorar. »

— ¿Y que respondió él? dijo Saphan con mas interés ó curiosidad de la que habia hasta entónces manifestado.

— Me ha respondido. Créeme , muger, presto vá á venir el tiempo

en que vosotros no adorareis al Padre ni en esta montaña ni en Jerusalen: vosotros adorais lo que no conoceis, pero nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salud viene de los Judíos.

—¿Esto dijo? murmuró Saphan, en cuyo pecho los extravíos de la juventud habian debilitado pero no del todo extinguido la fe de sus padres: él ha dicho la verdad, la salud del mundo debe salir de en medio del pueblo escogido de Dios.

—Tambien nos ha dicho, prosiguió Eliezer: «No creais que yo haya venido para abolir la ley y los profetas. No vine para abolirlos sino para cumplirlos.

—Y bien, ¿que manda él, por último?— Manda dejarlo todo para seguirle: manda vivir segun los pensamientos elevados del espíritu, y no segun los deseos insensatos de la tierra. Manda la dulzura y el perdon de las ofensas, quiere el desasimiento de las riquezas, y dice: « Dad al que os pide, y no volvais el rostro al que quiere pediros prestado. No pidais vuestros bienes al que os los quite. Perdonad y sereis perdonados. En fin lo que querais hagan los hombres por vosotros, hacedlo tambien por ellos. Esta es la ley y los profetas.

— O ley de amor y de mansedumbre infinita! exclamó el anciano en un rapto de piadosa gratitud, ojalá no tardes en reinar sobre el mundo y derramar donde quiera tus benignas influencias!

Saphan escuchaba con una gran sorpresa. Por momentos su espíritu parecia interesarse en estas cosas tan nuevas para él, (pues los recientes rumores de la venida del Mesías no habian llegado aun á sus oidos) pero por momentos tambien meneaba su cabeza y se atrincheraba en su incredulidad.

Siguió Eliezer diciendo. —Tambien nos dijo el Salvador: «Sabrás que se ha dicho: amarás á tu prójimo, aborrecerás á tu enemigo, yo empero os digo: amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen; bendecid á los que os maldicen; rogad por los que os persiguen, y por aquellos que os calumnian.»

Saphan hizo un ademan de conmocion profunda. Eliezer reparó su movimiento y continuó: —El Salvador añadia con una mansedumbre que se comunicaba al alma llevando á ella su dulzura y su paz: ¿Vuestro

padre celestial no hace levantar el sol para los buenos y para los malos? y no hace caer su lluvia sobre los justos y sobre los pecadores?»

Y exclamó Saraï con un acento penetrante: —No acaba de caer su palabra divina sobre una pecadora indigna de oirla? O tú, Saphan! tú, nacido en Jerusalen, hijo de la promesa, ¿no te dejarás llevar por el llamamiento del Mesías, cuando nosotros, malditos por tu pueblo, rechazados por la ley, nos hemos levantado de nuestra abyeccion para seguirle?

Mas Saphan permanecia inquieto é indeciso. Y de repente para hacer vacilar las resoluciones de la jóven Samaritana, dijo: —Saraï, el dia en que resuelva yo someterme á esa nueva ley de que acabas de hablarme, ó aun tan solo á seguir la ley severa de mis progenitores, es menester que renuncie á tu amor, que vuelva á mi padre, y que le diga: Dame ahora la esposa que me habias prometido.

—Ya lo sé, dijo Saraï, y las lágrimas cubrieron su semblante; harto sé, ay, que habrán de romperse nuestros lazos... Pero á tí alomenos tu padre, tu madre, tu familia te acogerá con gozo.... Tú hallarás tal vez la felicidad en una union pura y santa, añadió redoblando sus lágrimas y sollozos.... Los males no serian sino para mí que quedaré sola y desolada. Pero yo confio que no me faltará valor, y como el Señor vé mi miseria, tendrá piedad de su pobre sierva, y acortará la duracion de sus penas en gracia de su sumision.

—No, Saraï, exclamó Saphan, vuelto á toda su ternura hácia aquella muger á quien habia amado mucho, y cuyas lágrimas atestiguaban el amor que ella le tenia, no, no, créeme, deja á otro lado estos pensamientos demasiado elevados para tu espíritu y severos en demasía para mi juventud. Enjuga tus lágrimas: olvidémoslo todo, y el tiempo que huye, y los que pueden vituperarnos, y nosotros mismos! La vida es corta, y es preciso emplearla segun nuestro corazon y nuestros deseos. Adios por hoy, haz que mañana tu rostro resplandezca como la nueva aurora, y el júbilo renacerá en nuestros corazones, como renace cada mañana sobre toda la superficie de la tierra.

Y habiéndose levantado Saphan, se alejó para romper con una conversacion que le heria en el fondo del alma, y dejaba su corazon des-

contento á despecho de sí mismo, porque la verdad jamás se muestra del todo en vano, y su vista perturba alomenos á los que no ilustra enteramente.

Eliezer al verle partir, le siguió con la vista y dijo á Saraï: —Valor hija mia! la dicha, si es que la haya en la tierra, consiste en el cumplimiento de los deberes mas que en el cumplimiento de los deseos.

¿Pero la vejez se habrá olvidado tanto de lo pasado, que ya ni aun sepa lo que la juventud llama felicidad, cuando ella puede tambien muchas veces engañarse en este punto? El deber es inflexible como él mismo: es de hierro, y rompe y desgarra el corazon como la muerte. Fuerza es aprender á cumplirlo en todo su rigor, pero sin esperar que se nos convierta en un placer. Así lo sentia Saraï y lloraba abundosamente. Delante de Saphan habia contenido su dolor, pero ahora la jóven muger se deshacia en sollozos.

—Roguemos! esclamó, Dios dá indudablemente á su criatura las fuerzas necesarias para el cumplimiento de los sacrificios que le impone. Pidámosle sus gracias que dan la fuerza, por mí sola, harto lo conozco, no puedo hacer mas que gemir.

¡Cuanta es la incertitud de los deseos humanos, y cuan poco sabe el hombre lo mismo que quiere!

Cerremos los ojos á la luz, dice el impío; y con todo abre sus ojos, y la luz los inunda. Regocijémonos, ha dicho el insensato en su corazon; y mientras se esfuerza en hartarse de gozo, su alma cae de repente sumergida en una tristeza inmensa.... Sí, las ondas inconstantes del mar, las nubes que corren atravesando el cielo, ó el follage sacudido por la tempestad son menos fluctuantes aun que el corazon del hombre. Así lo esperimentaba Saphan.

El jóven Hebreo habia regresado á Sichar descontento, vuelto el pensamiento sin él advertirlo hácia lo que habia dejado, pronto á desdeñar la muger por la cual habia abandonado su país y todos los suyos, dispuesto á acusarla por la menor sospecha, para escusarse tal vez á sí mismo sus recuerdos.

Pero su vista, su belleza, su dolor, el deseo que habia manifestado de romper los lazos frágiles que les unian, todo habia reanimado su

amor. Él la amaba ahora perdidamente; y despues, cuando él abandonaba su alma á este amor, la doctrina severa pero tan sublime y elevada de aquel á quien llamaban el Mesías, los remordimientos de la misma á quien amaba, remordimientos asaz poderosos para combatir su ternura, las palabras de Eliezer, aquella voz secreta que habla en el fondo del corazon y que siempre protesta dentro de nosotros contra las pasiones desarregladas, todo se mancomunaba para introducir la turbacion en su espíritu, y su alma flotaba en un océano de dudas y de incertidumbres.

O Dios mio! en solo vos se encuentra el reposo!

Dos dias han transcurrido, durante los cuales Saphan y Saraï no se han hablado, ni se han vuelto á ver. Saphan anda errante por el campo: tan presto busca á Saraï en los lugares donde muchas veces poco hace la encontraba, en las llanuras ó debajo las palmeras de la fuente de Jacob; tan presto se hunde en la sombra de la montaña al través de ásperos senderos, conversando consigo mismo acerca las palabras que ha recogido de la boca del anciano y de su hija; pero despues, cansado muy pronto del esfuerzo de su espíritu confuso, busca de nuevo á aquella, por cuyo amor dejaria aun de otra vez lo que ha dejado ya, y que parece huir obstinadamente de él.

Saraï empero ha pasado la noche en las lágrimas y en la plegaria, pidiendo á aquel de quien viene todo don perfecto que la ilustre y haga descender en ella su fuerza y su socorro.

Despues de haber derramado todos sus llantos, despues de haber depuesto sus humildes súplicas á los piés del Eterno, levántase la jóven de mañana, llama á un criado fiel, le hace tomar sandalias, un nudoso palo, le habla largo rato en secreto, y le hace partir antes de la aurora, diciéndole: —Id, Micas, informaos con exactitud, y venid á decirme en qué lugar podremos encontrarle.

Y luego de haber partido el mensagero, se hinca de rodillas y ruega aun largo rato. Y al levantarse, lava su cara para borrar las trazas de su llanto, y sale al encuentro del jóven hebreo.

—Saphan, Dios nos separa, le dice con una voz que prueba emitir con entereza, y tiembla á pesar de sus esfuerzos, mi vida ha sido siempre desgraciada. Cinco hermanos quisieron uno tras otros enlazar su suerte con la mia, siguiendo la costumbre de enlazarse el hermano con la viuda de su hermano para darle sucesores (3). Todos cinco perecieron de una muerte imprevista y violenta, el uno por el fuego del cielo, el otro en medio de las aguas, otro en la última guerra.... Un hijo, dulce esperanza de mi vida, que Fanuel, el último de mis esposos, me habia dejado, murió tambien en mis brazos.... Y quien lo creyera? tantos dolores no han aun fatigado mi alma; y cuando Eliezer, á quien los mismos Judíos han llamado el buen Samaritano, te condujo á nuestra habitacion, cubierto de heridas que te habian hecho unos ladrones en los desfiladeros de nuestras montañas, mi alma voló toda entera hácia tí. Despues de larga solicitud y cuidados, cuando pudiste verme, tuve la debilidad de comunicarte mi ternura, y á pesar de lo que disgusta á tus compatricios una muger de Samaria, tuve el arte ó la felicidad de hacerme amar de tí... Yo te amaba tanto!

Detúvose aquí, porque el llanto la sofocaba. En vano procuraba enjugar repetidas veces sus lágrimas con su velo, pues no podian agotarse.

— Y bien, y bien, exclamó Saphan, si fué una falta el amarse, esta nos es comun! y cuando cerca de tí suspiro ;... cuando te veo en tu gracia y en tu hermosura, no puedo arrepentirme de haberte amado.

— Pues me arrepiento, dijo Saraï al través de su llanto.

— Tú te arrepientes, respondió Saphan en tono apesadumbrado. ¿Entónces tú ya no me amas?

— Me arrepiento, y te amo, Saphan... Oh! si tú conocieses el don de Dios!

— Mas ¿cuál es ese don de Dios que viene á destrozar los corazones?

— Es el de amarle ante todo y sobre todo, y con todo el amor. Es esperar su reino y guardar su ley. Es en fin Saphan, llorar sobre las faltas de una vida culpable, y arrancarse el corazon, si es necesario, para no cometer mas en lo sucesivo.

Saphan miró á Saraï con ojo inquieto y receloso, y le dijo:

—Yo no creo en tu arrepentimiento ni en tus fingidos dolores.... Eres demasiado jóven aun para pensar en la penitencia... y tu alma es demasiado ardiente para desasirse de todo amor.... Lo que yo creo es, continuó, que tu corazon ha cambiado durante mi ausencia; que otro ha sabido agradarte, y que tú quieres abandonarme.... Puedes hacerlo, Saraï, porque no te une conmigo ningun lazo. Las leyes de tu país, y mas aun las del mio, que condenan tu culto, se opondrian entre nosotros á una union legítima. Mas antes de seguir tus nuevas inclinaciones, quiero que alomenos sepas bien lo que haces, y cual será mi suerte! Escúchame!

Y respiró con fatiga, pues su pecho estaba violentamente oprimido. Y continuó:

—Mi padre y mi madre, despues de haber apurado sus inútiles esfuerzos para doblar mi resolucion de dejarlo todo por tí, me han desterrado de su venerable presencia...

Delante de mí repartieron sus bienes entre mis hermanos, y me desheredaron. Ay! y si no pronunciaron contra mi cabeza la maldicion de los hijos rebeldes, fué porque Idida, la esposa que ellos habian escogido, se arrojó entre ellos y yo, y les pidió mi perdon.

—Saphan! Y por mí arrostrabas tantos infortunios! Oh! que Dios haya piedad de nosotros!

—El recuerdo de tí me habia armado contra todo lo que se oponia á nuestro amor. Yo era fuerte: yo tenia un valor que rayaba en fiereza, y para venir aquí á vivir de tu cara presencia, yo abandonaba amigos, padres, patria.

En tanto, siguió él, llegué aquí con el corazon desgarrado por todos los dolores que acababa de causar y por todos los que ha sentido, ¿y que encontré á mi regreso? Saraï, Saraï, yo he venido á tí con todo el fuego de mi juventud, y ardiendo en esperanzas. ¿Que has hecho tú de mi vida? ¿Que has hecho del porvenir que brillaba poco hace delante de mis ojos? Todo ha perecido; todo se ha hundido en tus caprichos, todo lo has devorado.... y ahora tú me abandonas... Ay! ay de mí!

—Oh! no hables así! Dios mio! Dios mio!.... que no pueda darte yo mi vida, mi sangre, para indemnizarte de tantas penas, de tantos

sacrificios de que soy la causa! Pues yo te amo mas que la vida, mas que la luz de mis ojos. Pero, ah!... ah! no puedo amarte mas que al Dios poderoso y bueno que te llama, que nos quiere al uno y al otro á su lado, y que por algunos instantes de dolores sufridos sobre la tierra nos promete toda una eternidad pasada junto á él en goces... de los cuales apenas puede darnos una débil idea la inmensidad de nuestras penas. Saphan, Saphan, tú fuiste fuerte delante de tus padres por el amor de tu pobre Saraï. O amado de mi alma! yo seré fuerte contra tí por el amor que te tengo. Porque quiero que tu alma tan fuerte y tan bella conozca y adore al Dios de todo amor, de todo poder y de toda belleza.

—Saraï, tus labios son elocuentes, exclamó Saphan, mirándola con cierto pasmo de júbilo: pero son demasiado bellos para enseñar otra cosa que el amor. Escúchame, nuestro es el porvenir: algun dia, entre los hielos de la vejez, nos acordaremos de estos discursos: pero hoy, si es verdad que tú me amas siempre, si es verdad que ningun otro amor ha venido á desterrarme de tu corazon, querida mia, no pensemos sino en el placer; no pensemos sino en la dicha de vivir el uno para el otro: y Saphan se acercaba á ella como transportado.

—Dios nos separa, dijo Saraï, apartándole suavemente.

—No, no Saraï, si tú me amas, no te dejaré mas.... lo juro.

—O Dios mio! exclamó Saraï, levantado al cielo sus ojos henchidos de llanto, no era bastante pues el tener que romper mi corazon solo..... fuerza es tambien estrellar el suyo!.... Perdon, mi Dios, ó hacedme mas fuerte!

Y Saraï, escapando de Saphan, huyó desolada para ir á llorar lejos de aquel cuya presencia y cuyas palabras podian ser demasiado poderosas contra sus nuevas resoluciones.

Entretanto volvió el criado.—Él ha tomado el camino de la Galilea, dijo á Saraï, y su tránsito queda señalado por prodigios que esparcen el pasmo y la admiracion entre los pueblos.

—Loado sea el Señor, y él te recompense por tu diligencia y por tu zelo, dijo Saraï. Pero la palidez se derramó sobre su semblante: sin embargo fué con Eliezer á encontrar á Saphan, de quien huia desde su última entrevista.

—Saphan, dijo al jóven hebreo, antes de renovar penosos debates, vengo á pediros una gracia, contando que no la denegareis á mis súplicas. Bajemos los tres juntos á Galilea, hasta encontrar al Salvador.

Saphan pareció sorprendido, y no respondió.

—Él os ha llamado, Saphan, continuó la jóven con valor; y si sus palabras han perdido su poder pasando por los labios de una infeliz pecadora como yo, su voz que quebranta todos los corazones, no dejará de conmover y de cambiar el vuestro, cuando resuene en vuestros oidos. Partamos pues.

Saphan, parecia estar incierto: dijo no obstante:

—Consiento en ir, si tú quieres prometerme que no me echarás lejos de tí cuando estaremos de vuelta.

Saraï vaciló, y no dió respuesta, porque temia el efecto de sus palabras. Eliezer fué el que dijo:

Partamos de todos modos, hijos mios; y en la vuelta se hará conforme sea la voluntad de aquel que tiene todos los corazones en su mano.

Pensó Saphan que á lo menos durante el viaje no podria huir de él la bella Samaritana, y consintió en la marcha.

Y decia Saraï dentro de sí misma.

—De aquí en adelante no seré sino de Dios solo: dígnese haber piedad de mi flaqueza y enviarme su fuerza!

El dia siguiente al apuntar la aurora, parten los dos acompañados del viejo Eliezer que deseaba oir una vez mas la palabra del Salvador.

Micas conducia el carro tirado por dos robustas pollinas, y siguieron los mismos caminos que habia andado el Hombre Dios; y por todas partes, en cada aldea y en cada pueblo encontraban gentes reunidas y que pasmadas conversaban acerca las maravillas que acaban de presenciar con sus propios ojos. Decian:

—Un gran profeta se ha levantado entre nosotros, y cosas nuevas y maravillosas se preparan para nosotros y para nuestros hijos. Esperemos: la luz del mundo se eleva en Israël.

Otros, mas allá decian:

—¿Quién lo creyera? este hombre tan santo, cuyos preceptos son la

misma sabiduría, se ha detenido en conversar con pecadores, y con mugeres, cuya vida no es la mas pura; ¿que pensar de él?

Y Saraï bajaba su velo sobre su frente, y lloraba, y se decia: Oh! si él no hablase á los pecadores, si no hiciera relucir su bondad en las tinieblas del espíritu del culpado, ¿á donde seria yo hoy? ¡yo, pobre pecadora, indigna de levantar hasta él los ojos!

Los viajeros continuaban su camino; Eliezer y Saraï, dando gracias á Dios de sus misericordias, y Saphan escuchando á todos y á cada uno en silencio, y sumido en un abismo de reflexiones cuya profundidad solo hubiera podido sondear el que hizo el corazon del hombre.

A la tercera jornada, llegaron en un pequeño pueblo de la Galilea que el Salvador habia dejado la víspera: la multitud estaba apiñada todavía en las calles y sendas, conmovida, y refiriendo con una admiracion mezclada de terror y de amor sus milagros y su bondad divina. Habia curado al hijo de un centurion que estaba para morir. Habia tambien curado la madre de Simon, uno de sus discípulos y otros muchos enfermos ó estropeados, que se mostraban al pueblo como pruebas vivientes de un poder sobrehumano. Éste habia sido librado de sus dolencias, aquél de sus pecados. Todos cantaban con regocijo las alabanzas de Dios; los unos por haber recobrado la salud de su cuerpo débil, los otros por haber alcanzado la paz, aquella paz que viene de Dios, y con cuya dulzura no hay cosa que sea comparable.

Preguntaba Saraï á cuantos encontraba, y lo que de ellos oia, llenaba su alma de un inmenso respeto.

—Saphan, dice ella, ¿no sentís un temblor sobre vos? En cuanto á mí, yo no sé lo que me sucede; pero parece que el aire mismo se conmueve, que la naturaleza entera se halla como enternecida por la presencia del Señor. Una vez, en los primeros y hermosos dias de mi juventud, ví las orillas del mar, y una nave que se alejaba del puerto, dejando un argentado sulco sobre las móviles ondas. Pues bien, paréceme que Jesus ha dejado su suavísimo vestigio en la admósfera que nos rodea: el aire undula de amor en torno nuestro, y hace vibrar en mi seno todas las cuerdas de mi corazon.

Saphan no respondió, y su semblante se iba poniendo mas sombrío

á ese transporte de Saraï que hacia traslucir siempre los mismos pensamientos.

Eliezer, sentado entre los dos sobre una espesa gavilla de mieses, dijo al jóven:

—Hijo mio, ¿como Saraï, tan viva siempre en todas sus emociones, no sentiria lo que siente, cuando mis huesos ya viejos se han estremecido desde que ví á aquel cuya venida ha transformado la faz del mundo?

Saphan no respondia, y estuvo callado tenazmente por largos dias, hasta que de repente exclamó:

—Mas ¿como un anciano sabio y esperimentado cual vos, puede cegarse hasta el punto de creer, que este hombre obscuro y pobre, salido de padres obscuros y pobres como él, puede ser el Salvador prometido á Israël? ¿No sabeis vos que el Mesías prometido desde un principio á nuestros padres, ha de ser un príncipe fuerte y poderoso? Lo habeis vos olvidado? Èl domará á los enemigos de su pueblo; los levantará de su abyeccion y de su miseria, romperá los hierros de que le han cargado sus opresores, y hará brillar con nueva gloria á la nacion escogida. ¿En donde está pues la corona, donde está el cetro de este indomable conquistador, donde están sus guerreros, sus carros, sus corceles, sus ejércitos inumerables? ¿Cuantas batallas ha dado? ¿qué enemigos ha vencido para que nosotros proclamemos así su victoria?

—Verdad es que su poder no es aquel poder que en nuestro orgullo habíamos insensatamente esperado, dijo Eliezer. En mi ceguera, esperaba yo, como vos, un hombre poderoso y fuerte por la espada, y su fuerza no está en la espada. Es clemente, dulce, prescribe la paz como un hermoso precepto, y su sola vista la derrama y la inspira. Sus manos están desarmadas, Saphan, convengo en ello; él es solo y sin dominacion aparente, y no obstante á su voz obedecen los vientos, las tempestades, la misma muerte. ¿Qué conquistador ejerció nunca un tal poder, y que pensais que pueda ser un hombre á quien los vientos y la mar están sujetos?

Saphan se sintió pálido: sin embargo repuso aun con cierta fiereza:

— Aun cuando obrase él todas estas maravillas y muchas otras todavía, ¿qué nos importa á nosotros? ¿y qué alegría y qué goce pueden causarnos todas esas cosas?

— Bien se echa de ver, hijo mio, que la juventud y sus pasiones ardientes y tumultuosas han sofocado en tí los graves pensamientos. Pero si contases como yo noventa inviernos, y hubieses visto desaparecer uno tras otro todos los objetos de tus afecciones; si conocieras bien toda la inconstancia de las cosas de la vida, y su futilidad; si sobre todo vieses abierta delante de tí la tumba que el tiempo te habrá cavado lentamente, ah! hijo mio! hijo mio! como bendijeras al que viene á decirte con una autoridad sostenida por inumerables milagros, que vá á comenzar para tí una vida nueva mas allá del sepulcro!

Saraï estrechó á Eliezer contra su seno, y exclamó:

— Ah padre mio! esta vida nueva que hace vuestra esperanza, porque vuestra alma es pura y vuestra carrera sin tacha, ah! ella hace para mí todo mi temor. ¿Que podré responder al supremo Juez, cuando me preguntará que hice de tantos dias que él me concedió? ¿Cómo he seguido yo aun esta misma ley incompleta, segun la cual seré juzgada? Yo he vivido abandonada á todo el ímpetu de las pasiones que me arrastraban, destrozada por todas las borrascas del corazon, amando, sufriendo y gozando en un mundo de deseos y de afeccion que no se referian á él. Cuando me pedirá lo que por él he hecho yo, á quien él habia criado, como todo otro ser humano, para servirle, ¿que le diré? Oh! la vida, esta vida del porvenir, me hace temblar.

— Espera, dijo el anciano, el arrepentimiento absuelve. ¿Nos nos ha dicho el Señor que hay mas alegría en el cielo por la vuelta de un pecador convertido, que por cien justos que perseveraron en la justicia?

Pero Saraï sentia su corazon lleno de agitaciones y de alarmas.

Despues de algunos dias de camino, los viajeros, saliendo de una angosta garganta de montañas, por la cual serpenteaban desde la mañana, se hallaron al lado del lago de Genezareth. Detuviéronse, poseidos de una misteriosa admiracion, á la vista de aquellos lugares esco-

gidos de toda la eternidad para ser inundados de la palabra divina.

El dia tocaba ya á su declinacion y los peñascos por los cuales acababan de bajar, proyectaban su sombra redondeada sobre la llanura que se extiende hasta la orilla. Las ondas tranquilas reflejaban el azul sombrío del cielo, y parecian detener sus murmullos para no turbar la paz deleitosa de aquellos lugares. Todo estaba en apacible calma: todo era silencio, menos los ecos que recibian y repetian los acentos de una voz... Qué voz! Oh! bendita sea!... Era la voz que anunciaba al mundo la grande, la buena nueva. Saraï la habia reconocido, y toda su sangre se retiró hácia su corazon.

A aquellos acentos que el viento de la tarde traía desde la mar, Saphan, hasta entónces insensible en apariencia á todo cuanto se le decia, se turbó, y procuraba indagar de qué parte venian aquellos sonidos que el aire parecia traer con amor, tan llenos y sonoros llegaban á sus oidos. Divisó entre los peñascos y el lago una multitud apiñada, y sobre las aguas un barquichuelo inmóvil que sontenia al que así hablaba; y las aguas meciéndose suavemente besaban sus plantas: las aves del cielo callaban: el viento detenia su soplo: los juncos floridos de la ribera doblábanse amorosos y todos los ruidos enmudecian.

Eliezer quiso bajar á la llanura, y aproximarse al lago. Pero la multitud estaba agrupada en demasía, y el carro no pudo pasar mucho mas adelante.

Y la voz, una voz que bendice, que penetra en el fondo del corazon de cada uno, se hacia siempre oir, y las almas estaban irresistiblemente conmovidas como la naturaleza. Oh! ¿quién no oyó alguna vez elevarse aquella voz en su corazon, y ha podido resistirla? Ella doma á los mas rebeldes.

Saphan ya no hablaba, ya nada veia; solo escuchaba: sí, escuchaba, y su pecho respiraba con fatiga, se sentia oprimido. Viendo que el carro, á pesar de todos los esfuerzos de Micas no podia avanzar mas, saltó de él, y dijo al anciano y á Saraï:

—Aguardadme aquí los dos! yo quiero penetrar hasta él, y despues volveré.

—Vete, vete Saphan! tú ya no volverás. El que logra oir las palabras

de Dios, y recogerlas en su corazon, este ya no vuelve, marcha, corre y no retrocede mas.

—Vé, vé ahí, dijo Saraï, y comprenda tu corazon lo que escucharán sus oidos! Y la ferviente neófita continuó en su corazon una ardiente plegaria en pro de aquel á quien amaba.

Aliento, Saraï, aliento! tu ruego va á ser atendido.

Ay! pobres humanos! nosotros podemos ofrecerlo todo, darlo todo, renunciar á todo. Mas cuando es llegado el instante de abandonarlo todo, nuestras fuerzas flaquean, si Dios mismo no sostiene á su débil criatura, porque la gracia es como el fuego del sacrificio, que consume á la vez la ofrenda y el altar.

El carro se acomodó contra la pared del peñasco, bajo la sombra de la montaña, y la voz se hacia siempre oir.

—Padre mio, escuchemos, dijo Saraï; hagamos que sus palabras nutran nuestro espíritu, como el maná que alimentaba en otro tiempo á los Israëlitas en el desierto.

—Escuchemos, dijo el anciano, y puedan sus lecciones divinas germinar en nosotros hasta en la vida eterna!

Y desplegó sucesivamente á los ojos de su pensamiento las mas sublimes verdades sobre el hombre, y sobre su pecado, y sobre sus elevados destinos, sobre su rescate, y sobre el precio con que seria pagado, y sobre la necesidad y las grandezas del sacrificio. Su alma entendia lo que su flaca inteligencia no podia comprender, pues el decir que el alma entiende es lo mas bello que puede decirse de la fé, por cuanto esta se halla en la base de la inteligencia humana. Y toda alma bien dispuesta y que quiere conocer, entiende con facilidad lo que no alcanza á penetrar la inteligencia humana cuando se presenta prevenida con el aparato de su razon orgullosa.

Y los dos decian:

—¿Qué hicimos nosotros para merecer el haber nacido en este tiempo y oir estas palabras divinas, nosotros, los prevaricadores de la ley de Dios?

Y la voz decia:

«Yo he venido para los pecadores y no para aquellos que no tienen ne-

necesidad de penitencia. Venido he para salvar á Judíos y á Gentiles.»

Y cada uno de sus pensamientos recibia así su respuesta, como si el Salvador no hubiese hablado sino con ellos, y su alma se alimentaba y se engrandecia. Y permanecian en una muda admiracion y adoracion, loando y bendiciendo al Eterno con un inmenso amor y con un infinito reconocimiento.

Y los cielos y todas las criaturas, elevando sus voces que hablan cuando todo calla, decian en medio de un arrobamiento divino:

Gloria á Dios!

Gloria á Dios sobre la tierra, y en lo mas alto de los cielos!

Entretanto el sol largo rato habia desaparecido, ya hundido detrás de las montañas. La voz de Cristo habia cesado de hacerse oir: la multitud feliz se habia dispersado, llevando consigo las palabras de salud que debian esparramarse por todo el universo. Saphan no parecia. ¿Que se habrá hecho de él? Las horas pasan; la noche avanza, y no le trae á los que le aguardan!

Oh Saphan! Saphan!

El jóven hebreo ha quedado solo en la orilla, sentado sobre una piedra que cayó de los peñascos vecinos. La luna se ha levantado, é ilumina su frente inquieta. El agua del lago poco ha tan apacible, empieza á agitarse y viene á bañar sus piés con sordos gemidos. La cima de los árboles de la ribera se doblega al impulso de un viento borrascoso. Pero ni el ruido del viento en el follage, ni el de las olas, ni el sordo mugido de las aguas que se encrespan á lo léjos, no, nada llega á sus oidos.

Su alma no está ya en él, sino que toda entera se halla en aquél á quien acaba de oir. Las palabras, que resuenan siempre en su interior, alzan y calman á su vez todas las tormentas de su corazon.

Así habia transcurrido ya la mitad de la noche. La tempestad arreciaba: Eliezer y Saraï, inquietos por su larga ausencia, bajaron de su carro, y se aventuraron á ir en su busca, divagando largo rato sin encontrarle. Al fin le descubren, con la cabeza oculta entre sus manos, y perdido en un tal abismo de ideas y de sentimientos tumultuosos, que varias veces le llamaron, sin poder lograr que los oyera.

Cuando por fin los vió cerca de sí, levantóse, vino á ellos, y arrojándose á sus piés exclamó:

—Perdon Saraï!... perdóname el haber arrastrado tu juventud hasta el abismo en que los dos hemos caido. Perdona aun mas el haberte resistido miserablemente, cuando venias tú á llamarme á las altas verdades que demasiado tarde he conocido. Tu alma mas tierna y mejor que la mia, ha mas presto comprendido los misterios de amor y de mansedumbre admirables que contienen las doctrinas del Salvador. Bendita seas tú, Saraï, tú, á quien no me atrevo ya mas á nombrar mi amada; bendita seas tú por haber venido á llamarme y á conducirme á la luz: siempre vivirá tu recuerdo en mi corazon! porque tú eres el ángel de mi salud. Tú me has guiado, á pesar mio, hácia el principio y fin de toda criatura. Bendita seas! Adios Saraï! Un dia volveremos á vernos en las moradas eternas; pero hoy te dejo para colocarme bajo la autoridad de aquel que me llama. Él dice que se deje todo para seguirle, continuó el jóven, viendo el pasmo y quizá la tristeza asomar en las facciones de Saraï, y yo lo dejaré todo, y le diré: Aquí me teneis: he pecado contra vos. No soy ya digno de ser llamado hijo vuestro: tratadme empero como al último de vuestros siervos.

—Y el Señor te bendecirá, dijo Eliezer, bendiciendo él tambien con sus trémulas manos la cabeza del jóven hebreo, y su corazon de padre se regocijará, «porque su hijo murió y ha resuscitado, estaba perdido y se le ha encontrado.»

Saraï lloraba con dos llantos, en ella se mezclaban la tristeza y el gozo, pero el gozo era elevado y superaba al dolor.

—Bendito seais, Dios mio, decia: aquel á quien habeis llamado, os ha respondido: él viene á vos lleno de júbilo y de consolacion. Pero él parte: él me deja, repetia sollozando. O mi Dios, yo lo quise porque vos lo queriais. Pero sostenedme para que despues de haberlo dejado todo, no quiera recobrarlo todo. Saphan, añadió Saraï por un resto de flaqueza no vencida aun, cuando volverás á ver á tu padre, á tu madre... á tu prometida esposa... no olvides....

—Yo no veré ni á mi padre, ni á mi madre, ni á mi esposa, dijo Saphan. El Salvador dice que todo se ha de dejar para seguirle. Sa-

raï, dejándote á tí, lo dejaré todo... No eras tú para mí mas que todo.....

Saraï, juntando las manos prorrumpió en un transporte involuntario:

— O Dios poderoso! ¿con que vos me habeis perdonado? Vos habeis tenido compasion de mi debilidad; gracias sin fin os sean dadas! En vuestra misericordia vos me habeis aun ahorrado mi pena! pues solo á vos le cediria yo! á vos solo! Adios, Saphan, amado de mi alma, adios!...

Y los dos se separaron señalándose el cielo, único que dá la fuerza para dejarlo todo acá en la tierra para volver á encontrarlo en él.

Y los ecos de las soledades, conmovidas aun por el divino hosana, repitieron por mil voces armoniosas:

Gloria á Dios!

Gloria á Dios sobre la tierra y en lo mas alto de los cielos (1)!

Notas.

(1) Aparece Jesucristo en medio de los hombres, dice el autor del *Genio del Cristianismo*, lleno de gracia y de verdad: la autoridad y dulzura de su palabra cautivan. Viene para ser el mas desgraciado de todos los mortales, y hace todos sus prodigios en favor de los miserables. Sus milagros, dice Bossuet, mas tienen de bondad que de poder. Para inculcar sus preceptos, escoge el apólogo ó la parábola, que se grava fácilmente en el espíritu de los pueblos. Sus lecciones divinas las dá caminando por distintos é inmensos parages, y valiéndose de los objetos que se presentan á su vista. Al ver las flores del campo, exorta á sus discípulos á que esperen en la Providencia que mantiene á las débiles plantas y sustenta las avecillas: mirando los frutos de la tierra enseña á juzgar al hombre por sus obras; preséntale un niño, y recomienda su inocencia: hallándose entre los pastores se dá á sí mismo el título de *Pastor de las almas*, y se representa llevando sobre sus hombros la descarriada ovejuela. En la primavera se sienta en la cumbre de una montaña, y saca de los objetos que le rodean motivo para instruir á la multitud que le cerca: del espectáculo mismo de esta pobre y desgraciada turba saca sus bienaventuranzas: «Bienaventurados los que lloran porque ellos serán consolados: bienaventurados los pobres, porque de ellos es el reino de los cielos: bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia porque ellos serán saciados.» Los que observan sus preceptos y los que los desprecian, son comparados á dos hombres que edifican dos casas, la una sobre la dura roca, la otra sobre la arena movediza: segun algunos intérpretes, mostraba con estas palabras un lugarcillo floreciente en lo alto de una colina, y en la parte inferior las cabañas destruidas por una inundacion. Cuando pidió el agua á la muger de Samaria, le pintó su doctrina bajo la bella imágen de una fuente de agua viva.

La elocuencia de los similes y de las parábolas sacadas de la naturaleza y de los objetos y sentimientos mas sencillos y comunes es la elocuencia apostólica, porque siendo accesible á todos, es la que habla al corazon despues de haber manifestado al pensamiento la verdad con todos sus naturales encantos. No por esto condenamos el tono sublime y científico, cuando se dirige la voz á los filósofos, á los grandes de la tierra, pues la Religion se presta á todos los tonos. Pero nunca se halla mas en su verdadero lugar que cuando se dirige á los sencillos y humildes de corazon en un lenguage análogo al de que usaba su divino Fundador con las dóciles turbas que le rodeaban.

(2) Es la misma ciudad que es llamada Sichem en la Escritura, y estaba situada cerca la montaña de Garizim.

(3) Los Samaritanos eran originariamente una colonia caldea, enviada por Salmanasar, para habitar el país que habia quedado desierto por la traslacion de las tres tribus á los estados de aquel príncipe. Estos caldeos llevaron consigo su culto idolátrico Dios envió leones que hicieron grandes estragos y sembraron la desolacion en aquel país. Para librarse de aquel azote, hicieron venir de Asyria un sacerdote del linage de Aaron, el cual los instruyó en la religion del país, como si la llamaron al principio. Reconocieron pues la revelacion, pero no recibieron sino los cinco libros de Moysés, y aun los alteraron en muchos pasages. Pero lo que mas contribuyó á que los Judíos los mirasen como cismáticos fué el templo que Sanabelleth uno de sus gobernadores, hizo edificar sobre la montaña de Garizim, cuyo templo prefirieron ellos constantemente al de Jerusalen, único punto de la tierra en el que era permitido entonces ofrecer sacrificios. Esta aversion entre Judíos y Samaritanos se ha perpetuado de generacion en generacion.

Adoptadas pues en su mayor parte por los Samaritanos las leyes y costumbres prescritas por Moysés, seguian tambien esta, que prevenia al hermano casarse con la viuda de su hermano para darle sucesion; pues como los Judíos tenian un extremado deseo de tener hijos, y la esterilidad era mirada como un verdadero oprobio, cuando un hombre moria sin hijos, su hermano ó su mas próximo pariente estaba obligado á casarse con la viuda, como vimos ya en la historia de Ruth la Moabita; y los hijos que de ella tenia llevaban el nombre y eran los herederos del difunto. Esto formaba una doble genealogía, una natural y otra legal. Así lo hace observar el P. Lamy en su *Aparato bíblico.*

De ahí viene la doble genealogía de Jacob, esposo de la Santa Vírgen, á quien San Mateo llama hijo de Jacob, y á quien San Lucas llama hijo de Hely, la una es la genealogía natural y la otra la genealogía legal. Josef era verdaderamente hijo de Jacob; pero Jacob se habia casado con la viuda de Hely, y Joseph era hijo de este último, segun la ley. Ved ahí como se explica la aparente discrepancia entre los dos Evangelistas en este punto, de la cual no ha dejado de servirse la maligna crítica de los impugnadores del Evangelio, y en lo cual han manifestado abiertamente su ignorancia ó su mala fé.

(4) Este delicado episodio de la Samaritana, lleno de interés y de

emocion es otro de los tres que se leen en un opúsculo con el título: *Las hermanas de los ángeles*, cuya autora aparece con el nombre de *Ana María*, conocida ya tal vez por otras producciones de la misma clase: edicion de París en 1842.

El objeto que parece se propuso la autora fué el presentar tres bellos dechados de una muger virtuosa. Los dos primeros están sacados de la Sagrada Escritura, y el último de la historia de los santos de la Iglesia. El primer cuadro es de la hija de Jephté, historia tan interesante por todas sus circunstancias, como vimos ya en su lugar. El segundo es el de la muger de Samaria, convertida por la palabra de Jesucristo, y que forma uno de los grupos mas bellos é imponentes del Nuevo Testamento. El tercero es otra de las bellas pinturas de la santidad inspirada por la ley de gracia, y que tan preciosa aparece en el corazon de una vírgen y mártir como Santa Dorotea. En la primera y en la última heroina resalta la hermosura de la virginidad y el heroismo del sacrificio: sacrificio de sangre en la vírgen de Israël, que se inmola sin resistencia á Dios por el voto de su padre: sacrificio de sangre en la jóven y vírgen Dorotea, que prefiere la libertad de la muerte cristiana, doblando su cándida cerviz bajo el hacha del verdugo, á todas las delicias y á todas las esperanzas de la juventud y del placer. Entre estas dos azucenas cándidas, aparece una pecadora arrepentida, que se purifica por medio de las lágrimas y del dolor, haciendo tambien el sacrificio de su corazon henchido con todos los embelesos de la pasion y del placer, y consagrándose al amor de aquel que los sacia con el agua viva de su gracia divina y de su amor inmortal.



LA MUJER ADULTERA



LA MUGER ADULTERA

Relicti sunt duo, misera et misericordia.
*(*AUGUST. *in Joan.* Tract. *XXXIII)*

EN el segundo año de su ministerio apostólico Jesus, dejando la Galilea, á donde no debia volver á parecer mas hasta despues de su resurreccion, pasó á Jerusalen por la fiesta de los Tabernáculos ó de las Tiendas. Aquella fiesta fué instituida por el Legislador de los Hebreos, en primer lugar para recordarles en toda la serie de los siglos que sus progenitores, al salir del Egipto, habian habitado el desierto bajo tiendas ó pavellones durante el espacio de cuarenta años, y que solo despues de tan dura prueba les habia Dios abierto las puertas de la tierra de promision: en memoria de aquel grandioso acontecimiento permanecian por siete dias en-

teros bajo tiendas formadas de ramas de árboles. Y en segundo lugar aquella fiesta tenia tambien por objeto dar gracias al cielo por todos los frutos que la tierra habia dado, y así se celebraba despues de las cosechas, sobre el equinoccio de otoño. En el dia octavo todos los Hebreos dejaban sus pavellones de verdor, y se reunian en Jerusalen y en el templo para atestiguar solemnemente su reconocimiento al Supremo Dios de Israël.

Jesus no entró en Jerusalen de una manera ruidosa y solemne, porque se le buscaba para hacerle morir, y su hora no habia llegado todavía. Entró pues secretamente, y mezclado con la multitud, pudo oir por sí mismo los diversos juicios que su doctrina y milagros inspiraban. Es un hombre de bien, decian unos: seduce al pueblo, decian otros: y todos preguntaban: ¿En donde está ahora? Pero ninguno de los que en él creian tenia valor para expresar en alta voz su pensamiento, porque los enemigos de Cristo eran muchos y poderosos. Sobre el dia cuarto de la solemnidad, subió al templo y enseñó. No lo hizo al principio, pues entónces obró con la prudencia de hombre, ocultándose de los Judíos, y dando el ejemplo de que no debemos exponernos sin necesidad al furor de nuestros enemigos. Pero despues obró como dueño supremo: mostróse públicamente, enseñó en el templo, que era su propia cátedra, y se puso á cumplir su ministerio sin temor alguno de los hombres. Los Judíos quedaron pasmados y atónitos, penetrados por aquella palabra tan dulce y tan llena al propio tiempo de ciencia y de autoridad, y muchos de ellos dijeron: « Cuando vendrá el Cristo, ¿ hará mas milagros que este?» Entónces los Fariseos y los príncipes de los sacerdotes, viendo aquellas señales de adhesion, enviaron ministros para prenderle. Temieron las consecuencias del ascendiente que iba tomando sobre el pueblo la voz de Jesus, poderosa en obras y en palabras, quisieron cortarlos de pronto. Pero todos los esfuerzos de la malicia humana se estrellan contra los designios de Dios. Pues los ministros enviados por los Fariseos para apoderarse de la persona del Salvador, encantados como la multitud de la bondad y eficacia de sus discursos, no ejecutaron las órdenes que habian recibido. « Porque no le habeis traido? les preguntaron los sacerdotes y los Fa-

riseos. » Y respondieron ellos: « Nunca hombre alguno habló como este hombre. » « ¿Con que vosotros tambien os habeis dejado seducir? replicaron los orgullosos representantes de la ciencia. ¿Hay por ventura alguno de los Fariseos ó de los príncipes de los sacerdotes que crea en él? Porque todo ese vulgo que no tiene conocimiento alguno de la ley, es un pueblo maldito. »

Viendo pues los enemigos de Jesus que la opinion no estaba aun bastante pronunciada contra él, y que la violencia fracasaria en aquellos momentos, volvieron á entrar en sus vias de disimulo, tendieron lazos al que no podian vencer por una guerra abierta, y se esforzaron en ponerle en contradiccion con la ley.

Los soberbios Fariseos que se vendian por justos, porque observaban con nimia escrupulosidad lo literal de la ley, al paso que desconocian y violaban su espíritu, vivian separados del resto del pueblo, como su nombre mismo lo significa, para no contaminarse, y para conservar su pretendida justicia en toda su pureza é integridad. Eran del número de aquellos de que habla Isaías, los cuales dicen: *Retiraos de mí, no os acerqueis, porque estais impuro* (1). Hablaban con el mas alto menosprecio de los que seguian á Jesucristo, tratándoles, como hemos visto, de populacho ignorante en la ley, y hasta fulminado con la maldicion de Dios (2). Decian al ciego de nacimiento, que daba testimonio del Salvador: ¿No eres mas que un pecador desde que naciste, y te metes á enseñarnos? (3) ¿Que mucho pues que hombres poseidos hasta tal punto del orgullo y de la hipocresía no pudiesen perdonar á Jesucristo una conducta, que condenaba la suya; que le inculpasen como un crimen el comer con los publicanos y pecadores; que tomasen de ello un pretexto para negarle la calidad de profeta, por mas que su propia experiencia les hubiese tan amenudo convencido que él sabia leer en lo mas profundo de su pensamiento? El conocimiento pues que tenian de la indulgencia de Jesus para con los pecadores, les movió á hacer una tentativa, en la cual la sabiduría del hombre Dios dejó como en todo lo demás burlado su insolente y alevosa petulancia (4).

Estaba Jesus sentado en el templo instruyendo á la multitud agru-

pada á su alrededor. De repente los Escribas y Fariseos penetraron por entre la muchedumbre, llevando una muger acusada de adulterio. «Maestro, dijeron á Jesus, esta muger acaba de ser sorprendida en adulterio. La ley de Moysés castiga este crímen con la lapidacion.» Hemos de creer ó que el mismo Moysés, habia explicado la ley, ó que una costumbre legítima habia llegado á interpretarla; porque, de una parte, el texto pronuncia simplemente la pena de muerte, y los Hebreos modernos dicen que esta pena se aplicaba por la estrangulacion: por otra parte los hechos históricos establecen que se aplicaba en efecto por la lapidacion, en los seis siglos que precedieron á Jesucristo.

Sea de esto lo que fuere, lo que se proponian los Fariseos era crear á Jesus una grave dificultad, sometiendo la causa á su juicio. Absolver á la muger culpable era hacer traicion á la ley de Moysés y lastimar el patriotismo de la nacion; si al contrario, pronunciaba Jesucristo la pena capital, perdia su renombre de mansedumbre y se ponia en contradiccion con sus actos pasados, y atacaba la autoridad de los Romanos que se habian reservado sobre los Judíos el derecho de vida y muerte. Por esto los Fariseos, creyéndose muy seguros del suceso de su tentativa, hicieron esta pregunta al Salvador: «Moysés prescribe el lapidarla. ¿Qué decís pues vos en eso?»

Jesus se inclinó hácia el suelo, y trazó con su dedo algunos caractéres. Mas como los interrogantes persistiesen en sus preguntas con una impaciente curiosidad, levantóse el Señor, y les dijo: «Aquel de entre vosotros que esté sin pecado, arroje la primera piedra.» Despues, inclinándose de nuevo, continuó á escribir. Algunos intérpretes, queriendo suplir el silencio del Evangelio, han pretendido que el dedo divino trazaba sobre el polvo las faltas de los acusadores, y revelaba las llagas de su conciencia. Pero no hay necesidad de indicaciones exteriores para enseñar á las almas lo que deben pensar de sí mismas: muy bien sabe Dios hacer brillar en nuestro interior aquella luz vengadora que provoca ordinariamente los remordimientos. De otra parte Jesus acababa de pronunciar una palabra llena de una luz fulminante, y que no tenia necesidad de comentarios. En boca del Hombre Dios era una inculpacion terrible á los acusadores, en cuyo fondo penetraba su mirada di-

vina, y que podia allí hacer patente lo mas recóndito de su corazon. No era esto decir, que no se puede jamás condenar y castigar á los culpables, no hallándose uno á sí mismo en estado de perfecta inocencia, pues esta máxima estableceria sobre la tierra la mas escandalosa impunidad. Pero Jesucristo venia á fundar un imperio nuevo, el de la misericordia, que acoge al pecador, excluyendo el pecado; habia ya puesto la base de este imperio en la conciencia de sus oyentes, proclamando que se aplicaria á cada hombre la medida que él hubiese aplicado á sus hermanos, y en aquel momento llamaba á sus duros é hipócritas contradictores á la práctica de aquella máxima tan caritativa y tan llena de equidad.

Pretendia además obligar á los malignos acusadores de aquella muger á dejarla libre, á impulsos de los remordimientos de su propia conciencia que la palabra divina removia en su corazon; pues temer podian que el Señor, á quien nada está oculto, publicase los delitos secretos que tal vez los aquejaban, y de la misma clase. Así la libertó de sus manos dejándolos sin pretexto alguno para poderla acusar.

Los Escribas y Fariseos se sintieron aplastados bajo el peso de aquella palabra tan sublime como sosegada. Retiráronse uno tras otro, y como furtivamente, empezando los viejos, ó porque su conciencia se reconociese mas culpable, ó porque la edad y la experiencia les hiciese mejor avisados. El lugar que se habian hecho tumultuosamente á su llegada, quedó vacío: no habia mas que la muger culpable, que esperaba una sentencia, y Jesus que escribia encorvado hácia la tierra, se levantó y dijo: « Muger, en donde están tus acusadores? ninguno te ha condenado? — Ninguno, Señor. — Tampoco te condenaré yo. Vete y no peques mas en adelante. » Jesus despachó así la muger culpable, porque no ejercia las funciones de Juez temporal, y la despidió como Salvador del género humano, porque con este título, sin abolir los tribunales externos ni la justicia de la tierra, venia á rehabilitar el tribunal desconocido de la conciencia, y hacer brillar á los ojos de todos la misericordia celestial y la doctrina del arrepentimiento.

Así es como el Señor halló el secreto de ejercer la clemencia, respetando la ley; de justificarse librando á la pecadora; de arrancar la más-

cara á los hipócritas, y de confundirlos, mostrándose él al mismo tiempo puro como la equidad, suave como la fuerza, irrefutable como la verdad. Tal es el maravilloso carácter de la doctrina moral que regeneró los tiempos modernos: la justicia con sus formidables castigos, fué, en alguna manera, relegada al segundo plan, para dejar mayor ámbito á la caridad que perdona. Por su palabra y por sus actos desde el pesebre de Belen hasta la cima del Gólgota, y durante toda su vida el Salvador parece habernos querido decir que hay mas clemencia y bondad en el corazon de Dios que debilidad y malicia en el corazon del hombre, como si hubiese llegado ya el tiempo de atraer por medio del amor á los que el temor no habia podido retener en las sendas de la justicia.

En efecto, la humanidad ha sido siempre gobernada con un arte admirable: ella se ha engrandecido bajo el ojo y la mano de la Providencia, como un hijo bajo el ojo y la mano de un padre y de una madre. Su educacion, siempre en relacion con sus destinos y con sus necesidades esenciales que quedan fijas y permanentes, y proporcionada asimismo á las condiciones exteriores y á la succesion de sus progresos, que se presentan bajo aspectos mudables y variados; su educacion, repetimos, se hizo por un principio sin cesar idéntico á sí mismo, pero por disciplinas diversas. Así es como se afirma y se desarrolla en cada hombre la vida física por un alimento siempre mas sólido y fuerte, y como se perfecciona su alma sometiendo su libre energía á móviles mas ó menos elevados.

En el orígen de los siglos parecia que Dios llevaba la humanidad en sus brazos y que se inclinaba sobre su cuna con un aire dulce y poderoso; alimentábala con la leche de sus comunicaciones íntimas; le hablaba boca á boca para reprenderla, para instruirla, para guiarla.

Dignóse conversar con Adam caido, instruir el proceso del fratricida Cain, visitar á Noé, que habitaba en medio de la corrupcion, y tomar como por la mano al creyente Abraham para hacerle salir de la idólatra Caldea. Diríase que procedia como una madre que no se acuerda de su corazon ni de su fuerza sino para suplir á la ignorancia y á la debilidad de su hijo, desplegando segun las circunstancias

la autoridad, la bondad, las amenazas, las caricias y la indulgencia para sostener ese ser naciente y frágil que no se tiene aun en pié, porque le faltan los siglos y no tiene todavía instituciones en que apoyarse. Tal fué la era de los patriarcas y como la infancia del género humano.

Al llegar la época de la juventud, época crítica y tormentosa que despierta los instintos generosos y abre ante los ojos horizontes bellos y llenos de esperanzas, pero que de otro lado hace hervir la sangre en las venas, y dá la señal de un duelo en que el espíritu y el cuerpo se disputan encarnizadamente quien poseerá la vida: entonces Dios pareció que ponia la humanidad bajo el dominio especial del temor: la ley fué de nuevo proclamada con una solemnidad terrible: descendió el Eterno sobre un carro ardiente con el fulgor del relámpago; un denso nublado, formaba el pavellon en donde su magestad reposaba: delante de él marchaba la voz del trueno con formidable estrépito; el Sinaï estremecido temblaba bajo sus plantas. Entonces del seno de la naturaleza conmovida y trémula salió la palabra de los mandamientos divinos, repetida en algun modo por los elementos trastornados, y grabada en el fondo de las almas por la mano del terror. Escoltada por una multitud de prácticas minuciosas y pesadas, parecíase la ley á un yugo hecho para domar una cerviz áspera é insumisa, como la de un jóven por la fiebre de sus miembros. Apoyada además y defendida por una sancion temporal, prometiendo fértiles rocíos, mieses abundantes y amenazando con la carestía y con la esclavitud, aquella ley afectaba la humanidad principalmente por las necesidades físicas y la vida material, porque este freno era mas á propósito para contener el tempestuoso ardor y el espíritu inculto de la joven humanidad. Sin olvidar que era padre, parecia Dios acordarse mas bien que era Señor y árbitro absoluto: en vez de intimar habitualmente sus órdenes en apariciones sensibles y familiares, las puso en boca de embajadores escogidos. Moysés fué quien cerró los tiempos primitivos, y abrió una época nueva, conversando con Dios, como los patriarcas, y haciendo hablar el porvenir como los profetas. Los profetas repitieron con su voz colosal las promesas y las amenazas de prosperidad y de calamidades, perpetuando las tradiciones del Sinaï, en las cuales dominaba el temor.

Vino por fin el reinado de la caridad. Dios se dejó mover de una inmensa piedad á vista de las faltas y de las desgracias de su criatura, y la visitó. Pero no era ya el Anciano de dias pasando al través de los árboles de Eden con aquel estraño ruido que hacia estremecer la conciencia culpable, ni Jehová llevado en alas del rayo, y teniendo los corazones en el terror: era el Verbo dulce y suave, revistiéndose de nuestra humanidad para hacérsele mas accesible, y tomando la flaqueza de nuestra carne para comunicarnos la fuerza de su espíritu divino. Los cielos se habian abajado, todo intervalo habia desaparecido; no se veia ya al Criador hablando desde lo alto ó á lo lejos, ni al Maestro trayendo la carga pesada de un duro precepto: no habia mas que un hermano descendido para tender la mano á los hermanos y levantarlos hasta á él. Lloró para volver fecundas nuestras lágrimas: trabajó para ennoblecer nuestros trabajos: vivió para divinizar nuestra vida, murió para transformar nuestro sepulcro en una gloriosa inmortalidad. Su palabra nos trazó el camino: sus ejemplos nos sirvieron de estímulo y de atractivo: su sangre derramada sobre nosotros sostiene y repara nuestras fuerzas: desde aquel entonces estableciose entre Dios y los hombres una feliz y amigable alianza, y todas las viejas leyes del mundo se han fundido en una ley única y nueva, que es la caridad. Por manera que bajo sus crímenes acusadores la humanidad se parece á esta muger, que querian hacer condenar los Fariseos. Llamada al tribunal del Salvador, no es por cierto inocente, pero es digna de compasion: la mansedumbre del cielo resplandece sobre las faltas de la tierra, y desde la cumbre del Calvario no se ven ya mas en la historia sino dos cosas: una extrema miseria en el hombre y una suprema misericordia en Dios.

Relicti sunt duo, misera et misericordia.

Notas.

(1) Isaías LXV. 5.

(2) Joan. VII. 49.

(3) Joan. IX. 34.

(4) Es muy notable por cierto, que siendo Jesucristo la misma dulzura, y todo bondad hácia los mas grandes pecadores, haya manifestado tanta indignacion y aversion contra los escribas y fariseos, contra aquellos hombres tan celosos en apariencia de la observancia de la ley, que se preciaban de ser mas justos que los demás, y hacian llegar la exactitud hasta la última minuciosidad. No hay lugar en que no les arguya, ni ocasion en que no guarde de ellos á sus discípulos y al pueblo. Los retrata al vivo, publica en alta voz todos sus vicios, y les carga de sus mas terribles maldiciones. Y ellos eran no obstante los doctores y los maestros de la nacion; estaban sentados en la cátedra de Moysés; tenian el carácter y la autoridad necesarias para interpretar la ley; á ellos era preciso recurrir, y el mismo Salvador recomienda respetar y seguir sus decisiones.

Como han existido y existirán siempre hasta la fin del mundo en la Iglesia fariseos y falsos doctores de que debe desconfiar el pueblo fiel, es importantísimo reconocerlos por la pintura que de ellos hace Jesucristo. No recogeremos todo lo que de ellos dice en diversos parages de su Evangelio, limitándonos únicamente á lo que se lee en el capítulo XXIII de san Mateo, que los abraza de uno á otro extremo. Veamos como nos lo pinta.

Primer rasgo. *Ellos dicen y no hacen. Cargan sobre los hombros agenos fardos pesados é insoportables, y ellos no quieren ni aun mover la punta del dedo.*

Segundo rasgo: *Practican todas sus obras con el fin de ser vistos de los hombres.*

Tercer rasgo. *Prefieren los primeros puestos en la mesa, y las primeras sillas en las asambleas, y ser saludados en las plazas públicas y ser llamados maestros por los hombres.*

Cuarto rasgo: *Pintan el reyno de Dios como inaccesible á los hombres, al cual ni entran ellos, ni dejan entrar á los demás.*

Quinto rasgo. *Devoran las casas de las viudas, despues de haberlas embaucado con sus largas oraciones.*

Sexto rasgo: *Ellos recorren mar y tierra para hacer un prosélito, y cuando han hecho uno, le vuelven digno del eterno suplicio dos veces mas que ellos.*

Séptimo rasgo. *Son exactos en las mas minuciosas observancias de la ley, de la cual descuidan los puntos mas esenciales, como la justicia, la misericordia y la fé. Colan un mosquito, y se tragan un camello.*

Octavo rasgo: *Purifican lo exterior de la copa y del plato, y en sus adentros están llenos de rapiñas y de impureza.*







MARÍA MAGDALENA.

Remittuntur ei peccata multa quoniam dilexit multum.

(Luc. *VII. 47*)

Dulciores sunt lacrimæ orantium quam gaudia theatrorum.

(August. *in Psalm. 127. X*).

María Magdalena es célebre en el Evangelio por sus sentimientos de ardiente caridad hácia el Salvador de los hombres, y en la tradicion eclesiástica por sus lágrimas y por su penitencia. Puede añadirse que es asimismo célebre en la crítica hagiográfica, por la controversia que se ha suscitado acerca su identidad; porque mientras que ciertos autores no la consideran sino como un solo personage, muchos escritores hacen de ella no ménos que tres. Apoyan los primeros su sentir en los nombres de María y Magdalena, cuya indicacion alternativa parece suponer muchas personas, en especial, si se atiende que estas palabras corresponden á tiempos, á lu-

gares y á actos diferentes. Los primeros, al contrario, creen que, distinguiendo los lugares y los tiempos, no se percibe mas que una sola y misma persona, animada del mismo celo, obedeciendo aquí á una viva emocion de arrepentimiento, allá á un impulso de caridad: y de otra parte invocan á su favor una serie mas constante de testimonios mejor autorizados. Parece pues que María Magdalena no es diferente de María hermana de Lázaro, y de la muger pecadora que vino á derramar sus perfumes y llantos á los piés de Jesus en la casa de Simon el Fariseo. Tal es la respetable opinion del Sr. Darboy.

El autor de los *Estudios sobre las mugeres cristianas*, M. A. A. proponia así el estado de la cuestion. No ignoramos cuan divididas se encuentran las opiniones con respeto á la Magdalena. Para los unos es una jóven vírgen que en tiempos en que Jesus empezó á predicar la nueva ley, estaba poseida de siete demonios; pero esta posesion no debe ser considerada como el efecto ó la señal del pecado, sino como una situacion muy comun en aquella época. Habiendo llegado á sus oidos la fama de los milagros de Jesucristo, vino á él y fue curada. Esta opinion adoptan San Ambrosio, San Gerónimo, San Agustin, y despues de ellos casi todos los Griegos y muchos críticos modernos, tales como Casaubon, Ectius, Boulanger, Baillet y otros. Otros al contrario consideran la Magdalena como una pecadora y creen que por los siete demonios debe entenderse siete vicios á que estaba entregada antes de conocer á Jesucristo. Estos la confunden tan presto con María hermana de Marta y de Lázaro, tan presto con la pecadora. A su frente se hallaban Gregorio el Grande, Clemente de Alejandría, Ammonio, y casi todos los latinos hasta el siglo XVI. Autores modernos muy estimables han escrito con valentia en favor de esta opinion, tales como Baronio, Jansenio, Legrand, Maldonado, el P. Alejandro, el P. Lamy, el Padre Mauduit, etc.

Léese en Godescard, á propósito de Magdalena y de la muger pecadora la siguiente observacion: «San Ireneo, Orígenes, San Crysóstomo y otros, no distinguen en parte alguna Magdalena de la muger penitente. Y San Lucas, despues de haber referido la conversion de la pecadora, que se obró en Naïm, añade en el capítulo siguiente, que

cierta muger que habia sido librada por el Salvador de sus enfermedades, ó de los siete espíritus impuros, le siguió. Hablando el Evangelista de las mugeres que iban en seguimiento de Jesus, nombra á María Magdalena, á quién él habia librado de los siete demonios. Estas autoridades paracen ser un motivo muy razonable para concluir que la Magdalena y la muger pecadora son una misma persona.... No obstante todo esto, peude decirse que esta cuestion es del número de aquellas que no se verán tan presto terminadas. La razon es, porque el texto de la Escritura no se presenta bastante claro, y que la autoridad de los antiguos tampoco ofrece una prueba demostrativa. El Breviario latino supone que la muger penitente, María Magdalena y María hermana de Lázaro, son una sola y misma persona (1).»

Si una parte de la Iglesia latina, dice Tillemont, parece autorizar todavía á los que creen que la muger pecadora, María hermana de Lázaro y María Magdalena no son mas que una sola persona (2), la Iglesia Griega favorece á los que creen que son tres. Y como no pueden oponerse estas dos iglesias la una á la otra, para acusar á una de las dos de estar en error, ha de reconocerse que la Iglesia, como á cuerpo docente, no toma parte en estas dificultades que ni por uno ni otro lado afectan ni hieren la religion, sino que deja á sus hijos en libertad de creer lo que las razones y las autoridades les hagan juzgar mas probable (3). Nosotros empero seguimos como mas probable la opinion de la iglesia latina, que forma de las tres denominaciones una sola muger á la que venera con el nombre de Santa María Magdalena.

El sobrenombre de Magdalena fué dado á María porque habitaba en el lugar ó castillo de Mágdalo en Galilea, cerca del lago de Tiberiades. Créese que era de una familia distinguida por sus riquezas, como así deja pensarlo tal vez el uso que hacia de riquísimos perfumes. Un biógrafo sagrado nos dice sin embargo, que fué originaria de Betania, pueblo reducido á tres cuartos de legua de Jerusalen, y mansion ordinaria de su familia. Segun San Antonino, su padre se llamaba Syr y su madre Eucaria, muy conocidos entre los Judíos tanto por el rango de sus riquezas, como por el lustre y carácter de su representacion en toda la provincia. Tuvieron un hijo y dos hijas: Lázaro, que fué el primogénito, Marta

y María. Huérfanos ya de padre y madre, repartieron entre sí sus bienes: á Lázaro y á Marta les tocó lo que habia en Betania y en las cercanías de Jerusalen, y á María le cupo el castillo de Magdelon ó Mágdalo, situado en la provincia de Galilea. Parece que no estuvo por mucho tiempo esta última en compañía de sus hermanos: su génio vivo, y las vanas ilusiones de felicidad que como un fantasma brillante se presentan á la imaginacion de una muger jóven, libre y hermosa, le hicieron luego fastidiosa é insoportable la vida de sosiego y de modesto retiro que guardaban sus hermanos.

Sabidos son ya los primeros pasos de esta brillante hermosura de Betania, que hacia de sí misma un ídolo para recibir en todas partes los tributos de profano amor que se depositaban en sus aras. Aquella alma expansiva y ardiente buscaba como llenar el vacío de su corazon agitado: anhelaba ser adorada y dominar sobre otros corazones tan volcánicos como el suyo, y creíase feliz cuando la sombra de la felicidad se escapaba siempre de entre sus manos. No sabemos hasta que punto se entregó la bella del castillo de Mágdalo á los goces de la materia y á la saciedad de su pasion por amar y ser amada. Pero el Evangelio nos pinta con un solo rasgo los sensuales atractivos y los impuros escándalos de la *muger pecadora*; pues por tal era tenida en la ciudad. Aun cuando la desenvuelta María no hiciese mas que recibir inciensos de sus oradores y provocar con la vana y seductora ostension de sus gracias, era criminal á los ojos de Dios.

El Evangelio, nombrándola pecadora, ha dado márgen á suponer que ella se habia abandonado enteramente á la disolucion mas escandalosa: preciso es observar, con todo, que esta palabra podria no indicar otra cosa que una vida suntuosa y accesible, llena de lujo y de pasatiempo condenables, es verdad, pero no deshonrosos y viles, como comunmente se cree. Un espíritu altanero, un vano orgullo de algunas cualidades exteriores, un cuerpo complacido, adorado hasta la ilolatría, un corazon ocupado en demasía del cuidado de agradar, tal fué quizás la pecadora. No es esto que haya algun interés en disminuir sus faltas, pues cuanta mayor es la humillacion á que arrastran los extravíos de la libertad, á mayor altura puede elevarse un alma por la energía del arre-

pentimiento : de otra parte , al descender á la tierra , el hijo de Dios venia no para visitar á los justos sino para curar á los pecadores; por manera que allá mismo en donde la iniquidad de la criatura llegaba á su colmo , allá puede sobreabundar y desbordarse la misericordia del Salvador.

De otra parte, el noble corazon de Magdalena y la hidalguía de sus sentimientos no permiten conjeturar que hubiese sido capaz de envilecerse hasta el extremo de la abjeccion y de la infamia. Hay calidades en el alma que parece que tienen un carácter indeleble. Podemos hacer mal uso de ellas, podemos en vez de consagrarlas á Dios de cuyas manos han venido, prostituirlas á un ídolo de carne; sin embargo una alma ardiente, sensible , capaz de sentir su dignidad, conserva una cierta elevacion aun en medio de sus extravíos y miserias : tal vez es mas culpable que otra en no corresponder como debe á sus nobles instintos y altos destinos; pero nunca , al compadecerla , nos veremos forzados á apartar de ella los ojos como de un objeto vil y despreciable. Tal nos parece el alma de Magdalena , aquella alma de fuego que supo despues amar tanto , y que tan íntima y constantemente se unió con la de Jesucristo.

Pero sea cual fuere la idea que se quiere formar de la naturaleza de sus faltas, conocido es el castigo que María Magdalena sufrió por espacio de algunos años. Sometióla Dios á un género de humillacion, muy raro en el dia, pero muy comun en aquellos tiempos, y del cual ofrece el Evangelio muchos ejemplos. Fué pues atormentada del demonio, hasta el dia en que el Salvador, remitiéndole sus pecados, la libró de aquella dominacion horrible.

Recorria entónces Jesus la Galilea , y acababa de resucitar un jóven de Naïm á quien llevaban á enterrar , y cuyos funerales celebraba un pueblo numeroso. Era el hijo único de una viuda que iba detrás del difunto , anegada en lágrimas. Compadecido el Señor de la viuda, le dijo: no llores mas, y acercándose al ataud le tocó diciendo : levántate jóven , yo te lo mando. È incorporóse el jóven que estaba muerto , y se puso á hablar , dejando atónitos á todos los circunstantes. Aquel milagro , obrado para enjugar las lágrimas de una madre doblemente afligida , pues que era ya viuda, exitó un rumor de admi-

racion y de reconocimiento en todos aquellos contornos. Pero los sabios y los que se tienen por doctos no por esto recibieron mejor la doctrina de Jesus, porque estaban henchidos de envidia y de orgullo: aquellos, al contrario, cuyo espíritu está tranquilo y sin amago, el corazon dulce y sin fausto, aquellos á quienes se dá el nombre de pequeños y sencillos, acogieron la palabra del Salvador, que esclamó: « Yo os doy gracias, ó Padre mio, Señor del cielo y de la tierra de que hayais ocultado estas cosas á los sabios y á los prudentes, y las habeis revelado á los pequeñuelos. » Y añadió con una inexplicable ternura: « Venid á mí todos los que os veis fatigados y oprimidos, yo os aliviaré. Poneos bajo mi yugo, y aprended de mí que soy manso y humilde de corazon y hallareis el reposo de vuestras almas, porque mi yugo es suave y mi carga ligera. »

Jesus pues predicaba en Betsaida y en Cafarnaum, no lejos del castillo en donde habitaba aquella muger á la vez seductora y seducida, y predicaba la ley de la modestia, de la abnegacion, del retiro, de la castidad. Esto no hubiera bastado en boca de un hombre: pero Jesus era mas que hombre, y detrás de esa ley de penitencia predicaba tambien una ley de amor, amor purísimo, divino, capaz de llenar el corazon: y este amor, al oirle Magdalena, inflamó el suyo, y lloró y creyó al mismo tiempo, porque cuando este amor divino llega á apoderarse del alma, consume como la llama del sacrificio todas las afecciones bastardas, todas las propensiones bajas, todos los obstáculos del obcecado pensamiento, todas las incertidumbres de la altanera razon. La pecadora de Mágdalo sintió que sus lágrimas la inundaban interiormente de una dulzura celestial; percibió el vacío que dejaban en su alma esos goces, rápidos, caducos, inciertos, falaces, acibarados casi siempre con el pesar ó con el sobresalto: asustóse de este vacío, y conoció que su sed de gozar y de amar necesitaba de un objeto bien distinto. Desde que hubo escuchado al gran Profeta, de quien se contaban tantas maravillas, la simple curiosidad se convirtió en deseo, y deseo ardiente, irresistible, que no sufria dilacion, de arrojarse á los piés del Salvador, y hacer que desapareciera á fuerza de amor, de dolor y de llanto la densa nube de sus iniquidades, que da

aquel objeto la separaba. Tal vez las lágrimas y los ruegos de sus virtuosos hermanos María y Lázaro aceleraron el instante feliz de su conversion. Atraida pues por la mansedumbre y beneficencia de Jesus, informóse donde podria encontrarle, y supo que en aquel dia comia en casa de Simon el Fariseo, junto con otras personas de distincion. Delicadas eran las circunstancias: la celebracion de un banquete con que se queria obsequiar á Jesus, y la publicidad consiguiente á los numerosos concurrentes, parece debian retraer á Magdalena de su resolucion generosa, y hacerle aguardar la entrevista para ocasion al parecer mas oportuna y para lugar menos público ó mas retirado. Pero así como la pasion criminal prescinde de todo respeto y no teme el hacer estallar en público sus escándalos, asi el amor divino rompe por entre todos los obstáculos, huella con planta firme todas las atenciones y reparos de la prudencia humana, y se hace superior al rubor mismo. Llevando en su mano un vaso de alabastro lleno de aceite odorífero, entra en la sala del convite, y viendo al Salvador recostado en uno de aquellos lechos ó canapés que usaban en sus mesas los Judíos, no atreviéndose á mirarle cara á cara, se arroja á sus piés por la espalda, y desgarrándosele el corazon por la doble fuerza del amor y del dolor, los humedece con su llanto, los besa con ternura y con afan, los rocía con bálsamos y perfumes y los enjuga con sus cabellos (4).

El Fariseo, propenso siempre á juzgar mal por las simples apariencias, como todos los de su secta, y notando la bondad con que el Salvador sufria á sus piés aquella pecadora, decia para consigo: Si este hombre fuese profeta, sabria quien es la muger que le está besando los piés y que los humedece con su llanto. Pero Jesus, dando á Simon una de aquellas miradas penetrantes que llegaban hasta el fondo del alma, dijo á su huésped: « Simon, quiero saber tu dictámen sobre lo que voy á proponer. — Hablad, Maestro. — A cierto acrehedor le debian dos sujetos, el uno quinientos reales de plata y el otro cincuenta. Ni uno ni otro tenian con que pagar, y á uno y á otro les perdonó todo lo que le debian: dime pues, ¿cual de estos debe amar mas y estar mas agradecido al generoso acrehedor?» — «Es claro, respondió Simon, que aquel á quien perdonó mayor cantidad.

—Muy bien has respondido, replicó el Salvador, y dirigiéndose á la Magdalena, añadió. « Ves á esta muger? pues reflexiona lo que ha hecho, y falla despues sin pasion. Cuando entré en tu casa, ni te ocurrió siquiera presentarme un poco de agua para lavarme los piés, y ella me los lavó con sus lágrimas. Tampoco te pasó por la imaginacion el derramar sobre mi cabeza aquellos odoríferos perfumes que se usan y no se escasean en los convites; y ella derramó sobre mis piés un precioso bálsamo. Por esto te digo que se le han perdonado muchos pecados porque en realidad amó mucho. Hasta ahora ninguno me habia buscado sino para sanarle las enfermedades del cuerpo, pero esta muger echada á mis piés me pide por las heridas del alma. » Y volviéndose despues á aquella ilustre penitente, le dijo: « Tu fé y tu confianza te han salvado: vete en paz. »

Magdalena cae á los piés del Salvador, se rinde á su gracia; pero su corazon ama mas que nunca con un amor de ángel: arroja á los piés de Jesus todos los despojos de sus galas y atractivos: el dolor de sus extravíos se vá transformando en amor celeste. El mundo se admira, se sorprende: condena por temeridad un exceso de amor que no llega á comprender. Pero Magdalena ama cual nunca habia amado, porque la palabra amor, aplicada á las criaturas, es usurpada ó dislocada; así como lo es la palabra felicidad, aplicada á los goces efímeros de la tierra. ¿Quien duda que aquella palabra de vida: Anda que tus pecados ya te son remitidos, no abolió asimismo el castigo extraordinario que ellos merecian y que habian atraido sobre María Magdalena?

«A la verdad, nada es comparable, dice un escritor de últimos del siglo pasado, tan profundo como elocuente y persuasivo, nada es comparable con la dicha de morir sin remordimientos, y entregar á su Criador un alma que nunca se manchó con la impureza del vicio; pero tambien es cierto que nada hay mas interesante, mas grande, ni mas digno de la inmensidad de la divina misericordia, que la aceptacion de las lágrimas y sollozos de un corazon extraviado, que, conociendo su miseria, quiere volver al seno de su Dios. Puede decirse que el pecador convertido siente en la virtud un encanto desconocido para los que jamás la perdieron. Parece que nada le queda á Dios que hacer para consolarnos de

los ultrages que le hicieron nuestros crímenes, y que su ternura se estudia á sí misma para indemnizarnos de todas las penas que hemos sufrido siguiendo al mundo y sujetándonos á su tiránico yugo. Para unirnos indisolublemente consigo, como si el gozo que siente de habernos recobrado pudiera ser turbado por el temor de perdernos segunda vez, se apresura á hacernos gustar lo que se encuentra mas exquisito, mas puro y mas dulce en los tesoros de su inefable esplendor, y á difundir en nuestro corazon aquel calor divino que es en cierto modo parte de su felicidad infinita.... ¡Ah! los hombres no saben que nombre dar á esta efusion de la gloria de Dios en una alma penitente, porque no hay palabras que correspondan á la verdad y excelencia de una cosa tan divina, y porque esta comunicacion íntima de su luz inefable solo se halla bien expresada con el silencio, el respeto y la profunda adoracion de un alma que la siente y se sacia con ella.

¡O, que precioso espectáculo es para el cielo un verdadero convertido! ¿Habeis leido, y considerado por ventura alguna vez, como el Salvador del mundo nos pinta la ternura de Dios para con el pecador que se arrepiente? ¡Qué alhagüeña es la imágen de la conversion de un hijo desnaturalizado y disoluto que, abrumado con el peso de la vergüenza y de sus remordimientos, vuela á los piés de un padre, el cual al punto olvida los desórdenes del mas depravado de sus hijos, cede al ascendiente imperioso de la naturaleza y de la sangre, se arroja transportado de gozo sobre aquella porcion de sí mismo perdida por tanto tiempo, le estrecha entre sus brazos, le oprime contra su corazon, y no puede hablarle sino con lágrimas de gozo que bañan sus mejillas marchitadas con los trabajos y las miserias! ¡Qué escena tan tierna! ¿Qué alma sensible podrá resistir á unas situaciones de esta naturaleza? Y cuando el Hijo de Dios, para animar nuestra esperanza, nos pinta la grandeza de la divina misericordia con unos colores tan vivos y fuertes, ¿podrán dejar de reconocerse en el uso que hace de medios tan delicados y victoriosos, los sentimientos y el corazon del amigo mas tierno y verdadero?»

«Así verificó el Hombre Dios con la conducta que observó en toda la carrera de su augusto y laborioso ministerio, cuanto habia dicho so-

bre el precio y excelencia que adquiere á los ojos del Ser Supremo una alma arrepentida de su iniquidad, y que desea volver á la gracia de su Criador. Jamás se le vió mas vivamente conmovido, que á la vista de una conversion. Cuando rodeado de los primeros discípulos de su Evangelio recorre los palacios y pueblos de la Judea y Galilea, vé y oye sin alterarse cuantas particularidades y noticias interesan al resto de los hombres, los raros espectáculos, las revoluciones extraordinarias, las empresas formidables de los señores del mundo, la magnificencia de edificios y antigüedad de monumentos; mas nada le detiene, nada puede distraerle un instante de aquel magestuoso y profundo recogimiento en el cual medita fundar sobre las ruinas de todos los dominios y pasiones de la tierra su eterno é incorruptible imperio. Pero cuando sus miradas se dirigen á objetos pertenecientes á tan grande y magnífico designio; cuando encuentra una criatura en la que la mano de Dios ha empezado á excitar los primeros remordimientos que preparan la libertad de un culpado, y el milagro que ha de hacer de un elegido del mismo seno de corrupcion; cuando, por ejemplo, una pecadora famosa en la ciudad por sus disoluciones y escándalos, se siente de repente horrorizada de sus excesos, le busca con la mayor ansia, se arroja á sus piés, imprime en ellos sus labios, los riega con un torrente de lágrimas, y sus cabellos bañados en el llanto cubren y envuelven, por decirlo así, lo que ella mas adora.... ¡Ah! he aquí para su corazon el espectáculo mas agradable que puede ofrecerse al universo. ¡Como se afana á exponerle á la admiracion de cuantos le rodean! ¡Cuan sublime y divina le parece aquella postura, aquellos llantos y sollozos, y todo aquel aparato de humildad y de penitencia! ¡Como le llena de gozo este procedimiento, y cuanto se complace al contemplar en esta muger que se anonada á sus piés uno de los primeros y mas brillantes triunfos de su mision divina! *Ved esta muger*, exclama, queriendo dar á este suceso acaecido en la obscuridad todo el esplendor y fama de un grande y memorable acontecimiento. Dá un precio y una dignidad infinita á la menor circunstancia que le acompaña, las hace notar todas para que entendamos cuan preciosa es la menor particularidad en las obras que la gracia inspira, y con que fi-

delidad tan tierna pone Dios en cuenta hasta nuestros menores sacrificios.»

Desde aquella época de salud, se impone ella misma las mas duras prácticas de penitencia; y su alma regenerada, encuentra mas dulzura en los trabajos del arrepentimiento que purifica, que en el transporte de los goces que corrompen. Despues de haber depuesto su cabellera y sus perfumes á los piés del Señor, como si por esto hubiese querido significar su absoluta renuncia á todas las vanidades, se junta á algunas santas y nobles mugeres que seguian al divino Maestro, escuchaban sus predicaciones y le asistian con sus bienes en sus correrías evangélicas. El amor de Magdalena la tenia siempre pendiente de los ojos y de los labios del Salvador: atormentaba dulcemente su alma, pero este tormento es una delicia inefable, pues cuanto mas ama mas goza, mas espera, mas desea; porque su amor toca ya á lo inmortal, á lo infinito, la llena de celestiales consuelos, y solo la aflije por las penas y por los sufrimientos que amenazan á su amado. Porque es digno de notarse que la muger, por lo general, vá mas veloz y mas recta á la verdad y á la virtud por el corazon, de lo que vá el hombre fiado en su altanero espíritu. Las habitudes de una vida toda exterior, activa, poderosa, su intervencion en todos los sucesos, y su accion dejando siempre al mundo una marca magnífica de su poder, su fuerza de ánimo que la impide sentir vivamente la necesidad de un consolador y de un apoyo, todos estos motivos contribuyen á distraer al hombre del pensamiento de Dios, y hasta termina muchas veces en ver en la piedad una flaqueza de espíritu, y en la irreligion una grandeza y un fiero temple de alma, como si se necesitara mucho valor y mucho talento para pasarse ó prescindir de Dios. La muger al contrario, parece sacar de su naturaleza, de su debilidad misma, si se quiere, de su vida entera, tal como las leyes y las costumbres la han formado, como una vista mas sana de las cosas de la religion, un sentimiento mas delicado y mas invencible de los objetos de la virtud, y fuerza es decirlo, una fidelidad mas valerosa á la una y á la otra. Allí donde el genio cae, la hermana de la caridad ni aun tropieza.

Cuando Jesus dejó la Galilea, para no reaparecer mas en ella hasta

despues de su resurreccion, pasó al lugar en que habitaba María Magdalena con su hermana Marta y su hermano Lázaro, no léjos de Naïm y del torrente de Cison. Entónces le ofreció Marta la hospitalidad con la mas inquieta solicitud para tratar debidamente á huesped tan distinguido. En medio de sus desvelos y viendo á Magdalena sentada muy tranquila á los piés de Jesus bebiendo con afan las palabras de vida que fluian de su boca divina, hizo aquella ingenua exclamacion, y María fué elogiada por el Salvador por haber escogido la mejor parte, pues en efecto, despues de haberlo dejado todo para seguir á su Maestro, le escuchaba embebecida, buscando en su celestial doctrina aquel nutrimento cuyo precio y suavidad conoce el alma sinceramente religiosa.

María Magdalena y las santas mugeres siguieron á Jesus desde Galilea á Jerusalen, y no le abandonaron ni aun en su muerte, que se verificó seis meses despues. María Magdalena con su familia habitaba el pequeño lugar de Betania, á corta distancia de la ciudad santa. Jesus pasaba allá alguna vez, cuando, huyendo del odio de los Judíos, iba á buscar un asilo á la otra parte del Jordan, ó cuando movido por la mas generosa piedad volvia de ir al encuentro de las ovejas perdidas de la casa de Israël. Pues en vano les hablaba un lenguaje lleno de dulzura y de sabiduría; en vano demostraba en su persona el cumplimiento de las Escrituras; el ojo enfermo de aquellos hombres se cerraba á la luz con una obstinacion lamentable. Un dia en que habia nombrado á su padre, añadiendo, para no dejar que se ignorase el dogma de su divinidad: «Mi Padre é yo somos una misma cosa;» los Judíos tomaron piedras para arrojarle. «Yo he hecho delante de vosotros muchas obras buenas por el poder de mi Padre, les dijo Jesus, ¿por cual de ellas quereis apedrearme?» — «No os apedreamos por obra alguna, sino porque habeis blasfemado, pues siendo hombre os habeis hecho Dios.» Pero manifestándoles Jesus que no se le podia reprobar ni la palabra, pues que ella está en las Escrituras admitidas por sus adversarios, ni la pretension en sí misma, por hallarse justificada por obras divinas, les habló así: «No está escrito en vuestra ley, yo os dije: vosotros sois dioses? Si ella pues llama dioses aquellos á quienes se dirige la palabra de Dios, y si la Escritura es infalible, ¿cómo decís que yo blasfemo habién-

dome el Padre santificado y enviado en el mundo, cuando digo que soy el Hijo de Dios? Si yo no hago las obras de mi Padre, no me creais, pero si yo las hago, aun cuando no querais creerme, creed á mis obras, de modo que conozcais y creais que el Padre está en mí, y yo en el Padre.» Pero sus contradictores, encontrando mas fácil el perseguirle que el responderle, quisieron apoderarse de su persona, mas él se escapó de sus manos, y se retiró á la otra parte del Jordan.

No habia Jesus dejado aun aquel asilo, cuando María y Marta le enviaron la noticia de que su hermano Lázaro estaba enfermo. Nadie ignora que el Hijo de Dios no se prestó desde luego á la invitacion de socorrer á su amigo: deseaba dar una brillante prueba de su poder y de su misino, mandando á la muerte con una autoridad soberana. Todos saben tambien, que movido á compasion á vista de las lágrimas derramadas por las hermanas y por los amigos de Lázaro, lloró él tambien, y le hizo salir vivo del sepulcro, en presencia de una multitud numerosa. Y este suceso, que debia arrancar irresistiblemente el reconocimiento universal de su divinidad tan sensiblemente manifestado, referido á los Fariseos por testigos oculares, precipitó sus resoluciones homicidas. Reunióse el gran consejo: «Qué haremos? dijeron, este hombre obra milagros. Si le dejamos operar así, todos creerán en él, y vendrán los Romanos á arruinar nuestra ciudad y nuestra nacion.» — «Nada entendeis en esto, repuso el gran sacerdote, ¿y no sabeis que conviene que un solo hombre muera por el pueblo, á fin de que toda la nacion no perezca?» Asi hablaba este sacerdote, sin saber que uno solo iba en efecto á salvar no solo exclusivamente la raza Judía, sino todas las razas humanas, y no de una ruina material, sino de unos desastres mucho mas graves en donde perecen las almas. Sea como fuere, la muerte de Jesus quedó resuelta por sus enemigos. El mismo, sabiendo que la hora señalada por su Padre habia llegado, no se refugió á lugares distantes; aguardó en un campo de la Judea la aproximacion de la fiesta de Pascua, en la cual habia de morir víctima de su dulce y ardiente caridad.

El acto pues mas soberano de la autoridad divina, cual es el mandar á la muerte que restituya su presa, no hizo mas que apresurar

la muerte del Salvador. Aprendan aquellos hombres orgullosos que pretextan para no rendir á la fé el homenage de su razon, el carecer de pruebas visibles y palpables de su carácter divino. La altivez de una inteligencia indómita, sostenida por la corrupcion de la voluntad, no se rinde á la evidencia de los hechos. Dios mismo pone una venda á los ojos de su pensamiento para no ceder ni aun al testimonio de los sentidos; entonces se irrita mas su orgullo por no poder contrarrestar al poder irresistible de Dios, y dice como el arcángel soberbio, á quien no se ocultaba por cierto la omnipotencia de su Autor: No serviré, no te doblaré la rodilla. El Señor de otra parte, no admite esos homenages forzados que arranca la evidencia: y aun cuando la conceda á los que dudan, castiga su presuncion temeraria, dejándolos convencidos pero obstinados y tenaces en su rebeldía.

Al volver pues el divino Maestro desde aquel campo donde se habia retirado á Jerusalen, se detuvo en una aldea de Betania, y comió en casa de uno de los mas ricos vecinos del lugar, llamado Simon, á quien el mismo Señor habia curado de la lepra. Estaban allí tambien convidados Lázaro y sus dos hermanas, y los discípulos de Jesus acompañaban tambien á su Maestro. Marta servia á la mesa; pero María, atenta siempre en dar pruebas á su Maestro divino de respeto y de amor, tomó á su cargo los perfumes, que entre los Judíos era el mayor lucimiento del festin. Tomó esencia de nardo purísimo y destilado en un vaso de alabastro, y entrando en la sala del convite, lo derramó todo sobre los piés del Salvador, que enjugó despues con sus cabellos, llenando toda la estancia con el olor de tan precioso aroma. Los Judíos, como todos los pueblos de Oriente, tenian la costumbre de ungirse la cabeza y la cara: los menos ricos se servian del aceite comun, los mas pudientes empleaban varios géneros de perfumes. El discípulo traidor, que se hallaba presente, dijo con afectacion: «¿A que viene esta profusion? Podia haberse vendido este perfume por trescientos dineros, que se hubieran dado á los pobres.» Estos trescientos dineros podian valer sobre nuevecientos cincuenta reales de nuestra moneda. Judas empero usaba de aquel lenguaje no para alivio de los pobres, pues era un ladron y mal administrador del dinero que se recogia para el sustento

de los discípulos, y del cual era depositario. Pero Jesus, penetrando no solo la perversa intencion del pérfido discípulo sino los sentimientos malignos de algunos de los circunstantes, dijo: «Dejad esta muger, ¿porque os incomoda? Lo que acaba de hacer es una buena obra; porque siempre habrá pobres entre vosotros, á quienes podreis hacer el bien cuando quisiereis; pero á mí no me tendreis siempre. Ella ha hecho lo que ha podido, y ha perfumado anticipadamente mi cuerpo para la sepultura. En verdad os digo, que donde quiera será predicado este Evangelio, esta muger será encomiada por lo que acaba de hacer.» La palabra del Señor se cumple todos los dias: la memoria de la piadosa muger que acababa de escuchar postrada su palabra y de derramar sobre sus piés riquísimos perfumes, esta memoria es honrada y querida de un extremo al otro del mundo por todos cuantos tienen la fé y la caridad en el corazon.

Cuando Jesucristo fué arrastrado delante de los tribunales, María Magdalena fué repelida sin duda del teatro de aquel drama violento y sanguinario, pues ni ella ni las santas mugeres aparecen en el relato evangélico de la Pasion. Pero la noble sierva del Señor manifestó bien que su alejamiento no provenia del temor: despues del trágico fallo pronunciado por Pilatos, pudo hasta cierto punto reunirse con el divino paciente, y le siguió hasta el lugar del suplicio. Ella iba tras sus huellas de sangre en el momento en que Simon de Cirena, representando la humanidad entera, ayudó al Hijo de Dios á llevar su cruz, y fué noblemente asociado á la obra de la redencion, y en el momento en que, enternecido el Salvador á vista de las lágrimas que derramaban las piadosas mugeres en su doloroso tránsito, se volvió hácia ellas, dirigiéndoles aquellas tan repetidas palabras: « Hijas de Jerusalen, no lloreis sobre mí: llorad sobre vosotras mismas y sobre vuestros hijos, porque dias vendrán en que se dirá: Dichosas las estériles, las entrañas que no concibieron, los pechos que no dieron leche! Entónces se dirá á las montañas caed sobre nosotros, y á los collados sepultadnos debajo vuestras ruinas, porque si esto se hace en el árbol verde, ¿en el seco que se hará?» Palabras terribles con que desig-

na el Salvador las desgracias que caerán sobre los hombres culpables, cuando llegue el dia formidable de la vindicta.

Magdalena ama á Jesus, y le sigue en sus afrentas, en sus tormentos, en su patíbulo, en su muerte: ama, y se halla junto á la cruz; ama, y anda á saciarse de dolor para padecer con su amado, y solo el corazon sin igual de la Madre la excede en amor. La hermana de Marta es la segunda muger querida de Dios: Jesus espirante la mira tambien desde el leño en que espira, y derrama sobre ella el raudal de la redencion. Ella se baña con sus lágrimas y su sangre, y le llora, y le recibe tambien para ponerlo en los brazos de María, y le acompaña al sepulcro, y le deja en él, y vuelve ansiosa por la mañana, y no le encuentra, y pregunta por él, y oye de sus labios que la llama *María!* Ah, Maestro mio! exclama, pero el Señor glorioso se le escapa, y quiere aun ejercitar su fé y su esperanza, ya que casi no es posible aumentar su amor.

En efecto, el teatro donde mas brilló la llama del divino fuego que abrasaba á Magdalena, fué sobre el Calvario. Huido habian los fuertes de Israël, los escogidos por el Salvador para candeleros de su Iglesia, los discípulos, los apóstoles, todos, menos uno, habian desamparado á su divino Maestro, ó temblaban despavoridos, ó desconfiaban indecisos. Solo ese corazon de muger, que no habia recibido la llama del Espíritu Dios, supo hallar fuerzas en sí mismo para despreciarlo todo, para no ver otra cosa que á su Maestro amado. Le acompañó sobre el Calvario, le vió crucificar, estaba al pié de la cruz cuando el divino ajusticiado legó su madre á la humanidad personificada en San Juan. Ella le vió morir; mientras que el pueblo estaba contemplando con ojo indiferente á toda la naturaleza conmovida y agitada al último grito de su autor; mientras que el centurion, escuchando la voz de la conciencia, se golpeaba el pecho reconociendo á su Dios; Magdalena y las santas mugeres, detenidas á cierta distancia por los soldados y por los verdugos, seguian con su mirada toda aquella lúgubre escena, y no dejaron el Calvario, hasta que el cuerpo del Salvador fué descendido de la Cruz. Es tradicion tan antigua como respetable que recogió con la mayor veneracion una porcion de tierra empapada en la

sangre del Salvador, y aun se añade, que tan precioso tesoro se guarda en una redoma que hoy se conserva y se adora en San Maximiano de Provenza.

Pero el amor de Magdalena no quedó satisfecho con verle espirar: si hubiese sido menos inflamado y generoso hubiera sido mas apático, y se hubiera contentado con llorarle desde la soledad de su retiro. Pero no, no limitó su amorosa actividad á las pruebas de un estéril llanto. No se separó de la cruz, y llegado el momento de poner á Jesus en el sepulcro, Magdalena estaba presente, y se quedó con las demás mugeres, sentada junto á la tumba. Quisieron ellas saber el lugar en donde se depositaban aquellos restos tan queridos, y de que manera se inhumaban, pues su proyecto era volver á embalsamarlos de nuevo. En efecto, apenas estuvieron de vuelta á la ciudad, prepararon aromas y perfumes. Mas como iba á entrar el sábado, y en aquel dia no se permitia á los Judíos ningun género de trabajo, se abstuvieron de hacerlo, segun prescribia la ley.

Pasado ya el tiempo del descanso religioso, María Magdalena, á quien ni la cruz, ni la muerte habian podido separar de Jesucristo, y las santas mugeres que la acompañaban, compraron preciosos aromas para embalsamar el cuerpo de Jesus. Esto era el sábado por la tarde, despues de puesto el sol, tan pronto como fué permitido volver al trabajo, y lo dispusieron todo para la mañana siguiente. En efecto, llegado el primer dia de la semana, y apenas este despuntaba, partieron todas de Jerusalen para ir al sepulcro que estaba fuera de la ciudad, en la parte inferior de la montaña del Calvario. ¿Como no detenia á Magdalena y á sus compañeras la numerosa guardia que habia puesto la recelosa inquietud de los enemigos de Jesus para custodiar su sepulcro, la dificultad ó casi imposibilidad de remover la enorme piedra que le cubria, y que apenas podian mover muchos hombres juntos, y el romper el sello de la autoridad pública con que para mayor seguridad se habia sellado la tumba del que murió en la cruz? Pero el amor no conoce estorbos, ni aun piensa en los obstáculos, y cuenta para vencerlo todo con una fuerza irresistible. Nada arredró á Magdalena, ni fué bastante para detenerla un momento: su corazon adivinó que el poder de Dios lo ven-

ceria todo, y un corazon tan amante no se engaña. Un poco antes de su llegada, la tierra habia temblado en torno del sepulcro, y un ángel descendido del cielo, despues de haber removido la enorme piedra que estaba en la embocadura del fúnebre monumento escavado en roca viva, sentóse sobre ella; su faz resplandecia como el relámpago, y su vestido era candente como el ampo de la nieve. Al aspecto del celeste paraninfo los guardias sobrecogidos, aterrados, quedaron inmóviles y como muertos de pavor.

Entretanto, acercábanse las mugeres, diciendo entre sí: «¿Quién nos levantará la piedra puesta á la entrada del sepulcro?» Pero al llegar, advirtieron luego que aquella grande piedra se habia ya quitado. Entraron en la cueva ó cavidad en donde estaba el sepulcro, y al ver un jóven, sentado á la derecha de la gruta y vestido de blanco, se asustaron. «No temais, les dijo el desconocido, ya sé que buscais á Jesus de Nazareth, á quien crucificaron; pero no está aquí, pues ha resuscitado como ya dijo: venid y ved el lugar en donde estuvo colocado. Apresuraos, y decid á sus discípulos y á Pedro, que ha resuscitado de entre los muertos, y que os precederá en Galilea.» A estas palabras penetraron algo mas en la caverna, y mirando al sepulcro no vieron el cuerpo del Señor. Consternáronse en gran manera, y al salir se les aparecieron dos hombres vestidos de luz y de resplandor. Bajaron hácia la tierra su tímida mirada; y aquellos ángeles, ocultos bajo dos formas humanas, dijeron: «¿Como buscais entre los muertos al que está ya vivo? No está en este lugar, pues que ha resuscitado. Acordaos de qué manera os habló cuando estaba aun en Galilea, pues os decia: Es menester que el Hijo del Hombre sea entregado en las manos de los pecadores, que sea crucificado y que resuscite al tercer dia.» Todas las palabras pronunciadas por Jesucristo relativas á su muerte y á su resurreccion les vinieron en efecto á la memoria, pero sin inspirarles aun una entera fé al prodigio que se acababa de cumplir.

Las santas mugeres dejaron pues el sepulcro; y como estaban turbadas é inquietas, caminaban con grande velocidad. Pero no dejaba de mezclarse á su pavor una cierta alegría. Nada dijeron de lo que habian visto y oido á las personas que encontraron en el camino; pero luego

de llegadas á Jerusalen, dieron parte de aquellas estrañas maravillas á los apóstoles y á todos los discípulos. Estas mugeres eran María Magdalena, Juana, muger del intendente de Herodes el tetrarca, María, madre de Jayme el menor, y las otras galileas que habian seguido al Señor. Magdalena fué la que corrió á avisar á San Pedro y al discípulo amado de Jesus, y aun no parece que estuviese ella persuadida de la resurreccion, á pesar del testimonio de los ángeles que vió en el sepulcro, pues dice á los apóstoles: «Han robado al Señor del sepulcro, y no sabemos en donde lo han puesto.» Ni los apóstoles dieron crédito á estos relatos, que trataban de sueños ó ilusiones.

Sin embargo, como si su incredulidad hubiera ya vacilado algun tanto, Pedro y Juan quisieron ver por sus propios ojos lo que podia haber de verdad en la relacion de las mugeres. Apresuráronse pues á pasar al sepulcro, corriendo uno y otro, pero como Juan era mas jóven, adelantó á su compañero y llegó antes que él. No hizo mas que bajar á la entrada de la cueva para examinar, y vió la sábana ó mortaja desplegada y tendida por el suelo. Sobrevino Pedro á su vez, penetró á la gruta y vió las fajas con que se habia envuelto el cuerpo, y el sudario que habia cubierto la cabeza del Señor. Solo entónces creyeron los dos discípulos á la palabra de las santas mugeres, pues hasta entónces no comprendian todavía que Jesucristo debiese realmente resuscitar de entre los muertos.

María Magdalena, en su tierna afeccion por el Salvador, despues de haber anunciado á los apóstoles lo que ella habia visto, volvió de Jerusalen al sepulcro, para descubrir en fin lo que habia en realidad y en donde paraba el cuerpo de su Maestro querido. Al llegar, hizo sus investigaciones con una tristeza llena de inquietud, permaneciendo fuera de la cueva á donde entraba de tiempo en tiempo, con la esperanza de satisfacer su corazon contra el testimonio mismo de sus ojos. Por fin, habiéndose inclinado de nuevo para mirar en el sepulcro, y no sabiendo ya que hacerse en su amoroso desasosiego, no tardó el Salvador en premiar su generosa ansia, pues vió dos ángeles vestidos de blanco, y sentados en el lugar donde habia antes el cuerpo de Jesus, el uno en la cabeza y el otro en los piés. «Muger, le dijeron ¿porqué lloras?» — «Lloro porque han llevado de aquí el cuerpo de mi Señor, y no sé donde le han puesto.» Á

estas palabras volvióse para salir de la gruta, y vió á Jesus en pié, pero sin saber que fuese el mismo. «Muger, le dijo, ¿porqué lloras, y que es lo que buscas?» Como el sepulcro estaba en un huerto, creyó Magdalena hablar con el hortelano, y le respondió: «Señor, si os lo llevasteis, decidme donde lo pusisteis, que yo me lo llevaré.» ¿No era muy justo que el Señor recompensara tan constante, síncera é intrépida adhesion, apareciéndose á esta muger, antes aun de aparecerse á sus apóstoles, consolándola con una muestra especial de bondad?

Así pues Jesus creyó no deber afligirla con mas dilaciones, y la llamó por su nombre, como habia acostumbrado hacerlo antes de su muerte. «María!» le dijo, y reconociendo ella por aquella voz tan amada que era el mismo Jesus, exclamó fuera de sí: «Ah! Maestro mio!» y queriendo aproximarse tal vez para asegurarse de que era una realidad lo que afectaba sus ojos, y no una ilusion de su ternura, y queriendo arrojarse á sus piés para abrazarlos, detúvola el Señor diciendo: «No me toqueis, pues no he subido todavía á mi Padre. Id á encontrar á mis hermanos y decidles que yo voy á subir hácia mi Padre y mi Dios, que es tambien su Padre y su Dios.» Tal vez quiso darle tambien á entender, que ya era tiempo de que, elevándose sobre los sentidos materiales, le contemplase con los ojos de la fé, considerándole como si estuviese ya sentado junto al resplandor de su Padre. Puédese tambien creer, sin temor de equivocarse, que desde luego se hizo tambien visible á su Santa Madre para consolarla del exceso de su dolor; pero las Escrituras no lo dan á entender explícitamente, y la primera manifestacion del Salvador, de la cual se habla en el sagrado texto, es la que se hizo á María Magdalena: favor singular y señal de tiernísima caridad, por el que Jesus se dignó recompensar el corazon de aquella piadosa muger, cuyo nombre habia ya inmortalizado, consignándolo al eterno recuerdo de los cristianos, y prometiéndole que recorreria toda la tierra, llevado en algun modo en alas del Evangelio.

Cuando María Magdalena se apartó del sepulcro para ir al encuentro de los apóstoles y decirles que ella habia visto al Salvador, aparecióse este igualmente á las demás mugeres de Galilea, que venian asimismo en busca de su cuerpo. Presentóseles de repente, y las saludó deseándoles la paz.

Entónces se arrojaron ellas á sus piés, los besaron y adoraron. « No temais, les dijo Jesus, id á participar á mis hermanos que pasen á Galilea, y allí me verán. » María Magdalena, diligente como el amor, llena de gozo y de esperanza, fué á encontrar á los discípulos que estaban aun sumergidos en la tristeza y en el llanto. Y rebozando júbilo y consuelo en su vista y en sus ademanes, les dijo con una voz casi trémula de placer y de sorpresa: « He visto al Señor. » Y refirió lo que le habia sucedido. Vinieron despues las demás mugeres, y confirmaron el relato de Magdalena. Pero los apóstoles nada quisieron creer de lo que se les decia, hasta el momento en que por la tarde del mismo dia, Jesus se les apareció en persona, y disipó todas sus dudas é incertidumbres. Porque convenia que este grandioso acontecimiento, fundamental en el Cristianismo, fuese investido, como lo es realmente, de testimonios tales que solo cediesen á la mas brillante luz de la evidencia, y de pruebas auténticas é irresistibles; por manera que la indocilidad de los apóstoles, sus dilaciones y su resistencia en creer, son una de las mas sensibles garantías de nuestra fé en la resurreccion del Salvador.

Esta circunstancia merece que nos detengamos en ella un momento, alomenos por la parte que tuvo María Magdalena en atestiguar el glorioso levantamiento de Jesus de la region de la muerte. Debemos á la ilustre penitente de Mágdalo una gran parte de la autenticidad con que refleja sobre los siglos la resurreccion del Señor. El amor de esta constante discípula de Jesus, á pesar de ser activo, férvido, arrebatado, no fué crédulo ni precipitado en dar asenso al gran prodigio; y ni aun la elocuencia de su conviccion, cuando esta fué inevitable, bastó para someter los ánimos de los discípulos de Jesus.

Entremos ya en el pormenor de lo que escriben los apóstoles, y vamos á ver si encontraremos en ellos pruebas de una credulidad precipitada. Parece por su relacion misma que casi llegaban á desesperar de la resurreccion de Jesucristo; que el escándalo de la cruz habia desvanecido del todo la poca esperanza que en aquella tenian, y que se les habia ya olvidado el habérsela predicho él mismo, cuando dejó la Galilea para venir á Jerusalen.

Las santas mugeres que vinieron al sepulcro no tenian otra idea que la de embalsamar de nuevo el cuerpo de Jesucristo, y tributarle los últimos deberes que no habian podido verificar por ser el dia del sábado: y como no le encontrasen, creyeron que habia sido robado. Magdalena corrió conmovida á participarlo á Pedro y á Juan que habian acudido, y no viendo estos mas que las sábanas y el sudario, les ocurrió el mismo pensamiento; pues, como refiere uno de ellos, ignoraban la Escritura y el misterio de la resurreccion. Tanto abundaba Magdalena en esta idea, que aun cuando los dos ángeles le preguntaron el motivo de su llanto, les respondió que lloraba porque habian robado á su Señor y no sabia en donde le habian puesto. Y un momento despues, viendo á Jesucristo, sin conocerle, que le hacia la misma pregunta que los ángeles, respondióle ella sin atender á sus palabras: Si vos le habeis sacado de allí, decidme donde le habeis puesto, que yo iré á buscarle.

He aquí pues qué ideas ocupaban el pensamiento de Magdalena, cuando Jesucristo se le descubrió claramente, llamándola por su nombre con el metal de voz que no podia ella desconocer. Ved ahí tambien lo que discurrian las otras mugeres antes que los ángeles las hubiesen desengañado, y que ellas tuviesen la dicha de abrazar los piés de Jesucristo. Y ved ahí por último lo que los Apóstoles se obstinaron en creer, á pesar de todo lo que pudieron decirles Magdalena y las santas mugeres.

¿Y tales prevenciones podrá decirse que fuesen una preparacion para la seduccion? ¿Estaban tales personas dispuestas á creer sin exámen? ¿Tenian acaso llenos el pensamiento y la imaginacion de una vana esperanza que se figurase todo cuanto podia lisonjearla y que diese una falsa realidad á las mas ligeras apariencias? ¿No es, antes bien, muy de admirar que el sepulcro abierto, las envolturas que habian quedado, la aparicion de los ángeles, no recordasen á Magdalena la prediccion hecha por Jesucristo de su resurreccion, pocos dias antes de su muerte, en términos tan claros y precisos; y que los Apóstoles en semejantes circunstancias, de que fueron ellos mismos testigos, no se viesen forzados á recordarla?

De esta primera observacion pasemos á otra, y veamos qué impresion produjo en los once Apóstoles y en algunos otros discípulos la tan

circunstanciada relacion de lo que habia visto Magdalena en particular, y de lo que habian visto separadamente las otras mugeres, lo que les habian dicho los ángeles, y lo que decian ellas haber oido del mismo Jesucristo. Todo esto lo graduaron ellos de sueño, de pura quimera, de una exaltacion de fantasía, sin hacer de ello el menor caso. ¿Y porqué? ¿Será quizás porque este hecho no les tocase muy de cerca, estando, como estaban, inconsolables por la muerte de su Maestro, de quien todo debian esperarlo, siendo verdad que hubiese resuscitado, y quedaban completamente engañados siendo mentira su resurrecion? ¿Eran acaso indignas de ser creidas bajo su palabra las mugeres que lo aseguraban, las cuales todo lo habian abandonado por Jesucristo, que le habian seguido hasta la cruz cuando le hubieron desamparado los demás discípulos, y que habian tenido valor para ir al sepulcro cuando creian que todavía estaban allí las guardias? Una de ellas era María, madre de Jaime y de los dos otros apóstoles, y tanto esta Juana mujer del intendente de Herodes y Magdalena merecian por cierto una particular deferencia. Lo que ellas decian haber visto y oido tenia tan poca apariencia de ficcion, que ni aun era posible fingirlo, y era muy poco razonable el no entrar siquiera á examinarlo.

Sin embargo, todo lo despreciaron como vano y frívolo; y en aquel mismo dia dos discípulos, uno de los cuales se llamaba Cleofas, se separaron de los demás para volver probablemente á su profesion, perdida ya toda esperanza, aunque conservasen por esto veneracion á Jesucristo, el cual se juntó con ellos en el camino; pero sin darse á conocer, y que con sus preguntas les obligó á descubrir sus pensamientos. Es en extremo importante para nosotros el oir lo que dicen sin perder una sola palabra. «Jesus de Nazaret (así se explican) ha sido un pro- «feta poderoso en obras y en palabras delante de Dios y delante de «todos los pueblos. Mas los príncipes de los senadores y nuestros «sacerdotes le entregaron al gobernador para ser condenado á muerte, «y ellos le han crucificado. Sin embargo, nosotros esperábamos que él «seria quien rescataria á Israël, y sin embargo, nos hallamos ya al «tercer dia de estos sucesos. Verdad es que algunas mugeres de las «que estaban con nosotros nos han llenado de admiracion, pues habien-

«do ido muy de mañana á su sepulcro, y no encontrando su cuerpo, «han vuelto diciendo que unos ángeles les han asegurado que está «vivo. Y algunos de los nuestros que han ido al sepulcro han encon- «trado lo mismo que les habian referido las mugeres; pero á él nadie «le ha encontrado.»

Uniendo todo cuanto dicen estos discípulos en su relacion, ¿no parece que sentimos contra ellos una secreta inquietud, por no haber sacado consecuencia alguna de unos hechos los mas ciertos, y tan fáciles de averiguar? Estamos aun en el tercer dia: desde la mañana está abierto el sepulcro, y no han quedado sino los lienzos. Unas mugeres, nada sospechosas por su virtud y sinceridad, dicen haber visto ángeles que les han asegurado la resurreccion de Jesucristo que él mismo habia predicho. ¿De una parte le veneran como á un gran profeta, y de otra no le creen ni á él ni á los ángeles, ni á las personas á quienes los ángeles han hablado? ¿Es posible llevar á mas alto punto, no digo la indolencia, sino hasta la incredulidad? ¿Los mismos que tienen hoy la desgracia de dudar de la resurreccion de Jesucristo, ¿hubieran sido capaces de una estupidez tan fuera de razon, si se hubiesen hallado en tales circunstancias? ¿No hubieran tenido mas ansia y diligencia para averiguar una verdad de tan graves consecuencias?

Supongan pues por un momento los que dudan que á ellos mismos refieren las santas mugeres lo que han visto y oido, y decidan ellos mismos si hubieran hecho tan poco caso como los Apóstoles. «Consternadas no- «sotras, les dicen las santas mugeres, por la idea de que el cuerpo de «Jesucristo habia sido robado, dos ángeles vestidos de blanco se nos han «aparecido en el mismo lugar en donde habia estado su cuerpo, uno á la «cabeza, otro á los piés, y nos han dicho: ¿Porque entre los muertos «buscais al que está vivo? Ha resucitado, no está aquí. Acordaos de «que manera os habló cuando estaba aun en Galilea. Es preciso de- «cia, que el Hijo del hombre sea entregado en manos de los pecadores, «que sea crucificado, y que resuscite al tercer dia. Y realmente nos he- «mos acordado de estas palabras. Y añadieron los ángeles: Venid á ver «el lugar en donde se habia puesto al Señor, y corred á decir á sus discí- «pulos y á Pedro, que ha resuscitado, que estará en Galilea antes que

«vosotros, y que allí le vereis. Al momento llenas de gozo, salimos del «lugar del sepulcro para venir á anunciaros este prodigio. Y ya por el «camino el mismo Señor se nos ha presentado dándonos el saludo. Nos «hemos acercado á él, y abrazándole los piés, le hemos adorado.»

¿Qué hay que pensar de esta relacion, tan sensata, tan formal, tan interesante? ¿En qué lugar de ella se percibe el menor asomo de locura ó de ilusion? ¿Cómo esas mugeres se acuerdan en este momento de la manera con que Jesucristo habia predicho su crucifixion y su resurreccion, cuando ellas no buscaban sino como hallar algun consuelo en su muerte, derramando sobre él preciosos perfumes? ¿Como tan súbitamente han pasado de un exceso de dolor á un transporte de alegría? ¿Como adivinan que el Señor se hará visible á sus discípulos en Galilea, si nada de esto les han dicho los ángeles? Cierto estoy que aun aquellos cuya fé es mas vacilante, hallarian en esto motivos poderosos de reflexiones profundas: á lo menos es innegable que no acusarian á los Apóstoles, que lo trataron de pura quimera de haber creido con demasiada ligereza.

Mas atiendan estos hombres, á quienes tanto cuesta el creer, lo que tiene que decirles Magdalena en particular. «La aparicion de los ángeles «y sus palabras, tan capaces de consolar, no habian podido aun enjugar mis lágrimas. Derramábalas todavía cuando ví á Jesus delante «de mí, sin saber que fuese él, y entonces me dijo: Muger, porque «lloras? Y yo le respondí pensando que era el jardinero: Señor, si «vos le habeis quitado, decidme donde le habeis puesto, que yo me lo «llevaré. Despues me retiraba, cuando Jesus me llamó por mi propio «nombre de María, y habiéndole reconocido á su voz, me volví hácia «él presurosa, diciéndole: ¡Ah! ¡maestro mio! Mi intento era echarme «á sus piés y abrazárselos, pero él me dijo: No me toques, pues «aun no he subido á mi Padre. Ve á encontrar á mis hermanos, y «diles que yo subo á mi Padre y vuestro Padre, á mi Dios y vuestro Dios.»

Decidme ahora, ¿que circunstancia de estas puede ser efecto de una imaginacion exaltada, que se figura lo que espera, y que transforma sus visiones en realidades? Magdalena llora, y cuando está mas

hondamente sumida en su dolor, se oye nombrar, y percibe un metal de voz que lleva consigo la persuacion, y le causa el sentimiento mas vivo. Pero su alegría se suspende por algunos momentos, pues la razon está aun obscura, y realmente el hecho estaba naturalmente distante de toda conjetura. Y menos posible era aun poner en boca de Jesucristo palabras de que todavía no se habia servido: Ve á decir á mis hermanos (expresion nueva, pero pronunciada en el salmo 21) que yo subo á mi Padre, que es vuestro Padre, y á mi Dios, que es vuestro Dios: expresion mas nueva aun y mas inaudita, pero que marca la completa reconciliacion de los hombres con Dios por los méritos del Mediador, que ha unido en una misma persona el Hijo de Dios y el Hijo del hombre.

Los Apóstoles, que no se conmovieron por tantas cosas juntas, tan capaces de persuadir, ó á lo menos de excitar y despertar su actividad y diligencia, son un portento de incredulidad y de insensibilidad. Por lo cual, la sospecha mas mal fundada y mas opuesta á sus disposiciones seria el atribuirles una facilidad excesiva en creerlo todo sin primero examinarlo.

Despues de aquel instante de la aparicion, ya no se encuentra mas en el Evangelio la menor traza de Santa Magdalena. Es propable con todo que ella pasó desde luego á Galilea, en donde Jesus debia manifestarse á sus discípulos, y que no dejó perder ninguna ocasion de ver y de oir á su divino Maestro. Es cierto además que las mugeres galileas y los discípulos se reunieron en una montaña, cuya situacion se ignora, en donde Jesus habia prometido que vendria en medio de ellos, de cuyo número fué seguramente María Magdalena. Mas de quinientos discípulos se habian reunido para ofrecer sus homenages al Hijo de Dios resuscitado. Siguiéronle en Judea algunos dias despues, y Magdalena era sin duda entre sus filas, cuando, desde la montaña de los Olivos, despues de haber extendido sus manos sobre sus discípulos para bendecirlos, Jesus se separó de ellos y se elevó al cielo envuelto en una nube resplandeciente. Ella recogió asimismo las palabras pronunciadas en aquella hora suprema por dos ángeles que dijeron á la admirada y atónita multitud: «Hombres de

Galilea, ¿porque estais aun mirando al cielo? que esperais? Este Jesus que acaba de subir allí y que os ha dejado, descenderá algun dia del mismo modo que le habeis visto levantar.»

Segun general opinion de los antiguos, despues del descenso del Espíritu Santo y de la dispersion de los Apóstoles, María Magdalena dejó Jerusalen y la Palestina que ya ningun atractivo tenian á sus ojos desde que el mismo Salvador habia abandonado aquellos lugares. Muchos han creido que, en la primera persecucion suscitada contra los discípulos de la cruz, pasó á Efeso en el Asia menor para permanecer allí con la santa Vírgen que habia seguido á San Juan el Evangelista, su hijo adoptivo (5) despues de la muerte de Jesucristo. Añádese que tampoco dejó á San Juan, ni aun despues de la Vírgen María, y que finió su vida apostólica por un glorioso martirio; y refiere Gregorio de Tours que esta misma tradicion era recibida de su tiempo en las Galias.

Por lo demás, es seguro que el culto de Santa Magdalena es antiguo y célebre en Oriente. Los elogios que le disciernen los autores griegos corresponden á los honores religiosos que se tributan á su memoria: es llamada igual á los Apóstoles, la primera y la conductora de las mugeres que seguian al Señor, gozando entre ellas de la misma categoría de que gozaba San Pedro con respeto á los hombres.

El nombre y culto de la ilustre santa ha llenado tambien las iglesias de Occidente. La iglesia de Vezelay en Borgoña, durante mucho tiempo, pretendió estar en posesion de los despojos mortales de Santa Magdalena que le habian sido traidos de Jerusalen. Es una verdad que esta iglesia en el siglo XI tenia reliquias que se miraban generalmente como las de Santa Magdalena. En el siglo XIII se colocaron en una preciosa urna de plata en medio de una pomposa solemnidad, á la cual asistieron, entre otros eminentes personages, San Luis, rey de Francia, y el legado del papa Simon de Brie.

Pero tanto la opinion de la muerte de Santa Magdalena en Efeso, como de la existencia de sus restos en Vezelay son en el dia generalmente abandonadas. La tradicion que hace á María Magdalena en la Provenza con Marta y Lázaro, es mucho mas fundada en razones graves, y sos-

tenida por autoridades mas imponentes (6). Segun esta tradicion, de resultas de la persecucion suscitada por los Judíos contra los que habian sido mas adictos á Jesucristo, tuvieron que embarcarse los tres hermanos con algunos otros, en una nave desmantelada que caminando á merced de las olas del Mediterráneo, entró por fin en el puerto de Marsella, en donde anunciaron ya la fé de Jesucristo, que Santa Magdalena predicaba junto al gran templo de Diana, en cuyo sitio se vé aun una antiquísima capilla dedicada en honor suyo. Segun la misma tradicion Lázaro fué obispo de Marsella, en donde murió; Marta llevó á Tarascon la luz del Evangelio, y Magdalena se retiró á una caverna que ha venido á ser muy célebre bajo el nombre del Santo Bálsamo. Allí en aquel hondo desierto es donde finió sus dias en las prácticas de la mas austera penitencia, exalando ardientes suspiros hácia el cielo en donde la esperaba el Señor á quien tanto ella amó en la tierra.

Las reliquias de la santa estuvieron ocultas en el siglo VIII para librarlas de las sacrílegas profanaciones de los Sarracenos, que desolaban el mediodía de la Francia. Despues de varias investigaciones, fueron descubiertas al fin en el siglo XIII en el lugar de San Maximino. Carlos II rey de Sicilia las hizo ricamente encajonar, y las confió á un convento de dominicos que en aquel lugar edificó.

La fiesta de la Magdalena, fijada en 22 de julio era en otro tiempo celebrada con gran solemnidad en todas las iglesias de Occidente. En Francia, en Alemania, en Iglaterra se honraba aquel dia como un domingo, con la cesacion de todo trabajo y negocio. La España y la Italia han conservado por mas largo tiempo todas las muestras de su religiosa veneracion á tan santa é iluste matrona.

Al pié de la cruz, cuando el Cristo espiraba, entregado á los insultos y á la irrision de sus verdugos, dos mugeres se distinguian entre todas en la amargura de su dolor. La una santificada por la pureza, la otra purificada por la expiacion. María, reina de las vírgenes, y Magdalena reina de las arrepentidas!

Venidas del extremo opuesto de la escala moral, habian recorrido sendas muy diversas antes de llegar al pié de aquella cruz en donde

ahora, penetradas de los mismos dolores, bañadas en las mismas lágrimas, reunidas por el mismo amor, símbolo de inocencia y símbolo de penitencia, se cobijan bajo la mirada moribunda del Salvador, y nos parecen en aquel momento supremo en que todo se habia cumplido, como el tipo futuro de las mugeres cristianas.

Con María se revela al mundo la virginidad en su parte mas sublime y misteriosa; con Magdalena el amor, amor del alma, purificante, infinito, nacido de la rehabilitacion de la muger, de aquella dignidad desconocida que ella encuentra junto al Señor, y del perdon que recibe de sus labios. La antiguedad divinizaba la pasion material; el Cristianismo engendra la ternura del corazon cuyo origen y término están en Dios. María se halla al lado de Magdalena en el momento del sacrificio: el amor y el dolor las unen con doble y estrecho lazo.

El sentimiento unánime de los pueblos designando bajo el nombre de María Magdalena aquella muger pecadora, arrepentida y perdonada, los ha movido ó escogerla por patrona de las mugeres arrepentidas, y esto nos parece una perfecta inteligencia del espíritu del Cristianismo. Pues donde quiera hallamos exprimido en el Evangelio este pensamiento de falta y de perdon, de pérdida y de alegre hallazgo, y se reproduce bajo mil diversas formas. Aquí es el hijo pródigo que el padre de familia acoge con felicidad, y por el cual celebra un festin; allá es la dracma perdida, cuya posesora barre con cuidado su casa, y habiéndola encontrado reune á sus vecinas y con ellas se regocija. No en vano el Señor ponderó la alegría del cielo por la conversion del pecador. La nueva ley no es otra cosa que la rehabilitacion de la humanidad. Magdalena es á nuestro modo de ver la oveja extraviada que el pastor llama con solicitud, y que toma gozoso sobre sus hombros para devolverla al redil, en el cual se le hace mas preciosa que todo el resto de su rebaño. Sentimos un dulce consuelo, cuando la mas amada entre las mugeres que seguian á Jesus, aquella á quien algunos Padres han mirado como su primera discípula, se nos presenta bajo la apariencia de una *penitente*. Mientras que las vírgenes puras siguen las trazas de María, nos placemos en ver á Magdalena tender una mano protectora á las que se han descarriado, y mostrarles la via que conduce á la salud. Inocencia y peni-

tencia, ¿no es esta toda la historia del corazon? ¿Y cualquiera que busca junto á la cruz proteccion y refugio puede rechazar de allí á la muger pecadora? ¿no conoce, antes al contrario, cuán poderoso y tierno es su ejemplo, cuan dulce y consoladora es su imágen para aquellas que, desde el fondo del abismo á donde las precipitaron sus faltas, la contemplan santamente recogida á los piés del Señor, rociándoles con perfumes y lágrimas, y recibiendo de sus indulgentes labios las palabras de vida? Ved ahí porque nosotros saludamos tambien á Magdalena, como reina de las arrepentidas; ved ahí porque se acogen bajo su nombre benéfico aquellas, que despues de haberse cobijado bajo las alas de la esperanza de María, Madre de Dios, se sepultan para el mundo en el fondo de un claustro, asidas tambien al pié de la cruz, con la imágen de la santa arrepentida, y cubiertas con su mismo manto. Nuestra patria, la religiosa Barcelona, goza tambien de estos institutos heroicos de caridad, en los cuales las lágrimas del arrepentimiento se convierten en perlas preciosas de amor puro y de justificacion. María, la reina misma de las vírgenes, las acoge antes bajo su manto cuando la gracia las ha arrancado de los brazos del crímen y la esperanza se convierte despues en amor. (7) Hijas ya de la penitencia, y gratas á los ojos de Dios, pueden, si quieren, ofrecer el sacrificio perpetuo de sí mismas, y entonar, como si fuesen un coro de vírgenes, las alabanzas del cielo. Entónces la ilustre compañera de María presenta á Jesus los amorosos suspiros de sus almas purificadas, y dan á la tierra y al cielo uno de aquellos dias de júbilo que aparecen como uno de los triunfos mas brillantes de la redencion.

Las lágrimas y el amor de Magdalena no ha podido menos que inspirar al genio del poeta y del artista. Las *noches de Santa Magdalena*, los *Sentimientos de una alma convertida á Dios*, y otras producciones de piadosa ternura, son un eco armonioso y saludable de los magníficos sollozos del rey profeta, cuando regaba su lecho dia y noche con el llanto de su corazon.

El cisne mas dulce de nuestro Parnaso Fr. Luis de Leon, dirigiéndose á una señora, á quien llama Elisa, pasada la mocedad, segun se lee en el MS. del señor Jovellanos, describe hermosamente la penitencia de Magdalena en estas estrofas.

¿Qué tienes del pasado
tiempo sino dolor? cual es el fruto,
que tu labor te ha dado,
sino es tristeza y luto,
y el alma hecha sierva al vicio brúto?
Qué fé te guarda el vano,
por quien tú no guardaste la debida
á tu bien soberano?
por quien mal proveida
perdiste de tu seno la querida
Prenda; por quien velaste,
por quien ardiste en zelos, por quien uno
el cielo fatigaste
con gemido importuno,
por quien nunca tuviste acuerdo alguno
De tí misma? Y agora
rico de tus despojos mas ligero,
que el ave huye, y adora
á Lida el lisongero,
tú quedas entregada al dolor fiero.
¡O cuanto mejor fuera
el don de la hermosura que del cielo
te vino, á cuyo era
habello dado en velo
de santidad, ageno al polvo, al suelo!
Mas ahora no hay tardia,
tanto nos es el cielo piadoso
en cuanto dura el dia;
el pecho hervoroso
en breve del dolor saca reposo.
Que la gentil señora
de Mágdalo, bien que perdidamente
dañada, en breve hora
con el amor ferviente

las llamas apagó del fuego ardiente.
Las llamas del malvado
amor con otro amor mas encendido:
y consiguió el estado,
que no fué concedido
al huesped arrogante en bien fingido.
De amor guiada, y pena,
penetra el techo extraño, y atrevida
ofrécese á la agena
presencia, y sábia olvida
el ojo mofador, busca la vida.
Y toda derrocada
á los divinos piés que la traian,
lo que la en sí fiada
gente olvidado habian,
sus manos, boca y ojos lo hacian.
Lavaba larga en lloro
al que su torpe mal lavando estaba;
limpiaba con el oro,
que la cabeza ornaba
á la limpieza, y paz á su paz daba.
Decia: solo amparo
de la miseria, extrema medicina
de mi salud, reparo
de tanto mal, inclina
á aqueste cieno tu piedad divina.
Ay! ¿qué podrá ofrecerte
quien todo lo perdió? aquestas manos
osadas de ofenderte,
aquestos ojos vanos
te ofrezco, y estos labios tan profanos.
Lo que sudó en tu ofensa,
trabajo en tu servicio y de mis males
proceda mi defensa;

mis ojos dos mortales
fraguas, dos fuentes sean manantiales.
Bañen tus piés mis ojos,
limpíenlos mis cabellos de tormento
mi boca, y red de enojos,
les dé besos sin cuento
y lo que me condena le presento.
Preséntate un sujeto
tan malamente herido, cual conviene
dó un médico perfeto
de cuanto saber tiene
demuestra, que por siglos mil resuena.

El sublime Klopstock en el canto IV de la *Mesiada* introduce á Magdalena como otra de las que fueron en busca de Jesus antes de su última celebracion del Cordero Pascual, y en el canto XIX pone en sus manos una harpa de gloria para celebrar entre otros escogidos el triunfo de la Resurreccion del Hijo de Dios. Son célebres en la edad media las leyendas sobre Marta y Magdalena, á las que dá realce un interesante colorido de frescura y de candidez.

Casi todos los artistas se han dejado inspirar por el nombre de Magdalena. Muchos han hecho de ella una muger vulgar, de una belleza correcta, pero sin expresion de piedad; una penitente que llora sin arrepentirse y que se angustia desolada, pero no se sabe si por el cielo ó por la tierra: y así no hay en su pincel ni sublimidad de amor, ni santidad de sentimiento. En pintura Eustaquio Lesueur es el que ha sabido expresar con mas verdad y filosofía religiosa el carácter de Magdalena en el *Descendimiento de la Cruz*, en el *Noli me tangeret*. ¡Qué belleza incomparable en su cabeza! qué dolor en sus ojos, hundidos por las lágrimas! qué expresion de respeto y de augusta ternura en aquellos labios apretados contra los piés sangrientos del Salvador! En estatuaria ¿quien no ha oido nombrar á Canova? ¿Ha nunca llorado el mármol con lágrimas mas amargas que las que cubren aquel bello semblante, macilento por las austeridades de la penitencia y espiritualizado

por un sentimiento de amor divino? ¿Que hombre no se detiene enmudecido delante de aquella piedra que palpita, respira y va á hablar? ¿y quien osa turbar con una conversacion profana los pensamientos de una alma tan recogida, y la religion de tan inmenso duelo?

Notas.

(1) Godescard. *Vida de los Padres.*

(2) Boll. Mayo t. I. pag. 34.

(3) *Memorias para servir á la Historia eclesiástica* tom. II. página 516.

Los antiguos Judíos no se sentaban para comer en tapetes tendidos en el suelo, como los árabes, turcos y otros habitantes de los paises de Palestina en nuestros dias; sino que sus mesas eran como las nuestras elevadas del suelo. *Exod.* 15, 24. *Jud.* 1, 7. *Matth.* 15, 27, *Luc.* 16, 21. Ni los Hebreos, Griegos, ni Romanos usaban de manteles: y era costumbre muy antigua de ellos sentarse á la mesa como nosotros hacemos. *Prov.* 23, 1. Pero despues de los tiempos de Salomon aprendieron los Judíos á recostarse en camas al rededor de la mesa. *Amos* 4, 7. *Tob.* 2, 3. *y Ezeq.* 23, 41. hablan de este comer en camas, ó recostados: bien que esta costumbre no era general. En tiempo de nuestro Salvador se habia hecho muy frecuente este uso, mas Jesus no solo comió así cuando la Magdalena ungió sus piés, *Matth.* 26, 7. sino tambien en su última cena *Joan.* 13, 23., de manera que parece haber sido entonces costumbre muy ordinaria y recibida en aquel país. De los persas al parecer la aprendieron los Judíos. *Esth.* 1, *v.* 6. *c*, 7. *v.* 8. Dos comidas hacian al dia desde el tiempo de los primitivos patriarcas; pero nunca hasta la tarde. *Eccles.* 10, 16. *Isa.* 5. 11. *Act.* 2, 15. Y su comida del medio dia mas era una especie de refrigerio que comida: y en los dias de ayuno nunca comian ni bebian hasta el anochecer.

(5) Digamos una palabra de ese Juan compañero de Magdalena en el amor y en la muerte de Jesus, y uno de los mas bellos ornamentos de la historia y de la Iglesia cristiana. Vírgen, apóstol, profeta, evangelista, mártir en cierto modo y testigo de la muerte del Salvador, despues de haberse recostado sobre su seno como discípulo amado, jó-

ven como su divino Maestro, era el depositario de sus secretos, sentíase unido con él con los dobles lazos de la juventud y del amor. El Gólgota le vió firme sobre su árida cima para recibir las últimas palabras de Jesus moribundo, con las cuales le dió por hijo á su divina Madre, y se la recomendó. Que depósito tan precioso! Jesus reemplaza en el pecho de María la persona de Jesucristo, el cual fija tambien sobre él su lánguida mirada antes de espirar. El candor de su pecho favorece la rauda sublimidad de su pensamiento; y mientras retirado á su isla de Pathmos, encorvado bajo el peso de los años, enseña á sus fieles discípulos á amarse unos á otros, su arrebatada fantasía asiste al trono luminoso del Omnipotente, oye la trompeta que ha de anunciar la muerte de los siglos, contempla el dia terrible de la justicia del Eterno: y en un libro lleno de arcanos adorables y de visiones proféticas, asiste ya anticipadamente á la vindicacion de la gloria de Dios ultrajado por los hombres, y á las exequias del género humano.

(6) Las reliquias de Santa Magdalena que se guardan en el convento de Vezelay en Borgoña, dice el redactor del artículo de la santa en el Novísimo Año cristiano impreso en 1847 pueden ser alguna porcion de las que hay en San Maximino. Envidiosos los Griegos de que la Iglesia latina poseyese este inestimable tesoro, luego que se separaron de ella, salieron con la invencion de que San Lázaro, Santa Marta y Santa Magdalena habian muerto en Efeso, especie de que hasta entónces no se habian acordado. Así pues, tiene mucha razon la Provenza para gloriarse de que ella la posee, fundada en una tradicion venerable por su antigüedad, autorizada con manuscritos antiguos del sexto siglo, que se guardan en las iglesias de Tolon y de Senes, con el testimonio de Sigiberto, monge de Gemblours, de Honorio de Autun, de Gervasio de Tilisberi, y de otros muchos autores antiguos, pero singularmente con la autoridad de muchos grandes papas como Benedicto X, Juan XXII, Gregorio XI. Clemente VII, Eugenio, IV, Sixto IV, Adriano VI y Urbano VIII, que con sus bulas hicieron como cierta una tradicion tan constante.

(7) Conocida es la heróicamente benéfica institucion de la Casa Retiro de Barcelona, mantenida á expensas del celo y de la caridad pública. En esta reclusion religiosa no se admiten sino mugeres que hayan sido públicas, y esta es una circunstancia indispensable. Esta santa casa está bajo la direccion de la Junta de la Ilustre Congregacion de Nuestra Señora de la Esperanza y Salvacion de las almas, á cuyos desvelos está confiado tambien un Real Monte de Piedad, bajo el mismo título, segun consta todo de sus constituciones aprobadas por la Santidad de Benedicto XIV en su bula que empieza *Romanus Pontifex in plenitudine potestatis* expedida en 1753, y en la Real Cédula de 8 de marzo de 1764 en que S. M. C. se sirvió declarar diferentes puntos sobre el gobierno de los mismos Congregacion y Monte pio; habiéndose ya concedido la Real Proteccion para la expresada casa del Retiro de las Mugeres públicas, en 28 enero de 1751. El objeto de esta Congregacion y Monte y Casa de Refugio se ex-

presan en el preámbulo de la Cédula dada por S. M. el Señor Don Fernando VI en 23 de marzo de 1752, que dice así :

Por cuanto por parte de la Congregacion de María Santísima de la Esperanza, y salvacion de las almas, fundada en la ciudad de Barcelona, se me ha representado, que siendo notorias las usuras, que se hacen en aquella ciudad, prestando caudales con seguridad, y llevando intereses de real, real y medio, y dos reales por doblon en cada mes, y que deseando extinguir estos abusos perniciosos, por ser su principal instituto evitar ofensas á Dios; acordó en veinte y cinco de marzo de mil setecientos cuarenta y nueve fundar un monte de piedad, á ejemplar de el de Madrid, y otros de España, á fin de socorrer á muchas personas necesitadas, y lograr el aumento de los caudales de la Congregacion para los piadosos fines á que están destinados, que es implorar el auxilio Divino, para que los pecadores detesten de la culpa, y las mugeres públicas, abandonando su vida estragada, se recojan en la Casa de Retiro, donde la Congregacion las mantiene temporal y espiritualmente, habiendo conseguido, en poco mas de cuatro años, recoger, y sacar de tan deplorable estado treinta y ocho mugeres, que las nueve se hallan religiosas profesas en los conventos de Arrepentidas de dicha ciudad, y la de Valencia; otras recogidas por sus parientes, otras casadas; y otras conciliadas con sus maridos, de quienes antes estaban fugitivas. Y en atencion á lo referido, me suplicó fuese servido de admitir bajo de mi real proteccion, y amparo la fundacion de dicho monte de piedad y la referida Casa de Retiro, concediéndole hermandad con el establecido en Madrid, para gozar de sus prerogativas, y privilegios. Visto lo cual en mi consejo etc.

Estas mugeres que forman en la Casa Retiro una comunidad, con todas las reglas y método de una comunidad religiosa, á excepcion de los votos, pueden pasar á ser religiosas del convento de las Arrepentidas cuya titular es la ilustre penitente Santa María Magdalena.



MARTA.

Martha, Martha, sollicita es et turbaris erga plurima. Porro unum est necessarium.

(Luc. X. 41. 2.)

Hospita quæ Christum accepisti, Martha, precare
Hospes sit nobis, hospes ut ille tuus.

(Offic. brev. Avenion.)

En el año segundo de sus excursiones evangélicas, Jesucristo habia recorrido la Galilea, multiplicando en ella los milagros, señales manifiestas de su mision. La fé de sus oyentes no habia universalmente correspondido ni al poder de sus obras ni á la santidad de su palabra: dejó pues aquella tierra ingrata pronunciando contra ella este anatema terrible: «Ay de tí, Corozaïn! Ay de tí Betsaida! pues si Tyro y Sidon hubiesen visto los prodigios que he obrado á vuestros ojos, hubieran en otro tiempo hecho penitencia en el cilicio y la ceniza. Por esto os digo que Tyro y Sidon serán tratadas con menos rigor que vosotras en el dia del juicio.»

Y para señalar en seguida la causa habitual de la oposicion que en-encontraba entónces el Evangelio y que debia encontrar mas tarde, Jesus felicitó á los humildes y á los pequeños el haber prestado mas dócil oido á las doctrinas del cielo. En efecto, los pobres, los afligidos, los ignorantes, en una palabra, los desheredados de la tierra son mas propensos y mas esforzados para creer, que los dichosos, los filósofos y los ricos: parece que el sentimiento de la propia debilidad prepara y conduce al hombre á la verdad y á la virtud, mientras que la superioridad de fortuna, de talento ó de poder, por precaria ó miserable que sea, le hace de ordinario locamente soberbio y rebelde á Dios, insolente y duro hácia sus semejantes.

Desde la alta Galilea avanzaba Jesus con direccion á Jerusalen, en donde le aguardaba aquel suplicio que salvó al mundo. En las fronteras de la Samaria no quisieron recibirle: indignados los discípulos pedian á grandes voces que se hiciesen bajar rayos del cielo sobre las cabezas de aquellos culpables. «Vosotros no sabeis á que espíritu perteneceis, les dijo Jesus; el Hijo del hombre no ha venido á quitar la vida, sino á darla.» Y continuó su camino. En la parte meridional de la Galilea, no lejos de Naïm, entró en un lugarcito, y allí una muger llamada Marta le recibió en su casa.

Marta tenia por hermana á María Magdalena, y por hermano á Lázaro, que pertenecian á una familia distinguida del país. Parece que Marta era la mayor, pues se cita siempre como la primera, y sin duda que por esta calidad se la ve hacer á Jesucristo los honores de la casa, y desplegar mas que nadie los cuidados de la hospitalidad. Su hermana María era de un natural menos activo: mostrábase igualmente muy gozosa en ver al Salvador, pero para oirle y vivir de aquella vida interior, primera necesidad de las almas, que mueve y llena el sentimiento de objetos celestiales.

Llegado que hubo Jesus á esta familia, á la cual se dignaba amar con predileccion, María Magdalena se quedó sentada á sus piés escuchándole. Marta llena de solicitud, procuraba que nada faltase á su huésped divino, pero viendo que María permanecia tranquila, con aire de cándida ingenuidad dijo: «Señor, ¿no veis que mi hermana me deja servir sola? Decidle os ruego que venga á ayudarme.» Pero el Se-

ñor, que pidió agua á la Samaritana para tener ocasion de comunicarle el agua viva de su doctrina, y que si se revistió con la flaqueza de nuestra carne fué para sostenernos con la fuerza de su espíritu, el Señor recibió de Marta los obsequios de hospitalidad para alimentarla con el pan de la verdad y de la vida. Respondióle pues: «Marta, Marta, mucho os apresurais, y os conturbais con el cuidado de muchas cosas. Sin embargo, una sola cosa hay que sea necesaria. María ha escogido la mejor parte, que no le será por cierto quitada.» No dijo esto el Señor con el fin de vituperar á Marta, pues esta tuvo tambien su recompensa, es decir, el don de la fé y de la caridad; tan solo quería recomendar la noble ocupacion de María, que tanta influencia tiene en los destinos del alma humana.

Porque es preciso saber que la antigüedad eclesiástica ha visto siempre en estas dos mugeres el doble símbolo de la vida activa y que se derrama en obras buenas, y de la vida contemplativa que se consume en el ardor de la plegaria. Alimentar á los hambrientos, dar de beber á los que tienen sed, vestir á los desnudos, socorrer y vestir en ellos al Hijo de Dios, es una vocacion santa, y hasta cierto punto es un rigoroso deber, que por no haber cumplido, serán muchos excluidos del reino de los cielos. Pero fijar sobre nuestra alma inmortal una atenta mirada, dar un lugar á Dios en nuestro espíritu y en nuestro corazon, es una ocupacion que seria honorífica aun cuando no fuere estrictamente necesaria. Si es muy justo honrar á cualquiera que se consagra á su familia, á su patria, á la humanidad, es aun mucho mas razonable consagrarse á Dios, autor de la familia, supremo defensor de la patria, y padre de la humanidad. Por lo demás en vano seria todo conato para desterrar á Dios del pensamiento y del corazon de los hombres. Dios recobra por la justicia lo que de él se escapa por la libertad: inocentes ó culpables, le hallamos en el término de todas nuestras sendas: la creacion no es mas que un templo y la tierra un altar en donde el hombre, sacerdote y víctima, debe inmolarse y morir, logrando en su muerte una nueva vida, como aquel pájaro maravilloso que nos pinta la antigüedad haciéndose él mismo su hoguera en donde el sol introduce el fuego, consumiéndose en medio de las llamas con todo lo

que tiene de mortal, y saliendo de sus cenizas con el resplandor de su renovada juventud.

Se cree que Lázaro, Marta y María Magdalena dejaron la Galilea ántes que su Maestro y amigo divino, y fijaron su residencia en Judea, no lejos de Jerusalen. Es cierto, en todo caso, que ellos habitaban en el lugar de Betania á quince estadios ó tres cuartos de legua de la ciudad santa, durante los seis meses que precedieron á la muerte del Salvador.

Cuando Jesus estuvo á la otra parte del Jordan por haber tenido que huir de Jerusalen á causa de la persecucion de los Judíos, suscitada por lo que les habia dicho en el templo, Lázaro cayó enfermo en Betania, y sus hermanas enviaron á decir á Jesus: «Señor, aquel á quien vos amais está enfermo.» Sabiendo Jesus el prodigio que habia de obrar, dijo á los que le rodeaban: «Esta enfermedad no tiene la muerte por término, sino que es para la gloria de Dios, á fin de que el Hijo de Dios sea por ella glorificado.» Ved ahí una prueba clara y precisa, de cuya verdad decidirá el suceso, bien que en tales circunstancias no puede ser de modo alguno sospechoso. Mas adelante se verá si esta enfermedad acarreó al Hijo de Dios alguna gloria. Jesus se hallaba á la otra parte del Jordan y profesaba un afecto particular á los tres hermanos. Cuando oyó que Lázaro estaba enfermo, quedóse aun dos dias en el mismo lugar, y pasados estos dijo: «Volvamos á Judea.» — «Maestro, le manifestaron sus discípulos, poco hace que los Judíos querian apedrearos, ¿y quereis volver allá otra vez?» Mas Jesus queriendo enseñarles que todo detiene y arredra á cualquiera que se agita en las tinieblas de los pensamientos terrestres, y que nada sirve verdaderamente de obstáculo al que avanza al resplandor de la celeste voluntad, les respondió: «Pues que, ¿no son doce las horas del dia? El que anda de dia no tropieza porque vé la luz de este mundo. Al contrario, el que anda de noche tropieza porque le falta aquella luz.»

Así dijo, y añadióles despues: «Lázaro nuestro amigo duerme, confundiéndose con sus discípulos, pero yo voy á dispertarle de su sueño.» Y creyendo los discípulos que se trataba de un sueño comun, le contestaron: «Señor, si duerme, sanará.» El divino Maestro les dijo

entonces claramente: «Lázaro ha muerto, y á causa de vosotros me alegro de no haber estado allí, para que creais. Pero vamos á él.» En cuanto á ellos, estaban convencidos los discípulos que si Jesus volvia á Judea, le darian la muerte, y quizás tambien á los que le acompañasen. Y por eso Tomás, por otro nombre Didimo ó Gemelo, viendo que no podian disuadir á Jesus de ir á Jerusalen en donde debian matarle los Judíos, dijo á sus compañeros: «Vamos tambien nosotros, y muramos con él.»

¿Quien dudará de la verdad de esta narracion tan natural como verídica? ¿Era interés de Jesus el dejar morir á Lázaro, siendo capaz de resuscitarle? Y si hubiese querido fingir el resuscitarle, ¿era prudente el diferir su regreso por tanto tiempo? ¿Conveníale, en fin, el comprometerse tan claramente á restituirle la vida, antes de hallarse en los lugares del hecho, y de examinarlo todo por sí mismo?

Habia ya cuatro dias que Lázaro estaba en el sepulcro, cuando llegó Jesus. Multitud de Judíos habian venido á Betania para consolar y participar del dolor de las dos hermanas. La muerte de Lázaro era pues pública en Jerusalen, por cuanto habian venido varias personas á Betania, como hemos indicado, para consolar á las dos hermanas, y todas estas personas sabian desde qué tiempo estaba Lázaro en el sepulcro. ¿Quien hubiera escogido tanta compañía de testigos, un tal lugar, tanta proximidad á Jerusalen, una familia que era allí tan conocida, á tener la mas remota idea de alucinar al público?

Luego que Marta supo que venia Jesus, salió luego á su encuentro, quedándose María en casa. Al ver á Jesus, prorrumpió en amargo llanto, y le dijo, postrándose á sus piés: «Señor, si hubieseis estado aquí, no habria muerto mi hermano; bien que estoy en la persuasion de que ahora mismo os concederia Dios cualquiera cosa que le pidiereis.» Dícele Jesus: «Tu hermano resuscitará.» Y Marta le respondió: «Bien sé que resuscitará en la resurreccion universal, que será en el último dia.» Y replicó Jesus entonces: «Yo soy la resurreccion y la vida: el que cree en mí, aunque hubiera muerto vivirá: y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees tú esto?» Respondióle la afligida Marta con un acento de fervor y de fé: «Oh Señor! sí que lo creo;

y que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo que has venido al mundo.»

Jesucristo nunca habia hablado aun de una manera tan fuerte y tan precisa. Él mismo dice que es la resurreccion y la vida: exige de Marta que lo crea sin vacilar, y que le confiese el Hijo de Dios vivo, y le asegura que su hermano resuscitará no solamente en el último dia, sino dentro de pocos momentos. Si esto último se verifica, ¿cómo no creer lo demás? Pero esto mismo nos mueve á examinar con la mas rígida escrupulosidad si Lázaro está realmente muerto y si el hecho es tan cierto como se dice.

Despues de aquellas palabras de Marta llenas de la mas tierna y ardiente fé en las grandes verdades de la religion, vá ella á decir en secreto á su hermana María: «Está aquí el Maestro, y te llama.» Apenas oye esta indicacion María Magdalena, levántase apresurada, y corre al encuentro de Jesus, que no habia entrado aun en la aldea, y permanecia en aquel mismo sitio en que Marta le habia salido á recibir. Circustancia puesta no sin designio, para alejar toda sospecha de colusion y de concierto, y para manifestar que todo pasó en público y á la presencia de todo el mundo.

Los Judíos que consolaban á María, viéndola levantarse tan precipitada y salir, creyeron que iba á llorar sobre el sepulcro de su hermano. Estos testigos, siendo Judíos, están libres de toda sospecha. La opinion que María les merece prueba que todo cuanto aquí sucede es de la mayor gravedad, y que es grande el dolor de esta hermana. Dispone la Providencia que todos ellos la sigan, pues van á presenciar todo lo demás de este grandioso acontecimiento.

Arrójase á los piés de Jesus, así que le vé, y exclama como su hermana: «Señor, si hubierais estado aquí, no se habria muerto mi hermano.» Jesus al verla llorar, y al ver como lloraban tambien todos los Judíos que la seguian, el Dios hecho hombre, sintió un estremecimiento en su alma y se conmovió con un sentimiento de la mas tierna piedad. «Donde lo pusisteis? exclamó.» «Venid, Señor, le dijeron, y le vereis.» Entonces á Jesus se le arrasaron los ojos en lágrimas. ¿Quién puede pensar en oponerse á la realidad de todas estas circunstancias? ¿y qué desconfianza, por tenaz que sea, no debe ceder á las

lágrimas de los asistentes, y á las del mismo Jesucristo? Aguardemos no obstante, que vayan al sepulcro: la vista de aquel lugar hará una impresion fuerte sobre los sentidos; y toda vez que se trata de justificar la muerte, la mejor prueba para convencernos, es el sepulcro.

Viendo los Judíos llorar á Jesus, dijeron entre sí: «Mirad como le amaba!» Y algunos de ellos añadieron: «Pues ¿como este, que abrió los ojos de un ciego de nacimiento, no pudo hacer que Lázaro no muriese?» Estas reflexiones deben tener para nosotros mucho valor, porque prueban que Jesucristo estaba realmente conmovido, y que su dolor era mirado por los Judíos no solamente como un efecto de amistad, sino tambien como una señal de debilidad y de impotencia con respeto á la muerte, lo cual acaba de persuadir, que, segun ellos, era indudable, y sin remedio. Mucha atencion merece tambien lo que dicen sobre el ciego de nacimiento: he aquí un testimonio brillante é irrecusable, sin asomo de sospecha en las personas de donde procede.

Por fin, prorrumpiendo Jesus en nuevos sollozos, que le salian del corazon, vino al sepulcro, que era una gruta cerrada con una grande piedra, como los ricos tenian de costumbre hacerse enterrar. Dijo entonces el Salvador: «Quitad la piedra.» Pero Marta le respondió. «Señor, mirad que ya hiede, pues hace ya cuatro dias que está ahí.» Confesará tal vez cualquiera que reflexione, que le sorprende esta advertencia salida de la boca de Marta, tan llena de fé, y á la cual habia dicho Jesucristo en téminos precisos que su hermano resuscitaria, y á quien habia asegurado que él mismo era la resurreccion y la vida, exigiendo de ella que así lo creyese. Pero penetrará al mismo tiempo el observador, que la dejaron atónita las dificultades, cuando en aquel momento decisivo las comparó con el designio de Jesucristo, y como ella misma quedó aterrorizada de los obstáculos que debia vencer el Señor. Pero su temor es el que ha de desvanecer el nuestro, pues vemos, á no poderlo dudar, que todo lo que vá á seguir es verdadero y síncero; y que la corrupcion ha desfigurado ya aquel cuerpo que cuatro dias hace se halla en el sepulcro.

Respondió pues Jesus á Marta: «¿No te he dicho yo que si creyeras verias la gloria de Dios?» como inculpándola suavemente su falta de fé.

Quitóse pues la piedra, y Jesus, fijando sus miradas al cielo, dijo: «O Padre! gracias te doy porque me has oido; verdad es que por mí siempre me oyes; pero lo he dicho por razon de ese pueblo que está al rededor de mí, con el fin de que crean que tú eres el que me has enviado.»

Suspensos estaban todos de los labios de Jesus, mudos, y casi sin respirar: reinaba en aquel recinto el silencio de aquellos momentos solemnes en los cuales se aguarda un gran prodigio, ó uno de aquellos acontecimientos asombrosos que deciden por decirlo así de nuestros destinos, ó que van á marcar un rumbo á nuestra existencia. Jesus entonces, con aquella voz que sacó los mundos de la nada, á la luz de la verdad las inteligencias extraviadas en la noche de sus errores, y reanima el cadáver de una voluntad pervertida, dió sus órdenes á la muerte: gritó pues: «Lázaro, sal fuera.» Al momento el cadáver se incorporó prodigiosamente sobre sí mismo, y pareció animado, y Lázaro salió, atados aun con fajas sus piés y manos y tapado el rostro con un sudario. Y continuó Jesus: «Desatadle, y dejadle ir.»

Qué asombro! qué poder! La mayor parte de los Judíos que habian venido á consolar á Marta y á María, tuvieron fé en Jesucristo, cuya palabra ejercia sobre la muerte un imperio tan prodigioso y tan divino. Los demás querian hacerle perecer, como si pudiese ahogarse la verdad en la sangre del que la predica, ó como si Dios, que reanima el polvo de los muertos, no pudiese á su arbitrio enervar y abatir la mano de los vivos.

Este grandioso suceso, uno de los que marcaron con mas brillo y evidencia la divinidad del Salvador, y en el que Marta tuvo no pequeña parte, merece ser examinado con alguna detencion, porque es un consuelo para la fé, y un aliento para la incertidumbre que vacila. Él pone el sello á la serie de maravillas de la vida adorable de Jesus sobre la tierra, antes de su pasion, y antes de que nos legase á sí propio como en testamento de amor. Aprovechamos esta oportunidad para poner ese gran prodigio á la luz de la evidencia, ántes de concluir el último cuadro de las Mugeres de la Biblia.

Oigamos lo que dice un célebre y moderno apologista de los principios de la fé cristiana acerca las pruebas de la realidad de esta re-

surreccion, y las consecuencias legítimas y necesarias de semejante prodigio, que lo prueba todo, probando que Jesucristo es la resurreccion y la vida.

Antes de abandonarme á los transportes de la mas pura alegría por tan asombrosa resurreccion, quiero acercarme para considerar á Lázaro antes que se le desate de sus ligaduras. Examino el sudario que por sí solo le hubiera ahogado si hubiese estado vivo: contemplo sus brazos y sus piernas atados con fajas, segun costumbre de los Judíos, y no sé comprender qué virtud, qué poder, qué fuerza le ha arrojado del sepulcro, no pudiendo tener por sí mismo el menor movimiento. Veo por fin, cuando se le descubre el rostro, que está lleno de vida, y hasta de salud, y que solo espera para andar libremente, que se le deje libre de sus ataduras, cuya operacion se le hace con la mayor premura. Y entónces ¡ ah ! rindome á los piés de aquel que acaba de probar de un modo tan sorprendente como inaudito, que es el Mesías, enviado por el Padre celestial, y que es en verdad la resurreccion y la vida, pues anima con una sola palabra un cadáver infectado ya por la corrupcion.

Deseara únicamente que tan admirable y ruidosa resurreccion hubiese tenido consecuencias, y que estas consecuencias de tal manera formasen parte de la historia de Jesucristo; y estuviesen con ella tan inviseeradas, que no fuese posible el separarlas. Continuo pues la lectura y encuentro mas aun de lo que deseaba.

«Con esto, dice San Juan, muchos de los Judíos que habian ve-«nido á visitar á María y á Marta, y vieron lo que Jesus hizo, creye-«ron en él. Mas algunos de ellos se fueron á los Fariseos, y les con-«taron las cosas que Jesus habia hecho. Entonces los Pontífices y Fa-«riseos juntaron consejo y dijeron : ¿Que hacemos? Este hombre hace «muchos milagros. Si lo dejamos así, todos creerán en él; y vendrán «los Romanos, y arruinarán nuestra ciudad y nacion. En esto, uno de «ellos, llamado Caifás, que era el sumo Pontífice de aquel año, les «dijo: Vosotros nada entendeis en esto, ni reflexionais que os conviene «el que muera un solo hombre por el pueblo, y no perezca toda la na-«cion. Mas esto no lo dijo de propio movimiento; sino que como era

«el sumo Pontífice en aquel año, profetizó que Jesus habia de morir por «la nacion, y no solamente por la nacion judaica sino tambien para «congregar en un cuerpo á los hijos de Dios que estaban dispersos. Y «así, desde aquel dia, no pensaban sino en hallar medio de hacerle «morir. Por lo que Jesus ya no se dejaba ver en público entre los Ju-«díos; antes bien se retiró á un territorio vecino al desierto en la ciu-«dad llamada Efrem, donde moraba con sus discípulos.»

Los sacerdotes y el consejo no se exponen á examinar la verdad del milagro, como lo habian hecho con respecto al ciego de nacimiento. La consideracion de que gozaban Lázaro y sus hermanas, que no eran de la ínfima plebe, el número de testigos que eran asimismo personas de distincion, y que á su vuelta habian llenado Jerusalen con la fama de esta noticia, y sobre todo el temor de añadir un nuevo brillo y realce á un milagro que ellos anhelaban sufocar, si daban muestras de dudar de él, les llevaron á resolver definitivamente la muerte de Jesucristo, y á poner de este modo fin á sus milagros. El dicho de Caifás, que se ha hecho célebre, de que convenia que un solo hombre muriese por el pueblo, y el retiro de Jesucristo hácia el desierto, son otras tantas pruebas de esta deliberacion.

«Seis dias empero antes de la Pascua, volvió Jesus á Betania, don-«de Lázaro habia muerto, á quien Jesus resuscitó. Aquí le dispu-«sieron una cena. María servia, y Lázaro era uno de los que esta-«ban á la mesa con él. Y María tomó una libra de ungüento ó per-«fume de nardo puro y de gran precio, y derramóle sobre los piés de «Jesus, y los enjugó con sus cabellos, y llenóse la casa con la fra-«gancia del perfume. Por lo cual Judas Iscariotes, uno de sus discí-«pulos, aquel que le habia de entregar, dijo: ¿Porqué no se ha ven-«dido este perfume por trescientos denarios para limosna de los po-«bres? Esto dijo, no porque él pasase algun cuidado de los pobres, si-«no porque era ladron ratero, y teniendo la bolsa, llevaba el dinero «que se echaba en ella. Esta ocasion determinó á aquel traidor á ir á «encontrar los príncipes de los sacerdotes y decirles: ¿Que quereis «darme, y yo le pondré en vuestras manos? Y convinieron en darle trein-«ta dineros de plata.

Ved ahí una serie de hechos de una gran consecuencia, é intimamente enlazados uno con otro. Jesus deja su retiro al acercarse la Pascua, época en que Jerusalen se llenaba de una multitud infinita de Judíos; viene á Betania, y en casa de un hombre muy conocido llamado Simon el Leproso, porque en efecto lo habia sido, se prepara la cena. Lázaro es uno de los convidados, asisten allí sus dos hermanas, Marta y María, y esta derrama sobre los piés de Jesucristo, y despues sobre su cabeza un precioso perfume. Esta profusion desagrada á Judas, el cual va á encontrar los Sacerdotes para venderles á su Maestro, y recibe de ellos treinta dineros de plata. ¿Como es posible separar estas circunstancias? ¿Como negar la cena ó el convite? ¿Como negar la efusion del perfume? Lázaro es uno de los convidados. ¿Como puede negarse su anterior muerte? ¿Y su resurreccion puede estar atestiguada de una manera mas solemne? ¿Judas mismo, avaro, murmurador, pérfido, no pone el último sello á la certitud de los hechos? ¿Es su crímen una aficcion? ¿Pudo acaso ser inventada la ocasion de su crímen? ¿Es quimérico el precio con que se contentó? ¿Y no merece asimismo alguna atencion la profecía de Zacarías, que tan claramente lo predijo tantos siglos antes?

Mas ved aun algo de mas fuerte: «Una gran multitud de Judíos, luego que supieron que Jesus estaba en Betania, vinieron allí desde Jerusalen, no solo para ver á Jesus, sino tambien para ver á Lázaro, á quien habia resuscitado de entre los muertos. Por eso los Príncipes de los Sacerdotes deliberaron quitar tambien la vida á Lázaro, visto que muchos Judíos por su causa se apartaban de ellos, y creian en Jesus.» La curiosidad de los que venian á Betania es una consecuencia natural de la verdad de la resurreccion de Lázaro; y su fé en Jesucristo es otra consecuencia de lo mismo, si bien que dependiente de la gracia de Dios. Uno y otro suceso debieron enfurecer á los Sacerdotes, y á los Fariseos enemigos de Jesucristo; y aunque nadie podia esperar una resolucion tan cruel y tan insensata como la de quitar la vida á Lázaro, como si se hubiese podido impedir que Jesucristo segunda vez se la restituyese, en tan bárbaro designio inspirado por la rabia de la desesperacion, y en todo lo demás, veo prue-

bas públicas del milagro que excita la curiosidad de muchos, induce algunos á que crean, y enfurece á los que no pueden obscurecerle.

Por fin, «al dia siguiente, una gran muchedumbre de gentes que «habian venido á la fiesta (de la Pascua) habiendo oido que Jesus esta- «ba para llegar á Jerusalen, cogieron ramos de palmas, y salieron á «recibirle, gritando: ¡Hosana! Bendito sea el que viene en el nombre «del Señor, el Rey de Israël.... Y la multitud de gentes que estaban «con Jesus cuando llamó á Lázaro del sepulcro, y le resuscitó de en- «tre los muertos, daba testimonio de él. Por esta causa salió tanta gen- «te á recibirle, por haber oido que habia hecho este milagro. En vis- «ta de lo cual, dijéronse unos á otros los Fariseos: ¿Veis como no «adelantamos nada? He aquí que todo el mundo se va en pos de él.» ¿Cabe en la posibilidad el negar que Jesucristo hiciese su entrada en Jerusalen, como lo refieren los Evangelistas? ¿Se ha de considerar como fabuloso el concurso del pueblo que iba delante de él con palmas y grandes aclamaciones? ¿Puede acaso cercenarse en el relato de los Evangelistas este suceso tan público de las importantes circunstancias que le acompañan? ¿Y puede hallarse una razon mas natural de este concurso y de este triunfo, que la resurreccion de Lázaro, de la cual muchos habian sido testigos, y de la cual ya nadie dudaba absolutamente?

Despues de tantas pruebas de todo género, atestadas unas sobre otras, no me queda mas sino preguntar á cualquiera que no se sienta agobiado por su peso, lo que necesita para darle plena certitud de una resurreccion, rogarle que concierte él mismo las pruebas á que cederia, y meditar detenidamente los medios de que se serviria para asegurarse primeramente de la muerte, y despues de la resurreccion. Y estoy íntimamente convencido que despues de haber agotado su discurso, no presentará uno y otro suceso con tanta evidencia como la muerte y la resurreccion de Lázaro, y que la verdad, de que parece no estar satisfecho, superará de mucho todos los esfuerzos que haya hecho su imaginacion para substituirla.

Acabo de poner á la vista de cualquier entendimiento sensato y razonable la manera con que la divina Providencia le ha facilitado el

exámen de la Religion cristiana en la historia de un solo milagro, porque este milagro prueba invenciblemente que Jesucristo es el Mesías, pues dice públicamente que le obra para probarlo, y que él es la resurreccion y la vida; esto es, principio de la una y de la otra, y por consiguiente Dios, y antes de obrarle se atribuye estas augustas calidades, exigiendo que se crea ciertamente que las tiene. ¿Puedo en esto haberme equivocado? Si Jesucristo es el Mesías, si es Dios ¿no queda ya probado todo? ¿Y que otro deber nos incumbe, despues de esta demostracion, sino escucharle y obedecerle?

Habrá acaso razon para disculpar la inescusable pertinacia del que se obstine en negar su milagro cuya verdad es tan sensible, y está tan necesariamente enlazada con un número considerable de circunstancias de que no puede dudar sin atacar todos los fundamentos de la historia? ¿Obraria con prudencia cualquiera que prefiriese una ciega y eternamente funesta tenacidad ántes que dar crédito á un hecho tan autorizado? ¿y que uso haria de su razon continuando en prestar oidos á dudas sobre ciertos puntos de religion, quedando convencido por esta sola prueba que ninguna de estas dudas puede ser fundada, pues todas quedan aquí destruidas y arrancadas de raíz?

¿Pero será posible, se me responde, que la resurreccion de un hombre enterrado de cuatro dias, sucedida en un punto tan inmediato á Jerusalen, no hubiese convertido á todo el mundo? A esto respondo, que muchos quedaron conmovidos por este milagro, y creyeron en Jesucristo; pero que esta fé, si fué sincera, no fué efecto del milagro exterior, el cual tan solo dió ocasion á ella: que el pueblo estaba dispuesto á creer, prueba de ello la priesa con que se agolpó delante de Jesucristo y las aclamaciones con que le recibió cuando hizo su entrada en Jerusalen; pero que se vió privado de seguir su deseo y sus inclinaciones por la mancomunacion de los Sacerdotes y de los Fariseos, que tenian la principal autoridad en la Religion; que la ignominia de la cruz, tan diametralmente opuesta á sus preocupaciones y á sus esperanzas, corrió despues un velo delante de sus ojos, semejante al velo que tenian ya en su corazon, y que les ocultó á Jesucristo; que los Sacerdotes y los Fariseos se habian ya abiertamente declarado contra él; que

sus milagros solo servian para irritarles mas y hacérselo mas odioso; que habia ya reventado su odio desde que se habian creido despreciados, esto es, desde que se les habia arrancado la máscara de su hipocresía; que los vicios que mas ciegan el espíritu, y que esparcen mas densas tinieblas en el corazon son el orgullo y la envidia, cuando se ven ya desesperadas en sus inicuos planes por el mérito y la virtud de un hombre extraordinario: que estas pasiones no pueden quedar satisfechas sino por medidas crueles y violentas; y por último, que por este camino debian quedar cumplidos los profundos consejos del Padre celestial sobre su Hijo, segun los Profetas, y segun lo observa san Juan. «Por mas que Jesucristo hubiese obrado delante de los Judios tantos mi-«lagros, no creyeron en él á fin de que se cumpliese aquel vaticinio «del profeta Isaías: Señor, ¿quién ha creido lo que oyó de nosotros? ¿Y «de quién ha sido conocido el brazo del Señor? Por eso no podian creer; «pues ya Isaías dijo tambien en tono profético: Cegó sus ojos y endu-«reció su corazon, para que con los ojos no vean y en su corazon no «perciban; por temor de convertirse, y de que yo les cure. Esto «dijo Isaías cuando vió la gloria del Mesías, y habló de su persona.»

Esto es lo que ha de cerrar la boca á todo el mundo. Predicho estaba que los Judíos no creerian; que verian los mas estupendos milagros como si no los viesen, y que su corazon obcecado no haria el menor caso de lo que al parecer debia conmoverles mas. Por manera que hubiera sido una prevencion contraria á Jesucristo si casi todos los Judíos, fuertemente impresionados por la evidencia de sus milagros, hubiesen creido en él; pues los Profetas habian predicho lo contrario, y dado como una señal por la que debia reconocerse el verdadero Mesías la incredulidad casi general de la nacion respecto á él (1).

Créese que Marta siguió hasta la dispersion de los apóstoles, á su hermana y á las santas mugeres que embalsamaron el cuerpo de Jesus antes de colocarlo en el sepulcro.

Los escritores de la Iglesia primitiva nos han dejado pocos detalles sobre los últimos años de Marta, y parecen persuadidos que murió en Jerusalen ó en Betania.

Mas tarde ganó crédito la opinion de que Lázaro y sus hermanas, perseguidos por los Judíos, despues de la ascension de Jesucristo, y echados sobre un buque sin velas y sin timon, abordaron milagrosamente á Marsella. Muchas ciudades de la Provenza escucharon la voz de aquella piadosa colonia que predicaba una nueva religion, y se convirtieron al Cristianismo.

Segun este sentir, Lázaro fundó la iglesia de Marsella, María evangelizó la Provenza, y Marta reunió al principio algunas piadosas mugeres en torno de sí, para enseñarles la práctica de la vida cristiana; despues pasó á Aviñon, en donde dejó iguales vestigios de su tránsito, y vino por fin á morir en Tarascon, predicando la fé por la santidad de sus obras mucho mas que con la palabra. Pero sus reliquias no estuvieron allí en veneracion hasta fines del siglo XII en el que Imberto, arzobispo de Arles, consagró una iglesia levantada sobre el sepulcro de la santa, que se habia poco hace descubierto. La cabeza, separada de lo restante del cuerpo, fué colocada en 1458 en un relicario de plata dorado, en medio de una magnífica suntuosidad presidida por René d'Anjou rey de Jerusalen y de Sicilia. Veinte años despues el rey Luis XI hizo reemplazar el relicario de plata por una urna de oro maciso, artísticamente trabajada.

La fiesta de Santa Marta que se celebraba en otro tiempo en 19 de enero, fué trasladada á 29 de julio, y los Griegos la han fijado en el cuarto dia de junio. Conocida es la leyenda que refiere que Santa Marta domó la Tarasca ó dragon, monstruo terrible que desolaba las comarcas de las orillas del Ródano, y es sabido tambien que esta leyenda suministró á Carlos Vanlóo materia para uno de sus cuadros mas estimados que adorna en el dia la iglesia de San Jayme en Tarascon. El grande pintor de asuntos religiosos en la escuela francesa Eustaquio Lesueur, hizo una composicion admirable; representando á Marta que se queja al Salvador de no ser ayudada por María en los preparativos del convite: todas las testas tienen su carácter propio, expresado con sublimidad. Jouvenet pintó tambien este asunto, y además á Marta en el sepulcro de Lázaro. Este último cuadro de una distribucion magnífica y de un bellísimo colorido, lleno de grandiosidad y de espí-

ritu religioso, fué hecho para la iglesia de la abadía de San Martin, y ahora se halla en el museo del Louvre.

Por lo demás la escena de la resurreccion de Lázaro puede ejercitar el mas delicado pincel, y producir un verdadero prodigio del arte. Una sorpresa de nuevo género pintada en el semblante de los circunstantes, mezclada en las dos hermanas con la expresion del gozo y del reconocimiento; el rostro sereno del Salvador, radiante de magestad y de poder, y las pálidas y desencajadas facciones del cadavérico cuerpo que va cobrando animacion y vida, y para cuya situacion singular no hay modelos que imitar en la naturaleza, pueden acreditar en el artista un tacto muy delicado y un talento sublime.

Consagremos un momento á las creaciones espléndidas del entusiasmo religioso con que el autor de la *Mesiada* embellece algunas de las escenas del hermano de Marta. En el canto IV presenta á Lázaro y á sus dos hermanas, á Samida, al huérfano de Naïm, á la hija del Jairo y á otros personajes, que vienen en busca de Jesus cuando este se dirige por última vez á Jerusalen para la celebracion de la Pascua.

Lázaro camina al lado
De la madre del Señor,
Lázaro el resucitado!
Que vió del sepulcro helado
El hondo y tétrico horror!
Fija su mirada tiene
En la tierra que va hollando,
Mas la idea que le viene
Y el pensar que le entretiene
Al cielo se va elevando.
Su fantasía ardorosa
Le pinta el instante fuerte
En que á la voz portentosa
Sacudió desde la losa
Las cadenas de la muerte.
Y del polvo levantóse

Y pareció ante el Mesías
Y en su lecho incorporóse,
Y su cuerpo estremecióse
En sus envolturas frías.
Cual si de un sueño ligero
Le dispertáran en pos,
Del abismo lastimero
Donde dormia primero
Vióse delante de Dios.
Seguro está que el morir
No devora la existencia,
Pasa á mas bello vivir
El alma que ha de existir,
Siendo inmortal por esencia.
Su sosegado semblante
Respira calma sublime
Y aquel gozo embelesante
Que sienta el cristiano amante
Aun cuando el dolor le oprime.

En el canto X, mientras las almas de los patriarcas y de los profetas se han reunido bajo las palmeras del Gethsemaní, en donde se ocupan de los sufrimientos del Redentor; mientras las almas de Juan el Precursor, de Mirian y de Débora exprimen su dolor por medio de lúgubres y solemnes cantos, y los fieles agoviados de tristeza se alejan del Gólgota; el hermano de Marta sigue á Lebeo en medio de los sepulcros en donde este discípulo se habia refugiado; y le consuela, haciéndole participar de las emociones proféticas que siente desde que Jesus le ha resuscitado.

Por la agonía de Jesus, los fieles
Tanta amargura viendo,
De dolor fiero el alma desgarrada,
Se dispersan gimiendo,

Con lento paso aléjase Lebeo
Amante del Mesías,
A divagar errando solitario
Entre las tumbas frias.
Recorriendo al azar y silencioso
Sus bóvedas oscuras
Como fantasmas del dolor contemplo
Las lúgubres figuras.
De un monumento fúnebre á los restos
Su planta se detiene,
Y vacilando en las heladas piedras
Apenas se sostiene.
Sobre yertos escombros sepulcrales
Apóyase su frente,
Y en tinieblas densísimas y negras
Abísmase su mente.
Tinieblas mas oscuras y palpables
Que la niebla sombría
Que en aquellos momentos gravitaba
Sobre la tierra impía.

En aquel instante mismo Lázaro se presenta á la entrada de los sepulcros, y con un acento suave pero magestuoso, dice el discípulo:

No así te dejes dominar medroso
Por ese desaliento que desmaya,
Alza esta frente que parece quiere
Sondear de la muerte las moradas.
Tú ya no me conoces? que! tan presto
La misma voz de aquel á quien amabas
Seria para tí desconocida?
Tan pronto tú podias olvidarla?
De Lázaro la voz? voz del amigo
Cuya muerte con lágrimas amargas

Hace poco plañías? de aquel mismo
Que el divino poder de la palabra
Del gran Profeta que en la cruz espira
A la vida llamó? Cuando arrobada
En amorosos éstasis de gozo
Por verme renacer estuvo tu alma,
Recuerda, y el afan y la ternura
Con que resuscitado me mirabas,
Cuando la destruccion con ferreo cetro
Sobre mí inexorable gravitaba.
Recuerda nuestros plácidos coloquios
Sobre la maravilla soberana
De mi vuelta á la vida... Llora, llora
Al maestro querido, que tan larga
Angustia sufre en el sangriento leño;
Mas templa tu dolor con la fé santa
De que, con solo su querer divino,
Triunfante del Gólgota bajara;
Y aun cuando durmiera sobre el leño
El sueño de la muerte, que le acata,
Puedes temer que fuese para siempre?
Jesus puede morir? quien de la nada
Con su voz de poder sacó los mundos
Presa seria de la tumba aciaga?

Así dice, estrecha á Lebeo entre sus brazos, y le acompaña fuera de los sepulcros. Llegados sobre la pendiente de una colina, Lázaro señala al tembloroso discípulo el punto en donde se levanta la fiera Jerusalen, siempre envuelta en espesas tinieblas, y le dice:

Mira! no ves? la noche tenebrosa
Que sobre toda esta region gravita
Acaso no proclama á nuestros ojos
La presencia de Dios? viste en tu vida

Una noche jamás cual esta noche?
Ni una naturaleza tan sombría?
Tu padre y tus abuelos al contarte
De su largo vivir las maravillas,
¿Te hablaron nunca de tinieblas tales,
Ni de un dia sin luz cual este dia?
No, no, mi amigo, no. Quiso el Eterno
Que lobreguez solemne, nunca oida
Cual antes de nacer la luz el caos,
Envolviera la muerte del Mesías.
El terror reina solo sobre el mundo
Y allá en los cielos el terror domina!
Mudo estupor ha herido cuanto existe!
La muerte de Jesus era precisa
Para que se cumplieran del Excelso
Sobre el triste mortal las altas miras.
Desde que fluye la divina sangre
De aquel Maestro que en la cruz espira,
Siento una emocion inexplicable,
Percibo un nuevo ser que en mí se anima,
Cual si otra vez me alzara de la tumba
A respirar del cielo nueva vida.
Donde quiere que fije mi mirada
Todo en torno de mí se santifica:
En todos los objetos que me cercan
Veo la mano del Eterno escrita:
A mis oidos susurrantes suenan
Armónicas y gratas melodías
Cual vuelo de purísimos espíritus,
Rumor que yo recuerdo percibia
Cuando ya no pertenecia al mundo.
Muy á menudo ante mis ojos brillan
Rayos divinos de suave lumbre
Que pasan cual relámpago á mi vista,

Pero dejan al alma una paz dulce
È inefable y purísima alegría.

Dice y se interrumpe de repente, como poseido de temor y de sorpresa.

¿Que tienes Lázaro?, exclama Lebeo, ¿cual es esta aparicion divina que te transporta en un santo éxtasis?

Y Lázaro responde con una voz baja y misteriosa:

Un inmortal ha pasado
Ora delante de mí:
Era rápido su vuelo
Como es rápido el sentir
De nuestros goces mas dulces:
Sin duda nueva feliz
Trae, ó mensage del cielo
Que hace mi pecho latir....
Ah! ya lo sé, lo penetro
Le siento dentro de mí....
Jesus cuyo nacimiento
El ángel y el serafin
En mil coros celebraron,
Jesus, no puede morir
Para siempre como el hombre,
Ni es la corrupcion su fin.

Y arrojándose á los brazos de Lebeo, le hizo participar del contento inconcebible en que le habia sumido aquel rayo celeste que un ángel al pasar habia dejado caer sobre él.

Notas.

(1) No habiéndonos permitido la naturaleza de las biografías de que nos ocupamos seguir circunstanciadamente la serie de hechos mas sorprendentes en la historia de la humanidad, cuales son los prodigios obrados por Jesucristo, continuaremos las principales pruebas de su verdad tomados del mismo apologista que nos ha suministrado los pormenores de la resureccion de Lázaro.

Seria infinito si me propusiera demostrar que muchos otros milagros de Jesucristo tienen caracteres indudables de verdad, y que cuanto mas se meditan sus circunstancias, mas se descubre su certitud, pero no puedo prescindir de llamar la atencion sobre uno de muy sigular, hasta entonces inaudito, y que encierra una infinidad de otros. Tal es el poder que concedió Jesucristo á sus Apóstoles de obrar por si mismos milagros en su nombre, enviándolos de dos en dos á predicar el Evangelio por toda la Judea. «Dióles, dice san Ma«teo uno de los doce enviados, po«der sobre los espíritus impuros, «para arrojarlos y para curar toda «especie de males y de enfermeda«des. Anunciad, les dijo, que el «reino del cielo está cercano; vol«ved la salud á los enfermos; re«suscitad los muertos; curad los le«prosos; echad los demonios. Dad «gratúitamente lo que gratúitamente «habeis recibido.»

¿Hubo nunca jamás ejemplo de una comision semejante? Cada palabra es una fuente fecunda de prodigios. Toda la naturaleza está aquí sometida á hombres antes desconocidos: la muerte misma viene comprendida en la extension de su poder, y los demonios les están sujetos. ¿Quién es pues aquel que no solamente es el árbitro de todo; sino que hace que todo obedezca á sus servidores? ¿Es menester pedirle milagros, cuando él con una sola palabra da á sus ministros la comision de obrar en nombre suyo todos los que juzguen necesarios? ¿Y puede dudarse que no sea él el orígen de todo

el poder que da á sus enviados, cuando para comunicárselo no necesita mas que quererlo?

¿Pero ya es verdadero, se preguntará quizás, que se lo haya realmente comunicado? Fácil es el probarlo. No hay sino preguntar á los Apóstoles si su comision ha quedado sin efecto, ó si fué formal y efectiva. «Habiendo ellos partido, dice san «Marcos, predicaban á los pueblos «que hiciesen penitencia. Arrojaban «muchos demonios de los cuerpos; «ungian con aceite muchos enfer«mos, y los curaban. Iban dice san «Lucas, de ciudad en ciudad anun«ciando el Evangelio, y curando don«de quiera los enfermos.» Está claro; el efecto correspondió á las palabras: el solo nombre de Jesucristo hizo prodigios en todas partes.

Y ciertamente hubiera sido por su parte el medio mas seguro para separar á los Apóstoles de la confianza que en él tenian el encargarles de curar en todas partes los enfermos, los leprosos, los endemoniados, y hasta resuscitar los muertos, invocando su nombre, y probarles en seguida la debilidad é impotencia de este mismo nombre por los muchos ensayos que nunca hubieran tenido el menor éxito. Los Apóstoles hubieran quedado convencidos mil veces por experiencia propia que el poder que se les habia dado no pasaba de imaginario; y de ello hubieran inducido con razon que el Evangelio de que eran propagadores era una falsedad. Y á su vuelta se hubieran quejado de haberse expuesto tantas veces á la risa y á la afrenta pública, si hubiesen tenido la temeridad de querer curar los enfermos por una via que siempre se les habia fallido.

Estas reflexiones, sólidas ya por sí mismas, adquieren un nuevo grado de fuerza por una segunda mision que hizo tambien Jesucristo de setenta y dos discípulos escogidos, que envió de dos en dos como los Apóstoles, para que le precediesen en los lugares en donde debia él predicar en persona: pues les dió las mismas instrucciones y el mismo don de hacer milagros que á los Apóstoles; y es absolutamente contra toda verosimilitud que estos nuevos enviados hubiesen admitido semejante comision, si la primera no hubiese tenido éxito alguno, y solo hubiese servido para confusion de los Apóstoles y del mismo Jesucristo. A mas de que, hubiéranse arruinado sus negocios y desacreditado su doctrina si Jesucristo se hubiese hecho preceder por impostores ó por visionarios; y hubiera encontrado prevenidos contra él todos los ánimos, lejos de haberles preparado á escuchar con docilidad, si dos misiones consecutivas nada hubiesen presentado de extraordinario y de maravilloso en nombre suyo; por mas que hubieran exaltado de palabra su eficacia y su poder.

Así pues escrito está que los setenta y dos discípulos probaron por experiencia que las promesas de Jesucristo eran exactas y verdaderas, y que á su vuelta vinieron á decirle llenos de júbilo: "Señor, hasta los «demonios nos están sujetos por «vuestro nombre; y que les respondió «Jesucristo: Yo veo á Satanás caer «del cielo como un relámpago. Voso«tros veis que os he dado potestad de «hollar serpientes y escorpiones, y «todo el poder del enemigo, de suer«te que nada podrá haceros daño. «Con todo, no tanto habeis de goza-

«ros porque se os rinden los espí-«ritus inmundos, cuanto porque «vuestros nombres están inscritos en «los cielos.»

Por estas últimas palabras añade Jesucristo un nuevo grado de certidumbre á los milagros de sus enviados, y al poder que les habia concedido; porque al advertirles de no poner en esto su principal confianza, y de no hacer de ello el objeto principal de su alegría, supone la notoriedad de aquellas maravillas, conocidas de todos igualmente, y capaces de inspirar á sus discípulos un secreto engreimiento, si este no se curara con esperanzas aun mas bellas y mas grandiosas de bienes mas sólidos prometidos á los humildes y pequeños.

Si necesario fuese despues de tantas pruebas de los milagros de Jesucristo, citar á sus mismos enemigos por testigos de su verdad; veríase que estos mismos se vieron forzados á reconocerla, y que hasta sus calumnias se convierten en confesion de aquella verdad. «Arroja los demo-«nios, decian, pero los arroja por «virtud del príncipe de los demo-«nios. Lo hace en el dia del sábado, «en cuyo dia no es permitido el ha-«cerlo. Manda á un paralítico de «treinta y ocho años que se levante «y cargue él mismo con su cama, «en este dia de descanso. ¿Y esto «puede tolerarse? Moja un poco de «barro en igual dia para abrir los «ojos de un ciego de nacimiento: ¿no «es evidente que semejante hombre «no es enviado de Dios? Afecta el «curar una mano seca y enderezar «una muger encorvada de muchos «años en plena Sinagoga, y en tan «santo dia: ¿puede ser escusable «tamaña temeridad? ¿No hay seis «dias en la semana en que se puede «curar? ¿Y no es despreciar el dia del «sábado el dar en él la salud de este «modo; y hasta el pedirla?»

No sé ciertamente que demostraciones pudieran ser mas claras que estas públicas inculpaciones, frívolas é injustas en verdad, pero que suponen milagros reales y tan evidentes, que ni la envidia puede oscurecerlos; inculpaciones, por fin que no hubieran podido ocurrir á nadie, si antes no las hubiese inventado la envidia unida á la impotencia.

¿Porqué, decian los habitantes de Nazareth á Jesucristo, no haceis en vuestra patria los milagros que obrais en otras partes? Tanto como hemos oido hablar de las maravillas que hicisteis en Cafarnaum, ¿porqué preferís á nosotros, los extranjeros? Esta queja, aunque injusta y producida por el orgullo y la envidia, es un testimonio auténtico de los milagros obrados en Cafarnaum. Si estos no hubieran sido ciertos y públicos, en vez de pedir otros de semejantes, los hubieran negado. En efecto, cuando Jesus refirió los ejemplos del sirio Naaman y de la viuda de Sarepta (Fenicia) para probar que era libre de hacer milagros en donde quisiese, y de preferir los extrangeros á sus compatricios, no le acusaron ellos de impotencia, sino que se mostraron tan ofendidos de una preferencia que heria su orgullo, que quisieron precipitar á Jesus; y por medio de esta envidia transformada en furor, atestiguaron la realidad de la preferencia, y de consiguiente, la realidad de los milagros obrados en otras ciudades, pues falsos rumores, y falsos milagros, reconocidos por tales, en vez

de una envidia furiosa, no podian excitar sino desprecio.

La impenitencia de las ciudades en donde Jesucristo habia hecho tantos prodigios viene á ser tambien una prueba de la verdad de estos, no como impenitencia, sino como públicamente reprochada. Porque es contra toda verosimilitud, que Jesucristo hubiese acusado á los habitantes de Cafarnaum, de Betzaide, de Corozain y de otras ciudades de ser mas duros y mas impenitentes que los de Tyro y de Sidon, y mas culpables que los habitantes de Sodoma, por haber presenciado sin convertirse tantos prodigios y tantos milagros, que hubieran conmovido á los infieles y á los hombres mas corrompidos, los cuales habrian hecho una penitencia pública; cubiertos de cilicios y de ceniza. Comparaciones tan odiosas al orgullo natural, y tan contrarias á la opinion que de su propia justicia tenian los Judíos, los hubieran sin duda inducido á negar redondamente estos prodigios si hubiesen sido dudosos, ó á disminuirlos, sino hubiesen tenido el brillo de la excelencia y de la notoriedad. Y Jesucristo se hubiera expuesto á la censura pública, en vez de hacerse terrible por sus anatemas, si la evidencia de los hechos no hubiese estado absolutamente á su favor.

Por último, los Judíos contemporáneos de Jesucristo estuvieron tan persuadidos que habia hecho milagros, como que la tradicion de estos hechos prodigiosos se conserva entre sus descendientes, y han quedado de ella vestigios en sus antiguos monumentos, atribuyéndolos á cierto secreto que habia hallado Jesucristo de pronunciar el nombre de *Jeovah*, ó á la magia, que su madre habia aprendido en el Egipto.

Estas suposiciones, la primera de las cuales es ridícula, y la otra impía, son pruebas en el fondo de los hechos milagrosos de Jesucristo, y otros tantos testimonios, en tanto mas ciertos é irrecusables, en cuanto la evidencia los arrancó al odio y á la envidia. No necesitamos de que los Judíos nos enseñen por cual virtud Jesucristo hacia prodigios: bástanos que reconozcan que realmente los hacia. Es por cierto una conjetura digna de su estupidéz el atribuirlos á la pronunciacion literal de un nombre; y es una calumnia digna de su impiedad el atribuirlos á Satanás y á la magia. Por tan negra acusacion, declaránse hijos dignos de sus padres, los cuales decian que Jesucristo curó á los endemoniados porque él mismo lo era y que arrojaba los demonios inferiores porque habia recibido para ello el poder de Beelzebub, su príncipe y su gefe. Esta calumnia la rechaza el mismo Jesucristo por medio de razones invencibles; de las cuales resulta cuando menos una pública renuncia de Satanás; una execracion solemne de su pretendido poder, y una calificacion del crímen que atribuia á este espíritu de mentira las obras del Espíritu Santo, tan terrible y tan fulminante, que este crímen es tratado de irremisible, para siempre, no pudiendo obtener perdon ni en el siglo presente ni en el futuro. ¿Demuestran los mágicos tanto horror hácia aquel de quien son ministros? ¿Renuncian de este modo á aquel de quien tienen el poder? Y si es verdad que los demonios inferiores obedecen á su príncipe, ¿es medio para hacer-

se sujetos los mas débiles el detestar al que los manda? Causa rubor el responder seriamente á tales calumnias, cuya ignominia recae sobre los mismos que las ponen á la verdad, y que tratan de fábulas en otras ocasiones todo cuanto se dice de la magia.

Escuchen los Judíos y los que apoyan sus injustas sospechas lo que dice una legion de demonios prosternada á los piés de Jesucristo, y aprendan de estos espíritus aterrorizados quien es aquel que les manda con imperio, y el poder que tiene para precipitarlos al abismo. «Jesus, Hijo «de Dios, decian, ¿qué tenemos que «ver contigo? (Escuche bien esto la «calumnia y busque para ocultar «su oprobio otras tinieblas mas hor«ribles aun que las del mismo in«fierno). ¿Has venido aquí para «atormentarnos antes de tiempo? Te «suplicamos que no nos mandes ir «al abismo.»

Escuchen tambien lo que dice uno de estos espíritus, forzado á salir del cuerpo de un poseido, aun que Jesucristo se lo hubiese mandado exteriormente. «Qué tenemos «que ver con vos Jesus de Nazareth? «¿Habeis venido para perdernos? «Ya sé quien sois; sois el santo de «Dios.» Esta confesion, arrancada de la boca misma de la mentira, es una de las mas magníficas y de las mas augustas; porque es decirlo todo el reconocer á Jesucristo por el santo de Dios; y no obstante Jesucristo no responde sino condenando al silencio al que le confiesa y le adora en esta calidad: «Calla, le dice amenazán«dole, y sal de este hombre.»

Así mismo hizo callar á muchos demonios que al salir der cuerpo de muchos poseidos de ellos gritaban: «Tú eres el Hijo de Dios y él con amenazas les prohibió el hablar;» porque sabian que era el Cristo. Semejante prohibicion parecia contraria á los progresos del Evangelio, que recibia de parte de los demonios un testimonio nada sospechoso, pues cabalmente se veian forzados á dárselo al mismo tiempo en que Jesucristo los trataba de espíritus impuros, y les obligaba á salir por órden suya. Mas este testimonio hubiera podido con el tiempo hacer honor á los demonios y ganarles el concepto de favorables á la verdad, y ellos eran indignos de dar este testimonio. Todo lo que de ellos venia era odioso; y Jesucristo tenia tal aversion á aquellos impíos, que tenia su nombre en boca de ellos como profanado, aun cuando le daban alabanza.

Si se dice que los Evangelistas se han adelantado á referir estos hechos para honrar á Jesucristo, en vez de debilitar mi raciocinio, se le añade una nueva fuerza, porque los Evangelistas no pudieron inventarlos sino por un efecto de su odio contra el demonio, y contra todo lo que viene de él; y un odio tan decidido, que les fué inspirado sin duda por Jesucristo, es incompatible con la menor sospecha de comercio con aquel espíritu de tinieblas, ni en su Maestro ni en ellos.

Al tratarse de los Apóstoles y de sus milagros, aparece cuan opuesta era su doctrina á todas las curiosidades criminales y á todos los medios de conocer el porvenir sugeridos por el demonio; el anhelo con que se dedicaron á destruir su imperio y á desarraigar todas las supersticiones y todos los vestigios de la idolatría; el horror que tenian

á su aprobacion y á sus elogios condenándole al silencio, como habia hecho Jesucristo, su cuidado en exigir de todos cuantos recibian el bautismo que renunciasen á Satanás y á sus obras; y cuanto inspiraron á sus discípulos la aversion y el odio, no digo á la magia, sino á todo lo que puede alterar la pureza del culto que se debe á Dios solo. Preciso fuera haber perdido el sentido comun para no reconocer la fuente y orígen divino de donde tales sentimientos y tal conducta proceden, y para no glorificar á Jesucristo por la santidad de los Apóstoles, y por la inexorable severidad que mostraron estos sobre todos aquellos puntos.

Pero, ya lo he dicho; el refutar seriamente tan grosera calumnia, es darle una importancia que no merece. Jesucristo resuscitado, sentado á la diestra del Padre, enviando desde allá su Espíritu sobre sus discípulos, haciendo caer por todas partes los ídolos y sus aras, desterrando los demonios á sus antiguas tinieblas, es superior infinitamente á una acusacion tan insensata. Basta tan solo para desvanecerla, preguntar si el demonio puede curar un ciego de nacimiento ó resuscitar un hombre despues de cuatro dias de muerto. Una mentira, una impostura, un prestigio, puede alucinar y engañar; pero una resurreccion real, constante, durable, no pertenece sino al Criador y al Dios vivo y verdadero.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

ÍNDICE

DE LO CONTENIDO EN EL TOMO SEGUNDO.

NUEVO TESTAMENTO.

PAUTA

para la colocacion de las láminas de las Mugeres de la Biblia, con aclaracion de sus nombres por medio del número que cada una de ellas lleva,

---

TOMO PRIMERO.

TOMO SEGUNDO.